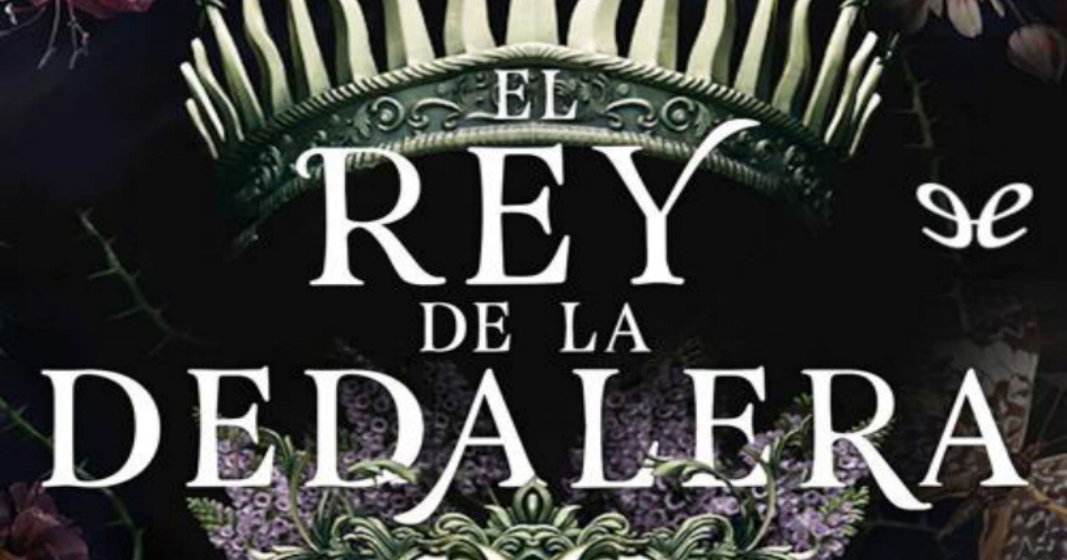


EL REY DE LA DEDALERA

«Un mundo tan oscuro como fascinante, romántico y estremecedor».
Ali Hazelwood, autora superventas de *La hipótesis del amor*

HANNAH WHITTEN

AUTORA SUPERVENTAS DEL *NEW YORK TIMES*

Cuando Lore tenía trece años, escapó de una secta que había bajo las catacumbas de la ciudad de Dellaire. Y lleva una década tratando de que no la encuentren. Pero no es tarea sencilla, porque su magia de la muerte la ata a la ciudad.

Mortem, la magia nacida de la muerte, está prohibida en Dellaire, pero también se considera un lujo por el que algunos están dispuestos a pagar bien. Lore trafica con venenos, lo que le permite costearse su comida y un techo bajo el que vivir. Pero un encargo fallido acaba revelando el poder de Lore, y es capturada por un grupo de monjes que están a las órdenes del Rey Sagrado. La joven cree que será condenada a la hoguera, pero el rey August tiene otros planes para ella… Al parecer, en las tierras más lejanas del reino, pueblos enteros han muerto repentinamente, se cree que de forma aleatoria. Lore deberá usar su magia para descubrir qué está pasando… si no quiere morir.

En la corte del Rey Sagrado, no se puede confiar en nadie. Protegida por Gabriel, un duque que se ha convertido en monje, y continuamente enfrentada a Bastian, el excéntrico heredero del rey, Lore lidiará con intrigas de todo tipo mientras trata de sobrevivir a una sociedad corrupta y ostentosa.

Pero la vida que dejó atrás, en las catacumbas, la sigue buscando. E incluso en un lugar tan insospechado como la corte, aquello que más teme podría estar más cerca de lo que jamás habría creído.



Hannah Whitten

El rey de la Dedalera

ePub r1.0
Titivillus 05.09.2023

Título original: *The foxglove king*
Hannah Whitten, 2023
Traducción: Patricia Henríquez Espejo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



EL REY DE LA DEDALERA

EL REINO DE LA BELLADONA

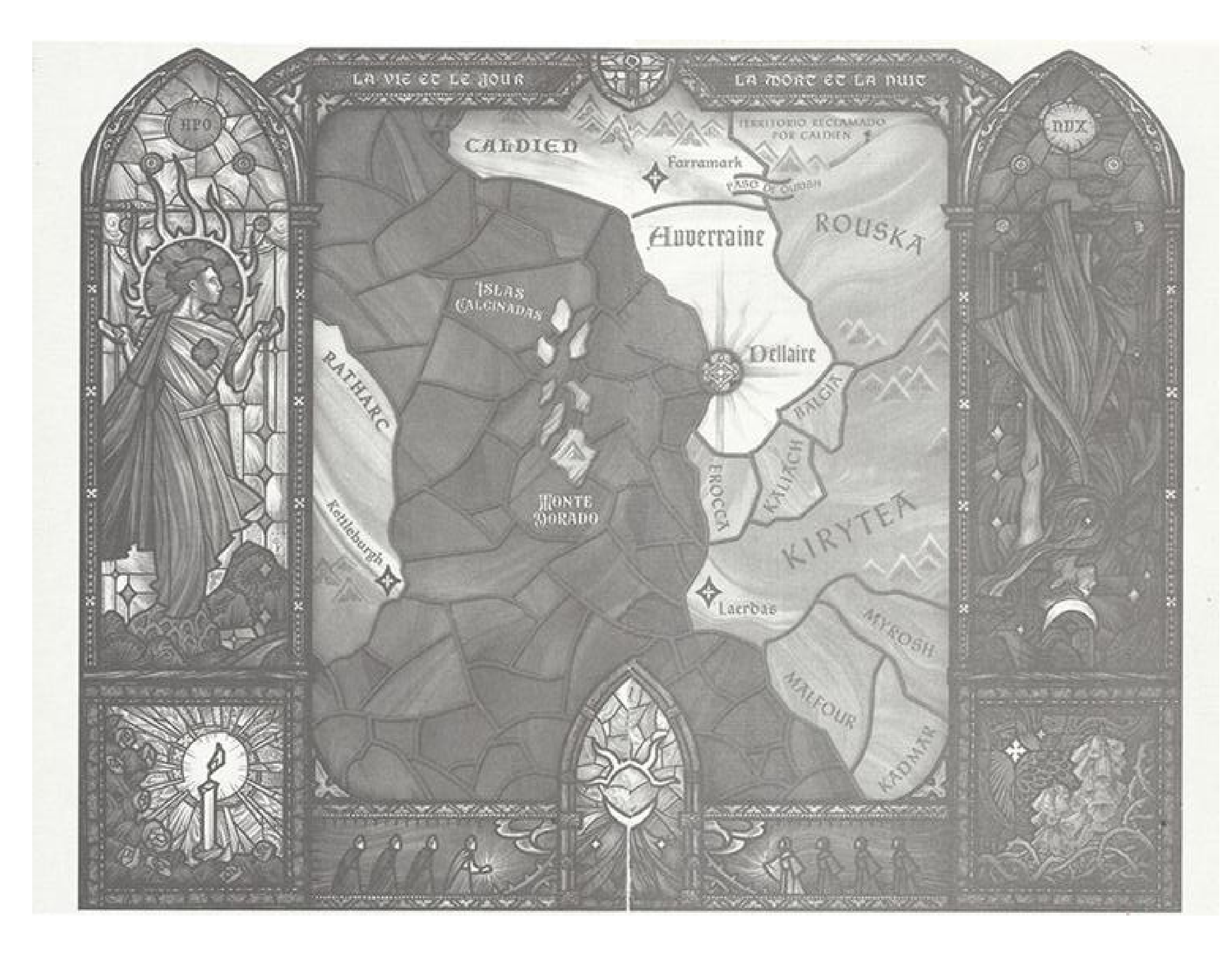
HANNAH WHITTEN

Traducción de Patricia Henríquez Espejo

Para todos aquellos que se eligen a sí mismos.

El mundo es demasiado para nosotros; siempre recibiendo y gastando, disipamos las fuerzas; en la naturaleza vemos muy poco que sea nuestro, y hemos cedido nuestros míseros corazones. Esta mar que desnuda su seno hacia la luna, estos vientos que aullando pasan a todas horas y ahora se amontonan como flores dormidas: para eso, y para todo, no estamos entonados, no nos mueve.

William Wordsworth



La vie et le jour
La mort et la nuit
Hpo
Nux
Caldien
Territorio reclamado por Caldien
Farramark
Auverraine
Rouska
Islas Calcinadas
Dellaire
Ratharc
Balgia
Kaliach
Erocca
Monte Dorado
Kirytea
Kettleburgh
Laerdas
Myrosh
Malfour
Kadmar

Capítulo Uno

No hay nadie con más paciencia que los muertos.
Proverbio auverraní

Todos los meses, Michal aseguraba que había llegado a un acuerdo con el casero, pero, igualmente, todos los meses Nicolás enviaba a uno de sus hijos a por el dinero. Seguramente se echaran a suertes quién acabaría yendo. Aquella vez, Pierre, el más joven y el que más acné tenía de todos ellos, había sido el desgraciado al que le había tocado ir. Recorría la calle del distrito portuario de Dellaire arrastrando los pies, con el mismo ánimo con el que uno se dirigiría a la guillotina.

Para Lore, aquello era una ventaja.

Una bata que había visto tiempos mejores le resbalaba por un hombro mientras se apoyaba contra el umbral de la puerta y observaba al chico acercarse. Pierre no dejaba de desviar la mirada hacia la zona donde se deslizaba el tejido, y Lore tuvo que morderse la cara interna de la mejilla para aguantarse la risa. Al parecer, las líneas blanquecinas de sus cicatrices, que eran el resultado de peleas con cuchillos en callejones, no disuadían a Pierre de admirar aquella piel desnuda.

La joven contaba con otras cicatrices más interesantes, pero mantuvo la palma de la mano cerrada con fuerza en un puño.

Desde el océano sopló una brisa fresca y ella reprimió un escalofrío. Pierre no parecía estarse preguntando por qué Lore había salido del interior de la casa a medio vestir, cuando cerca del puerto siempre hacía frío por las mañanas, incluso en verano. Era una presa fácil en muchos sentidos.

—¡Pierre! —exclamó la chica, esbozando una deslumbrante sonrisa, la misma que hacía que Michal le dedicase una mirada ardiente a la vez que entornaba los ojos, justo antes de preguntarle qué era lo que quería. Lore volvió a moverse contra el umbral de la puerta, adoptando otra postura aparentemente relajada. Otra ráfaga

de viento hizo que maldijera para sus adentros—. ¿Ya estamos a final de mes?

Debería haber sido Michal quien lidiara con aquello. Era su maldito adosado. Pero la entrega que había hecho para Gilbert la noche anterior había sido en el distrito noroeste, así que Lore le había dejado dormir.

Además, al haber tenido que levantarse temprano, le había dado tiempo a registrarle los bolsillos a Michal en busca de las coordenadas del lugar de la entrega. Las había llevado a la taberna de la esquina y se las había dejado a Frederick, el tabernero, a quien Val tenía en nómina desde que Lore podía recordar. Val enviaría a alguien a recogerlas antes de que terminara de salir el sol, y otra persona acudiría a por el envío de veneno antes de que el cliente de Gilbert pudiera llegar a él.

A Lore se le daba bien su trabajo.

En aquel preciso momento, su misión consistía en asegurarse de que el hombre con el que había estado viviendo durante aproximadamente un año, con el objetivo de poder espiar a su jefe, no acabara desahuciado.

—Pues… Mmm… Sí, ya estamos a final de mes. —Pierre logró fijar la vista en los ojos de Lore, aunque era obvio que tenía que poner todo su empeño para conseguirlo—. Mi padre…, mmm…, Ha dicho que esta vez va en serio, y que…

Lore fue cambiando progresivamente su expresión. Primero, mostró confusión; luego, sorpresa; y por último, pesar.

—Ah —murmuró, envolviéndose con los brazos y girando el rostro hacia un lado para dejar al descubierto la piel pálida de su cuello—. Y justo tiene que ser este mes.

No dio más detalles. No fue necesario. Si había algo que Lore había aprendido en sus veintitrés años de vida, diez de los cuales los había pasado en las calles de Dellaire, era que los hombres, por lo general, preferían considerarla atrezo en la historia que ellos mismos concebían, en lugar de que tuviera un papel activo en ella.

Por el rabillo del ojo, vio cómo Pierre fruncía aquellas cejas claras y un profundo rubor comenzaba a extendérsele por la piel pecosa. Todos los hijos de Nicolás eran pálidos como la luna. Eso provocaba que, cuando se sonrojaban, parecieran haber contraído alguna enfermedad.

Pierre apartó la mirada de ella y la dirigió hacia el interior del adosado desvencijado que quedaba detrás de Lore. Las sombras que traía consigo la salida del sol lo ocultaban todo menos las motas de polvo que bailaban bajo los fragmentos de luz. Tampoco es que

hubiera mucho que ver allí. Michal seguía durmiendo en el piso de arriba y su hermana, Elle, se encontraba despatarrada en el sofá con una botella de vino en la mano, mientras que un ronquido ligeramente musical se le escapaba de entre los labios. Se trataba de un adosado como cualquier otro de aquella calle, que se caía a pedazos y que estaba habitado por personas que tenían que vivir al margen de la ley solo para poder salir adelante.

O, como era su caso, ignorando la ley por completo.

—¿Es por alguna enfermedad? —Pierre habló en un susurro, muy bajito. Intentó adoptar un gesto compasivo, pero más bien daba la sensación de que le hubiesen servido un café con la leche cortada—. ¿Un embarazo, tal vez? Sé que es Michal quien alquila esta casa, no tú. ¿El bebé es suyo?

Lore arqueó las cejas. De entre todas las historias que había dejado que los hombres inventaran sobre ella, aquella era nueva. Pierre debía de haber estado pensando en sexo si lo primero que se le había pasado por la cabeza era lo del embarazo. Pero a caballo regalado no se le miraba el diente. Lore se llevó una mano al abdomen con dulzura y dejó que aquello sirviera de respuesta. Técnicamente no era mentira si lo único que hacía era dejar que él llegase a sus propias conclusiones.

De todas formas, hacía mucho que había dejado de importarle mentir. Ya estaba condenada, daba igual que estuviera o no libre de pecado. Así que, ya puestos, era mejor sacarle provecho.

—Ay, pobre chica. —Seguramente Pierre era más joven que ella, pero allí estaba, cacareando como si fuera una mamá gallina. Lore se las apañó como pudo para no poner los ojos en blanco, lográndolo a duras penas—. ¿Y encima con ese traficante de veneno? Sabes que no podrá cuidar de ti.

Ella volvió a morderse con fuerza la cara interna de la mejilla.

Su aparente angustia envalentonó a Pierre.

—Podrías venirte conmigo —le sugirió—. Estoy seguro de que mi padre podría ayudarte a encontrar trabajo. —Levantó una mano y la posó sobre el hombro desnudo de Lore.

Y, en aquel momento, ella sintió cómo se le pinzaba cada uno de los nervios del cuerpo.

Fue algo tan brusco e inesperado como para provocar que se estremeciese y que le apartase la mano a Pierre con un gesto que no encajaba dentro de su narrativa dulce y vulnerable. Estaba acostumbrada a sentir aquella reacción ante cosas muertas: piedras, metales, tejidos. También ante cadáveres, cuando no podía editarlos. Para ella era algo natural percibir el Mortem en algo muerto, sin importar lo desagradable que fuese. Pero, a aquellas alturas, sabía

ocultar muy bien esa reacción, reprimirla. Había tenido mucha práctica.

Sin embargo, no debería percibir el Mortem en un hombre vivo, en uno que no se hallaba a las puertas de la muerte. La impresión que sintió fue repentina e intensa, acompañada de algo más: el aroma a dedalera. Era tan fuerte que Pierre debía de haberla consumido tan solo unos minutos antes de haberse presentado allí.

Y luego se atrevía a criticar a los traficantes de veneno, el muy hipócrita.

Lore cerró los dedos alrededor de la muñeca de Pierre y se la retorció, obligándole a ponerse de rodillas. Todo pasó muy rápido, tanto que el chico se resbaló con un guijarro suelto y acabó con una de las piernas en un ángulo extraño, soltando un «¡mierda!» con voz ahogada que reverberó a través de las calles del distrito portuario de Dellaire.

Ella se agachó hasta quedar a su altura. Ahora que sabía lo que estaba buscando, lo vio claramente en su mirada, vidriosa e inyectada en sangre. Sintió el latido de Pierre, lento e irregular, bajo la palma de la mano con la que lo estaba agarrando. Probablemente habría acudido a uno de los mortíferos más baratos, uno que no sabía administrar la dosis adecuada a sus clientes. Las venas que le rodeaban los ojos habían adquirido un leve toque grisáceo, lo que significaba que no había ingerido una dosis suficiente como para alargar su vida y, por supuesto, tampoco para conseguir experimentar el poder que aguardaba a las puertas de la muerte.

De todos modos, lo más seguro era que Pierre no buscara ninguna de aquellas cosas. La mayoría de las personas de su edad solo lo hacían para colocarse.

Las hebras oscuras de Mortem en la piel de Pierre volvieron a retorcerse bajo el agarre de Lore a medida que el veneno en su cuerpo hacía que se agitaran, activando aquel fenómeno. Todos contaban con Mortem latente en su interior. Era la esencia de la muerte, el poder nacido de la entropía, que aguardaba para invadir el cuerpo el día en el que este fallara. Pero el único modo de hacer uso de él, de que alguien lo manejara a su voluntad, era que esa persona hubiera llegado a estar al borde de la muerte.

Si no se buscaba el poder ni el sentimiento de euforia que el veneno podía proporcionar, entonces el objetivo era conseguir un par de años extra de vida. Si se administraba la dosis adecuada, el veneno podía estabilizar el cuerpo cuando este llegara al límite entre la vida y la muerte. Paradójicamente, aquella rendición momentánea ante el Mortem podía alargar la vida de una persona, aunque los años extra

que se recibían a cambio no eran de gran calidad. Estos sujetos acababan prácticamente convertidos en piedra, con las venas obstruidas por pequeñas rocas, lo que provocaba que la cantidad de sangre que pasaba por ellas fuese la misma que si se raspaban una rodilla contra un adoquín.

Fuera lo que fuese lo que había buscado Pierre al visitar a aquel mortífero esa mañana, no había pagado lo suficiente como para obtenerlo. Si se hubiera pillado un verdadero colocón con aquel veneno, habría estado por ahí tirado en un callejón y no allí pidiéndole dinero. Ahora que Lore se paraba a pensarlo, el precio del alquiler era más alto de lo que recordaba.

—Te diré lo que pasará a continuación —le murmuró—. Vas a decirle a Nicolás que he pagado por adelantado los próximos seis meses, si no, le contaré que te has estado gastando su dinero en mortíferos.

A la mierda los acuerdos inútiles a los que llegaba Michal con el casero. Lore acababa de cerrar el suyo.

Pierre abrió mucho los ojos, con los párpados pesados a causa del veneno.

—¿Cómo…?

—Apestas a dedalera y tienes los ojos vidriosos. —No era del todo cierto, ya que Lore no se había dado cuenta de nada hasta que había percibido el Mortem. Pero, de todas formas, para cuando Pierre pudiera mirarse en un espejo, los efectos habrían disminuido—. Pierre, es evidente con solo mirarte. Aunque tu mortífero no te haya dado lo suficiente ni para hacerte cosquillas. Me sorprendería que hubieras conseguido siquiera cinco minutos extra de vida por eso, así que espero que el colocón haya merecido la pena.

El chico abrió la boca, un gesto que, bajo aquellos ojos desenfocados, hizo que su rostro pareciera el de un pescado. No cabía duda de que había pagado una buena suma por la dedalera que había consumido. Si Lore no hubiese sido tan buena espía para Val, puede que hubiese acabado trabajando como mortífera. Era una profesión en la que se ganaba mucho dinero por no hacer una mierda.

A Pierre se le extendió aquel desafortunado rubor hasta el cuello.

—No puedo… Me preguntará dónde está el dinero…

—Estoy segura de que a un joven tan trabajador como tú se le ocurrirá de dónde sacarlo. —Con un chasquido de dedos, Lore le soltó.

Él se puso en pie a duras penas, con las piernas temblorosas, y se estiró la camisa arrugada. Las venas grises que tenía en torno a los ojos comenzaban a recuperar su habitual tono azul verdoso.

—Lo intentaré —respondió con un tono de voz tan trémulo como

el resto de su cuerpo—. Pero no puedo prometerte que vaya a creerme.

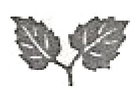
Lore le dedicó una sonrisa triunfal. Una vez que estuvo en pie, se tapó el hombro con la bata.

—Será mejor que te crea.

Pierre no salió corriendo calle abajo, pero sí que fue a un paso muy ligero.

A medida que el sol se alzaba en el cielo, el distrito portuario, poco a poco, comenzaba a despertarse: montículos de tela que se revolvían en rincones oscuros, borrachos obligados a despertarse a causa de la luz y la brisa del mar. En la casa adosada al otro lado de la calle, Lore escuchaba los reveladores suspiros de las chicas de la señora Brochfort, que comenzaban sus riñas diarias para decidir quién se bañaba primero. En cualquier momento, al menos dos clientes rezagados serían acompañados, con cortesía pero también con firmeza, hasta la salida.

—¿Pierre? —le llamó Lore cuando el chico ya había recorrido la mitad de la calle. Este se dio la vuelta, con los labios apretados, considerando con qué otras cosas podría chantajearle—. Un consejo. —Ella se giró hacia el adosado de Michal, con la bata flotando tras de sí—. Los mortíferos de verdad tienen una morgue en la parte de atrás. Es muy fácil que la balanza acabe inclinándose hacia la muerte.



Elle estaba despierta, aunque a duras penas. Entornó los ojos desde detrás de un montón de rizos dorados, a través de la luz cargada de polvo y con la pintura de labios aún corrida.

—¿Qu-qué pa-pasa?

—Como si no lo supieras. —Lore sacudió la mano con la que le había tocado el hombro a Pierre, intentando librarse de aquel hormigueo. Desde hacía poco, percibía el Mortem con más facilidad, y no es que aquello la entusiasmara. Sacudió otra vez la mano con fuerza antes de dirigirse hacia la cocina—. Estamos a finales de mes, florecilla.

En el bote de cerámica descascarillado no quedaba café más que para una taza. Lore lo vertió todo sobre el paño manchado que usaba como filtro y formó una bola con los dedos mientras ponía el hervidor en el fuego. Si en aquella casa solo quedaba una taza de café, sería ella quien se la bebiese.

—No me llames así —refunfuñó Elle mientras se enderezaba para sentarse. Se había quedado dormida con las medias de baile puestas,

que tenían una larga carrera en cada una de las pantorrillas. Cuando se diera cuenta, se cabrearía, pero a los clientes de La Corneta y el Violín al final de la calle aquello les daba igual. Elle le echó un vistazo rápido a la botella de vino, para asegurarse de que estaba vacía, y se levantó del sofá.

—Michal no está despierto, así que no tenemos que fingir que nos caemos bien.

Lore resopló. Llevaba un año viviendo con Michal y era evidente que nunca se llevaría bien con su hermana. Aquello no le molestaba. Su relación con Michal se basaba en una mentira, con unos cimientos tan endebles que no aguantarían, así que ¿para qué iba a esforzarse en hacer amigos? En cuanto Val le diera la orden, se marcharía de allí.

Elle pasó por su lado, empujándola para entrar en la cocina. Las grietas en forma de tela de araña en las ventanas refractaban la luz sobre el bajo de su falda de tul, que estaba hecho jirones. La hermana de Michal le echó un vistazo al contenido del bote de cerámica.

—¿No hay café?

Lore sujetó con más fuerza el paño que estaba apretando en un puño.

—Me temo que no.

—Por el Dios Sangrante. —Elle se dejó caer sobre una de las sillas que estaban alrededor de la desvencijada mesa de la cocina. Para ser una bailarina, era sorprendentemente torpe cuando estaba sobria—. Entonces, tomaré un té.

—Supongo que no esperarás que te lo haga yo.

Elle soltó un gruñido y puso sus intensos ojos azules en blanco mientras se abría camino hasta la alacena. Cuando le dio la espalda, Lore extendió el paño estrujado sobre el borde de su taza y vertió agua caliente sobre él, con la esperanza de que la otra chica siguiera lo bastante borracha como para no reconocer el aroma.

Todavía refunfuñando, Elle cogió el té, que era poco más que polvo, y lo vertió en otra taza.

—¿Y bien? —Le quitó a Lore el hervidor sin siquiera mirarla y, al parecer, sin percibir tampoco el aroma a café—. ¿Cómo ha ido? ¿Por fin va a tener Michal que gastarse el dinero en otra cosa que no sea alcohol o apostar en el cuadrilátero?

—Al menos no tendrá que gastarlo en el alquiler. —Lore seguía dándole la espalda mientras apretaba el paño estrujado con los diminutos granos de café sobre su taza, antes de guardárselo en el bolsillo—. Estamos cubiertos durante seis meses.

—¿Por eso estás tan desaliñada? —Una mueca autocomplaciente apareció en los labios de Elle—. Le habría salido más barata una de las

chicas del otro lado de la calle.

—La verdad es que mi desaliño es culpa de tu hermano. —Lore se dio la vuelta y se apoyó contra la encimera—. Y soltar pullas contra las chicas de Brochfort no te pega, florecilla. Es un trabajo como cualquier otro. Pensar lo contrario solo demuestra lo insulsa que eres.

Elle volvió a poner los ojos en blanco. Hizo una mueca cuando le dio un sorbo a su té flojo mientras la sonrisa de Lore se ensanchaba, presa de una profunda satisfacción. Esta también le dio un sorbo, largo y solemne, al café y se encaminó hacia las escaleras. En la taberna se había encontrado con un mensaje para ella. Val necesitaba su ayuda aquel mismo día con una entrega. Que la pusiera a trabajar mientras seguía infiltrada en otra operación era arriesgado, pero estaban escasos de personal. Sus trabajadores no dejaban de marcharse para conseguir un contrato en los muelles.

Y Lore contaba con habilidades únicas.

Tendría que ocurrírsele una excusa para pasar todo el día fuera, pero si despertaba a Michal con unos cuantos besos, este no le haría muchas preguntas. Acabó sonriendo ante aquella idea. Le gustaba besar a Michal. Y aquello era peligroso.

Su sonrisa se desvaneció.

Las escaleras del adosado estaban desvencijadas, como casi todo en aquella construcción, y el cuarto escalón crujía haciendo un ruido terrible. Lore dio un respingo cuando se le hundió el talón en él y el café se derramó, quemándole los dedos.

Cuando apartó la cortina andrajosa que hacía las veces de puerta, encontró a Michal sentado; las sábanas se enredaban alrededor de su cintura y caían por un lado del colchón para acabar cubriendo el suelo. No estaba claro si se había despertado por el crujido del escalón o por el improperio tan alto que había soltado Lore al quemarse.

Michal se apartó el cabello oscuro que le caía sobre los ojos y los entrecerró.

—¿Café?

—La última taza, pero la compartiré contigo si vienes a por ella.

—Qué generosa eres, sobre todo porque sé que la necesitas —refunfuñó mientras se levantaba del colchón que estaba a ras de suelo, sujetándose la sábana alrededor de las caderas desnudas—. Anoche tuviste otra pesadilla. Te revolviste en leí cama como si la mismísima Bruja de la Noche fuera a por ti.

Aunque se le enrojecieron las mejillas, Lore se limitó a encogerse de hombros. Las pesadillas eran algo nuevo y aleatorio. Nunca recordaba muy bien qué había soñado, solo conservaba fogonazos ambiguos que no parecían encajar con el sentimiento de terror que

dejaban atrás. Un cielo azul y despejado. Un mar agitado. Una forma oscura que se retorcía en el aire, como si fuera humo, pero más densa.

Le pasó el café a Michal.

—Perdona si te he despertado.

—Al menos esta vez no lo has hecho gritando. —Michal le dio un largo sorbo a la taza que le había ofrecido, aunque al tragar contrajo el rostro—. ¿Sin leche?

—Elle se ha bebido la que quedaba. —Lore se encogió de hombros, volvió a tomar la taza y se bebió lo que quedaba.

Michal se pasó una mano por el pelo para intentar peinárselo mientras se agachaba para coger algunas prendas de la pila de ropa que había en el suelo. Se le cayó la sábana y Lore aprovechó la ocasión para comérselo con los ojos.

—Hoy tengo otra entrega —le dijo Michal mientras se vestía—. Así que seguramente no vuelva hasta esta noche.

Aquello le facilitaba mucho las cosas a Lore. Esta apoyó las caderas contra el alféizar de la ventana y lo contempló mientras se vestía, con la esperanza de que el alivio que estaba sintiendo no se le reflejase en el rostro.

—Gilbert te hace trabajar muy duro.

—La demanda ha aumentado y el equipo se ha visto reducido. No dejan de contratar a gente en los muelles para transportar mercancía. Les pagan tanto que Gilbert no puede permitirse igualarles el salario. —Michal examinó la habitación con los ojos entrecerrados antes de dar con su bota, que estaba en un rincón debajo de un montón de sábanas—. Los Presque Mort y los capas sangrientas han estado muy ocupados preparándose para la consagración del Príncipe Solar de mañana, y todo el mundo se está aprovechando de que tengan su atención celestial puesta en otra parte.

Parecía que Gilbert estuviera llevando a cabo muchos más trapicheos durante aquella brecha de seguridad de lo que era conveniente, pero aquello no era problema de Lore. Al menos eso era lo que se decía a sí misma cuando la preocupación que sentía por Michal provocaba que se le retorcieran las tripas.

—Tiene que ser una consagración extremadamente sagrada para contar con los Presque Mort. No es que se caractericen por ser los mejores invitados a una fiesta.

Michael soltó una carcajada mientras se calzaba las botas.

—Sobre todo si en la fiesta en cuestión hay veneno. —Estiró el cuello, intentando aliviar la rigidez que le provocaba aquel colchón duro como una piedra, y se puso en pie.

—Ten cuidado esta noche —le pidió Lore, para luego

inmediatamente apretar los dientes. No había tenido la intención de decir aquello. Ni tampoco de sentirlo.

Una leve sonrisa apareció en los labios de Michal. Este se aproximó con mucha calma hacia ella y le tomó el rostro entre las manos.

—¿Estás preocupada por mí, Lore?

Ella frunció el ceño, pero no intentó quitárselo de encima.

—No te acostumbres.

Una risa ascendió desde el pecho de Michal, que estaba pegado al de Lore, y sus labios se encontraron con los de ella. La chica suspiró y le devolvió el beso, rodeándole los hombros con las manos y acercándolo aún más a ella.

Pronto acabaría todo aquello, así que más le valía disfrutarlo mientras podía.

A pesar de la calidez de Michal, Lore seguía estremeciéndose. Podía sentir el Mortem en todas partes: en el tejido de la camisa de Michal, en las piedras que había en la calle, en la cerámica resquebrajada de la taza de café que descansaba sobre el alféizar. Aun cuando su percepción del Mortem había ido aumentando de manera gradual en los últimos meses, Lore había sido capaz de ignorarlo. Pero la inesperada’ dedalera que había consumido Pierre la había pillado desprevenida. El Mortem no era tan denso allí a las afueras de Dellaire como lo era en la zona más próxima a la ciudadela, que era a su vez la zona más próxima al cuerpo de la Diosa Enterrada, del que se desprendía la magia de la muerte. Sin embargo, parecía que aquello era más que suficiente para dejarle la piel de gallina.

El distrito portuario, en el extremo sur de Dellaire, era lo más lejos que Lore podía mantenerse del Mortem. Podía intentar subirse a un barco o recorrer los senderos sinuosos que llevaban al resto de Auverraine, pero no le serviría de nada. Las hebras de Mortem tirarían de ella para que regresara, entretejidas en su interior. Lore se encontraba unida a aquella maldita ciudad tanto como la muerte iba unida a la vida, con aquella luna creciente grabada a fuego en la curvatura de la palma de su mano.

Michal le recorrió la garganta con la boca y la chica se arqueó hacia él, cerrando los ojos con fuerza. Ella entrelazó los dedos en su pelo y Michal la rodeó con el brazo alrededor de la cintura como si fuera a levantarla, a llevarla hasta el colchón en el suelo, a hacerle olvidar que lo que tenían era algo efímero.

El hecho de que Lore quisiera olvidar la realidad fue motivo más que suficiente para hacer que se quitase a Michal de encima, fingiendo que estaba jugueteando con él.

—No quiero que llegues tarde.

Michal se detuvo muy cerca de sus labios un momento antes de apartarse.

—Pues te veré esta noche.

Lore se limitó a sonreír, aunque fue un gesto forzado.

Michal se marchó y el mismo escalón de siempre crujió mientras bajaba. Las ventanas retumbaron cuando cerró la puerta. Lore escuchó a Elle soltar un suspiro, como si el trabajo de su hermano fuera una afrenta a su persona. Debido a lo delgadas que eran las paredes, daba la sensación de que Elle se encontraba a su lado en lugar de en el piso de abajo.

Lore permaneció allí un momento, con la luz del sol, que salía lentamente, brillándole sobre el cabello y la seda desgastada de su camisón. Luego, se vistió con una camisa vaporosa y unos calzones ajustados y bajó las escaleras. Tenía una reunión con Val.

Elle volvía a estar acurrucada en el sofá, con una novela de tapa blanda maltrecha en una mano y una taza de té tibio en la otra. Contempló a Lore como quien mira algo desagradable que se encuentra en la calle.

—¿Adónde vas?

—Ah, ¿no te has enterado? He recibido una invitación a la consagración del Príncipe Solar. No pensaba ir, pero corre el rumor de que después habrá una orgía, y a eso no puedo decir que no.

Elle puso los ojos tan en blanco que a Lore le sorprendió que no se le salieran de las órbitas.

—Estás fatal.

—Si tú supieras. —Lore abrió la puerta—. Adiós, florecilla.

—Púdrete en el infierno, querida Lore.

Esta hizo un movimiento circular con los dedos a modo de saludo exagerado mientras la puerta se cerraba. Una parte de ella echaría de menos a Elle cuando acabara aquel trabajo de espionaje, cuando Val tuviera otro objetivo distinto a Gilbert al que quisiera que vigilara.

Pero no la echaría tanto de menos como a Michal.

Tampoco era como si pudiera echarlos de menos a ambos por mucho tiempo. La gente iba y venía. Las únicas figuras constantes en su vida eran sus madres, Val y Mari, y las calles de Dellaire, de las que nunca podría marcharse.

A aquello había que sumarle los recuerdos de una infancia que siempre estaba intentando olvidar.

Tras echar un último vistazo a la casa adosada, Lore comenzó a bajar la calle.

Capítulo Dos

Aquellos nacidos de la oscuridad la llevarán consigo en su propia naturaleza. Llevarán el pecado en su interior: cuerpo, mente y alma.

–El Libro de la Ley Mortal, tratado 7

Era fácil moverse por Dellaire. Lore había escuchado historias sobre otras ciudades, caóticas y serpenteantes, con distintos senderos que se cruzaban entre ellos. Aquel concepto le parecía completamente ajeno tras haber pasado media vida recorriendo los caminos bien organizados de Dellaire. Cada uno de los Cuatro Distritos ocupaba un punto cardinal. Los dos más occidentales llegaban hasta el mar, mientras que el oriental conducía hasta las ondulantes tierras de cultivo de Auverraine. La iglesia se hallaba en el centro de la ciudad, construida en un círculo, custodiando la ciudadela en su interior.

Pero si Dellaire era una cuadrícula, las catacumbas debajo de esta eran una red enmarañada.

El débil sol le calentaba la nuca mientras aguardaba en la entrada de un edificio en ruinas, a unas manzanas de la casa de Michal. Parecía el tipo de construcción que, en su época, había llegado a albergar muchas cosas distintas, tantas que se habían cancelado entre sí, dejándola sin ningún tipo de personalidad propia. Una leve brisa, procedente del mar, agitó las telas hechas jirones que colgaban de las ventanas.

Lore maldijo en voz baja. Estar tan cerca de las catacumbas siempre la ponía nerviosa.

Estaban vacías. Podía sentirlo, incluso en aquel momento, de pie a unos metros de distancia de su entrada. No había nadie en los túneles. Al menos, no en unos cuantos kilómetros.

Aun así, se le puso la piel de gallina.

Aquella habilidad era la que la hacía ser tan valiosa. La misma que había dejado de piedra a Mari aquel día hacía diez años, cuando Lore era una cría de trece años que vagaba por las calles con la mirada

perdida y una cicatriz reciente a causa de una quemadura en la palma de la mano. La esposa de Val iba camino del mercado y se había cruzado con la joven Lore mientras esta observaba fijamente un agujero irregular que conducía a las catacumbas en el lateral de un edificio abandonado.

Lore aún lo recordaba. Había bloqueado casi todo lo que le había sucedido antes de aquel momento, esos trece años de vida que había pasado casi por completo bajo tierra. Pero el instante en el que había conocido a Mari permanecía nítido en su memoria, lo había conservado a la perfección, como si su mente hubiera podido borrar todo lo que había vivido antes solo con preservar aquel recuerdo con todo lujo de detalles.

—¿Estás bien? —Mari le había hablado con voz suave y baja, con sus trenzas largas y oscuras recogidas en lo alto de la cabeza. Vaciló un momento antes de apoyar una mano, con la piel morena tostada, en el hombro de Lore—. ¿Pasa algo?

La niña se había quedado contemplando fijamente el agujero, concentrada como estaba en el escozor de la quemadura que aún se le estaba cerrando en la palma de la mano, en la oscuridad que había más allá y en cómo esta anidaba en su interior para siempre. Pestañeó, y entonces, un mapa de los túneles se le quedó grabado en la parte interna de los párpados.

—No viene nadie —había respondido al fin—. Al menos por ahora.

Lore regresó al presente y sacudió la cabeza. Había perfeccionado su capacidad de visualizar las catacumbas cuando quería (incluso ahora, cuando aquella extraña habilidad parecía aumentar al mismo tiempo que su percepción del Mortem), pero estar tan cerca de ellas hacía que fuera casi imposible ignorarlas. Estas se colaban en sus pensamientos como si fueran tinta en agua. Sintió los túneles como si fueran miembros fantasma, como si las catacumbas y el Mortem en su interior formaran parte de ella. A veces, Lore pensaba que si alguien le arrancaba la piel y le daba completamente la vuelta, en aquel pegajoso envés encontraría un mapa, pegado justo en su carne.

Con un suspiro, se apoyó contra el lateral del edificio. Había llegado un poco antes de la hora que le había dicho Val, quien era conocida por ser puntual.

Un minuto después, Val bajaba la calle en su dirección, con el mismo andar decidido que servía tanto para dar un paseo cualquiera como para meterse en una pelea a navajazos. Era una mujer de mediana edad, con una belleza más severa que tradicional, con el rostro pálido como el papel, los ojos de un tono verde botella y un pañuelo, que estaba prácticamente descolorido, sosteniéndole aquel

cabello dorado hacia atrás.

Lore alzó una mano a modo de saludo. Val la agarró por los dedos y atrajo hacia sí para darle un abrazo.

—¿Sigues sin meterte en líos, ratoncita?

—Solo aquellos en los que no quieres que me meta. —Lore le devolvió el abrazo, y el aroma familiar a velas de cera y a *whisky* alivió la presión que había estado sintiendo en los pulmones. Val y Mari la habían criado desde aquel día en el que Lore había salido de la oscuridad para adentrarse en un mundo que no conocía. La habían protegido y le habían dado un propósito, incluso cuando aquello había supuesto un riesgo. Incluso cuando las consecuencias de su peculiar infancia se habían manifestado de un modo aterrador.

No obstante, ninguna de ellas hablaba sobre aquel asunto.

Val resopló y extendió los brazos, con las manos apoyadas aún sobre los hombros de Lore. Su mirada siempre había sido afilada como un cuchillo y, en aquel momento, no fue distinta.

—Voy a sacarte de ahí —dijo sin rodeos.

Lore enarcó una ceja.

—¿Cómo?

—Tenemos toda la información que necesitamos sobre la organización de Gilbert. Si esta semana va a mover tanto contrabando como has dicho, tampoco es que vaya a seguir en el negocio del veneno durante mucho más tiempo. Después de una consagración real, siempre acaba extendiéndose el sentimiento religioso. Puede que ahora los Presque Mort estén distraídos, pero después de la ceremonia, estarán más atentos que nunca.

Aunque Lore adoraba a sus madres adoptivas, no podía negar que eran despiadadas. Val y Mari tenían en mente convertirse en las únicas distribuidoras de veneno en Dellaire. Una vez que lo consiguieran, serían prácticamente intocables. Los capas sangrientas aceptaban cualquier soborno que se les ofreciera, e incluso los Presque Mort y el resto de la Iglesia hacían la vista gorda de vez en cuando. Los bajos fondos criminales de Auverraine solo eran considerados ilegales hasta que la cantidad adecuada de oro acababa en las manos correctas.

Aun así, Lore meneó la cabeza, diciéndose a sí misma que su reticencia a abandonar su misión era una decisión estratégica que nada tenía que ver con Michal.

—No creo que sea buena idea. Puedo enterarme de muchas más cosas.

Val arqueó una ceja clara y ladeó la cabeza, con aquella mirada afilada adentrándose aún más en Lore.

—Te gusta.

—No. —«Sí»—. Eso no tiene nada que ver con esto.

—Ay, ratoncita. —Val suspiró—. Ya te lo he dicho otras veces. Tienes que mantenerte al margen.

Pero ella siempre estaba al margen. El poder que corría por sus venas, aquellas cosas horribles que era capaz de hacer… siempre la mantenían al margen. Y estaba bien dejar que ciertas partes de su ser, aquellas que los demás podían apreciar, incluso amar, le proporcionaran algo de consuelo de vez en cuando.

Val le dio otra palmadita en el hombro.

—Es lo mejor, Lore. Créeme. —Hizo una pausa, mordiéndose la comisura del labio inferior—. Todo esto es mejor así.

Y tenía razón. Val siempre la tenía. Lore suspiró y asintió.

No sería complicado. Tenía un guion preparado que siempre seguía, una lista de excusas que les había dado a otros amantes a lo largo de los años. Amantes con los que también le habían aconsejado no involucrarse cuando se había infiltrado en sus vidas con el fin de averiguar secretos sobre sus jefes. Entre los pretextos que había dado estaban el de la tía enferma a la que debía atender, el del marido celoso que por fin había dado con ella o el del repentino deseo de marcharse a una nueva ciudad y empezar de cero. Por lo general, nadie ponía en duda aquellas excusas. Y Dellaire era lo bastante grande como para que no volviese a encontrarse nunca más con esas personas. En las excepcionales ocasiones en las que aquello sucedía, ni siquiera la reconocían. Las aventuras amorosas de Lore eran breves y los traficantes de veneno pasaban página muy rápido.

—Háblame de esta entrega —le pidió la chica, deseando cambiar de tema.

—No tiene complicación. —Val apartó la mirada de Lore—. Por lo general, no te molestaría con algo así, pero el cliente ha solicitado que dejemos las cajas en la entrada de las catacumbas que está en la plaza del mercado del distrito noroeste.

—Así que necesitas que las vigile y me asegure de que nadie se acerque a ellas antes de que el cliente pueda recogerlas. —Los vagabundos a menudo hacían uso de los túneles exteriores de las catacumbas para desplazarse por Dellaire. Dejar cualquier cosa en ellos suponía un riesgo.

—No debería llevarte mucho tiempo —le dijo Val—. Si te marchas ahora y atajas por los muelles, deberías llegar allí para el cambio de guardia. Será un caos, ya que es el día antes de la consagración real. Jean-Paul llevará el contrabando a la plaza y, si llega durante el cambio de guardia, podrá colarse sin que le registren. Después de eso,

podrás ayudarle a descargar.

Llegar a la plaza, descargar la mercancía y vigilar el veneno hasta que lo recogieran. A los clientes no les gustaba dejar el contrabando a la vista mucho tiempo, así que no debería tener que pasar allí más de una hora. Luego, podría regresar a la casa de Michal, meterse en la bañera oxidada para deshacerse de aquella sensación de comezón que le había causado el estar cerca de las catacumbas y decidir cuál de entre todas sus mentiras emplearía para ponerle fin a lo que fuera que hubiera entre ellos.

Asintió con determinación en dirección a Val.

—Pues entonces me pondré en marcha.

La vieja traficante de veneno la contempló durante un momento, con gesto indescifrable. Luego, volvió a tirar de Lore hacia ella, dándole un abrazo tan aplastante que hizo que esta soltara un grito de sorpresa.

—Te queremos como si fueras nuestra propia hija —le murmuró contra el cabello—. Tanto Mari como yo. Lo sabes, ¿verdad?

Desconcertada, Lore asintió, aunque no podía mover mucho la cabeza.

—Claro que lo sé.

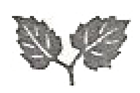
—Y todo lo que hacemos es porque no nos queda otra. —Val dio un paso atrás, dejando las manos sobre los hombros de la joven, con aquellos ojos verdes extrañamente tristes—. Siento tener que hacer que lo abandones, ratoncita.

Lore volvió a asentir, intentando tragarse el peculiar nudo que se le había formado en la garganta.

Tras otro apretón en los hombros, Val la dejó ir.

—Venga, andando —le dijo—. No querrás llegar tarde. —Se dio la vuelta y comenzó a recorrer el camino por el que había llegado.

Lore cerró los ojos y suspiró de forma ligeramente temblorosa. Luego, se dio la vuelta y enfiló en dirección contraria, hacia los muelles.



Atajar por los muelles había sido un error. Apenas había recorrido kilómetro y medio cuando vislumbró un destello dorado en el horizonte y, tras dos kilómetros, fue evidente que las preparaciones para la consagración del Príncipe Solar se habían adueñado de casi todas las calles entre aquella zona y el distrito noroeste. En caminos que solían estar desiertos, habían montado unos coloridos puestos que vendían miniaturas del Dios Sangrante y réplicas en un tono cobre

verdoso de la corona con rayos de sol del Rey Sagrado. Los capas sangrientas, con sus chaquetas carmesíes, deambulaban por entre la creciente multitud con sus bayonetas relucientes. Lore incluso llegó a ver a uno o dos Presque Mort, vestidos de la cabeza a los pies de un negro intenso.

—Vaya estupidez —siseó entre dientes—. Es una maldita estupidez hacer una entrega justo antes de una consagración.

Seguramente fuese capaz de sortear a la muchedumbre, pero esquivar el tráfico le iba a llevar algo más de tiempo, por lo que el contrabando iba a estar un rato sin vigilancia. Tras soltar una retahíla de improperios, Lore se dio la vuelta y corrió de nuevo hacia al edificio en el que se había reunido con Val.

Si no podía ir por la superficie, la única manera de llegar a tiempo al lugar de la entrega era cruzando las catacumbas.

«Mierda».

El peso de la daga que llevaba en la cadera le aportaba cierta seguridad mientras pasaba por debajo del dintel arqueado de la puerta, alerta por si se encontraba con algún renacido. Realmente estos no suponían una amenaza, ya que eran lentos debido a las estragos físicos que sufrían a causa de consumir demasiado veneno y de haber tenido unas vidas demasiado longevas. Aun así, a la chica no le apetecía toparse con uno de ellos. Los renacidos solían concentrarse alrededor de las entradas de las catacumbas. Sin embargo, la inconveniente habilidad de Lore solo le servía para detectar si había alguien en el interior de los túneles.

También existía siempre el riesgo de encontrarse con una fuga de Mortem en las entradas de las catacumbas, lo que hacía que acercarse a ellas fuera, en el mejor de los casos, desagradable, y en el peor, peligroso. El Mortem que no se canalizaba podía devorar por completo un cuerpo y, al ritmo que este emanaba del cuerpo de la Diosa Enterrada que estaba bajo la ciudadela, a veces se concentraba en cantidades tan grandes que la Iglesia no daba abasto para atajarlo, ni siquiera contando con los Presque Mort.

Pensar en los Mort hizo que Lore apretara los labios. El equipo de élite formado por monjes que percibían el Mortem había sido creado específicamente para canalizar todas aquellas fugas y evitar así que se extendieran por Dellaire. No obstante, a veces, la cantidad de Mortem era simplemente demasiado grande. Y luego estaba el problema de qué hacer con él. Los Presque Mort solían canalizarlo de vuelta hacia la piedra, ya que esta era materia muerta, pero aquello creaba socavones por todos los caminos. La cuestión de la diosa muerta de Dellaire acababa suponiendo un verdadero problema para la

infraestructura.

La otra opción que tenían era canalizar el Mortem hacia algo vivo, por lo general, hacia las plantas. Se rumoreaba que los Presque Mort contaban con un jardín plagado de flores y árboles de piedra. Cuando las fugas eran especialmente complicadas, en ocasiones, estos tenían que redirigirlo todo hacia las tierras de labranza, arrasando con terrenos enteros. Sin embargo, no se había producido ninguna fuga tan grave desde hacía siglos.

La entrada a las catacumbas se hallaba en la parte trasera del edificio, junto a un montón de rocas con pintadas y tablones rotos. Alguien había tenido el detalle de dibujar en la pared un rostro con unas equis sobre los ojos y una flecha que señalaba el camino.

Lore no necesitaba indicaciones. Cuanto más se adentraba allí, más se le ponía la piel de gallina, y su conocimiento innato del mundo subterráneo se activaba en su interior con una enfermiza sacudida. Al encontrarse tan cerca, si cerraba los ojos, podía ver en su cabeza aquellas líneas negras que daban forma a las catacumbas, un enmarañado laberinto de túneles que se superponían en sus pensamientos, sumiéndolos en la oscuridad.

Aquella sensación siempre la inquietaba, así que intentó con todas sus fuerzas no parpadear mientras se acercaba a la puerta en ruinas, inhalando hondo por la nariz y soltando el aire por la boca para mantener la mente despejada. Una cosa era dejar un cargamento de veneno en la entrada de las catacumbas para que lo recogieran allí, y otra muy distinta, tener que atravesarlas, sentir cómo estas se cernían sobre ella desde todas direcciones. La quemadura en forma de luna que tenía en la palma de la mano comenzó a dolerle. Aquello la distrajo lo suficiente como para que no se percatara de que había una persona detrás de ella, hasta que la tuvo demasiado cerca y perdió la oportunidad de escapar.

Un brazo rodeó a Lore por el cuello. Unas uñas sucias se le clavaron en la piel, desprendiendo el aroma dulce y herbáceo de la belladona. Intentando maldecir mientras se ahogaba, ella levantó un codo, lo echó hacia atrás y golpeó un cuerpo terriblemente huesudo.

Tenía que tratarse de un renacido. Estos siempre adquirían el aspecto de un cadáver andante.

El renacido rio, produciendo un sonido entrecortado y silbante que trajo consigo otro soplo del aroma de aquella flor venenosa. Luego apartó el brazo, tambaleándose debido a lo poco que pesaba. Lore se giró sobre sus talones, sacó la daga y la sostuvo contra aquella garganta mugrienta.

Ya no le quedaba ninguna duda de que se trataba de un renacido,

uno que debería haber muerto hacía mucho tiempo. Era delgado como un esqueleto, casi sin dientes, con los ojos hundidos en el rostro, con la tez del mismo color que el vientre de un pescado y cubierta de venas de un tono gris piedra. Estaba demasiado demacrado como para discernir su género. El renacido dejó escapar otra risa jadeante y, a través de aquella piel, Lore pudo ver el laborioso esfuerzo que debían hacer sus pulmones al encontrarse en un cuerpo que estaba más hecho de roca que de carne.

—Pensabas que podías esconderte, ¿eh? —Los labios del renacido esbozaron una especie de sonrisa rígida. Tenía el labio inferior partido, pero de él no salía ningún tipo de fluido—. Podría oler la muerte en ti a kilómetros de distancia, querida. En gran abundancia. ¿Cómo puedes estar tan sana, tan entera? Una chica nacida para albergar el vacío no debería tener tu aspecto.

—Supongo que mi cuerpo no se ha puesto al día con mi mente —siseó Lore.

El renacido se rio, produciendo un sonido áspero y doloroso.

—Un par de veces llegué a estar muy cerca. Tanto que fui capaz de tocar la eternidad con las manos. —Levantó un hombro y lo volvió a dejar caer—. Nunca llegué a lograrlo del todo, pero tú… tú tienes ese poder sin siquiera intentarlo. Qué novedoso. Qué peculiar. —Con una sonrisa, le enseñó los dientes amarillentos y partidos—. Deberían haberte matado cuando tuvieron la oportunidad.

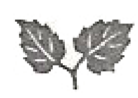
Lore no podía mover las piernas. La punta de su daga vaciló.

—He estado ahí abajo, ¿sabes? —El renacido volvió a sonreír—. Vagué durante días. Están preparándose. En unas buenas filas ordenadas, listos para la guerra.

Divagaba sin sentido. Aquel era un signo claro de que hacía tiempo que había perdido la cabeza. Por un momento, Lore llegó a sentir lástima por aquel ser que ya debería haber sido un cadáver y vaciló en su determinación asesina. Enfundó su daga y retomó su camino hacia la puerta, con las piernas ligeramente temblorosas. Podía echar a correr. Si recorría todo el camino corriendo, tal vez solo llegara unos minutos tarde al punto de encuentro.

Detrás de ella, otra risa y el sonido de un crujido cuando el renacido tendió su cuerpo cadavérico sobre el suelo.

—Corre, querida, corre —coreaba en voz baja—. No puedes escapar de ti misma.



Lore supo que había llegado demasiado tarde incluso antes de ver a

los guardias.

Era difícil no verlos. Los protectores de la ciudadela llevaban jubones de un rojo intenso y mantenían sus bayonetas relucientes, tan brillantes que costaba creer a cuántas personas habían matado con ellas. Pero a Lore no la engañaban. Si los llamaban capas sangrientas era por algo. También sabía que, al llevar el pelo escondido bajo el sombrero y con sus generosas curvas ocultas en aquel atuendo masculino tan holgado, podía evitar que se fijaran en ella siempre y cuando mantuviera la cabeza gacha. Era evidente que ya se había producido el cambio de guardia, y solo esperaba que Jean-Paul hubiera conseguido pasar en el momento en el que el punto de control había estado sin vigilancia.

La multitud se concentraba incluso más allí que en los muelles. Lore se puso de puntillas para mirar hacia la entrada, en busca de la melena pelirroja y larga que caracterizaba al manso caballo que Jean-Paul usaba para las entregas dentro de los límites del distrito. No lograba localizarle, e intentó reprimir el nudo, producto del pánico, que se le estaba formando en el estómago a medida que se acercaba al viejo escaparate en el que debían dejar el contrabando. Quizás Jean-Paul ya hubiese cruzado el punto de control y la estuviese esperando allí.

Lore dobló otra esquina antes de llegar a divisar el antiguo escaparate. Allí se encontró con chaquetas escarlatas, armas pulidas. Una carreta que, en su mayoría, cargaba cajas vacías. El cabello pelirrojo de Jean-Paul. Este levantó la mirada y la vio. Era un fornido hombre blanco de mediana edad que llevaba trabajando para Val desde antes de que Lore apareciera. Y, aunque su expresión era cautelosamente neutral, los ojos le brillaban a causa del miedo, haciendo que parecieran casi animales.

Había llegado tarde. Demasiado tarde.

Por un momento, Lore no pudo hacer otra cosa que quedarse allí plantada. Cuando uno de los guardias se giró en su dirección, ella corrió a esconderse en un callejón y apoyó la espalda contra los ladrillos sucios, respirando con tanta dificultad que se le irritó la garganta.

—Mierda —soltó, con voz ronca y acelerada—. Mierda.

Conteniendo la respiración, Lore echó un vistazo desde el callejón. Parecía que Jean-Paul había conseguido pasar el punto de control sin que lo registrasen, pero los capas sangrientas no habían tardado en darse cuenta de su error y le habían vuelto a parar justo cuando se acercaba al escaparate. Aunque ella hubiera llegado allí a tiempo, no habría podido hacer nada.

Jean-Paul consiguió mantener la calma incluso mientras los capas sangrientas rebuscaban entre las cajas. El hombre corpulento tenía las manos metidas en los bolsillos y se balanceaba hacia delante y hacia atrás en el sitio, dando la sensación de ser un simple comerciante que tan solo esperaba a que acabasen con el registro. Mantuvo la cabeza inclinada hacia el suelo, bajo el ala de su sombrero, para ocultar su mirada aterrorizada.

Lo que Lore debía hacer era dejarle allí tirado. Era consciente de ello. Era una de las primeras lecciones que le había enseñado Val. Si un trabajo se torcía, era un sálvese quien pueda.

Pero ella no era capaz de huir. Jean-Paul tenía un marido y un hijo joven, y si lo pillaban, lo enviarían a las islas Calcinadas. Lore no era capaz de abandonar a nadie ante un destino como aquel.

—Mierda. —Maldijo por última vez, pronunciando aquella palabra con contundencia. Entonces, salió del callejón y se entremezcló con el gentío.

Los capas sangrientas no le prestaron ninguna atención mientras se acercaba con sigilo, de forma tan discreta como le era posible. Uno de ellos, un hombre fornido con un bigote curvado hacia arriba justo debajo de una nariz pequeña y pálida, sostenía una de las cajas señuelo llena de patatas casi germinadas. Enarcó una ceja.

—Si estabas repartiendo estos pedidos, viejo —se burló—, entonces me preocupa que estés estafando a la gente.

Siempre ponían las cajas con el contrabando arriba del todo. Los capas sangrientas nunca se lo esperaban, así que comprobaban primero las cajas de abajo, dando por sentado que ocultarían el veneno lo mejor posible. De aquella forma, si pillaban a alguien en mitad de un trabajo, lo más probable era que la carga ya hubiera sido depositada en el punto de recogida.

—Alaric necesita cajas —le explicó Jean-Paul, inexpresivo. Alaric era el nombre que siempre daban si los paraban y les preguntaban qué estaban haciendo—. Quiere algunas para almacenar no sé qué cosa. Las patatas sirven solo para hacer peso y que las cajas no se caigan de la carreta.

Ya habían bajado todas las cajas. Los compañeros del hombre del bigote comenzaron a registrar el resto. Abrieron la primera, llena de más patatas marchitas. Después, una segunda. Y una tercera.

—¿Quieres decir que un comerciante ha contratado tu carreta para cargar cajas de patatas pasadas desde el distrito suroeste hasta el noroeste?

Solo quedaban seis cajas. Tres de ellas contenían mandrágora. A Lore comenzó a caerle el sudor por la espalda.

—No es asunto mío en qué quiera gastar su dinero —replicó Jean-Paul.

Abrieron una quinta caja. Si Lore iba a intervenir, tenía que ser en aquel momento. Simplemente no sabía qué hacer. Eran demasiados como para deshacerse de ellos con una sola daga, sobre todo porque había perdido el elemento sorpresa y nunca se le habían dado demasiado bien las peleas cuerpo a cuerpo.

Una sensación de cosquilleo comenzó a extendérsele por las palmas de las manos hasta llegar a la punta de los dedos.

Un hormigueo, una percepción clara. El Mortem aguardaba en la piedra que tenía bajo los pies, en los ladrillos y en la madera muerta que conformaba aquel escaparate, además de en la carreta y en el veneno de la mandrágora, que aún seguía escondida. Era como un zumbido bajo, como un hilo que podía agarrar y tirar de él. Era algo tan sencillo…

Uno de los capas sangrientas se acercó a la sexta caja y abrió la tapa con la punta de la bayoneta. Entre las sombras de su interior, Lore pudo vislumbrar un destello verde.

Corrió hacia delante, ignorando la llamada del Mortem y hablando antes de saber qué palabras iban a salir por su boca.

—¡Las habéis encontrado!

Jean-Paul y el del bigote se giraron hacia ella, mientras que el capa sangrienta al que había interrumpido levantó la mirada, arrugando el entrecejo con gesto curioso. Lore cogió la caja, presionando la tapa abierta contra su pecho.

—Me ha enviado mi padre. Siento mucho llegar tarde.

El del bigote ladeó la cabeza.

—¿Tu padre es Alaric, chica?

Maldita sea, sus pechos. Lore creía que aquella camisa era lo suficientemente holgada como para ocultarlos, pero no era de esas mujeres con un pecho que podía disimularse fácilmente.

—Sí —le confirmó ella, irguiéndose aún más y esbozando una sonrisa todavía más amplia—. Está muy disgustado porque he roto un montón de frascos al intentar cargarlos uno a uno. Necesitamos las cajas de inmediato…

Mientras hablaba, a gran velocidad y deshaciéndose en sonrisas, fue retrocediendo y acercando el contrabando cada vez más hacia el viejo escaparate. La trampilla que había en el interior del local conduciría a las catacumbas, y el misterioso mapa de su cabeza le decía que los túneles que le quedaban más cerca estaban vacíos. Si lograba pasar las cajas por aquella puerta…

Entonces, pisó un guijarro y se resbaló hacia un lado, perdiendo el

equilibrio. La caja se le cayó de las manos.

La mandrágora formó un manto verde sobre los adoquines.

Por un momento, todos se quedaron inmóviles: Jean-Paul, Lore, los capas sangrientas y el enorme y plácido caballo que Val solo usaba para las entregas de veneno, uno al que Lore llamaba cariñosamente Caballo porque nadie se había molestado en ponerle nombre.

Entonces, tras un segundo y con un grito triunfal, el del bigote cargó hacia delante.

—¡Corre! —Lore se lanzó hacia un lado, en dirección a la entrada del callejón en el que se había escondido antes, mientras desenfundaba su daga. Se le torció un pie, provocando que cayera de rodillas. El crujido que se produjo hizo que se le nublara la visión. Unas manos enguantadas se cerraron con fuerza sobre sus hombros, arrastrándola hacia atrás.

Los capas sangrientas crearon un verdadero caos y Caballo respondió encabritándose y tirando de la carreta, con lo que consiguió lanzarla a toda velocidad hacia los curiosos. Jean-Paul gritó sin decir nada, intentando sujetar las riendas de Caballo. El relincho de la bestia era de terror, con los cascos levantados hacia el cielo de la mañana mientras los capas sangrientas los rodeaban. Jean-Paul se lanzó a por las riendas, pero no fue lo suficientemente rápido como para hacer que Caballo virase y pudiese marcharse. Una bayoneta le atravesó la garganta al animal y este se desplomó, pasando a convertirse en un pedazo de carne tembloroso.

Lore seguía con la visión emborronada mientras intentaba darle un puñetazo, con la cuchilla de su daga entre los dedos del puño, al capa sangrienta que la estaba agarrando. Otro de los guardias la tomó del brazo y se lo retorció hacia atrás lo suficiente como para que ella sintiera cómo le crujían los huesos, casi a punto de rompérsele. Un sonido áspero y ahogado salió de su garganta, un grito interrumpido por el cañón frío de la bayoneta, con la punta afilada arañándole la tráquea. La tenían acorralada entre tres: dos agarrándola por los brazos y uno apuntándole con el arma. No le quedaban muchas alternativas.

Volvió a sentir aquel cosquilleo en las palmas de las manos y aquella percepción fría se le extendió por las extremidades.

—Como te muevas, te disparo —gruñó el capa sangrienta que blandía la bayoneta—. Y un tiro en el cuello no es una muerte rápida.

A Lore le temblaban los dedos, el Mortem que emanaba de las catacumbas y del cadáver de Caballo era el causante de aquel cosquilleo. Llevaba trece años sin canalizarlo. Lo había enterrado en el fondo de su ser y lo había dejado allí para que se pudriese. Pero, en

aquel instante, se sintió prácticamente abrumada por aquella percepción.

Percepción e instinto. Las manos le ardían, anhelando invocar el Mortem de cada lugar muerto en el que este aguardaba, deseando canalizarlo a través de su cuerpo y hacer que cumpliera su voluntad. Resistirse solo la hacía sentirse mareada y le dificultaba la respiración.

La mitad de los capas sangrientas se acercaron a recoger la mandrágora tirada por el suelo, pero su líder tenía toda la atención puesta en Jean-Paul. Lo tomó del brazo. Jean-Paul intentó sacar la daga que llevaba escondida en el abrigo, con las manos manchadas con la sangre de las vísceras de Caballo, del pobre Caballo, pero el capa sangrienta le apuntó con la bayoneta en la garganta antes de que pudiera hacerlo.

—No me obligues a dispararte —gruñó el tipo a través de su maldito bigote—. Les vendría bien tener a alguien como tú en las minas de las islas Calcinadas. —Dejó escapar una risa gutural—. Y lo mismo digo de tu chica. Parece lo suficientemente fuerte como para poder utilizar una pala.

Recibir un balazo era mucho mejor que acabar en las minas. Lore había escuchado a más de un traficante de veneno decir que preferiría cortarse la garganta antes de que le obligaran a vivir el resto de su corta vida sumido en la oscuridad y entre el polvo de las islas Calcinadas.

Oscuridad. Polvo. Muerte. Todo aquello se arremolinó en torno a ella, junto con la sangre metálica y un vacío que le abrasaba las fosas nasales. Una neblina negra emergió del cadáver de Caballo, formando hebras oscuras que solo una canalizadora era capaz de ver, emanando de los ojos y de la boca desencajada del animal. Mortem. La estaba llamando.

«Usalo».

Lore no sabía si de verdad había escuchado una voz o si simplemente aquello procedía de su cabeza motivado por la desesperación de hacer algo, de usar lo que tuviera a mano.

Una distracción. Eso era lo que necesitaban. Algo que le permitiera salir corriendo, algo lo suficientemente horrible para que los capas sangrientas se despistaran y Jean-Paul pudiera escapar. Para ella ya era demasiado tarde. La habían pillado, lo que hiciera en los próximos segundos no cambiaría aquello.

Tenía que elegir entre las islas Calcinadas o la hoguera. Al fin y al cabo, daba lo mismo una cosa o la otra si con ello lograba que Jean-Paul regresase con su familia.

Así que optó por distraerlos. En cuanto tomó aquella decisión, su

cuerpo se puso manos a la obra.

Inhaló hondo y retuvo el aire en los pulmones, dejando que se impusiera su instinto y que este la guiara como ya había hecho en otras ocasiones. Lore había nacido para hacer aquello, para la magia y la oscuridad, y cada parte de ella, a excepción de su mente, lo anhelaba.

Un momento todo era brillante y resplandeciente, y al siguiente, solo percibió una leve impresión de su entorno. El mundo se sumió en una escala de grises mientras comenzaban a arderle los pulmones y su cuerpo se acercaba al filo de la muerte. Los capas sangrientas, Jean-Paul y cada ser vivo entre la multitud se hallaba rodeado de un aura de luz blanquecina. El contorno alrededor del cadáver de Caballo pasó, poco a poco, del blanco al negro, a medida que la vida daba paso a la muerte. Las hebras de Mortem se agitaban en el aire como si fueran las patas de una araña, con el mismo halo oscuro de un sol invertido.

Lore no bajó la mirada mientras dejaba escapar lentamente el aire de sus pulmones, manteniendo un férreo control sobre el Mortem gracias a que se encontraba inmersa en él y su instinto había tomado el control. Sabía el aspecto que debía tener: los dedos fríos y pálidos como los de un cadáver y los ojos pasando de un color avellana a un blanco opaco. En la palma de la mano, la cicatriz en forma de luna refulgía como si fuera un faro, un resplandor negro que representaba la ausencia de luz, pese a que era tan brillante que dolía solo con mirarlo. Sobre el corazón se le arremolinaba un nudo de oscuridad, un vacío negro que se escondía bajo su camisa.

Sabía qué aspecto tenía: el de una muerta viviente.

Con las manos cerradas, atraía la materia oscura que representaba el poder de la muerte hacia su interior, como si su corazón fuese un imán que llamaba al Mortem. Los hilos que emanaban del cuerpo tembloroso de Caballo flotaban hacia ella. Se entrelazaron en el aire y se adhirieron a sus dedos, con la magia atravesando la barrera de la piel sin dificultad.

La muerte de Caballo comenzó a introducírsele en las venas, envolviéndola como si fuese sangre contaminada. Lore canalizó el Mortem rápidamente a través de su cuerpo, haciéndolo correr por cada una de sus venas. Aunque estas parecían corrientes de agua congelada en el invierno, forzó al Mortem a seguir por ellas a pesar del débil latido de su corazón y de su respiración lenta. La magia de la muerte envolvió cada uno de sus órganos, haciendo que estos se detuviesen, como escarcha sobre un brote verde al inicio de la primavera.

Aquella era la parte que, en teoría, alargaba la vida a la gente, congelando sus entrañas para ralentizar así su envejecimiento en el tiempo, para que los años les afectaran de un modo menos agresivo. Aquellos que ingerían veneno no podían canalizar la muerte que había entrado en ellos y extraerla.

Lo único que conseguían, a medida que el Mortem latente despertaba en su interior, era una perversa inmortalidad. Para canalizar el Mortem, debían abrazar la muerte como si esta fuese un amante y esperar que al final decidiera soltarlos. Casi nadie llegaba tan lejos, al menos, no a propósito.

O eso era lo que Lore creía. Ella había nacido con aquella habilidad. Había nacido con la muerte a su lado como si fuera una sombra.

Muy muy despacio, la chica concentró el Mortem que había canalizado hacia sus manos, como si estuviera recogiendo un montón de hebras negras. Después, dejó escapar toda la muerte que había acumulado en su interior.

El Mortem salió de sus dedos, con la muerte buscando desesperadamente un nuevo hogar. Lore contaba con la suficiente entereza mental como para dirigirlo hacia un lecho de flores, ya medio seco y marchito tras una temporada de escasez de lluvia, que se encontraba en el centro del camino. Las flores se retorcieron y murieron; las raíces que las sostenían se marchitaron y se volvieron quebradizas. Todo adquirió un tono grisáceo. El resto del Mortem cayó sobre una roca, creando grietas que se extendían como telas de araña bajo sus inestables pies. No abrió ningún socavón, gracias a todos los dioses muertos y moribundos, pero, aun así, los gritos inundaron el aire.

El corazón se le detuvo en el pecho, solo por un momento, dándole un vuelco. El instinto, que le había estado dictando lo que debía hacer, comenzó a desvanecerse, dejándola tan solo con miedo, pánico y repulsión.

Y tras emitir un sonido a medio camino entre un gruñido y un quejido, Caballo se puso en pie.

Capítulo Tres

La muerte, para los mortales, es inviolable. Cualquiera que intente traer de vuelta a un cuerpo de entre los muertos será culpable de la peor de las herejías y deberá ser ejecutado para que así sufra durante toda la eternidad en su propio infierno.

—El Libro de la Ley Mortal, tratado 1

Cedric tenía un año más que Lore, catorce, y por eso ella lo consideraba tan sofisticado como un príncipe. Era el hijo de un traficante del equipo de Val y Mari. Además, era el único crío con el que pasaba mucho tiempo en aquellos meses después de que Mari la hubiese encontrado. Era agradable y amable, con unos grandes ojos marrones y un cabello revuelto que siempre acababa cayéndole por el rostro. Era quien le había enseñado a nadar cerca de los muelles.

Hasta que un día fue atropellado por el caballo de un capa sangrienta durante una redada.

Su cuerpo acabó hecho un horror. Lore lo recordaba con todo lujo de detalles. Cedric tenía hundidas zonas que no deberían haberlo estado. Otras partes le sobresalían, formando carpas con la carne desgarrada y valles con los huesos y los órganos destrozados. Pero el rostro quedó intacto, con aquellos ojos marrones mirando hacia el cielo como si estuviera cautivado.

Lore no se lo pensó. Simplemente actuó, se dejó llevar por su instinto. Se envolvió la muerte de Cedric alrededor de los dedos como en aquel juego del cordel que él le había enseñado, extrayéndola del chico e introduciéndosela en su interior. La canalizó a través de su cuerpo y la lanzó hacia una roca, donde las raíces de unos hierbajos aplastados se alzaban en dirección al sol. De aquel modo, enterró bajo tierra la muerte de Cedric en lugar de su cuerpo.

Y entonces, el muchacho se sentó. Al hacerlo, emitió un sonido horrible. Nada en su cuerpo estaba donde debía estar y todo había acabado aplastado. Sin embargo, consiguió sentarse y se giró para

mirar en dirección a Lore. Ya no tenía los ojos marrones. Habían pasado a ser negros, carentes de iris o pupilas.

Acabó siendo evidente que no iba a hacer nada hasta que ella se lo ordenase. Era un autómata que necesitaba que le dieran cuerda, necesitaba unas órdenes. Así que Lore se sacó del bolsillo el ovillo de cuerda que utilizaban para jugar.

—Juega conmigo.

Así fue como los encontró Val. Una chica viva y un chico muerto con un cordel entrelazado entre los dedos de ambos, comportándose como si aquello no fuera nada raro.

Fue increíblemente asombroso que Val no la matara entonces. Tras presenciar lo que era, lo que podía hacer.

Y con aquel recuerdo en mente, Lore observó cómo Caballo se levantaba del suelo, claramente muerto, pero capaz de moverse. Al parecer, con los animales aquello funcionaba de un modo distinto. Lore no tuvo que indicarle a Caballo qué debía hacer.

—Mierda —soltó en voz baja y entrecortada. Sintió las piernas tan flojas como un pedazo de hilo suelto, mientras la muerte que había canalizado comenzaba a manifestarse en su ser, entumeciéndole las extremidades y cerrándole mucho la garganta. Lore cayó de rodillas y el capa sangrienta retiró la punta fría de la bayoneta de su cuello tras hacerle un leve arañazo, aunque este no era lo suficientemente profundo como para que le sangrara—. Me cago en los muros de la ciudadela.

Por un segundo, la joven creyó que su preciada distracción no había servido de nada. Los capas sangrientas seguían reteniéndolos a Jean-Paul y a ella, sin dedicarle ni un vistazo al caballo, que estaba resucitando de entre los muertos en el centro de la plaza del mercado. Lore se había entregado, había sucumbido a la llamada del Mortem, ¿y para qué?

Un sonido ahogado y furioso abandonó sus labios.

El capa sangrienta que la sujetaba por los brazos intentó tirar de ella para volver a ponerla en pie, pero entonces la miró a los ojos, aún blancos y opacos como la muerte. Lore observó cómo el hombre analizaba sus venas ennegrecidas y sus dedos similares a los de un cadáver, y cómo palidecía a medida que comprendía lo sucedido. El guardia retrocedió hasta que su espalda chocó contra el muro de ladrillo y abrió las manos para soltarla.

—Que el Dios Sangrante se apiade de nosotros —murmuró en un tono que transmitía su pánico creciente—. ¡Dios Sangrante, apiádate de nosotros!

Aquello estaba mucho mejor.

Por fin, el resto de los capas sangrientas se percataron de la presencia del animal no muerto. El del bigote acuchilló al cadáver, que se había incorporado por completo, pero, al estar ya muerto, Caballo ni se inmutó. En todo caso, lo que parecía era sentir curiosidad. Restregaba el hocico sangrante contra su propio hombro pegajoso, y tenía un tajo completamente abierto en el cuello que daba la sensación de ser una segunda boca. Agitó sus largas pestañas alrededor de aquellos ojos opacos, deshaciéndose de una mosca que se había posado sobre ellas.

—Lo siento, Caballo —masculló Lore, para luego vomitar el café que se había tomado aquella mañana sobre los adoquines.

Cuando levantó la mirada, el del bigote estaba observándola, contemplando a aquel ser monstruoso en el que se había transformado tras canalizar el Mortem. El rostro del guardia palideció casi tanto como el suyo.

—Herejía —pronunció, con la voz ronca por haber estado gritando antes—. ¡El mal personificado!

—Qué melodramático. —Lore sintió los labios entumecidos, al igual que el resto del cuerpo.

El caos se desató a su alrededor, como si después de haber resucitado a Caballo el tiempo se hubiese detenido durante unos segundos y, en aquel momento, se hubiera reanudado. El del bigote blandió la bayoneta, pidiendo refuerzos a gritos y ordenando a su batallón que rodeara al animal y detuviera a la bruja de la muerte.

Lore tardó un momento en caer en la cuenta de que se refería a ella. «Bruja de la muerte» era el nombre que empleaban para referirse a las nigromantes, desde mucho antes de que todos los que tenían la habilidad de canalizar aquella cantidad de Mortem fueran ejecutados o enviados a las islas Calcinadas. Ahora solo quedaba ella. Una única bruja de la muerte.

Canalizar el Mortem hizo que acabara con los dedos pegajosos y pálidos, con la piel casi traslúcida y con el trazo que seguían sus venas, por las que la sangre circulaba lentamente, formando lo que parecía ser un sencillo mapa sobre su piel. Tenía peor aspecto que un renacido, que ya era mucho decir. Unas hebras de muerte la unían a Caballo, creando una especie de trenza oscura que solo podía ver a través del rabillo del ojo, cuando no miraba directamente hacia ella.

Con un sonido estridente y gutural, Lore cerró las manos en puños. Las hebras de Mortem se partieron y el caballo se desplomó. El poder que había hecho posible su reanimación flotó en el aire como si fuera humo, para luego disiparse. Aquello era lo mismo que había hecho con Cedric, cuando Val los encontró, cuando Val gritó. Entonces no

había sido algo intencionado. Lore se había sorprendido y asustado tanto que había cortado los hilos que los mantenían unidos.

Aquella primera vez le había parecido más difícil. Tanto la reanimación como luego ponerle fin. Pero, en aquel momento, con Caballo, casi no había tenido que esforzarse. Canalizar el Mortem del cuerpo del equino, el acto de robar la muerte y enviarla a otra parte, le había resultado de lo más natural.

El cadáver del pesado animal cayó sobre un grupo de capas sangrientas, pasando de nuevo a ser un pedazo de carne muerta. El crujido de huesos y los alaridos de dolor se extendieron por el distrito, uniéndose a los gritos de los curiosos. Los guardias se habían olvidado de Lore y de Jean-Paul. La chica vislumbró el cabello pelirrojo de Jean-Paul mientras el hombre desaparecía por un callejón. El del bigote se había dado la vuelta en cuanto Caballo había caído al suelo, pero la oleada de gente que se encontraba entre él y Lore lo había ido alejando de ella, provocando que la perdiera entre la multitud. Lore podía escucharle gritar, pero no lo divisaba.

No cabía duda de que había conseguido la distracción que buscaba. Ahora solo le quedaba ser capaz de moverse.

Se levantó del suelo sintiendo un hormigueo en las piernas. No dejó de maldecir mientras intentaba alejarse cojeando de allí. Los recuerdos de Cedric lograron cruzar aquellas barreras mentales que había creado para encerrarlos, provocando que pasado y presente se fundieran de un modo horrible, sin principio ni fin. Cojeó lo más rápido que pudo para meterse en el estrecho espacio que había entre dos escaparates, haciéndose un ovillo entre las sombras. En un momento de lucidez, se quitó el gorro que llevaba en la cabeza, dejándose el cabello suelto, se enrolló el bajo de la camisa y se lo remetió por dentro de los pantalones para moldear sus curvas. No podía decirse que aquello fuese un disfraz, pero le daba un aspecto distinto al que había tenido cuando había resucitado al caballo, y tal vez así consiguiera pasar lo suficientemente desapercibida como para poder huir.

Entonces, alguien la agarró del brazo.

Lore se giró, mostrando los dientes con un gruñido y con la mano lista para golpear a quien fuera que la estuviese tocando.

Era Michal.

Era evidente que no había esperado ver lo que vio cuando Lore se dio la vuelta. La había visto corriendo hacia el callejón, pero no había establecido la conexión entre Caballo y ella. En aquel momento, la joven pudo ver cómo Michal comenzaba a encajar todas las piezas del rompecabezas a medida que cambiaba su expresión. Entornó aquellos

ojos azules antes de abrirlos mucho, horrorizado. Miró sobre su hombro hacia la plaza, boquiabierto, y un leve estremecimiento hizo que le temblara la mano antes de apartarla de ella, con los dedos extendidos.

—Lo siento —murmuró Lore, notando de pronto la lengua pesada —. Lo siento.

Lo empujó para pasar junto a él y volver a la plaza. Se internó en el primer callejón que encontró. Comenzó a correr y no se detuvo, con la cabeza gacha y la visión emborronada, tomando direcciones al azar y pensando únicamente en alejarse.

Así pues, cuando uno de los Presque Mort salió de un recoveco lleno de basura delante de ella, Lore estuvo a punto de chocarse contra él.

Este se cernió sobre ella, con las manos extendidas y la imagen de una vela encendida tatuada en cada una de las palmas de sus manos. Sus ropajes negros se ajustaban a la perfección a su cuerpo musculado, y la miraba con un ojo azul y el otro cubierto por un parche negro de cuero.

Aquel hombre le resultaba familiar. Tenía la sensación de haberlo visto antes. Pero aquello era absurdo. Lore no conocía a ningún Presque Mort. En realidad, no conocía a ningún miembro del clero.

Ya no.

—Cómo no iban a aparecer los Presque Mort —dijo la chica mientras se apartaba a trompicones de aquellas manos tatuadas, buscando su daga a tientas—. Cómo no, joder.

El Presque Mort no respondió. Se limitó a observarla mientras ella se daba la vuelta para correr en dirección contraria, intentando volver por donde había llegado y tomar otra ruta distinta. El Presque Mort silbó, una nota baja que ganó intensidad y que fue repetida por otros, haciendo vibrar la piedra y sonando de forma clara sobre el alboroto del distrito, que cada vez era más distante.

La tenían rodeada.

El primer monje avanzó lentamente, con las manos tatuadas extendidas como si Lore fuera un perro al que no conocía y al que no quería asustar. Era peculiarmente alto, con el pelo corto y cobrizo y unos hombros anchos. Era un desperdicio que una persona que había hecho voto de castidad poseyera aquella belleza.

—No queremos hacerte daño. —Empleó una voz profunda y un tono pausado, como si aquel callejón fuese una sala de baile de la ciudadela.

—Tenéis una forma muy curiosa de demostrarlo. —Lore se tropezó con sus propios pies sobre los adoquines irregulares mientras

caminaba hacia atrás, y estuvo a punto de acabar en el suelo.

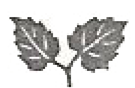
El Presque Mort no le respondió. Otros que vestían los mismos ropajes simples y oscuros emergieron de las dos salidas del callejón, avanzando despacio y de manera implacable. Eran demasiados como para que pudiese enfrentarse a ellos, y ya no contaba con ningún animal al que reanimar para poder distraerlos.

A Lore le fallaron las piernas. Apoyó la mano, aún entumecida, sobre la pared. Pese a que sentía una predisposición natural a manipular la magia de la muerte, recuperarse después de haberlo hecho siempre era una mierda.

Estaba tan distraída que, cuando el Presque Mort más alto se sacó un pañuelo del bolsillo, no tuvo tiempo de reaccionar antes de que le cubriera con él las fosas nasales. Cloroformo. Aquello llegaba a ser casi gracioso: que usaran un producto químico tan corriente en una ciudad famosa por sus venenos peculiares y florales.

—No queremos hacerte daño —murmuró el Presque Mort—, pero tienes que acompañarnos. Y algo me dice que, si estás consciente, no lo harás.

—¿Y qué te hace pensar eso? —farfulló Lore. Y entonces todo su mundo se oscureció.



Las ataduras eran algo con lo que estaba familiarizada. El roce de la cuerda contra su piel era como un eco. Por un momento, percibió el olor a piedra y a piel quemada. Por un momento, estuvo segura de que, cuando abriera los párpados, se encontraría con túneles y la luz tenue de las antorchas, una tumba de obsidiana y una mirada color avellana igual que la suya.

Por eso, cuando Lore abrió los ojos y vio la celda, casi se sintió aliviada.

Alguien le había metido un trapo en la boca. El sabor era amargo, como si lo hubieran usado para limpiar vino derramado. Tenía los tobillos atados con una cuerda a las patas de la silla en la que estaba sentada. Otra le sujetaba las muñecas juntas detrás de la espalda. Y aún había otra más que unía esas dos cuerdas. Quienquiera que la hubiese atado le había dejado suficiente holgura como para que no estuviera retorcida en una postura dolorosa, pero no había forma de que pudiera levantarse de aquella silla sin ayuda.

Y todo aquello: la silla, las ataduras, los muros de piedra… Todo emanaba muerte.

Jadeó con el pañuelo metido en la boca, haciendo que el tejido se

le metiera más hacia la garganta y que le dieran arcadas mientras cerraba los ojos con fuerza. Por lo general, Lore era capaz de controlar su percepción del Mortem que se encontraba en la materia muerta. No le quedaba otra. No podía escapar de él. Pero algo había cambiado cuando había resucitado a Caballo, y ahora el Mortem la atacaba desde todos los flancos, pesado y denso, cayendo sobre ella con una fuerza asfixiante.

Lo que era peor que la roca y la cuerda, objetos que jamás habían tenido vida, eran las cosas que sí la tenían. Los minúsculos hierbajos que salían, elevándose hacia arriba, de entre las grietas del suelo; las personas que se encontraban lo suficientemente cerca de ella como para que sus sentidos las detectasen; su propio cuerpo, que por el momento seguía vivo y cuyas células podía sentir deteriorándose de manera individual, una eternidad en el microcosmos…

¿Le había pasado lo mismo después de lo de Cedric? Si había sido así, no lo recordaba. Parecía que, con la edad, resucitar algo le resultaba más sencillo, pero los efectos secundarios eran peores.

Tragó saliva profusamente y volvió a abrir los ojos, obligándose a examinar sus alrededores.

Técnicamente, no era una celda. Tan solo era una habitación vacía de piedra, con la silla a la que ella estaba atada y una mesa de madera como único mobiliario. Sobre la pared colgaba un tapiz, muy vistoso al ser el único toque de color en la estancia. Retrataba a un hombre con un lustroso cabello castaño y la piel blanca como la leche. Tenía las manos extendidas cubiertas de sangre, que le brotaba desde una herida abierta en el pecho, goteando hacia la masa de oscuridad que se encontraba debajo de él. En el fondo, se veía algo que parecía ser una fuente bañada en oro, y sobre la cabeza de aquel hombre había un mensaje escrito con hilo dorado y plateado:

APOLLIUS, DEFENDEREMOS CON FIEREZA TU CIUDADELA, PROTEGIÉNDOLA DEL MUNDO DE LA MUERTE Y LLEVANDO UNA VIDA PURA HASTA TU REGRESO, CUANDO EL MUNDO SE ADENTRE EN LA LUZ DE UNA NUEVA ERA.

La forma borrosa bajo los pies de Apollius parecía ser, a primera vista, una sombra. Pero si se miraba con más detenimiento, casi se podía distinguir la figura de una mujer. La persona que lo había tejido había empleado hilos de distintos tonos oscuros para hacer entrever una cabeza coronada por una luna y unas curvas femeninas. Los pies del Dios Sangrante se encontraban justo encima de las puntas de la corona en forma de luna creciente de aquella mujer apenas discernible. Esta llevaba la corona sobre la frente puesta del revés, para que las puntas se alzaran como si fuesen cuernos. Daba la impresión de que el dios estaba pisoteándola para hundirla bajo tierra.

Era la Diosa Enterrada, Nyxara.

Así que estaba en la iglesia. Como no podía ser de otra forma, los Presque Mort la habían llevado a aquel lugar.

Solo de pensarlo, el pánico volvió a apoderarse de ella. El que la había drogado le había dicho que no tenían intención de hacerle daño, pero todo podría ser cuestión de semántica, podría formar parte de un juego cruel. Puede que los Presque Mort no estuviesen autorizados a ejecutarla ellos mismos, pero, sin duda, el altísimo sacerdote sí que lo estaba. O puede que el rey quisiera hacer los honores. Había pasado muchísimo tiempo desde que habían copiado con una verdadera nigromante para quemar en la hoguera. Todos los que habían ostentado aquel poder habían sido asesinados durante el año de la Caída de los Dioses y la década que siguió a este, cuando el Mortem había emanado del cuerpo de la Diosa Enterrada como si fuese sangre de una arteria.

Lore inspiró hondo para intentar apaciguar su miedo. Se preguntó cómo reaccionarían sus captores si les pedía que volvieran a dormirla con cloroformo. Un sueño inducido por una droga era preferible a aquel ataque de ansiedad, sobre todo cuando su suerte ya estaba echada.

Le rugió el estómago, retorciéndosele a causa del hambre. ¿Cuánto llevaba allí abajo? No había ventanas ni nada que la ayudara a calcular el tiempo, pero la rigidez de sus extremidades y el vacío en su estómago le hacían pensar que habían pasado horas.

Lore apenas reaccionó cuando entraron los Presque Mort. Eran solo dos: el que la había drogado y otro al que no reconocía y que llevaba la cabeza rapada y los brazos morenos cubiertos por unas cicatrices profundas y plateadas.

El de las cicatrices en los brazos la miró y enarcó una ceja.

—Se te ha ido un poco la mano con el cloroformo, Gabriel. Parece que está a punto de echar todo el desayuno.

—No he usado tanto. —El Presque Mort alto, que parecía llamarse Gabriel, la miró con curiosidad con el único ojo que tenía. Luego, hizo una mueca hacia la estancia—. El aire está cargadísimo incluso después de haber pasado un día.

¿Un día? Por todos los dioses muertos y moribundos, ¿había estado inconsciente durante un día entero?

—Ha canalizado demasiado… —Gabriel se giró hacia su compañero—. ¿Lo sientes?

La expresión del otro se ensombreció.

—Un poco —respondió, casi con rencor—. No tanto como tú. Algunos de nosotros tenemos que dar el callo en Dellaire en lugar de en uno de los monasterios de la campiña. Aquí estamos

acostumbrados a que el Mortem sea así de espeso.

Su tono desprendía una cierta actitud defensiva, aunque intentaba que sonara como una broma. Gabriel alzó una de las manos con el tatuaje de la vela.

—No pretendía ofenderte, Malcolm.

—Tranquilo —le respondió el otro. Se frotó los brazos plagados de cicatrices y se rio alegremente, como si intentara levantar el ánimo—. Si tuviera que pasar todo mi periodo de entrenamiento en uno de los monasterios de la campiña, me habría vuelto loco de atar de puro aburrimiento. Estuve a punto de enloquecer esos dos únicos meses que tuve que pasar allí.

—No es que sea un lugar muy divertido —coincidió Gabriel—. Aunque los dos días que he pasado en la ciudad hacen que desee regresar.

—No opino lo mismo. La biblioteca de Dellaire lo supera con creces.

—Y todos sabemos que eso es lo único que a ti te importa —resopló Gabriel—. Tranquilo, terminaremos esto rápido y podrás regresar con tu verdadero amor.

—Bien. Solo accedí a acompañarte porque nos faltan hombres. Correr por los distritos no me sienta bien.

Gabriel volvió a centrar su atención en Lore y frunció el ceño, pensativo.

—Creo que ahí está el problema —dijo en voz baja, con un tono que Lore, si hubiera sido más ingenua, podría haber confundido con simpatía—. Si nosotros podemos percibir tanto Mortem, imagínate todo lo que puede percibir ella.

—Demasiado —intentó decir Lore, aunque sonó distorsionado al seguir teniendo la mordaza en la boca.

Los dos Presque Mort se sobresaltaron y dieron un respingo hacia atrás, como si la chica fuera un mueble que de repente hubiese decidido hablar. Por su parte, Lore apenas era consciente de que había logrado emitir un sonido. La muerte le inundaba la cabeza y sentía una sacudida nerviosa a causa de aquella avalancha de entropía.

Gabriel asintió, como si hubiera tomado una decisión. Malcolm simplemente parecía más confuso.

—No lo entiendo —dijo este último, despacio—. ¿Te…? ¿Puede hacerte daño? Algunos han llegado a decir que notan cierto malestar, pero lo único que yo siento es un leve entumecimiento.

—Puede llegar a ser doloroso —le respondió Gabriel, casi compungido—. Puede doler muchísimo.

Por el rostro de Malcolm cruzó algo que se encontraba a medio

camino entre el miedo y los celos. Volvió a frotarse los brazos llenos de cicatrices.

Gabriel atravesó la estancia y se agachó al lado de la silla de Lore. Incluso de rodillas, la parte superior de su cabeza quedaba a la misma altura que la nariz de ella. Del pelo corto del Presque Mort emanaba un aroma a incienso de iglesia. La joven volvió a sentir aquella sensación de certidumbre en el estómago, la sensación de que, de algún modo, ya conocía a aquel hombre.

Con delicadeza, el Presque Mort llevó una mano detrás de la cabeza de Lore y le desató la mordaza, dejándole la boca libre.

—Escúchame —le dijo con calma, como si fuera una orden—. Esa sensación de estar rodeada de muerte está solo en tu cabeza. Puedes bloquearla.

—¿Cómo? —Lore seguía teniendo en la boca un regusto a algodón agrio. Detrás de Gabriel, Malcolm se hallaba de pie con los brazos cruzados y con un gesto intrigado y preocupado a partes iguales.

—Está en tu cabeza. —Aquella mirada procedente de un solo ojo era severa—. Ahí no puede entrar nada a no ser que se lo permitas. Oblígale a marcharse. —Parecía que aquellas palabras formaban parte de una lección que el Presque Mort había repetido a menudo.

Lore intentó reírse, pero el pánico seguía aferrándose a ella con fuerza e hizo que sonara más como el inicio de un sollozo.

—Vas a tener que darme las instrucciones paso a paso, Mort.

Este asintió sin más, como si fuese una petición completamente normal.

—Visualiza un muro. Haz que sea grueso, insonorizado. Visualiza una barrera alrededor de tu mente hasta que sea tan sólida que sientas que puedes tocarla. Y luego, no dejes que la muerte la cruce. No hay ninguna forma de lograr no percibirla en absoluto, al menos no cuando puedes canalizar tanto Mortem. Pero no tienes por qué dejar que se apodere de ti. No tiene por qué controlarte.

Parecía demasiado simple, pero en tiempos desesperados, medidas desesperadas. Lore cerró los ojos con fuerza y visualizó un muro. Al principio, era de piedra, pero enseguida lo descartó. Ya había tenido suficientes muros de piedra en su vida y, además, se trataba de un material muerto, algo de lo que también había tenido suficiente. Así que, en su lugar, pensó en árboles. En gruesos troncos de árboles que se cerraban a su alrededor.

Lore nunca había visto un bosque de cerca. Su poder no le permitía ir más allá de las catacumbas y en Dellaire no había ningún bosque, solo jardines ornamentales con árboles podados en algunos de los distritos más acaudalados. Pero era capaz de imaginarse un bosque,

uno real, verde y rebosante de vida.

Su barrera mental no era exactamente un muro. Se trataba simplemente de ella misma en mitad de un bosque. Uno apacible, con el cielo azul asomándose por entre las hojas y el extrañamente reconfortante olor a hoguera. Le resultó muy natural acudir a aquel lugar en su cabeza, como si aquel bosque la hubiera estado esperando.

Poco a poco, esa sensación de muerte inminente a su alrededor comenzó a desvanecerse, se transformó en el zumbido de fondo al que estaba acostumbrada.

Abrió los ojos. El Presque Mort la contemplaba fijamente con una mirada que parecía incluso más fiera al proceder de un único ojo, el derecho, que era de un azul cristalino.

—Gracias. —A Lore le hubiese gustado soltar alguna frase mordaz. Debería haberlo hecho. Salvarla justo antes de enviarla a la hoguera era especialmente cruel. Pero «gracias» fue lo único que fue capaz de decir.

Gabriel asintió, solo una vez.

—Te resultará una herramienta muy útil.

Ella volvió a soltar aquella risa a medias.

—No creo que vaya a tener oportunidad de canalizar mucho más Mortem antes de que me ejecuten por nigromancia.

El Presque Mort frunció el ceño por encima de su parche con una expresión que Lore no fue capaz de discernir, pero no hizo ningún comentario sobre su destino. En cambio, sostuvo la mordaza entre sus manos.

—Son órdenes del altísimo sacerdote. —Su tono era de disculpa—. Voy a tener que volver a ponértela.

La chica pensó en resistirse, pero estaba demasiado cansada, así que asintió.

Con cuidado, Gabriel volvió a ponerle la mordaza, aunque Lore se dio cuenta de que aquella vez se la había apretado menos. Cuando hubo terminado, el Presque Mort se puso en pie, cerniéndose sobre ella, y regresó al lado de Malcolm. El rostro del otro monje continuaba impasible.

—¿Tú tienes que hacer eso? —le murmuró a Gabriel—. ¿Intentar… contener tía percepción del Mortem? —Malcolm dirigió la mirada hacia el parche de su compañero para luego apartarla, como si estuviera avergonzado.

—A veces. Anton me enseñó ese truco del muro. Justo después de mi iniciación. —Gabriel se detuvo, levantando la mano para rascarse el parche—. Como mi lesión fue casi tan grave como la suya, Anton era consciente de que yo tenía un alto potencial para canalizar

grandes cantidades de Mortem.

Malcolm sacudió la cabeza y se rascó un ojo de manera mecánica, como si lo hubiera hecho sin pensar.

—Joder.

Gabriel no dijo nada.

Lore se encogió, incómoda. Los Presque Mort obtenían su poder para canalizar el Mortem del mismo modo que cualquier otra persona: tras morir tan solo por un momento y luego haber vuelto a la vida. Por lo general, aquello solía producirse debido a un accidente, una lesión o una enfermedad. Porque canalizar el Mortem iba en contra de la ley divina. Alguien que hubiera sobrevivido a una experiencia similar tenía dos opciones: ignorar su percepción del Mortem todo lo posible o unirse a los Presque Mort. Aunque el modo en el que se había producido aquella experiencia cercana a la muerte también importaba. Aquellos que habían buscado la muerte conscientemente y habían acudido a los mortíferos no eran elegibles, ya que los Presque Mort formaban técnicamente parte del clero.

Durante los primeros años tras la Caída de los Dioses, había existido una tercera opción. Realmente, seguía existiendo, bajo tierra, en los túneles más profundos de las catacumbas. Pero nadie mencionaba ya a la Guardia Enterrada, no desde que la última sacerdotisa de la noche reconocida por la Iglesia había enloquecido.

Malcolm señaló con el pulgar hacia la puerta.

—¿Cuándo se supone que vendrá?

—Estará al caer. —Gabriel se cruzó de brazos—. Antes tenía que ir a buscar a la informante. Para que nos confirme que tenemos a la persona correcta.

—No cabe ninguna duda de que se trata de ella —resopló Malcolm.

Lore frunció el ceño, y el gesto se transformó en una expresión grotesca debido a la mordaza. ¿Una informante?

La puerta se abrió. El primero en entrar fue un hombre mayor con el cabello grisáceo y una larga túnica blanca. En el cuello llevaba un colgante dorado, que era un corazón rodeado por unos rayos de sol con una gran piedra granate con forma de lágrima incrustada en su centro. Giró el rostro hacia ella y Lore mordió con fuerza la mordaza.

Uno de los lados de la cara de aquel hombre era hermoso, casi angelical. Pero el otro era una masa de cicatrices de quemaduras, de un tono morado oscuro a causa del paso del tiempo, que formaban unos senderos retorcidos desde la barbilla hasta el nacimiento del cabello, dejándole aquel lado de la boca con una sonrisa permanente de suficiencia.

Lore había oído hablar del rostro de aquel hombre, aunque nunca

lo había visto de cerca. El altísimo sacerdote, Anton Arceneaux, líder de la Iglesia y de los Presque Mort. El hermano gemelo del rey August.

Y, detrás de él, había una mujer con el pelo rubio y algo canoso, tapado con un pañuelo que le era familiar. Una mujer que no miró en dirección a Lore, ni siquiera cuando esta emitió un ruido agudo de incredulidad bajo la mordaza.

Se trataba de Val.

Lore creía estar soñando. Después de todos los narcóticos que le habían administrado y con el Mortem aún en su cuerpo, debía de ser el mismo Dios Sangrante el que se había colado en su cerebro para provocarle aquella pesadilla.

Val se encogió.

—No tenía por qué amordazarla —espetó, con la mirada, tan afilada como una daga, puesta en el altísimo sacerdote—. ¿Teme acaso que se burle de su rostro?

El altísimo sacerdote se limitó a enarcar la ceja que tenía intacta.

—Los fieles están rezando en el piso de abajo, en el santuario sur. —Su tono de voz era refinado y suave como la seda, algo que encajaba a la perfección al tratarse del hermano del Rey Sagrado—. Y la iglesia está más atestada de lo habitual con los preparativos para la consagración de mi sobrino esta noche. No me gustaría importunar a nadie.

—Pues amenácela con clavarla en una pica si hace algún ruido. —Val estaba justo plantada entre las manos del Dios Sangrante del tapiz sobre la pared. Parecía que este le estuviera dando la bienvenida, recompensándola por un trabajo bien hecho—. Pero no la amordace.

Se produjo una pausa y entonces, el altísimo sacerdote, Anton, asintió. Gabriel se acercó a la espalda de Lore y desató el nudo que mantenía la mordaza en su sitio.

—Lo siento —dijo en voz baja antes de apartarse.

Incluso sin la mordaza, Lore no tenía nada que decir. Se había quedado sin palabras. Se limitó a quedarse allí sentada, con la boca dolorida y abierta, contemplando a Val.

Su madre adoptiva seguía sin mirarla a la cara.

—Es ella —suspiró Val con agotamiento—. Tal y como dije. —Su mirada pasó del suelo a Anton—. ¿Necesita algo más?

El altísimo sacerdote asintió una única vez.

—Te devolveremos tu mercancía —le dijo— y podrás recoger el certificado del indulto en el palacio de Justicia del distrito noroeste cuando quieras. —Levantó hacia arriba la comisura del labio que sí podía mover—. Es la primera autorización oficial de la Corona para una traficante de veneno. Menudo honor.

—Que le den —murmuró Val.

—Y a ti también —le espetó Lore. Sabía cómo ocultar la tristeza, pero la rabia era un recurso que tenía fresco y a mano—. ¿Así que ahora te pasas a la venta privada, Val? ¿Me has entregado para conseguir un contrato?

La chica esperaba recibir una respuesta cargada de ponzoña, pero Val se limitó a hundir los hombros.

—No he tenido otra opción. Sabían lo de Cedric.

Lore ya sentía los dedos entumecidos por tenerlos atados a la espalda, pero las palabras de su madre adoptiva bastaron para hacer que aquel entumecimiento se le extendiera por la columna y le llegara hasta el pecho.

Al fin, Val la miró. Las lágrimas hacían que le brillaran los ojos.

—Ratoncita, lo…

—No me llames así. —«Ratoncita de los túneles». Val le había puesto aquel apodo cuando Lore era niña, tanto por su pelo, que no se sabía si era castaño, rubio o algo a medio camino, como por el lugar en el que Mari la había encontrado, en la entrada a las catacumbas. Incluso habiéndose hecho mayor, Lore seguía siendo su ratoncita—. ¿Mari está al corriente de esto? ¿Ella también creyó que merecía la pena matarme por un contrato?

Val apretó los labios agrietados mientras parpadeaba una y otra vez.

—Se lo explicaré a Mari —dijo en voz baja—. Lo entenderá.

—Me alegro por ella. —Su voz entrecortada era demasiado evidente como para ocultar lo que sentía—. Porque te aseguro que yo nunca lo entenderé.

Val suspiró. Hubo un momento de pausa y luego se le acercó, agachándose al lado de la silla. Alzó una mano, como si fuera a apartarle a Lore el pelo de la cara, pero esta echó la cabeza hacia atrás.

—Sé lo que parece todo esto —dijo Val con dulzura—. Pero, Lore, esto podría ser una oportunidad. Aquí estarás más segura de lo que podrías estarlo con Mari y conmigo.

La muchacha no dijo nada. Se quedó mirando fijamente al frente hasta que los colores del tapiz comenzaron a mezclarse tras su mirada anegada en lágrimas. Al fin, Val se alejó. La puerta se cerró lentamente detrás de ella.

—Si te sirve de consuelo —dijo el altísimo sacerdote, tomando asiento frente a Lore en la silla que Gabriel se apresuró a traerle—, ninguno de nosotros te ha mentido. No queremos hacerte daño, Lore.

—Entonces, ¿qué es lo que queréis? —Su voz aún sonaba rasposa,

como si el interior de su garganta estuviera recubierta de piedra. Tragó saliva.

Una sonrisa apareció en el lado hermoso del rostro de Anton.

—Necesitamos ayuda —le dijo—. Y resulta que tú eres la única que puede proporcionárnosla.

Capítulo Cuatro

Quien más rápido puede apuñalarte es aquel al que tú mismo le has entregado el cuchillo.

–Proverbio kiryteano

Lore se quedó callada. Luego se echó a reír.

Fue un sonido violento y ronco, dado que aún tenía la boca seca a causa de la mordaza de algodón. Dejó caer la cabeza hacia delante y siguió riéndose hasta que aquella risa corrió el riesgo de convertirse en un sollozo.

—¿Mi ayuda? —Sacudió la cabeza, aunque aquello hizo que le dolieran las sienes. El cloroformo le había dado una jaqueca tremenda, peor que la de cualquier resaca—. Seguro que ya lo sabrá, sacerdote, pero pedirle ayuda a una canalizadora de Mortem no autorizada es considerado algo más que una pequeña herejía.

Anton parecía casi divertido, al menos, eso transmitía por el lado de la cara en el que podía mostrar alguna expresión.

—La herejía puede ser perdonada si es por el bien mayor.

Detrás de Anton, Malcolm seguía de pie con los brazos llenos de cicatrices cruzados sobre el pecho y con el rostro impasible. Pero al oír la palabra «herejía», Gabriel apretó mucho los labios.

—El Dios Sangrante es consciente del aprieto en el que nos encontramos y nos da su bendición para hacer lo que debamos en su honor. —Todo aquello lo dijo con una voz de barítono, baja y agradable, como si estuviera recitando una oración. Tal vez así fuera. El Libro de Oraciones era infernalmente grueso y parecía contar con una entrada para todo—. De hecho, esa es una parte vital del trabajo de los Presque Mort, su razón de ser. Nos entregamos a la oscuridad con la certeza de que, al final, todas las sombras acabarán eclipsadas por la luz, igual que la Diosa Enterrada fue eclipsada por la gloria del Dios Sangrante.

Aquello no parecía haber salido muy bien, teniendo en cuenta que el Mortem seguía emanando del cadáver de la diosa.

—Si me está pidiendo que me una a su secta —le dijo Lore—, la respuesta es un no rotundo.

Ahora el que se reía era Anton, emitiendo un sonido tan galante y refinado como el tono de su voz.

—Ah, no. —El altísimo sacerdote se rio entre dientes—. Eso no es lo que queremos. Es necesario contar con… cierto temperamento para formar parte de los Presque Mort.

Lore le dedicó una sonrisa angelical.

—Además, soy demasiado guapa.

Malcolm giró el rostro, intentando reprimir una sonrisa burlona. Gabriel no reaccionó en absoluto y dejó aquel único ojo azul fijo en ella.

Anton enarcó una ceja, también con aspecto burlón.

—Sí, no tienes cicatrices. Es evidente que no has adquirido tu habilidad de canalizar el Mortem por medio de un accidente, a diferencia de nosotros.

Aquello se acercaba demasiado a la verdad para el gusto de Lore. Tal vez estuviesen dispuestos a hacer la vista gorda si la necesitaban para algo, pero ella quería evitar tener que revelar de dónde procedía su poder. Se movió incómoda en la silla.

—Entonces, ¿para qué me necesitáis?

De pronto, Anton dejó de reír, y tanto el lado hermoso de su rostro como el quemado adquirieron una expresión estoica.

—Supongo que estarás enterada de lo de la aldea.

Todos habían oído hablar de lo sucedido allí. Lore asintió.

—¿Y qué has escuchado exactamente?

—No mucho. —La chica levantó las manos atadas por detrás de la espalda todo lo que pudo, agitando los dedos—. Puede que recuerde más si me desatáis.

La expresión apacible de Anton no flaqueó. Agitó una mano y Gabriel avanzó, colocándose detrás de la silla de Lore para deshacer los nudos que la retenían. El Presque Mort trabajaba en silencio, con firmeza. Ella volvió a percibir aquel aroma a incienso.

Entonces, pasó a ser libre. Se sentó hacia delante, moviendo las muñecas en círculos en ambas direcciones. Malcolm la contempló con cautela y ella alzó las manos como si se rindiera.

—No llevo armas encima. Cálmate.

Malcolm no lo hizo.

—Lo que me preocupa no son las armas.

—Tú has canalizado el Mortem —replicó Lore, abriendo y cerrando los puños—. Sabes que no es nada divertido. No tengo prisa en volver a hacerlo de nuevo.

Malcolm la observó durante un momento y luego asintió sin entusiasmo.

Sintiéndose algo menos dolorida, Lore se reclinó hacia atrás en la silla.

—He oído que una aldea entera murió de la noche a la mañana. Shademount, al sudeste. —Shademount era una de las aldeas más pequeñas de Auverraine. Se trataba más de un puesto de avanzada que de una ciudad en condiciones. Era el último asentamiento auverraní antes de llegar a lo que antes se conocía como Balgia, un antiguo ducado que ahora formaba parte del Imperio kiryteo. Evidentemente, Lore nunca había estado allí, pero sí que había probado la cerveza elaborada en Shademount. Era muy buena. Imaginaba que ya no la seguirían haciendo—. Sus ciudadanos no contaban con ninguna cicatriz ni ningún signo de envenenamiento o enfermedad. Simplemente parecía que se hubieran quedado dormidos. Algunos creen que es una señal de la desaprobación de Apollius.

—¿Y tú de qué crees que se trata? —Anton entrecruzó los dedos de las manos sobre el estómago, como si fuera un profesor que estuviera examinando a una estudiante.

—Creo que, en su mayoría, todo eso son rumores. Puede que uno o dos enfermaran y murieran durante la noche. Puede que hasta una granja entera. Pero ¿toda la aldea? Menudo jodido cuento.

—No es ningún jodido cuento —dijo Anton, poniéndose a su altura. Por muy sacerdote que fuera, no se cortó a la hora de pronunciar una blasfemia—. Es cierto. Todo ello. —Se produjo una pausa—. Aunque ya van dos aldeas. Volvió a repetirse hace dos noches. En Orlimar. Era un poco más grande que Shademount y quedaba más cerca de Erocca que de Balgia.

Aquella era otra aldea en la frontera sudeste, cerca de otro país que había sido conquistado por el Imperio. Lore tragó saliva.

El ojo intacto de Anton brilló mientras le lanzaba a la muchacha una mirada imposible de interpretar, algo siniestramente ambiguo que se le reflejaba en la curvatura de la boca. Pero aquella expresión no tardó en desaparecer, oculta tras una máscara de falsa cortesía. Detrás del sacerdote, Malcolm y Gabriel seguían impertérritos. Gabriel no dejaba de llevarse una mano al parche del ojo, como si le picara.

—Interesante —respondió al fin Lore—. Pero sigo sin ver cómo puedo ayudaros.

—Del mismo modo en el que has ayudado a tu desafortunado amigo equino esta mañana en el distrito noroeste —replicó Anton—. Con una reanimación.

Dio la impresión de que aquella palabra caía como una piedra

sobre la silenciosa estancia. Lore se quedó boquiabierta, olvidándose de la incómoda sensación que sentía mientras le volvía a circular la sangre.

—Qué… —Se detuvo y sacudió la cabeza, librándose así un poco más de aquel malestar producto del cloroformo—. Escuche, eso no es algo que haga a menudo, y el momento que viene después es bastante desagradable, así que preferiría no…

—No es la primera vez que lo haces. —Anton asintió y agitó una mano de un modo majestuoso, como si estuviera alabando su éxito—. No es una habilidad de la que puedas deshacerte sin más. ¿No preferirías ponerla al servicio de la Iglesia y la Corona en lugar de enfrentarte a la pira?

Aquello sí que era una amenaza, a pesar de su tono amable. Lore se echó hacia atrás en la silla, dejando, por instinto, más distancia entre ambos.

El tejido cicatricial que se concentraba en el lado izquierdo del rostro del altísimo sacerdote se movió mientras estiraba la boca para adoptar una sonrisa cruel.

—Cuando cuentas con unas habilidades impías —le dijo—, es mejor destinarlas a un propósito sagrado.

—¿Es que usted no tiene ninguna habilidad impía? Seguro que uno de los suyos puede hacerlo. —Una risa incrédula surgió del fondo de la garganta de Lore—. Vosotros podéis canalizar el Mortem, ¿no? Todos vosotros, ese es vuestro propósito. —Agitó la mano recién liberada en el aire, señalando hacia Gabriel—. ¡Él puede sentirlo! ¡Debe haber alguien en vuestra maldita secta que pueda resucitar a los muertos! ¡A mí dejadme, en paz!

Gabriel entrecerró su único ojo.

—La nigromancia no está a nuestro alcance.

—Y ese es el quid de la cuestión. —La piedra granate del colgante de Anton parpadeó bajo la luz de las velas cuando este cambió de postura en la silla—. Aunque nuestra orden tiene la habilidad de canalizar el Mortem, ninguno de nosotros somos capaces de realizar una resurrección. No como tú.

Las preguntas más lógicas quedaron suspendidas en el ambiente, el porqué de todo aquello. Pero nadie las hizo. Los cuatro guardaron silencio; los rostros de Anton y Malcolm permanecieron impasibles, y el de Gabriel ligeramente contraído.

Cuando fue evidente que el silencio solo se rompería si lo hacía ella, Lore suspiró.

—Sigo sin entender de qué sirve que yo… haga eso… para averiguar lo que está pasando en las aldeas.

Anton se encogió de hombros.

—Resucitarás a una de las víctimas —le dijo este, como si la respuesta fuera obvia— y le preguntarás qué es lo que sucedió.

Solo de pensar en ello, Lore se echó hacia atrás. Resucitar a Caballo era una cosa (y, de hecho, aún le ardía la garganta debido al café que había vomitado al ver parpadear los ojos muertos del pobre animal), pero no podía volver a resucitar a una persona. Nunca más.

—No…

—No será durante mucho tiempo, claro. —El altísimo sacerdote sacudió una mano y la cabeza, negando profusamente, con unos movimientos recalcados por la sombra que proyectaba en el suelo—. Ni siquiera necesitamos que se muevan.

Lore ya no tenía nada más en el estómago que pudiese vomitar, pero se le revolvió igualmente.

—Lo único que necesitamos —prosiguió Anton— es que resucites a la víctima el tiempo suficiente como para que nos cuente lo que recuerda. Para que nos cuente qué sucedió justo antes de que muriera, para saber cómo pasó todo.

—¿Y si me niego? —Lore quiso sonar desafiante, pero habló con un hilo de voz.

—Entonces, tendrás que escoger: la horca, la pira o las islas Calcinadas. —El altísimo sacerdote volvió a encogerse de hombros, como si todo aquello le diera igual—. He oído hace poco que cada vez sacan más carbón de las minas de las islas. Se están adentrando más, por si existe la más remota posibilidad de que los invasores kiryteanos nos arrebaten nuestra posición allí. Nunca les viene mal contar con un par de manos más.

Lo dijo de un modo natural e indiferente, marcando la pronunciación de las vocales, tal y como hacía la realeza. Lore cerró la boca y volvió a tragar saliva, intentando calmar su dolor de estómago.

—Piensa en toda la gente a la que ayudarías. —Gabriel dio un paso hacia delante desde detrás de Anton, con aquel ojo azul fijo en ella y la mandíbula apretada.

Casi parecía que el Mort detestara el hecho de tener que intentar convencerla, de haberse visto reducido a persuadir a una traficante de veneno, a la que habían sacado de los bajos fondos y habían introducido en su iglesia.

—Ya ha sucedido dos veces y estamos convencidos de que volverá a pasar —continuó Gabriel—. Ambas aldeas se encontraban en la frontera que compartimos con el Imperio kiryteo. No creo que tenga que explicarte qué significa eso.

No, no era necesario. Las relaciones con Kirytea siempre habían

sido tensas. Antes de su muerte, el anterior emperador, Ouran, había conquistado todo lo que llegaba hasta la frontera sureste de Auverraine. Aquello era más de la mitad del continente de Enean. Ahora su hijo, Jax, había ascendido al trono, y nadie sabía si este mantendría o no la frágil tregua de su padre.

Los ataques a las islas Calcinadas, un territorio que se disputaban con fervor y que había estado bajo el control de Auverraine durante todo el reinado de Ouran, hacían que aquella paz no pareciera factible.

Anton asintió, lanzándole a Gabriel una mirada de satisfacción desde el rabillo del ojo.

—Gabriel tiene razón. Esto no se trata únicamente de un suceso extraño o de una curiosidad morbosa. Se trata de mantener la seguridad de nuestro país.

—Creo que está sobreestimando mi patriotismo —respondió Lore.

—No se trata de patriotismo. Es cuestión de mantener la guerra lejos de nuestras fronteras. —A Anton se le estiraron las cicatrices mientras entrecerraba el ojo por el que aún veía, un gesto que parecía doloroso—. Ya sabes quiénes sufren más las consecuencias de una guerra. No serán los nobles de la ciudadela. Todo recaerá sobre los campesinos de las aldeas, sobre los traficantes de veneno en las calles. Sobre personas como tú.

Dijo aquello como si le molestara. Lore esperaba que así fuera.

Gabriel había apelado a su conciencia, a la necesidad de querer el bien mayor. ¿Acaso a ella le importaba todo eso? Deseaba que fuera así. Por su parte, el altísimo sacerdote había apelado a su sentido de la supervivencia. Por un lado se enfrentaba a la muerte y por el otro, al chantaje.

—Esto nos lleva a tratar lo que sería la segunda parte de tu misión —le dijo Anton, como si estuviera siguiendo un guion redactado detalladamente—. La nigromancia no es la única habilidad que posees y que puede sernos de utilidad. También eres una espía experta.

—Lo de «experta» tal vez sea pasarse —murmuró Lore.

Anton prosiguió como si no la hubiera oído:

—Tenemos motivos para creer que alguien dentro de la corte de la ciudadela está pasándole información a Kirytea. Probablemente se trate del propio Príncipe Solar.

La chica abrió tanto los ojos que empezaron a dolerle.

—¿Quiere que espíe al puñetero Príncipe Solar?

—Solo queremos que te mantengas cerca de él —le dijo Anton. Luego, señaló en su dirección—. Eres una mujer bastante hermosa, y a Bastian le atrae la gente bonita. Intentar ganarte su favor, una vez que

te hayas establecido como un miembro de la corte, no debería suponerte ningún problema.

Lore entendía lo que significaba cada una de aquellas palabras de manera individual, pero dichas todas juntas de aquel modo, le resultaban difíciles de comprender.

—No… ¿Qué quiere decir? ¿Miembro de la corte…?

—Todo quedará más claro cuando hablemos con mi hermano. —Anton miró hacia arriba, como si, a través del techo, pudiera ver el sol que brillaba en el exterior y averiguar así qué hora era—. Algo que deberíamos hacer lo antes posible. La ceremonia de consagración comenzará en unas horas. —Volvió a fijar el ojo en ella, con el lado hermoso de su rostro completamente relajado—. ¿Qué dices, Lore? ¿Las islas o la corte?

Dicho así, no es que tuviera mucha elección.

—De acuerdo, lo haré.

Gabriel casi parecía aliviado.

Anton inclinó la cabeza, como si su respuesta fuese exactamente la que había esperado.

—Pues andando —dijo, encaminándose hacia la puerta—, al Rey Sagrado no le gusta que le hagan esperar.

Capítulo Cinco

> Y Nyxara, hambrienta de poder, intentó ocupar el lugar que le pertenecía por derecho a Apollius. Por consiguiente, él la envió a las profundidades, bajo el mar y el monte Dorado, donde ambos habían vivido, y bajo la fuente que los había convertido en dioses. Allí donde cayó Nyxara, la tierra se ennegreció, transformándose en carbón; y allí donde sangró Apollius, de la tierra brotaron joyas como si fuesen frutas. Y desde aquel momento pasaron a ser conocidos como la Diosa Enterrada y el Dios Sangrante.
>
> –El Libro de la Ley Divina, tratado 3

Al parecer, la camisa holgada de hombre y los calzones manchados de barro que llevaba Lore no eran adecuados para acudir a una audiencia con su majestad real, August Arceneaux, el Rey Sagrado y el bendecido por Apollius. Una vez fuera de la sala de interrogatorios, Anton señaló con la mano hacia un pequeño pasillo.

—Donaciones —se limitó a decir, indicándole que debía seguir a Gabriel—. Busca algo que te valga. Preferiblemente, de estilo conservador.

Lore acabó ante un gigantesco vestidor, lleno hasta los topes de prendas suntuosas que nadie fuera de la ciudadela se pondría nunca. «De estilo conservador» debía significar algo muy distinto para Anton de lo que significaba para ella. Lo único que parecía prometedor era un montón de tul de color lavanda claro. El resto del vestido se encontraba escondido entre toda aquella pila de ridícula riqueza. Sin embargo, cuando Lore lo sacó de allí, el corpiño parecía tener forma de pavo real, todo cubierto de plumas.

Miró el vestido con incredulidad y luego se dio la vuelta hacia la puerta, sosteniendo aquella falda como si fuese una daga.

—¿Esto lo han donado?

Gabriel asintió. Estaba de espaldas a ella, justo al otro lado de la puerta abierta del vestidor. Con aquellos hombros anchos ocupaba

casi por completo el umbral, mientras que la parte alta de su cabellera rojiza desaparecía por encima del dintel.

—La corte de la ciudadela sabe que la situación es… complicada al otro lado de los muros. Intentan ayudar.

«Complicada» era una manera suave de decirlo. Los impuestos que debían pagar los ciudadanos auverraníes de a pie subían cada año y se invertían en protección contra el Imperio kiryteo y a saber en qué más, mientras que los que vivían en el interior de la ciudadela prácticamente no pagaban nada.

Lore sacó otro vestido. Aquel se ceñía a la cintura antes de abrirse en paneles con forma de escamas de pez en tonos iridiscentes.

—A no ser que uno de estos trajes esté hecho de algo comestible, no nos sirven para una mierda. ¿Alguna vez os habéis planteado donar dinero en lugar de muestras de vuestros crímenes contra el buen gusto?

Gabriel resopló.

—A la nobleza le gusta hacer justo lo mínimo para creer que están ayudando sin que esto suponga una molestia para ellos. En cuanto a la moda, esta cambia rápido, y es más fácil donar esa ropa que no te pondrías ni muerto y que, pasada la temporada, acabará guardada en un almacén.

Lore arqueó una ceja. El tono de voz de Gabriel tenía un cierto aire mordaz, algo que resultaba aún más evidente por el modo en que él trataba de ocultarlo.

—Parece que conoces bien a la corte.

Se produjo una larga pausa. El Mort se movió incómodo, alzando aquellos impresionantes hombros hacia sus orejas.

—Más de lo que me gustaría —dijo al fin.

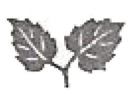
Lore cogió el vestido menos ofensivo que pudo encontrar en el perchero: una prenda de terciopelo de color verde oscuro que parecía contar con suficiente espacio como para que le entraran los pechos y las caderas. La camisa que había llevado puesta hizo un mínimo ruido al chocar contra el suelo y provocó que Gabriel se irguiera.

Ella sonrió con picardía.

Aquel vestido seguía siendo demasiado ceñido, pero estaba bastante segura de que no conseguiría nada mejor. Cuando estuvo lista, le dio un golpecito a Gabriel en el hombro mientras pasaba por su lado y salía del vestidor.

—Eres todo un caballero —comentó, encaminándose pasillo abajo, donde Anton y Malcolm los estaban esperando, con el frufrú de aquel extraño tejido de terciopelo alrededor de sus piernas—. El celibato debe ser una lata, pero tú no has intentado mirar ni una sola vez.

El Mort estuvo a punto de atragantarse.



La ciudadela era tan brillante que le hacía daño en los ojos.

Lore ya había visto antes la parte superior de los cuatro torreones que ocupaban cada una de sus esquinas. Estos podían divisarse mínimamente por encima del muro de la iglesia, que había sido construido en forma de círculo, rodeando la propia ciudadela. Pero verlos de cerca era algo muy distinto. Refulgían bajo la luz del sol como flechas señalando hacia el cielo; la plata que las salpicaba aquí y allá delimitaba los laterales de la torre como si fuera la cobertura de un pastel. En los muros que conectaban los torreones, se encontraban unas ventanas que resplandecían como joyas y que estaban dispuestas en puntos equidistantes, algunas con vidrieras de colores y otras del mismo tono claro de un diamante. El techo, que era una cúpula de cristal que se elevaba hacia el cielo, se hallaba en el centro de aquel cuadrado formado por los torreones, lanzando prismas de colores. El edificio era una gigantesca construcción de mármol y orfebrería, madera pulida y piedras preciosas, lo suficientemente grande como para alojar a toda la corte durante los meses de verano. Lore pensó que podría pasarse un año entero merodeando por allí sin encontrar una salida.

Los terrenos que rodeaban la ciudadela formaban un jardín. O al menos ese era el caso allí, entre el muro sur de la iglesia y la entrada principal de la ciudadela. En el otro extremo, había campos de labranza, establos y todo un mundo entero del tamaño de dos ciudades de los distritos. Y alrededor de todo aquello, la iglesia, construida en forma de fortaleza. Parecía más una estructura diseñada para mantener alejada a la plebe que para el culto.

Anton los condujo desde la entrada arqueada de la iglesia hacia el jardín. Lore echó una ojeada hacia atrás, llevándose una mano, a modo de visera, sobre los ojos. Habían abandonado el santuario sur, el que estaba destinado a los fieles de a pie. A kilómetros de distancia de allí, en el extremo opuesto de la ciudadela, se hallaba el santuario norte, destinado a la corte. Los altos muros de piedra que dividían los terrenos en dos estaban plagados de almacenes y claustros, rematados por unas almenas para estar preparados en caso de asedio.

Una estatua de un tono blanco marmóreo se elevaba de entre un laberinto de rosas rosadas que había junto al camino. Se trataba de nuevo del Dios Sangrante, que llevaba una corona hecha de rayos de sol, vestigios de cuando había existido el panteón y él simplemente

había sido el dios de la luz, la vida y el día, en lugar del dios de todas las cosas. Unos pedestales, que se encontraban vacíos, rodeaban a la estatua. Lore llegó a contar cinco. Uno para cada uno de los dioses elementales del antiguo panteón, que habían muerto uno detrás de otro. Sus cuerpos fueron encontrados en extraños lugares desperdigados por todo el mundo. El pedestal que quedaba al lado de Apollius era ligeramente más alto que el resto, el destinado a Nyxara.

Anton y Malcolm caminaban delante de ella y Gabriel, detrás, aunque ninguno de los tres consideró necesario ponerse en guardia. No es que Lore fuese a echar a correr y, de todas formas, no tenía a dónde ir, solo podía volver al interior de la iglesia.

—Si te encuentras con alguien, mantén la cabeza gacha. —El tono de voz de Gabriel era lo suficientemente bajo como para hacerle cosquillas en los omóplatos—. A no ser que quieras convertirte en la comidilla del lugar durante años. No es habitual ver nuevos rostros en la corte.

Lore también habló en voz baja.

—Tal vez se inventen algún rumor interesante.

—¿Más interesante que la verdad?

—Razón no te falta. —La chica miró sobre su hombro—. Aunque si tu jefe quiere que me haga amiga del Príncipe Solar, creo que los rumores serán inevitables.

Gabriel no le respondió, pero sí que entrecerró el ojo.

A lo largo de todo el jardín había árboles plantados de una forma lo suficientemente aleatoria como para que no pareciera algo planeado. Unas pérgolas cargadas de flores cubrían unos bancos que tenían debajo, ocultándolos casi por completo. A Lore le llamó la atención un movimiento que percibió en uno de ellos. Entornó la mirada hacia un matorral de rosas amarillas y la curiosidad hizo que olvidara lo que acababa de aconsejarle Gabriel.

Un hombre con el cabello oscuro tenía la cabeza inclinada hacia abajo, susurrándole algo a una dama que estaba de espaldas a ella. Lore no podía discernir mucho el rostro de aquel hombre a través de las flores, pero lo que sí podía ver era que se trataba de alguien ridículamente atractivo: con la mandíbula marcada, la piel blanca bronceada por el sol y los ojos oscuros. A la dama la veía todavía menos, solo lo suficiente como para distinguir que su cabello era de un castaño claro y que su atuendo era elegante. El hombre parecía estar intentando convencerla de que se deshiciese de aquellos ropajes, tal y como indicaban la mano insolente que tenía apoyada en el muslo de la dama y el modo en que le rozaba el hombro con los labios.

Como si el tipo sintiera que lo estaba observando, levantó la

mirada, fijándola en Lore a través del enrejado de rosas. Siguió con los labios posados delicadamente sobre los omóplatos de su acompañante mientras, de forma lenta y deliberada, le guiñaba un ojo a ella.

Lore giró el rostro para mirar hacia delante.

Los guardias no les preguntaron nada a los Presque Mort cuando estos se aproximaron a la entrada del centro de la ciudadela, que contaba con unas magníficas puertas dobles con grandes corazones de oro incrustados, parecidos al que Anton llevaba a modo de colgante. Se limitaron a dedicarle una reverencia al altísimo sacerdote mientras abrían las puertas, con el sol reflejándose en las diminutas piedras granate insertadas en la madera, casi del mismo color que sus jubones.

Hasta aquel momento, Lore había sido capaz de mantener sus nervios a raya. Sabía que no le quedaba otra más que ser perspicaz y conservar la calma. Pero cuando las puertas de la ciudadela se cerraron detrás de ella, el corazón le dio un vuelco y sintió que le subía por la garganta, latiendo tan rápido que casi podía saborearlo.

El interior de la ciudadela era aún más lujoso que el exterior. Las hornacinas en las paredes contenían pequeñas estatuas de Apollius, con rayos de sol sobre el arco superior, adornando así con oro la exquisita caoba. En los techos había pintadas escenas de exuberantes jardines, figuras desnudas reclinadas sobre árboles verdes y arroyos azules que corrían, interrumpidos ocasionalmente por las cadenas de oro de las lámparas de araña, que reflejaban la luz sobre las gemas que colgaban de ellas y que proyectaban arcoíris sobre las paredes.

Los travesaños de hierro que dividían el suelo en dos partes iguales parecían no encajar en absoluto en aquel lugar.

Aquellas barras estaban a ras del mármol, pero aun así Lore no quiso pisarlas. Alargó su zancada todo lo que aquel vestido demasiado ceñido le permitió.

—Interesante decisión decorativa. —Toda aquella opulencia tenía algo que hacía que quisiese mantener un tono de voz bajo.

—Es algo simbólico —le murmuró Gabriel en respuesta—. Se supone que están ahí para recordarles a todos que la ciudadela existe para mantener el Mortem contenido y que el linaje de los Arceneaux gobierna por derecho divino.

—Un poco exagerado.

—Bastante.

Un enorme tapiz colgaba en la pared a su izquierda, casi lo suficientemente ancho como para cubrir toda la extensión del pasillo. En la esquina superior, flotaba la figura pálida y de cabello castaño de Apollius, con unas alas de luz extendidas en la espalda y una mano echada hacia delante, adentrándose en el pecho de una figura oscura

que caía a toda velocidad hacia el suelo. Al igual que sucedía en el tapiz de la iglesia, la figura era apenas un borrón, más humo y sombras que líneas marcadas, pero la corona de la medialuna sobre su frente sí que se veía con claridad. Debajo, uno hilo azul celeste se hallaba interrumpido por círculos marrones y verdes, siete islas hieráticas en un mar tempestuoso. La que se hallaba al final del archipiélago, la más alejada del espectador, era la más grande de todas. Allí estaba el monte Dorado, donde Apollius y Nyxara habían morado antes de llegar hasta aquel momento.

Todo ello representaba la Caída de los Dioses y cómo las islas Calcinadas habían recibido aquel nombre. Apollius desterró a Nyxara a las profundidades cuando esta intentó asesinarle y ocupar su lugar. Aquello formó un profundo cráter en la segunda isla y destruyó el resto. Según el Libro de la Ley Divina, esa era la causa de que tantas piedras y metales preciosos pudieran encontrarse en sus minas. Al parecer, los dioses sangraban riquezas. Muy conveniente.

Lore se paró un momento a estudiar el tapiz. Era poco habitual ver representadas las siete islas. En la actualidad, el humo que había traído consigo la Caída de los Dioses las cubría todas menos las dos primeras, mientras que el monte Dorado era prácticamente un mito. Un sinfín de viajeros habían desaparecido en la niebla al ir en su busca. Habían pasado quinientos años y las cenizas aún no se habían disipado del todo.

Notó una suave caricia en el codo. Gabriel le señaló con la cabeza hacia delante, donde Malcolm y Anton estaban a punto de doblar la esquina. Lore siguió avanzando para poder seguirlos, alejándose de Apollius y Nyxara.

Al doblar la esquina, aparecieron unas enormes puertas dobles, incluso con más oro y joyas incrustadas que las de la entrada principal a la ciudadela. Unos capas sangrientas flanqueaban el pasillo; todos ellos inclinaron la cabeza en una reverencia en cuanto Anton apareció ante ellos. El altísimo sacerdote no les prestó atención y siguió con la vista puesta al frente mientras los capas sangrientas que se encontraban al final de la fila empujaban las puertas dobles para abrirlas.

La sala del trono era muchísimo más impresionante que el resto de la ciudadela, lo suficientemente grande como para celebrar allí un baile. Las paredes estaban cubiertas de frisos dorados esculpidos, que se curvaban formando elegantes arcos debajo de una ventana abovedada. Las barras de hierro que había visto antes también cubrían el suelo de aquella sala, pero parecían mucho más pulidas, brillando casi como si estuvieran hechas de plata. Convergían en torno a la

parte trasera del trono formando la marcada cresta de una ola. Sus bordes puntiagudos imitaban los rayos del corazón bañado en oro que se encontraba en la punta más alta del trono, justo sobre la cabeza del hombre que estaba sentado en el borde de este, sumido en sus pensamientos.

—Anton —dijo el rey August, levantando la mirada de sus manos —. Has tardado más de lo que esperaba.

—Tenía que informar a la dama de lo que esperamos de ella. Nos ha costado un poco convencerla. —A pesar de la brusquedad en el tono de su hermano, Anton parecía sereno, aunque volvía a juguetear con su colgante, rascando con una uña la piedra granate—. ¿Tal vez hubieras preferido que te dejara esa parte a ti? Eres un excelente negociador.

Su tono dejaba claro que aquello no era un cumplido.

—No hacía falta. —August se puso en pie, pisando con destreza las barras de hierro que cruzaban la base del trono, con esa facilidad que se obtiene con la práctica. Anton y él eran gemelos, pero August era menos atractivo. O más bien, lo habría sido si Anton no hubiera contado con unas cicatrices tan horribles. El cabello de ambos era del mismo tono grisáceo y los ojos del mismo castaño oscuro. August llevaba la barba corta y arreglada, marcándole la barbilla, mientras que Anton iba bien afeitado.

A pesar de toda la extravagancia de su palacio, el rey iba vestido de una forma bastante sencilla. Llevaba unos pantalones oscuros, un jubón negro sobre una camisa color blanco crema y unas resistentes botas de piel. Era obvio que todo aquello era de la mejor calidad que se podía encontrar en Auverraine. Aquel atuendo comedido hacía que la corona de August pareciese mucho más ostentosa. Se trataba del mismo diseño que Lore había visto que vendían en los puestos del muelle el día anterior. Una banda descansaba sobre su frente, salpicada de rubíes titilantes, mientras que otra pasaba por encima de su cabeza, soportando los gruesos rayos de sol de oro que hacían que pareciera el propio Apollius.

La chica supuso que aquel era el objetivo.

Tal vez debería haberse quedado maravillada al estar en presencia del Rey Sagrado. Pero aquel día ya era lo bastante surrealista, tan difícil de concebir dentro de la vida que llevaba que solo fue capaz de sentirse contrariada y de percibir el distante murmullo del pánico.

—Bueno… —comenzó el Rey Sagrado—, así que esta es nuestra bruja de la muerte.

Por un instante, Lore se removió inquieta, preguntándose si debería hacer una reverencia, pero no tardó en decidir que aquello

solo acabaría con ella cayéndose de espaldas al suelo. En su lugar, alzó la barbilla y se agarró la falda con fuerza.

—En carne y hueso.

El rey alzó las comisuras de los labios y volvió a dejarlas caer, en lo que era una evidente sonrisa falsa.

—Dicen que has estado mezclada con traficantes de veneno. ¿Cómo es posible que haya acabado así una mujer con un talento tan prodigioso como el tuyo?

—Soy demasiado borde como para poder cobrar por mi compañía, demasiado torpe como para trabajar en una taberna y cocino de pena. Eso descarta casi todos los empleos lucrativos —respondió ella, con un tono bastante agradable, dando una respuesta con la que no revelaba nada importante—. La verdad es que mi prodigioso talento no sirve de mucho.

El rey inhaló por la nariz.

—Tu antigua jefa nos ha dicho que, además de tus otras… cualidades menos comunes, también eres una espía experta. Seguro que esa es una habilidad con la que puedes ganar mucho dinero.

Que mencionara a Val hizo que el corazón le diera un vuelco.

—Ser una buena espía consiste en saber cuándo mentir y cuándo guardar silencio —replicó Lore—. Y tampoco es que haya mucho dinero ahí fuera, sin importar lo buena que seas en lo tuyo.

—Una situación desafortunada —coincidió August con un asentimiento de cabeza—. Y ha empeorado debido a la amenaza que supone tener al Imperio kiryteo en nuestras fronteras. Hay desabastecimiento por todo el reino.

Parecía que dentro de los muros de la ciudadela no había ningún tipo de desabastecimiento. Lore se mordió la lengua y evitó hacer aquella observación. Por lo que había podido deducir, había pasado a convertirse en un recurso que no podían reemplazar, pero sabía que era mejor no tentar a la suerte.

—Ya que Anton te ha explicado a grandes rasgos qué es lo que queremos de ti —dijo August—, procederé a darte los detalles. —Se giró hacia el trono y tomó asiento de un modo más elegante de lo que debería haber sido posible, teniendo en cuenta las picas de hierro a su alrededor—. Creemos que Kirytea está atacando las aldeas a lo largo de nuestra frontera, empleando algún tipo de magia inferior para matar a nuestros ciudadanos durante la noche. Restos de magia que habrá dejado atrás alguno de los dioses menores.

Lore frunció el ceño.

—¿Aún queda magia inferior? —Cuando los dioses elementales menores habían muerto, el poder había abandonado sus cuerpos, al

igual que el de Nyxara aún seguía emanando Mortem. Pero todo aquel poder se había disipado hacía ya mucho tiempo. Al menos, eso era lo que todos creían.

August apretó los labios.

—Jax es astuto.

Aquello no era realmente una respuesta.

—Por ahora, solo ha pasado en dos pequeñas aldeas, y parece que el momento del ataque ha sido aleatorio. Eliminaron la segunda hace dos noches. —August cruzó una pierna sobre la otra, con aire despreocupado mientras hablaba de todas aquellas muertes. Un cáliz se hallaba en precario equilibrio sobre uno de los brazos de su trono. Le dio un largo sorbo—. Necesitamos neutralizar la amenaza antes de que Kirytea pase a centrarse en unos objetivos mucho más lucrativos.

«Objetivos mucho más lucrativos». Como si las vidas que se habían perdido en aquellas aldeas más lejanas no valieran nada. Lore entornó la mirada.

—Así que quiere que descubra qué fue lo que sucedió antes de que acaben matando a alguien que de verdad importe.

Aparentemente, el rey no percibió el tono mordaz de su voz.

—Eso es.

Gabriel se había mantenido detrás de ella, aunque lo bastante cerca como para que Lore pudiera verle el rostro por el rabillo del ojo. Parecía que el Presque Mort estuviera esforzándose por no fruncir el ceño, como si aquel comentario le hubiese cabreado tanto como a ella. La joven se preguntó cuánta disconformidad les permitían mostrar a los Presque Mort. La Iglesia y la Corona eran dos ramas de un solo Gobierno, pero por lo poco que sabía sobre la política en la corte, parecía que no siempre avanzaban en la misma dirección.

—Si Kirytea es responsable —prosiguió August—, tenemos que identificar la amenaza de inmediato y tomar las medidas oportunas.

Aquello solo podía traducirse en una guerra. Lore echó un vistazo a los Presque Mort, que seguían a la espera. Gabriel entrecerró su único ojo. Malcolm había apretado los labios formando una línea tensa. Pero si a Anton le preocupaba la implicación de que la guerra era inminente, no lo demostró, ya que su rostro lleno de cicatrices permanecía sereno.

El Rey Sagrado juntó las manos y su mirada brilló bajo aquella corona tan pesada.

—Te quedarás en la ciudadela —le dijo a Lore—. Y, además de usar tus… habilidades… para ayudarnos a averiguar qué está pasando en las aldeas de las afueras, también serás mis ojos y mis oídos.

—Quiere decir que vigilaré a su hijo.

August sonrió, adoptando un gesto de depredador, y le dio otro largo sorbo a lo que fuera que tuviese en la copa.

—Parece que mi hermano ya te ha dado algunos detalles relevantes. Sí, te quedarás aquí con el expreso objetivo de acercarte a Bastian. Tenemos motivos para creer que puede estar informando al emperador Jax de nuestras debilidades, actuando en calidad de espía desde dentro.

—¿Por qué? —Lore se cruzó de brazos, como si estos fueran un escudo—. ¿Por qué querría el heredero de la corona entregar su país al Imperio kiryteo?

—Porque el peso de la corona es muy grande —dijo August con calma—. Y mi hijo nunca ha demostrado ser lo suficientemente fuerte como para soportar ese peso.

Anton abrió y cerró rápidamente la mano alrededor de su colgante, pero cuando Lore pasó a fijar la mirada en él, su rostro lleno de cicatrices permaneció impasible.

—Aunque Bastian es nuestra principal preocupación —continuó August—, también nos gustaría que te infiltraras en la corte. Mis cortesanos estarán deseando poder chismorrear sobre ti, pero también contigo.

—Todo eso está muy bien, pero ¿cómo se supone que voy a infiltrarme en la corte sin que todos sospechen de mí? —La chica señaló hacia su vestido, que no le sentaba del todo bien—. No sé si se habrá dado cuenta, pero es extremadamente obvio que no soy de origen noble.

—Al contrario. —La sonrisa de August se ensanchó—. Les diremos a todos que eres la prima del duque de Balgia.

Detrás de ella, Gabriel palideció. A su lado, Anton suspiró, como si hubiera llegado la parte que menos le gustaba de aquella tarea.

—¿Balgia? —Lore enarcó una ceja. Era un diminuto ducado al sureste que había caído en manos del Imperio kiryteo haría catorce años, conquistado por Jax mientras su padre seguía siendo el emperador.

August asintió.

—Balgia. —Señaló hacia Gabriel—. Parece que ha llegado la hora de que recuperes tu título, Gabriel Remaut.

Capítulo Seis

Los pecados del padre acaban recayendo sobre sus herederos. Les pasa a sus hijos tanto la deshonra como la gloria.

–El Libro de la Ley Mortal, tratado 24

A Gabriel se le quedó el rostro tan pálido como el de un cadáver; apretó la mandíbula con fuerza, como si el sonido de su propio apellido hubiera hecho que se le retorciese el estómago. Las cicatrices alrededor del parche que cubría su ojo resaltaban como si fueran relámpagos.

Un duque. ¿Gabriel era duque? Por los infiernos infinitos, ¿por qué iba un duque a unirse a los Presque Mort, aunque fuera el duque de un lugar que técnicamente había dejado de existir?

¿Y cómo había llegado un duque a perder un ojo?

El Rey Sagrado o bien no se percató del desasosiego de Gabriel, o bien optó por ignorarlo.

—Parece que tu linaje por fin servirá para algo, Gabriel —le dijo despreocupadamente, con aquellos anillos rubíes refulgiendo sobre sus manos mientras bebía una vez más de su cáliz—. Cuando Anton insistió tanto en ir a buscarte después del… incidente…, lo cierto es que tuve mis reservas. Pero resulta que mi hermano sabía lo que estaba haciendo al reclutarte para entrar en los Presque Mort.

Cada línea del cuerpo de Gabriel pasó a tensarse tanto como las cuerdas de un violín, con los músculos tan inmóviles que Lore casi esperaba que le comenzaran a vibrar.

—Majestad, no puedo… No sé…

A pesar de su tono de voz sosegado, era evidente que el Mort no encontraba las palabras para expresar lo que quería decir. Sin embargo, su rostro lo decía todo. Estaba furioso. Aterrorizado.

—Hijo. —Anton dio un paso al frente, posando con delicadeza una mano sobre el hombro de Gabriel—. Sé que esto te pilla por sorpresa.

Así que el altísimo sacerdote había estado al corriente de todo

aquello. Sabía lo que iba a suceder y aun así había mantenido a Gabriel desinformado. Lore sintió una oleada de desprecio hacia aquel anciano marcado por las cicatrices.

—Pero es la voluntad de Apollius —continuó Anton—. Llevas años escondiéndote de la corte, mientras sanabas. Ha llegado el momento de que vuelvas a ella. Es hora de que desempeñes el papel que Apollius te ha dado.

Al oír el nombre de su dios, Gabriel cerró su único ojo.

—Escoltarás a Lore —le dijo Anton, que seguía centrando toda su atención en el Presque Mort, tenso y callado, que tenía delante de él—. La ayudarás con las tareas que se le han asignado. Y serás recompensado, Gabriel. Las cartas que nos dan no son siempre las que nosotros hubiéramos escogido, pero Apollius, el dios de todas las cosas, sabe lo que nos conviene y honra a aquellos que lo escogen a él, incluso cuando debemos luchar contra nuestra propia naturaleza para poder hacerlo. —Se detuvo, apretándole el hombro con más fuerza—. Así es como expiarás tus pecados.

—Creía que eso lo conseguiría convirtiéndome en un Presque Mort —susurró Gabriel, con voz ronca—. ¿No es eso lo que me dijo? ¿Lo que vio en su visión?

Aquella visión era la que le había provocado a Anton esas cicatrices. Incluso Lore había escuchado la historia. Anton Arceneaux se había visto invadido por un fervor tal mientras rezaba que Apollius le había concedido una visión, una que era tan sagrada que se mantenía completamente en secreto entre los muros de la iglesia. En pleno éxtasis, mientras hablaba con su dios, Anton cayó encima de un brasero. Después de estar casi a punto de morir a causa de sus heridas, se despertó con la habilidad de canalizar el Mortem. August, que acababa de ser coronado, le había nombrado altísimo sacerdote tras obligar al anterior poseedor del título a retirarse. Nadie había vuelto a saber de él desde entonces.

—Hijo —murmuró Anton—, no puedo contártelo todo.

El dolor fue visible en la mandíbula de Gabriel y en el modo en el que se desembarazó de la mano que el altísimo sacerdote había posado sobre él. Pero no se opuso, no se manifestó en contra de aquella injusticia. No dijo nada en absoluto.

Entonces, August sonrió y centró todo su esplendor en Lore, retomando el hilo como si Anton y Gabriel no le hubiesen interrumpido con aquella conversación entre murmullos.

—Además, esta chica es de la calle, Remaut. No le arrebates su cuento de hadas, ese en el que pasa de pobre a rica. Seguramente lleva soñando con tener una oportunidad así desde que era niña.

—La verdad es que nunca se me pasó por la cabeza que tendría la oportunidad de merodear por la ciudadela esperando a que alguien me contase algo útil —intervino Lore.

—Harás algo más que merodear. Entablarás amistades. Te introducirás en la sociedad. —August apuntó su cáliz hacia ella, sin demasiado entusiasmo—. Y sobre todo, te pegarás todo lo posible a mi hijo. Si esto resulta ser demasiado para ti…, bueno, en las celdas siempre hay hueco.

Lore sintió cómo se le retorcía el estómago a causa de los nervios. Intentó por todos los medios no dejar que aquello se reflejara en su rostro.

El Rey Sagrado dio un largo sorbo, vació su copa y luego volvió a dejarla sobre el brazo de su trono.

—El tiempo apremia. La consagración de Bastian comenzará pronto y todos nosotros tenemos que estar allí. —August chasqueó los dedos en dirección a Gabriel, igual que le daría una orden a un perro bien entrenado—. ¡Gabriel! Acércate, por favor.

La expresión en el rostro del duque convertido en Mort era de preocupación y tensión mientras contemplaba a August. Pero obedeció de todas formas, acercándose hacia donde le esperaba el Rey Sagrado. Mantuvo la cabeza gacha, con la mirada fija en el suelo.

Su docilidad irritó a Lore sin que esta entendiera bien por qué. Aquella extraña sensación de familiaridad que había sentido hacia el Mort le decía que él no era así, tan sosegado y fácil de dominar, sofocando las llamas de su ira. Gabriel debía ser el tipo de persona que dejaba que su rabia ardiera y le consumiera.

August se puso en pie y descendió desde su afilado trono de hierro. Este se hallaba sobre una tarima ligeramente elevada y el rey permaneció sobre el último escalón, dejando la mirada al mismo nivel que la de Gabriel. Aquel gesto era claramente deliberado. El rey no quería mirar desde abajo a alguien a quien consideraba muy inferior a él.

El Rey Sagrado extendió una mano cubierta de joyas y la apoyó sobre el hombro del Mort.

—Sé que te gustaría dejar atrás tu título —le dijo en un tono suave—. Sé que no te ha traído más que problemas y deshonra. —Lore entrecerró los ojos. Conocía de primera mano a esas personas que usaban la lástima como si de una bayoneta se tratase, ocultando detrás de una fingida preocupación la intención de asegurarse de que sabías cuál era tu sitio. August no intentaba reconfortar a Gabriel. Quería intimidarle—. Pero siempre has sabido que algún día tendrías que regresar a la corte —prosiguió—. Esta es tu oportunidad de redimirte,

de demostrarle a la ciudadela que la familia Remaut no solo está formada por traidores que se rinden ante el más mínimo indicio de un conflicto. Conoces los tratados casi tan bien como yo: los pecados de los padres los heredan los hijos. Llevas en la sangre la traición de tu padre.

—Tenía diez años. —A Gabriel no le tembló la voz ni mostró ninguna emoción más allá de poner un ligero énfasis sobre aquella cifra. La mirada desde su único ojo parecía encontrarse muy lejos, parecía estar desenfocada—. Tenía diez años y Jax acababa de matar a mi padre y arrancarme el ojo. No sabía qué otra cosa podía hacer.

Así que así era como había perdido el ojo. Se lo había arrancado Jax. Anton había aprovechado aquella mutilación para meter a Gabriel en los Presque Mort, y ahora August lo usaba como prueba de que el joven cargaba con unos pecados que no eran suyos.

Fue entonces cuando Lore decidió que odiaba profundamente a los dos hermanos Arceneaux.

—Y así es como te recuerdan. —August cambió, como si nada, el rumbo de la conversación. Al parecer, tenía práctica a la hora de hurgar en las heridas de alguien para abrirlas completamente—. Como alguien que se ha estado escondiendo.

De un modo prácticamente inconsciente, Gabriel se llevó la mano hacia el parche y se lo tocó.

—Anton me ofreció un puesto —dijo en voz baja—. Me dijo que, si me unía a los Presque Mort, podía conseguir limpiar mi nombre.

—Por volver a la corte no serás menos Presque Mort. Plantéatelo como otra forma más de expiar los errores de tu padre, de volver a traer honra a tu apellido. —August le soltó el hombro a Gabriel, dándole antes un último golpecito. Le dedico una pequeña sonrisa que no transmitía ni un ápice de amabilidad—. A muchos les encantaría volver a verte, Gabriel. Sobre todo a Alienor Bellegarde.

Ante aquel nombre, el Mort se tensó aún más. Dio un paso atrás con aquella expresión vacía en el rostro, mirando con cautela hacia la nada.

—Mañana haré las presentaciones oficiales, cuando la corte se reúna para las oraciones matinales en el santuario norte. Se os proporcionará un vestuario apropiado, pero, para conservar la discreción, no se os asignará ningún sirviente para el mantenimiento de vuestras dependencias. —El rey fijó sus ojos oscuros en Lore—. Intentad mantenerlas limpias.

Ella ya estaba pensando en la botella de vino que pretendía vaciar sobre la alfombra en cuanto tuviera la oportunidad.

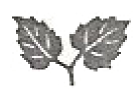
August pasó a mirar a su hermano.

—Muéstrales sus dependencias, pero daos prisa. No queremos hacer esperar a todos.

Con una elegante inclinación de cabeza (que, tal y como Lore se percató, no había sido una reverencia completa), Anton cruzó con soltura las puertas dobles, que volvían a encontrarse abiertas. Gabriel y Malcolm le siguieron. El ojo del primero continuaba con la mirada perdida.

La muchacha echó un vistazo hacia atrás, hacia August, antes de seguirlos. El Rey Sagrado estaba resplandeciente sentado en su trono, con la luz del sol incidiendo en él como si fuese una estatua.

—Bienvenida a la corte de la ciudadela, Lore. Te veré en la consagración de mi hijo dentro de una hora.



Los capas sangrientas aguardaban al otro lado de la sala del trono. Sin decir ni una palabra, los escoltaron a los cuatro a través de los relucientes pasillos, que Lore no tendría ocasión de recorrer ella sola, hasta atrios abiertos que podrían ser perfectamente museos, llenos de estatuas, tapices y pinturas al fresco. Los pasillos estaban vacíos. Al parecer, los cortesanos que solían reunirse allí seguían en la cama o estaban preparándose para la ceremonia. La luz que se colaba a través de las ventanas indicaba que era cerca del mediodía.

Anton iba delante de ellos, pero justo detrás de los capas sangrientas, con Malcolm pisándole los talones. Lore y Gabriel los seguían por detrás, como si una división invisible los hubiera separado en dos grupos, en dos facciones: la corte y la Iglesia.

Los guardias los condujeron hasta una escalera amplia y alfombrada, con rollizas estatuas de mármol alineadas en diversos estados de desnudez. La escalera terminaba en un corto pasillo lleno de puertas arqueadas idénticas. Los capas sangrientas se dirigieron hacia el fondo, donde otra puerta daba hacia otra escalera, más pequeña y desvencijada, aunque igualmente ornamentada.

—El torreón sudeste —murmuró Gabriel, como si se hubiera dado cuenta de que a Lore le estaba costando orientarse—. Es el menos moderno de la ciudadela. Todo aquel que es relevante vive en el torreón noroeste durante el verano.

Su tono de voz era engañosamente sosegado, pero, al fijar la vista en él, pudo comprobar que tenía el rostro pálido y la mirada distante. Lore alzó una mano antes de ser consciente de lo que estaba haciendo, lista para apoyarla sobre el brazo del Mort y reconfortarlo.

La apartó antes de llegar a hacerlo, cerrando los dedos en un puño.

Por los dioses, aquella sensación de familiaridad era un verdadero inconveniente. Sentir esa inoportuna ternura por un Mort afligido era lo último que necesitaba en aquel momento.

Las escaleras acababan en un descansillo cada pocos escalones, pero los capas sangrientas los conducían cada vez más arriba. Al fin, se detuvieron en un descansillo cuya alfombra parecía más desgastada que las demás.

Los capas sangrientas abrieron la puerta. Otro pasillo, con muy poca luz, iluminado únicamente por un candelabro de oro que se encontraba en la pared. Se trataba de otro corazón del Dios Sangrante. El candelabro tenía la forma de un corazón en el interior de un sol, con una lámpara de aceite titilando en el centro. Unas pequeñas velas adornaban las puntas de los rayos del sol, pero la mayoría de ellas se habían extinguido.

Frente a aquella lámpara se hallaba una pesada puerta de madera.

—Mis disculpas, duque Remaut. —El capa sangrienta que estaba más cerca inclinó la cabeza en dirección a Anton, y luego hacia Gabriel y Malcolm, antes de introducir la llave en la cerradura y abrir la puerta. A Lore la ignoró por completo—. Nuestro Rey Sagrado insistió en que ambos se hospedaran en estos aposentos. Antes pertenecían a lord y lady Grosjean, pero ambos fallecieron el invierno pasado.

Cómo no, August los había alojado en un pasillo polvoriento, apartados del resto de la nobleza. Aquello haría que fuese más fácil mantenerlos vigilados.

Gabriel palideció, como si el guardia acabara de entregarle una rata viva.

—¿Quieres decir… que ambos nos alojaremos aquí juntos?

El capa sangrienta asintió.

—Son órdenes del rey. Usted y su prima se alojarán en estos aposentos mientras dure la temporada.

Malcolm enarcó una ceja oscura. Gabriel tragó saliva.

Lore puso los ojos en blanco.

—Prometo no poner en peligro tu virtud.

Malcolm emitió un sonido que podría haber sido perfectamente el inicio de una risa sofocada. Gabriel no hizo ningún ruido, pero su ya de por sí pálida tez se quedó aún más blanca.

Anton le dedicó a Lore una mirada incisiva y luego hizo un gesto apremiante con la mano en dirección a los capas sangrientas.

—Dejadnos. —Su tono de voz no era severo, pero no dio pie a discusión.

Estos obedecieron casi tan rápido como si la orden hubiera

procedido del mismísimo rey. Sacudiendo la cabeza, Anton empujó la puerta hacia dentro.

El tamaño de aquellos aposentos era casi el doble que el del adosado de Michal. La primera habitación estaba amueblada con un sofá bajo y dos sillas delante de una chimenea apagada, con una lujosa tapicería aunque estuviese algo pasada de moda. Más allá de la sala de estar, había tres puertas abiertas que mostraban dos dormitorios también lujosamente equipados. Una estancia cubierta de azulejos, que se hallaba entre ambas habitaciones, albergaba una reluciente bañera de cobre. Una puerta al lado de la chimenea conducía hasta un balcón techado, lleno de muebles de mimbre estropeados. También había un pequeño estudio que daba hacia la sala de estar principal. Allí podían vivir cómodamente, al menos, cuatro personas.

Anton suspiró, girándose hacia Gabriel.

—Sé que todo esto es abrumador, sobre todo después de haber estado viviendo en el claustro del monasterio de Northreach. Pero le he pedido expresamente a August que te ponga en los aposentos más alejados del resto de la corte. Así tendrás el espacio que necesitas para sentirte cómodo. —El lado de su rostro que estaba libre de cicatrices se suavizó, aunque parecía un gesto forzado—. Lo cierto es que he hecho todo lo que he podido para que esto sea lo más fácil posible para ti, Gabe.

«Gabe». Lore pensó que aquel nombre debería haber sonado de un modo más amable al tratarse de un apodo, pero al ser pronunciado por Anton, sonó de un modo tajante. Recordó lo que Malcolm había dicho antes sobre que Gabriel había estado en uno de los monasterios de la campiña. Al parecer, lo habían traído de vuelta a Dellaire para la consagración y todo aquello le había pillado por sorpresa. Una misión ambigua y peligrosa, y una traición por parte de un hombre en el que parecía confiar más que en nadie.

Le lanzó una mirada a Gabriel. El monje tenía los brazos cruzados y el ojo puesto en el suelo. La arruga que se le había formado en la frente, justo encima del parche, indicaba que estaba sumido en sus pensamientos, con los hombros tensos como si estuviera esperando el siguiente golpe.

—Bueno, yo estoy satisfecha con este alojamiento —anunció ella, tirándose en el sofá. Al hacerlo, levantó una pequeña nube de polvo, prueba de que nadie había entrado allí desde hacía tiempo. Era increíble que August le hubiera pedido que lo mantuviera todo limpio. Parecía que los Grosjean no habían hecho un gran trabajo en en ese aspecto—. A mí esto me parece mejor que un claustro en Northreach o donde sea.

Malcolm inspeccionó la estancia con recelo.

—Creo que la tapicería del claustro es más nueva, pero este lugar al menos cuenta con mobiliario.

Anton le lanzó una mirada sombría.

—La consagración dará comienzo en menos de una hora —anunció— y ambos debéis presentaros allí.

Gabriel tensó aún más los brazos, cruzados sobre su pecho. Con su único ojo, pasó a mirar a Lore antes de apartarlo, como alguien que intenta mantener vigilado a un caballo que cree que puede darle una coz.

—Ignoraba que se requiriera mi presencia en la consagración.

—Claro que se requiere. —Algo en la voz de Anton parecía… no estridente, pero se le acercaba mucho. Como si la idea de que Gabriel y Lore no estuvieran en la consagración fuera inconcebible—. Ambos tenéis que acercaros a Bastian, así que es evidente que debéis asistir.

—¿No le parecerá extraño al Príncipe Solar encontrarse de repente a la prima de un duque cualquiera pegada a su culo? —preguntó Lore desde el sofá—. Si me queréis por mis aptitudes como espía, así como por mi desafortunada aflicción relativa al Mortem, dejad que os dé un consejo: pegarse a alguien como un piojo no siempre es la mejor forma de sacarle la información que uno quiere obtener. A veces hay que actuar con algo más de sutileza.

Anton se acercó al sofá y la miró desde arriba. Ella quiso sentarse, pero sentía que aquello sería como doblegarse, así que se quedó espatarrada sobre los cojines y le dedicó una sonrisa tonta.

—Seguirás las órdenes que se te den. —El tono de voz de Anton era suave y calmado—. Al pie de la letra.

Lore no le respondió. Se movió incómoda entre los cojines llenos de bultos.

El altísimo sacerdote se apartó del sofá y se giró hacia Gabriel.

—Hay vestimenta apropiada para la chica en uno de los dormitorios. También la hay para ti. Id a cambiaros y os escoltaremos hasta la consagración. Que el Dios Sangrante nos asista.

Capítulo Siete

En su vigésimo cuarto año de vida mortal, los dioses ascendieron: Apollius para gobernar la vida y el día, Nyxara para gobernar la muerte y la noche, Hestraon para gobernar el fuego, Lereal para gobernar el aire, Braxtos para gobernar la tierra y Caeliar para gobernar el mar.

—El Libro de la Ley Divina, tratado 7

Lore no tenía claro qué debía ponerse para la consagración ya que nunca había sido invitada a una. Estas tenían lugar en el vigésimo cuarto cumpleaños de alguien, pero solo la nobleza montaba tanto alboroto al respecto. El resto del mundo se limitaba a acudir al santuario sur para que el sacerdote que estuviera allí en ese momento le diese la bendición, eso si se molestaban en ir siquiera.

El montón de ropa que le habían proporcionado le hubiese resultado abrumador aunque no tuviese que vestirse para una celebración sagrada. Por suerte, ninguno de los vestidos era tan ridículo como los que había visto entre las donaciones, pero sin duda eran mucho más elegantes que nada de lo que hubiera llevado antes. Al final, se decantó por el que le pareció que sería más fácil de abrocharse ella misma. Si le pedía ayuda a alguno de los Presque Mort, seguramente acabarían desmayándose.

El vestido de color verde salvia le quedaba demasiado bien como para ser una coincidencia. Lore analizó su figura en el espejo de cuerpo entero que había colgado en la puerta del armario. Era de cuello alto, con las mangas cortas y fruncidas, y una falda que llegaba hasta el suelo y que le rozaba los zapatos a juego, que había encontrado alineados al lado de la cama con dosel. O bien la costurera que lo había confeccionado lo había hecho justo de su talla, algo poco probable, ya que Lore tenía bastantes más curvas que la mayoría de las modelos a las que había visto, o bien lo habían ajustado a sus medidas.

Se le puso la carne de gallina y se le erizó el vello de la nuca. Los

Presque Mort habían estado al corriente de su existencia desde que había resucitado a Cedric tantos años atrás. Al menos eso era lo que le había confesado Val. Aun así, saber que la habían estado vigilando no era algo que se asimilase fácilmente.

Pensar en Val tampoco ayudaba. Lore tragó saliva con fuerza, obligándose a deshacerse del nudo que le cerraba la garganta y del cálido líquido que se le concentraba en las comisuras de los párpados. No tenía tiempo para aquello. Dejar correr las cosas era una habilidad que había llegado a desarrollar tras mucha práctica. Val y Mari tampoco formaban ya parte de su vida. Ahora esta se había visto reducida a vestidos de seda, zapatos a juego y una correa dorada alrededor de su cuello que manejaban el Rey Sagrado y el altísimo sacerdote.

La chica levantó la cabeza y parpadeó hasta que despareció esa sensación punzante en sus ojos. Lo único que siempre había hecho era adaptarse. Aquello tan solo era otra cosa más a la que debía habituarse. Sobreviviría. Siempre lo hacía.

Se apresuró a trenzarse el cabello formando una corona alrededor de su frente. Era el peinado más elaborado que sabía hacerse. Cuando acabó, abrió la puerta de par en par con un ademán sarcástico.

—He aquí una dama.

—Al menos, se acerca bastante —dijo Anton con indiferencia.

Detrás de él, Malcolm se dio un golpecito en un lado de la cabeza.

—Ha sufrido un contratiempo con su trenza, milady.

—Mierda. —Lore se acercó a un espejo oxidado que colgaba en la pared detrás del sofá. Un mechón de pelo se le había salido de aquella trenza rápida, provocando que pareciera que tenía un par de cuernos. Frunciendo el ceño, se echó el cabello hacia atrás y volvió a trenzárselo.

Entonces, se abrió la puerta del otro dormitorio y de él salió Gabriel, con un aspecto nada parecido al de un monje. Llevaba unos pantalones holgados en un tono azul oscuro, remetidos en unas brillantes botas negras, mientras que su esbelto torso se encontraba cubierto por una camisa de lino blanca y ceñida, con un chaleco azul marino a juego. Los ropajes eran casi tan bonitos como para no fijarse en el ceño fruncido que llevaba en el rostro, resaltado por el basto cuero de su parche.

Malcolm emitió un sonido que podría haber sido una risa, pero la reprimió en cuanto Anton le lanzó una mirada mordaz.

—Tienes muy buen aspecto, Gabe —se limitó a decir en su lugar.

Gabriel cambió el peso de una pierna a otra, haciendo que sus nuevas botas chirriaran.

—Padre, ¿está seguro de que…?

—Sí que lo estoy. Y lo más importante es que Apollius también lo está. —Anton entornó los ojos—. No sigas cuestionándolo, Gabriel.

El Presque Mort asintió. Tenía la mirada distante, como si intentara fingir que se encontraba en otro lugar.

Lore volvió a sentir aquel tirón en el pecho, aquel que la conectaba a él. Se llevó una mano a la clavícula y se la frotó. Era duro ver al Mort dolido.

Malcolm tampoco parecía querer presenciar aquello.

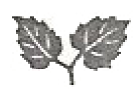
—Debo volver a la biblioteca. —Le dio una palmadita a Gabriel en el hombro—. Todo irá bien —le dijo en voz baja, y luego abandonó la estancia, con sus pasos retumbando a lo largo del pasillo. Al parecer, al otro Presque Mort no le entusiasmaba mucho pasar tiempo en la ciudadela. Lore se preguntó si todos ellos actuarían así, estableciendo una delimitación tan marcada entre la corte y la Iglesia.

Dedicándoles un asentimiento de cabeza a ambos, Anton se dio la vuelta para abandonar los espaciosos aposentos. La joven le siguió y Gabriel volvió a retomar lo que había estado diciendo antes:

—Preferiría tener que caminar sobre el fuego antes que asistir a esto —le oyó decir Lore entre dientes. Evidentemente, no quería que nadie le escuchase.

—Pues ya somos dos —replicó ella en voz baja.

El Mort no respondió, pero, aunque solo fue un poco, el gesto de su boca se suavizó.



La consagración del Príncipe Solar tuvo lugar en uno de los extensos jardines detrás de la ciudadela. Una tarima dorada sobresalía de la hierba, cubierta por un dosel de un tejido blanco y ondeante que se agitaba con la brisa. En el centro de la tarima se hallaba un atril salpicado de piedras granates. Un cuchillo dorado descansaba sobre su superficie.

Ver aquel cuchillo hizo que Lore abriera mucho los ojos. Por lo que tenía entendido, las consagraciones no requerían un derramamiento de sangre, pero quizás la realeza hiciera las cosas de un modo distinto.

La tarima estaba rodeada por todas partes de bancos de madera pulidos. Anton los condujo hasta uno de los que quedaban al fondo, indicándoles con la cabeza, tanto a Gabriel como a ella, que tomaran asiento, antes de dirigirse hacia la tarima. Desde aquel ángulo, Lore podía ver el interior hueco del atril y el enorme libro que guardaban allí. El Compendium, que recopilaba el Libro de la Ley Divina, el Libro

de la Ley Mortal y el Libro de Oraciones.

La chica estiró el cuello para poder ver qué había alrededor de la tarima. Poco a poco, otros cortesanos comenzaron a ocupar su lugar, todos vestidos de forma elegante, algunos con las manos ocupadas con abanicos de plumas o pastas a medio comer. Parecía que fueran a asistir a un picnic en lugar de a una ceremonia sagrada. Unos cuantos les lanzaron miradas curiosas a Gabriel y a ella, pero, por lo general, los ignoraron.

El discurso de August sobre la presencia de nuevos rostros en la corte había sido una exageración. Aunque era posible que los cortesanos de la ciudadela no se interesasen por una persona hasta que esta hubiera demostrado su relevancia.

Por suerte, el banco del fondo en el que estaban sentados no parecía ser muy popular. El resto de la corte fue ocupando lentamente los bancos que se hallaban frente a la tarima, con el suave sonido de sus voces aumentando y disminuyendo en intensidad como si fuera la canción de un pájaro cantor. Lore no sabía si quedarse contemplándolos o dirigir la mirada al suelo. Dada su profesión, no tenía la costumbre de dejarse llevar por la ansiedad, pero ver a tantos nobles juntos en el mismo lugar hizo que se le formara un nudo en el estómago. Todas las veces que había espiado para Val habían sido a pequeña escala: las cuadrillas de traficantes de veneno no solían ser muy numerosas, así que solo había tenido que mentir a unas diez personas o así al mismo tiempo, pero mentirle a toda la maldita corte…

Algo cálido se posó sobre sus manos, evitando que se movieran y que retorcieran el tejido de su falda de forma inconsciente. Gabriel había apoyado su palma, plagada de callos rugosos, sobre los dedos de la joven. El parche de su ojo quedaba justo en el lado del rostro que daba hacia ella, así que no estaba mirándola, pero aun así retiró la mano cuando Lore giró la cabeza en su dirección.

—Vas a desgarrártela —le dijo—. Y eso atraerá mucha más atención que si nos limitamos a quedarnos aquí sentados.

No sin esfuerzo, ella estiró los dedos y colocó las manos sudorosas sobre las rodillas.

Permaneció en aquella postura incluso cuando llegaron los cortesanos más rezagados, que tomaron asiento en los bancos a su alrededor porque las mejores localidades ya estaban ocupadas. Sobre la tarima, Anton había sacado el Compendium de debajo del atril y pasaba rápidamente las páginas, poniendo unas cintas escarlatas en el lomo para marcar los pasajes más relevantes. Otro clérigo, que llevaba una túnica blanca en lugar de los colores oscuros de los Presque Mort

y que debía ser un acólito corriente y moliente de la Iglesia, encendió los incensarios que se hallaban en las esquinas de la tarima. Un humo herbáceo flotó hacia el cielo, cubriéndolo de gris.

Al lado de Lore, Gabriel resopló levemente.

—Si cada consagración fuese así de elaborada, los sacerdotes no tendrían tiempo para hacer otra cosa. Lo único que hicieron en la mía fue recitar el tratado siete y salpicarme un poco de ceniza en el pelo.

Lore sospechaba que el Mort solo hablaba con ella porque no contaba con una compañía mejor, pero agradecía la distracción.

—Entonces, ¿esto no es lo habitual? —Aquello explicaba lo del cuchillo.

Gabriel se movió un poco para poder mirarla desde el único ojo por el que veía, con una ceja enarcada sobre él.

—¿Aún no has celebrado la tuya?

La chica negó con la cabeza.

—Cumplo los veinticuatro a mitad de verano.

—Mmm. —El Presque Mort volvió a mirar hacia delante, ocultándole el ojo a Lore y dando por terminada la conversación. No era un hombre de muchas palabras.

Lore inspiró y exhaló profundamente, con la mirada hacia delante, intentando no fijarse en si alguien los estaba observando.

Sin embargo, perdió su cautelosa compostura cuando la invadió una sensación que la obligaba a darse la vuelta en aquel mismo instante.

Esta fue lo suficientemente intensa como para hacer que se llevara una mano a la clavícula. No era del todo física. Lo que sentía era más bien una reacción: se le erizó el vello de los brazos y sintió un leve mareo.

Así que giró la cabeza.

Detrás de los bancos, a unos metros, se hallaba plantado un joven con el cabello oscuro a la altura de los hombros; lo mantenía apartado de su rostro gracias a una diadema de oro. Toda su vestimenta era de un blanco reluciente, incluidas sus botas de piel. Estaba demasiado lejos como para que pudiera verle con claridad, pero su figura le resultaba familiar. Era una sensación parecida a la que sentía cuando miraba a Gabriel, como si debiera conocer a aquella persona, aunque seguramente se tratase de alguien a quien no había visto antes.

Un cuarteto de cuerda se encontraba situado al lado de los bancos, todos sus componentes vestidos de colores llamativos, con los instrumentos relucientes como si los hubieran pulido para la ocasión. El director de orquesta se puso en pie y alzó su batuta. Así, de forma lenta y majestuosa, comenzó el cortejo. Detrás de todos ellos, la figura

distante vestida de blanco empezó a caminar hacia la tarima, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Era el Príncipe Solar.

Gabriel se puso en pie al lado de Lore y esta se apresuró a hacer lo mismo. El corazón le latía más rápido y las venas le palpitaban como si estuvieran rebosantes.

El Príncipe Solar se aproximaba hacia ellos. Gabriel estaba cada vez más tenso.

Cuando Bastian Arceneaux estuvo a la altura del banco en el que se encontraban, resplandeciente como si fuera un dios, miró hacia ellos. Tenía la piel blanca bañada por los rayos de sol, la mandíbula marcada y los ojos oscuros. Cuando les guiñó un ojo, Lore recordó de repente algo.

Era el hombre que había visto en los jardines. El que la había divisado cuando había entrado en la ciudadela flanqueada por Gabriel, Anton y Malcolm, con un vestido que no le quedaba bien y que probablemente habría sido la donación de alguna de las amantes del príncipe.

Mierda.

Bastian subió a la tarima, pasando con elegancia bajo las cortinas vaporosas y las sinuosas columnas de humo del incienso. Al llegar allí, lo recibieron con aplausos y jaleos, a lo que él respondió con una reverencia exagerada. Junto al atril, Anton se encontraba erguido, con el Compendium abierto por el lugar que marcaba la primera de las cintas escarlatas. August había permanecido sentado justo frente a la tarima, sobre un trono de oro que era levemente menos ostentoso que el que se hallaba en el interior de la ciudadela. Con aquella mano llena de anillos de rubí, sostenía otro cáliz y bebía de él con calma mientras observaba de forma estoica y casi inmóvil a su hijo.

—Diría que es de mala educación beber en la consagración de tu heredero —murmuró Lore.

—August bebe constantemente —replicó Gabriel.

El público volvió a tomar asiento y Anton comenzó a hablar, recitando primero el tratado siete: la enumeración de los dioses que habían ascendido, abandonando sus formas mortales y adoptando las sagradas, en su vigésimo cuarto cumpleaños: Caeliar, Braxtos, Hestraon, Apollius, Nyxara y Lereal. Después de aquello, leyó una entrada del Libro de Oraciones que trataba sobre asumir el poder cuando llegara el momento y saber cuándo cederlo. Bastian se movió hacia delante y hacia atrás sobre los pies durante toda la lectura, claramente aburrido. En cierto punto, le sonrió a alguien que se encontraba a la izquierda de la tarima y Lore se preguntó si se trataría

de la mujer a la que había estado besando en el jardín.

La ceremonia parecía llegar a su fin. Los cortesanos allí reunidos estaban cada vez más inquietos en sus asientos a medida que se acercaba el momento de irse. Pero Anton pasó a otra página del Compendium con marcador escarlata, una que se encontraba casi al final. Debía tratarse entonces del Libro de la Ley Divina.

El altísimo sacerdote tomó el cuchillo y la hoja dorada refulgió bajo el sol. Lore estaba demasiado lejos como para ver la expresión de Bastian, pero el Príncipe Solar dio un leve paso atrás.

Entonces, la chica miró hacia Gabriel. El Presque Mort tenía la boca fruncida.

—Libro de la Ley Divina, tratado catorce —pronunció Anton—. Los poderes que se oponen el uno al otro también se avivan mutuamente. La presencia de la oscuridad hace que la luz aumente, y la luz ahoga a la oscuridad. Pero, hijos míos, sed cautos, ya que ninguna de las dos fuerzas puede dominarse por completo si no es a manos de vuestro dios. La vida no puede existir sin la muerte, y blandir ambas fuerzas es cosa divina.

Lore torció los labios. El Libro de la Ley Divina era todo un enigma: algunas partes habían sido escritas antes de la Caída de los Dioses, pero la gran mayoría no se había redactado hasta el año en el que se había producido aquel suceso, el año que había pasado entre la muerte de Nyxara y la desaparición de Apollius. Aquellos tratados contradecían a los primeros y afirmaban que Apollius era el único dios verdadero. Justo antes de desaparecer, Apollius había dictado el Libro de la Ley Divina a un hombre llamado Gerard Arceneaux, a quien nombró el Rey Sagrado.

La familia Arceneaux había gobernado desde entonces, elegida por el propio Apollius.

La multitud guardó silencio. Los cortesanos se miraron entre sí, algunos intentando ocultar sonrisas divertidas, otros confundidos.

—¿Esto suele formar parte de la ceremonia? —le susurró Lore a Gabriel.

El Presque Mort negó con la cabeza, con el ceño aún fruncido.

—Bastian Leander Arceneaux —entonó Anton, alzando el cuchillo dorado—. Eres el vástago de una familia sagrada. El poseedor de un poder divino. Y hoy, te enfrentas a tu consagración con un corazón que se preparará para guiarnos a todos hacia una nueva era.

Las sonrisas divertidas se extinguieron. Todos los cortesanos parecían confusos, incluido Bastian. Sin embargo, este no dijo nada, no había dicho ni pío a lo largo de toda la ceremonia, pero tampoco se acercó más a su tío.

Anton le hizo una seña.

—Acércate, sobrino. —Lore no le había escuchado antes hablar en un tono tan amable—. Hoy te convertirás en quien estás destinado a ser.

Desde su trono dorado, August se inclinó hacia delante, agarrando el cáliz como si la vida le fuese en ello.

El Príncipe Solar vaciló durante un momento. Luego, dejó escapar una risa forzada, sin duda intentando romper aquella extraña tensión.

—Bien hecho, tío —le dijo, con una voz de barítono que resonó por encima de todos los bancos—. Has creado una nueva moda. Seguro que, de aquí en adelante, en todas las consagraciones se permitirá que el sacerdote improvise.

Los nobles se rieron alegremente, aunque aquel sonido también pareció forzado, como si su príncipe les hubiera dado permiso para no sentirse desconcertados ante aquella inusual ceremonia. Junto al atril, Anton permaneció impasible, con el cuchillo extendido.

August no hizo nada, tan solo siguió contemplando a su hijo.

Bastian se acercó al altísimo sacerdote y extendió una mano. Anton se la tomó y le clavó la punta del cuchillo en la piel. Todo pasó muy rápido, demasiado rápido para que nadie pudiera hacer nada que no fuera dejar escapar un educado grito ahogado. Bastian hizo una mueca mientras sufría un espasmo en los hombros, pero no se apartó.

Cuando acabó todo, Anton se giró hacia la multitud, dándoles la espalda a Lore, a Gabriel y a todos los otros desafortunados que se habían tenido que sentar detrás de la tarima, mientras sostenía la mano de Bastian. Incluso desde su posición, Lore podía ver la sangre en la palma de la mano del Príncipe Solar. Lo que no lograba discernir era qué le había grabado Anton en ella.

Por un momento, el cielo se iluminó aún más, como si el sol hubiera decidido brillar con más fuerza durante un instante. La multitud prorrumpió en murmullos de admiración. Tal vez aquello fuera simplemente un numerito, algo para hacer que la consagración del Príncipe Solar fuera lo más dramática posible.

Pero al otro lado de la tarima, August parecía afectado.

—¡Contemplad a Bastian Leander Arceneaux, el heredero de los Arceneaux y futuro Rey Sagrado de Auverraine, que hoy ha sido consagrado ante nuestro Dios Sangrante! —Anton parecía casi exultante. Del cuchillo dorado aún goteaba sangre que le caía en la mano.

—¡Viva! —gritó la multitud, y aquella palabra se disipó entre unos aplausos atronadores. Bastian rio, volviendo a dedicarles una majestuosa referencia, para, a continuación, limpiarse la mano que le

sangraba en su jubón blanco.

—Vamos —gruñó Gabriel al lado de Lore—. Larguémonos de aquí.

Los cortesanos avanzaban en masa hacia la tarima, riéndose e intentando acercarse lo máximo posible a Bastian. Este lo permitió. Alguien le entregó al príncipe una copa de vino y él le dio un sorbo, largo y ansioso, que fue seguido por más vítores.

August les había dicho que sospechaba que Bastian estaba compartiendo los secretos de Auverraine porque no quería tener que soportar el peso que conllevaba gobernar. Pero a Lore le parecía que el joven no tenía ningún problema en ser el centro de atención.

Se mantuvo pegada a Gabriel mientras este se dirigía de nuevo hacia las puertas de la ciudadela, confiando en que los cortesanos siguieran con la atención puesta en Bastian. Las únicas otras personas que se alejaban de la tarima eran Anton, el otro clérigo y August.

El Rey Sagrado seguía sujetando el cáliz mientras avanzaba, flanqueado por algunos capas sangrientas. Lo levantó para dar otro sorbo, con la mano ligeramente temblorosa. Justo cuando Lore y Gabriel pasaban por su lado, se le derramó un poco de vino, que se vertió en el suelo y estuvo a punto de mancharle los bajos del vestido a la chica.

Esta echó un vistazo por encima del hombro antes de seguir a Gabriel al interior. Bastian continuaba sobre la tarima, rodeado de gente hermosa con ropajes coloridos e inclinándose para susurrarle algo a un joven que parecía entusiasmado por contar con su atención. La mirada, sin embargo, la tenía puesta en Lore. La muchacha no habría sabido explicar por qué estaba tan segura, habiendo tanta distancia entre ambos, pero tenía la corazonada y no le cabía ninguna duda de que el Príncipe Solar la estaba mirando a ella.

Capítulo Ocho

La Bruja de la Noche a vigilar la tumba se comprometió.
Sin embargo, la cabeza perdió.
A la diosa intentó dejar escapar,
pero esta en su mente logró entrar.

–Rima infantil auverraní

¿Crees que nos habrán dejado algo de vino por aquí?

Sus aposentos parecían gigantescos al estar ocupados solamente por ellos dos. Lore se quitó los zapatos en la puerta. Le habían hecho muchísimo daño, lo que significaba que, a pesar de todos aquellos años que los Presque Mort habían estado vigilándola, no habían logrado acertar con su número de pie. Luego, se dejó caer de golpe en el sofá.

—Me vendría bien un poco, después de todo eso.

—Si nos han dejado algo, tiene que estar en el aparador. —Gabriel señaló hacia una pequeña mesa que se encontraba al lado de la chimenea apagada. Se apoyó contra la pared cerca de la puerta, reajustándose con una mano el parche de cuero del ojo—. Con suerte, August le pedirá a alguien que nos traiga comida.

—No pretenderá que espíe con el estómago vacío. —Lore rebuscó en el aparador hasta que encontró dos copas polvorientas y una pequeña botella de vino tinto—. Ha sido muy raro, ¿no? A ver, no es que haya asistido a muchas consagraciones. A ninguna, en realidad, pero eso ha parecido muy extraño.

—Sí que lo ha sido —admitió Gabriel—. Malcolm me había dicho que Anton tenía pensado leer más tratados que en las ceremonias tradicionales, pero no me esperaba…

—¿Un derramamiento de sangre?

Gabriel torció los labios, a medio camino entre una sonrisa y una mueca.

—Exacto. —Se frotó la mandíbula. En aquella zona le nacía una barba incipiente ligeramente pelirroja, como si fuera muestra del largo día que había pasado—. Pero todo eso tendrá un propósito, estoy

seguro. Anton siempre tiene un motivo. Y una consagración de los Arceneaux es una ocasión especial. No debería esperar que fuera igual al resto de las que he visto.

Parecía que a Gabriel se le daba muy bien racionalizar cualquier cosa que hiciera Anton. Ese hombre podía quedarse en cueros y ponerse a bailar un vals por el santuario sur y Gabriel creería que aquello tenía un propósito espiritual.

Lore sacó el corcho de la botella de vino con los dientes. De ella emanaba un olor avinagrado, y tuvo que arrugar la nariz mientras lo servía.

—Es una mierda —le advirtió a Gabriel, pasándole una copa—, al igual que este día.

Casi esperaba que el monje no lo aceptara. No estaba muy segura de lo que opinaban los Presque Mort sobre el alcohol. Por un instante, pareció que sí que iba a rechazarlo, a juzgar por el ceño fruncido con el que contemplaba la copa.

—Si no me ayudas a beberme esto, me liquidaré yo sola toda la botella —le dijo Lore—. Y te aseguro que no querrás presenciarlo. Cuando me emborracho, me pongo a cantar, y soy una cantante pésima.

Gabriel analizó la copa durante un momento más antes de quitársela de la mano.

—Muy bien. —Le dio un trago, haciendo una mueca—. Por las heridas de Apollius, es horrible.

—Pero es mejor que darle vueltas a la situación en la que nos encontramos. —Lore se sentó sobre la alfombra con la copa en la mano, cruzando las piernas por debajo del vestido que había tomado prestado—. Aún no tengo claro qué es lo que se supone que debo hacer para acercarme a Bastian. O por qué hemos tenido que acudir a esa consagración tan extremadamente… excéntrica.

—Acercarte a él no será complicado —le dijo Gabriel sombríamente mientras le daba otro sorbo al vino. Eludió por completo volver a hablar de la consagración—. Como ha dicho August, a Bastian le gusta la gente hermosa. Solo tienes que dejar que él se acerque a ti.

—Eso podría haber llegado a ser un cumplido si no hubieras pronunciado la palabra «hermosa» con el mismo tono con el que la mayoría de la gente dice «pus». —Lore se bebió el resto de su avinagrado vino y se sirvió más—. Pero son más palabras juntas de las que me has dicho en todo el día, así que supongo que debería darme por satisfecha.

Gabriel no dijo nada, tan solo se quedó mirando el fondo carmesí

de su copa.

—Estar aquí es… difícil —dijo al fin.

Permanecieron sentados en silencio durante un momento.

—Lo siento —murmuró Lore.

Entonces, él la miró con el entrecejo arrugado.

—¿Qué es lo que sientes?

—Que tengas que quedarte aquí. Conmigo.

Gabriel resopló.

—No es que seas la peor compañía de la ciudadela.

—Tienes que aprender a hacer mejores cumplidos.

El Mort levantó la copa de vino en su dirección, dedicándole un brindis burlón. Lore levantó la suya en respuesta y ambos bebieron.

Era curiosamente sencillo estar con él. No era muy parlanchín, pero su silencio era relajante, era como sentarse con un viejo amigo, alguien a quien conocía desde hacía siglos.

La chica miró el vino con el ceño fruncido. Conocía a Gabriel desde hacía menos de dos días y su relación había comenzado con una pelea en un callejón. Además, era obvio que él le era profundamente leal a Anton, mientras que Lore no confiaba del todo en el altísimo sacerdote ni en su hermano. Sentirse demasiado cómoda con el Mort tuerto no podía ser una buena idea. Además, debería ser más lista. ¿Qué tenía aquel hombre que hacía que ella ignorara años de experiencia que le habían enseñado que la confianza era un lujo que había que atesorar?

Seguramente todo aquello era por los nervios. Los nervios y la desesperación, que hacían que se aferrara a cualquier cosa que le pareciera sólida. Cuando Lore estaba a la deriva, no era de esas que se dejaban arrastrar por la corriente. Era de las que luchaban por encontrar un ancla, sin importar lo imprudente que acabara siendo.

Sacudió una mano delante de su propio rostro, deseando pensar en otra cosa. El vino hizo que acabara centrándose en un tema mucho más delicado.

—Así que solo tienes un ojo.

—Qué buena observación.

—¿Te dolió mucho perderlo?

Gabriel volvió a llevarse los dedos al parche.

—Muchísimo —dijo después de un minuto de silencio, Luego, en voz baja y vehemente, añadió—: Joder, sí que dolió.

—Bebes y sueltas tacos. —Lore enarcó una ceja—. Al parecer los Presque Mort no son muy estrictos, quitando la parte del celibato.

—Ah, no. Sí que son estrictos. Pero catorce años de vida clerical no han logrado despojarme de todo lo mundano. Es uno de mis defectos. —Se bebió el resto de su vino y se encaminó hacia la chimenea. Junto

a esta, había madera cortada y apilada sobre un soporte dorado. Gabriel lanzó unos cuantos troncos al interior y luego se puso a buscar una cerilla—. Por lo visto, adaptarse a una vida dedicada a la santidad lleva su tiempo.

—Si es que alguna vez se consigue. —Lore contempló durante un rato cómo Gabriel buscaba sin éxito una cerilla. Entonces, dejó su copa vacía y se dirigió hacia la puerta que daba al pasillo—. Espera, hay una forma más fácil.

En el pasillo, la joven tomó una de las velas encendidas del candelabro en forma de corazón del Dios Sangrante.

—Pon esto en la chimenea y luego echa la madera —le indicó mientras entraba de nuevo en la estancia, pasándole la vela antes de volver a tomar asiento en el sofá—. ¿Es que no estás acostumbrado a encender un fuego?

—Pues no. —Gabriel quitó toda la madera que ya había preparado y escogió unos pedazos más pequeños, sosteniéndolos sobre la llama de la vela—. No acostumbro a robar velas de imágenes del corazón del Dios Sangrante para hacerlo. Técnicamente, eso es un pecado.

—Solo han pasado cinco minutos y ya he ofendido tus sensibilidades religiosas. De todas formas, la mayoría de las velas ya estaban consumidas, así que es evidente que nadie en este torreón se sentía demasiado piadoso.

—Bienvenida a la corte de la ciudadela. Si la piedad no es algo que se pueda exhibir, entonces no importa. —Gabriel se puso de cuclillas, observando cómo las llamas prendían la leña y se extendía por los troncos—. Ya que estamos jugando a esto, ¿cuál es tu historia? Doy por hecho que no es tan dramática como que te arranque un ojo el heredero del Imperio kiryteo. ¿Sufriste una experiencia cercana a la muerte más trivial? ¿Algún accidente que te otorgó ese poder y que hizo que tu familia te tuviese miedo?

«Que el Dios Sangrante me asista», pensó Lore. Por un momento, se planteó contarle la verdad. Abrió la boca, lista para soltarla… «Bueno, verás, nací en las catacumbas y he sido capaz de canalizar el Mortem desde que tengo memoria». Pero se contuvo justo a tiempo.

Maldita sea. Aquella sensación de familiaridad que la había invadido desde el primer momento en el que se había encontrado con aquel Mort era irritante. Era peligrosa.

Recuperó la compostura tras darle un sorbo al vino.

—Caí desde un puente, me ahogué por un momento. Regresé a la vida. A mi familia no le hizo gracia, así que me echaron de casa cuando tenía trece años.

Detalles imprecisos. Mentiras fáciles.

—Pues vaya familia —murmuró Gabriel mirando hacia las llamas. Se puso en pie y fue a sentarse en el sofá—. Aunque lo cierto es que no soy quién para juzgar en ese aspecto.

—¿Y tú qué? —le preguntó Lore, deseando apartar la conversación de ella—. ¿Cómo acabaste con los Presque Mort después de que…?

—¿Después de que mi padre traicionara a August con el Imperio kiryteo y les hiciera entrega de un bastión en la misma frontera de Auverraine? —El tono de voz de Gabriel era plano, sin emoción—. Anton dio conmigo. Me dijo que mi destino era unirme a los Presque Mort, sacar algo divino de una tragedia.

En aquel entonces, Gabriel había tenido diez años. Lore recordaba que lo había dicho en la sala del trono. Con diez años acabó huérfano y terriblemente herido. Anton lo había manipulado para conseguir su lealtad. Su desagrado hacia ese hombre no hacía más que aumentar.

No le preguntó a Gabriel cómo había sucedido todo, pero este continuó hablando como si lo hubiera hecho. A veces, lo único que se necesitaba era saber que otra persona estaba escuchando.

—Mi padre le juró lealtad a Kirytea cuando su ejército se aproximó a la frontera de Balgia. August le había negado ayuda militar. Todas sus tropas de apoyo estaban protegiendo las islas Calcinadas. —Hizo una pausa—. Aun así, mataron a mi padre. Los kiryteanos. Jax dijo que un hombre que había traicionado a un país tan fácilmente podía traicionar a otro, así que le cortó la cabeza. —Gabriel emitió un sonido compungido—. Jax tenía por entonces dieciséis años. Aún era un niño, pero ya era despiadado.

—¿Estuviste presente? —murmuró Lore y, a continuación, meneó la cabeza—. Ya, claro que estabas allí. Fue cuando te…

No terminó la frase. Tragó saliva ante la repentina sequedad que sentía en la garganta. Gabriel Remaut había contemplado cómo habían decapitado a su padre y, luego, la persona que lo había hecho había procedido a arrancarle un ojo.

El Mort asintió. Bajo la luz tenue, Lore casi podía ver los vestigios del niño herido en aquel hombre con cicatrices.

—La verdad es que no estoy seguro de por qué Jax me dejó con vida. Aún no era el emperador, y matarnos a todos habría dejado clara su postura con respecto a los traidores. Pero se limitó a enviarme de vuelta a Auverraine. En muy mal estado, pero vivo. —Se encogió de hombros—. Anton me encontró poco después. Me uní a los Presque Mort y me quedé en el monasterio de Northreach. Percibía demasiada cantidad de Mortem como para poder quedarme en Dellaire. Anton iba y venía tan a menudo como podía, para ayudarme a aprender a bloquearlo de mi mente. El plan siempre fue que yo regresara aquí

cuando estuviese listo. —Emitió un sonido lastimero—. Y ha pasado justo después de mi consagración.

Lore recordó lo sucedido en aquella sala debajo de la iglesia, cuando le había explicado cómo crear una barrera alrededor de su mente. «Está en tu cabeza». Cuando le había dicho aquello, había sonado como algo que él se había repetido a sí mismo una y otra vez, una lección aprendida hacía mucho tiempo.

La chica se inclinó hacia delante, con los dedos entrelazados.

—Así que Jax te perdonó la vida después de haber matado a tu padre —dijo—. Y sabiendo que esta corte está plagada de capullos, doy por hecho que eso solo provocó que todos aquí sospecharan más de ti.

Gabriel guardó silencio durante bastante rato, el suficiente como para que Lore se preguntara si había decidido que pormenorizar su historia delante de ella era algo que, al fin y al cabo, no deseaba hacer.

—A veces —murmuró al fin—, desearía que hubiera acabado conmigo.

Se oyó un crujido fuera, en el pasillo. Algo se deslizó por debajo de la puerta, un sobre de color blanco crema.

Lore se puso en pie, con las piernas ligeramente temblorosas a causa del vino, y lo recogió. Remaut, ponía en una letra cursiva en la parte delantera. Lo abrió, leyó la carta en su interior y luego la extendió en dirección a Gabriel.

—Es una invitación.

El Presque Mort se puso en pie y se acercó hasta ella con el ceño fruncido.

—¿A qué?

—A un baile de máscaras. Organizado por Bastian en la sala del trono al atardecer.

Se quedaron mirándose el uno al otro, con la misma expresión cautelosa.

—Bueno —acabó diciendo Lore—, al fin y al cabo mi misión es acercarme a él.

Gabriel refunfuñó, tomó la invitación y la leyó él mismo.

—August aún no nos ha presentado en sociedad. ¿Cómo es posible que él sepa que estamos aquí?

—Puede que nos viera entrar en la ciudadela —le dijo Lore. Luego, rápidamente le contó a Gabriel que había visto a Bastian en el jardín. Sin embargo, pasó por alto lo que el príncipe había estado haciendo en aquel momento, intentando tener en consideración las sensibilidades del monje. Pero, por el modo en el que este puso los

ojos en blanco, era evidente que lo intuía sin que ella dijera nada.

—Maravilloso —murmuró—. Así que puede que tu tapadera se haya descubierto incluso antes de empezar.

—No tiene por qué. —La idea de que la metiesen en una celda para que aguardase allí a resucitar a los cadáveres de los aldeanos seguía muy presente en su mente. Aquella sería su realidad si no era capaz de espiar a Bastian—. Soy una buena mentirosa. Si me pregunta qué estábamos haciendo esta mañana, le diré que pasé la noche en la ciudad y que tú tuviste que traerme de vuelta.

—Aun así no me gusta que sepa que estás aquí. Eso significa que está más alerta de lo que August cree. Sabía que acudir a la consagración era una mala idea.

Aquella vez era la única que Lore le había escuchado oponerse mínimamente a Anton, y dio por hecho que nunca pasaría de ahí.

Gabriel volvió a echarle un vistazo a la invitación y luego la lanzó hacia el sofá.

—¿Y qué se supone que vamos a ponernos para un baile de máscaras?

Entonces, llamaron débilmente a la puerta.

—¿Su excelencia? Vengo a hacerle una entrega. Es de su majestad.

—Por los dioses, espero que sea la cena —dijo Lore, abriendo la puerta.

Pero no lo era. En su lugar, entró un carrito con ruedas con dos bolsas de ropa, que había llevado con premura una sirvienta menuda que miró a Lore con los ojos muy abiertos y con mucha curiosidad. Les dedicó una reverencia y se marchó antes de que pudieran hacerle ninguna pregunta.

Lore abrió una de las bolsas y echó un vistazo en el interior.

—Parece que el tema de la vestimenta no será un problema.

Gabriel gruñó.

Capítulo Nueve

Ninguna transformación es más dolorosa que aquella de un amigo en un enemigo.

–Proverbio auverraní

—Detesto profundamente este vestido.

Gabriel le echó un vistazo por el rabillo del ojo. El atuendo que llevaba el monje consistía en un jubón de un verde intenso con bordados de vides doradas y unos pantalones holgados a juego, rematado con una camisa blanca en cuyas mangas seguramente podría esconder un pavo asado entero. Los ropajes refinados hacían que su desgastado parche de cuero destacara de un modo atroz, tanto que parecía fuera de lugar.

—Tienes buen aspecto —dejó caer él, aunque por lo deprisa que apartó la mirada, parecía que pensara todo lo contrario.

—Parezco un pudín de ciruelas. —La falda larga se le enganchó en uno de sus zapatos de tacón. Lore maldijo, desenganchándosela de una patada—. Un pudín de ciruelas que aparentemente no debe moverse. —El corpiño se le resbalaba hacia abajo y tuvo que dar un tirón de él hacia arriba—. Un pudín de ciruelas que debe permanecer inmóvil y al que van a comerse con los ojos.

—En comparación con algunos de los modelitos que llevan los cortesanos, diría que vas recatada.

Lore se rascó por debajo del antifaz que había llegado junto con el vestido, un retal de seda de color lavanda salpicado de un tono púrpura más oscuro.

—Entonces esta fiesta será muy educativa para ti.

Gabriel resopló. Su traje no contaba con ningún antifaz, como si quienquiera que hubiera mandado aquella ropa quisiera que fuera con el rostro descubierto. Daban por hecho que aquello era cosa del Príncipe Solar. Bastian no solo sabía que Gabriel se encontraba allí, sino que quería que todo el mundo lo viera. Que la corte lo reconociera como un traidor, como el heredero de los pecados de su

padre.

A ella volvió a engancharsele la falda del vestido al zapato.

—Por el Dios Sangrante y todas sus heridas.

—Sí, muy bien. Será mejor que te desahogues ahora. —Gabriel puso los ojos en blanco—. Por lo general, las primas de los duques suelen hablar con decoro. Interpreta el papel que representa tu vestido.

—Entonces me aseguraré de graznar como un pavo real. —Las escaleras estrechas y de caracol por las que los habían conducido los capas sangrientas eran imposibles de recorrer con los zapatos de tacón de color violeta que llevaba Lore. Por ese motivo, tuvieron que ir por el camino más largo, atravesando todos los pasillos hasta llegar a los amplios escalones que aguardaban al final de cada uno de ellos, y que se retorcían sobre sí mismos para seguir bajando por el torreón—. Este disfraz es realmente eso, ¿no? ¿Un pavo real? ¿No un pudín de ciruelas?

—¿Acaso tenemos que ser algo en particular?

—Es un baile de máscaras, Mort. Consiste en disfrazarse. —Sin embargo, Lore no era capaz de adivinar qué representaban sus disfraces. El tul de su falda era de distintos tonos morados: los bajos eran de un color oscuro como el vino y la parte superior era de un lavanda pálido. Unos hilos verdes bordados revestían el corpiño, que era de color violeta intenso y que terminaba con unas plumas abiertas alrededor del cuello redondo. ¿Era algún tipo de flor? El disfraz de Gabriel tampoco daba ninguna pista: era una vestimenta corriente en la corte. Lo único particular en su traje eran las distintas tonalidades de verde.

—Cuando estemos allí, deberías evitar llamarme «Mort» —le dijo Gabriel—. No parece ser un apodo muy familiar.

—Entonces, ¿simplemente Gabriel?

Este se detuvo por un segundo.

—Gabe.

—Gabe —repitió Lore, saboreando aquella palabra.

El Presque Mort asintió con solemnidad y una diminuta sonrisa se asomó en la comisura de aquella boca arisca. Lore se la devolvió y luego volvió a concentrarse en la ardua tarea de caminar con aquel ridículo vestido.

Antes, le había dado la impresión de que sus aposentos se encontraban a kilómetros de distancia del centro de la ciudadela. Sin embargo, a medida que los candelabros pasaban a ser más ornamentados y el suelo cubierto de barras de hierro era más pulido tras cada escalón que bajaban, la chica sintió que estaban llegando al

lugar demasiado rápido. El corazón le latía nervioso y el sudor le cubría la piel, provocando que el tul, que ya le picaba de por sí, fuera prácticamente insoportable.

—¿Y cuál es tu nombre completo? —le preguntó Gabriel, o Gabe, pasado un momento. Doblaron una esquina y se encontraron ante un amplio atrio por el que Lore recordaba vagamente haber pasado antes. Los rosales florecían en abundancia en macetas de cerámica, con adornos de pan de oro y tapando las exquisitas mesas de hierro forjado y las pequeñas estatuas de ninfas retozando—. ¿Lore es diminutivo de algo?

—No. —Ella se encogió de hombros—. Es el único nombre que tengo.

—Bueno, pues tendremos que inventarnos algo entonces. Algo que te haga parecer la prima de un duque. —Gabe la miró de arriba abajo, frunciendo el ceño con aire pensativo. La luz suave de la puesta de sol que se colaba a través de las enormes ventanas del atrio le iluminaba el rostro, que acabó ensombreciéndosele cuando desembocaron en otro pasillo—. Eldelore.

Lore arrugó la nariz.

Gabriel arqueó la ceja sobre el parche del ojo.

—Tienes aproximadamente dos minutos para pensar en uno mejor.

—¿Dos minutos?

Doblaron otra esquina y las puertas de la sala del trono aparecieron ante ellos. Gabe le dedicó una mirada de disgusto por el rabillo del ojo.

—He dicho «aproximadamente».

Con la puesta de sol, la entrada a la sala del trono parecía incluso más intimidante de lo que le había parecido aquella mañana, haciendo relucir en tonos rosas, carmesíes y anaranjados los corazones del Dios Sangrante que se encontraban grabados en la puerta. Cinco capas sangrientas tenían la mirada fija al frente, con las espadas enfundadas a sus costados y ni una bayoneta a la vista. La joven dio por hecho que las armas no eran consideradas lo suficientemente elegantes en el interior de la ciudadela. Las matanzas se reservaban para el otro lado de los muros.

Aquellos guardias no eran los que habían estado allí antes.

—¿Otros capas sangrientas? —susurró Lore entre dientes, en voz baja para que solo pudiera escucharla Gabe.

—Supongo que los que has visto esta mañana no volverás a aparecer por aquí —murmuró el Presque Mort—. August es riguroso. Los guardias que te detuvieron en el distrito seguramente tampoco estén ya de servicio. Quiere que el círculo de personas que saben

quién eres en realidad sea lo más pequeño posible.

—¿Así que han reasignado a esos guardias?

—Sí, si quieres llamar así a que los hayan enviado a las islas Calcinadas.

Así que la ciudadela era igual de implacable que las calles de Dellaire, aunque sus espadas estuviesen pulidas y la sangre se limpiase con más celeridad.

—¿Nombres? —les preguntó el capa sangrienta de la puerta cuando se aproximaron a ella. Sin duda, se trataba de una formalidad. El guardia abrió los ojos como platos cuando miró hacia Gabe, igual que si hubiera visto un fantasma.

—Leif Gabriel Remaut, duque de Balgia —anunció Gabriel, con un tono de voz fuerte y seguro, como si hubiera hecho aquello miles de veces antes—. Y mi prima, Eldelore Remaut.

Lore enterró las uñas en el brazo de Gabriel. Los labios de este se torcieron mientras intentaba reprimir una sonrisa.

El capa sangrienta asintió y les abrió la puerta.

De aquel modo, les dio paso a un caos suntuoso, que bien podría haberse tratado del reino luminoso de los dioses muertos o de cualquiera de los infiernos infinitos.

Los cortesanos, vestidos de un modo opulento, daban vueltas al ritmo de una animada música procedente de una pequeña orquesta. Había peinados en espiral y en forma de torre, polvos de maquillaje de colores imposibles: verdes oscuros, azules metálicos y rosas pálidos. Algunos de los bailarines parecían ir disfrazados de animales, con antifaces que les cubrían tan solo los ojos y unas orejas falsas sobre la cabeza, fabricadas de un tejido caro. Una persona delgada como un palillo llevaba unas alas brillantes de mariposa sobre la espalda, del mismo tono dorado brillante que su pelo. Otra llevaba lo que parecían ser verdaderas alas de cisne unidas a la espalda de un vestido vaporoso, mientras que su pareja de baile tan solo llevaba unas plumas alrededor de la cintura y los pechos.

Si Lore hubiera podido enarcar aún más las cejas, estas le habrían desaparecido en el nacimiento del pelo.

—No exagerabas al decir que mi vestido es recatado.

—Verdaderamente recatado. —Parecía que Gabriel estuviera metiéndose en una celda en lugar de en una fiesta. Tenía la mandíbula apretada, y los músculos de su brazo, que quedaban debajo de la mano de Lore, estaban tan rígidos como el poste de una valla.

La chica percibió un aroma familiar. El de la belladona.

Se dio la vuelta, buscando ansiosa entre la multitud. En un rincón, un grupo de cortesanos se turnaban para beber de una diminuta copa

de cerámica. Ni siquiera intentaban disimular. Tenían los rostros enrojecidos, las piernas inestables y los ojos vidriosos a causa del subidón de euforia que les proporcionaba el veneno. Alrededor de sus muñecas y sus gargantas se podían ver manchas grises. Aquello era la piedra abriéndose camino con sigilo a través de sus venas, lo suficiente como para que el Mortem consiguiera ralentizar los estragos del tiempo. De aquel modo, conseguían añadir unos dolorosos años más a sus vidas acomodadas.

—Como beban demasiado, acabarán matándose —murmuró Lore—. La clave es la moderación. Y si esta fiesta me dice algo, es que estas personas no conocen ese término.

—Los doctores de la ciudadela están altamente cualificados para tratar las sobredosis. —El ojo azul de Gabriel centelleó mientras apartaba la vista del grupo de nobles drogados—. Pasa constantemente. Se han establecido leyes que obligan a los nobles a renunciar a su título y a cedérselo a sus herederos si sus vidas se alargan demasiado.

—No he visto a nadie que parezca un renacido.

—Los doctores de la ciudadela también cuentan con mucha experiencia a la hora de tratar esos casos. Cuando tengas la oportunidad, echa un buen vistazo a algunos de los nobles de más edad. Los cosméticos y los rellenos son de mucha ayuda a la hora de ocultar las venas de piedra y la demacración.

Lore apretó la mandíbula mientras observaba a aquellos cortesanos vestidos de forma extravagante que se pasaban el veneno entre risas. No se había dado cuenta de que había dado un paso hacia el grupo hasta que Gabe le apoyó una mano sobre el hombro.

El Mort meneó la cabeza.

—Déjalo estar, Lore.

¿Y qué iba a poder hacer ella aunque se aproximase al grupo? No serviría de nada.

Así que se limitó a suspirar y a abrir las manos, que hasta entonces había mantenido cerradas en un puño. Se dio la vuelta para observar a la corte de la ciudadela en plena depravación.

Había grupos de juerguistas que se paraban a beber entre baile y baile, reunidos en estallidos de colores vivos, tan ornamentados como las pinturas doradas al fresco ante las que se encontraban. Los que no estaban bebiendo o besándose con alguien se encontraban chismorreando, con las cabezas gachas y lo más pegados que sus peinados elaborados les permitían, susurrando para acabar prorrumpiendo en carcajadas. Examinaban la estancia con aquellos ojos pintados con cosméticos, como si estuvieran intentando

asegurarse de que su júbilo era evidente y, con suerte, envidiado por el resto.

Un hombre, que llevaba una máscara de un tono verdemar con escamas doradas, miró sin interés a Gabe y luego apartó la vista. Pasado un segundo, volvió a fijarse en él, transformando su desinterés en una expresión de sorpresa que lo dejó boquiabierto. Se inclinó hacia el oído de la persona que tenía al lado y el cabello de ambos acabó entremezclándose, como si fuera algo parecido a una colmena, mientras cuchicheaban con frenesí.

—Y así sin más, nuestros nuevos rostros se hacen notar —declaró Lore. Gabe y ella seguían junto a la puerta, sin que ninguno de los dos se atreviese a aventurarse en aquel ambiente tan centelleante.

—Mi rostro no es nuevo, y parece ser que ese es el problema. —Gabriel suspiró—. Esperaba que reconocerme fuera más complicado después de diez años y con un ojo menos.

—Es difícil no fijarse en ti —murmuró Lore, para a continuación cerrar la boca de golpe.

—Y luego dices que soy yo el que debe mejorar sus cumplidos. —Gabe sacudió los hombros—. Bueno, allá vamos.

Y de aquel modo, ambos se introdujeron en la fiesta.

Los bailarines giraban a su alrededor. Sus disfraces eran una muestra visible de su riqueza. Había corpiños con joyas incrustadas y nubes de tul con hilo de oro arrastrándose por la pista. Ninguno de ellos prestaba atención a las barras de hierro que cruzaban el suelo, un recordatorio de su obligación divina, que en aquel momento estaba cubierta de sudor y de champán derramado.

A Lore le latía el corazón desbocado, y no solo a causa de los nervios. Todo aquello le recordaba a los locales más salvajes en los muelles, aunque parecía mucho más peligroso que esos tugurios. El dinero y el poder le daban más peso a esa fiesta, la hacían más estimulante.

Más emocionante. Y parte de ella se odiaba por sentirse así, por no dejar de pensar en las personas que estaban bebiendo belladona en un rincón.

Entre el aroma que emanaba de los bailarines dando vueltas y los perfumes fuertes, también percibía el olor a comida. Le sonaron las tripas en el interior de su corpiño excesivamente ceñido.

—¿Sabes dónde está el bufé? —le preguntó a Gabriel, elevando el tono de voz para que la escuchara por encima de la música y las risas.

—Creo que en el lado derecho —le respondió él, desplazando la mirada por la estancia como si fuera una presa dentro de la guarida de un depredador. Otros cortesanos también habían comenzado a notar

su presencia. Muchas miradas se dirigieron hacia ellos para luego ser apartadas con una indiferencia experta.

Entre el vaivén de la fiesta se divisaba una mesa colocada delante de un cuadro dorado en la pared que representaba la caza de un zorro, con perros ladrando y cazadores que aullaban al perseguir al animal de color rubí. El vino fluía, tinto y blanco, de dos fuentes que se hallaban en el centro de la mesa, con unas copas de cristal dispuestas en unas relucientes y precarias pirámides al lado de ellas. Unos cuencos con fruta fresca se encontraban junto a unas pastas colocadas de forma artística, como si fueran las joyas de un carísimo collar.

A Lore le rugió el estómago. Avanzó hacia delante, lista para abrirse paso hasta la mesa. Pero entonces, la multitud se dividió en dos y reveló un trono en la parte delantera de la estancia. Y, por primera vez, la chica se dio cuenta de que había alguien sentado en él. Tenía una pierna sobre el reposabrazos, con la bota balanceándose en el aire, el codo sobre el lado contrario y la cabeza apoyada sobre un puño cerrado y plagado de anillos.

Incluso en medio de todo el caos decadente de su propia fiesta, Bastian Arceneaux conseguía parecer aburrido.

Al mirarle, Lore sintió de nuevo aquella sensación de familiaridad. Era casi como un *déjà vu*, como si Bastian encajase a la perfección en un hueco en su cabeza que ella no había sido consciente de que estuviera vacío.

—¿Gabriel? —La voz de una mujer, suave y musical, les llegó desde detrás de ellos. Y por el modo en el que el Presque Mort se quedó inmóvil al lado de Lore, parecía haberla reconocido—. ¿Gabriel Remaut? —Un tono inquisitivo, con una pizca de nerviosismo—. Lo siento, creo que me he confundido…

Lore le apretó el brazo a Gabriel y le obligó a darse la vuelta para mirar de frente a la persona que les estaba hablando.

Una mujer menuda se hallaba al borde de la pista de baile, con una expresión ansiosa y el cabello del color del mármol blanco, peinado en una nube de rizos extendidos. Unos polvos nacarados brillaban sobre sus mejillas, que eran de un cálido tono cobrizo y estaban plagadas de pecas. Estas le refulgían igual que las alas que llevaba sujetas a su vestido de tul blanco. Tenía los ojos del mismo tono verde oscuro que la delicada pedrería bordada sobre el escote transparente. Parecía un hada de las flores, recién salida de un cuento infantil. La sonrisa que les dedicó fue casi tan resplandeciente como el resto de su persona.

De algún modo, el brazo de Gabe se tensó aún más bajo la palma de la mano de Lore mientras él inclinaba la cabeza.

—Alienor.

—¡Sí que eres tú! —La resplandeciente mujer se rio en voz alta, dando palmas—. Bastian me había dicho que volverías y dejarías el norte durante una temporada para presentar a tu prima en sociedad, pero ¡creía que estaba de broma!

—Es cierto que, la mayoría de las veces, Bastian no es muy de fiar.

—Catorce años al servicio de la Iglesia y aún te aferras al pecado de los celos. —Alienor sacudió la cabeza de forma burlona, provocando que de sus alas falsas se desprendiera un poco de purpurina.

—Nunca tuve celos de él, Alie.

—Claro que sí. Cada vez que él me decía que estaba guapa, tú le advertías que mantuviera la boca cerrada delante de tu prometida. Bastian solo lo hacía para ponerte de los nervios, ¿sabes? —Alienor dijo aquello último casi sin darle importancia, como si fuera algo gracioso, pero la sombra que proyectaba su mirada hacía pensar lo contrario.

Prometida. Aquello explicaba la tensión en la postura de Gabriel. Solo había tenido diez años cuando la traición de su padre y la visión de Anton le habían hecho acabar en los Presque Mort. No obstante, en la corte de la ciudadela se comprometían muy pronto. Sus vidas quedaban organizadas prácticamente desde su nacimiento.

Gabe se llevó una mano al parche del ojo sin darse cuenta. Alienor dirigió la mirada hacia aquel mismo lugar y abrió la boca durante una fracción de segundo.

—Me alegro de verte, Gabe —murmuró, ya sin rastro de burla.

El Presque Mort bajó la mano.

—Lo mismo digo.

Lore cambió el peso de una pierna a otra, sintiéndose como una intrusa.

Por primera vez, aquella mujer, que era mucho más menuda que ella, pareció darse cuenta de su presencia. Su sonrisa se ensanchó.

—Y esta es tu prima, ¿no? No sabía que tenías una.

—Prima tercera. —Lore extendió una mano hacia ella, repitiendo la historia que había pactado con Gabriel en sus aposentos mientras él le abotonaba la espalda del vestido e intentaba no desmayarse al tener delante los omóplatos desnudos de una mujer—. Muy lejana y poco conocida. Intento ascender en la sociedad gracias a mi querido pariente.

—Alie, te presento a Eldelore. —Gabriel torció la boca mientras pronunciaba su nombre completo, casi formando una sonrisa.

—Solo Lore, por favor. —La amplia falda de su vestido la cubría mientras pisaba a Gabe y le apretaba con el tacón en el pulgar del

dedo del pie, lo justo como para hacer que él se agitara.

Alienor sonrió, tomándole la mano a Lore y dedicándole una leve reverencia.

—Es un placer conocerte, «solo Lore». Y puedes llamarme Alie, todos mis amigos lo hacen.

El rostro de Alienor era sincero y amable, sin rastro de artificios. Lore se descubrió a sí misma deseando desesperadamente que fuera real, aunque debía ser precavida ante cualquier cosa dentro de la ciudadela.

—Alie —repitió.

Los tres se sumieron en un silencio incómodo. La música se detuvo y luego fue aumentando de volumen, pasando de una giga animada a algo todavía más movido.

Gabriel frunció el ceño.

—Esta música —dijo, volviendo la cabeza—. Es de Kirytea.

—Ah, ¿sí? —Alie parecía confusa, pero no contrariada—. Vaya, qué interesante.

—Solo si con interesante quieres decir traicionera.

—Eso es ser un poco dramático —dijo otra voz a espaldas de Lore. Era delicada, elegante, con un toque irónico—. Prefiero calificarla de «atrevida» en lugar de «traicionera» —prosiguió.

El ojo azul de Gabriel se nubló, y este pasó a apretar los dientes con fuerza. Pero Alie sonrió, agitando una mano cubierta de purpurina.

—Cuanto antes lo mencionamos, antes aparece.

Lore se dio la vuelta.

El Príncipe Solar de Auverraine se encontraba detrás de ella, con una ceja arqueada sobre su antifaz. Ya le había parecido guapo cuando lo había visto desde lejos, vestido de un blanco resplandeciente en su consagración, y también desde detrás de las rosas del jardín. Pero de cerca, vestido completamente de negro, a juego con su cabello y sus ojos, era prácticamente irresistible.

Y con la sonrisa que le dedicó a Lore, demostró que él mismo era consciente de ello.

—El regreso de la familia Remaut a la corte de la ciudadela es, sin duda, una ocasión memorable —dijo Bastian Arceneaux, dándole una palmadita a Gabe en la espalda. El Presque Mort se irguió y no se movió lo más mínimo. Era como un árbol que se negaba a mecerse ante un vendaval—. A mi padre le entusiasma tenerte aquí, y me sugirió encarecidamente que hiciera que te sintieras bienvenido, aunque dudo que un baile de máscaras sea lo que él tenía en mente. En teoría, todos deberíamos estar en las oraciones vespertinas, pero ya

que acaba de celebrarse mi consagración, creo que el Dios Sangrante me dejará esta tarde libre de mostrar mi devoción.

—Como si hubieras sido devoto alguna vez —resopló Alie.

—Me ofendes. —Bastian se llevó una mano al pecho y luego volvió a fijar la mirada en Gabe—. Debo decir que estoy emocionado por haber conseguido distraer tu atención de Apollius esta tarde. Siento lo de la máscara, viejo amigo. No estaba seguro de si te molestaría con… —señaló con una mano hacia los ojos del Mort— todo eso.

Lore se había imaginado que el hecho de que Gabe no tuviera máscara era cosa de Bastian. Aun así, oírlo de su propia boca hizo que se le retorciera el estómago. Aquella era una crueldad frívola. Convertir a Gabe en el centro de atención de unas personas con las que no deseaba siquiera estar. La chica intentó contenerse y no entornar la mirada.

Sin embargo, la sonrisa pícara que adoptó el príncipe no le aclaró si había conseguido o no disimular lo que sentía. Bastian bajó el tono de voz mientras se inclinaba y le tomaba la mano.

—Encantado de conocerte al fin de cerca. Créeme, si no hubiese estado ocupado, me habría detenido a hablar contigo en la consagración. Es extraño recibir sangre fresca en la corte.

Lore dio gracias a que el príncipe llevara puestos unos guantes de cuero. De aquel modo, no podía notar lo mucho que le sudaban las manos.

—Un placer —le respondió ella, dedicándole la sonrisa más coqueta que pudo esbozar.

Al parecer, no fue nada buena, ya que vio cómo Gabriel torcía la boca antes de apartar la mirada hacia la mesa de vinos, como si estuviera intentando con todas sus fuerzas no reírse. Lore le lanzó una mirada rápida desde el rabillo del ojo. Se suponía que tenía que acercarse al príncipe, ¿no? Según su experiencia, así era como se jugaba a aquel juego.

Pero la mirada de Bastian tenía algo de calculadora, una cierta dureza que su sonrisa no lograba ocultar. Algo que decía que era tan bueno como ella jugando a aquel juego.

Alie cruzó los brazos, provocando que se desprendiera más purpurina de su vestido.

—Les has dicho a todos que esto era una fiesta de disfraces, Bastian, y sin embargo, tú vas vestido completamente de negro.

—Voy de guardia nocturno. —El Príncipe Solar se irguió, soltándole la mano a Lore y señalando hacia la espada reluciente que llevaba en un costado. Para ser tan solo parte de un disfraz, la cuchilla estaba demasiado afilada—. ¿Lo pillas?

—Por el Dios Sangrante. —Alie puso los ojos en blanco, pero estaba sonriendo—. Todos creerán que se han arreglado demasiado, en lugar de asumir que eres demasiado holgazán como para pensar en un disfraz.

—Ah, no. Todos saben ya que soy un holgazán. —La mirada de Bastian siguió fija en la de Lore. Esta se la sostuvo por instinto, como si, sin saberlo, hubiera entablado una batalla de fuerza de voluntad. Una batalla que se negaba a perder.

Una cortesana se acercó, vestida con capas de tul que parecían un arcoíris en tonos pastel y con los ojos delineados con polvos brillantes. Se tambaleó, con una copa entre las manos. A Lore le llegó el olor de más veneno, haciendo que arrugara la nariz y que se le entumeciera la punta de los dedos de forma instantánea. Reculó instintivamente, y estuvo a punto de volver a pisar a Gabe. La percepción del Mortem se limitó a manifestarse en tan solo un cosquilleo, que trajo consigo una punzada de desasosiego y unas ligeras náuseas. Aquel truco mental que le había enseñado el monje era todo un descubrimiento.

La cortesana sonrió y extendió su copa.

—¿Quieres un poco, Bastian? —Posó la mirada con decisión sobre Lore y Gabe, y su sonrisa se volvió sutilmente cruel—. ¿Y vosotros dos? Consideradlo como una especie de iniciación.

—Vamos, Cecelia. —El tono del príncipe era ligero, pero la mirada detrás de aquella máscara se le había ensombrecido—. Eso es de mala educación.

Todo aquel tul osciló cuando Cecelia se tambaleó.

—Como queráis —dijo, dándole otro pequeño sorbo a su copa antes de marcharse.

Bastian rio en voz baja, acompañado del sonido de los violines.

—Disculpadles —dijo, aún con la mirada gélida—. Los más ociosos se sienten tan atraídos por el pecado como las flores por el sol. El Libro de la Ley Mortal, tratado cuarenta y cinco.

Gabe no dijo nada, pero apretó la mandíbula con más fuerza.

El Príncipe Solar se bebió todo su vino y le entregó la copa a un cortesano que pasaba por allí y que parecía, al mismo tiempo, confundido y maravillado.

—¿No vas a presentarme a tu encantadora prima, Gabe?

—¿Es necesario? —dijo Gabriel entre dientes—. Da la impresión de que ya lo sabes todo sobre nosotros.

El monje tenía una de las manos cerrada en un puño a un costado. Lore se la acarició levemente con los dedos. No creía que August y Anton quisieran que ella y Gabe se acercaran al Príncipe Solar a base de puñetazos.

El Mort abrió la mano y la relajó, en un gesto completamente opuesto al puño apretado de antes.

—Se considera de buena educación. —Bastian por fin dejó de mirar a Lore a los ojos y se giró hacia Gabriel—. Pero llevas mucho tiempo apartado de la corte, trabajando duro con mi tío en Northreach. Así que, dada tu falta de educación, supongo que tendré que presentarme yo mismo.

La banda de música aceleró el ritmo. Los violines y los violonchelos tocaron una nota lastimera antes de adoptar un tempo más rápido. Los bailarines aplaudían con alegría, gritando mientras se animaban.

—Mientras bailamos —prosiguió Bastian, y entrelazó sus dedos con los de Lore, tirando de ella hacia aquella vorágine resplandeciente.

Capítulo Diez

A mi elegido, te lego mi poder, el Spiritum, la magia de la vida. Empléalo para hacer que el mundo sea como debe ser.

—El Libro de la Ley Divina, tratado 714 (cita; palabras exactas dichas por Apollius a Gerard Arceneaux)

Lore, la traficante, se sentía algo mareada a causa del hambre, el hedor a veneno y la ansiedad que le entumecía las extremidades. Pero Eldelore Remaut se sentiría entusiasmada de que un atractivo príncipe la sacara a bailar una frenética danza kiryteana. Y era Eldelore Remaut la que tenía que estar allí aquella noche, acercándose al Príncipe Solar e intentando descubrir si este estaba cometiendo traición.

Si así era, la elección de música kiryteana había sido una decisión atrevida.

El tul morado oscuro de su falda volvió a engancharsele en el tacón y Lore maldijo en voz alta, dándole una patada con el pie. Bastian arqueó una ceja y una sonrisa divertida apareció en la comisura de su boca.

Seguramente, Eldelore Remaut no haría una cosa así.

También era de esperar que la prima de un duque bailase bien, una aptitud que Lore no poseía. Lo había intentado una vez en un trabajo que había tenido en una taberna, parecido al que desempeñaba Elle. Debía conseguir que la clientela bailase, bebiese y se gastase el dinero. Pero había derribado a dos camareras y no había durado ni una noche. El tráfico de veneno era lo único que se le había dado bien en la vida.

El tráfico de veneno y espiar. Podía hacer aquello.

Le tomó a Bastian la mano con la que la dirigía. Se dio cuenta de que tenía los nudillos plagados de callos, algo curioso al tratarse de la mano de un príncipe. La nariz que asomaba por debajo de su antifaz negro parecía ligeramente torcida, como si se la hubieran roto antes.

El príncipe la miró con la boca ladeada en una expresión burlona.

—No muerdo. —Luego, ensanchó aún más su sonrisa—. A no ser que quieras que lo haga.

Lore se imaginó que debería enrojecerse, pero había escuchado y soportado cosas mucho peores. Intentó responderle con una sonrisa con la que esperaba transmitir cierto recato.

—Me temo que no conozco este baile. —La música kiryteana brotaba desenfrenada de los violines, al ritmo de las piruetas de la multitud. El baile parecía consistir en dar saltos y palmadas, algo que Lore no creía que pudiera hacer llevando aquel vestido—. No estoy familiarizada con las tradiciones kiryteanas. ¿Y tú?

Una pregunta capciosa. Debía empezar por lo fácil e ir tanteando lo complicado que iba a ponérselo su presa.

—No del todo.

Al parecer, iba a tener que esforzarse más.

Bastian la llevó hasta el centro de la pista de baile, pasando por entre los cortesanos, que se echaron a un lado en una oleada de tonos brillantes. El príncipe alzó una mano y le hizo un gesto a la banda, que se hallaba en un rincón. De pronto, la música cambió, pasando a algo mucho más lento y comedido.

—Pero he decidido que prefiero pasar al katairos. —Sonrió, llevando una mano a la cintura de Lore. Tras un compás, comenzaron a bailar lo que parecía ser un vals. Por suerte, su tapadera como prima procedente de la campiña sería excusa más que suficiente para justificar su falta de elegancia.

—Entonces, ¿la música kiryteana era solo en honor a Gabriel? —Lore ladeó la cabeza, esbozando una sonrisa, pese a que aquella pregunta iba con segundas. El Mort era estirado e imponente, y contaba con una constitución que evidenciaba que podía cuidar de sí mismo. Sin embargo, las peculiares circunstancias en las que se encontraban hacían que ella casi sintiera que debía protegerlo.

—Eso no ha tenido nada que ver con Gabe. —Bastian la hizo girar y luego volvió a acercarla a él, pegándola mucho a su pecho. El príncipe era más bajo que Gabriel, pero por muy poco. La frente de Lore le habría golpeado la barbilla si él no la hubiera esquivado con elegancia, haciendo que pareciera parte del baile—. Lo de la música kiryteana ha sido porque me gusta.

—Seguro que a tu padre le entusiasma todo esto.

A Bastian le refulgieron los ojos detrás de la máscara y una pequeña sonrisa le apareció sobre el rostro.

—A mi padre no le entusiasma nada. Considera que soy un inútil, y a mí no me importa tanto como para intentar hacerle cambiar de

opinión.

Le dio otra vuelta, esta vez por debajo de su brazo, con la otra mano posada sobre la parte baja de la espalda de Lore para guiarla.

—Y para que quede claro —murmuró mientras la chica volvía a pegarse a él—, no me mofaría nunca de la familia de Gabe. Sé que él cree que soy horrible, y tiene sus motivos, pero no soy tan desalmado.

Lore esperaba que la risa que dejó escapar no sonara tan falsa como ella la había sentido.

—Y sin embargo te aseguraste de que él no recibiera una máscara, para que así todos pudieran verle el rostro.

—Quería que la corte supiese que ha vuelto. Quería darle la oportunidad de que viera lo que se ha estado perdiendo y de que tal vez todo esto le hiciera decidir quedarse en lugar de volver corriendo con los Presque Mort. —La voz de Bastian era agradable, pero tenía la mandíbula tan tensa que podría haber tallado piedra con ella—. Después de su accidente, mi tío acabó medio chiflado, aunque todos quieran fingir que se trata de algo divino. Lleva catorce años controlando la vida de Gabe. Vi la oportunidad de liberarle, al menos durante un par de semanas, y la aproveché. Debería darme las gracias.

Lore se preguntó qué pensaría Bastian si se enterara de que Gabe solo había acudido a la corte a petición de Anton, que el control que ejercía su tío sobre él seguía siendo férreo.

—¿Crees que asegurarte de que toda la corte lo vea aquí va a hacer que quiera quedarse? —le preguntó al príncipe.

Este señaló con una mano hacia la fiesta.

—Mete a un hombre en un antro de vicio y perversión tras haberse pasado casi una década enclaustrado y es probable que acabe cayendo en el pecado. Si lo hace de un modo lo bastante público, puede que Anton no le deje regresar al redil monacal. O, al menos, esa es mi esperanza. —El Príncipe Solar resopló—. Aunque seguramente haya subestimado la devoción de Gabe. Siempre ha estado muy predispuesto a hacerse el mártir.

Se balancearon en silencio durante un momento, con el ambiente a su alrededor inundado por la melodía de los violines y el olor a champán derramado.

—Supongo que el hecho de que Gabe se uniera a los Presque Mort te vino muy bien. —Los ojos de Bastian eran de un tono castaño tan oscuro que casi parecían negros. Le brillaron con curiosidad—. Ya que ha sido tu forma de acceder a la corte de la ciudadela. No creo que la prima tercera de ningún duque caído en deshonra hubiera sido invitada a pasar aquí la temporada si dicho duque no se hubiera convertido en el proyecto favorito del altísimo sacerdote.

Dijo todo aquello en un tono decididamente condescendiente, como si intentara provocar a Lore para que discrepase, y como si aquella discrepancia fuera a suponer algún tipo de revelación.

Ella le dedicó una sonrisa con los labios apretados.

—Hubiera acabado encontrando otro modo de acceder a la corte —respondió.

Una prima de la campiña con ansias de poder y de escalar posiciones, y que deseaba con todas sus fuerzas estar allí. Aquello distaba mucho de lo que Lore realmente sentía, pero era capaz de interpretar aquel papel.

Por un momento, Bastian se quedó contemplándola fijamente, con una expresión inescrutable debajo de su máscara. Luego, se echó a reír y volvió a darle otra vuelta.

Gabriel seguía inmóvil al lado de Alienor en el borde de la pista de baile. Ambos hablaban con la cabeza inclinada hacia la oreja del otro, pero el ojo del Presque Mort, que le brillaba a causa de los nervios, no dejaba de seguir los movimientos de Lore y de Bastian.

Para cuando el príncipe volvió a darle otra vuelta, Lore estaba más que preparada. Y cuando todo el mundo se hizo un lío con el ritmo, ella estaba perfectamente sincronizada.

Bastian sonrió.

—Aprendes rápido, ¿eh?

—Eso intento.

Volvieron a acercar sus cuerpos. Bastian le envolvió la cintura con una mano y ella hizo lo mismo mientras se rodeaban en círculo el uno al otro, un movimiento que habría parecido típico de un depredador si no hubiera sido por la delicadeza que le aportaba la danza.

—Ese vestido te queda bien —le dijo el príncipe, sin disimular lo más mínimo cómo la recorría de arriba abajo con la mirada—. No pude echarte un buen vistazo durante la consagración. Ni tampoco ayer por la mañana en los jardines, ya que estaba ocupado… Pero pensé que podía quedarte bien.

Entonces, sí que la había reconocido tras lo de los jardines. Lore le dedicó una sonrisa con demasiada modestia.

—¿Ese eras tú? Qué vergüenza. Mis pertenencias no llegaron a tiempo, así que tuve que tomar prestado un vestido de las donaciones a la iglesia.

Retiraron las manos que tenían uno en la cintura del otro, colocándose cara a cara y manteniéndose a un centímetro de distancia, con las palmas abiertas y en alto, mientras Lore orbitaba en torno a él.

—Qué suerte tienes —murmuró el príncipe— de mantener un

contacto tan estrecho con la Iglesia.

El baile terminó. A su alrededor, otras parejas se encontraban agarradas de la mano derecha y con la izquierda curvada alrededor de la cabeza del otro, pero Bastian y Lore seguían plantados cara a cara con las palmas de las manos entre ambos, a punto de tocarse pero sin llegar a hacerlo.

—Estoy deseando pasar más tiempo contigo, Lore. —Su tono de voz era bajo y su aliento le acarició las sienes mientras se inclinaba hacia delante para hablarle al oído—. Sin duda, tienes el potencial para resultar interesante.

—¿Eso crees, alteza?

El príncipe estaba lo suficientemente cerca como para que la chica sintiera cómo se le curvaban los labios hacia arriba.

—Estoy seguro.

En el otro extremo de la estancia, Alie los observaba, tapándose la boca con la mano para soltar una risita. A su lado, Gabe, que enarcaba una ceja en actitud burlona, se encontró con la mirada de Lore. Ella intentó poner un gesto que dijera: «¿Y qué quieres que haga?», pero lo único que consiguió fue poner cara de estar a punto de vomitar.

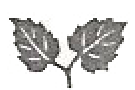
Bastian dio un paso hacia atrás. Metió la mano en su abrigo y, por un momento, Lore creyó que iba a sacar una daga o una de aquellas pistolas diminutas para luego confesar que, tal y como su padre creía, era el informante de los kiryteanos y liquidarla allí mismo, en mitad de su propia fiesta. Seguramente los cortesanos estarían encantados y todos comenzarían a llevar a aldeanos a sus fiestas para asesinarlos. Sería una nueva moda en lo que a bailes de máscaras se refería.

Pero lo único que el príncipe sacó de su abrigo fue una planta seca, una hilera de flores de un color violeta claro sobre un tallo verde.

—Una dedalera para otra dedalera. —Bastian se la entregó con una reverencia exagerada—. Hermosa y venenosa. Como tú, si me permites hacer esa valoración tras nuestra pequeña interacción.

Con cautela, ella aceptó la flor. Los pétalos secos crujieron ligeramente entre sus dedos.

—Hasta la próxima, Lore. —Bastian se dio la vuelta y se marchó, como una gota de tinta negra que se perdía en un mar de color.



Lore cerró la puerta de sus aposentos y se apoyó contra ella.

—Supongo que todo ha salido lo mejor que podía salir.

—Has interpretado tu papel de un modo admirable —le dijo Gabriel, y tomó asiento en el sofá soltando un profundo suspiro.

—Parece que la parte de congraciarme con Bastian no será complicada. —Lore se quitó la máscara y la dejó caer—. Lo difícil será sacarle algún tipo de información. No va a confesarme que es un traidor solo porque me considere guapa. Es más listo de lo que su padre o su tío creen.

Gabe resopló.

La chica se quitó con los pies aquellos zapatos a juego con su disfraz, que era de un tono morado pálido y con bordados de hojas dentadas. Las hojas de una dedalera. En la palma de la mano seguía sosteniendo la flor seca que le había dado Bastian. Si hubieran encontrado a Lore con algo así en las calles de Dellaire, se habría pasado al menos tres días en el cepo del distrito noroeste, si aquella era su primera infracción, o de camino a las islas Calcinadas, si no lo era. Pero allí, en aquel espléndido palacio rebosante de dinero y excesos, aquello se consideraba un obsequio sin importancia de parte de un príncipe.

Pensó en los cortesanos que habían permanecido en un rincón con su té de belladona, en los doctores de guardia y en la completa despreocupación de aquellas personas. Cerró el puño, aplastando la flor y convirtiéndola en un polvo de color pastel. Se la sacudió de las manos y dejó que cayera al suelo junto con su máscara.

Por fin volvía a sentir los pies después de haberse quitado los zapatos, así que se acercó hasta Gabe y se quedó plantada delante de él, señalándose hacia los botones que tenía en la espalda.

—Échame una mano. No llego.

El Presque Mort titubeó un momento antes de ponerse a ello. Para ser un monje, era muy hábil a la hora de desabotonarle la ropa a una mujer. Una idea cruzó la mente de Lore, de forma espontánea, antes de que la rechazara con rotundidad.

—¿Te ha dicho algo relevante mientras bailabais? —le preguntó Gabe.

Lo único que Lore había descubierto mientras había estado bailando con Bastian eran cosas sobre Gabe. Pero su intuición le decía que si intentaba hablarle sobre ello, el Presque Mort se cerraría en banda. Solo conocía a Gabe desde hacía dos días, pero era tiempo más que suficiente para saber que no se tomaría a la ligera que alguien menospreciara a Anton o a los Presque Mort. Las personas que creían haber sido salvadas solían tener en un pedestal a sus salvadores.

—En realidad no. Al menos nada que me haga pensar que es un espía kiryteano. —Con un suspiro, se dejó caer en el extremo contrario del sofá y subió los doloridos pies a la otomana—. No entiendo por qué August está tan convencido de que el informante es Bastian.

—Ya te lo dijo, porque Bastian no quiere ser rey. —Gabriel contemplaba fijamente los rescoldos que quedaban en la chimenea, con la cabeza apoyada en la mano. Se aflojó el pañuelo del cuello, dejando a la vista un triángulo de piel pálida cubierta de pecas—. Cuando éramos niños, solía decirme que quería ser un pirata.

Costaba imaginarse al hombre que estaba sentado a su lado siendo un niño, jugueteando por aquellos pasillos cada verano con el Príncipe Solar y la preciosa Alie. Todo ello sin tener ni idea de que su vida se desmoronaría a su alrededor, de que tendría que recurrir a la Iglesia para poder sobrevivir.

—Al ser una persona que casi puede considerarse una pirata —le dijo Lore—, me gustaría disuadir a cualquiera que crea que serlo es muy divertido.

—Yo diría que es mejor que ser rey.

—No me parece que sea un buen motivo para hacer estallar una guerra.

—Puede que sí que lo sea si tienes la responsabilidad de convertirte en uno de los reyes Arceneaux —murmuró Gabe hacia el fuego.

Ella le dedicó upa mirada incrédula.

—Para ser alguien que detesta a ese hombre, sin duda sabes muy bien cómo funciona su mente.

Gabe frunció el ceño ante aquel comentario.

—Solo digo que conozco a Bastian lo suficientemente bien como para comprender que podría considerar que una guerra, sobre todo una que parece inevitable, es un pequeño precio que pagar a cambio de dejar atrás la responsabilidad que trae consigo su linaje, sea o no sagrado.

Lore resopló, pensando en las barras de hierro que cruzaban los suelos de mármol y en lo que estas simbolizaban. El derecho divino a gobernar de la familia Arceneaux tenía la condición de que estos mantuvieran bajo control el Mortem que emanaba del cuerpo de Nyxara. Haber fundado la iglesia y la ciudadela sobre la tumba de la diosa lograba, en gran parte, mantener el Mortem contenido. Pero según los tratados, el linaje de los Arceneaux también podía controlar el Spiritum, el poder de Apollius, la magia de la vida.

Sin embargo, ninguno de los miembros de la familia Arceneaux había sido realmente capaz de hacerlo.

—¿Te crees esa parte? —preguntó la chica—. ¿Lo del Spiritum?

Gabe se quedó en silencio por un momento, meditándolo.

—Creo que la presencia de la familia Arceneaux en la ciudadela es lo que evita que el Mortem se extienda de un modo abrumador por el

continente. —Hablaba despacio, como si tejiera un tapiz de creencias y dudas—. Es un hecho histórico. Tenemos registros de cómo era todo antes de que se construyese la ciudadela, antes de que Gerard Arceneaux la convirtiera en la sede de su poder.

—Pero no se tiene constancia de que pudiera usar el Spiritum, como se dice en los tratados.

—Es posible que esa parte se tergiversara. Ya ha pasado otras veces. —Gabe la miró—. ¿Tus padres nunca intentaron asustarte con las historias de la Bruja de la Noche?

A Lore se le secó la garganta.

—¿La sacerdotisa loca?

Lo dijo a modo de pregunta, como si no estuviera segura de conocer bien la historia. Como si aquella historia no fuese una parte intrínseca de la suya.

—Exacto. —El monje cambió de postura en el sofá mientras se rascaba el parche del ojo—. La Bruja de la Noche era tan solo una sacerdotisa, la líder de la Guardia Enterrada, una orden sagrada que tenía la misión de custodiar la tumba de la Diosa Enterrada y monitorizar cuánto Mortem se filtraba. En realidad, era una división femenina de los Presque Mort, otro grupo de personas que podían canalizar y que habían sido autorizadas por la Iglesia. Aunque después de la creación de la ciudadela y de que Gerard Arceneaux fuese coronado, el requisito de ser capaz de canalizar el Mortem dejó de ser necesario. Para cuando apareció la Bruja de la Noche, ella era la única dentro de la Guardia que podía canalizar el Mortem.

Lore asintió con la cabeza a medida que Gabe contaba la historia.

Este prosiguió.

—Llegado un momento, la sacerdotisa se volvió loca e intentó abrir la tumba. Afirmó que ella era la diosa reencarnada, y todo porque había malinterpretado un tratado del Libro de la Ley Divina. A raíz de aquello, se eliminó esa parte del Compendium. —Gabe movió la cabeza casi como si sintiera lástima—. Por eso necesitamos a hombres como Anton, que puedan leer los tratados y ayudarnos a entender qué significan. Las consecuencias de no comprenderlos pueden ser terribles.

Lore tenía los dedos, fríos y entumecidos, entrelazados sobre el regazo.

Permanecieron sentados en silencio. El único sonido era el crepitar del fuego. Pasado un momento, Gabe se puso en pie. Se dirigió hacia el dormitorio que habían decidido que sería el suyo y salió de allí cargando con mantas y almohadas. Entonces, comenzó a apilarlas junto a la puerta principal.

—Sabes que hay una cama perfectamente normal ahí dentro, ¿no? —le preguntó ella.

—Voy a dormir delante de la puerta. —El Mort miró en su dirección, con un brillo calculador en el ojo, antes de quitarse el jubón y la camisa. Tenía el pecho musculado, cubierto de vello pelirrojo, más oscuro que el tono anaranjado de su cabeza y su barba—. No confiaría en nadie de la ciudadela aunque mi vida dependiera de ello.

—Creo que podrías enfrentarte a ellos si hiciera falta —susurró Lore.

—Espero no tener que enfrentarme a nadie. —Gabe se acomodó en su cama improvisada contra la puerta. Si alguien intentaba acceder, encontraría la entrada bloqueada por la pila que formaba aquel monje con un solo ojo—. Si fuera tú, me iría ya a la cama. Las primeras plegarias son al amanecer.

Las primeras plegarias. Lore había olvidado que August iba a presentarlos oficialmente ante la corte. Con un quejido, se puso en pie y se dirigió hacia el dormitorio que Gabe no había desvalijado.

—Buenas noches, Mort.

—Buenas noches, hereje.

Lore no tenía fuerzas ni para reírse. Se quitó el disfraz de dedalera, lo tiró al suelo, formando un montículo de color lavanda, y se durmió, sumiéndose en la oscuridad.

Capítulo Once

La diosa le susurró a la Bruja de la Noche:
«Sería maravilloso poder verte, querida.
Abre la puerta y déjame salir.
Muchas historias tengo para ti».
–Canción infantil para saltar a la comba

Lore estaba sentada cerca del océano y sintió, por primera vez desde que tenía uso de razón, que se encontraba completamente bien.

El agua estaba tibia. Llegaba hasta la orilla, salpicándole las pantorrillas y desplazando la arena sobre la que estaba sentada. Aquella no era la playa fría y rocosa que se encontraba en los muelles del puerto. No, aquella se parecía a una de esas playas en las ciudades más al sur de Auverraine de las que Lore había oído hablar; a donde, en ocasiones, acudían los ricos cuando el invierno era demasiado crudo. En el ambiente no se percibía el aroma a sal. Lo que se olía era la nada.

La nada.

Había alguien sentado a su lado. No podía ver de quién se trataba. Cuando giró la cabeza, tan solo vio un vacío oscuro, un vacío en el mundo con forma humana.

Sin embargo, si se quedaba mirándolo fijamente el tiempo suficiente, podía atisbar ciertas cosas en aquella oscuridad. El bloque de obsidiana de una tumba. Un hierro para marcar en forma de medialuna que refulgía en un tono anaranjado. Una mujer con los ojos color avellana, iguales que los suyos.

Lore no volvió a intentar mirar en aquella dirección.

En el cielo sobre el cálido océano, el humo se retorcía de forma sinuosa, gris contra azul. La joven tardó un momento en darse cuenta de que aquel humo procedía de ella, que le brotaba del pecho y se extendía como si fueran los zarcillos oscuros de una planta sobre el agua. Mientras seguía contemplándolo, se extendía cada vez más lejos, curvándose por el cielo.

—Perfecto —dijo la figura a su lado, aquella a la que no podía ver —. Esta vez ha sido mucho más fácil.



Lore se despertó con un sobresalto en aquella cama demasiado blanda. Se presionó los nudillos contra los ojos hasta que comenzó a ver destellos de luz detrás de ellos. La barrera mental que Gabriel le había ayudado a crear había acabado fallando, como si aquella extraña pesadilla, aunque ya estuviese desapareciendo de su memoria, hubiese hecho arder su bosque. Podía sentir el Mortem en todas las cosas: en las paredes, en la ropa de cama, en los muebles. Esto provocaba que cada una de sus extremidades pareciese hecha de plomo, que le fuese a estallar la cabeza a causa del dolor, que sintiese que se asfixiaba aunque estuviera inhalando bocanadas de aire. El momento de la muerte, materializado e interminable, le hacía experimentar todo el dolor pero nada de la paz que traía consigo.

Se puso en pie con las piernas temblorosas, siseando a causa del fuerte dolor de cabeza. Entre su desesperada carrera por el distrito noroeste y el hecho de haberse pasado toda una noche atada a una silla y otra casi entera bailando, sentía que su cuerpo era como el extremo de una soga deshilachada.

Con una sacudida, se obligó a seguir avanzando, a cruzar la puerta del dormitorio y a dirigirse a la sala de estar. Estuvo a punto de chocar contra la pared. Reculó mientras apretaba los dientes. Tocar cualquier cosa era como recibir un puñetazo en la cabeza, y parte de ella quería arrancarse de cuajo el camisón hecho perfectamente a medida. Logró contenerse, aunque a duras penas. Gabe la ayudaría con aquello, pero solo podría hacerlo si su corazón célibe no sufría un infarto al verla desnuda.

El monje tuerto seguía medio apoyado contra la puerta que daba hacia el pasillo, como si fuera un tope humano. Lore le dio un golpecito en el hombro con el pie. Le dolía demasiado la cabeza como para agacharse, y probablemente acabara vomitándole encima si lo intentaba.

—Gabe. Me está pasando otra vez.

El Presque Mort pasó a estar completamente despierto en un instante. Se sentó, y la sábana resbaló hasta quedar envuelta en torno a su cintura. Se le arrugó la piel alrededor del parche del ojo a causa de la preocupación. Al parecer, también dormía con él puesto, al menos cuando estaba vigilando la puerta. La escudriñó con su ojo azul, analizando rápidamente la situación y, por suerte,

comprendiendo exactamente a lo que Lore se refería sin que esta tuviese que explicárselo.

—¿Te anclaste antes de irte a dormir?

—¿Que si hice qué?

—Interpretaré eso como un no.

—¿Cómo demonios iba a saber que tenía que hacer eso? —El dolor le agriaba el carácter y hacía que estuviera a punto de enseñarle los dientes.

Gabe se lo tomó con calma. Cambió de postura para acabar sentado con las piernas cruzadas en el suelo y las palmas sobre las rodillas. Con un gesto de la mano le indicó a Lore que hiciera lo mismo.

Ella siguió su ejemplo, despacio, mientras soltaba un montón de improperios entre dientes. Sentía un hormigueo en las piernas. Intentar moverlas era como arrastrar un peso muerto.

—Anclarse —comenzó a decir Gabe cuando Lore estuvo lista— consiste en visualizar tu barrera y fijarla. Hacer que parezca lo más real posible en tu mente, de modo que no tengas que estar concentrada para mantenerla en pie.

—Ayer estuve todo el día sin concentrarme en ella y aguantó bien. —Solo había supuesto un problema desde que había tenido la pesadilla. Aún podía sentir cómo esta se aferraba a los bordes de su mente, a su corazón, como si siguiera dormida, como si la pesadilla fuese una cosa viva y llena de maldad que intentara atraparla.

Pero Lore no era capaz de solucionarlo. Cuando intentó hacer memoria de lo que había pasado exactamente en el sueño, solo fue capaz de recordar fragmentos: arena blanca, agua cristalina.

Gabe juntó las cejas, con un gesto fugaz de perplejidad.

—Qué raro.

—Por favor, ¿podemos hablar de lo raro que es más tarde?

Un destello de preocupación brilló en el ojo del Mort, pero él asintió. Relajó las manos sobre las rodillas.

—Piensa en tu barrera —le dijo, en voz baja y relajada—. En cada detalle, por mínimo que sea. Afiánzate en ese lugar para que parezca más real que cualquier otra cosa.

Lo único que Lore sentía que iba a afianzar era el puño contra su propia cara, lo que fuera con tal de acabar con aquel dolor de cabeza. Pero, poco a poco, su respiración comenzó a ser sosegada y la mandíbula se le relajó. Apartó sus pensamientos de las sensaciones desagradables que suponían aquel dolor de cabeza, su ceño sudoroso y la muerte rodeándola por todas partes y, en su lugar, pasó a pensar en un bosque.

Árboles. Muchos. Creciendo a su alrededor y formando un muro verde impenetrable. Escuchó a Gabe respirar a un ritmo profundo y regular. La respiración de Lore iba en sentido contrario a la del Presque Mort, como si ella inhalara todo lo que él exhalaba.

Muy lentamente, la percepción de la muerte omnipresente se atenuó, llegando a desaparecer. No por completo, eso nunca pasaba, pero sí lo suficiente como para que la chica no sintiera que se asfixiaba. En ese estado de concentración profunda, en el que el bosque en su cabeza parecía tan real y presente como la alfombra polvorienta sobre la que estaba sentada, Lore casi era capaz de ver algo que se movía al otro lado del muro de árboles. Un humo que flotaba de forma sinuosa por el cielo azul.

Aquella imagen le resultaba familiar, pero no era capaz de recordar.

Cuando el martilleo de su cabeza remitió y tuvo la sensación de que el camisón era tan solo de algodón en lugar de una mortaja infernal, Lore abrió los ojos.

Gabe la estaba mirando. La había estado observando mucho en el transcurso de aquellos dos días que habían pasado juntos. No obstante, bajo aquella luz procedente únicamente de los rescoldos del fuego y con gran parte de la piel pecosa a la vista, esa mirada parecía más cargada de significado que nunca. Como si el Presque Mort la viera realmente. Como si viera a una persona y no a una canalizadora de Mortem ni a una impostora con un disfraz de dedalera o una losa que colgara alrededor de su propio cuello. Tan solo veía a una mujer.

—¿Siempre ha sido así de horrible? —La voz de Gabe era un susurro—. ¿Tu percepción?

Lore tragó saliva.

—No.

Gabriel se quedé quieto, esperando a que ella dijera algo. Cuando vio que la joven guardaba silencio, no la presionó.

—Nuestras mentes son más vulnerables mientras dormimos —le dijo—. Están más abiertas, son más receptivas. —Su ojo estaba fijo en ella, y brillaba con empatía bajo la luz de la luna que se colaba por la ventana—. No es nada de lo que avergonzarse.

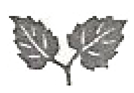
Como si a Lore fuera a avergonzarle precisamente aquello.

Se puso en pie con brusquedad.

—Bueno, gracias por ayudarme. —Se apresuró a regresar a su habitación, lista para volver a quedarse dormida, a perderse en una inconsciencia plagada de árboles. Cerró los ojos con fuerza y se imaginó su bosque, aportándole tantos detalles como pudo.

Las ramas de los árboles se mecían. Los troncos eran cada vez más

gruesos. A través de las hojas verde esmeralda, un humo sinuoso se elevaba hacia el cielo azul.



La iglesia era igual de impresionante que la ciudadela, aunque de un modo distinto. Mientras que la ciudadela era todo opulencia y oro, la iglesia era austera, con paredes blancas de piedra que prácticamente brillaban, relucientes vigas de roble y bancos pulidos hasta quedar resplandecientes. Unos rosetones con vidrieras proyectaban luces de colores sobre la congregación reunida en el santuario norte mientras el sol comenzaba a aparecer lentamente en el cielo.

No por primera vez desde que se había levantado a aquella hora tan pecaminosa (una frase que le había dicho a Gabe muy en serio, pero que este se había tomado a broma), Lore agradeció en silencio no haberse pasado bebiendo de aquella fuente de vino en el baile de máscaras de Bastian. Aún sentía que tenía los ojos pegados a causa de la falta de sueño, pero al menos no parecía tan ojerosa como algunos de los cortesanos que cruzaban en silencio la puerta doble de madera. El desfile de ojos rojos y restos de purpurina era prueba de quiénes habían sido invitados y se habían pasado la noche bailando con el Príncipe Solar y quiénes no.

Daba la impresión de que la mayoría había acudido a la fiesta. Al menos, entre los cortesanos más jóvenes, Bastian era un hombre popular. Lore se preguntó si aquello sería parte del motivo por el que August estaba deseando que su hijo fuese un espía. Los hombres que ocupaban puestos de poder se sentían incómodos ante herederos populares que esperaban a ocupar su lugar. En ese aspecto, la corte de la ciudadela no era muy distinta a un equipo de traficantes de veneno. Ella misma había visto cómo más de un advenedizo era asesinado por su propio capitán.

La chica dejó escapar un bostezo tan grande que se le desencajó la mandíbula. Ni siquiera se había fijado en el paseo que había dado desde la entrada trasera de la ciudadela hasta el santuario norte, ya que estaba demasiado cansada como para prestar mucha atención. Según sus cálculos, había recorrido casi un kilómetro y medio. El camino era empedrado y llano, con rosales alineados a cada lado. Un verdadero contraste en comparación con los senderos sembrados de escombros del centro de la ciudad de Dellaire que conducían al santuario sur, el destinado al populacho. A cada lado del camino se extendían los amplios espacios verdes de la ciudadela, que consistían en unos terrenos muy bien cuidados y en unos bosques artificiales. Y

toda aquella maravillosa tierra se encontraba cercada por la fortaleza que formaban los muros de la iglesia.

Sintió un golpecito en el hombro. Era Gabe.

—Despierta, prima.

—Estoy despierta, primo. —Pero otro bostezo hizo que se le abriera mucho la mandíbula al decir aquello—. Por todos los infiernos infinitos, ¿por qué las primeras plegarias tienen que ser justo durante el puñetero amanecer? Estoy segura de que Apollius podrá escucharlas igualmente a mediodía.

Gabe señaló con la cabeza hacia la vidriera que quedaba justo en la parte delantera del santuario. Allí, el corazón del Dios Sangrante estaba dispuesto en paneles rojos, dorados y ocres. A medida que iba saliendo el sol, el resplandor iba ascendiendo por la ventana, iluminando poco a poco la vidriera hasta que esta se vio completamente bañada de color.

—Justo por eso —le respondió Gabriel. Lore no sabía si su tono de voz era reverencial o resentido. Puede que un poco de ambas cosas.

Para haber dormido toda la noche apoyado contra la puerta, el monje parecía increíblemente descansado. Llevaba puesto un atuendo mucho más corriente que el que había llevado al baile de máscaras: un jubón oscuro, unos pantalones negros y una camisa de lino debajo, esta vez con mangas más sencillas. Era lo más atractivo que había estado en el poco tiempo que Lore lo había conocido.

En cambio, ella había evitado a conciencia mirarse aquella mañana en el espejo. Ni siquiera lo había hecho mientras se cepillaba el cabello. Las bolsas que tenía debajo de los ojos eran probablemente lo suficientemente profundas como para esconder cicuta en ellas.

Las puertas dobles al fondo del santuario permanecieron abiertas mientras entraban los cortesanos más rezagados. Alienor se deslizó por la gruesa alfombra recorriendo el pasillo central. El sol que se colaba por las ventanas hacía que sus rizos casi blancos relucieran en el mismo tono que el de las vidrieras, como si tuviese una especie de halo alrededor de la cabeza. Tenía la mirada clara y su paso era seguro mientras se aproximaba hacia el altar en la parte delantera del santuario, se arrodillaba ante él y besaba la madera pulida. Gabe y ella habían hecho lo mismo al entrar. Lore había intentado no pensar en todos los labios que habrían tocado aquello antes que ella.

Cuando Alie se enderezó y fue a buscar su asiento, se topó con la mirada de Lore. La joven le sonrió y le dedicó un pequeño saludo con la mano. Lore le devolvió el gesto con una sonrisa genuina, pero Gabriel no miró en absoluto hacia Alie.

Un hombre mayor caminaba justo detrás de Alienor, lo bastante

cerca de ella como para que fuese evidente que habían llegado juntos. No se parecían en nada. La piel del caballero era blanca como la leche en comparación con la piel canela de Alie. El cabello castaño oscuro y completamente lacio de él no tenía nada que ver con el pelo rubio platino y rizado de ella. La expresión del hombre era adusta y las arrugas que se le formaban alrededor de la boca indicaban que rara vez cambiaba aquel gesto. Desplazó la mirada hacia Lore, como sí estuviera analizándola.

—¿Quién es ese? —le murmuró ella a Gabe entre dientes.

—Severin Bellegarde. —El Mort no tuvo ni que moverse para responder a la pregunta. Ya había estado mirando en aquella dirección —. Es el padre de Alie.

Lore enarcó una ceja. Alie debía parecerse a su madre en todos los aspectos.

Apartó la mirada de los Bellegarde, fingiendo exageradamente admirar las ventanas. Allí estaba Apollius de nuevo, en varias escenas tanto imaginarias como sacadas de los tratados: sanando heridas mortales con un solo toque; atravesando una puerta de humo hacia lo que Lore daba por sentado que sería el reino luminoso, dejando el mundo atrás. Entonces, frunció el ceño y pasó a fijar su atención en el público.

A pesar de la animadversión que sentía por estar en aquel lugar, el santuario norte resplandecía debido a las elegantes galas que lucían los miembros de la corte de la ciudadela, algo que, sin duda, era digno de ver. Todos sabían exactamente qué debían hacer, a dónde debían ir, cómo sentarse, cómo aguardar y parecer devotos, incluso con la mirada inyectada en sangre a causa de la ingesta de bebidas y veneno de la noche anterior. Al no formar parte de la nobleza, Lore nunca había tenido acceso al santuario norte y tan solo había acudido un par de veces a misa en el santuario sur, sobre todo porque se había visto arrastrada por la multitud mientras hacía tareas de reconocimiento en un punto de entrega cercano.

Y entonces llegó el último de los cortesanos. Las puertas dobles que conducían al jardín y a la ciudadela se cerraron, retumbando en medio del silencio.

En la parte delantera del santuario, se abrió una pequeña puerta que se encontraba sobre la plataforma elevada, detrás del altar. De allí salió Anton, vestido con una túnica tan blanca que casi hacía que a Lore le dolieran los ojos al mirarla. Llevaba el colgante del corazón del Dios Sangrante alrededor del cuello. Una Presque Mort salió detrás de él, vestida de negro, como era habitual en ellos, y sosteniendo un incensario del que salía un humo denso. Le faltaba una mano y tenía

el muñón plagado de llamativas cicatrices. Era extraño ver a una mujer en los Presque Mort. En el pasado, cualquiera que no fuese un hombre y pudiera canalizar el Mortem habría acabado con la Guardia Enterrada, a no ser que simplemente optaran por intentar ignorar su percepción de la magia de la muerte. Pero aquello ya no sucedía. Cualquier persona de cualquier género podía pasar a convertirse en un Mort.

Y la Guardia Enterrada ya no era una opción para nadie. Al menos, no de manera oficial.

Lore desplazó la mirada hacia Gabriel, que se hallaba erguido y estoico a su lado. Seguramente ella misma habría intentado ignorar sus habilidades si sus circunstancias hubieran sido algo más corrientes. Los Presque Mort no hacían pensar que ser un monje fuese divertido.

Al lado de la Mort había un sacerdote que Lore no reconoció y que se aproximó a los braseros alineados en la parte delantera de la tarima, encendiéndolos con la llama de una vela. Iba vestido de blanco y no tenía ni una cicatriz, así que se trataba de un simple clérigo.

Lore observó a Anton con cautela mientras encendían los braseros. Pensaba que alguien que había acabado tan malherido a causa del fuego estaría al menos algo nervioso, pero el altísimo sacerdote dio un paso hacia las brasas humeantes sin siquiera inmutarse.

Se abrió otra puerta en el extremo opuesto de la tarima, más grande que la primera, con el contorno dorado del sol grabado alrededor del dintel. August caminaba dando zancadas, con la corona de rayos solares sobre la cabeza y una capa de un intenso tono anaranjado cubriéndole los hombros. El forro interior de la capa era de un tejido dorado, que emitía destellos a medida que el rey se desplazaba por las cortas escaleras del altar que había delante de la tarima y se ponía de rodillas, de cara a la multitud allí congregada.

Los movimientos del Rey Sagrado parecían ligeramente inestables. Tenía un ligero temblor en la rodilla y un pequeño estremecimiento le recorrió los dedos. Se rascó la nuca, oculta por el cuello alto de su camisa, y luego juntó las manos en señal de oración.

Detrás de él, desplazándose a un paso lo bastante lento como para interrumpir el ritmo de la ceremonia, se encontraba Bastian.

El Príncipe Solar parecía haber pasado toda la noche despierto. Tenía los ojos ligeramente enrojecidos y marcas de cansancio debajo de ellos. Pero, de algún modo, aquel aspecto le sentaba bien. El cabello le caía en ondas relucientes hasta la altura de los hombros, y la barba incipiente que le cubría la mandíbula parecía darle una apariencia robusta en lugar de descuidada. Llevaba un atuendo similar

al de su padre: un jubón negro, una camisa oscura y unos pantalones negros. Sin embargo, su corona consistía en una simple banda de oro alrededor de la frente con rubíes incrustados. Todo aquello estaba rematado con una capa de color carmesí y bronce. Le dedicó una sonrisa perezosa a toda la corte mientras seguía a August, descendía del altar y se dejaba caer en una postura similar a la de su padre.

Nadie podía ver la expresión del rey, ya que tenía la cabeza inclinada hacia sus manos juntas. Pero Lore se dio cuenta de que los hombros se le habían tensado.

Bastian se movió y se apartó el pelo del rostro, de un modo tan elegante que hizo que un movimiento calculado pareciera completamente despreocupado. Era increíblemente atractivo, y era consciente de ello.

Como si hubiera podido escuchar los pensamientos de Lore, el Príncipe Solar alzó la vista y la miró a los ojos. Una sonrisa le curvó los labios.

Ella se la devolvió. A su lado, Gabe puso los ojos en blanco.

Ahora que la realeza se hallaba de rodillas, el resto de la corte hizo lo mismo, arrodillándose suavemente sobre los cojines acolchados que se extendían delante de los bancos. Gabe se agachó con una elegancia innata, inclinando la cabeza hacia delante.

Para Lore no fue tan sencillo. Tuvo que modificar la posición de las piernas en al menos dos ocasiones para evitar que la falda le tirara del cuello. Aunque lo hizo sin soltar ningún improperio, así que aquello ya era un pequeño progreso.

Cuando todos estuvieron perfectamente arrodillados, Anton alzó las manos desde la parte delantera del santuario. La luz que se colaba por la ventana hacía que las cicatrices de su rostro pareciesen recientes.

—Apollius, señor de la luz y la vida, te saludamos con el amanecer, tal y como hacemos siempre el primer día de cada siete.

—Te saludamos y rogamos que nos bendigas durante los próximos días —murmuraron los cortesanos. Lore balbuceó intentando seguirles el ritmo. Le lanzó una mirada incisiva a Gabe. Podría haberla avisado de que tenía que participar activamente en la misa.

Este se limitó a encogerse ligeramente de hombros.

En la parte delantera, la Presque Mort manca balanceó el incensario al ritmo de la voz de Anton. El humo negro se le concentró alrededor de los pies y flotó por el suelo hasta envolver las faldas y las botas que encontraba a su paso, enredándose en los rayos de la corona de August. Los braseros añadieron más humo al ambiente, haciendo que el santuario pareciera estar sumido en una niebla espesa.

—Rogamos que nos bendigas y te suplicamos que nos protejas de la oscuridad —continuó Anton—. Rogamos que nos ilumines el camino hacia tu reino luminoso, donde aguardas en toda tu gloria.

Lore torció los labios. El reino luminoso era la explicación que la Iglesia le daba a la muerte, el lugar donde creían que Apollius estaba esperándolos, el sitio al que el dios había ido a parar tras su desaparición. Si una persona era devota y seguía las enseñanzas de los tratados, acabaría reuniéndose con él allí después de su muerte. A ella no se le ocurría nada que pudiera ser más aburrido.

—Suplicamos tu protección y te juramos lealtad —respondieron los nobles—. Anhelamos alcanzar la luz del lugar en el que habita tu cuerpo inmortal.

A Lore y a Gabe les llegó el humo del incienso, embriagador y espeso. La chica intentó contener un estornudo.

Anton bajó las manos y luego la cabeza, inclinando la barbilla hacia el corazón de rayos dorados que llevaba en el pecho. Se extendió un murmullo mientras los cortesanos hacían lo mismo. August y Bastian también se inclinaron, pero con la corte frente a ellos y el altísimo sacerdote detrás, parecía que todos estaban postrándose ante la familia Arceneaux.

Lore sintió cómo alguien la miraba. Anton la observaba a través de las cabezas gachas con una expresión indescifrable.

Ella bajó la barbilla.

—Te juramos lealtad —declaró Anton— y no toleraremos ninguna otra soberanía distinta a la tuya. No reconoceremos a ningún otro dios y denunciaremos a aquellos que lo hagan.

—No toleraremos ninguna otra soberanía —murmuraron los cortesanos— y no reconoceremos a nadie que no sea Apollius y aquellos a los que él ha bendecido.

«Aquellos a los que él ha bendecido». La familia Arceneaux. Realeza y religión unidas por un nudo inextricable.

Lore volvió a cambiar de postura. Las piernas se le estaban entumeciendo tras tanto rato apoyadas sobre el suelo duro.

—Nos bañamos en tu luz —dijo Anton, relajando las manos de aquella postura extendida que había adoptado para llevárselas al pecho. Se asemejaba a una de las estatuas del Dios Sangrante que había en el jardín, y Lore estaba casi segura de que aquello era intencionado—. Y aguardaremos fielmente tu regreso, cuando libremos al mundo de la oscuridad y lo preparemos para ti. Te rogamos que crees un receptáculo que contenga tu luz.

—Te pedimos que regreses y nos santifiques —murmuraron los nobles—. Que regreses de tu reino luminoso y vuelvas aquí.

El incensario rotó una vez más sobre sí mismo, haciendo que el humo formara espirales en el aire. Entonces, Anton, la Presque Mort y el sacerdote que llevaba la vela dieron un paso atrás.

El Rey Sagrado se puso en pie. Detrás de él, la luz de la ventana hacía brillar su cabello encanecido, iluminando los rayos de su corona. Anton hizo una inclinación de cabeza en dirección a su hermano, cediéndole así el control de la ceremonia.

La mano de August tembló ligeramente mientras la alzaba en el aire.

—Gabriel y Eldelore Remaut, acercaos, por favor.

Por todos los dioses muertos y moribundos, ¿es que a nadie se le había ocurrido ponerlos a ambos al corriente de cómo iban a desarrollarse los acontecimientos? Gabe le había dicho a Lore que tenían que presentarlos oficialmente, que sería sospechoso si no lo hacían. No obstante, no les habían dado instrucciones sobre el modo en el que se llevaría a cabo aquella presentación.

August enarcó una ceja, como si le molestara la aparente confusión de ambos. Lore se planteó por un momento arrancarle una de esas piedras granates de la corona y metérsela por la nariz.

Gabe parecía tan sorprendido como ella. Los dos tardaron un momento en reaccionar, contemplándose el uno al otro en silencio. Entonces, con tanta elegancia como siempre, el monje le ofreció el brazo y la condujo hacia el pasillo, dirigiéndose hacia el altar y hacia las expresiones engreídas de los Arceneaux que los esperaban allí.

Unas miradas curiosas los siguieron. Lore no sabía interpretar si eran cordiales, aunque apostaba lo que fuera a que no lo eran.

August les dedicó una sonrisa mientras se dirigían hacia él, una tan fría que no se vio reflejada en su mirada. No dijo nada. Se limitó a chasquear los dedos con un movimiento que les indicó a ambos que tenían que plantarse de cara a la congregación.

A Gabe se le enrojecieron las mejillas, con lo que destacaron aún más las pecas que le cubrían la nariz. Pero hizo lo que se le ordenó, arrastrando a Lore consigo y poniéndose de cara a la corte. La primera fila de nobles seguramente hasta podría escuchar el rechinar de dientes de la joven.

—Al fin —dijo August detrás ellos, elevando la voz para que llegara a todo el santuario norte—, la familia Remaut regresa a la ciudadela.

Hizo una pausa y, tras un momento de silencio sepulcral, los cortesanos les dedicaron unos aplausos comedidos. El brazo de Gabe estaba tan tenso bajo el agarre de Lore que parecía estar a punto de partirse.

Ella le dio un apretón, esperando ofrecerle algún tipo de consuelo. Pero el rostro de Gabe siguió impasible, casi como si no fuera consciente de su presencia.

—Gabriel se ha tomado un pequeño… descanso de sus obligaciones sagradas en los Presque Mort —prosiguió August— y residirá con nosotros durante la temporada para presentar a su prima Eldelore en sociedad. Por favor, haced que se sientan bienvenidos.

Todos los cortesanos inclinaron la cabeza, con los rostros inescrutables, desdibujados a causa de la intensidad de la luz del sol que se colaba a través de las ventanas alineadas a lo largo del santuario. En respuesta, Lore asintió con la cabeza, sobre todo porque no estaba segura de qué otra cosa hacer y porque dedicarles una peineta con ambas manos no parecía ser un comportamiento apropiado para la prima de un duque.

—Id en paz —dijo August, con lo que puso fin a la misa de las primeras plegarias. Los cortesanos se pusieron en pie y, se dirigieron hacia las puertas dobles del fondo que conducían hacia el camino y el jardín. Se escuchaban murmullos y risas. La solemnidad del ritual religioso desaparecía a medida que el sol se ponía más alto en el cielo.

Lore miró hacia Gabe, pero este parecía seguir sumido en sus pensamientos, con una expresión distante. Pasado un momento, él se encaminó hacia las puertas junto con el resto de los nobles. Con un suspiro de cansancio, la muchacha se dispuso a seguirle.

Gabe parecía sentirse muy perdido en aquel lugar. Casi tanto como ella.

August apoyó una mano en el hombro de Lore antes de que esta pudiera dar un paso más.

—Me temo que los entretenimientos de la corte tendrán que esperar —le dijo en voz baja—. Tienes una misión que cumplir, Lore. Acompáñame.

Capítulo Doce

> Se rumoreaba que el emperador bebía una copa de té de cicuta cada mañana para alargar así su vida. Aun así, murió en mitad de la noche, aunque muchos creyeron que fue su hijo quien lo mató, y no su enfermedad.
>
> –Último informe de Gaspard Beauchamp, espía auverraní en el Imperio kiryteo, ejecutado por el emperador Jax tan solo dos días después de haber enviado este mensaje

Gabe miró detrás de él en cuanto August tomó a Lore por el hombro, como si un sexto sentido le hubiera advertido que prestara atención. Cuando vio al rey, se paró en seco con el ceño fruncido, como si fuera una roca entre aquella corriente de cortesanos.

August le hizo un gesto desdeñoso con la mano, hablando en un tono de voz lo suficientemente alto como para que Gabe pudiera escucharle por encima de los crecientes murmullos.

—Ahora no requerimos tus servicios, duque Remaut. Tan solo vamos a ir a las criptas.

Lore se movió incómoda bajo la mano de August.

—¿Podría acompañarnos de todas formas? Me…

—Creo que he sido bastante claro. —A pesar de la contundencia de sus palabras, August la tomó del brazo con delicadeza. Para cualquiera que estuviera observándolos, serían la viva imagen de un rey benevolente qué daba la bienvenida incluso a la nueva noble de menos categoría en su esplendorosa corte—. Tú te vienes conmigo. El duque no. —Le dio un golpecito con un dedo debajo de la barbilla, como si fuese una niña rebelde—. Cuanto antes logremos progresar con este asunto, antes podréis reuniros.

Lore apretó los labios hasta formar una fina línea, pero reprimió el impulso que sintió de apartarse del rey. En su lugar, agachó la cabeza tan elegantemente como pudo.

—Le sigo, su majestad.

August resopló, sorprendido.

—Muy bien —murmuró—. Parece que después de todo una mala hierba puede transformarse en una rosa si la sacas de la alcantarilla.

Lore iba a acabar partiéndose los dientes si seguía apretándolos tanto.

Gabriel observó cómo August la conducía por el pasillo con una expresión de evidente preocupación. La chica intentó hacer todo lo posible por parecer tranquila y segura de sí misma. Aquel era el precio que debía pagar para librarse de las islas Calcinadas, y podía apañárselas sin que Gabe tuviera que preocuparse por ella.

Al apartar la mirada de la del Presque Mort, se encontró con la de Bastian.

El Príncipe Solar rondaba cerca de la puerta, bromeando con un grupo de personas a las que Lore recordaba vagamente del baile de máscaras. Entre ellas se encontraba Cecelia, la mujer que les había ofrecido belladona. En aquel momento tenía los ojos vidriosos, pero, aparte de eso, parecía encontrarse bien. Los médicos de la corte sí que hacían bien su trabajo.

El sol, que ya estaba en su cénit, iluminaba la piel de Bastian, resaltándole la cicatriz que tenía sobre una ceja y haciendo que sus ojos parecieran más dorados que negros. Había algo solemne en ellos mientras contemplaba cómo su padre se marchaba con Lore.

Ella no tenía ni idea de dónde se encontraban las criptas. Aquel era otro privilegio más. Era exorbitantemente caro ser enterrado en el interior de la ciudadela en lugar de en una de las criptas más humildes a las afueras de Dellaire, donde había poco más que unas cajas de piedra en las que se metían los cuerpos. Los aldeanos particularmente devotos comenzaban a ahorrar para asegurarse un hueco en las criptas de la ciudad desde que nacían sus hijos.

El Rey Sagrado caminaba lo suficientemente despacio como para que diera la impresión de que estaban dando un paseo cualquiera. Sin embargo, bajo aquella barba canosa y recortada, tenía la mandíbula tensa.

—La mayoría de los cadáveres del último ataque ya han sido examinados y se han deshecho de ellos —la informó—. Pero los Presque Mort han trabajado toda la noche y han cabalgado lo más rápido posible para traer uno hasta aquí y que puedas… probar.

A Lore le sudaba la palma de la mano y se la secó en la falda.

—¿El último ataque?

August asintió.

—Se produjo otro anoche.

Tres aldeas, todos muertos. La muchacha tragó saliva para

deshacer el nudo repentino que se le había formado en la garganta.

Se sumieron en un silencio incómodo mientras August la conducía por el camino que llevaba de vuelta a la ciudadela, con las puertas dobles cerrándose detrás de ellos. El interior estaba oscuro, lo que era desorientador después de haber estado bajo la luz del sol de aquella mañana veraniega.

Una vez en el interior, August se detuvo, respirando con dificultad, como si el paseo por el jardín le hubiera agotado. Se llevó una mano al interior de su reluciente capa y sacó una petaca, a la que le dio un pequeño trago.

Lore percibió un aroma herbáceo que de inmediato le resultó familiar. Parecía que lo de beber veneno por diversión no era algo exclusivo de los nobles más jóvenes.

—Espero que quienquiera que le recomiende su dosis sepa lo que está haciendo —le dijo al rey en voz baja.

Los ojos oscuros de August se volvieron hacia ella, fríos y calculadores.

—Tú ocúpate de tus asuntos, bruja de la muerte —le dijo, guardándose la petaca—, y yo me ocuparé de los míos.

El Rey Sagrado recorrió un pasillo y luego dobló una esquina que llevaba a una pequeña entrada entre dos gigantescas pinturas al óleo de Apollius. Aquellos cuadros representaban un periodo anterior a la Caída de los Dioses: el pecho del dios estaba intacto, ya que su vengativa esposa aún no le había arrancado el corazón.

Tras echar un rápido vistazo hacia el vestíbulo, August empujó la puerta para abrirla, revelando así un pasillo estrecho que se extendía delante de ellos y que contaba con hornacinas arqueadas coronadas por rayos de sol dorados. Dentro de ellas, se hallaban estatuas de Apollius hechas de un sencillo mármol blanco, cada una en una postura distinta: con las manos extendidas, con las manos sobre el pecho, con la cabeza alzada o mirando hacia abajo con una sonrisa benevolente.

Unas palabras escritas en cursiva habían sido grabadas sobre la puerta arqueada que se hallaba al final del pasillo, aunque aquella letra era demasiado florida como para que Lore discerniera qué era lo que ponía. Entrecerró los ojos hacia la oscuridad.

—«Nuestras muertes son cosas nuestra» —pronunció August con calma, leyendo en voz alta.

La sensación de entumecimiento y los nervios que la chica sentía en la nuca se le extendieron hasta los hombros.

La puerta al final del pasillo se abrió hacia dentro sin emitir ningún sonido, dando paso a una débil luz grisácea y a una escalera de

piedra sencilla, que tan solo bajaba un par de escalones antes de desembocar en un túnel.

El Rey Sagrado le ofreció una mano de un modo cortés.

—Vamos.

Lore le tomó la mano al rey y dejó que la condujera hacia la penumbra.

Detestaba los túneles. Por suerte, aquel era corto. Allí delante, un único capa sangrienta hacía guardia justo en la zona donde el túnel se abría hacia lo que parecía ser un lugar completamente bañado por la luz del sol.

Al acercarse, Lore se dio cuenta de que no se trataba de un capa sangrienta cualquiera. Unas solapas doradas resplandecían sobre su chaqueta roja, y la bayoneta y la espada que descansaban a uno de sus costados estaban tan pulidas que refulgían. El hombre no hizo ningún gesto que indicara que se había percatado de su presencia, pero cuando August se aproximó, inclinó la cabeza y se echó a un lado.

—El guardia sagrado —comentó August cuando pasaron por su lado—. Un puesto muy ansiado, pero otorgado tan solo a aquellos que demuestran merecerlo tanto física como espiritualmente, y cuya lealtad está asegurada. —Miró de soslayo a Lore—. Puede que no tengan muchas oportunidades de blandir sus armas, pero no cabe duda de que saben usarlas bien.

Si ella no hubiese estado completamente distraída ante las vistas de las criptas, puede que se hubiese parado a considerar si eso era una amenaza. La sala al final del túnel era amplia y circular, pero el techo sobre sus cabezas alcanzaba kilómetros de altura, coronado por una claraboya de cristal que filtraba de manera fragmentada la luz del sol matinal. Aquello debía de ser lo que Lore había visto relucir el día anterior en el centro de la ciudadela.

La claraboya era impresionante, pero no tanto como las criptas. Ascendían hacia el cielo como si fueran torres de piedra, extendiéndose prácticamente hasta llegar al cristal del techo. Las escaleras se encontraban incrustadas en los laterales de las criptas, en forma de caracol e interrumpidas por plataformas que daban a pequeñas puertas. Aquel era el único modo de introducir allí los cadáveres. En las partes más altas, unos rosales demasiado frondosos se elevaban buscando el sol. Las rosas eran los únicos seres vivos ahí dentro, a excepción de August, Lore y el guardián en el túnel.

La joven se tomó un momento para concentrarse en su barrera mental, levantando todos aquellos árboles para que bloqueasen su percepción del Mortem. Troncos, hojas y un cielo azul en lo alto.

Algunas de las puertas de las imponentes criptas se hallaban

cerradas, pero la mayoría estaban abiertas, sirviendo de pequeñas ventanas hacia la oscuridad de su interior. Esas estaban vacías. Ni siquiera los nobles podían permitirse siempre una cripta en la ciudadela. La mayor parte de las puertas abiertas se encontraban en la zona más alta. Aquellas estaban reservadas únicamente para la familia Arceneaux.

—Hemos intentado conservar un cadáver de cada aldea —declaró August. Se dirigía con decisión hacia la torre más cercana y hacia la puerta cerrada que se encontraba en su base. Cómo no. No iban a malgastar una de las criptas más altas en un aldeano, sin importar lo extrañas que hubieran sido las circunstancias de su muerte—. El resto han sido destruidos.

—¿Cuánto cuesta una de estas? —preguntó Lore con calma, contemplando aún las criptas.

El rey miró hacia arriba y soltó un bufido.

—Más dinero del que has visto o verás en tu vida, niña. Deberías considerar una de las cajas de cadáveres que se encuentran a las afueras de la ciudad. —Entonces, dio unos golpecitos contra la pared de piedra—. ¿Anton? Hemos llegado.

El altísimo sacerdote abrió la puerta, entrecerrando los ojos a causa de la luz. No dijo nada, simplemente se echó a un lado para dejar que su hermano entrase. Le dedicó a Lore un educado asentimiento con la cabeza, pero uno de los músculos de su mandíbula se contrajo al hacerlo.

El interior de la cripta era oscuro y frío. Lore tardó un momento en adaptar sus ojos a la oscuridad. Cuando lo consiguió, dio un paso involuntario hacia atrás, y se chocó contra la pared. Otro Apollius de piedra la miraba desde arriba. Los pies de la estatua se encontraban plantados al fondo de la cripta, y su espalda se doblaba contra el techo de modo que su pecho vacío se cerniera sobre el pedestal; sus ojos estaban a la misma altura que la puerta. Tenía el rostro carente de expresión de un modo escalofriante y unas piedras granate le cubrían las palmas. Con las manos plagadas de aquellas joyas que parecían sangre, señalaba hacia una losa que se encontraba en el centro de la estancia.

Y sobre aquella losa se hallaba tendido el cuerpo de un niño.

Lore sintió cómo la bilis le subía por la garganta y se le nublaba la visión. El niño sobre la losa no se parecía en nada a Cedric. Era más joven, tendría unos nueve o diez años como mucho, y su cadáver se encontraba de una pieza y sin un rasguño. Sin embargo, al mirarlo, vio a Cedric, al amigo al que había querido devolver a la vida solo por un momento.

Por todos los dioses, estaba a punto de volver a hacer lo mismo.

—Un asunto peliagudo —murmuró August. Ella no era capaz de interpretar su expresión bajo aquella luz tenue, pero su voz transmitió un verdadero pesar—. Lamento que este deba ser nuestro primer intento, Lore. Creímos que igual un niño sería más fácil de reanimar, ya que es algo que has hecho antes.

La chica se encogió.

Anton meneó la cabeza con tristeza.

—Cuánto potencial perdido.

Cuando Lore había resucitado a Caballo, lo había hecho todo por instinto, siguiendo un patrón que parecía tan arraigado en ella como el mapa de las catacumbas que podía sentir detrás de los ojos. Lo único que tenía que hacer era seguir de nuevo aquel patrón. Dejar que su cuerpo tomara el mando, intentar no pensar.

Cerró y abrió los puños a la vez que parpadeaba hasta que pudo estar segura de que no iba a echarse a llorar. Como regla general, no se permitía a sí misma llorar por nada. Si comenzaba a hacerlo, no sabía si sería capaz de parar.

Anton salió un momento para luego regresar cargando con un rosal en un macetero grande. Lo dejó en el suelo. Era demasiado pesado como para que lo cargara alguien de su edad, pero a él no parecía suponerle ningún esfuerzo. Después, retrocedió hasta colocarse entre las manos de piedra de Apollius.

—No tienes que preocuparte por hacer las preguntas —le dijo August—. Simplemente ordénale que siga mis instrucciones y podrás esperarnos fuera.

Lore no estaba escuchándole, pero asintió de todas formas.

El rey señaló con la mano hacia el cadáver sobre la losa.

—Empecemos.

Allí dentro el Mortem era muy denso. Lore casi podía olerlo: a vacío, a ozono. Aquel olor siempre le había parecido el mismo que inundaba el ambiente durante una tormenta. Era como el espacio que existía entre el trueno y el rayo. Cerró los ojos con fuerza, imaginándose de nuevo su bosque, un ancla a la que agarrarse.

En su cabeza, el cadáver del niño y el de Cedric eran el mismo. Aquello bloqueó sus pensamientos, impidiéndole concentrarse. La habían traicionado, encarcelado y reclutado para que hiciera uso de un poder terrible que ella hubiera preferido olvidar. Y todo ello solo para ayudar al rey, a quien parecía importarle una mierda lo que le ocurriera a nadie al otro lado de sus muros de oro.

Pero Lore había nacido con la habilidad de canalizar el Mortem. Había nacido con la oscuridad pegada a sus huesos. Aquello solo había

acabado siendo una herida, un defecto, algo a lo que temer y de lo que huir. Puede que en ese instante pudiera hacer algo bueno con ello.

Abrió los ojos, respiró hondo y vació sus pulmones. Poco a poco, casi sin pensarlo, elevó los brazos, que se le estaban quedando pálidos, fríos y necróticos.

—Que el Dios Sangrante nos acoja en su mano herida —murmuró Anton. Aquellas palabras parecían producto del miedo, aunque no lo reflejó en su tono de voz. Casi parecía estar ansioso.

Lore no tenía tiempo de pararse a pensar en ello. Comenzó a verlo todo en una escala de grises. Las únicas luces blancas eran las siluetas del rey y del sacerdote, pero allí donde se encontraba tendido el cadáver del niño había un vacío enorme. La gigantesca estatua de Apollius parecía monstruosa en aquellos tonos grises y oscuros, una piedra muerta que no se hallaba iluminada por ninguna clase de luz.

La quemadura en forma de luna que tenía Lore en la palma refulgió en un tono oscuro mientras extendía las manos sobre la losa. La muerte del niño parecía ser algo lejano, pues el poder repentino y terrible que traía consigo había desaparecido hacía ya mucho. Ella podía sentirlo igualmente, aunque no tocarlo. Unos hilos desdibujados ondeaban en el aire por encima del cuerpo, pero no eran lo suficientemente gruesos como para agarrarlos.

La muerte había penetrado demasiado en el cadáver.

Lore se acercó más hasta que las palmas de sus manos quedaron justo encima del niño, casi rozándolo. Cuando algo estaba vivo, existía un anillo de energía alrededor de su cuerpo. Se trataba del Spiritum, algo que solo Apollius podía canalizar, aquel mismo poder que supuestamente le había cedido al linaje de los Arceneaux. El Spiritum rodeaba a una persona como si fuese el halo de un sol en miniatura y, en el momento de la muerte, se extinguía, explotaba, igual que una estrella moribunda. Eso era lo que Lore había presenciado cuando Caballo había muerto, cuando ella se había aferrado a él. Había visto cómo el Spiritum se transformaba en Mortem y había tomado su control en el mismo instante en el que se producía su alquimia, en ese momento tan precario que podía provocar que el veneno causara una inmortalidad terrible.

Pero aquella explosión de energía se disipaba poco después de que se produjese la muerte, se hundía en las profundidades del cuerpo y acababa por marchitarse. Si Lore quería resucitar a aquel cadáver, tenía que buscar esa pequeña chispa de Mortem que aún seguía en su interior. Agarrarse a la muerte y tirar de ella.

Necesitó tomarse su tiempo, mientras seguía con los dientes muy apretados y bajaba los dedos necróticos hasta posarlos sobre ese pecho

inmóvil. Por un momento, no creyó que fuese a encontrar nada en absoluto.

Y entonces, el más mínimo resquicio de oscuridad, un fino hilo de muerte latente.

La chica se agarró a él como si fuera un salvavidas y enrolló aquella hebra de Mortem alrededor de su mano, tirando de ella con tanta destreza como si estuviera enhebrando una aguja. La hebra fluyó desde el cadáver y se introdujo en Lore, enredándose entre sus venas, anclándose en ella.

Se le paró el corazón. Su latido se vio diezmado.

Apuntó hacia a un lado con una de sus manos, con el Mortem fluyendo desde ella e introduciéndose en el rosal que Anton había llevado a la cripta. Las flores se marchitaron de forma instantánea, mientras las hojas se le caían y la tierra se volvía seca y pálida.

Lore abrió los ojos, abandonando aquel mundo gris y volviendo al mundo real. Las venas se le habían ennegrecido hasta la altura del codo, y tenía las puntas de los dedos blancas y frías como las de un muerto. El cadáver sobre la losa seguía inmóvil, sin ningún cambio visible que mostrara lo que ella había hecho.

Se trataba de un humano, no de un animal. Lore tenía que darle instrucciones. Y aunque August le había dicho qué era lo que tenía que hacer, ella no era capaz de recordar de qué se trataba, así que le hizo la pregunta cuya respuesta todos querían saber.

—Dinos qué ha pasado —susurró, con la voz ronca y quebrada a causa de la sequedad que sentía en la garganta por culpa de la muerte.

August se quedó mirándola, examinándola con las cejas fruncidas.

—Este interrogatorio no lo realizarás tú —dijo, con toda la autoridad real que poseía—. Te he dado una orden. No olvides cuál es tu lugar.

Pero aquello era irrelevante. El cadáver sobre la losa se quedó inerte y en silencio.

Lore había fracasado. Era la única que podía ayudarlos y había fracasado.

—Lo siento —dijo, sintiéndose inútil ante la expresión de desagrado del rey—. He hecho lo mismo de siempre. O eso creo. Pero ha pasado tanto tiempo…

Se vio interrumpida por una respiración profunda y áspera que procedía de unos pulmones disecados.

El sonido era inconfundible. Lore, August y Anton se miraron entre sí por encima del cadáver, que quedaba justo debajo de la mirada impasible de Apollius y del gran hueco en su pecho de piedra.

Se produjo un murmullo cuando el niño se movió y un crujido

cuando se sentó.

El cadáver abrió los ojos y Lore no pudo evitar observarlos, sin importar lo horribles que fueran. Su mirada se vio atraída hacia allí, incluso cuando el terror se había apoderado de ella; incluso cuando el poder que había hecho posible que consiguiera aquello le había dejado los ojos opacos y las venas negruzcas, haciéndola parecer tan muerta como ese cadáver.

Los ojos del niño eran completamente negros. No tenían ni blanco ni iris. Las venas ennegrecidas resaltaban alrededor de ellos, como las venas de Lore, como las cicatrices que rodeaban el parche del ojo de Gabe. El niño abrió la boca, vacía y profunda.

Y aunque no movió los labios, comenzó a susurrar.

Capítulo Trece

Intentar obtener un poder mayor que el que te ha sido otorgado es el más grave de los pecados.

–El Libro de la Ley Mortal, tratado 78

Al principio, el susurro no era más que un leve murmullo, el mínimo indicio de un lenguaje que no contaba con ningún detalle. A Lore aquel sonido le hizo pensar en moscas zumbando, en un exceso de polvo, en el débil desprendimiento de la piel podrida del hueso. Pero pasado un momento, de aquel ruido indefinido surgieron palabras.

Fue tan solo una única frase, repetida una y otra vez hasta acabar de forma abrupta, atrapada en un bucle repetitivo. Las palabras comenzaron siendo farfulladas, luego fueron alcanzando precisión y terminaron siendo pronunciadas de un modo tan claro como si de un ejercicio de dicción se tratase, a pesar de la rigidez de aquella lengua y aquellos labios muertos.

—Se han despertado —susurró el cadáver inmóvil—. Se han despertado se han despertado se han despertado…

El rey palideció. Casi parecía sorprendido. Sorprendido y nervioso, como si no hubiera esperado que aquello fuera a funcionar de verdad. Giró la cabeza hacia su hermano gemelo.

—¿Significa eso que…?

Anton alzó una mano y su hermano cerró la boca, dejando la pregunta a medias. La mirada del altísimo sacerdote pasó del cadáver al rostro de Lore, con expresión calculadora.

Ella contempló los ojos negros del niño no muerto y el hueco de su boca, inmóvil y susurrante.

—Detente —jadeó la chica—. Por favor, para.

El cadáver cayó de espaldas, con los ojos aún abiertos y las extremidades endebles.

Lore juntó las manos, al igual que había hecho con Caballo y con Cedric, y cortó aquellos hilos de Mortem que la unían al niño.

Y luego, salió corriendo de allí.

La voz de August la siguió a través de la puerta, retumbando por la piedra. Sin embargo, Lore no le prestó atención al rey. Se tropezó con el bajo de su vestido y cayó de rodillas, desollándoselas por debajo de la falda. Respiró profundamente, inhalando y exhalando, intentando contener todo lo posible la bilis que le subía por la garganta. La piel blanca y necrótica de sus dedos comenzó lentamente a recuperar aquella calidez típica de los vivos, mientras que el tono grisáceo de sus venas desaparecía poco a poco tras cada inhalación. El corazón le dio un vuelco en el pecho, latiendo tan fuerte que casi dolía.

—Levanta, chica.

La voz de Anton era fría como la piedra que tenía bajo las palmas de las manos. Lore se frotó la cara interior de la muñeca contra la boca, tomándose su tiempo antes de enderezarse y levantar la vista hacia el altísimo sacerdote. El sol que se colaba por la claraboya brillaba sobre el cabello canoso de Anton, formando un halo a su alrededor y oscureciéndole las facciones.

—¿Listo para la segunda ronda? —le espetó Lore. Mientras su humanidad regresaba a ella, al expulsar a la muerte de su interior, volvió también aquella intensa ira que no lograba comprender del todo. Tensar en aquel niño, en cómo ella había perturbado su descanso después de que le hubiera sucedido algo terrible, hacía que se sintiera completamente avergonzada—. Ya que estamos, ¿hay algún otro cadáver al que queráis perturbar? Tal vez podamos subir arriba del todo y comprobar si puedo despertar a alguna marquesa muerta para que nos cante el himno nacional…

—Ya es suficiente —murmuró Anton, con su expresión aún oculta entre las sombras—. Te hemos traído aquí justamente para eso. No es el momento de comenzar a tener cargo de conciencia.

—Qué ironía que me diga eso un sacerdote.

—Ya te lo he dicho antes. El Dios Sangrante entiende que, a veces, las reglas deben romperse cuando es por el bien mayor, para cumplir sus gloriosas promesas. —Anton alzó una mano, siguiendo con un dedo uno de los rayos de sol de su colgante—. Él siempre perdona a sus fieles. Cualquier cosa.

Lore tragó saliva y agarró con fuerza su falda. No lograba deshacerse de aquella vergüenza, pero sí que consiguió reprimirla, dejarla allí aparcada hasta que pudiera lidiar con ella más tarde.

—He fracasado —dijo, meneando la cabeza y volviendo a centrarse en el asunto que los ocupaba en lugar de en un problema existencial que aún no era capaz de abordar—. No hemos descubierto absolutamente nada sobre lo que está sucediendo en las aldeas.

«Se han despertado». Aquel horrible susurro procedente de la boca de un cadáver aún resonaba en su cabeza. «Se han despertado».

Lore le había preguntado al niño muerto qué le había pasado y, por lo que sabía, los muertos no podían mentir. Aquella, sin duda, era una respuesta, pero no tenía ningún sentido.

—No importa. Ha sido solo un primer intento. —August agitó una mano mientras atravesaba la pequeña puerta de la cripta, agachando la cabeza para que su corona no chocase contra el dintel. A pesar de la expresión confusa y casi aterrorizada que había puesto cuando había escuchado hablar al cadáver, ahora parecía animado, casi entusiasmado—. Has logrado que hable. Eso es lo que queríamos.

Lore frunció el ceño.

—Pero no he…

—Todo a su debido momento —declaró August. Aquello hubiera resultado alentador si se lo hubiera dicho cualquier otra persona, pero, procediendo de él, parecía una simple frase hecha—. Volveremos a intentarlo.

—El cuerpo no se conservará —dijo Anton con calma—. Tendremos que trasladarlo.

—Quémalo. —August volvió a agitar la mano, restándole importancia—. Ya aparecerá otro.

El rey desplazó la mirada hacia Lore, y luego volvió a apartarla.

—Sí. Ahora que Kirytea ha comenzado su ataque, no creo que vayan a detenerse.

—Entonces, ¿sigue convencido de que esto es cosa de Kirytea? —preguntó Lore.

—¿De quién si no? —August sacó su petaca del interior de la capa y le dio otro trago. Anton arrugó la nariz, pero no hizo ningún comentario respecto a las indiscreciones de su hermano—. Hablando de Kirytea… ¿Acudiste anoche a la velada de Bastian?

—Por supuesto. —Lore se quedó mirando hacia la puerta de la cripta que quedaba detrás del rey. Se encontraba lo suficientemente abierta como para que pudiera ver el cadáver que yacía sobre el pedestal—. Pero no averigüé nada relevante, así que no es que fuera fructífera.

—A su debido momento —repitió August—. Averiguarás algo a su debido momento.

El colgante de Anton se balanceó, haciendo relucir aquella piedra granate en forma de gota de sangre.

—Bueno —dijo este, alejando la conversación de Bastian—, no hay que preocuparse. Volveremos a intentarlo. Puede que otro cadáver tenga más que decirnos. Este solo era un niño.

El rey asintió.

Lore volvió a sentir ganas de vomitar.

—Entonces…, ¿qué queréis que haga mientras…?

—Disfruta de la ciudadela, Lore. —August se dio la vuelta, tomando el mismo camino por el que habían llegado, dirigiéndose hacia el túnel estrecho y el pasillo plagado de hornacinas que había después—. Ya eres un miembro oficial de la corte. Haz amigos, búscate amantes, diviértete como creas conveniente. Tan solo asegúrate de que, hagas lo que hagas, permaneces cerca de mi hijo.

Detrás de August, al altísimo sacerdote se le tensaron los músculos del lado del rostro que tenía inmaculado.

—En cuanto tengamos otro cadáver para que lo resucites, te lo haré saber —prosiguió Anton—. Seguro que no tardaremos mucho.

De nuevo, Lore siguió al rey por el túnel, sin estar segura de qué otra cosa podía hacer. Se percató de que el guardia sagrado seguía sin prestarles atención. La punta de su afilada bayoneta brillaba con malicia bajo el sol que se colaba por la claraboya.

La chica jugueteó con los hilos sueltos de su vestido hecho a medida.

—Majestad, sé que debo acercarme a Bastian, pero si me diera alguna otra indicación, alguna pista del tipo de información que cree que está pasando…

—Ya tienes tus instrucciones. —El Rey Sagrado subió por la corta escalera que había al final del túnel y abrió la puerta de un empujón. El pasillo que tenían delante resplandecía, con todas aquellas estatuas del Dios Sangrante refulgiendo en el interior de las hornacinas como si fueran pequeños soles en miniatura—. ¿Acaso insinúas que no eres capaz de completar la misión?

No hacía falta decir en voz alta qué implicaría que Lore no cumpliese con su cometido. Si tenía suerte, un viaje de ida a las islas Calcinadas. Si no, la hoguera.

—No. —Ella negó con la cabeza—. No, sí que puedo hacerlo.

—Bien. —August le dio la espalda y recorrió el pasillo, con la capa anaranjada y dorada que había llevado puesta durante la misa de aquella mañana ondeando tras él. Lore cayó en la cuenta de que el rey no le había puesto ningún plazo para informarle sobre sus progresos. Al parecer, se contentaba con esperar hasta que tuviera algo sustancioso que contarle.

Las puertas hacia las criptas se cerraron suavemente detrás de ella. Cuando Lore se giró, Anton la miró con aquel único ojo resplandeciente. Entonces, inclinando levemente la barbilla, le preguntó:

—¿Cuántos años tienes, Lore?

Ella frunció el ceño, respondiendo sin dilación a causa de la confusión.

—Veintitrés.

—Y tu cumpleaños es cerca del solsticio de verano, ¿no? Este es el año de tu consagración.

A la joven seguía inquietándole que el sacerdote supiera tanto sobre ella. Volvió a asentir y se encaminó hacia el final del pasillo dorado, hacia el resto de la ciudadela.

Anton no tardó en alcanzarla.

—Debemos asegurarnos de que tengas una ceremonia apropiada, ya que ahora formas parte de la corte, aunque sea bajo falsos pretextos.

—No es en absoluto necesario.

—Ah, yo creo que sí. —El altísimo sacerdote pasó por su lado, emitiendo un frufrú con su túnica blanca, mientras abría la puerta antes de que ella pudiera hacerlo—. Seguramente Bastian esté en los jardines. Ve a buscarlo.

Tras darle aquella orden, Anton se alejó, adentrándose en las profundidades de la ciudadela y dirigiéndose a cumplir con las tareas divinas que le mantenían ocupado durante el día, dejando a Lore sola en el pasillo de la cripta.

Por un momento, ella se quedó allí parada, entre todas aquellas esculturas de piedra de Apollius con el pecho vacío y las manos rebosantes de piedras granates que parecían sangre. Entonces, se dirigió hacia el final del pasillo, hacia la vastedad del centro de la ciudadela. Volvió sobre sus pasos y regresó a la puerta que llevaba al jardín y al santuario norte. No había nadie más en aquellos pasillos. Todos los cortesanos se habían dispersado por dondequiera que pasaran sus infinitas horas de ocio. Mejor así. Tenía la cabeza demasiado hecha un lío como para hacerse pasar de manera convincente por la prima de un duque.

Le habían ordenado que fuera a buscar a Bastian, pero no tenía prisa por hacerlo. Al parecer, si había algo que le sobraba era tiempo.

El sol estaba en su cénit y brillaba con la suficiente intensidad como para obligarla a entrecerrar los ojos. Lore se apartó del camino de inmediato. Sus pies se dirigían hacia el bosque artificial que quedaba a la izquierda del sendero empedrado. No era un bosque de verdad, había sido cuidadosamente planificado, diseñado de aquel modo para que nada creciera por libre. Pero se asemejaba bastante a uno real.

Se detuvo debajo de los árboles, cerró los ojos e inhaló hondo

aquel aroma a hierba y a tierra. Dentro de los muros de la ciudadela, todo olía a limpio, una diferencia de la que no había sido consciente hasta aquel momento. Estaba acostumbrada al hedor que emanaba la gente cuando se encontraba apiñada; al olor de la salmuera, del hollín, de la basura y de la mugre. Pero allí el aire olía a algo fresco y limpio, como si lo renovaran cada mañana.

Con un suspiro, Lore se sentó pesadamente sobre la hierba. En las rodillas le aparecieron unas manchas verdes casi al instante y soltó una maldición, estirando las piernas delante de ella pese a que el daño ya estaba hecho. Tras otro suspiro, se dejó caer hacia atrás, con la cabeza apoyada sobre el blando sustrato. Cerró los ojos. La luz del sol de verano que se colaba a través de las ramas de los árboles iluminaba la red de venas que tenía en la cara interna de los párpados, un horripilante mapa de capilares.

Aquello le recordaba a las catacumbas. A esa percepción latente, siempre a su alcance, pero lo bastante apartada de su mente como para permitirle ser una persona funcional. Le costaba creer que hubiera sido capaz de vivir tanto tiempo sin la barrera que Gabe le había ayudado a levantar. Era como si al canalizar de nuevo el Mortem para resucitar a Caballo hubiera abierto una compuerta. Estar dentro de los muros de la ciudadela había apaciguado un poco aquella sensación, pero su percepción seguía siendo más fuerte de lo que lo había sido nunca, aumentando con el paso de los días.

Cada día que pasaba se acercaba más a su vigésimo cuarto cumpleaños.

Resucitar al niño muerto había supuesto un verdadero golpe contra su escudo mental y, aunque este seguía manteniéndose firme, Lore casi era capaz de saborear el Mortem en el fondo de la garganta, vacío y con sabor a cenizas. Sentía un cosquilleo en los dedos, como si las hebras que había enredado alrededor de ellos le hubieran dejado una quemadura imborrable sobre la piel, tan nítida como su cicatriz en forma de luna. El Mortem tiraba de ella en todas direcciones. Era un vacío que la invadía, una enorme y terrible tormenta de nada.

Aquello era lo peor de todo. La ausencia de algo tangible. La muerte era un gran abismo, un pozo sin fondo. Lore deseaba ser capaz de dejarse llevar por la fe que impartía la Iglesia, ser capaz de creer que el reino luminoso la estaba esperando una vez que acabase su vida.

Pero eso no servía de nada. Aunque así fuese, ella nunca acabaría allí.

Se estremeció. A pesar del aire puro, los bonitos ropajes y toda la comida que había a su disposición; a pesar de aquella falsa seguridad

que le aportaba estar bajo la protección del rey, la idea de resucitar a otro cadáver era más que suficiente para hacer que quisiera salir corriendo hacia los muelles, con Val y Mari, y suplicarles que volvieran a acogerla. Les perdonaría todo con tal de que no le hicieran volver a usar el Mortem.

—Que me jodan —maldijo por lo bajo.

—Tendrás que pedirlo por favor.

Lore abrió los ojos de golpe. Una forma humana y oscura se inclinó sobre ella, con el sol que quedaba a sus espaldas desdibujándole las facciones. Pero entonces, aquella forma sin nombre tomó asiento y la chica pudo ver una sonrisa irreverente y el balanceo de un rizo oscuro.

Bastian dirigió la mirada hacia las manchas de hierba que tenía en las rodillas.

—Aunque parece que alguien ya lo haya hecho.

Al final no haría falta que fuera en busca de Bastian. Había sido el Príncipe Solar el que había ido hasta ella.

Lore trató de incorporarse, quitándose la hierba del pelo e intentando, en vano, adoptar una postura que ocultara las manchas de hierba.

—Mis más sinceras disculpas, alteza…, mmm…, Príncipe Bendi…

—Por favor, llámame Bastian —le suplicó el Príncipe Solar, poniéndole fin al tartamudeo de Lore mientras esta intentaba dar con el título correcto—. Y no hace falta que te disculpes. La primera temporada de cualquiera en la corte suele estar repleta de indiscreciones.

—Me temo que la única indiscreción que he cometido aquí ha sido… la de quedarme dormida. —Lore señaló con una mano hacia el enramado que formaban los árboles, iluminado por la luz suave y dorada del sol—. Hace tan buen día… Además, nos pasamos la noche en vela y nos hemos despertado al amanecer…

—Te acostumbrarás. —Bastian esbozó una sonrisa que le hizo entrecerrar los ojos. Estos no eran negros, como ella había creído en un principio. De cerca, llegaban a ser de un tono más claro que el de su cabello oscuro, de un color similar al del *whisky*—. He oído que mi padre te ha llevado a las criptas. La verdad es que me ha sorprendido que estuviera dispuesto a satisfacer tu curiosidad. Muchos cortesanos quieren verlas nada más llegar a la ciudadela, pero, por lo general, August se niega a aceptar cualquier petición de visita.

El príncipe era mucho más observador de lo que era conveniente.

—Me estuvo preguntando sobre mi madre —se apresuró a comentar Lore, casi sin pensar en las palabras que iba a decir antes de que estas salieran por su boca—. Está… No está bien de salud y nos

estamos planteando la posibilidad de conseguir una cripta en la ciudadela para cuando fallezca.

Bastian enarcó una ceja.

—Siento mucho oír eso —le dijo—. Disculpa que sea tan grosero como para hablar de dinero, pero no sabía que la familia Remaut tuviera miembros tan pudientes como para poder permitirse una cripta dentro de la ciudadela. La mayoría de los nobles de menor rango optan por las criptas comunes a las afueras del distrito noroeste. Ese es, sin duda, el mejor lugar de sepultura al otro lado de los muros.

Lore le dedicó lo que esperaba que fuera una sonrisa convincente, aunque en su mente le pareciera oír las trompetas que sonaban en los muelles para avisar del mal tiempo.

—Hemos estado ahorrando.

El príncipe siguió sonriendo, pero había algo calculador en aquellos ojos de un castaño dorado.

—Vosotros y todo el mundo. Tu madre debe ser muy devota para ser tan buena ciudadana incluso a la hora de su muerte.

Aquel tono tan incisivo hizo que Lore sintiera que debía responder de un modo similar.

—La verdad es que es una vergüenza que haya que pagar un precio tan exorbitado para ser un buen ciudadano.

El Príncipe Solar soltó una carcajada que parecía ocultar algo, algo que no quería que ella supiese. Ambos estaban jugando a lo mismo.

—Sí que es una vergüenza. Tanto que cabría pensar que a la Iglesia no le importa demasiado asegurarse de que todos sus devotos llegan al reino luminoso con sus cuerpos intactos.

—Solo los devotos que puedan pagarlo.

—Exacto. —Bastian le ofreció un brazo—. Vamos. Pasea conmigo hasta los establos. Si alguien pregunta por las manchas de hierba, les diremos que te has caído de un caballo.

Lore pensó en la mujer a la que había visto con él en los jardines el día anterior, con los labios del príncipe sobre su hombro. Si alguien la veía con Bastian y se fijaba en las manchas de hierba sobre su falda, la conclusión a la que llegaría no sería que había estado cabalgando un caballo, precisamente…

Cuando tomó el brazo que el príncipe le había ofrecido, pudo sentir los músculos de Bastian moverse bajo la manga de seda. Estaban más definidos de lo que había esperado de un miembro mimado de la realeza. Aquella era otra tosquedad incongruente, como la cicatriz que le atravesaba la ceja y los callos que tenía en las manos.

Lore y el Príncipe Solar pasearon tranquilamente por los caminos despejados que cruzaban el bosque, senderos sinuosos diseñados al

detalle para que parecieran naturales, pese a no serlo en absoluto. Una leve brisa agitó el cabello del príncipe, que ondeaba suelto sobre sus hombros. Lo tenía demasiado largo como para que se considerara que seguía la moda actual, aunque Lore dio por hecho que llevara como llevase Bastian el cabello, toda la corte lo imitaría en cosa de un mes. Olía a vino tinto y a colonia cara, con toques de algo que el olfato inexperto de la chica no era capaz de identificar.

—Le he solicitado a mi padre una y otra vez que suprima las tarifas asociadas al entierro en una cripta —le dijo Bastian mientras tomaban otro desvío y el límite del bosque artificial aparecía delante de ellos—, pero está convencido de que necesitamos el dinero para la guerra que se avecina contra el Imperio kiryteo.

A Lore se le tensaron los hombros, pero mantuvo el rostro impasible.

—¿Ah, sí? —murmuró—. ¿Entonces cree que la guerra es inminente?

—Lleva pensando que la guerra es inminente desde que tengo uso de razón.

—El Imperio se ha ido acercando cada vez más. —O al menos lo suficiente como para que ella llevara años escuchando rumores en los muelles sobre una posible guerra, temiendo que se produjeran reclutamientos y el comercio se estancara.

—Y aun así —dijo Bastian—, nunca nos han invadido.

—Puede que estén esperando algo. —Lore mantuvo la vista al frente y el tono de voz neutral—. Tal vez información. O el momento oportuno.

—Conseguir información sería complicado. —El príncipe posó la mirada en ella—. August solo les confía los secretos militares a unos pocos. Ni siquiera yo estoy al corriente de la mayoría.

Ella se obligó a reír.

—Eso no puede ser cierto. Eres su heredero.

—Y mi padre odia eso con todas sus fuerzas.

Ambos siguieron deambulando tranquilamente durante un rato. A Lore le sudaba la palma de la mano con la que agarraba la manga de Bastian. El tejido era ligero y vaporoso, así que seguramente le dejaría manchas de sudor cuando apartara la mano.

—Haya o no una guerra inminente, me parece deplorable que se les cobre a los ciudadanos por un entierro decente. Al menos, deberían hacerse excepciones por circunstancias atenuantes. —Bastian la miró por el rabillo del ojo—. Por ejemplo, por todo este embrollo con los aldeanos.

Lore se mordió la cara interna de la mejilla, intentando pensar en

un modo de sacarle información sin que pareciera sospechoso. August le había dicho que se habían deshecho de la mayor parte de los cadáveres de las aldeas. Aquello debía significar que los habían quemado, sin tener en consideración la clase de entierro que esas personas hubieran preferido en vida. Shademount y Orlimar eran pequeñas aldeas donde la mayoría de sus ciudadanos eran campesinos que se limitaban a sobrevivir. Según los tratados, uno accedía al reino luminoso en el mismo estado en el que se encontrara su cadáver, así que, si lo quemaban, eso significaba que no entraría en absoluto. La Iglesia no se molestaba en correr con los gastos de una cripta para campesinos pobres.

—Me sorprende bastante que la Iglesia no defienda unas prácticas funerarias más equitativas —declaró la joven—. Acceder al reino luminoso debería depender de la devoción de uno, no de su dinero.

—Sobre todo porque la mayoría de los nobles no llegarán ni a pasar del umbral del reino luminoso, esté o no su cadáver intacto. —Bastian esbozó una sonrisa burlona—. Puede que la Iglesia y los capas sangrientas hagan la vista gorda ante la cantidad de veneno que entra en la ciudadela, pero dudo que Apollius haga lo mismo.

Lore apretó los dientes, pensando en Cecelia y en su copa de belladona, además de en la petaca que August siempre llevaba encima.

—Ah, el sistema de justicia.

El resoplido del príncipe se transformó en una verdadera carcajada.

—Un sistema sí que es. Aunque no tengo claro que tenga nada de justo.

El bosque se abrió hacia otro jardín, más pequeño y mucho menos ordenado que el que se hallaba al otro lado de la ciudadela. Parecido al bosque, este era una pantomima cuidadosamente concebida de naturaleza salvaje, una ilusión contradictoria de naturaleza libre. Aves coloridas anidaban sobre los arbustos y un par de pavos reales paseaban por entre el follaje.

Bastian y Lore pasaron junto a lechos de flores de colores vivos y pequeños estanques relucientes plagados de peces brillantes. Algún que otro cortesano se hallaba allí fuera de paseo matutino o jugando partidos de croquet con aire perezoso. Pero, más allá de unas ligeras inclinaciones de cabeza, no interactuaban entre sí. Lore dio por sentado que la mayoría de la corte había vuelto a la cama después de la misa al amanecer.

—Hablando de aldeas —dijo, cambiando el rumbo de la conversación a algo con lo que tal vez consiguiera información y que

no solo sirviera para cabrearla—, he oído que en algunas los ciudadanos han muerto de la noche a la mañana, sin indicios de enfermedad o envenenamiento. Pero eso no puede ser posible, ¿no?

—Eso es lo que he oído yo también. Pero tengo mis propias teorías. —Bastian estiró un brazo y acarició la cabeza violeta de un pavo real que pasaba por allí. El ave le picoteó la mano y él le dio un manotazo sin fuerza—. Creo que la culpa de todo esto la tiene el Mortem.

Lore se golpeó el dedo gordo del pie contra uno de los adoquines, lo que hizo que se aferrara con fuerza al brazo de Bastian mientras intentaba mantener el equilibrio, consiguiendo, por muy poco, no soltar un improperio. Le molestó fijarse en que el antebrazo del príncipe estaba tan duro como una roca bajo su agarre.

—¿No me digas?

—¿Ningún rastro de veneno, enfermedad o ataque? —Bastian se encogió de hombros, provocando que el músculo bajo la mano de Lore se tensara y acabara distrayéndola—. A mí me suena a que tiene que ver con el Mortem. ¿Por qué? ¿No estás de acuerdo?

—No, la verdad es que no. —Ella negó con la cabeza—. Si se tratara de Mortem no canalizado, los cuerpos no estarían intactos. Se hallarían en un estado avanzado de putrefacción o directamente habrían desaparecido. —Las fugas de Mortem habían supuesto un problema durante los primeros años tras la Caída de los Dioses, aunque realmente habían dejado de ser una verdadera amenaza desde que se habían fundado los Presque Mort y los Arceneaux habían construido la ciudadela sobre la tumba de Nyxara.

Bastian le lanzó una mirada contemplativa.

—Sabes más sobre Mortem que una cortesana cualquiera, Lore.

Lo dijo en un tono muy informal y neutral, pero la chica sabía muy bien que era pura fachada. Maldición. El príncipe le había proporcionado una pala y ella no había tenido problema en comenzar a cavarse su propia tumba.

—Es un tema que encuentro muy interesante.

—También morboso.

—A menudo, lo que es interesante también suele ser morboso. —Lore se encogió de hombros—. Además, cualquiera que le preste un poco de atención a la historia llegará a la misma conclusión. Los testimonios sobre el periodo de la Caída de los Dioses y los años que le siguieron están bien documentados. Sabemos qué le sucede a un cuerpo cuando entra en contacto con el Mortem puro y no canalizado de una fuente externa.

—Cierto. —Bastian cogió una pluma de pavo real que se había quedado enredada en un arbusto. Se la colocó detrás de la oreja con

aire desenfadado. Lore estaba segura de que aquello también lo pondría de moda—. Pero ¿no podría haber sido canalizado hacia algo y que ese algo fuera lo que ha causado todas esas muertes? ¿Alguna cosa que atacara a la aldea, los matara a todos y no dejara ni rastro?

—No lo creo. El Spiritum que todos tenemos en nuestro interior no lo permitiría. —Ella nunca había oído que el Mortem canalizado hubiera sido empleado con el objetivo de matar a alguien. Canalizar la muerte en un cuerpo vivo era complicado. El aura del Spiritum, de la vitalidad que envolvía a cada ser vivo, hacía que aquello fuera prácticamente imposible. Podían destruirse las auras más débiles, aquellas que poseían las plantas o los humanos muy enfermos, pero no las de los sanos.

Si alguien estaba empleando el Mortem para matar a esos aldeanos, lo hacía de un modo que Lore no era capaz de concebir. Y eso que ella sabía mucho al respecto.

—Sin duda ha sido una negligencia por mi parte no consultarlo con otro experto. —Al parecer, la pluma de pavo real le hacía cosquillas. Bastian se la quitó de detrás de la oreja y jugueteó con ella entre los dedos—. El resto de las personas con las que he tratado este asunto no son tan expertas en el tema como tú.

Lore le dedicó una pequeña y tímida sonrisa, intentando representar a «la prima de la campiña», intentando transmitirle que no suponía ninguna amenaza y que no había que tomársela muy en serio.

—En casa no tengo mucho que hacer. Intento entretenerme con lo que encuentro.

Bastian arqueó una ceja y miró de nuevo fijamente hacia las manchas de hierba. La chica le pellizcó el brazo, conteniendo una risa genuina.

—¡Lore!

Gabriel recorría con paso ligero el sendero, como si intentara llegar hasta ellos sin tener que echar a correr. Aun así, cuando llegó a su altura, estaba casi sin aliento. Fijó su ojo en Bastian y luego en ella, enarcando la ceja como si le molestara que Lore siguiera las órdenes que le habían dado tan al pie de la letra.

—Remaut, qué bien que te unas a nosotros. —El príncipe agitó la pluma de pavo real juguetonamente por debajo de la barbilla de Gabe —. Iba a llevar a tu prima a los establos. No te preocupes, las manchas de hierba ya las tenía antes de que la encontrara.

El monje enarcó todavía más la ceja. Lore le dedicó una sonrisa que parecía más una mueca.

—Acompáñanos. —Bastian dobló aún más el brazo, atrapando la mano de la joven en el hueco del codo—. Tengo una nueva

adquisición muy peculiar. Vosotros dos seréis los primeros a quienes se la muestro. —Le dedicó a Lore una sonrisa radiante—. La verdad es que entre esto e invitaros anoche al baile de máscaras, he sido un magnífico intermediario social. Tal vez deba ofrecerles mis servicios a las madres de las solteronas.

—Seguro que a August le encantaría que hicieras eso. —Gabe se colocó a la altura de Lore, a su otro lado. Ella sentía que estaba siendo escoltada por dos felinos extrañamente altos, nerviosos y huraños.

—Probablemente tanto como le encanta a Anton que hayas vuelto a la corte. Seguro que no le ha gustado tener que perder a su canalizador estrella durante la temporada.

Gabe no dijo nada, con los brazos detrás de la espalda en una postura relajada, aunque tuviera los puños cerrados. Lore pensó en la conversación que Bastian y ella habían mantenido mientras bailaban, sobre cómo el príncipe había intentado orquestar la liberación de Gabe para el verano, sin saber que Anton ya lo había planeado todo.

Pero aquella incómoda transición le dio la oportunidad de hablar de los dos hermanos que gobernaban Auverraine con la persona que más sabía sobre su relación.

—August y Anton… —comenzó, tanteando cómo podía expresarlo—. No parecen llevarse bien. ¿A qué se debe?

—Anton no se convirtió en el altísimo sacerdote hasta después de tener su visión —se apresuró a responder Gabe, aunque debía ser consciente de que la pregunta iba dirigida a Bastian. El Presque Mort parecía ser incapaz de no saltar en defensa del sacerdote—. Pero August era el heredero al trono desde que nació. El elegido de Apollius. Como es natural, todo aquello creó ciertas tensiones.

—Como si fueran niños peleándose por ser el favorito de su padre —resopló Bastian—. Sin duda, la visión de Anton fue de lo más conveniente.

Gabe le dedicó al príncipe una mirada sombría.

—¿Insinúas que lo de la visión no es verdad?

—Remaut, ni siquiera sé qué vio en aquella visión. Ni yo ni nadie. —Bastian pasó el brazo por detrás de Lore para darle una palmadita a Gabe en la espalda—. Solo digo que tuvo que haber sido muy gorda para que cayera de cabeza en el brasero. Aunque supongo que gracias a eso consiguió magia. Así que tuvo sus cosas buenas y malas.

Al monje se le contrajo un músculo de la mandíbula, pero no hizo ningún otro comentario sobre la veracidad de la visión de Anton.

—Según los tratados, el linaje de los Arceneaux ya contaba con su propia magia.

—Ese es uno de los muchos motivos por el que no pierdo el tiempo

con los tratados. —Bastian alzó una mano, flexionando los dedos de forma exagerada con un brillo pícaro en la mirada—. Hay quienes me han dicho que hago magia con los dedos, pero el contexto no era nada sagrado.

Gabe puso los ojos en blanco.

Los jardines comenzaron a desaparecer poco a poco, dando paso a un amplio prado verde. Los caballos deambulaban por allí plácidamente, sin encontrarse delimitados por ninguna valla, tan solo por el muro de la iglesia a un kilómetro de distancia, que se alzaba hacia el cielo azul. Parecía como si hasta el ganado de la ciudadela estuviese formado por criaturas acomodadas.

Los establos se hallaban sobre una pequeña colina. Se trataba de una estructura de madera reluciente, mucho mejor que cualquier casa en la que hubiera vivido Lore. Unos criados con libreas de color morado guiaban a caballos musculados mientras estos hacían ejercicio alrededor de un cercado resplandeciente. Otro estanque artificial refulgía en el prado como si se tratase de una joya.

—Por todos los dioses muertos y moribundos —murmuró Lore.

—¿Una aficionada a las artes ecuestres? —le preguntó Bastian, con un tono cantarín que indicaba que estaba burlándose de ella.

—No me importaría dejarme convencer para convertirme en una.

El príncipe se rio, tirando de ella hacia los establos.

—Pues serías la única. Gabe odia los caballos.

Lore miró hacia atrás, hacia el hombre en cuestión. Tenía el ojo entornado, fijo en el lateral de la cabeza de Bastian, ya que el Príncipe Solar no le miraba de frente.

—No odio a los caballos.

—Me lo dijiste tú mismo.

—Sí, cuando tenía ocho años. Después de caerme de un semental formidable que tú me retaste a montar. La mayoría de las personas acaban madurando entre los ocho y los veinticuatro años, y sus aversiones suelen ir cambiando.

—Con ocho años, odiaba el pavo real asado y sigo haciéndolo.

—He dicho la mayoría de las personas.

Bastian agitó una mano con un gesto impertinente.

El interior de los establos estaba casi tan bien como su exterior. Los caballos relincharon cuando el príncipe pasó por delante de ellos y les acarició los morros con aire ausente mientras se dirigía hacia el fondo del edificio.

Un grupo de niños se encontraban apiñados alrededor de la última cuadra de la fila, algunos vestidos como si fueran la prole de los cortesanos y otros como si trabajaran en los establos. Ninguno de ellos

hablaba. Todos estaban con los ojos abiertos como platos, mirando lo que fuera que hubiera allí.

—Apartaos —dijo Bastian, pero en un tono suave. Lore esperaba que los críos se dispersaran al darse cuenta de quién era, pero tan solo se echaron a un lado con los ojos aún fijos en la criatura de la cuadra.

Cuando los tres recién llegados se acercaron lo suficiente como para poder ver lo que allí había, Lore entendió a qué se debía tanto revuelo.

Caballo. Era Caballo.

Pero no podía ser… No tenía sentido. Aquello no seguía ninguna de las normas del Mortem que ella conociera. La muerte era definitiva, y extraer la magia del Mortem de un cuerpo no podía cambiar aquello. No había ningún modo de extirpar por completo toda la muerte. Una cosa muerta no podía volver a estar viva, no podía existir por sí misma. Lore había visto caer al animal cuando había cortado los hilos. Había visto cómo la muerte regresaba a su cadáver.

Pero algo debía haber pasado entre aquel momento y ahora, porque allí estaba Caballo.

La chica se quedó de piedra. Seguía teniendo una mano sobre el brazo de Bastian, pero no podía sentirla. La mirada de Caballo era lechosa y opaca. En la garganta seguía teniendo un gran tajo. El animal arrimó el morro hacia la mano extendida de Bastian y emitió un sonido que bien podría haber sido un relincho si sus cuerdas vocales hubiesen estado intactas.

—Menudo espécimen, ¿eh? —Bastian dirigió la mirada, oscura a causa de las sombras del establo, hacia Lore—. Lo he llamado Claude.

Capítulo Catorce

Los secretos se engendran solos.

Proverbio caldieniano

Durante la temporada de tormentas en el distrito portuario, la marea golpeaba el litoral como si se tratase de un tambor. Chocaba contra la arena rocosa marcando un ritmo constante, emitiendo un olor a sal, pescado y lluvia, incesante e ineludible, que podía volver loco a cualquiera durante las primeras semanas, antes de acabar fundiéndose con el ruido de fondo.

En aquellos momentos, el pulso de Lore era igual. Un eterno tamborileo en los oídos que le llegaba hasta la garganta. Estaba convencida de que, si dirigía la vista hacia abajo, seguramente sería visible, latiendo a través de la blanda piel de sus muñecas.

Caballo, o Claude, la miraba con curiosidad. Cuando ladeó la cabeza hacia un lado, la herida abierta que tenía en el cuello se agrandó aún más, con los bordes pegajosos a causa de la sangre y el pus. Lore podía ver los estragos que había hecho la muerte en él: los músculos grisáceos bajo la piel cuarteada y las puntas astilladas de sus huesos de color marfil.

—Es curioso, ¿verdad? —Bastian le acarició el morro al caballo. La bestia volvió a relinchar y el sonido que emitió fue horrible, intermitente y errado—. Debería estar muerto. Pero es como si él no lo supiera y se negara a doblegarse. —El Príncipe Solar se rio entre dientes, aunque algo más mordaz que el simple entretenimiento brilló en su mirada—. Puede que ese sea el verdadero secreto de la vida eterna. Negarse a morir. Es mucho más fácil que convertirte lentamente en piedra.

Lore había llegado a sentirse ligeramente herida por el hecho de que Caballo nunca pareciera tenerle demasiado aprecio. Por lo general, solía ignorarla, a no ser que ella le llevara manzanas. Pero ahora agradecía que la criatura se comportara como si no la reconociera en absoluto. Caballo agachó la cabeza ensangrentada y se

sacudió una mosca de su cuarto trasero. Los huesos de su cuello chocaron entre sí.

El Mortem no debería funcionar así. Eso no era algo que pudiera hacer un canalizador corriente. Ni siquiera aquellos que habían sido lo suficientemente fuertes cómo para resucitar a un cadáver antes de que los ejecutaran a todos. Las vidas animales eran mucho menos complicadas, ya que no había que darles instrucciones específicas para que parecieran mínimamente vivos. Aun así, los cadáveres eran como marionetas, y solo se activaban cuando el canalizador manejaba los hilos de su muerte. Pero un cadáver completamente independiente como aquel… no debería ser posible.

Pero ella no era una canalizadora corriente.

Lore desechó aquel pensamiento por medio de la fuerza física, mordiéndose con fuerza la lengua hasta que pudo saborear la sangre.

Bastian se sacó una manzana del interior de su abrigo y se la ofreció a Caballo. A Claude. El animal la olisqueó y luego se alejó.

—No come —dijo el príncipe, lanzándole la manzana a uno de los chicos de los establos, que le dio un mordisco con entusiasmo—. No bebe. No hace sus necesidades. Creo que tampoco duerme. Pero, quitando todo eso, parece estar completamente vivo.

Unas pestañas largas revolotearon sobre los ojos lechosos de Claude cuando este parpadeó.

A Lore se le encogió el estómago. Miró a Gabe, esperando que no pareciera sentir tanto pánico como ella. El Presque Mort mantenía su expresión bajo control, aunque la piel alrededor de la boca le había palidecido.

—Un espécimen interesante —dijo, y casi logró sonar indiferente —. ¿Dónde lo has encontrado?

El silencio se extendió durante medio segundo y Bastian torció los labios hacia un lado.

—Unos guardias con los que me llevo particularmente bien lo encontraron vagando por el distrito sudoeste —dijo al fin—. Me lo trajeron aquí porque no sabían qué otra cosa hacer con él. Debe de tratarse de algún tipo de magia defectuosa, ¿no os parece? Un resquicio de la que dejaron atrás algunos de los dioses menores. Algo elemental. Puede que sea magia de la tierra. Ese poder permaneció vivo más tiempo que los otros, y el cuerpo de Braxtos se encontró en Auverraine.

Aquello era cierto. Lo habían encontrado en una cueva en la región montañosa oriental. Aún quedaban allí restos de Braxtos, convertidos en piedra. Una efigie hecha roca con la forma indeterminada de un hombre, a la que los granjeros de las regiones más apartadas le

rezaban a veces. Pero esa idea era una chorrada. No quedaba ya ni un ápice de la magia de los dioses menores.

No obstante, eso no importaba, ya que era evidente que Bastian estaba mintiendo y que era consciente de que Lore lo sabía. Le delataba la curva que formaba con la boca, el lento parpadeo de aquellos ojos oscuros con toques dorados. También el modo en el que extendió el brazo y le atusó a la chica un mechón de pelo detrás de la oreja mientras esta contemplaba, con el rostro pálido, al caballo muerto que ella misma había resucitado.

—Te pido disculpas —murmuró Bastian—. Pensé que ver a Claude te parecería entretenido, pero veo que no eres tan dura como pensaba.

En su cuadra, Caballo olisqueó un fardo de heno. Aquello hizo que se le abriera más la piel que tenía alrededor del tajo del cuello. Un mosquito se le posó en una arteria vacía.

Lore se estremeció.

—Lo siento si te he asustado, querida Eldelore. —Bastian se encogió de hombros—. Simplemente creí que te parecería interesante.

Ella no abrió la boca. Aquello era igual que si Bastian hubiera gritado a los cuatro vientos que la había pillado. Le había puesto una trampa desde el principio. Lore no era capaz de dejar salir ni una palabra de su garganta, que no dejaba de palpitarle.

Si se hubiese tratado de una misión para Val, no hubiera tardado ni una hora en largarse de allí. En cuanto alguien se olía lo más mínimo que ella podía ser un topo, se largaba de vuelta al almacén en los muelles, para estar a salvo con sus madres.

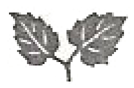
A salvo. Lore se encogió. Nunca más volvería a pisar ese almacén. Aunque pudiera escapar de la ciudadela, no volvería con Val y Mari. Aquello le dolía demasiado.

Un leve murmullo de voces, las de Gabe y Bastian, le revoloteó alrededor de los oídos, como polillas en torno a la mecha de una vela. Podía escuchar disculpas afectadas que no engañaban a nadie y que eran aceptadas de una forma tan fría como el hielo. Gabe apoyó la mano sobre el hombro de Lore, apartándola de allí.

—Creo que a mi prima le vendría bien descansar un poco.

Cuando llegaron casi a la entrada de los establos, la joven miró sobre su hombro. Caballo la contemplaba, frotándose el tajo del cuello contra la madera de la puerta de su cuadra, restregándose el músculo muerto y el hueso. Bastian se encontraba al lado de la bestia no muerta, observando.

Miró a Lore a los ojos y le sonrió.



Gabe tomó asiento en el sofá, encorvado sobre sus brazos cruzados.

—Sabe algo.

—Sí. —Lore caminaba de un lado a otro detrás del sofá, mordiéndose una uña. Había logrado superar la impresión inicial mientras Gabe la conducía por el bosque, los jardines y el laberinto de pasillos de la ciudadela hasta sus aposentos. La conmoción y el miedo seguían allí, pero había conseguido sofocarlos bajo una capa de furia ardiente—. No hay mejor confirmación que un caballo muerto.

Al monje se le retorció el rostro con un gesto de asco mientras negaba con la cabeza.

—Por los infiernos infinitos, ¿cómo es posible que ese caballo siga… siga…?

—¿En pie? —Lore sintió que el frío le recorría la nuca, como si alguien hubiera apoyado la palma congelada de una mano contra su piel—. ¿Comportándose como si estuviera vivo?

—No es que nadie lo estuviera canalizando —comentó Gabe—. Me hubiese dado cuenta. Ambos lo habríamos hecho. ¿No crees?

Ella se encogió de hombros, nerviosa, mientras seguía caminando de un lado a otro. Gabe tenía razón. Por lo que sabía, en las pocas ocasiones en las que había estado cerca de uno de los Presque Mort mientras estos canalizaban el Mortem, había sentido un tirón incómodo en las venas, como si la sangre se le hubiera coagulado y su corazón no se hubiese percatado aún del problema. Era imposible no darse cuenta.

Se rompió una uña con los dientes y sintió una oleada de dolor en la encía. Maldijo en voz baja y frunció el ceño mientras se miraba la uña rota.

—Sí, habríamos sido capaces de sentirlo.

El jubón de Gabe emitió un sonido al rozarse contra el brocado del sofá justo cuando se dio la vuelta para mirarla.

—Si nadie lo está canalizando de forma activa —dijo despacio—, entonces tiene que tratarse de algún resquicio que quedó de lo que tú le hiciste.

—No. —Lore lo negó de inmediato—. El Mortem no funciona así. Si no…

—Soy consciente de cómo funciona el Mortem. —El monje se levantó del sofá, cerniéndose sobre ella pese a que se encontraba al menos a un metro de distancia. Había algo distinto en su tono, en su postura. Se parecía al Mort que la había acorralado en un callejón,

listo para emplear la violencia si fuera necesario, y no al hombre al que había comenzado a considerar algo así como un amigo—. Y también soy consciente de que el modo en el que tú lo manejas no tiene precedentes, no desde que mataron a todos los nigromantes. —Entornó su único ojo, cerrando los dedos en un puño para ocultar el tatuaje de la vela que tenía en la palma—. Incluso entonces, nada que estuviera muerto podía mantenerse en pie por sí mismo.

Lore entornó la vista igual que había hecho él. Se enderezó y sacó las agallas que había tenido en el distrito portuario y que había perdido en la ciudadela.

—Si me estás acusando de algo, Gabriel, dilo sin rodeos. Deja de dar vueltas como si estuvieras en otra de las fiestas de Bastian.

Algo en el modo en el que dijo el nombre del príncipe hizo que Gabe se sobresaltara. Provocó que desapareciera el Presque Mort y que regresara el hombre. Había servido de recordatorio de que tenían un enemigo en común, un objetivo común. Un recordatorio de que Lore y él no se podían permitir estar en bandos contrarios.

Gabe se pasó una mano por el rostro, cansado.

—No te acuso de nada —dijo al fin. Luego, resopló—. Pareces tan confundida como el resto de nosotros sobre cómo funciona tu magia.

—Me alegro de que eso te reconforte. —Lore se apoyó contra la pared, echando la cabeza hacia atrás. La lámpara de araña que colgaba en el centro del techo estaba llena de polvo—. A mí me parece bastante aterrador.

El Mort hizo un ruido que ella no supo interpretar. Cuando apartó la mirada de la lámpara de araña, Gabe estaba de nuevo sentado, con los codos sobre las rodillas.

—Entonces, puede que esa sea la explicación —declaró—. Supongo que todo esto formará parte… de eso. De tu poder.

—Por si te sirve de consuelo —dijo Lore, sentándose a su lado—, si supiera cómo funciona, te lo contaría.

—Si acabas descubriéndolo pronto, sería todo un detalle.

—Lo tendré en cuenta.

Estuvieron sentados en la penumbra durante un rato antes de que Lore comenzara a darle vueltas a su otro problema, uno mucho más gordo.

—Si Bastian sabe quién soy —comentó—, entonces ¿por qué no me lo ha dicho sin más? ¿O por qué no me ha matado? ¿No es eso lo que haría si de verdad fuese el informante de Kirytea?

Gabe se frotó el parche del ojo.

—A Bastian lo espían con bastante frecuencia. Solo porque sepa que le estás espiando no significa que conozca el motivo.

—El numerito que ha montado con el fin de enseñarnos el caballo muerto me hace pensar que se hace una idea —dijo—. Seguro que es lo suficientemente listo como para establecer una conexión entre lo de las aldeas y el hecho de que su padre haya traído a una nigromante. Y si lo ocurrido es cosa de Kirytea, no le costará mucho deducir que dicha nigromante está aquí para desenmascararlo.

—Puede que esté tan emocionado con su mascota muerta que no haya relacionado aún ambas cosas.

—O puede que no esté trabajando para Kirytea, sin importar lo mucho que August y Anton quieran creerlo. No tienen ningún verdadero motivo para sospechar de él. Al menos, ninguno que hayan compartido con nosotros.

—Anton no insistiría tanto en que investigases a Bastian si no tuviera un buen motivo. —Gabe apoyó un codo sobre el brazo del sofá y la frente sobre la mano—. ¿Y qué otro motivo puede haber? Solo porque no hayan compartido toda la información con nosotros no significa que no exista.

Era evidente que Lore no iba a llegar a ninguna parte con el monje. Este había sido programado para bailar al son de Anton. La chica volvió a pensar en Bastian, en lo que había compartido con ella mientras bailaban. «Mi tío lleva catorce años controlando la vida de Gabe».

Con un suspiro, se presionó las sienes con las palmas de las manos, descansó los codos sobre las rodillas y cambió de tema, pasando a algo que no fuera a provocar una pelea.

—¿Y cómo ha conseguido el caballo? Sé que la historia que nos ha contado es mentira.

—Puede que no —respondió Gabe—. Bastian tiene amigos entre la guardia de la ciudadela. También algunos amantes. Se llevaron el cadáver del distrito para quemarlo, pero alguien debió de contárselo al príncipe como si fuera un dato curioso. A Bastian debió de intrigarle lo suficiente como para pedirles que se lo trajeran y el resto de los guardias hicieron la vista gorda.

—Qué mentes más extraordinarias las de esa guarnición. Son lo mejor de lo mejor. —Lore dejó caer las manos y miró a Gabe—. ¿Deberíamos contárselo a ellos?

Ellos: August y Anton. No hacía falta que lo clarificara. El silencio que se impuso entre Gabe y ella fue igual de tenso que la cuerda de un arco, con ambos esperando a que fuera el otro el que lanzara la flecha.

Si Lore no les era útil como espía a los hermanos Arceneaux, la encerrarían en una celda hasta que la necesitaran para resucitar a los muertos. Y una vez que hubieran acabado con aquello, la enviarían en

un viaje de ida a las minas de las islas Calcinadas.

—No —dijo Gabe con voz queda, como si pudiera leerle el pensamiento—. No tenemos por qué contárselo. Ahora mismo no.

—Gracias —murmuró ella.

El monje asintió con la cabeza, con rapidez y firmeza.

Un montón de sobres se encontraban apilados sobre la mesa frente al sofá, relucientes bajo la luz tenebrosa del fuego. Los habían metido por debajo de la puerta cuando Gabe y Lore habían llegado a sus aposentos. El Mort los había recogido y los había dejado todos allí. Lore tomó el montón y hojeó distraídamente aquellos finos papeles.

Invitaciones. A tomar el té, a cenar, a bailes, incluso a una partida de cartas nocturna. Bastian les había otorgado relevancia al invitarlos a su baile de máscaras y la corte había seguido su ejemplo. Solo de pensar en tantos compromisos sociales hizo que le doliera la cabeza.

—No esperarán que acudamos a todo esto, ¿verdad?

—A todo no. A algunos, sí. —Gabe continuó examinando, malhumorado, el fuego encendido, sin mirar la pila de sobres de manera intencionada—. Y ya te darás cuenta de que no todos van destinados a los dos.

—¿Por eso estás de tan buen humor? ¿Te sientes excluido?

Él volvió a gruñir.

—La corte está deseando poder hablar contigo. Eres la novedad. Pero no hay muchos que quieran socializar con un Presque Mort que se ha tomado un descanso. —Sonrió y luego añadió en un tono sarcástico—: Algo que agradezco, la verdad. Después de dos citas para tomar el té, también suplicarás formar parte del clero.

—Sí, sobre todo porque tú haces que parezca de lo más tentador. —Lore siguió revisando los sobres hasta que seleccionó uno al azar. La letra era fina y con florituras, e iba dirigida a ambos, refiriéndose a ellos por sus nombres de pila. LORE Y GABE, con una diminuta flor dibujada detrás de la última «e». La chica frunció el ceño mientras abría la solapa, intentando no romperla. El papel parecía más caro que cualquier cosa que ella hubiese llevado puesta antes de llegar a la ciudadela.

Era una invitación a un partido de croquet. De Alienor.

—Probablemente deberíamos asistir a esto.

Gabe extendió la mano para coger la invitación y Lore se la pasó. La mandíbula del Presque Mort se quedó rígida, pero no dijo nada y volvió a entregársela igual de serio que un juez dictando sentencia.

Ella le dio mil vueltas al papel entre las manos mientras se debatía entre actuar con tacto o dejarse llevar por la curiosidad. Ganó la curiosidad.

—¿Cómo os…? Quiero decir…

—Nuestros padres pactaron nuestro matrimonio desde antes de que aprendiésemos a caminar. —El tono de voz de Gabe era bajo y monótono. Su respuesta sonó casi ensayada. Se quedó mirando por la ventana desde el sofá, sin ver realmente nada—. Eramos amigos de la infancia. Tanto como pueden serlo dos niños que siempre tienen presente que se casarán en el futuro. Todo acabó cuando cumplí los diez años, por motivos evidentes. No hay nada más que contar.

Lore sintió un pequeño pinchazo de dolor. Se había cortado con el borde de la invitación.

—¿Está Alienor comprometida con alguien ahora?

—No que yo sepa. Tampoco es que importe.

Parecía que sí que importaba, a juzgar por la postura que habían adoptado los hombros de Gabe. Y ella sintió un vacío en el centro del estómago, como si le importara que a él le importase.

La conexión que Lore había sentido entre ellos había menguado. Ya no tenía aquella sensación constante de *déjà vu*. Pero no había desaparecido del todo. Aún tenía la desconcertante certeza de que conocía a Gabe, de que eran algo más que aliados provisionales a los que habían juntado hacía apenas un par de días.

Eso no significaba nada. Cuando Lore había comenzado a espiar a otros traficantes de veneno, Mari le había hecho una advertencia sobre dejarse llevar por la sensación de cercanía que se daba en situaciones excepcionales. En aquellos casos, la mente siempre buscaba un modo de conectar con otras personas, queriendo encontrar algo a lo que aferrarse.

La joven dejó la invitación sobre la mesa junto con los otros sobres cerrados.

—Bueno, espero que sepas jugar al croquet porque, desde luego, yo no.

—Estoy algo oxidado. No es que jugáramos mucho al croquet en Northreach.

—No, estarías muy ocupado poniéndole ojitos a los cuadros de Apollius y leyendo los tratados hasta ser capaz de recitarlos mientras duermes.

—Exactamente. —Gabe se puso en pie con un movimiento veloz, estirando los brazos sobre la cabeza—. ¿Estás tan harta de estos aposentos como yo? Desearía profundamente poder estar en cualquier otro sitio.

—¿Sabes de algún lugar en el que no vayamos a encontrarnos con cortesanos curiosos, exprometidas o príncipes capullos con caballos muertos?

—De hecho —dijo Gabe, dirigiéndose hacia la puerta—, sí que hay un lugar.

Capítulo Quince

El poder de Nyxara era el de la muerte, pero la muerte convertida en algo concreto: en la esencia de la falta de vida sin importar el huésped. Solo alguien que haya estado en contacto con la muerte puede canalizarla en su forma primigenia, haciéndola transitar a través de él o ella para luego introducirla en otra cosa, dejándola en un estado latente. Canalizar esa muerte en forma primigenia, a la que hemos decidido ponerle el nombre de Mortem, hacia una materia viva puede acabar matando a los huéspedes más débiles, como las plantas, pero no puede matar a los más fuertes, como los humanos sanos y los animales. No obstante, hay un modo de canalizar de forma segura el Mortem hacia un huésped vivo sin matarlo. Sin embargo, esto lo convierte en piedra, dejándolo en un estado entre la vida y la muerte, en un equilibrio entre el Mortem y el Spiritum. Este método parece funcionar con todo tipo de materia viva, si la persona que lo canaliza es lo bastante hábil como para hacerlo correctamente.

—Extracto de las notas de Hakem Tabbal, naturalista erocano, dos años d. C. D. (después de la Caída de los Dioses).

Aquel lugar resultó ser un jardín hecho de piedra.

No era completamente de piedra. Había alguna que otra flor viva que envolvía a sus homologas rocosas. Rosas de un tono carmesí como la sangre florecían formando un lecho donde había otras convertidas en granito. Una hiedra verde trepaba por las estatuas en las que se habían convertido otras como ellas. Pero, en general, casi todo era de piedra.

Aunque aquello no significaba que estuviera muerto.

Lore no era capaz de entenderlo, al menos al principio. La roca era algo en lo que siempre había podido sentir el Mortem de manera

fiable: sin vida y sin esperanza de convertirse en algo distinto. Pero a las plantas de piedra las rodeaba un zumbido de vida, silenciado pero presente, envuelto por el más mínimo indicio de Mortem.

Transmitía… paz. El aura del jardín era de tranquilidad, como hundirse en una cama blanda al final de un día largo.

A su lado, Gabe relajó los hombros, dejando escapar toda la tensión que había estado sintiendo como si fuera agua de lluvia cayendo hacia una alcantarilla. Tal vez Lore también pareciera aliviada. Puede que ambos fueran siempre por ahí como si tuvieran un peso amarrado a los pies y no se hubieran dado cuenta hasta que alguien había cortado las cuerdas.

El jardín al que la había llevado Gabe se encontraba en un patio adosado al muro de la iglesia, protegido en el interior de los terrenos de la ciudadela por una valla alta y ornamentada con una puerta de las mismas características. Era lo suficientemente pequeño como para que Lore pudiera ver cada rincón desde el lugar de la entrada en el que se habían parado, con los senderos entre los lechos de flores dispuestos en una cuadrícula perfecta que le recordó a las calles de Dellaire. En el centro se hallaba lo que parecía ser un pozo bajo con un techo a dos aguas dorado. El pozo estaba cerrado y cubierto por una gran tapa circular de madera con una pequeña estatua de Apollius sobre ella, como si estuviera sujetándola.

Mirar hacia el pozo acabó con esa sensación de paz que transmitía el resto del jardín e hizo que Lore sintiera un escalofrío que le recorrió la columna. Desvió la mirada de aquella zona.

Con vacilación, estiró un brazo y tocó una de las rosas de piedra. La textura era increíblemente lisa, igual que la de un pétalo.

—¿Canalizáis todo el Mortem hacia aquí? —Lore había oído las historias, esas que contaban que los Presque Mort eran lo suficientemente hábiles como para canalizar el Mortem en el interior de las plantas sin llegar a matarlas. Pero oír sobre la existencia de un jardín de piedra no la había preparado para lo asombroso que sería verlo en persona. Lo que había esperado era algo duro y brutal. En cambio, aquello era hermoso.

Gabe asintió. A su lado, las flores se superponían unas sobre otras, estriaciones de rocas y hojas, con el nuevo jardín floreciendo de forma continua sobre el antiguo.

—¿Cómo es posible? —Una ráfaga de viento hizo que una rosa viva se inclinara hacia ella; las diminutas espinas se engancharon en su manga. Con delicadeza, Lore se las desenganchó, permitiendo que la rosa volviera a enderezarse—. Es decir, sé cómo lo hacéis, pero ¿cómo conseguís que…? Quiero decir…

—Con mucha delicadeza —resopló Gabe—. Canalizamos el Mortem hacia la superficie del objeto. No llega a oprimir el Spiritum, tan solo… lo envuelve. Lo deja en un estado de hibernación, en algún punto entre la vida y la muerte. —Señaló hacia el jardín casi con orgullo, deambulando por el camino—. Podríamos revertirlo si hiciera falta. Volver a canalizar el Mortem a través de nosotros, introducirlo en algo muerto y liberar las flores para que vuelvan a ser lo que eran antes. En cierto modo, están muertas, pero no es una muerte permanente.

Lore contempló las rosas un poco más, observando cómo se balanceaban hacia delante y hacia atrás bajo la luz del sol. Entonces, alcanzó a Gabe, que seguía paseando de buen humor sobre los adoquines. Allí caminaba como si fuera una persona distinta, como si su carga fuese menos pesada. La chica se preguntó si aquel sería el aspecto que siempre tenía cuando simplemente era un monje, cuando le dejaban vivir sin que las miradas de todos los cortesanos se convirtieran en un constante recordatorio de quien había sido en el pasado.

—Parece hacer trampa. —Lore no podía seguirle el paso, pero hizo todo lo posible para ir a su ritmo, dando dos pasos por cada uno de los suyos—. Pasar de la muerte a la vida y viceversa sin consecuencias.

—¿Consecuencias como las que trae consigo la ingesta de veneno? —Gabe sacudió la cabeza—. Cualquiera que haga eso se merece lo que le ocurra. A los humanos nos han concedido el tiempo que debemos vivir. Intentar hacer trampas para alargar la vida no forma parte del plan de Apollius.

Ella se preguntó si Gabe habría percibido el olor procedente de la petaca de August y, en tal caso, qué pensaría al respecto.

—¿Alguna vez habéis intentado hacer esto con una persona? —Señaló con imprecisión hacia el jardín.

Gabe se quedó inmóvil, con un gesto horrorizado que se le reflejó en aquel ojo azul.

—Nadie le haría esto a una persona.

Lore frunció el ceño y dio un paso atrás, sintiendo una culpa que quedó evidenciada en su expresión afligida, acompañada de un creciente resentimiento.

—No quiero decir que deba hacerse. Tan solo siento curiosidad, Gabriel. —Tragó saliva—. Has tenido años para aprender a manejar este poder, has contado con alguien que ha podido guiarte. Yo solo me he limitado a intentar sobrevivir a él.

Por un momento, el monje se la quedó mirando con el rostro tenso e inescrutable. Entonces, se dio la vuelta, emprendiendo de nuevo la

marcha, aunque esta vez iba más erguido que antes.

—Nadie sabe cómo podría afectar el canalizar el Mortem de esta forma hacia un ser con alma —dijo al fin, eludiendo por completo el asunto de la ignorancia de Lore—. La postura de la Iglesia al respecto es que hacer eso enviaría el alma directamente al reino luminoso…, o supongo que a uno de los infiernos infinitos, según cómo hayas vivido tu vida. Si te trajeran de vuelta, te sacarían del más allá y contarías con un conocimiento que ningún mortal debería poseer.

Resucitar a una persona de entre los muertos no le devolvía su alma, tan solo su cuerpo. Por eso había que darles instrucciones. Pero la insaciable curiosidad por el más allá había provocado una avalancha de nigromantes justo después la Caída de los Dioses. Estos eran personas que podían canalizar el suficiente Mortem como para resucitar a los muertos, con la finalidad de descubrir qué pasaba después de la muerte, para conocer los secretos sobre a dónde se iba una vez que el cuerpo había dejado de funcionar.

Aquello no le había gustado a la Iglesia, aunque realmente nunca hubiera llegado a funcionar. Nadie había conseguido jamás recibir una respuesta clara de un cadáver.

La mirada de Lore se posó sobre Gabe.

—¿De verdad crees en el reino luminoso?

—Soy miembro del clero, creer en el reino luminoso es literalmente parte de mi trabajo.

Ella le dio un golpecito en el hombro con el suyo, en un gesto amistoso. Pasado un momento, Gabe le dedicó una leve sonrisa.

El sendero los llevó hasta el pozo. La estatua de Apollius era más austera que la mayoría, hecha de una roca sencilla sin ninguna piedra granate ornamental. Lore la contempló con cautela.

—¿Qué es eso?

—La entrada a las catacumbas —respondió Gabe con una completa falta de interés, tanto que, por un momento, la joven creyó haberle entendido mal. Pero él le lanzó una mirada llena de ironía y se encogió de hombros—. Lo abrimos cada vez que hay un eclipse, dejamos salir el Mortem y lo canalizamos hacia las flores. Es un método eficiente y probablemente el motivo por el que no hemos sufrido ninguna fuga significativa desde hace tanto tiempo.

La mención del eclipse hizo que Lore se presionara la palma de la mano contra el muslo, escondiendo su cicatriz.

—¿Cuándo es el próximo?

—En el solsticio de verano. Un eclipse solar, así que el Mortem será particularmente fuerte. Nyxara bloqueará a Apollius y todo eso. —Gabe enarcó una ceja—. ¿No es justo esa la fecha de tu

cumpleaños?

Su vigésimo cuarto cumpleaños. Su consagración. Ella disimuló su inquietud con una sonrisa inocente.

—¿Es que estás pensando en conseguirme una tarta?

—Tal vez. Depende de cómo te portes hasta entonces.

Lore puso los ojos en blanco y le tomó del brazo, volviendo a seguirle el paso mientras se alejaban del pozo. Aun así, sus meditaciones hicieron que acabara mordiéndose el labio.

—¿No te preocupa que cuando se produzca un eclipse solar el Mortem sea más fuerte?

—Intento no preocuparme hasta que Anton me diga lo contrario.

Aquello hizo que a Lore se le retorciera el estómago, pero se esforzó por mantener el tono de voz ligero.

—Pareces mucho más unido al altísimo sacerdote que a cualquiera de los otros Presque Mort.

—Anton ha sido como un padre para mí. Sé que en parte lo ha hecho debido a su visión, que por eso debo formar parte de los Presque Mort y que es la voluntad de Apollius… Pero también ha sido muy bueno conmigo. Me ha ayudado. Iba y venía de la ciudadela para verme, para asegurarse de que me estaba yendo lo mejor posible. —Gabe se encogió de hombros—. Si no fuera por él, no estaría aquí.

La chica no sabía a qué se refería con «aquí», si hacía alusión a formar parte de la Iglesia o si hacía referencia al mundo de los vivos. Tampoco quería ahondar en el asunto.

—¿Por qué me has preguntado si creo en el reino luminoso? —le preguntó el monje después de unos minutos de silencio no muy cómodo—. ¿Acaso tú no?

Ella encogió los hombros.

—La verdad es que no suelo pararme a pensar en lo que sucederá después de la muerte. Ya tengo bastante de lo que preocuparme en el presente.

Gabe emitió un sonido compungido en señal de comprensión.

—Pero si me paro a pensarlo… —Lore le dio una patada a un guijarro suelto—. No, no creo en el reino luminoso. Al menos, no de la forma en la que lo explica la Iglesia.

Gabe arqueó una ceja, pidiendo, sin palabras, que elaborara más su respuesta. Pero no la tildó de hereje ni salió corriendo en busca de Anton, algo que de por sí parecía prometedor.

Lore suspiró, alzando la cabeza, como si el cielo veraniego fuera a otorgarle las palabras necesarias para explicarse.

—Cuando percibo el Mortem, siento que es la ausencia del todo. Un final. Así que supongo que no tiene sentido que crea en una vida

después de la muerte…, pero sí que creo. En fin, creo en algo. Aunque, si te soy sincera, la idea de los infiernos infinitos tiene más sentido para mí que el reino luminoso. Creo que, sea lo que sea que haya después de esto, es algo que nos buscamos nosotros mismos. Lo que sembremos en la vida, recogeremos en la muerte, ya sea bueno o malo.

—La peor parte de los infiernos infinitos debe ser la soledad —dijo Gabe con un hilo de voz—. Estar atrapado en un mundo creado a partir de tus propios pecados y completamente solo. Entiendo tu planteamiento, pero no puedo creer que alguien que haya llevado una vida devota vaya a encontrarse solo en la muerte. Y no tendría ningún sentido que el resto de las personas acabasen atrapadas en un lugar basado en las acciones de otro.

Ella deslizó una mano por encima de un lecho de geranios de piedra.

—No sé. Pero si el Mortem transmite esa sensación de vacío, de soledad, ¿no tendría sentido que la muerte también fuese así?

Se sumieron en el silencio. Se oían voces en la lejanía, cortesanos en acción dentro de los muros de la ciudadela, sembrando lo que más tarde acabarían recogiendo.

—No estoy seguro de que el Mortem y la muerte transmitan lo mismo —dijo Gabe al fin, casi como si hablara consigo mismo—. Lo primero es una magia retorcida que procede del cuerpo de una diosa muerta y lo segundo es algo que nos aguarda a todos. Lo primero deriva de lo segundo, pero no son la misma cosa.

—¿Por qué decimos que su magia es «retorcida»? —Si no hubieran estado solos, si el silencioso jardín de piedra no pareciera un lugar apartado de la realidad, Lore no habría dicho nada. Pero, dadas las circunstancias, las palabras salieron de su boca cargadas de ponzoña —. Apollius y ella eran iguales. Puede que la magia de Nyxara fuera oscura, de la noche y la muerte, pero no era retorcida. No más que la de él o la de cualquier otro de los dioses menores elementales que os gusta olvidar que existieron. Simplemente era una magia distinta.

El monje le respondió con un «mmm» pensativo mientras fruncía el ceño.

—¿Conoces la Ley de los Contrarios?

Era una enseñanza de los tratados, una muy simple que les enseñaban a los niños en cuanto aprendían a caminar. Bueno, a aquellos niños que no eran Lore. Aun así, conocía esa ley y le dedicó un leve asentimiento.

—Si algo es bueno, entonces su contrario debe ser malo. —Gabe sacudió la cabeza—. Eso es algo en lo que no creo.

—¿No crees en algo que se dice en los tratados? Te estás ganando unas vacaciones a las islas Calcinadas.

Entonces, fue el turno de Gabe de darle un golpecito a ella en el hombro.

—Creo que los tratados están sujetos a interpretación —replicó el Mort—. Y en este caso, considero que la interpretación que se le da debe de ser incorrecta. Los contrarios no siempre suponen una oposición. Por ejemplo, el día y la noche son iguales. Uno no es bueno y el otro malo. —Hizo una pausa, con los labios apretados—. Pero sí es verdad que una cosa lo ilumina todo, mientras que la otra lo oscurece. Y creo que eso también debe significar algo.

Lore no respondió. Se cruzó de brazos, mirándose los pies mientras recorrían los adoquines.

—No creo que Nyxara sea malvada —continuó Gabe. Aunque parecía que le costara pronunciar aquellas palabras, como si llamar a la Diosa Enterrada por su nombre fuera una tarea complicada—. Cometió un error al intentar matar a Apollius, por motivos que ninguno de nosotros conoceremos nunca, y fue abatida por ello. No creo que ella esté en el reino luminoso con él, eso no tendría ningún sentido. Pero espero que, a donde quiera que haya ido a parar tras terminar su vida aquí, no sea demasiado horrible. —Hizo una pausa—. Y ojalá se hubiera llevado su magia consigo, en lugar de dejar que se filtrara por todo Dellaire. Pero supongo que no fue algo que ella pudiera decidir.

Lore desplazó la mirada hacia el joven.

—Tengo la sensación de que desear que la vida después de la muerte de Nyxara no sea horrible deber ser algún tipo de blasfemia.

—Si ser compasivo es blasfemia, que me quemen en la hoguera.

Lo dijo a modo de broma, pero los dos sabían que realmente no lo era. Caminaron en silencio, ambos sumidos en sus pensamientos.

—¿Tienes hambre? —Habían recorrido todo el perímetro del jardín y ahora Gabe se dirigía de nuevo hacia la puerta, la que los llevaba de vuelta a la ciudadela—. Si el almuerzo sigue sirviéndose igual que cuando yo era un niño, debería haber comida en el vestíbulo principal.

El Mort estaba en lo cierto. Cuando atravesaron las puertas de la ciudadela, una mesa larga ocupaba todo el vestíbulo, y contaba con más comida junta de la que Lore había visto nunca. Habían vuelto a colocar las mismas fuentes de vino del baile de máscaras de Bastian. Además, había un montón de pequeños sándwiches y lo que parecía ser un jabalí asado entero con una manzana en la boca.

La chica se quedó boquiabierta.

—¿Dejan todo esto aquí y ya está?

—La mayoría de los cortesanos envían a sus criados para que les preparen una bandeja —le explicó Gabe, cogiendo un plato y trinchando un trozo de jabalí—. Pero como nosotros no contamos con criados, tendremos que apañárnoslas solos.

—Qué vida más dura. —Lore saboreó el *macaron* que acababa de meterse en la boca.

No todos los cortesanos habían delegado la preparación de sus almuerzos. Alie se encontraba en un rincón del vestíbulo, ataviada con un largo vestido de gasa color lavanda, sencillo y elegante. Al verlos, los saludó con la mano, abandonando con elegancia al resto de las damas con las que se encontraba para ir a darle a Lore un abrazo fuerte e inesperado.

—¡Vosotros dos! ¿Dónde os habíais metido? Acabamos de regresar de un partido de croquet en el patio trasero. Estaba segura de que os vería allí. —Movió aquellas cejas claras arriba y abajo—. Tendréis que practicar si queréis estar a la altura para cuando juguemos.

—Estábamos dando un paseo —respondió Gabe, justo al mismo tiempo que Lore dijo:

—Bastian nos ha llevado a los establos.

El monje fijó su único ojo en Lore, echando chispas. En respuesta, esta le dedicó una mirada arrepentida por encima del hombro de Alie. Siempre le habían dicho que las mentiras eran más creíbles cuando escondían algo de verdad, así que, por esa regla de tres, ¿no les iría mejor si mentían lo menos posible?

Alie abrió mucho los ojos.

—Está bien. No os culpo por escoger a Bastian antes que un partido de croquet. —Enarcó una ceja pálida en dirección a Gabe—. ¿Doy por hecho que sentiste que tenías que acudir en calidad de carabina? Seguramente haya sido lo más prudente.

—Ah, no. No tiene nada que ver con eso —dijo Lore—. El príncipe simplemente estaba siendo cortés.

La otra mujer les dedicó una sonrisa pícara.

—A Bastian no le van las cortesías. Sin embargo, sí que le gusta hacer proposiciones indecentes cuando lleva a su potencial conquista a los establos.

Lore se controló para no dejar escapar una risita tonta. Tal vez Bastian tuviera la costumbre de llevar a los establos a las personas con las que quería acostarse, pero si de algo estaba segura ella era de que sus tácticas de seducción no incluirían a un caballo no muerto.

Aun así, la mera insinuación fue suficiente para que Gabe pusiera una expresión de profundo sufrimiento, similar a la del jabalí que

había sobre la mesa.

—Gracias por la información, Alie.

—De nada. Tengo fue ponerte al día de todos los rumores que han corrido por la corte en estos años. —La joven pasó de dedicarle una sonrisa a Gabe a dedicársela a Lore—. Os contaré los más jugosos en el partido de la semana que viene. Me parece que se disfrutan más cuando tienes un mazo en la mano.

Lore, que en realidad aún no se había decantado por ninguna de las invitaciones del montón que había en sus aposentos, tragó un sorbo de vino y asintió.

—Allí estaremos.

—Excelente. —Alie agitó la mano por encima del hombro mientras se daba la vuelta para volver con sus amigas, un grupo de mujeres hermosamente ataviadas con las que Lore intentaba, por todos los medios, no establecer contacto visual. Cecelia no se encontraba entre ellas y no reconoció a ninguna otra como parte del grupo que había consumido veneno en el baile de máscaras—. ¡Nos vemos allí!

La sonrisa desapareció del rostro de Lore en cuanto volvió a centrarse en la comida.

—Al menos sabemos que Bastian no me ha llevado a los establos para sus fechorías habituales.

Lo había dicho a modo de broma y esperaba que Gabe reaccionara poniendo los ojos en blanco, como ya era habitual en él, pero el Presque Mort se limitó a pinchar otra fresa con su cuchillo y a dejarla en su plato.

—Yo no estaría tan seguro —murmuró.

Capítulo Dieciseis

Cada persona adquiere los conocimientos que le proporciona su posición social No es digno de un devoto intentar ascender más allá de la posición que los dioses le han otorgado.

—El Libro de la Ley Mortal, tratado 90

La tarde pasó volando entre una bruma iluminada por el sol. Después de almorzar, Lore obligó a Gabe a que le hiciera un recorrido por la ciudadela. Aquello supuso una ardua tarea para él, ya que llevaba muchos años sin pisar ese lugar. Sin embargo, que ambos compartieran aquel desconocimiento prácticamente mejoró la situación. Eran dos intrusos rodeados de una opulencia que no los representaba. Cuando Lore comenzó a pensar en Bastian y en lo que este podría saber o no sobre ella, intentó dejar todas esas preocupaciones a un lado, detrás de la barrera de árboles que Gabriel le había ayudado a crear. Necesitaba tiempo para idear un plan, para plantearse el posible compromiso que tenía para con August de un modo que no acabara con ella encerrada en una celda.

También necesitaba una distracción, y el monje se la proporcionó. Su paseo los llevó hasta salones dorados con elevados techos pintados, donde se habían plasmado unas escenas celestiales interrumpidas por lámparas de araña relucientes. Una de las estancias estaba únicamente plagada de estatuas, cuerpos de mármol resplandecientes captados en plena pelea de espadas, besos o bailes. En otra de las habitaciones, circular y hecha casi por completo de cristal, había un estanque cristalino con una fuente en el centro y pétalos de rosa flotando en la superficie. No pasaron mucho tiempo allí. Un puñado de cortesanos holgazaneaban alrededor del borde del estanque y más de uno estaba nadando en él, desnudo como un recién nacido. A Gabe se le enrojecieron las mejillas por debajo del parche del ojo mientras se daba la vuelta y enfilaba de vuelta al pasillo. Lore logró contener la risa hasta que estuvieron lo bastante lejos de aquella puerta como

para que ninguno de los cortesanos pudiera escucharla.

Después de eso, completamente por accidente, acabaron en la biblioteca.

La ciudadela era un ejemplo de opulencia que destilaba exceso por todos los rincones. No obstante, aquella estancia fue la que dejó a Lore con la boca abierta. La biblioteca contaba con tres niveles, todos ellos visibles desde la planta baja. Los balcones, accesibles a través de pequeñas escaleras de madera pulida incrustadas en las estanterías, rodeaban las paredes. Los tres niveles estaban hasta los topes de libros y refulgían bajo la luz cálida que se filtraba a través del gran ventanal en lo más alto de la habitación. Unas pequeñas sillas tapizadas con brocados se encontraban agrupadas en distintas zonas de cada nivel, formando rincones de lectura donde no había ni un solo lector.

—Aquí debe haber una fortuna —jadeó la chica—. ¿Sabes lo caros que son los libros?

—Sí que lo sé. —Gabe frunció el ceño, lo que ensombreció su expresión—. Tanto dinero invertido cuando aquí casi nadie lee.

—¿Nadie? ¿En serio? Qué desperdicio.

Él se movió incómodo en el sitio.

—Bastian solía leer. Cuando éramos niños. Era un lector voraz.

—Eso sí que es una sorpresa. —Lore pasó la mano por encima del respaldo de la silla que le quedaba más cerca. El tejido era suave y aterciopelado, demasiado delicado como para formar parte del mobiliario.

—No es idiota —dijo Gabe. Luego, ladeó la cabeza, corrigiéndose a sí mismo—: Bueno, sí que lo es, pero no en lo que respecta a los libros. Simplemente en lo relativo al sentido común.

Lore se mordisqueó la comisura del labio mientras se acercaba a una de las estanterías que se encontraban más cerca de la puerta. Al más puro estilo de la ciudadela, esta parecía estar plagada de poesía erótica.

—Parece que los dos os conocéis bastante bien.

—Más de lo que me gustaría.

—¿Estabais unidos cuando… pasabas tiempo aquí?

Gabe hizo una pausa antes de responder. Cuando lo hizo, habló con un hilo de voz.

—Sí que lo estábamos. Bastian, Alie y yo éramos uña y carne.

«Éramos». El uso del pasado transmitía cierta pesadumbre. En la actualidad, ese monje malhumorado era posiblemente lo más parecido que tenía Lore a un amigo… y viceversa. Aquello sí que daba que pensar.

La muchacha sacó distraídamente un libro de la estantería y hojeó

sus ilustraciones morbosas.

—¿Vuestros padres también estaban unidos? —Su concepción de las amistades de la infancia estaba algo distorsionada, pero por lo que había visto en otras infancias más normales, parecía que la mayoría de las personas establecían una relación a causa de la amistad que ya mantenían sus padres.

Se produjo otra pausa, aquella vez más larga. Probablemente no debería haberle preguntado nada, sobre todo cuando el asunto de los padres era un tema tan peliagudo para Gabe. Pero, por algún motivo, Lore sentía que su curiosidad era insaciable cuando se trataba de él. Gabriel Remaut era un amasijo de contradicciones, de elementos opuestos enredados en el interior de aquel hombre. Y ella quería ser quien deshiciese esos nudos.

—Al parecer, nuestros padres estaban demasiado ocupados como para tener amistades —le explicó Gabe—. Pero nuestras madres sí que lo eran. Amigas, quiero decir. —Se frotó distraídamente el parche del ojo—. La madre de Bastian, Ivanna, enfermó gravemente después de que él naciera y no podía apenas abandonar sus aposentos. Mi madre y la de Alie, que se llamaba Lise, nos llevaban allí para pasar tiempo con ella. Nos dejaban jugar a nuestro aire con Bastian mientras ellas charlaban y bebían vino.

—Parece agradable —murmuró Lore.

El monje se encogió de hombros.

—Las tres eran… Bueno, no unas marginadas, pero sí que era cierto que no encajaban dentro de la corte. La madre de Alie era tan auverraní como la que más, pero físicamente se parecía a su padre malfourano, lo que provocaba que algunos cortesanos ignorantes la tratasen de forma distinta. Mi madre no era lo bastante rica como para formar parte de la alta sociedad. Balgia era un ducado muy pequeño, nada lucrativo y prácticamente insignificante, que solo se tenía en cuenta por el hecho de que se trataba de un reducto entre Auverraine y el Imperio kiryteo. E Ivanna era muy callada. La gente intentaba acercársele, ya que era la reina, pero ella no parecía interesada. —Gabe cerró la boca hasta formar una línea recta—. August no la trataba bien.

El Mort se dio la vuelta de forma brusca y fingió que buscaba un libro en otra de las estanterías. Como aquella también era de poesía erótica, Lore dio por sentado que, más que tener un verdadero interés en el asunto, lo que quería era ponerle fin a esa conversación.

—¿Cómo se llamaba tu madre? —le preguntó tras un largo momento de silencio.

—Claire —murmuró Gabe—. Se llamaba Claire. Murió cuando yo

tenía ocho años.

—Lo siento.

—Yo también. —Hizo otra pausa y luego añadió en un tono más suave—: Pero me alegro de que muriera antes de todo lo que sucedió con mi padre. Me alegro de que no estuviera aquí para presenciarlo.

Lore volvió a fijar la mirada en él. Tenía los hombros tensos bajo su jubón oscuro, con las manos juntas a la espalda. Había extendido una de las palmas, mostrando el tatuaje de la vela que le atravesaba las líneas de la vida. La larga mecha le llegaba hasta la base de los dedos. La piel que quedaba justo antes de los nudillos estaba cubierta por un semicírculo de líneas que emulaban los rayos de luz. La base de la vela comenzaba justo en su muñeca, con detalles de pedazos de cera derretida. La chica se preguntó cuánto le habría dolido que le hicieran todo aquello con la aguja.

Probablemente no tanto como perder el ojo.

Gabe levantó una mano y se frotó el lado de la cara que ella no llegaba a ver.

—Por todos los dioses enterrados o sangrantes, estoy agotado.

Lo dijo tan bajo que Lore no le habría escuchado de no ser porque le estaba contemplando fijamente. Gabe mantenía su cansancio, su ira y todo que sentía guardado a buen recaudo.

La joven se dio la vuelta. Seguía teniendo entre las manos el libro que había sacado distraídamente de la estantería.

—He encontrado uno para leer. Volvamos a nuestros aposentos. Creo que a ambos nos vendría bien una siesta.

No mentía. Entre la fiesta de Bastian y haberse tenido que levantar al alba, ella también estaba cansada.

Gabe se giró con una ceja arqueada. Fijó aquel ojo azul en el libro que Lore sostenía y su expresión fue de sorpresa.

—¿Ese es el que te vas a llevar?

La portada dorada destelló cuando ella le dio la vuelta al libro para examinarlo por primera vez. Más poesía erótica. La ilustración de la cubierta mostraba a un sátiro lujurioso persiguiendo a una ninfa que no llevaba encima nada más que una gran melena rubia.

Lore esbozó una sonrisa pícara.

—¿Y qué tiene de malo, Mort?

—Nada en absoluto. —Se encaminó hacia la puerta, completamente erguido.

—Tal vez debas leerlo tú también. Aprender algo, ya que llevas toda tu vida siendo célibe…

—¿Tan segura estás de que nunca he roto mis votos?

Ella ladeó la cabeza con curiosidad.

—¿Lo has hecho?

Gabe le dedicó una mirada serena sobre su hombro, con la barbilla en alto.

—Ya te gustaría saberlo.

La puerta se abrió justo cuando Gabe fue a agarrar el pomo. La cruzó Malcolm, con pinta de estar bastante agobiado y vestido de arriba abajo en el color negro de los Presque Mort. Se enderezó, listo para lanzar una mirada sagrada y severa a algún noble frívolo, pero entonces los reconoció y su expresión despiadada se transformó en una sonrisa.

—Buenas tardes, Lore. Y su excelencia.

—Ahórratelo —murmuró Gabe, pero le dio una palmadita amistosa en la espalda al otro hombre.

—No esperaba encontraros a vosotros dos aquí sin el príncipe que han puesto a vuestro cargo. —Malcolm sostenía una pila de libros entre las manos. Pasó junto a ellos para acceder a la biblioteca y se dirigió hacia una de las pequeñas escaleras que conducían a las plantas superiores—. Por cómo lo dijo, parecía que Anton quería que Lore estuviera pegada al culo del Príncipe Solar.

—De hecho, ahora iba a ir a buscarle —se apresuró a añadir la chica. Era obvio que Gabe y Malcolm eran amigos. A ella le caía bien el otro Presque Mort tras el poco tiempo que había pasado con él, pero daba por sentado que este estaba igual de condicionado que Gabe a informar de todo a Anton—. Gabe creía que Bastian estaría aquí, pero parece que el príncipe prefiere pasar su tiempo de ocio en otra parte. —«Como en los establos, intentando alimentar a base de manzanas a un caballo muerto».

Malcolm miró hacia abajo desde la segunda planta, inclinándose sobre la barandilla dorada lo suficiente como para ver la portada del libro que llevaba Lore. Abrió aquellos ojos oscuros como platos mientras dejaba escapar una risa.

—Veo que te tomas muy en serio lo de acercarte a Bastian.

—Siempre sigo las órdenes que me dan —respondió ella.

Gabe hizo una mueca, pero estaba demasiado interesado en lo que Malcolm estaba haciendo como para soltar un comentario sarcástico.

—¿Anton está sacando más libros de la biblioteca de la iglesia?

—No exactamente. —Malcolm dejó la pila de libros en el suelo para luego coger uno de ellos y colocarlo en un hueco vacío en la estantería. Aquel tomo era grueso, y los músculos del monje se tensaron al introducirlo en su lugar. Era un verdadero desperdicio lo atractivos que eran todos los Presque Mort—. Me pidió que le llevara estos porque quiere estudiarlos. Nuevas ediciones del Compendium,

algunas traducidas de otros idiomas y pasadas al auverraní. —Colocó otro volumen demasiado grueso en su sitio—. No tengo ni idea de por qué, ya que literalmente hay cientos de Compendium en la biblioteca de la iglesia, incluido el original. Además, por lo que he visto, solo está fijándose en el Libro de la Ley Divina. Pero ¿qué sabré yo? Solo soy el bibliotecario. —Metió el último libro en la estantería y se dio la vuelta para mirarlos, con las manos apoyadas sobre la barandilla—. Al menos los Compendium son fáciles de encontrar. Hace un par de meses, me pidió que buscara un libro sobre soñar despierto. Tuve que escribir a una universidad de Farramark y luego tardó siglos en llegar hasta aquí en barco. Cómo no, me lo pidió justo cuando el paso de Ourish estaba congelado.

—Debe estar buscando algo específico en las traducciones —murmuró Gabe—. ¿Analiza algún tratado en particular?

—Ayer se dejó todos los libros abiertos —comentó Malcolm mientras bajaba por las escaleras— por la página de la Ley de los Contrarios. —Se encogió de hombros—. ¿Quién sabe? Yo no sería capaz de detectar las diferencias.

—¿Es habitual que existan diferencias en las traducciones? —preguntó Lore.

—En realidad no. —Malcolm les abrió la puerta, señalándoles amablemente el pasillo—. Si te soy sincero, los Compendium son lo menos interesante que hay en el catálogo de la iglesia. Los testimonios de primera mano de la Caída de los Dioses y las notas sobre los experimentos llevados a cabo con la magia elemental son mucho más entretenidos.

—Seguro que sí —dijo la joven con un hilo de voz.

Malcolm detectó el brillo de interés en la mirada de Lore y sonrió al darse cuenta.

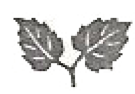
—Si quieres, eres bienvenida a ir a echar un vistazo algún día. Tan solo avísame de antemano para asegurarme de que Anton no va a estar por allí. Es bastante quisquilloso con la biblioteca de la iglesia.

Gabe torció los labios formando una mueca, pero no dijo nada.

—Te tomaré la palabra. —Lore enfiló hacia la dirección que creía que los conduciría al torreón sudeste—. Eso si consigo sacar tiempo para separarme del culo de Bastian.

Malcolm soltó una carcajada.

—Avísame si necesitas ayuda para despegarte.



El sol se ponía en el horizonte mientras recorrían el sinuoso camino de

vuelta a través de los pasillos resplandecientes de la ciudadela hasta sus aposentos. Gabe estuvo callado durante todo el recorrido, con el gesto pensativo. Cualquier intento de Lore por hacer un chiste recibía como respuesta un desairado silencio.

Aquel silencio no desapareció cuando llegaron a sus aposentos. Gabe suspiró cuando entró en la sala de estar. Se llevó las manos a las caderas antes de girar a la derecha y entrar en el pequeño estudio que se encontraba en la zona del comedor. Lore escuchó el chirriar de una silla cuando el monje tomó asiento.

Mientras tanto, ella se dirigió al aparador. Allí encontró una botella de vino y se sirvió una copa. También estaba avinagrado, pero era aceptable. No pudo encontrar otra copa, así que le sirvió un poco a Gabe en una taza que evidentemente no estaba destinada para aquello.

Un gran escritorio de roble destacaba en el estudio, vacío a excepción de un pisapapeles de vidrio tallado que albergaba una rosa roja como la sangre en su centro. Las estanterías cubrían las paredes, pero la mayoría estaban prácticamente vacías. Tan solo contenían una copia polvorienta del Compendium y un helecho en una maceta que necesitaba desesperadamente que lo regaran en condiciones.

El estudio era lo bastante pequeño como para que Lore no tuviera que entrar para poder pasarle la taza a Gabe. Por un momento, este se quedó contemplándola, pero acabó aceptando el vino.

Lore apoyó un hombro contra el marco de la puerta.

—Tu humor ha ido de mal en peor.

Gabe resopló y le dio un sorbo al vino.

—Recordar los excesos de este lugar provoca ese efecto en mí.

Era comprensible. A ella también le había afectado deambular por aquellos pasillos que parecían museos, contemplar toda aquella riqueza acumulada, conociendo de primera mano la escasez de todo que había fuera de la ciudadela. Lore nunca había tenido que preocuparse por pasar hambre. Mari y Val se habían asegurado de que aquello no sucediera. Pero el hambre era como un lobo dormido que esperaba detrás de la puerta, una amenaza continua con la que debían aprender a vivir y que era mejor no despertar.

La chica se quedó mirando el fondo de su copa.

—Que nos sintamos culpables no va a ayudar a nadie, Gabe.

El Mort se irguió.

Lore daba golpecitos con el pie contra el suelo, un ritmo nervioso con el que poner en orden sus pensamientos.

—Me refiero a que una parte de mí también se siente culpable por disfrutar de esto. Por querer todo esto para mí, cuando sé lo poco que

tiene la mayoría de la gente. Pero no tenemos tiempo para permitirnos el lujo de sentirnos así. No si de verdad se acerca una guerra y si, de todas formas, estamos atrapados aquí.

Gabe seguía sin mirarla. Se arrellanó hacia atrás en la silla, en una postura muy poco elegante para un monje.

—No creí que lo echara de menos. Pero al estar aquí, en un lugar en el que fui… feliz una vez… —Se quedó callado y suspiró—. Recuerdo cuando sentía que esto era mi hogar, antes de que fuera consciente de lo podrido que está. Entonces era muy fácil amar a la ciudadela. Y odiarla fue igual de sencillo cuando descubrí lo corrompida que estaba. Pero esto último solo es fácil si lo haces desde la distancia.

Gabe quería volver atrás en el tiempo. Quería respuestas simples, límites claros. Y si no hubiera sido por Lore, los habría tenido.

—Es vergonzoso —prosiguió con un susurro—. Es vergonzoso todo lo que tienen, todo lo que roban.

—Sí que lo es —intervino ella—. Y quiero hacer algo al respecto. Solucionarlo de algún modo, pero… —Se quedó callada y se encogió de hombros. Aquello era algo a lo que le había dado vueltas a menudo y nunca había sido capaz de expresarlo—. Supongo que no sé cómo hacerlo. Solo soy una simple persona. Una persona insignificante contra muchos años de mucho poder. Me siento completamente inútil. Como si… intentara contener un río con un guijarro.

—Necesitarías muchos guijarros —coincidió Gabe. Cogió el pisapapeles de cristal y le dio vueltas entre las manos, haciendo que la rosa de su interior se estirara y refractara adoptando formas extrañas.

Lore atravesó la estancia hasta llegar a él. Tomó el pisapapeles y lo dejó de nuevo con delicadeza sobre el escritorio.

—Aplícate algo de esa compasión de la que tanto te gusta hablar, Mort —le dijo en voz baja.

Y dicho aquello, se metió en su dormitorio, con el libro de poesía erótica aún en la mano, y dejó al monje de un solo ojo con la mirada fija en la oscuridad.

Lore se pasó aproximadamente una hora intentando leer. Prendió la vela que estaba al lado de su cama cuando el sol se puso completamente en el horizonte. Pero la poesía era demasiado recargada como para resultar excitante y, en su lugar, acabó mirando embobada el dosel bordado que quedaba sobre su cabeza mientras pensaba en las criptas.

El recuerdo del pequeño cadáver sobre la losa aún hacía que se le encogiera el pecho. Aquella boca abierta, los susurros, los ojos negros. Se parecía y, al mismo tiempo, no tenía nada que ver con Cedric, pero

aun así ella no era capaz de quitárselo de la cabeza. Tal vez su magia hubiera cambiado y se hubiera vuelto más oscura; de algún modo, peor.

Y querían que volviese a hacer aquello.

Bastian le había dicho que creía que las tragedias en las aldeas habían sido causadas por el Mortem. Lore había replicado que aquello era imposible. Pero después de haber visto a Caballo (a Claude, se recordó, arrugando la nariz), se preguntaba si, al fin y al cabo, tampoco es que tuviera muchos conocimientos sobre el Mortem. Puede que en realidad no supiese nada al respecto.

Por mucho que odiara la idea de intentar traer a alguien de entre los muertos de nuevo, marcharse y dejar su fracaso atrás no era una opción. Ni siquiera lo sería aunque su otra opción fuesen las islas Calcinadas. Aldeas enteras, familias completas, habían muerto. De un modo abstracto, Lore era consciente de ello. Pero saber algo y verlo eran dos cosas completamente distintas. Igual de distinto que tener la certeza de que ella era la única que podía averiguar qué había pasado.

Su fracaso la hacía tan culpable como si tuviera las manos manchadas de sangre.

Y no fue hasta entonces, al pensar en su fracaso, en Claude/Caballo, en cómo ambas cosas tenían que ver, cuando se dio cuenta de qué relación guardaban las dos.

Se sentó de golpe en la cama.

—Mierda.

Capítulo Diecisiete

Nada une más a la gente que la desesperación.

–Proverbio erocano

Gabe seguía despierto cuando Lore salió disparada por la puerta de su dormitorio. El Presque Mort ya había abandonado el estudio polvoriento y se encontraba en aquel momento contemplando la chimenea con su habitual expresión pensativa. Se había quitado la camisa y había apilado su ropa de cama delante de la puerta. La luz de las llamas le bañaba los músculos del pecho.

Se dio la vuelta, con el ceño fruncido, justo cuando la puerta de la chica se abrió de golpe.

—¿Lore?

Ella miró hacia el reloj en la pared. Era casi medianoche. Con suerte, todos estarían ya durmiendo o en mitad de alguna otra actividad que los mantuviera distraídos.

—Tengo que volver a las criptas.

—¿Cómo dices?

Lore se apresuró a calzarse las botas y se hizo un nudo rápido en el cinturón de una bata que había encontrado en el armario. De nuevo, se trataba de una prenda hecha a su medida y de un bonito tono rosa palo que ella nunca habría escogido.

—El cadáver al que he resucitado hoy… He canalizado el Mortem hacia su interior igual que hice con el caballo.

No se detuvo mientras hablaba, dándose prisa para terminar de ponerse las botas y atárselas, moviéndose lo más rápido posible. Detrás de ella, Gabe se levantó lentamente del sofá.

—No entiendo el problema.

—El problema —dijo Lore, tirándose con fuerza al suelo para atarse los cordones— es que puede que se despierte, igual que hizo el caballo.

Cedric. Por todos los dioses. ¿Le habría sucedido lo mismo a él? Lo habían incinerado después de que ella hubiese cortado los hilos de

Mortem con los que controlaba al cadáver. ¿Habría estado Cedric despierto durante todo aquello, con la boca abierta igual que el niño de la cripta, gritando sin emitir ningún sonido?

Lore no fue consciente de que estaba hiperventilando hasta que Gabe posó una mano sobre su hombro, transmitiéndole tranquilidad. Se esforzó por controlar su respiración mientras el Mort, aún sin camiseta, se arrodillaba frente a ella, con la ceja arqueada en señal de preocupación.

—Pero a un cadáver humano tienes que indicarle lo que debe hacer, ¿no? —murmuró Gabe—. No es como un animal. No se levanta y anda. Podemos ir por la mañana.

—No. —Lore negó con la cabeza. Cuando cerró los ojos, vio a Cedric, su cadáver destrozado y con los ojos abiertos—. No, tengo que intentar solucionarlo ahora. No puedo dejarlo en ese estado. No puedo.

El monje la contempló, buscando su mirada con aquel ojo azul. Entonces, asintió una sola vez.

Ella enfiló hacia la puerta, sin darle tiempo a que cambiara de parecer. Gabe maldijo sus prisas mientras cogía una camiseta y se la metía por la cabeza, saltando sobre un pie para atarse las botas.

—Frena un poco, Lore, no es que…

—Tengo que arreglarlo antes de que August o Anton lo vean. —No estaba segura de por qué, pero sabía, con aquella misma seguridad profunda e instintiva que le indicaba cómo resucitar a los muertos, que ni el rey ni el altísimo sacerdote debían ver lo que realmente podía hacer su magia. Lo de Caballo era una cosa, pero hacerlo con personas era otra muy distinta.

Y aunque el cadáver sobre la losa no volvería a estar nunca verdaderamente vivo, realmente consciente, pensar en dejarlo solo en la oscuridad hacía que se le revolviera el estómago.

—Aparte del guardia sagrado, nadie debería haber entrado en las criptas desde que August, Anton y tú os habéis ido de allí —le dijo Gabe, que estuvo a punto de caerse mientras se ataba la segunda bota. Al intentar seguirle el ritmo a Lore, no había conseguido bajarse del todo la camiseta, y el dobladillo se le había quedado a la altura de las costillas, dejando a la vista una parte del abdomen que atraía la atención—. No es un lugar que se visite sin más. Si el cadáver se despierta, nadie lo verá.

La chica se sintió invadida por un gran alivio. Alivio y calidez. No tenía ninguna garantía de que Gabe no fuera a contarle aquello a Anton más adelante, pero, por el momento, la estaba eligiendo a ella. Y Lore se conformaba con eso.

Se dirigieron hacia la diminuta escalera al fondo del torreón en lugar de ir por los amplios escalones que llevaban a la parte delantera. La escalera de caracol era tan estrecha que Lore no podía ver lo que tenía a más de unos centímetros de distancia, así que no dejaba de estirar el cuello hacia atrás para mirar a Gabe, con las manos agarradas a la barandilla para evitar caerse.

—¿Nos dejará pasar el guardia?

—Cambia a medianoche, así que si nos damos prisa tal vez podamos colarnos mientras la entrada queda sin vigilancia.

—Bien. Así que nos dirigimos hacia…

Lore se interrumpió cuando se golpeó el hombro contra algo que, desconcertantemente, parecía otra persona.

—Mmm —dijo aquel otro ser humano.

Ella se dio la vuelta despacio.

El padre de Alienor fruncía el ceño en su dirección.

Al encontrarse unos cuantos escalones por debajo, el hombre quedaba a la altura de los ojos de Lore. Sin embargo, lord Bellegarde lograba seguir dando la sensación de cernirse sobre ella, mirando hacia abajo, por encima de aquella nariz recta, con los ojos de un tono verde casi ácido y el cabello oscuro peinado a la perfección hacia la nuca. Sonrió, pero fue una sonrisa tan esquelética como el resto de su cuerpo y no se vio reflejada en su mirada.

La muchacha recuperó la compostura y le dedicó la reverencia más aceptable que le permitía hacer aquella bata que llevaba. Detrás de ella, Gabe se había quedado igual de tieso que un palo.

—Discúlpeme, no miraba por donde iba.

—No pasa nada. —Bellegarde le dedicó una inclinación de cabeza a Lore y luego fijó la mirada en Gabe. Si verlos a ambos a medio vestir y corriendo por las escaleras traseras le había desconcertado, se le daba estupendamente bien disimularlo—. Gabriel Remaut, no creí que volvería a verte en la corte.

Su tono de voz era lo bastante gélido como para dar escalofríos. Lore frunció el ceño y contuvo las enormes ganas que sentía de morderse una uña.

La rápida sombra de una mueca que cruzó el rostro de Gabe era prueba de que él también había notado aquel frío, pero no reaccionó de ningún otro modo. Asintió ligeramente, como si se encontrara en una sala de baile en lugar de a medio vestir en la escalera del servicio a medianoche.

—Lord Bellegarde, debo admitir que yo tampoco creí que fuera a regresar.

—Esta pasada primavera se cumplieron catorce años. —El padre de

Alienor juntó las manos en la espalda. A pesar de las horas intempestivas y el extraño lugar en el que se encontraban, iba ataviado con las mejores galas de la ciudadela: una camisa blanca con mangas vaporosas debajo de un jubón de seda color crema y unos pantalones de un tejido dorado a juego. Mientras que tanto Gabe como Bastian solían llevar botas, Bellegarde lucía unos zapatos con tacón del mismo tono blanco de su camisa. No eran nada favorecedores, pero ni su ridículo calzado conseguía menguar la seriedad de su presencia—. Catorce años —continuó—, y fue hace nada cuando conseguimos enmendar el daño que causó tu familia. La reputación de los Bellegarde se vio mancillada junto con la tuya, aunque Alienor y tú no hubieseis pronunciado aún ningún voto matrimonial.

Lore desplazó la mirada del hombre a Gabriel, enrollando los dedos en la larga cinta que colgaba de su bata. Era mejor hacer aquello que dejarse llevar por el fuerte impulso que sentía de pegarle una bofetada en la boca a Bellegarde.

Pero Gabriel respondió a aquel golpe bajo con un simple parpadeo del ojo hacia el suelo.

—Lo sé —se limitó a contestar, en un tono bajo y sincero—. Por favor, créeme, Severin, nunca haría nada a sabiendas de que causaría problemas a la familia de Alie. No sabía nada sobre lo que mi padre había planeado con Kirytea.

Emplear el nombre de pila de Bellegarde y de su hija era jugársela, y no le salió nada bien. La mirada que le dedicó el otro tipo fue despiadada.

—Y sin embargo, estuviste presente en Balgia cuando se produjo la traición, cuando no existía ningún motivo para que hubieras abandonado la corte. Entenderás por qué una cosa así nos lleva a pensar que fue un complot.

Gabe apretó la mandíbula con fuerza, intentando contenerse todo lo posible.

—Fueron circunstancias atenuantes —dijo con tirantez—. Me enviaron a Balgia, no es que yo decidiera irme.

Aquello no pareció aplacar a Bellegarde.

—Y cuando Anton te trajo de vuelta, no hiciste nada para anular el compromiso, dejando que fuera nuestra familia la que se encargase del papeleo…

—Por entonces, Gabe tenía diez años. —Lore se irguió, atrapada entre ambos en las escaleras y mirando a Bellegarde con todo el desdén que fue capaz de aunar—. Era un niño.

Se hallaba lo bastante cerca del padre de Alie como para oler su

loción de afeitado, pero el hombre la miró cómo si se hubiera olvidado de que seguía allí.

—Y ahora esto —dijo, acompañado de una risita sin ganas, devolviéndole todo aquel desdén—. Dejas la defensa de tu honor en manos de una prima de la campiña que ni siquiera sabía que existía. De verdad, Gabriel, bravo.

Lore cerró las manos en puños. Gabe le envolvió la mano con la suya como si fuera un grillete.

—¿Querías algo, Severin? —Su tono debería haber sido de enfado, pero Gabe parecía cansado—. Es tarde, y supongo que si estabas subiendo por el torreón sudeste, es que tenías que tratar algún asunto conmigo. Sin duda, tus aposentos serán mucho más elegantes, y dudo que te rebajes a hablar con nadie más que se encuentre relegado a una parte tan remota de la ciudadela.

Lore miró a Gabe de soslayo, pero el monje no parecía receloso. Daba la sensación de que era habitual en Severin Bellegarde dirigirse a los aposentos de alguien casi a medianoche con el único propósito de reprenderle.

Casi era medianoche. Por el Dios Sangrante vendado, tenían que irse.

El rostro de Bellegarde no revelaba nada, pero retorció la mano que tenía a un costado. Lore bajó la mirada justo cuando el hombre arrugaba lo que parecía ser un pequeño papel en su palma.

—Simplemente quería darte la bienvenida de vuelta a la corte, Gabriel. —No había nada agradable en su tono—. A ti y a tu… prima.

—Es bastante tarde para hacer una visita social —comentó ella.

Pero Bellegarde se limitó a encogerse de hombros.

—Las horas en la corte de la ciudadela no son las mismas que fuera de ella. Y aunque quería ser cortés, debo admitir que venir a veros era lo último en mi lista de prioridades de hoy.

Gabe dejó escapar un suspiro de cansancio.

—Gracias por la bienvenida, milord. Lo siento, pero mi prima y yo vamos con retraso…

—Ya, me he dado cuenta cuando he interrumpido vuestra carrera escaleras abajo. —Bellegarde entornó la mirada hacia la bata de Lore —. ¿Adónde te diriges con tu prima a medio vestir?

—A una fiesta, cómo no —respondió la chica antes de que lo hiciera Gabe, en parte porque vio el pánico reflejado en su rostro, lo que indicaba que se había quedado completamente en blanco—. Una de la que no pienso irme hasta el amanecer, así que es mejor que vaya cómoda.

El padre de Alie enarcó una ceja.

—Parece que encajarás a la perfección en la corte.

Aquello, aparentemente, era una despedida. Tras un momento de incómodas maniobras, Bellegarde logró pasar junto a ellos y continuó su ascenso mientras Lore y Gabe seguían bajando. Ella frunció el ceño cuando el hombre se marchó. Si Bellegarde seguía subiendo es que había ido allí a hacer otra cosa aparte de buscar a Gabe. Eso o que la idea de ir juntos hasta la planta baja no le resultaba nada agradable.

El sentimiento era completamente mutuo.

Justo antes de que el noble doblara un recoveco en las escaleras que lo harían desaparecer de su vista, volvió a mirar a Lore. Tenía la boca apretada y la mano cerrada en un puño a un costado. Era la misma que contenía el trozo de papel.

Ni Gabe ni ella hablaron hasta que llegaron al final de las escaleras del servicio. Salieron a un pasillo con alfombras color escarlata que daba la bienvenida al primer piso del torreón y que desembocaba en el vestíbulo principal de la ciudadela.

—Qué hombre tan horrible —murmuró Lore, mirando hacia el pasillo y con un paso más enérgico que antes—. Qué hombrecillo más cruel.

—No pienses mal de él.

La muchacha enarcó mucho las cejas.

—A Bellegarde no le gustan nada los Presque Mort. Cree que canalizar el Mortem es un pecado imperdonable, que debe existir otra solución al problema y que debemos aguardar a que Apollius nos muestre cuál es. —Gabe se encogió de hombros y la siguió por el pasillo a paso ligero—. Si me hubieran condenado a prisión en lugar de haberme hecho un Mort, Severin no tendría ningún problema conmigo. O al menos, tendría uno menos. La verdad es que probablemente hubiera preferido que hubiese muerto a causa de mis heridas. De ese modo, cancelar mi compromiso con su hija hubiera conllevado menos papeleo.

Lore frunció todavía más el ceño.

—Y aun así, esta mañana lo he visto en el santuario norte. Lo que lo convierte no solo en un hombre pequeño y cruel, sino también en un hipócrita. Seguiré pensando lo peor de él, gracias.

—A pesar de todas sus desavenencias con la Iglesia, nunca se pierde una misa —dijo Gabe—. Eso supondría un insulto a Apollius. —Llegaron hasta una escalera amplia y poco profunda al final del pasillo. Se apresuraron a bajar por ella, haciendo muy poco ruido con las botas gracias a la alfombra gruesa y bajando el tono de sus voces hasta convertirlas en susurros—. A Bellegarde no le gusta que la Iglesia esté separada de la Corona. No le gusta que sean dos

instituciones diferentes en lugar de un único órgano de gobierno. Opina que la Iglesia debería estar bajo el mando del rey, ya que este es el elegido de Apollius.

—Un teócrata. Encantador. —Lore puso los ojos en blanco—. Supongo que Anton y él no serán muy buenos amigos.

—La mayor parte del tiempo intentan evitarse. —Era evidente que solo hablar de alguien que no estaba de acuerdo con Anton hacía que Gabe se sintiese incómodo. No la miró, pero movió los hombros—. Bellegarde y los de su calaña son pocos, y les interesa más poner cara de que han olido mierda fresca que intentar hacer algo por cambiar las cosas. Su identidad se basa en estar disgustados. Si de verdad consiguieran lo que dicen que quieren, no creo que supieran qué hacer con sus vidas.

—¿Alie comparte esas opiniones? —Esperaba fervientemente que no fuese así.

—En absoluto. —Gabe negó con la cabeza—. La verdad es que no creo que Alie pase mucho tiempo pensando en religión o política.

—La buena vida —dijo Lore con melancolía.

Se detuvieron ante un atrio que desembocaba en varios pasillos, con lámparas de araña titilando sobre sus cabezas, puntos luminosos en contraposición con las sombras que lanzaban los solitarios candelabros encendidos. Gabe echó un vistazo hacia los pasillos, aparentemente perdido.

—Sabes cómo llegar hasta las criptas, ¿no?

—¿Quieres decir que tú no?

—No todo el mundo puede acceder a las criptas, Lore. —El tono ligeramente irritado de su voz rozaba la ira—. Solo los más ricos, los más privilegiados.

—O a los que reclutan como nigromantes. —A Lore no le gustaba cuando le hablaba como si ella formase parte de las cosas que más odiaba. Parecía que olvidaba que, al igual que él, no estaba allí por voluntad propia.

Gabe la miró y suspiró.

—Por suerte para tu trasero pobre y carente de privilegios —comentó la chica, plantándose delante de él—, tengo una memoria prodigiosa.

Lo condujo por una serie de pasillos que parecían madrigueras. El oro y la opulencia que los iluminaban durante el día resultaban inquietantes en las sombras. No se toparon con nadie, aunque, de vez en cuando, pudieron escuchar voces, alguna risa y gritos escalofriantes y espectrales.

Al menos, no se toparon con nadie hasta que doblaron la última

esquina. Allí, delante de la puerta que daba al pequeño pasillo con las criptas al final, un capa sangrienta se hallaba apoyado contra la pared, con la bayoneta afilada y reluciente. Bostezó y el sonido produjo un eco en todo aquel espacio vacío.

Maldiciendo entre dientes, Lore reculó y apoyó la espalda contra una pintura al óleo que representaba a unos pastores que parecían muy borrachos.

—Creí que solo estaría el guardia sagrado en el túnel, no que habría otro aquí.

—Vaya estratega estás hecha —murmuró Gabe.

—Ríete de mí todo lo que quieras una vez que lo hayas solucionado.

—¿Por qué yo?

—Porque tú eres el músculo y yo el cerebro.

Gabe le lanzó una mirada que expresaba que aquello era debatible, pero entonces se apartó de la pared y comenzó a avanzar hacia delante sin hacer ningún ruido. Para ser un hombre tan grande, se deslizaba como la niebla, manteniéndose oculto entre las sombras.

Lore no podía negar que era agradable observarlo. Inclinó la cabeza para tener un mejor ángulo del monje mientras este atacaba por detrás al capa sangrienta. Si en el monasterio de Northreach enseñaban aquel tipo de ataques sigilosos, se le ocurrían un par de tipos del equipo de Val a los que les beneficiaría pasar una temporada allí.

Por todos los dioses. Tenía que dejar de pensar en Val.

El capa sangrienta no vio a Gabe hasta que se le echó encima. El Mort le tapó la boca al guardia con una mano y con la otra presionó un punto específico de su nuca. Luego lo dejó despacio en el suelo, apoyándolo contra la pared y teniendo cuidado de no engancharse con la punta afilada de su bayoneta.

—Creerá que se ha quedado dormido —murmuró—. Esto nos dará una media hora. ¿Será suficiente?

—Esperemos que sí. —Lore rodeó de puntillas al guardia dormido y abrió la puerta que daba hacia el pasillo estrecho. Gabe la seguía por detrás, veloz y silencioso.

El pasillo estaba tan solo iluminado por la luz de las velas. En los rincones, la oscuridad era profunda. Una vela ardía en el interior de cada nicho, lanzando una luz intensa sobre el rostro de Apollius y haciendo brillar las piedras granates de sus manos.

Por un instante, Lore temió que la puerta que daba al túnel estuviese cerrada, pero, cuando la empujó, se abrió sin hacer ruido. Imaginó que, cuando se tenían guardias, no era necesario echar el

cerrojo. Y Gabe era un claro ejemplo de que, de todas formas, eran muy pocos los que sabían llegar hasta las criptas.

Las cortas escaleras que llevaban al túnel estaban oscuras como la boca de un lobo. La joven vaciló en el umbral, recordando el pasillo y al guardia sagrado que esperaba al final de este. Miró sobre su hombro hacia Gabe.

—El guardia… Por la forma en la que está posicionado, no creo que haya forma de sorprenderle.

—Estás subestimando lo sigiloso que puedo llegar a ser.

—En serio, Gabe, tal vez debería volver por la mañana.

No quiero que acabes herido…

—Desde luego que no queremos que pase eso —dijo una voz detrás de ellos.

Lore y Gabe se quedaron inmóviles, con los ojos muy abiertos. Aquel era el momento justo antes de que la trampa se cerrara sobre la pata de su presa.

—Gracias a los dioses que estoy yo aquí. —Bastian salió de entre las sombras con una leve sonrisa en el rostro—. De lo contrario, estaríais completamente jodidos.

Capítulo Dieciocho

Niños, procurad comportaros de forma intachable, ya que el perdón no se consigue tan fácilmente.
–El Libro de la Ley Mortal, tratado 403

Lore sintió la lengua hinchada y torpe, además de una repentina niebla mental. No se le ocurría ninguna excusa para justificar qué hacían los dos allí.

A su lado, casi invisible en la penumbra, Gabriel tampoco estaba intentando justificarse. Tenía una daga en la mano. «¿De dónde la ha sacado?», pensó la chica. En ella se reflejaba la luz de las velas mientras la sostenía contra el cuello de Bastian. Aquello por fin hizo que Lore reaccionara.

—Por el Dios Sangrante, Gabe, ¿quieres acabar en la horca?

—¿Sabes? Creo que tal vez sí que quiere. —Para tener una daga apuntándole al cuello, Bastian parecía asombrosamente despreocupado—. El último acto de su interminable drama personal.

A Gabe le brillaban los dientes casi tanto como lo hacía su daga.

—Unas palabras muy valientes para ser alguien a quien apuntan con algo afilado.

—De verdad, esto me hiere. —Bastian giró el cuello de forma exagerada para mirar sobre su hombro hacia la puerta estrecha—. Pero no tanto como para despertar al guardia que está ahí fuera. Al menos, no todavía. —Sus ojos casi dorados refulgieron en la oscuridad —. Y ya he sobornado al guardia sagrado del pasillo, así que seguramente estará de juerga en alguna taberna. Pero estoy seguro de que, si quisiera, podría dar con él.

A la hora de proferir amenazas, no es que fuera precisamente sutil. Se quedaron mirándose unos a otros, Gabe todavía con la daga sobre el cuello de Bastian y el príncipe con un aspecto de peculiar indiferencia.

Le tocó a Lore ser la que rompiera el silencio, ya que esos dos parecían ser capaces de permanecer en aquella postura durante horas.

Rodeó al Príncipe Solar.

—¿Has hecho que nos sigan?

—Por supuesto que no. Os he seguido yo mismo. —Con un parpadeo en dirección a Gabe, Bastian levantó una mano y con un dedo apartó la daga de su cuello. Al monje se le pusieron blancos los nudillos a causa del forcejeo, pero bajó el cuchillo—. A diferencia de mi padre —prosiguió el príncipe—, prefiero encargarme yo mismo de mi espionaje.

Una gota de sudor le resbaló a Lore por la espalda. Había sido una necia al pensar que podía engañar a aquel hombre, creer que había un modo de salir de allí ilesa cuando Bastian sabía que era una espía. Que August hubiera subestimado tanto a su hijo iba a acabar matándolos a ella y a Gabe…

Pero Bastian no sacó repentinamente ninguna espada o grillete. Tampoco mandó llamar a los guardias para que la enviaran a las islas Calcinadas antes de que saliera el sol. En su lugar, se giró hacia la puerta que conducía hacia el centro de la ciudadela. A su paso, extinguía con los dedos las llamas encendidas en los nichos. Miró hacia ellos dos sobre su hombro, con un mechón de pelo oscuro y rizado cayéndole sobre un ojo.

—¿Venís o qué?

—Desde luego que no —dijo Gabe con los dientes apretados. La deferencia que le había mostrado al príncipe aquella tarde había desaparecido y no quedaba nada más que una profunda ira.

—Qué lástima. —Bastian se encogió de hombros—. Y yo que iba a ayudaros a colaros en las criptas. Al menos, después de hacer otra cosa antes. —Apoyó el hombro contra la pared, echándose hacia atrás aquel cabello cuidadosamente despeinado. El príncipe no estaba vestido para meterse en la cama o para pasar una noche de desenfreno. En cambio, vestía una camisa blanca holgada y unos pantalones oscuros con unas botas que le llegaban hasta las rodillas. Su atuendo era similar al que llevaba la gente en los distritos—. Pensad en todas las cosas emocionantes de las que podréis informar a mi padre y a mi tío más tarde.

Lore tragó saliva. Gabe cerró las manos en puños.

Bastian esbozó una amplia sonrisa.

—Excelente. —El Príncipe Solar se giró para continuar su recorrido por el pasillo oscuro, apagando la última de las velas al pasar por su lado.

Los dos lo siguieron, Gabe furioso y Lore sintiendo que la ansiedad le hacía un agujero en el estómago. No cabía duda de que los habían pillado, y la chica no tenía ni idea de lo que Bastian haría con ellos a

continuación. Si las sospechas de August eran ciertas, ¿los entregaría a Kirytea? ¿Los chantajearía para que le pasaran información sobre August y Anton, obligándolos a jugar a dos bandas?

Lore le lanzó una mirada a Gabe. Acabar hundiéndose ella ya era bastante malo. Odiaba tener que arrastrarlo a él también.

Unos dedos cálidos se aferraron a los suyos. Era Gabe. Le dio un apretón en la mano y le dedicó una mirada llena de significado por el rabillo del ojo. Aquello calmó sus nervios y la ayudó a mantener los hombros firmes.

Aunque el cadáver que había resucitado se hubiese reanimado igual que había hecho Caballo, no había nadie allí para darle ninguna orden. Quizá el niño estuviese consciente, tanto como podía estarlo una persona muerta, pero sería como si estuviese durmiendo, a salvo en el interior de la cripta. Por mucho que Lore detestara dejarlo en semejante estado, aquello tendría que esperar hasta que Bastian le pusiera fin a ese desvío interminable que había tomado.

Eso siempre que el príncipe mantuviera su promesa.

Bastian empujó la puerta para abrirla, dándole con la esquina al capa sangrienta que seguía durmiendo al otro lado. El guardia se reacomodó, pero no se despertó, reposando la cabeza sobre sus brazos flexionados y respirando de tal forma que emitía un ligero ronquido.

—Sí que lo has dejado fuera de combate. —Bastian miró a Gabe—. Tendrás que enseñarme ese truco.

—¿Eso es una orden? —gruñó Gabe.

—Ya lo veremos. —El príncipe pasó por encima del capa sangrienta y los condujo de vuelta a los sinuosos pasillos. Tomó una ruta distinta a la que ellos habían tomado y pasaron junto a un par de cortesanos que se reían por los rincones, con la piel reluciente bajo la luz de las velas. Un hombre atractivo que sostenía entre sus brazos a una pelirroja le hizo señas a Bastian, preguntándole sin necesidad de hablar si quería unirse a ellos, pero el Príncipe Solar se limitó a rechazar la oferta con un gesto de la mano. A ninguno de los cortesanos pareció desconcertarle su rechazo.

Lore se tensó cuando llegaron a las puertas que daban hacia los jardines traseros, los que había recorrido aquella mañana para llegar al santuario norte. Pero los guardias apenas reaccionaron a la presencia de Bastian y no dijeron nada cuando este abrió las puertas hacia el frío de la medianoche.

Daba la sensación de que los guardias de la ciudadela estaban acostumbrados a las idas y venidas del Príncipe Solar a todas horas. Esa información no ayudó a aplacar los nervios de Lore.

Bastian los condujo en silencio por los jardines, caminando sobre

la hierba en lugar de por los adoquines. Fueron en dirección contraria al camino por el que ella había estado paseando aquella mañana, pero aun así acabaron en otro bosque artificial con senderos bien cuidados. La brisa agitó los árboles, extendiendo las agujas verdes y el aroma a pino. El verano auverraní era caluroso durante el día, pero sorprendentemente frío por la noche.

Gabe se detuvo, plantando los pies firmemente sobre el suelo.

—¿Adónde vamos?

—A un lugar interesante —respondió Bastian. Tenía las manos metidas en los bolsillos y su paso era casi vivaz—. Esta será una gran historia que contarle a August, ya que, aparentemente, está muy interesado en lo que hago en mi tiempo libre. Y a los dos os vendría bien un poco de diversión.

—¿Y si no queremos ir? —preguntó Lore.

El príncipe sonrió y se plantó frente a ella con un ágil movimiento, mientras la brisa de la noche le agitaba los rizos oscuros y hacía que emanara de él un aroma a vino tinto y perfume caro.

—Creo —dijo en voz baja— que esto es exactamente lo que quieres, Lore. Y tengo la sensación de que eres de esas mujeres que no pierden el tiempo renegando de las cosas que desean.

Lore se había pasado la mayor parte de su vida renegando de las cosas que quería, renegando de quién y qué era.

—No me conoces en absoluto.

El príncipe estaba demasiado cerca. Gabe también, ceñudo detrás de ella. La joven se sintió atrapada entre ambos. Demasiado acalorada, demasiado tensa. Todo era simplemente demasiado.

Bastian ensanchó aún más su fiera sonrisa.

—Pero llegaré a conocerte.

Y, de algún modo, le dio la sensación de que aquello era demasiado cierto. No tenía ningún sentido. Lore sintió una presión en el pecho, como si sus costillas fueran las vibrantes cuerdas de un arpa. El aire que los rodeaba a los tres pareció adquirir densidad por un momento, como si hubieran creado su propia atmósfera.

Gabe dio un paso atrás, apartándose de la fuerza de atracción de la gravedad que compartían, mientras el viento agitaba su pelo corto. Cruzó los brazos sobre el pecho y levantó la barbilla, estirándose para hacer gala de aquel par de centímetros de altura que le sacaba al príncipe.

—Si te acompañamos, ¿nos colarás luego en las criptas?

—Por supuesto, viejo amigo. —Bastian se dio la vuelta y volvió a emprender la marcha. El muro de la iglesia que separaba la ciudadela del resto de Dellaire se elevaba entre la oscuridad, proyectando

grandes sombras—. Os colaré en las criptas, pero tendréis que contarme qué está tramando exactamente mi padre. Así ganamos todos.

Gabe y Lore compartieron otra mirada furtiva, otro intento de comunicarse sin palabras. Aquello no se les daba muy bien. La mirada de Gabe no le decía nada a la chica, más allá de que estaba lo bastante enfadado como para abrirle de una patada un agujero a uno de aquellos árboles perfectamente podados. Por otro lado, el encogimiento de hombros de Lore solo transmitía su resignación, provocando que el Presque Mort apretara la mandíbula aún más fuerte.

Al pie del muro se encontraba una pequeña alcantarilla cubierta por una rejilla de hierro. Casi no la vieron hasta que estuvieron justo al lado. Sin embargo, era lo bastante grande como para que un hombre adulto pudiera colarse por ella. Bastian se agachó para sacarse una ganzúa de la bota, que luego procedió en el interior de la cerradura. Esta se abrió con mucha facilidad y cayó sobre la hierba con un sonido metálico sordo.

—Pero antes de nada —anunció Bastian, levantando la rejilla de hierro y dejándola con cautela apoyada contra el muro—, a los dos os vendría bien una aventura. —Se introdujo en el pequeño túnel y les hizo señas para que lo siguieran. Entonces, desapareció con el ruido de un leve chapoteo que hizo que Lore se encogiera.

Otro puñetero túnel. Y en aquel había agua.

—Está jugando con nosotros —murmuró Gabe. Su voz era apenas un susurro. El calor que desprendía era como un rayo de luz en el aire nocturno—. Seguramente esto acabará con nosotros dos desangrándonos en un callejón después de que le hayamos contado lo que planea hacer August.

—Creo que podrías con él, si al final llegamos a ese punto.

—Aunque agradezco la confianza que depositas en mí, no veo en qué puede ayudarnos eso.

—Y yo no veo otra forma de salir de esta. —Lore se agachó hacia la entrada del túnel, pero Gabe le envolvió el brazo con la mano.

Ella alzó la mirada en su dirección, con el ceño fruncido.

—¿Qué crees que hará exactamente si no seguimos sus órdenes, Gabriel? ¿Que se limitará a encogerse de hombros y nos dejará seguir con lo nuestro? A no ser que quieras un viaje de ida a las islas Calcinadas en menos de una hora, tendremos que seguir al maldito Príncipe Solar por las alcantarillas.

Se quedaron contemplándose el uno al otro durante un momento antes de que Gabe la soltara, apartando la mano hacia atrás de forma

exagerada. Aquello hizo que el tatuaje de la vela que tenía en la palma se extendiera hasta alcanzar unas proporciones extrañas.

—Muy bien.

Él bajó primero por el hueco. Lore le siguió. Con un chapoteo, se empapó por completo el bajo de su bata al instante. El túnel estaba tan oscuro que tardó un momento en adaptar la vista y, cuando lo logró, se aseguró de no mirar hacia abajo. No quería ver en qué clase de porquería estaba marinándose.

—Aunque tengo curiosidad. —La voz del príncipe, que seguía hablando como si no se hubiera producido una pausa en su conversación, flotó en la oscuridad justo por delante de Lore, provocando que esta se sobresaltase. Se encendió un mechero, nacarado y reluciente, que le iluminó el rostro a Bastian mientras acercaba la llama a un delgado cigarrillo que tenía entre los labios—. ¿Qué tienen que ver las criptas con todo esto?

—Ya lo descubrirás cuando nos hayas metido allí —le dijo la muchacha, aunando un coraje que no sentía—. Si tanto te interesa, podemos dar media vuelta e ir allí ahora.

—Una negociadora —musitó Bastian. Se estaba aproximando a una rejilla que se hallaba en el extremo contrario. Por debajo del enrejado metálico se colaba el brillo anaranjado de una lámpara de gas. Aupándose hacia el borde, el príncipe sacó de nuevo la ganzúa de su bota y se puso manos a la obra—. Por muy interesado que esté en lo que sea que os traigáis entre manos en las criptas, creo que lo prudente es que antes contestéis a mis preguntas.

—¿Acaso no ibas a chantajearnos para sacarnos las respuestas de todas formas? —dijo Gabe entre dientes.

Bastian echó un vistazo sobre su hombro con una feroz sonrisa en los labios, que no se vio reflejada en el brillo oscuro de su mirada.

—No te subestimes, Gabriel. Estoy seguro de que podrás encontrar el modo de contarme tan solo medias verdades. Al fin y al cabo, has aprendido de los mejores.

El ceño del monje se arrugó aún más.

El Príncipe Solar le ofreció a Lore una mano de un modo cortés.

—Las damas primero.

La agarró por la cintura antes de que tuviera la oportunidad de subir por sí misma, pegándola lo suficientemente a él como para que sintiera su respiración agitándole el cabello.

—Esto va a parar a una calle que lleva directamente a los muelles —declaró el príncipe en un susurro, como si estuviera contando un secreto—. No te separes. Aquí se reúnen todo tipo de indeseables. Pero eso tú ya lo sabes.

No le dio ni un momento para que reaccionara, impulsándola hacia arriba, hacia el hueco donde se encontraba la rejilla. La roca era bastante resbaladiza, así que Lore tuvo que agarrarse al hierro e impulsarse a sí misma para no volver a caer en aquella agua tan sospechosa.

La alcantarilla daba a una calle aledaña prácticamente abandonada. El viento, que transportaba un olor a salmuera, hizo que el bajo empapado de la bata se le pegara a las piernas, haciéndola temblar. La chica se envolvió más en ella, atándose de nuevo el cinturón. El rosa no era para nada el mejor color para escabullirse de la ciudadela a través del alcantarillado.

Lore reconocía aquella calle. Una vez había tenido que llevar un paquete de belladona hasta allí, cosido en los bolsillos de una vieja chaqueta de Mari. Había sido de las primeras veces en las que le habían confiado una misión a ella sola.

«Pero eso tú ya lo sabes».

Se le encogió el estómago y se le empezó a revolver como un torbellino.

Detrás de ella, Bastian salió de la alcantarilla, con no mucho mejor aspecto. Sacó tres antifaces negros de su bolsillo y luego un pedazo de tela blanco.

—Tomad, los dos necesitaréis esto.

—¿Otro baile de máscaras? —Por cómo lo había dicho, parecía que a G abe aquello le apetecía tanto como arrancarse el dedo a bocados.

—En absoluto —respondió Bastian en un tono burlón—. Todo el mundo las lleva puestas en el cuadrilátero. Técnicamente, estas peleas son ilegales y nadie quiere que se conozca su identidad. —Esbozó una sonrisa—. Agradeced que no os haga poneros una bolsa sobre la cabeza. Eso es lo que hacen la mitad de los nobles.

Frunciendo el ceño en dirección a Bastian, Lore se ajustó el antifaz sobre los ojos mientras el Príncipe Solar hacía lo mismo. Luego, este tomó el retal de lino blanco que había sacado junto con los antifaces y comenzó a vendarse las manos con él.

Igual que un boxeador.

Por el Dios Sangrante vendado.

A Gabe se le ensombreció el rostro cuando Bastian le entregó uno de los antifaces, pero no dijo nada. Simplemente se lo puso, se enderezó de un modo imponente y siguió contemplándolo. La máscara casi lograba suavizarle las facciones, ocultando el parche del ojo. Hacía que no pareciera tanto una persona cuya vida había estado permanentemente marcada por la violencia.

El príncipe dio una palmada con las manos vendadas.

—Pues muy bien. No hay nada como un refrescante paseo por el alcantarillado. Vamos allá. —Enfiló hacia abajo por el callejón. Tras compartir una mirada cargada de significado desde detrás de sus antifaces, Lore y Gabe le siguieron.

—Le has visto las manos, ¿no? —Lore bajó el tono de voz para que Bastian no la escuchara—. Se las ha vendado. Nos está llevando a los cuadriláteros de combate, y tiene toda la pinta de que él va a participar.

—Espléndido. Lo último que me faltaba esta noche es tener que salvarle el culo al Príncipe Solar.

—Pareces estar seguro de que va a perder. —Ella se encogió de hombros—. Tiene pinta de poder ser un buen boxeador.

—¿No me digas? —Gabe habló en un tono de voz bajo y mordaz.

La chica frunció el ceño en su dirección.

—Esperemos que te equivoques —murmuró Gabe—. Si pierde el conocimiento en un combate, puede que olvide lo sucedido en la última hora.

—Si eso ocurre, tampoco podrá meternos en las criptas.

—Podríamos pedírselo a Anton…

—No. —De tan solo pensar en ello, Lore cerró los dedos hasta formar un puño, movida por un profundo instinto de repulsión—. Si algo ha salido mal con ese cadáver, no quiero que ellos lo sepan.

Si algo había salido mal, tal vez Anton y August dejaran de creer que su poder era un buen recurso. Tal vez comenzaran a considerarlo algo demasiado peligroso como para no encerrarlo en una celda.

Quizá demasiado peligroso como para dejar a Lore con vida.

Gabe apretó los labios y la examinó con su ojo azul. Luego, asintió.

Bastian caminaba a paso ligero calle abajo, por delante de ellos, sin dar señales de nerviosismo. Era evidente que aquella era una actividad frecuente para él. Lore se preguntó si de verdad sería un buen luchador. Las personas que perdían en los combates de los muelles no solían quedarse con ganas de volver a intentarlo y, por lo general, acababan con señales físicas de su fracaso.

¿Y qué pasaba si ella se encontraba con alguien a quien reconocía? ¿Y si su bata elegante, aunque pasada de moda, el rostro lavado y el pelo limpio y cepillado no eran suficientes para ocultar quién era? No tenía un aspecto tan distinto, incluso luciendo ropa para dormir digna de una aristócrata, y más de uno de sus conocidos pasaba tiempo en los cuadriláteros.

Tendría que intentar pasar desapercibida. Se mantendría pegada a Gabriel y a Bastian, no establecería contacto visual y esperaría no llamar mucho la atención.

Salieron del callejón como si formaran un cortejo reticente. Bastian iba a la cabeza, alegre. Gabe iba detrás, ceñudo. Y Lore se había visto atrapada en el medio, desganada. El final del callejón los dejó entre dos edificios abandonados cerca del puerto, con unas lámparas de gas cuya luz anaranjada se reflejaba en el agua oscura. Una serie de farolas iluminaban un muelle sin barcos, con las personas que allí se congregaban emitiendo ya un hedor a cerveza y a sudor. Todos llevaban máscaras, y algunas cubrían más que otras. La joven se detuvo a analizarlas atentamente, preguntándose si se habría cruzado con alguno de ellos en el santuario norte.

—No te separes —murmuró Gabe, apareciendo por detrás de ella mientras Bastian seguía avanzando.

Lore le hizo caso. Tener al Mort a su lado la reconfortaba.

La multitud se echó a un lado para dejar pasar a Bastian mientras este se aproximaba al cuadrilátero delimitado con fardos de heno. Sin embargo, nadie le veneró de ningún modo que indicara que supieran quién era. Y lo cierto era que no lo sabían. Al otro lado de los muros, la familia real era algo abstracto, algo que existía pero que tenía muy poca importancia en el día a día, que generaba sentimientos contradictorios que se inclinaban hacia una hostilidad apática. No había ningún motivo para que aquellas personas conocieran el aspecto que tenía Bastian. Y con su atuendo sencillo, los puños envueltos y una barba incipiente que asomaba por debajo de su simple antifaz negro, parecía uno más de ellos.

No obstante, si había nobles entre la multitud, estos sí serían capaces de identificar al príncipe. Pero nadie dijo nada y Bastian avanzó con la seguridad de alguien que ya había hecho aquello muchas veces antes. El Príncipe Solar hacía lo que quería y, si lo que quería era que sus súbditos le pegaran una paliza, nadie iba a detenerlo ni a revelar su identidad.

Bastian se quitó la camisa mientras caminaba y se la entregó, acompañada del guiño de un ojo, a un hombre con aspecto bastante entusiasta que se encontraba cerca del cuadrilátero. El príncipe era tan musculoso como Gabriel, con unas pequeñas cicatrices decolorándole la piel y moratones medio curados en tonos amarillos y violetas claros.

Gabe y Lore se quedaron al fondo entre el público, que les prestaba muy poca atención. Por suerte, ella no reconoció a nadie y suspiró aliviada.

Hasta que vio quién era el contrincante de Bastian.

Este se encontraba en el extremo opuesto del cuadrilátero, sacudiéndose los puños cerrados. Llevaba el pecho desnudo, y a la chica le resultaban familiares tanto sus músculos como su cabello

revuelto.

Michal.

Lore emitió un grito ahogado mientras se escondía detrás de Gabe.

—¿Qué? —El Mort miró a su alrededor, como si hubiera algún tipo de amenaza de la que no se hubiera percatado—. Lore, ¿qué pasa?

Cuando Gabe se giró para mirar a su espalda, dejó un hueco entre el torso y el brazo por el que ella pudo asomarse y ver que Bastian estaba observándola fijamente con la mirada entornada. Como si hubiese estado esperando a que Michal se diese la vuelta y revelase quién era. Como si hubiese estado aguardando para comprobar si Lore lo reconocía.

Pues claro que el Príncipe Solar no iba a confiar en que una espía le contase la verdad, ni siquiera bajo amenaza. Pues claro que había ideado un complejo plan, uno con el que podría descubrir exactamente quién era Lore.

No se trataba de una simple espía. Era la chica de la plaza del mercado. Era la nigromante que había resucitado a Caballo. Michal sabía lo que era. La reacción de Lore al verle acababa de decirle a Bastian todo lo que necesitaba saber.

El Príncipe Solar la contempló como un halcón que observa a un ratón, manteniéndose a la espera.

Ella se mordió el labio y se obligó a enderezarse. Se obligó a mirar al príncipe a los ojos como si todo fuera estupendamente.

—Nada —le dijo a Gabe, que seguía mirando en todas direcciones en busca de aquella amenaza desconocida—. No es nada.

Bastian mantuvo aquellos ojos marrones, casi dorados, fijos en ella con una expresión indescifrable. Luego, le sonrió. Pero no se trataba de la sonrisa juguetona e irreverente que solía dedicarle. Aquella era mordaz. Era como un cuchillo que había acertado a su presa, aunque Lore fingiera no estar sangrando.

—No te cansas de recibir lo tuyo. —Michal ya tenía los puños en alto y saltaba hacia delante y hacia atrás en el sitio. Sus palabras no transmitían violencia. Sonrió a Bastian de forma amistosa—. ¿Aún no te has hartado?

—Lo dices como si no te hubiera dado una paliza en los últimos dos combates. —El príncipe lo rodeó como un depredador, sin lanzar ninguno de aquellos golpes fingidos con los puños como Michal. Prescindía de los artificios y se limitaba a rondar amenazadoramente.

—Suerte, amigo. —Michal dirigió el puño hacia la cara de Bastian. Este se apartó de su trayectoria, riéndose.

Ambos se balanceaban y daban vueltas el uno alrededor del otro. Unos movimientos agresivos pero ensayados. No había ninguna

malicia en el modo en el que peleaban, tan solo una precisión profesional. Bastian esquivó otro golpe de Michal, agachándose y pasando por debajo del brazo de su oponente para acercarse por detrás y darle un golpe seco en la espalda. Michal cayó de cuclillas, pero se irguió con rapidez, aprovechando su postura baja para golpear a Bastian en la rodilla. El público aulló cuando el Príncipe Solar estuvo a punto de caer, pero logró mantener el equilibrio. Le guiñó un ojo a Michal, invitándole a acercarse a él con un gesto de sus manos vendadas y sangrientas.

—Vamos a pasarnos aquí toda la noche —murmuró Gabe sombríamente, con los brazos cruzados sobre el pecho—. O incluso más tiempo, si ninguno de los dos se centra y tumba al otro.

Michal rodeaba a Bastian, todavía saltando sobre sus pies, aunque sus movimientos se habían vuelto menos precisos. Todo aquel artificio del principio le estaba pasando factura, ya que había gastado energía de forma inútil. En la cama también era así. Lore lo recordaba bien. A veces no eran necesarias tantas acrobacias.

En cambio, Bastian parecía casi relajado y esquivaba los golpes con gran facilidad, aunque apenas lanzaba ninguno. Aun así, el sudor le brillaba sobre el pecho y tenía un diminuto corte en el labio, allí donde Michal le había acertado con el puño.

El príncipe miró hacia atrás sobre su hombro, buscando de nuevo a Lore. Delante de él, la chica pudo discernir la figura de Michal preparándose para lanzarle otro puñetazo. El público vitoreó. El joven que aún sostenía la camiseta de Bastian estaba prácticamente saltando arriba y abajo, pero el príncipe no prestó ninguna atención a sus advertencias. Dejó la mirada fija en ella mientras levantaba un brazo y se limpiaba lentamente la sangre del labio partido.

—Te he pillado —le dijo a Lore, moviendo los labios sin emitir ningún sonido.

Entonces, Michal le pegó un puñetazo en un lado de la cabeza. El Príncipe Solar cayó al suelo.

Se produjo un silencio. Michal parecía casi sorprendido, contemplándose primero el puño y luego dirigiendo la mirada al público, como si estuviese buscando aquello que había distraído tanto a su contrincante.

Y lo encontró. Esos familiares ojos azules se abrieron como platos.

—¿Lore?

Michal siguió hablando, haciendo preguntas, pero estas acabaron ahogadas por los gritos de la multitud. El cuadrilátero de heno acabó destrozado cuando la muchedumbre se lanzó en masa a felicitarle. Michal se vio rodeado por personas que lo elogiaban, con la

conmoción aún plasmada en el rostro.

Al lado de Lore, Gabe tenía casi la misma expresión.

—Por el Dios Sangrante y la Diosa Enterrada —maldijo, dando la espalda a la multitud para mirar de frente a la muchacha—. ¿Quién era…?

—Un viejo amigo. —Bastian se encontraba a su lado. Se les había acercado con el mismo sigilo que un gato. Le sangraba un lado de la cara, pero sonreía, luciendo aquella nueva sonrisa mordaz que hacía que a Lore se le paralizaran todos los órganos. Llevaba su camiseta en la mano, pero, en lugar de ponérsela, la usó para limpiarse la sangre —. Si nos disculpas.

Cogió a Lore con fuerza del brazo y la arrastró detrás de él. A ella no le quedó más remedio que seguir al Príncipe Solar hacia el rincón oscuro al que se dirigía, dejando atrás a Gabriel, que gritaba e intentaba avanzar entre la multitud sin éxito.

Capítulo Diecinueve

Un secreto es como una llama, y no puede durar eternamente.

—Proverbio auverraní

Lore tardó un momento en comenzar a forcejear, intentando escapar del férreo agarre de Bastian mientras soltaba improperios que, sin duda alguna, la prima de un duque no debería conocer. Pero aquello no importaba, ya no. Michal la había reconocido y ahora el príncipe sabía quién era.

Qué era.

La chica se retorció, intentando liberarse, pero Bastian tiró de ella hacia la entrada de otro callejón estrecho mientras los gritos de la multitud disminuían a sus espaldas.

Lore no llevaba encima ninguna daga, y no cabía duda de que no tenía nada que hacer contra la fuerza del Príncipe Solar. Su única arma era el Mortem. Y aunque no estaba segura de qué podía hacer con aquello, dado que no contaba con ningún cadáver cercano al que resucitar, tenía que servirle para algo, lo que fuera.

Contuvo el aliento y esperó a que su visión se volviera gris, a que sus dedos pasaran a estar necróticos y fríos. Pero eso no sucedió.

En su lugar, se produjo una chispa. Un destello detrás de sus ojos. Percibió el aroma cálido y ardiente de la brisa de verano, tan cerca de ella que creyó que se chamuscaría. Aquello colisionó con su percepción del Mortem, que tan familiar y vacío le resultaba y que suponía una nada tan compacta que tenía presencia y masa. Por un momento, tuvo la sensación de que ambas energías opuestas iban a acabar haciéndola pedazos.

Bastian se detuvo. No aflojó su agarre, pero Lore sintió cómo abría y cerraba los dedos.

Y entonces, esa sensación desapareció, tan rápido que podría haberse tratado del inicio de un ataque de pánico.

Aún podía sentir el Mortem rodeándolos a ambos, pero no podía

verlo, no podía canalizarlo. Su visión no había adoptado aquel estado monótono que le mostraba la vida y la muerte. Los hilos no se unían a ella. Algo estaba… repeliendo el Mortem, como si se hubiera levantado un muro invisible a su alrededor, aislándola de todo.

Y por mucho que Lore detestase tener aquella habilidad, en ese momento sentía como si hubiese perdido una extremidad.

Fuera lo que fuese que estuviera sucediendo, no parecía afectar al Príncipe Solar. Este tiró de ella hacia el interior del callejón, que tenía un empedrado ennegrecido con basura tirada por el suelo. Entonces, le soltó el brazo de golpe y la giró para mirarla a la cara, arrinconándola entre la pared y su pecho descubierto, sin llegar a tocarla.

Lore volvió a intentar canalizar el Mortem, pero la mano de Bastian se cerró de nuevo con fuerza alrededor de su brazo y su percepción de la muerte desapareció una vez más.

¿Qué le estaba haciendo?

—Desembucha —gruñó el príncipe, tirando al suelo la camisa ensangrentada que había estado sujetando con la otra mano. No quedaba ni rastro de la arrogancia indolente y casi despreocupada que mostraba delante de la corte. Su mirada refulgía como la punta de una bayoneta, igual de afilada—. Iba a esperar hasta que llegáramos a las criptas para exigir una respuesta, pero ahora que sé a ciencia cierta que eres la chica que resucitó a Claude, creo que prefiero saberlo todo en este mismo instante.

—Caballo —le corrigió Lore, porque su cerebro se había quedado paralizado y aquello fue lo único que se le ocurrió hacer.

—Sí, Lore. Soy consciente de que es un caballo.

—No, digo que se llama Caballo, no Claude.

Bastian sacudió la cabeza, enderezándose. Aquel movimiento hizo que su pecho quedase más pegado al de ella. Apartó la mano izquierda del brazo de la chica y la apoyó contra la pared, al lado de su cabeza.

—Llama como quieras al condenado caballo —le dijo—, pero dime para quién trabajas.

—Para August. —La ansiedad hizo que Lore hablara con un hilo de voz, como si tuviera la garganta cerrada y no pudiera elevar más el volumen—. Eso ya lo sabes.

—¿No me digas? —le preguntó él—. ¿Trabajas también para Kirytea? Parecías muy interesada en descubrir qué sabía sobre ellos.

—No, no trabajo para Kirytea. Solo para tu padre. —Poco a poco, Lore logró controlar sus nervios. No parecía que el Príncipe Solar estuviera pensado matarla. Al menos, no todavía—. August cree que el que está trabajando para Kirytea eres tú. Por eso he estado intentando averiguar qué es lo que sabes.

Bastian se quedó contemplándola, con un rizo oscuro y sudado cayéndole sobre el ojo.

—Vaya —le dijo pasado un momento—, qué ironía de la vida.

Ella apretó la mandíbula, atrapada aún entre el príncipe y la pared. No sabía qué esperar de este otro Bastian más real. Cada centímetro del cuerpo del joven se retorcía a causa de la ira, del tipo que solía reprimirse. En aquel momento, libre de restricciones, se trataba de una ira tan obvia que Lore no podía creer que no se hubiese dado cuenta antes, que hubiera estado tan distraída con el Bastian divertido, inteligente, juguetón y que tan fácil parecía de manejar.

Aquel era un Bastian furioso, y no tenía ni idea de cómo proceder con él.

Esa extraña gravedad había regresado, la misma que había sentido cuando Bastian, Gabe y ella habían estado en la entrada de la alcantarilla. Sentía como si se estuviera precipitando hacia algo inevitable.

El Príncipe Solar dio un paso atrás, aunque no se alejó tanto como para dejarle vía libre para que saliera corriendo callejón abajo. Apoyó las manos contra la pared, a ambos lados de la cabeza de Lore.

—Te diré lo que vamos a hacer. Vas a contarme exactamente para qué te ha traído aquí mi padre. Luego, me dirás cómo conseguiste canalizar más Mortem del que son capaces de canalizar todos los jodidos Presque Mort juntos.

—Fue por un accidente —dijo ella, aferrándose a la misma excusa que le había puesto a Gabriel—. Cuando era niña.

Bastian ladeó la cabeza. Su sonrisa de depredador resplandeció en la oscuridad.

—Ah, no, Lore —murmuró—. Creo que hemos empezado con mal pie. Verás, sé quién eres. Sé que eras una traficante de veneno y que trabajabas con Michal. Sé que te tenían de perro guardián porque sientes una extraña atracción hacia las catacumbas. La verdad es que es impresionante la de cosas que te cuenta la gente si te paras a escucharla. Y a mí me gusta escuchar.

—¿Para eso vienes hasta aquí a que te peguen una jodida paliza? —le espetó Lore—. ¿Para escuchar?

—Vengo aquí porque, a veces, estar dentro de la ciudadela hace que quiera arrancarme los ojos —le respondió Bastian—. Lo de escuchar es un añadido. Así es como descubrí lo de las aldeas, los pocos impuestos que pagan los nobles en comparación con el resto de la gente o que la nigromante que resucitó a un caballo en la plaza del mercado era tan solo una chica. Que me peguen una jodida paliza, como tú has dicho, es la única forma que tengo de enterarme de las

cosas. Está claro que mi padre no va a contarme nada.

Lore no sabía si los escalofríos que sentía en las extremidades eran provocados por el miedo o por el bajo empapado de su bata.

—Claro que no estoy al corriente de todo. —El príncipe retiró una de las manos de la pared y se la llevó a la bota para sacar algo de ella —. Pero sé lo suficiente como para estar bastante seguro de que no adquiriste la percepción del Mortem de un modo habitual. Sé lo suficiente como para estar seguro de que la verdad es mucho más interesante que un simple accidente cuando eras niña. Así que cuando te haga una pregunta, Lore, espero que me respondas la verdad.

Fuera lo que fuese lo que se hubiera sacado de la bota, refulgía bajo la luz tenue del callejón, más reluciente que los dientes que le estaba enseñando. Se trataba de una daga que sostenía despreocupadamente en la mano, balanceándola para que ella pudiera ver cómo brillaba.

—Volvamos a intentarlo. Esta vez podemos empezar con las preguntas que conciernen a mi padre, ya que parece que esas las respondes con más facilidad. —Bastian se inclinó hacia delante, quedando lo suficientemente cerca de ella como para poder besarla. La cuchilla de su daga rozaba ligeramente la seda de la bata de Lore —. ¿Para qué te ha traído hasta aquí, aparte de para espiarme?

—Por lo de las aldeas. —Podía intentar volver a mentir, pero ¿de qué serviría? No parecía que Bastian fuera a matarla. Sin embargo, en cualquier conversación que contase con una cuchilla de por medio era mejor decir la verdad. Gabe había intentado advertírselo.

Gabe. Esperaba que hubiera sido lo bastante sensato como para no ir detrás de ella, pero tampoco contaba con ello.

Lore tragó saliva y prosiguió:

—August y Anton están intentando descubrir qué sucedió en las aldeas. Quieren que resucite a los cadáveres y les pregunte.

—¿Y tienen ya alguna sospecha? —Si a Bastian le sorprendía la tarea que le había encomendado su padre, no lo demostró—. Aunque me lo puedo imaginar.

—Creen que es cosa de Kirytea, que están empleando algún resquicio de la magia elemental que dejó atrás alguno de los dioses menores. Y creen que, de algún modo, tú estás trabajando con ellos.

Al príncipe se le demudó el rostro, y no fue a causa de la culpa ni nada tan simple. Parecía casi… dolido. Aquello suavizó el gesto de depredador que había adoptado antes.

—Cómo no —dijo con calma. Resopló de tal forma que casi pareció ser el inicio de una carcajada. Bajó la cabeza lo suficiente como para que las sombras le ocultaran los ojos—. Así que supongo que es por

eso por lo que tienes que pegarte a mí, ¿me equivoco?

Lore asintió, de forma rápida y concisa. Bastian sostenía la daga sin fuerza, casi como si hubiera olvidado que la tenía en la mano, aunque ella no le quitaba ojo.

—Mira lo que tenemos aquí.

Otra voz, aguda y áspera, les llegó desde la entrada del callejón.

Bastian puso los ojos en blanco.

—Estupendo —murmuró.

Lore apartó la mirada de la daga resplandeciente del Príncipe Solar y la fijó en el recién llegado. Se trataba de un hombre blanco y bajito, vestido con un atuendo andrajoso, con moratones en los brazos y con costras a un lado del rostro. No tenía un aspecto muy amenazador.

Pero el hombre gigantesco que iba detrás de él sí que lo tenía. Era aterrador, con esos ojos vidriosos y ese rostro pálido enrojecido. Había consumido veneno hacía muy poco.

—Caballeros. —Bastian se giró, haciendo un gesto cortés con la mano en la que tenía el cuchillo mientras mantenía la palma de la otra apoyada sobre la pared, al lado de la cabeza de Lore—. Aunque admiro su modelo de negocio, puedo asegurarles que ni mi amiga ni yo tenemos nada de valor que ofrecerles.

—Por tu bien, espero que no sea así. —El más pequeño de los dos separó las manos a modo de disculpa—. De lo contrario, nuestro jefe acabará más enfadado de lo que ya está.

—Has perdido. —El hombre más grande avanzó hacia ellos, permitiendo que le vieran mejor el rostro. Lo tenía plagado de cicatrices y curtido, con las orejas inflamadas a causa de años de peleas a puñetazos. Lore y Bastian seguían con sus antifaces negros puestos, pero aquellos dos tipos no, lo cual no les hacía ningún favor a sus apariencias—. Has perdido y te has ido sin pagar lo que debes.

—Un error. —Bastian no parecía preocupado, aunque movía los dedos alrededor del mango de su daga y permanecía en la misma postura inmóvil y en guardia que había adoptado en el cuadrilátero—. Tenía que encargarme de un asunto, pero os aseguro que iba de camino a pagar lo que debo. —Alzó una de las comisuras de la boca—. Supongo que esto significa que habéis apostado contra mí.

El príncipe se fue plantando delante de Lore a medida que fue hablando, despacio y sin hacer aspavientos, de un modo despreocupado, interponiéndose entre aquellos dos hombres y ella. En aquel momento, su actitud parecía casi protectora.

Por todos los dioses muertos y moribundos, Lore no era capaz de entender a Bastian Arceneaux.

—No te preocupes —le dijo el hombre cubierto de cicatrices con

una sonrisa inquietante—. Nos lo cobraremos ahora.

—Siempre hay que complicar las cosas, ¿no? —murmuró Bastian mientras el grandullón lanzaba un golpe en dirección a su cabeza.

El príncipe lo esquivó, girando sobre una rodilla flexionada y tomando impulso para darle con la palma de la mano a su oponente en la espalda. El hombre de las cicatrices dejó escapar un gruñido, pero apenas pareció inmutarse. Se dio la vuelta para mirar a Bastian desde otro ángulo. El veneno que había ingerido no parecía ralentizarle en absoluto. Lore se encogió cuando el tipo levantó la rodilla, pero pasó cerca de la barbilla de Bastian sin llegar a tocarle. Este tenía aún la daga en la mano, pero no la blandía, como si no quisiera tener que usarla a no ser que fuese necesario.

Sin embargo, otra cosa refulgió alrededor de sus manos. Puede que fuera una ilusión óptica a causa de la poca luz y por el miedo que la atenazaba, pero a Lore le dio la sensación de que el aire alrededor de los puños en movimiento de Bastian estaba cargado de oro. Era como si las estelas de unos débiles rayos de sol siguieran el recorrido de su piel.

Otra daga emitió un destello plateado cuando el maleante se la sacó del cinturón, haciendo que la chica dejara de contemplar ensimismada aquel extraño oro. Bastian pareció no darse cuenta y ella abrió la boca para avisarle, pero comenzó a ver destellos de luz antes de poder hacerlo. El hombre de las cicatrices le había propinado un golpe con la empuñadura de la daga en la cabeza.

Lore cayó de rodillas, con los huesos doloridos a causa del porrazo contra los adoquines.

Y entonces, sintió algo frío y afilado en el cuello, además de una bota entre los omóplatos, empujándola hacia abajo.

El tiempo se ralentizó. Le pitaron los oídos, provocando que todo le pareciese nítido y amortiguado a la vez. Lore se había visto envuelta en bastantes situaciones en las que perder la vida o alguna extremidad era una posibilidad, pero nunca la habían amenazado con un cuchillo, y menos en un lugar en el que la posibilidad de pedir ayuda era inexistente. La afilada punta del cuchillo prácticamente vibraba por su carga de Mortem, lo que le hizo sentir un cosquilleo en los dedos.

Pero, aun así, Lore no lograba aferrarse a él.

Entonces, miró a Bastian a los ojos. No estaba segura de qué gesto le había puesto, si uno suplicante o desafiante. El príncipe le había preguntado qué hacía ella allí, qué era lo que su padre quería. Aquellas respuestas eran las que de verdad importaban y él ya las conocía. Las preguntas sobre Lore, sobre su magia… eran tan solo por

mera curiosidad, y la curiosidad no era motivo suficiente como para querer salvarla, no cuando la excusa perfectamente plausible para explicar su muerte tenía una daga puesta en su cuello.

Bastian podía dejarla morir y abandonarla allí. Podía matarla sin ni siquiera tener que tocarla.

—Ahora te saldrá más caro que si te hubieras limitado a pagar lo que debes —dijo el hombre de las cicatrices con voz ronca, hundiendo aún más la rodilla sobre la espalda de la joven—. Ahora pagarás el doble por las molestias. Piensa en cuánta belladona podré comprar con eso, ¿eh?

Lore observó cómo Bastian hacía los cálculos mentalmente. Lo contempló sopesar la situación.

Y entonces el príncipe se llevó la mano al bolsillo.

Aquel movimiento le hizo apartar su atención de la pelea, cosa que aprovechó el hombre más pequeño para darle un puñetazo en el estómago. En cuanto Bastian se inclinó hacia delante, doblándose por la mitad, extendió la palma de la mano abierta y un grueso anillo de oro refulgió en la oscuridad.

—Si no te importa —dijo el Príncipe Solar, logrando, de algún modo, no hablar como si estuviera sin aliento—, quítale las manos de encima a mi amiga.

El tipo más pequeño le echó un vistazo al anillo y palideció.

—Milo, suelta a la señorita.

Pero el de las cicatrices, Milo, hizo caso omiso.

—Me da igual quién sea. Me debe dinero y ya casi me he gastado mi alijo. —Hundió aún más la daga, lo suficiente como para hacerle daño a Lore, que dejó escapar un suspiro entrecortado.

Bastian se enderezó y recorrió el callejón. Agarró a Milo del pelo con una mano y tiró de su cuello hacia atrás, apuntándole con la daga en una arteria vulnerable. Se profirieron una serie de inquietantes amenazas mientras el príncipe sostenía el cuchillo sobre el cuello de Milo y este, a su vez, sobre el de Lore.

—Soy el Príncipe Solar de Auverraine, el heredero elegido por Apollius —siseó Bastian—. Y tú vas a dejar ir a la señorita.

Se produjo una pausa. Entonces, Milo, con toda su corpulencia, se apartó. Bastian le dio un golpe en un hombro, obligándolo a agacharse al lado de su amigo.

Lore soltó un profundo suspiro y se incorporó hasta quedar sentada. Las piernas le temblaban demasiado como para intentar ponerse en pie. Un pequeño corte le atravesaba el cuello, un filamento fino y doloroso.

—De verdad que no quería tener que recurrir a esto —murmuró

Bastian, volviendo a guardarse el anillo en el bolsillo y sin mirar hacia ella.

Aquel oro ya no le rodeaba las manos. Debía de haber sido una ilusión óptica, pensó Lore, su miedo jugándole una mala pasada. Probablemente había sido eso.

—Discúlpenos, majestad. —El hombre más pequeño parecía aterrorizado. Milo tenía la cabeza demasiado gacha como para que pudieran ver su expresión, pero Lore habría apostado lo que fuera a que tenía el ceño fruncido—. No sabíamos… No teníamos ni idea de que…

—Y me gustaría que continuara así. —Bastian suspiró—. Tenía pensado volver y pagar lo que debía, después de este… paréntesis.

Y seguidamente señaló con la cabeza hacia Lore. Esta estaba demasiado alterada como para hacer otra cosa que no fuera quedársele mirando. Bastian la había salvado. Había tenido la oportunidad de deshacerse de ella, lo que habría sido una buena solución a su problema, pero, en cambio, la había salvado.

Por todos los infiernos, ¿qué se suponía que tenía que hacer ella después de eso?

El príncipe se giró hacia los matones.

—Por desgracia, es probable que no vuelva por aquí, pero agradecería vuestra discreción. —Bastian les dedicó una sonrisa, la mordaz, la de depredador—. Y si me entero de que la noticia se difunde por ahí, sabré de quién es la culpa, ¿no?

Ambos asintieron. Cuando Bastian les hizo una señal con la barbilla, indicándoles que podían marcharse, los dos tipos estuvieron a punto de tropezar el uno con el otro mientras intentaban huir.

Una vez que llegaron a la entrada del callejón, Milo miró hacia atrás, con las sombras oscureciéndole el rostro. Y entonces, desapareció.

—Has dejado que se vayan de rositas, teniendo en cuenta lo que han hecho. —Lore tenía la voz ronca. Se frotó el cuello.

—Se llama ser magnánimo. —La luz de las lámparas de gas al final del callejón iluminaba el rostro de Bastian en tonos anaranjados y rojos mientras este se giraba hacia ella. Le ofreció una mano—. Hay una pregunta a la que aún no me has respondido.

Lore no tenía intención de preguntarle por qué había desvelado quién era solo para mantenerla con vida. Pero supuso que, si lo hacía, aquella sería la respuesta que él le daría: por las preguntas que se habrían quedado sin responder, por su curiosidad no satisfecha.

No estaba segura de si realmente creía aquello. Había algo más que tener en cuenta, además de aquella luz que le había envuelto las

manos y que podría haber sido o no real, o además del hecho de que la hubiera salvado. Se trataba de aquella sensación de gravedad, de cosas que comenzaban a encajar en su lugar. De saber algo a ciencia cierta, lo mismo que le había pasado con Gabe, como si una parte profunda de su ser reconociera a ambos hombres, aunque su mente y su corazón no se hubieran puesto al día.

Aceptó la mano del príncipe.

Bastian tiró de ella para ponerla en pie y luego la soltó. No volvió a acorralarla contra la pared, confiando en que no saldría corriendo. Habían llegado a algún tipo de entendimiento y ninguno de los dos quería ser el que lo tirara todo por la borda.

—Bueno —dijo el Príncipe Solar—, dime cómo lograste convertirte en una canalizadora de Mortem tan experta. Y, por favor, esta vez no me mientas. Como ya te he dicho, sabré si lo haces.

Sí que lo sabría. Lore estaba tan segura de eso como de su propio nombre, como de los bordes marcados de la cicatriz en forma de luna que tenía en la palma de la mano. Gabe se había tragado su mentira, pese a que intuía que había algo más. No obstante, fuera lo que fuese lo que la unía al Príncipe Solar, era algo distinto, más denso, más tosco.

Ya la había salvado una vez. Lore no tenía ninguna garantía de que volvería a hacerlo si lo desafiaba de nuevo, así que inhaló hondo y le contó la verdad:

—Nací en las catacumbas —murmuró—. Soy hija de una de las Hermanas de la Noche, de lo que queda de la Guardia Enterrada.

Capítulo Veinte

> Se crearán dos facciones para controlar el poder de la Diosa Enterrada: los Presque Mort, «los casi muertos», que canalizarán el Mortem cuando este llegue a la superficie, y las Veilleurs Enterre, la «Guardia Enterrada», que se asegurará de que lo que nuestro Dios ha abatido no vuelva a levantarse.
>
> –El Libro de la Ley Divina, tratado 35

Silencio.

Y entonces, una risa ronca. Los ojos de Bastian eran un resplandor oscuro en aquel sombrío callejón, con las manos ensangrentadas apretadas en puños envueltos en lino.

—¿La Guardia Enterrada? Se disolvió después de que la Bruja de la Noche enloqueciera. Ya no queda nadie ahí abajo.

—Sí que queda gente. —Lore tragó saliva. Sentía la garganta como si hubiera comido carbón encendido—. No quedan muchas, puede que una veintena o así. Pero siguen allí abajo. Siguen vigilando la tumba de Nyxara.

Seguían aguardando. Seguían enviando a alguien a la tumba de obsidiana en cada eclipse para comprobar si el cuerpo de la diosa se había despertado. Lore recordaba el aspecto que habían tenido aquellas personas cuando habían salido de allí. Con los rostros pálidos y la mirada ausente, como si les hubieran arrebatado su identidad.

Con las cicatrices en forma de luna que les habían hecho en las manos de un intenso rojo abrasador.

—Eso no tiene ningún sentido. —Bastian habló despacio, como si no estuviera seguro de que ella pudiera entenderle—. La Guardia Enterrada no existe desde hace siglos. La Iglesia jamás habría dejado que siguiera en pie esa facción, no después de que la Bruja de la Noche se autoproclamara la reencarnación de Nyxara.

Lore se encogió de hombros.

—Como ya te he dicho, no quedan muchas. La Iglesia las mató a

casi todas después de lo de la Bruja de la Noche. Creyeron que aquel mismo delirio había infectado al resto. Pero algunas de ellas pudieron esconderse, mantener viva la orden.

—¿Y cómo demonios reclutan a nuevos miembros? Nadie se adentra en las catacumbas.

—Sí que lo hacen si no tienen ningún otro sitio a donde ir. —Como le había ocurrido a la hija de un mercader que se había quedado embarazada de una niña bastarda con la que quería quedarse por todos los medios. La madre de Lore había huido hacia las catacumbas después de que sus padres le dijeran que iban a enviarla a un manicomio. Presa del pánico, había acudido a aquel lugar con el único propósito de esconderse.

Pero allí había encontrado mucho más que un sitio en el que refugiarse.

Bastian arqueó una ceja, adoptando un gesto de completa incredulidad.

—Entonces, ¿el resto de las historias son ciertas? —se mofó—. ¿Salen de allí a hurtadillas por las noches y les causan pesadillas a los niños malos? ¿Embrujan a los caballos para que tiren al suelo a sus jinetes?

—No. —Lore negó con la cabeza—. La verdadera Guardia Enterrada, las Hermanas de la Noche que juraron sus votos, nunca abandonan la tumba. Solo envían a algunas de las más jóvenes al exterior a por suministros. Robamos o intercambiamos cosas que encontramos en los túneles. Monedas perdidas, piedras preciosas… Te sorprendería saber lo que puedes encontrar cuando te pones a buscar.

Hablaba con total naturalidad de aquellas cosas tan extrañas. Cosas que solo les había contado a Val y a Mari, cuando les había explicado lo que era después de resucitar a Cedric. Siempre había creído que nunca sería capaz de volver a pronunciar esas palabras, pero le salieron con gran facilidad.

El Príncipe Solar entornó la mirada, pero no volvió a acusarla de mentir.

—¿Así que siguen haciendo lo que dicen los tratados? —Aquella última pregunta sonó cautelosa—. ¿Se aseguran de que Nyxara no se despierte?

—Cuentan con un Compendium. Siguen los mismos tratados que los Presque Mort. Las leyes de la Iglesia. —A su pesar, Lore comenzó a sentir cómo la rabia se abría paso en su estómago—. La Guardia Enterrada tiene la peor misión que puede existir. Las envían a vivir en la oscuridad y, cuando una de sus líderes, como es de esperar, enloquece a causa de todo esto, de estar encerrada bajo tierra al lado

de la tumba de una diosa, la Iglesia decide que ha interpretado incorrectamente los tratados y las matan a todas.

La chica tenía el pelo pegajoso y húmedo adherido a su frente. Alzó una mano para retirárselo, y no se dio cuenta de que se trataba de la mano en la que tenía la cicatriz hasta que Bastian se la agarró.

Ella se apartó por instinto. La cicatriz era poco común, pero tampoco tanto como para que sintiera el impulso de ocultarla. Al menos, no hasta aquel momento. Pero Bastian la sujetó con fuerza, empleando la otra mano para abrirle los dedos y poder echarle un buen vistazo.

Poco a poco, el príncipe abrió su propia mano y la puso al lado de la de Lore.

Un sol. Más concretamente, la mitad de uno. Lo tenía grabado en la parte superior de la palma, con los cortes aún recientes y enrojecidos. Apenas estaba comenzando a cicatrizar. Tenía un semicírculo trazado justo debajo del meñique, que se extendía hasta el pulgar, con pequeñas líneas en forma de rayos de sol que le llegaban hasta los nudillos. Si ambos juntaban sus palmas, la medialuna curvada hacia arriba de Lore completaba a la perfección la curvatura del sol de Bastian.

Lore recordó la consagración del príncipe, cuando Anton había tomado el cuchillo y se lo había clavado a su sobrino, cómo todos los presentes se habían quedado conmocionados.

—Menuda coincidencia, ¿no? —murmuró Bastian.

Ella apartó la mano.

—¿Así fue como conseguiste tu habilidad de percibir el Mortem? —le preguntó el Príncipe Solar—. ¿O te lo hicieron simplemente para montar un delirante numerito, como a mí? A Anton le encanta el dramatismo.

—Las Hermanas no me otorgaron la habilidad de canalizar —le respondió Lore—. Nací con ella. No sé cómo, y creo que ellas tampoco.

O, al menos, nunca le habían dado ningún tipo de explicación. Solo miradas de soslayo y susurros.

Bastian frunció el ceño en su dirección como si fuera un enigma particularmente difícil, como si las respuestas que le había dado solo le hubieran servido para tener más preguntas.

Y por el Dios Sangrante, Lore ya le había respondido a todo. El Príncipe Solar de Auverraine sabía la verdad sobre ella, una verdad que la chica no le había contado a nadie más que a Val y a Mari. Y a Bastian le había contado mucho más que a ellas. A sus madres adoptivas nunca les había dicho que había nacido siendo una

canalizadora de Mortem, que no había obtenido su poder de la forma habitual.

—Vamos —dijo al fin Bastian, comenzando a alejarse—. Es hora de regresar, sobre todo si quieres ver las criptas antes de que salga el sol.

Si no iba a seguir preguntándole por su infancia, Lore tampoco iba a seguir explicándosela.

—Antes tenemos que buscar a Gabriel.

—Remaut sabe cuidarse solito. —Bastian casi había llegado ya a la entrada del callejón. Tras soltar un gruñido de frustración, Lore corrió para darle alcance—. Y si volvemos al cuadrilátero, es probable que te encuentres de nuevo con tu antiguo amante. Supongo que esa es una conversación que te gustaría evitar, ya que a él también lo estabas espiando. —La miró sobre su hombro, claramente esperando ver su cara de sorpresa—. Michal es más listo de lo que tú te crees. Sabía a lo que estabas jugando desde el principio. Me lo contó todo cuando vine aquí la otra noche, después del baile de máscaras. Creo que te habría perdonado de no haber sido porque, además de espía, también eres una nigromante.

Ella intentó no dejar que aquello la afectara.

—¿Acaso duermes en algún momento?

—Los impíos no descansamos, querida.

Las lámparas de gas iluminaban las esquinas de la calle, lanzando halos de luz del color de la puesta de sol. Ahora que había desaparecido la amenaza de una muerte inminente, Lore volvió a ser capaz de centrar su mente en algo más, en cosas que iban más allá de su sentido de la supervivencia. Frunció el ceño hacia la espalda de Bastian.

—Creías que era una asesina.

—Parecía algo probable.

—Pero sabías que seguía las órdenes de tu padre. ¿Así que crees que…?

—Sí, Lore, creo que mi padre puede estar intentando matarme.

—Porque cree que trabajas para Kirytea.

—La verdad es que no creo que sea por eso —respondió él, con los hombros aún desnudos y tensos—. De hecho, me atrevo a asegurar que mi padre es consciente de que eso es una chorrada.

Lore se mordisqueó el labio inferior mientras encajaba todas las piezas de aquel puzle, incluidas las cosas que Bastian no le estaba contando.

—Así que, entonces, August solo quiere matarte. Y usa todo esto como excusa.

—Muy bien.

—Pero ¿por qué? Eres su único heredero. ¿Y por qué no contrata a un asesino si su objetivo es matarte? ¿Por qué monta todo este numerito para incriminarte?

Al principio, Bastian no dijo nada. Siguieron caminando, entrando y saliendo de las sombras que se formaban entre las farolas.

—Mi padre y yo nunca hemos estado de acuerdo en nada —dijo al fin, con un hilo de voz—. Ni en su forma de gobernar ni en la religión. Sinceramente, creo que es una estupidez que la corona de Auverraine sea algo determinado por la bendición de Apollius. Un dios ausente no debería tener la última palabra en el gobierno de la ciudad.

—Eso es herejía.

—Y a lo grande. —Bastian se frotó distraídamente un costado. Poco a poco, se le estaba formando un moratón en aquella zona, con los bordes adoptando un vistoso tono morado—. Creo que mi padre da por hecho que mi opinión es esa porque no quiero ostentar la corona. Y tiene razón. No la quiero. Pero eso no implica que quiera entregar mi país a Jax y al Imperio kiryteo.

—Entonces, ¿por qué motivo iba a matarte?

—Porque así elimina la posibilidad de que cambie de opinión —respondió sin más—. Y en cuanto a lo de no contratar a un asesino, August conoce bien a la corte. Sabe que el desdén que siente hacia mí no es ningún secreto. Si me muriera sin más o me mataran por accidente, correrían rumores. Recuerda que el linaje de los Arceneaux ha sido bendecido, representamos a nuestro dios. No daría buena imagen que se sospechara que uno de nosotros es un asesino, sobre todo cuando tiene la opción de acusarme de ser un espía kiryteano y tener un motivo perfectamente válido para ejecutarme. —Le dedicó una mirada burlona—. Te dijo que te pegaras a mí, ¿verdad? Seguramente tenga pensado plantar pruebas para que las encuentres. Así tendrá la palabra de un sacerdote y de la prima de un duque para respaldar su versión. —Le dio un golpecito en el hombro—. De esa forma, nadie cuestionaría sus motivos.

—¿Y entonces por qué no huyes? —le preguntó Lore—. Si crees que tu padre solo necesita encontrar una excusa para asesinarte, si ni siquiera quieres la condenada corona, ¿por qué te quedas en la ciudadela?

—Porque la ciudadela es mía —le respondió con una vehemencia que ella no se esperaba—. Aunque no la quiera, huir no solucionará nada. No quiero ser el Príncipe Solar, pero lo soy, y eso conlleva cierta responsabilidad. Si quiero que se produzca algún cambio, tendré que hacerlo yo mismo. —La miró—. Y, una vez que desapareciera, mi padre podría escoger a otro heredero de entre los Arceneaux que

quedan vivos. Pero acabaría siendo alguien que no sería bueno para Auverraine. Te lo garantizo. Tengo pocos parientes y todos ellos son horribles.

Lore recordó lo qué Gabe y ella habían hablado en sus aposentos, lo de intentar contener un río con un guijarro. Sin embargo, Bastian no era ningún guijarro. Bastian era un peñasco.

—La verdad es que me sorprende que a tu padre le preocupe tener un heredero. —La chica ajustó su paso al del Príncipe Solar, siguiéndole por aquellas calles que tan familiares le resultaban—. Consume veneno de manera regular y doy por hecho que, al tratarse del Rey Sagrado, cuenta con un mortífero que sabe administrarle la dosis correcta. Parece que esté intentando que el asunto de la sucesión acabe siendo irrelevante.

Bastian no dijo nada, pero fijó la mirada por un instante en ella para luego apartarla. Tenía la boca cerrada con fuerza mientras pensaba.

Doblaron una esquina y Bastian la tomó del codo, dirigiéndola hacia la alcantarilla que pasaba por debajo del muro de la ciudadela. Lore ni la había visto, escondida como estaba en las sombras.

—Remaut y tú vais a tener que ser mejores actores —dijo el príncipe, cambiando de tema—. Todos en la ciudadela se ven venir de lejos las patrañas, y él no te mira como si fueras su prima.

—¿Y cómo me mira? —Lore se soltó de su agarre.

—Como si no estuviera muy convencido de su voto de castidad.

Las mejillas de la muchacha se enrojecieron.

Con una sonrisa, Bastian le señaló hacia la alcantarilla con la mano en la que tenía la cicatriz del sol.

—Usted primero, milady.

Lore se metió en el túnel, volviendo a mojarse el bajo de la bata. Bastian entró con un chapoteo detrás de ella y encabezó la marcha, sosteniendo en alto su mechero.

—Gabriel sabe cómo volver a la ciudadela, ¿no? —le preguntó Lore.

—Es un tipo con muchos recursos. Encontrará el camino. —La llama del mechero titiló sobre las paredes húmedas. Algo que parecía ser una rata se escabulló hacia las sombras—. Que te preocupes así por él es conmovedor.

Lo dijo de un modo irónico. A su espalda, ella frunció el ceño, recogiéndose el bajo del vestido para que no tocase el agua.

—Lo han metido en este embrollo igual que a mí.

—Sea como sea, Gabriel le es leal a una única persona. Y por muy entretenida que seas, Lore, no creo que puedas competir con Apollius.

Si surge la oportunidad de que Remaut te utilice para servir a su dios, la aprovechará. —Bastian se giró hacia ella, con la llama iluminándole el cabello oscuro con una luz diabólica y manteniendo su mirada en las sombras—. De hecho, parece que yo soy la única persona en la ciudadela que sabe quién eres y de lo que eres capaz, y que aun así no intenta hacer de ti un arma.

Eso no era cierto, pero tampoco es que la verdad fuese reconfortante. Gabe no sabía lo que era Lore, lo que era de verdad. No como Bastian.

Por el Dios Sangrante y la Diosa Enterrada, esperaba que aquello no hubiera sido un error.

—Gabe no está intentando utilizarme —dijo en voz baja—. Intenta mantenerme a salvo.

El príncipe se giró, dejando escapar un suspiro lastimero mientras meneaba la cabeza.

—¿Acaso estás tan acostumbrada a que te utilicen que no te das cuenta de que lo están haciendo, siempre y cuando sea de un modo amable?

Lore no tenía una respuesta para aquello.

Capítulo Veintiuno

La naturaleza siente una predisposición hacia la perversidad. Por ejemplo, el eclipse. El cielo se oscurece cuando debería ser claro y la luna se superpone al sol. Ese es el momento en el que surge el poder oscuro. Pero no temáis, porque hasta ese poder puede ser aprovechado.

–El Libro de la Ley Divina, tratado 745[1]

Recorrer aquel corto túnel no les llevó mucho tiempo, aunque Lore acabó igualmente empapada hasta la cintura cuando saltaron hacia el saliente que se encontraba al otro extremo. Caminar por entre toda aquella agua había sido lo bastante agotador como para hacerla sudar. Deseaba pasarse las manos por la cara para poder secársela, pero no sabía de qué podía tenerlas manchadas.

—¿Con cuánta frecuencia haces esto? —preguntó, girándose hacia Bastian—. Y por los infiernos infinitos, ¿cómo lo haces para esconder tanta ropa sucia?

—Antes hacía esto una vez a la semana o así, pero supongo que tendré que disminuir mis salidas ahora que al menos dos cobradores de apuestas saben quién soy. —El príncipe avanzó hasta llegar a su lado casi sin perder el aliento—. Además, suelo dejar toda mi ropa en la alcantarilla y recorro los jardines desnudo. Es revitalizante. Y quienquiera que encuentre mi ropa tirada sin duda la necesitará más que yo.

—Por favor, dime que no tienes pensado deshacerte de todo lo que llevas puesto ahora mismo.

—Tendré en consideración tus delicadas sensibilidades, aunque estoy seguro de que la ropa acabará produciéndome unas dolorosas rozaduras. —Bastian la agarró por la cintura y la impulsó hacia arriba para sacarla de la alcantarilla hacia los jardines de la ciudadela.

Allí los esperaba Gabriel.

El Presque Mort trastabilló hacia atrás, envolviendo a Lore con los brazos para que esta no se cayera.

—¿Estás bien? —le preguntó, recorriéndole con las manos desde los hombros hasta las muñecas—. ¿No te ha hecho daño?

—¿Debería sentirme ofendido? —Bastian salió de las alcantarillas, con una sonrisa en el rostro y dedicándole una mirada incisiva—. Creo que sí que me ofende.

—No me ha hecho daño. —Lore no mencionó aquel largo momento vivido en el callejón, cuando había tenido la sensación de que el Príncipe Solar sí que iba a hacerle daño. Se desembarazó de los brazos de Gabe y le miró a la cara. Se le estaba formando un moratón en el lado del rostro donde no tenía el parche. Además, tenía sangre seca debajo de un corte en el labio—. ¿A ti qué te ha pasado?

—Me he topado con unos cobradores de apuestas que creían que les debía algo. —Gabe se frotó la sangre seca para quitársela, aunque aquello no mejoró el aspecto que tenía—. Cuando me he deshecho de ellos, tampoco he logrado dar con vosotros, así que he venido hasta aquí para pedirle ayuda a Anton.

Cómo no. Lore se preguntó si hacía mucho que Gabe había decidido contárselo todo al altísimo sacerdote, incluyendo lo del posible cadáver reanimado en las criptas, o si, en cambio, aquella parte se la callaría.

No las tenía todas consigo. Apartó la mirada de él y cruzó los brazos contra el pecho como si estos formasen una especie de barrera.

El monje no pareció darse cuenta. Rodeó a Bastian con los puños cerrados a ambos costados, como si estuviera haciendo un esfuerzo monumental para que estos no acabaran empotrados en la cara del Príncipe Solar.

—Por los infiernos infinitos, ¿qué ha sido eso, Bastian? Nos has arrastrado hasta los muelles, y todo para que tú pudieras jugar a ser parte del populacho, para que te dieran una paliza…

—Porque yo he querido. Debo aclarar que me he dejado vencer.

—Y luego has secuestrado a Lore y me has dejado allí tirado. —A medida que hablaba, Gabe se había ido acercando más a Bastian y ahora se encontraba justo enfrente de él, aprovechando los cinco centímetros de altura que le sacaba para cernirse sobre el príncipe—. ¿Qué mierda te pasa?

—Controle esa lengua, su excelencia —le regañó Bastian, sin importarle en absoluto tener la gran figura del monje cabreado plantada ante sí—. Te pido disculpas si has acabado metido en un lío, aunque veo que te las has apañado muy bien tú solo.

Gabe lo ignoró, furioso.

—Puede que seas el príncipe, pero no puedes…

—Lo sabe, Gabe.

La voz de Lore interrumpió al Mort a mitad de frase. Este se quedó inmóvil y luego se giró para mirarla, con los hombros tensos.

—¿Todo?

Lore asintió con cautela.

—Todo.

Gabe asintió igual que ella. Entonces, se giró hacia Bastian y lo empujó contra el muro.

—¡Gabriel! —exclamó Lore, pero el Presque Mort ya no la escuchaba. Sujetaba a Bastian de los hombros con las palmas de las manos y con la nariz a tan solo unos centímetros de la del príncipe, enseñándole los dientes.

—¿Y cómo vas a matarnos, Bastian? —gruñó—. Ya sabes qué hacemos aquí, que tu padre está al corriente de que le estás pasando información a Kirytea, ¿y quieres que me crea que vas a dejar pasar todo eso?

Al Príncipe Solar se le marcaban por completo los tendones del cuello, pero se rio como si todo aquello fuese un juego.

—Te tienen bien comido el coco, ¿eh? Te han hecho creer que la única forma de exonerarte de esa traición por asociación es considerando traidores a todos los demás.

A Gabe le temblaron ligeramente los brazos. Lore no estaba segura de si era a causa de la fuerza que empleaba para sujetar a Bastian contra la pared o porque intentaba contenerse para no pegarle.

—Para ellos nunca será suficiente, Gabe. —A pesar de aquella sonrisa maliciosa, el tono de voz de Bastian era suave—. La Iglesia y la Corona no olvidan, no perdonan, al igual que los dioses antes que ellos. Pero no dejarán de prometerte que conseguir ese perdón es posible, como si fuese un espejismo en medio del jodido desierto. Y tú seguirás intentando alcanzarlo, incluso cuando sabes que se trata de algo que no podrás obtener.

Se quedaron mirándose el uno al otro. Entonces, Gabe sacudió a Bastian contra el muro.

—Dejadlo ya los dos. —Lore agarró a Gabe del brazo y tiró de él hacia atrás. Por un momento, creyó que la apartaría, pero el monje cedió, aunque fuera a regañadientes—. Bastian, cierra el pico.

El príncipe sacudió los hombros, haciendo una mueca.

No obstante, cerró el pico.

Lore se giró hacia Gabriel con la respiración agitada, como si hubiera sido ella la que había estado a punto de meterse en una pelea.

—Podemos sacarle partido a esta situación —le dijo con un hilo de voz, sin mirar al Príncipe Solar mientras hablaba. Aquello se acercaba demasiado a lo que Bastian le había dicho en el túnel, a todas aquellas

preguntas acerca de usar a alguien y permitir que los demás la usaran a ella—. Cabe la posibilidad de que August esté intentando inculpar a Bastian.

El Presque Mort le dedicó una mirada fulminante.

—¿Ha sido él quien te ha dicho eso?

—¿Acaso importa? —La chica no sabía cómo explicarle que estaba segura de que Bastian decía la verdad, al menos sobre aquel asunto.

—Tú no le conoces. —Gabe sacudió la cabeza—. Lore, Bastian es…

—¿Y no se te ha ocurrido pensar —le interrumpió el príncipe como si nada— que estás basando todas tus conjeturas en cómo era de niño? Si te soy sincero, parece bastante injusto. Sobre todo teniendo en cuenta cómo te fueron a ti las cosas cuando la gente te hizo lo mismo.

Gabe cerró lentamente las manos en puños, dejándolas a sus costados.

Pasó un momento y entonces el Mort se enderezó, con la mirada severa.

—Si quieres creerle —le dijo a Lore, ignorando por completo al príncipe—, no iremos inmediatamente a contárselo a August. Primero se lo contaremos a Anton y veremos si…

—No —respondieron Lore y Bastian a la vez.

Gabe enarcó las cejas.

Bastian se apartó del muro.

—Mi padre quiere que desaparezca —dijo, con el mismo tono que habría empleado si estuviera hablando del clima—. No tengo muchas ganas de comprobar qué hará si su plan para deshacerse de mí de forma legítima, al menos de cara a Auverraine, se ve frustrado. —Se sujetó el pelo largo y húmedo, a causa del sudor y del agua de la alcantarilla, y se lo recogió en un moño a la altura de la nuca—. Y luego está el problema de las aldeas en las que todos mueren de la noche a la mañana. Me interesa mucho llegar al fondo de eso.

—Aún no nos has dado ningún motivo para confiar en ti —dijo Gabe entre dientes—. Puede que hayas engañado a Lore, pero conmigo te costará más.

Gabriel pronunció su nombre como si estuviera reprendiéndola, como si hubiera esperado algo mejor de ella. Lore se envolvió el pecho con los brazos. La vergüenza y la rabia le dejaron un sabor a ceniza en el paladar.

—Entonces, te daré un buen motivo. —Bastian se irguió, logrando de algún modo parecer de la realeza a pesar de llevar el pecho desnudo y el pelo enmarañado—. Si involucras a mi padre y a mi tío de un modo que a mí no me parezca bien, haré que os envíen a ambos a las islas Calcinadas.

A Lore se le entrecortó la respiración.

Gabe fijó la mirada en ella y la postura erguida que había adoptado antes comenzó a desinflarse poco a poco. Dedo a dedo, el Presque Mort fue abriendo los puños.

—Muy bien —gruñó este.

—Perfecto, pues todo está ya claro. —Bastian sonrió—. Supongo que ahora los dos trabajáis para mí.

Pero solo porque Gabe hubiera cedido no significaba que fuera a quedarse callado.

—¿Y cuándo exactamente comenzó a interesarte el fallecimiento de tus súbditos?

—Gabriel. —La voz de Lore era contundente, pero al menos ya volvían a entenderse. Con suerte, a partir de entonces sin violencia.

—Me interesa el asunto desde el principio, Remaut. —Bastian rebuscó en sus bolsillos y sacó otro cigarrillo. Lore no sabía cómo había conseguido mantenerlo lo bastante seco como para encenderlo, pero lo hizo sin problema. El príncipe exhaló una nube de humo—. Me he interesado por ello tanto como me han dejado, ya que Anton y August han intentado por todos los medios ocultarme los detalles.

—¿De verdad necesitas conocer los detalles cuando seguramente estás involucrado?

—Hay un modo sencillo en el que puedes descubrirlo, Gabe. —Bastian se metió las manos en los bolsillos y sonrió—. ¿Por qué no se lo preguntamos al cadáver cuando lleguemos a las criptas? Eso es lo que tiene que hacer Lore de todas formas, ¿no?

Lore pensó en lo ocurrido aquella tarde, cuando August la había reprendido por hacerle preguntas al cadáver que había resucitado en lugar de indicarle que siguiera las órdenes del rey. No se había parado a darle muchas vueltas entonces, pero ahora se preguntaba por qué August y Anton no habían querido que ella estuviese presente cuando el cadáver comenzara a responder a sus preguntas.

—Volveré a preguntárselo —dijo ella—. Cuando estemos allí, volveré a hacer la pregunta.

—Excelente. —Bastian avanzó lentamente, dando un tranquilo paseo de vuelta al bosque artificial. El cielo ya estaba clareando, con la amenaza del alba cerniéndose sobre ellos—. Si después de hacer esto nos quedan más traumas infantiles pendientes, los debatiremos durante el desayuno.



En el interior de la ciudadela, los pasillos estaban vacíos. Incluso los

más libertinos se habían retirado al fin a sus aposentos privados. Los pasos de los tres resonaban por el suelo de mármol mientras Bastian los conducía a través de una maraña laberíntica de apliques de oro, pinturas al óleo y estatuas con joyas incrustadas hasta la puerta estrecha y sin marcar que llevaba a las criptas.

El guardia al que Gabe había dejado inconsciente antes ya estaba despierto. Custodiaba el lugar medio adormilado, con la punta afilada de su bayoneta resbalándosele lentamente hacia el suelo antes de que se despertara cada par de segundos y volviera a ponerla en posición. Frunció el ceño cuando vio que los tres se aproximaban, pero en cuanto reconoció a Bastian, se enderezó todo lo que pudo e inclinó la cabeza hacia abajo. Parecía que el estado de semidesnudez del príncipe no le desconcertaba en absoluto.

—Majestad.

—Descanse. —Aquella vez era la primera que Lore oía hablar a Bastian igual que un miembro de la realeza. No parecía para nada que se hubiera pasado las últimas horas recibiendo una paliza en los muelles—. Mis amigos y yo tenemos un asunto que tratar aquí. La madre de lady Eldelore no goza de buena salud y ha comprado una cripta recientemente, dando instrucciones específicas de que su hija inspeccione las vistas que tiene a distintas horas del día y de la noche.

Aquello era una verdadera estupidez, pero dicho con esa voz comedida y principesca, parecía convincente. El rostro del guardia no dejó entrever si se lo había tragado o no, pero el tipo asintió igualmente y abrió la puerta que quedaba a su espalda.

—El Guardia Sagrado sigue en su puesto.

—No espera nuestra visita, pero se lo explicaré. —Bastian sacudió la mano para indicarle que ya no requería de sus servicios y el guardia se echó a un lado.

Los tres caminaron en silencio por el pasillo que tenían delante y que aún estaba oscuro. Nadie había vuelto a encender las velas que Bastian había apagado. Aquello hacía que la figura del príncipe fuese una forma imprecisa entre las sombras, compuesta de cabello oscuro, piel desnuda y nudillos ensangrentados. Este abrió la puerta del túnel de un empujón y, con una reverencia, le indicó a Lore que pasara.

Detrás de ella, Gabriel resopló.

El Guardia Sagrado, que sé encontraba al final del corto túnel, no dijo nada cuando los vio acercarse, pero la mano que tenía alrededor de la bayoneta se relajó cuando divisó al Príncipe Solar. Bastian no esperó a que hablase.

—Tenemos un asunto que tratar aquí —dijo escuetamente.

El Guardia Sagrado asintió, aunque detuvo la mirada con

curiosidad en Lore. Sin duda, se había dado cuenta de que era la misma chica que había estado allí antes.

Fantástico.

Pero Lore ya tenía mucho de lo que preocuparse: de los hermanos Arceneaux y de lo que pensarían cuando inevitablemente se enterasen de que había acudido a las criptas con Bastian o de la reanimación de Caballo. Era capaz de inventarse alguna excusa, de mentir lo suficiente como para que se quedaran satisfechos con su respuesta. Pero en aquel instante, estaba demasiado ocupada intentando reprimir las náuseas que sentía de tan solo pensar en volver a ver el cadáver del niño muerto, en la posibilidad de que hubiera vuelto a la vida de un modo horrible.

—¿Lore? —Gabriel le habló en un tono dulce y preocupado.

Ella negó con la cabeza y se enderezó.

—Estoy bien. —Se encaminó hacia la cripta a la que la había llevado August, intentando con todas sus fuerzas que no le temblaran los dedos. Por encima de sus cabezas, las estrellas comenzaban a desaparecer al otro lado de la cúpula de cristal del techo, y el cielo adoptaba un tono añil veteado con estelas de color lavanda.

El hueco en el lateral de la torre de piedra se abría como si fuera una boca desdentada. Bastian se cruzó de brazos y señaló con la cabeza.

—¿Es esta?

Lore asintió. Era patético lo agradecida que se sentía por que Bastian fuera el primero en entrar, atravesando la entrada circular y desapareciendo en la oscuridad del interior.

Tras echarle otro vistazo y suspirar profundamente, Gabe entró en la cripta. Ella levantó la cabeza hacia el cielo nocturno que se veía a través del cristal, inhaló hondo y los siguió.

Poco a poco, fue adaptando la mirada a la oscuridad. Bastian se encontraba entre las manos de piedra extendidas de Apollius, con la cavidad que tenía el dios en el pecho justo detrás de él, como si el príncipe fuera el corazón que le faltaba. Gabe se puso enfrente de este, pegado a la esquina contraria.

El cadáver del niño sobre la losa permanecía inmóvil. Lore estaba tan aliviada que sintió que desfallecía. Lo que le había pasado a Caballo debía haber sido un error. Tal vez no había cortado por completo su conexión con él…

Pero entonces, como si hubiera percibido su presencia en el ambiente, el cadáver se sentó.

Aquel movimiento fue antinatural. Los brazos del cuerpo colgaban inertes mientras se doblaba por la cintura. Era como si tuviera una

cuerda pegada a la cabeza que tirara de él hacia arriba. Abrió los ojos lentamente, dos pozos negros en aquel rostro pálido. Comenzó a girarse poco a poco hacia Lore, como si hubiera estado esperando a que ella llegara, a que le diera órdenes.

La debilidad que sentía en aquel instante en las rodillas ya no se debía al alivio.

—Mierda —jadeó Bastian—. Me cago en el muro de la ciudadela.

Gabe no dijo nada, pero el aire detrás de Lore pareció tensarse y enfriarse, como si la conmoción hubiese abandonado el cuerpo del Presque Mort y se hubiera filtrado en la atmósfera.

Ella tardó un momento en recordar qué había ido a hacer allí cuando se topó con aquellos ojos negros. Tenía que preguntarle al cadáver qué había sucedido. Tenía que pedirle que le dijera la verdad

—¿Qué es lo que te mató? —jadeó.

Aquella pequeña boca desencajada era un agujero negro. Habló sin necesidad de moverse.

—La noche —dijo el niño, con un tono que recordaba a un desprendimiento de rocas—. La noche fue la que me mató.

Los cuatro, Lore, Gabe, Bastian y el cadáver, se quedaron inmóviles y en silencio. Entonces, Bastian señaló hacia la losa.

—¿Lo ves, Gabe? Ya te he dicho que no fui yo.

El Presque Mort se movió incómodo en el sitio y lo ignoró por completo.

—Lo de «la noche» no nos ayuda mucho.

Lore juntó las cejas, concentrándose por completo en el niño que tenía delante. Este volvió a abrir la boca, en esta ocasión con mucha más amplitud.

La chica esperaba que repitiera el mismo mensaje, pero esta vez fue distinto. Seguía sin mover los labios y aquellas cuerdas vocales muertas no le respondían. Pero ella sentía que ahora el cadáver estaba haciendo un esfuerzo. Antes, sus palabras habían parecido memorizadas, como un pájaro entrenado que repite lo que le han enseñado a decir. Pero esto era algo… consciente. Tenía un propósito.

Como si fuera otra cosa la que estuviera transmitiendo un mensaje a través de aquella boca.

—Encuentra al resto —dijo el cadáver, las palabras eran ásperas y se abrían camino por esa garganta muerta, por esa lengua inmóvil—. No los han destruido.

Lore casi esperaba que el niño volviera a desplomarse tras haber transmitido el mensaje, tras haber cumplido su propósito. En cambio, aquellos ojos negros siguieron mirándola, con la boca aún abierta. Entonces, la joven recordó para qué había ido realmente hasta allí.

Fuera lo que fuese lo que había hecho para reanimar al cadáver, tenía que deshacerlo.

Un instante después, Lore extendió las manos y cerró los ojos. Lo único que se le ocurría hacer era seguir los mismos pasos de antes, pero a la inversa, para ver si quizá así conseguía revertir el curso de la muerte. Iba a intentar introducirla en el interior del cadáver en lugar de extraerla hacia el exterior.

Alrededor de la losa, Gabe y Bastian se mantuvieron inmóviles.

Lo único en lo que podía apoyarse Lore era en su instinto. Visualizó el bosque en su mente, reduciendo su fuerza protectora. Inhaló hondo y contuvo la respiración hasta que comenzaron a ponérsele los ojos blancos, hasta que todo acabó teñido del tono gris apagado propio de la materia muerta o del blanco resplandeciente de algo vivo. Gabe y Bastian pasaron a ser dos borrones de luz, mientras que el cadáver sobre la losa era del color del carbón; algo que se hallaba entremedias, algo que no debería estar vivo, pero a lo que le habían arrebatado la muerte del interior.

El Mortem era fácil de encontrar. Se hallaba en las rocas y en el cristal del techo sobre sus cabezas, a través del cual veían cómo el cielo se volvía ligeramente rosado con la llegada del alba. Pero a Lore le costaba mucho tirar de él, le costaba controlarlo.

Bastian. Bastian estaba allí.

La chica abrió los ojos y los fijó en él.

—Bastian, tienes que irte.

Lo primero que cruzó el rostro del príncipe fue una gran incredulidad, seguida de una oleada de rabia.

—Desde luego que no. Creía que habíamos dejado claro que…

—No puedo controlar el Mortem mientras tú estés aquí. —Se encontraba demasiado agotada como para discutir. Por los dioses, ¿cuánto tiempo llevaba sin dormir?—. No sé por qué, pero si voy a hacer esto, necesito que te marches de la cripta.

Gabe se comportó y no puso ninguna expresión engreída. No miró en absoluto a Bastian, solo a Lore, con el ceño fruncido. Los canalizadores podían ver el Mortem, pero la gente normal no. Estos últimos solo podían ver los efectos que tenía en una persona. Gabe había visto cómo ella había intentado hacerse con el Mortem, cómo había fracasado en su intento.

Lore lo contempló por un momento y vio que estaba conteniendo el aliento, con los dedos pálidos y fríos. Al ver que ella no era capaz, el Presque Mort había intentado aferrarse al Mortem. Pero no tenía ningún hilo oscuro enrollado en los dedos, por lo que él tampoco podía aferrarse a la magia de la muerte cuando Bastian estaba cerca.

No estaba segura de si aquello era reconfortante o alarmante.

Bastian se quedó mirándola, aunque no con furia. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho desnudo y la boca apretada en una fina línea. Asintió una sola vez y abandonó la cripta.

Gabe no hizo preguntas. Se limitó a esperar.

Lore se lo agradeció. Cerró los ojos, contuvo la respiración y dejó caer sus defensas mentales hasta que volvió a sentir el Mortem. Intentó agarrarlo, enrollar un hilo alrededor de sus dedos necróticos, con las venas coagulándose y ennegreciéndose a medida que la sangre comenzaba a dejarle de fluir.

El Mortem se abrió paso en su interior. La muerte se asentó en sus células, pero no se apoderó de ellas. Poco a poco, se concentró en las palmas de sus manos y, lentamente, Lore las alzó para dejarla salir.

El Mortem se extendió por la cripta, en una línea viscosa y oscura. Se introdujo en la boca desencajada, en las fosas nasales y en los ojos negros abiertos del cadáver. Y mientras hacía aquello, el cuerpo empezó a dejarse caer poco a poco. La postura antinatural que había adoptado al doblarse por la cintura comenzó a descender gradualmente.

Lore dotó de muerte al cadáver y, despacio, volvió a dejarlo descansar.

Entonces, ella misma se desplomó en el suelo, sintiendo un hormigueo por todo el cuerpo mientras la sangre le volvía a fluir, lo que le produjo picor e incomodidad. Se le agitó la respiración, ya que el corazón se le había acelerado tras haber dejado de latir casi por completo.

Gabe se acercó para arrodillarse frente a ella y le tiró del hombro hacia arriba para hacer que le mirara a la cara.

—Estoy bien —jadeó Lore, una respuesta para una pregunta que Gabe no le había hecho. No era del todo cierto, pero no había nada que él pudiera hacer por ella—. Ha funcionado y estoy bien.

La puerta de la cripta se abrió, como si Bastian hubiera sabido de algún modo que ya habían terminado. Accedió al interior y se detuvo cuando los vio en el suelo. El príncipe no le preguntó si estaba bien. No mostró ningún tipo de preocupación.

«Porque sabe exactamente qué es lo que eres». Bastian sabía que, para sus manos, canalizar el Mortem era tan natural como las líneas de la vida que le recorrían las palmas.

La luz se coló a través de la puerta, que ahora estaba abierta, con el amanecer tiñendo el cielo al otro lado de la cúpula de cristal. Tenían que salir de allí. Lore ya había hecho lo que debía hacer.

Pero Gabe no se movió. Seguía sujetándola por los hombros y

desplazando la mirada de su rostro hacia el cadáver sobre la losa.

—¿Qué ha querido decir con eso? —preguntó con calma—. ¿Cuándo ha dicho que encontremos al resto, que no los han destruido?

—Se refería al resto de los cadáveres de las aldeas —murmuró ella, con la voz ronca. Sabía que estaba en lo cierto, sentía aquella misma convicción profunda que la empujaba hacia Gabe y hacia Bastian—. No los han quemado. August y Anton los tienen escondidos en algún sitio.

Capítulo Veintidós

Las catástrofes se producen en oleadas

–Proverbio auverraní

Lore sentía que le pesaban los ojos a causa del sueño, pero no permitió que se le cerraran. O al menos, lo intentaba. Cada pocos minutos, su visión de la sala de estar de los aposentos que compartía con Gabe se oscurecía y tenía que recordarse a sí misma que debía permanecer despierta.

Se separaron de Bastian después de lo de las criptas. Para entonces, incluso él había empezado a bostezar. El Príncipe Solar no les había dicho nada, simplemente cuando ellos dos habían doblado hacia el torreón sudeste, él había tomado la dirección contraria. Tanto Lore como Gabe habían estado demasiado cansados como para comentar algo en aquel momento, pero, al parecer, el ascenso hacia sus aposentos había espabilado al Presque Mort.

—No tiene ningún sentido. —Gabe se pasó las manos por la parte del pelo que tenía rapada, con los codos apoyados sobre las rodillas. Era demasiado alto como para caber en aquel sofá, y esa confusión airada solo le hacía parecer todavía más enorme—. Anton y August no tienen motivos para mentir sobre lo que están haciendo con los cadáveres.

Lore se encogió de hombros. Se hallaba sentada con las piernas cruzadas delante de la chimenea encendida, encorvada hacia delante y con la barbilla apoyada sobre una mano.

—Entonces, ¿crees que me equivoco?

—No he dicho eso. —Gabe levantó la mirada, con las llamas reflejándosele en el único ojo con el que veía. Lore contempló cómo meditaba sus siguientes palabras, intentando encontrar la combinación adecuada para que no sonara como una acusación—. Es solo que…, ¿cómo lo sabes?

Aquella era la clave de todo. La única pregunta lógica para la que, por supuesto, Lore no tenía una respuesta. Podía intentar comenzar

por el principio, explicarle sus orígenes, su extraña conexión con el Mortem, con Nyxara y con lo que quedaba de la Guardia Enterrada. Podía contarle a Gabe la misma historia que le había contado a Bastian, toda la verdad, lo mejor que podía recordarla, y esperar que aquello bastara para que confiara en ella. Podía contarle cómo algo en el centro de su ser parecía tirar de ella hacia los dos, hacia él y hacia Bastian, como si fueran gotas de lluvia deslizándose por el mismo canalón, siempre destinados a encontrarse.

Pero entonces recordó lo que Bastian le había dicho. «No creo que puedas competir con un dios».

Lore ya le había pedido a Gabe que le ocultara cosas a Anton. No era demasiado conveniente seguir tentando a la suerte.

Así que cambió de postura en el suelo, entrelazando los dedos sobre el regazo, y se preparó para mentir.

—Creo que tiene algo que ver con el Mortem que se encuentra en el interior del cadáver. Y también con que haya sido yo la nigromante que lo resucitó.

Era la mejor explicación que podía darle.

Gabe meneó la cabeza.

—Pongamos que estás en lo cierto y que han conservado los cadáveres de las aldeas. Seguramente eso significará que August y Anton tienen un buen motivo para…

—Nos han mentido. —Lore se dio completamente la vuelta. Ahora estaba cara a cara con él—. Nos mintieron sobre lo que estaba sucediendo con los cadáveres. Dijeron que se estaban deshaciendo de ellos después de registrarlos en busca de pistas. Entre eso y su insistencia en que Bastian es un informante, cuando sabemos que no lo es…

—Todo se reduce a confiar en Bastian —se mofó Gabe por lo bajo.

—No te estoy pidiendo que confíes en él. —Le costó mucho no decir aquello entre dientes—. Lo que te pido es que confíes en mí.

—No, técnicamente, lo que me estás pidiendo es que confíe en el Mortem, en el poder de la muerte que ha corrompido nuestra ciudad y que ha tenido repercusiones en todo el continente. El poder que ha hecho que la gente tenía ser enterrada bajo tierra, un poder que emana del cadáver de una diosa manipulativa. —Entonces, Gabe se puso en pie y la eclipsó con su sombra, que se alargaba sobre el suelo —. Discúlpame, Lore, pero «me lo ha dicho el Mortem» no es un argumento muy convincente.

A ella se le enrojeció el rostro a causa de la rabia y se puso en pie para intentar igualar su altura, mirando fijamente aquel ojo azul.

—¿Y qué te parece: «a Anton le das igual, lo único que le importa

es lo que puedes hacer por él» o «August es un mentiroso que quiere matar a su propio hijo»? ¿Esos argumentos te parecen lo suficientemente convincentes?

Gabe alzó una de las comisuras de la boca.

—Otra vez con Bastian.

—Al menos Bastian no es tan lameculos como para creerse a pies juntillas todo lo que le dicen.

—No, es demasiado egocéntrico como para que le interese nadie más que él. Y, además, lo único que está haciendo es intentar llevarte a la cama.

—Aunque eso fuera cierto, ¿por qué iba a importarte a ti?

—Porque creía que eras lo bastante lista como para no dejarte engatusar por una cara bonita que te diga lo que quieres oír. Porque creía que tomabas decisiones con la cabeza en lugar de con el…

Lore apretó los dientes de una forma casi audible y movió las manos antes de que su cerebro les diese la orden. Empujó a Gabe por los hombros, obligándolo a sentarse de nuevo en el sofá. Las piernas del Presque Mort tocaron el cojín y sus rodillas se doblaron, haciendo que cayera de golpe e interrumpiendo lo que sin duda iba a ser una palabra inapropiada para un monje.

La chica plantó las manos a ambos lados de la cabeza de Gabe, agarrándose al respaldo del sofá. De aquella forma, acabaron quedándose casi a la misma altura, pero el Mort no se reclinó hacia atrás. Mantuvo la cabeza erguida, con aquella boca fruncida a tan solo unos centímetros de la de ella.

—Su cara no tiene nada que ver con esto. —Lore habló en un susurro, siseando hacia el escaso espacio que quedaba entre ambos—. Esto tiene que ver con que el rey, el altísimo sacerdote y los Presque Mort nos están utilizando. Me trajeron aquí por medio de manipulaciones y es lo único que han hecho conmigo desde entonces. También es lo único que han hecho con Bastian y contigo. Pero al menos el Príncipe Solar y yo somos lo suficientemente inteligentes como para admitirlo.

«¿Acaso estás tan acostumbrada a que te utilicen que no te das cuenta de que lo están haciendo, siempre y cuando sea de un modo amable?». Las palabras de Bastian resonaron en su interior. A Gabe no le habían utilizado de un modo amable, pero ni él mismo creía que mereciera ser tratado con decencia. Puede que ahí estuviera la raíz de todo; había aceptado una penitencia constante por un crimen que nunca había cometido.

Cuando Gabe respiró, Lore lo sintió. Lo tenía muy cerca. Demasiado. El Presque Mort emitía una gran calidez, mientras que a

ella la envolvía un profundo frío helador que siempre estaba intentando descongelar.

—Es lo que tienen aquellos acostumbrados a que los manipulen —dijo Gabe en voz baja—, que ellos mismos acaban convirtiéndose en manipuladores expertos. No hay mejor maestro que la experiencia.

Se quedaron en esa postura, demasiado cerca y acalorados, con la rabia y algo más crepitando entre ellos. Y aunque Lore quería inclinarse hacia delante, besarlo y ponerle fin a toda esa situación de un modo que sí podía entender, aquello no hizo más que reafirmar su decisión.

Gabe no podía saber la verdad sobre ella.

Él quería que lo besara. Lore podía vérselo reflejado en aquel ojo, casi como si fuera una súplica. El deseo era algo palpable, vibraba en el aire. Pero Gabriel era un Presque Mort hasta la médula e, incluso en aquel desconcertante momento, no era capaz de ser el que se inclinara hacia delante y rompiera con sus votos.

Despacio y de forma deliberada, Lore soltó el respaldo del sofá. Despacio y de forma deliberada, se irguió, mirando al monje desde arriba, mientras este levantaba la vista hacia ella como si él fuera fuego y Lore, gasolina.

—Voy a buscar los cadáveres —murmuró la chica—. Contigo o sin ti.

—Iréis solos Bastian y tú, ¿eh? —Soltó aquello como si su intención hubiera sido decirlo de manera frívola. En cambio, lo dijo casi sin aliento—. Buena suerte con eso.

—No creo que me haga falta la suerte.

Gabe hizo un ruido por lo bajo y luego se inclinó hacia delante, pasándose una mano por la cara. Un instante después, fijó la mirada en Lore.

—Si al final resulta que los cadáveres sí que están escondidos en alguna parte, ¿qué demuestra eso?

La tensión que habían sentido apenas unos momentos antes se había disipado. Las palabras ya no parecían tener dobles sentidos ni estar cargadas de pasión.

—Probablemente muchas cosas… que no sabremos hasta que veamos dónde están los cadáveres y qué les han hecho. Pero, por ahora, tan solo significa que no podemos confiar ni en August ni en Anton. Significa que todo lo que nos han contado sobre los cadáveres, sobre Kirytea… no es algo que podamos creer.

Al oír el nombre de Anton, Gabe cerró el ojo y Lore sintió una punzada de compasión. Aquello era doloroso para el Presque Mort, mermaba una confianza con la que había contado desde hacía mucho

tiempo, aunque esta fuera producto de la manipulación.

Gabe contempló la alfombra que tenía entre sus botas.

—¿Y qué me dices de lo que ha sucedido cuando has intentado canalizar el Mortem con Bastian presente? —La miró, con la luz matutina reflejándose en su cabello pelirrojo anaranjado—. ¿Vamos a hablar de eso, Lore?

Lo dijo casi como si la estuviera acusando.

—Podemos hablarlo, pero no sé qué significa. —Ella suspiró y se frotó los ojos cansados—. También he intentado canalizarlo cuando me ha sacado a rastras del cuadrilátero. Ha sido imposible. Cuando me tenía agarrada, apenas podía sentir el Mortem.

Gabe arqueó las cejas.

—Yo tampoco podía sentirlo en la cripta. Puede que tenga algo que ver con que sea un Arceneaux, que por eso lo repela de algún modo.

—Pero nunca he tenido ese problema cuando August o Anton estaban cerca. —Solo le había pasado con Bastian, justo con la persona no quería formar parte de los Arceneaux.

A Gabe se le ensombreció el gesto.

—Podría estar empleando algún tipo de poder elemental robado para…

Pero Lore ya estaba negando con la cabeza.

—Nadie ha tenido ese tipo de poder desde hace generaciones. Y si Bastian contara con los medios para repeler de forma consciente el Mortem, lo estaría empleando para ayudar a Auverraine.

Aquella era otra cosa que la chica sabía sin más, otra cosa en la que necesitaba que confiara en ella sin ser capaz de explicarle por qué debía hacerlo. Gabe inclinó la cabeza en un ángulo en el que Lore no podía verle el ojo, tan solo el parche que le cubría la cuenca vacía y la línea marcada de su mandíbula. La barba incipiente le había crecido.

—Podemos echar un vistazo en la biblioteca de la iglesia —dijo el monje al fin—. Cualquier tipo de información sobre el linaje de los Arceneaux y su efecto sobre el Mortem debería estar allí. Y si no encontramos nada, sabremos que es algo que Bastian hace por su cuenta.

Parecía que aquello lo reconfortaba, la idea de que tal vez fueran capaces de encontrar algo con lo que inculpar al príncipe. Un plan concreto que le indicaría si podía o no fiarse de su amigo de la infancia.

Lore asintió.

—Iremos a investigar.

—Y también buscaremos los cadáveres. —Gabe lo dijo como si estuviera haciendo una concesión—. Pero espera un par de días. Más

de una persona nos vio marcharnos anoche con Bastian. Sin duda, August no tardará en convocarnos para hablar con nosotros.

Ella asintió de nuevo. No le gustaba la idea de tener que esperar, pero no podía negar que era lo más sensato, sobre todo si les aguardaba una audiencia con August en el futuro más próximo.

Gabe se puso en pie y se estiró.

—Voy a dormir un poco. —Cuando Lore señaló con la mirada hacia la ventana por la que se colaba la brillante luz del día, el Mort se encogió de hombros—. Todos los demás en esta maldita corte están durmiendo. Nosotros deberíamos hacer lo mismo.

Se dirigió hacia el umbral de la puerta, se quitó la camisa y comenzó a preparar su catre allí mismo. Cambiando el peso de un pie a otro, Lore se quedó junto a la puerta de su dormitorio, donde contaba con una cama demasiado blanda. Entonces, tomó una repentina decisión y cruzó la sala de estar para tirarse en el sofá.

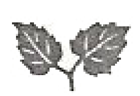
—La cama es demasiado blanda —murmuró, omitiendo decirle que quería confiar en él a pesar de lo que había dicho sobre la manipulación, que se sentía a la deriva, que no quería estar sola y que solo lo tenía a él para no estarlo. Aun así, todo eso se encontraba tras las palabras que acababa de decir, y con una mirada rápida, Gabe le transmitió que la había entendido.

Lore rememoró el momento en el que el Mort había querido que ella le besara. El momento en el que ella había llegado a planteárselo y había decidido no hacerlo. Pensó en su decisión sobre ocultarle su verdadero origen y en que aquel deseo que la invadía no lograría hacerla cambiar de opinión.

Pensó en los votos de Gabriel.

El Presque Mort suspiró y luego Lore escuchó los ruidos que hizo al acostarse contra la puerta. Ella se tumbó de cara hacia el respaldo del sofá, inhalando el olor a polvo y visualizando su bosque, anclándose en su propia mente para que la muerte no pudiera entrar.

Ramas verdes y marrones, un cielo añil. Un humo negro flotaba en medio de aquel azul y, desde la lejanía, a la chica le pareció mucho más denso que antes.



Lore tardó un día entero en volver a sentirse como un ser humano. Gabe se recluyó en el estudio de la sala de estar, leyendo manuscritos mohosos y fragmentos del Compendium, acudiendo de vez en cuando al vestíbulo principal a buscarles comida. Ella se pasó la mayor parte del tiempo durmiendo en el sofá, proporcionándole a su cuerpo el

descanso que le había negado mientras había estado dando vueltas por ahí con el Príncipe Solar.

Al caer la noche, Gabe por fin se fue a dormir al lado de la puerta. Era reconfortante para Lore saber que el monje estaba allí, lo bastante cerca como para llegar hasta él en dos pasos si lo necesitaba. Aunque tampoco es que fuera a hacerlo.

Al día siguiente, también durmieron hasta tarde, así que cuando llamaron a la puerta, Lore tardó unos minutos en despertarse.

Se sentó, con el camisón retorcido alrededor del estómago y el pelo revuelto.

—Gabe —murmuró con la voz ronca a causa del sueño. No quería que el Presque Mort se llevara algún golpe si resultaba que quien llamaba tenía una llave.

No tenía de qué preocuparse. Gabe se sobresaltó, llevándose la mano a la espalda y girándose para ver qué era lo que habían metido desde fuera por debajo de la puerta. Los pasos desaparecieron pasillo abajo. Presionándose con una mano el ojo con el que veía, el joven se sentó con las piernas cruzadas en el suelo y con un rígido sobre blanco en el regazo.

—No le deseo a nadie que se despierte por un corte con papel —balbuceó mientras Lore cruzaba la estancia y se sentaba frente a él. Estaban en la misma postura que habían adoptado aquella primera noche juntos, cuando él le había enseñado cómo anclarse. La chica se movió incómoda y se preguntó si Gabe se habría dado cuenta.

En el reverso de color crema del sobre que tenía Gabe sobre el regazo aparecía escrito Remaut. Había una pequeña flor dibujada al lado de la «t».

—Alie —declaró el monje en voz baja.

Lore le quitó el sobre y lo abrió. Era un simple folio blanco con palabras escritas con la misma letra florida que el apellido de Gabe.

Se le escapó una risita.

—Nos recuerda lo del partido de croquet. Es hoy, después de comer. —Miró por la ventana por la que se colaba la luz del mediodía —. Que será probablemente ahora mismo.

Gabe ya estaba negando con la cabeza, pero ella enderezó la espalda con determinación.

—Vamos a ir.

—¿Acaso sabes jugar al croquet?

—No, pero puedes enseñarme, ¿verdad? —Lore tenía los párpados pegados y el estómago cerrado después de haber pasado varios días sin descansar seguidos de otros de excesivo reposo. Necesitaba salir de aquellos aposentos.

También era tentador fingir normalidad aunque fuera durante un rato, y un partido de croquet era seguramente lo más cerca que iba a estar de conseguirlo.

Haciendo una mueca, Gabe se frotó el ojo.

—Antes se me daba bastante bien. —Se puso de pie y le ofreció una mano.

Lore la aceptó y dejó que la ayudara a levantarse. Gabe la soltó en cuanto estuvo de pie, con demasiada rapidez como para que fuera algo casual. Las cosas entre ambos parecían haberse estabilizado ahora que habían acordado un plan, pero todo aquel deseo seguía ardiendo fuera de su alcance, como brasas que esperaban ser avivadas por una corriente de aire.

Lore se puso con premura un vestido color lavanda de cintura alta y unas mangas que le cubrían tan solo los hombros. La falda era larga y voluminosa, pero no tanto como algunas que había visto llevar a las cortesanas. No corría peligro de ocupar todo el ancho del pasillo. No tenía ni idea de cuál era el atuendo adecuado para un partido de croquet, pero aquello tendría que servir.

Frunció el ceño al verse el pelo y decidió trenzarse una parte, formando con ella una corona alrededor de su cabeza y dejándose el resto suelto. La mayor parte de los días, su color oscilaba entre el castaño y el cobrizo, pero el suave tono de su vestido hacía que pareciera más oscuro. Se detuvo un momento y luego se pellizcó las mejillas y se mordisqueó los labios para dotarlos de algo de rubor. Se dijo a sí misma que aquello no tenía nada que ver con Gabe y absolutamente nada que ver con la posibilidad de encontrarse con Bastian.

El Mort ya estaba vestido cuando Lore salió de la habitación. Sin pronunciar palabra, le ofreció el brazo y ella se lo aceptó.

Recorrieron el pasillo como si se dirigieran a la horca.

Lore se había terminado acostumbrando a las barras de hierro entrecruzadas que se hallaban incrustadas en el suelo, tanto que casi había conseguido no percatarse de su presencia. Pero después de la noche anterior, le parecía que las barras volvían a resaltar de un modo incongruente y sombrío. Un recordatorio de las cosas que, como ella, no encajaban en aquel lugar.

El almuerzo se sirvió en el mismo lugar que el día anterior, sobre una mesa gigantesca que crujía bajo el peso de pastas y cientos de pequeños sándwiches. Alie merodeaba por allí con un grupo de cortesanos. Aquel cabello tan claro y sedoso hacía que fuese fácil divisarla.

Casi igual de fácil que divisar a Bastian, que se encontraba a su

lado, bebiendo de una copa de vino y observando a Lore y a Gabe como un cazador que comprueba la trampa que ha colocado.

—¡Ah, excelente! —Alie aplaudió. Sus delicados brazaletes con gemas en un tono azul pálido reflejaron la luz—. ¡Ahora los equipos estarán igualados!

—Espléndido —murmuró Bastian—. Alie, querida, creo que lo justo es que tú estés en el equipo de Gabe y Lore. Si tú y yo estuviéramos en el mismo, no habría mucha competencia.

Lore reconoció a la mujer que se encontraba al lado de Alie. Se trataba de Cecelia, aunque ahora tenía la mirada despejada y sin rastro de veneno. Esta le dedicó a Bastian un mohín burlón.

—¿Quieres decir que eres mejor que yo, Bastian? Si no recuerdo mal, te gané la última vez que jugamos.

El príncipe la agarró por debajo de la barbilla.

—Sí, pero entonces estaba muy distraído.

Cecelia se sonrojó de una forma encantadora y apartó la mirada.

El hombre que se encontraba junto a Cecelia le echó un vistazo a Lore con una expresión de sufrimiento.

—Tú siempre estás distraído, Bastian.

—Me hieres, Olivier. —Bastian se llevó una mano al pecho—. No te enfades. Tú me distraes tanto como tu encantadora hermana.

Olivier puso los ojos en blanco, pero también se le enrojecieron las mejillas. Aquel tono sonrosado tanto en el rostro de Cecelia como en el suyo, que realzaba sus brillantes ojos azules y su cabello oscuro, dejaba entrever que eran familia.

—Deja tus coqueteos para después del partido. —Alie echó a andar, dirigiéndose hacia las puertas que conducían al jardín—. Yo tengo la mira puesta en otro tipo de conquista.

—Que los dioses se apiaden de nosotros —murmuró Gabe.

Capítulo Veintitrés

¿Cuál es la diferencia entre un traficante de veneno y un dios?
Que si rezas, tal vez el traficante de veneno te escuche.
–Oído en una taberna caldieniana, año 306 d. C. D.

Llevaban una hora de partido y Gabe había logrado contenerse para no pegarle a Bastian con el mazo. Lore también tuvo que hacerlo. No obstante, también consiguió no meter la bola por el arco.

—Creo que es por la posición en la que pones el brazo derecho —le dijo Alie. Hizo que Lore se quedara quieta, se agachara y se preparara para darle un golpe a la bola negra que había sobre la hierba, para que así ella pudiera analizar su técnica—. Estás demasiado rígida. Por eso cuando lanzas el golpe, le das a la bola con el lateral del mazo en lugar de con la parte delantera.

—Entonces, ¿debo inclinarme? —En la última hora, Lore había descubierto que, aunque no le gustaba demasiado el croquet, tampoco es que le entusiasmara perder. Extendió un codo hacia fuera, modificando su postura y pasando de estar completamente erguida a casi adoptar un ángulo recto.

—Tampoco tanto. —Alie le empujó del brazo levemente—. Así. Ahora inténtalo.

Lore lanzó el golpe. La bola se desvió y no entró en el arco más cercano, pero se curvó lo suficiente como para entrar en otro de ellos.

—¡Por fin! —Lore se irguió, sonriente, y contuvo las ganas de agitar el mazo por encima de la cabeza en señal de victoria.

Bastian, inclinándose sobre su propio mazo en el límite del campo de juego, le dedicó una flamante sonrisa.

—Te has equivocado de aro, querida.

Mierda.

—Por lo tanto, la puntuación es diez para nosotros y cuatro para vosotros. —Al principio, cuando Cecelia había comenzado a llevar la

cuenta de los puntos, parecía entusiasmada de que Bastian, Olivier y ella estuvieran ganando con tanta facilidad. Ahora parecía casi abochornada.

Sin embargo, Olivier sofocó una carcajada con la palma de la mano. Cecelia le dio un golpecito a su hermano en el hombro. En realidad, no era tan mala, al menos cuando no estaba bebiendo té de belladona.

Al lado de Lore, Gabe suspiró y levantó su mazo. Parecía que odiara perder casi tanto como ella.

Alie contempló cómo preparaba el tiro, mordisqueándose el labio. Lore tomó su propio mazo y se colocó junto a la otra chica.

—Siento que te estemos haciendo perder.

—Ah, no seas tonta. —Alie agitó una mano—. La semana pasada vencí a Olivier en las tres rondas que jugamos solos, así que ahora está intentando salvar su reputación y presumir delante de Bastian.

Sus palabras eran triviales, pero seguía teniendo la mirada fija en Gabe. Lore no podía interpretar muy bien su expresión. Era demasiado complicada como para tratarse de anhelo y demasiado dulce como para ser arrepentimiento.

Por su parte, Gabe casi no le había dirigido la palabra a su exprometida más allá de dedicarle las habituales cortesías. Lore había visto a Alie intentar más de una vez iniciar una conversación y, aunque Gabe no había sido brusco, tampoco había hecho más que asentir. Cuando Alie se encontraba cerca de él, el monje se rascaba el parche del ojo, como si su presencia le recordara que lo tenía allí.

—Bueno —dijo Lore—, quizá Gabe, tú y yo podamos jugar un par de rondas de práctica antes del próximo partido.

Una sonrisa radiante se abrió paso en el rostro de Alie.

—Sería estupendo. Y eso me recuerda que te he enviado una invitación para tomar el té a finales de esta semana, pero quería que supieras que se trata de una invitación permanente. Mis amigas y yo nos reunimos el sexto día de cada semana y nos encantaría que te unieras a nosotras cuando tengas la oportunidad.

Lore sintió que el pecho se le inundaba con una calidez a la que no estaba acostumbrada. Aquel ofrecimiento de amistad seguramente tenía más que ver con Gabe que con ella. Por el modo en que Alie lo miraba, era evidente que quería saber en qué hombre se había convertido su exprometido. Aun así, a Lore no le importaba. Llevaba tiempo sin tener amigos.

Y ser amiga de Alie podía ayudarla a obtener más información sobre quién en la corte podría estar trabajando con Kirytea.

—Gracias —le dijo Lore.

Alie la tomó de la mano y se la estrechó.

En el campo de juego, era el turno de Cecelia. Ganó un punto fácil y luego se acercó con parsimonia hacia ellas dos. Mientras caminaba, sacó una pequeña petaca del bolsillo interior de su falda y le dio un sorbo rápido. Lore sintió en la nariz el aroma herbáceo a belladona.

—¿De dónde has sacado eso? —le preguntó.

Esperaba que Cecelia abriera mucho los ojos, que se comportara como una criminal a la que hubieran pillado con las manos en la masa, algo que técnicamente era así. Pero la otra muchacha se limitó a dedicarle una sonrisa coqueta y a dar otro sorbo.

—Del mismo lugar del que todos sacan su veneno —le dijo, poniéndole delicadamente el tapón a la petaca y guardándosela—. Del almacén donde los capas sangrientas lo almacenan después de confiscarlo.

A Lore se le tensó cada músculo del cuerpo. A su lado, Alie se mordisqueó el labio inferior con aspecto preocupado.

Al parecer, Cecelia no se dio cuenta de nada.

—Si quieres, puedo mostrarte dónde es —dijo, despreocupadamente—. No es difícil de encontrar…

—Cecelia. —Aunque su amiga no se había percatado de la incomodad que estaba sintiendo Lore, Alie sí que lo hizo.

Esta última negó con la cabeza ligeramente, despeinándose sus rizos casi blancos.

La otra mujer se encogió de hombros de forma exagerada.

—Como quieras. —Se acercó al resto de su equipo, ofreciéndoles tanto a Bastian como a Olivier un sorbo de su petaca.

Su hermano lo aceptó, pero el príncipe lo rechazó, fijando sus brillantes ojos oscuros en Lore, que estaba al otro lado del campo.

El partido acabó poco después, con Bastian dando el golpe ganador. Cecelia y Olivier no tardaron en retirarse, argumentando que tenían una cena a la que asistir. Mientras se marchaban, Cecelia miró sobre su hombro hacia Lore.

—Si cambias de opinión —le dijo mientras se despedía con la mano—, ¡avísame! ¡Podemos montar una fiesta!

Lore cerró la mano en un puño a un costado, escondida entre las faldas vaporosas de color lavanda de su vestido.

Bastian se acercó hasta ellos con el mazo apoyado en el hombro, frunciendo el ceño en dirección a Cecelia y su hermano.

—¿Sobre qué tienes que cambiar de opinión, Lore?

—No importa. —La chica se centró en abrir los puños, en inspirar profundamente y dejar salir el aire—. No cambiaré de opinión.

Bastian arqueó una ceja oscura.

—No tendrá que ver con el veneno, ¿no?

Ella no dijo nada.

—Ojalá no lo hiciera —dijo Alie en voz baja. Cruzó los brazos sobre el pecho, jugueteando con los dedos nerviosamente sobre la pedrería que tenía en las mangas—. Sé que Cecelia tiene un buen motivo, al menos mejor que el de la mayoría, pero aun así me gustaría que no lo hiciera.

—No existe ningún buen motivo para envenenarte a ti mismo. —Gabe adoptó una postura arisca y amenazante, manteniéndose algo apartado del grupo, con el mazo en la mano como si fuera un garrote—. Alterar de manera intencionada el equilibrio entre el Spiritum y el Mortem dentro de un cuerpo humano va en contra de los tratados.

—Existen más matices sobre lo que está bien y lo que está mal de lo que se indica en los tratados, Gabe. —Alie no lo dijo con brusquedad, aunque su voz adquirió una cierta garra que Lore no le había escuchado antes.

Gabe se percató de aquello y la sorpresa se le reflejó en el rostro.

—No sabía que Cecelia era partidaria del consumo de veneno hasta la noche del baile de máscaras —dijo Bastian, asumiendo el control de la conversación y encauzándola hacia la dirección que él quería que tomara.

—Acaba de empezar a consumir. —Alie suspiró—. Y tiene sus motivos.

—Supongo que el primero de todos será el colocón —concluyó el príncipe con brusquedad.

—No es por eso. O al menos, no solo por eso. —Alie negó con la cabeza—. Está enferma. Según los médicos, no es que sea tremendamente grave, pero sí lo suficiente como para que su esperanza de vida se vea… mermada. Cecelia comenzó a tomar belladona con la esperanza de conseguir un par de años más de vida. —Se frotó la frente—. Aunque, sin duda, no debería consumir tanto como lo hizo la noche de tu baile de máscaras, Bastian. Pero está asustada.

La ira hizo enrojecer las mejillas de Lore. Esta apartó la mirada para que ninguno la viera. A pesar de las razones que pudiera tener Cecelia, seguía siendo cierto que su condición de noble evitaba que se enfrentara a las mismas consecuencias que alguien fuera de la ciudadela. Lore conocía a más de una persona que había consumido veneno para lidiar con una enfermedad, porque lo necesitaban para alargar sus vidas y así poder cuidar de sus seres queridos. Había algunos mortíferos que solo se encargaban de atender a aquel tipo de clientes. Val y Mari les proporcionaban veneno gratis, cobrándoles

más al resto de los mortíferos para compensar el gasto.

Pero cuando pillaban a aquellos clientes, a nadie le importaban sus motivos. Todos, sin excepción, acababan en las islas Calcinadas.

Y, al parecer, el veneno por el que pagaban un precio tan alto acababa en manos de los nobles.

La dureza en la mirada de Gabe le indicaba que estaba pensando lo mismo que ella. Soltó el mazo y se cruzó de brazos.

—Hay mucha gente fuera de la ciudadela que vive atemorizada por ese mismo motivo —dijo—. Pero ellos no tienen permitido ir por ahí con una petaca de té de belladona.

—No digo que esté bien —respondió Alie con calma—. Sin duda, el modo en el que lo obtiene no es el correcto. Pero entiendo por qué lo consume. Entiendo que le tenga miedo a la muerte, que quiera hacer lo que sea para asegurarse de que no le llega su hora antes de estar lista.

Bastian no dijo nada. Se apoyó sobre su mazo y arrugó el ceño mientras se sumía en sus pensamientos.

—Yo también debería irme —dijo Alie pasado un momento. Señaló a Lore mientras caminaba de espaldas, en dirección a la ciudadela—. Has prometido practicar, ¡no lo olvides! Si no nos encontramos antes, ¡te veo a la hora del té!

—Luego nos vemos. —Lore se despidió con la mano y se obligó a sonreír.

Entonces, quedaron Gabe, Bastian y ella, los tres solos en el campo en calma. El silencio se asentó entre ellos como el cemento entre los ladrillos. Cuanto más se alargaba, más imposible parecía romperlo.

No tuvieron que hacerlo. Un sirviente se dirigió tímidamente hacia ellos, sosteniendo un sobre entre sus delgados dedos blancos. Miró con nerviosismo hacia Bastian y luego apartó la mirada, como si estuviera deliberando si debía o no completar la tarea que le habían encomendado con el Príncipe Solar presente. Decidió que debía hacerlo y le entregó el sobre a Lore. Al parecer ella era la que menos lo intimidaba de entre los tres. Después de hacerlo, se apresuró a marcharse.

Remaut, decía el sobre. Aquella vez en una caligrafía gruesa, y no en la letra angulosa de Alie.

Lore miró hacia Gabe y sacudió el sobre entre dos dedos.

—Tienes tres intentos para adivinarlo.

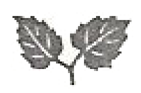
—Yo solo necesito uno —dijo Bastian alegremente.

Gabe lo ignoró mientras tomaba el sobre y lo abría. Con el único ojo que tenía examinó la hoja con avidez antes de mirar a Lore.

—August. En la sala del trono. En cuanto nos sea posible.

—¿Por casualidad «en cuanto nos sea posible» puede ser después de una siesta?

—Según mi experiencia con mi padre, «en cuanto te sea posible» significa «trae tú trasero aquí ya». —Bastian se echó el mazo sobre el hombro y se alejó—. Que lo paséis bien. ¡Estoy deseando que me lo contéis todo luego!



Los capas sangrientas que se encontraban delante de la dorada puerta doble de la sala del trono la empujaron hacia dentro. Había más guardias que en la otra ocasión para asegurarse de que nadie se colaba durante aquella conversación. Lore y Gabriel accedieron al interior y se plantaron delante del Rey Sagrado, esperando que este no les hiciera preguntas demasiado difíciles.

August parecía tan poco descansado como ellos. Su habitual atuendo negro, aunque seguía siendo elegante, se encontraba arrugado, como si lo hubiera llevado puesto toda la noche. Tenía vidriosos los ojos negros, el rostro macilento y no llevaba puesta su corona. Estaba sentado en el trono de hierro, inclinado hacia delante. Las barras del suelo colisionaban contra la base de este igual que hacían las olas contra el casco de un barco. El rey tenía los codos apoyados sobre las rodillas y las manos juntas delante de la boca. No levantó la mirada cuando ellos entraron.

Al lado del trono se hallaba Anton de pie, con la túnica blanca igual de arrugada. El altísimo sacerdote inclinó la cabeza cuando Gabe y Lore se acercaron al trono. Unas líneas de cansancio se extendían bajo su ojo sin cicatrices.

Ninguno de los hermanos Arceneaux parecía haber dormido mucho. El desasosiego de Lore hizo que sintiera como si unos dedos fantasma le recorrieran la nuca.

—Anoche acompañasteis a mi hijo al otro lado de los muros. —August levantó la cabeza y suspiró—. Estoy impresionado. Has conseguido ganarte la confianza de Bastian con una eficacia implacable.

Anton torció un lado de la boca en una sonrisa rápida y complaciente que desapareció enseguida.

Junto a Lore, Gabe permanecía totalmente inmóvil, con la tensión haciendo de él un monje convertido en un manojo de nervios. Ella se encontraba en el lado en el que le faltaba un ojo, así que no podía ver qué estaba mirando, pero el Presque Mort mantuvo la barbilla en un ángulo que señalaba ligeramente en dirección a Anton.

Lore tragó saliva.

Bastian se había equivocado. Gabe no le era leal a la Iglesia o a Apollius, sino a Anton, al hombre que le había cuidado cuando su padre había muerto, que le había dado un propósito y los medios para recuperar su honor, que había tomado el peor momento de la vida de Gabe y había hecho que pareciera una bendición.

Y Lore le estaba pidiendo que le mintiera.

Pensó en la conexión que ella misma sentía hacia Gabe, en aquella familiaridad que hacía que parecieran conocerse desde hacía mucho tiempo. Él no le había dado ninguna señal de que sintiera lo mismo, pero, por todos los dioses muertos y moribundos, Lore esperaba que así fuera y que aquello bastara para que le siguiera el juego.

—¿Habéis descubierto algo? —preguntó August, echándose hacia atrás en el trono—. ¿Se le ha escapado algo?

—Nada relevante —respondió Lore con naturalidad—. Nos llevó a los muelles, a un cuadrilátero de combate. El príncipe perdió.

—Es una decepción en todos los sentidos —murmuró August.

—Las personas tienden a ponerse a la altura que se espera de ellas —dijo Anton—. Y no es ningún secreto el mal concepto que tienes de tu hijo.

El rey miró al altísimo sacerdote. Sus expresiones severas eran prácticamente idénticas, con el mismo músculo marcado en ambas mandíbulas. Ninguno de los dos se movió, pero la violencia se hallaba suspendida en aquella vasta estancia, como si Lore y Gabe hubieran entrado allí en mitad de una discusión a la que tan solo habían puesto fin por educación.

La chica cambió el peso de un pie a otro.

Anton se giró hacia ella, ignorando a su hermano.

—¿Bastian hizo algo… raro?

Lore logró disimular su gesto de sorpresa y convertirlo en algo que podría parecer confusión, incluso mientras el recuerdo de cuando había intentado canalizar el Mortem y no había logrado hacerlo le invadía la mente.

—No sé muy bien a qué se refiere.

El altísimo sacerdote suspiró.

—En el cuadrilátero —le respondió, despacio—, ¿hizo algo que te pareciera extraño?

—No —dijo Lore, negando con la cabeza—. Tan solo le pegaron una paliza.

Una sombra cruzó el rostro de August. Este miró hacia su hermano, pero el altísimo sacerdote no hizo lo mismo. Anton se limitó a asentir con aire pensativo.

Se quedaron callados.

—Estás haciendo un buen trabajo —dijo Anton después de que el silencio se alargara de forma incómoda—. Has conseguido infiltrarte en la vida de Bastian, que es exactamente lo que te pedimos que hicieras. —Desplazó la mirada hacia el trono—. Estamos convencidos de que, con el tiempo, obtendremos los resultados que buscamos.

Al lado de Lore, Gabe seguía quieto y en silencio, con el rostro pálido y la boca apretada en una fina línea. El único indicio de que aquel elogio le había incomodado era el ligero temblor de su mano, que logró sofocar al presionar contra la pierna la palma en la que tenía el tatuaje de la vela.

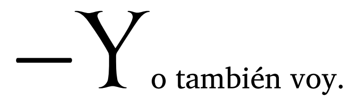
Aquella escena fue interrumpida cuando las puertas de la sala del trono se abrieron de golpe. Malcolm entró corriendo, con la respiración entrecortada, los ojos oscuros muy abiertos y una capa de sudor sobre las cejas.

—Una fuga —jadeó, apoyando las manos sobre las rodillas—. Una fuga de Mortem. En el distrito sudeste. De las grandes.

Capítulo Veinticuatro

El Mortem es invisible para todos excepto para aquellos que pueden canalizarlo, para los que han estado tan cerca de la muerte como para hacer uso de su poder. Nadie más puede ver la amenaza que supone hasta que se les echa encima, y por eso no podemos limitarnos a rezar y esperar que este se desvanezca.

–Phillipe Deschain, científico auverraní,
presentación de ideas a la Iglesia, año 1 d. C. D.
(justo antes de la desaparición de Apollius)



—Yo también voy.

—No, tú no vienes.

Se había producido un momento de silencio tenso después de que Malcolm entrara corriendo a la sala del trono, pero tan solo había sido eso. Un momento. Un instante. Medio segundo en el que el ambiente del lugar había pasado de ser el de una disputa familiar al de una intervención seria. Anton abandonó la sala, moviéndose lo más rápido que podía sin llegar a correr. Malcolm, que seguía intentando recuperar el aire, le siguió. August se quedó de pie delante de su trono y les gritó a los guardias, dándoles instrucciones de clausurar la ciudadela y no dejar que nadie entrase o saliese de sus muros, cerrando a cal y canto todo lo que pudieran. Lore pensó en decirle que una puerta cerrada no servía para nada contra el Mortem puro. Este se colaba por debajo de las grietas de la piedra, la madera y el hierro. La muerte no era algo de lo que alguien pudiera esconderse. Pero antes de que pudiera decirle nada, vio que Gabe se daba la vuelta para seguir a Anton y a Malcolm, y echar a correr detrás de él le pareció más importante que reprender a August.

Así que Lore se precipitó por los pasillos. Las largas zancadas de Gabe la obligaban casi a correr para poder seguirle el ritmo.

—Puedo ayudar.

—O puedes acabar muerta. —Gabe negó con la cabeza una única y

enérgica vez—. No pienso arriesgarme.

—Es la primera fuga de Mortem desde hace… hace… No lo sé exactamente, pero muchísimo tiempo. Y me necesitáis, Gabe.

Gabriel apretó los dientes. No dijo nada, tan solo siguió avanzando a aquel paso agotador.

Anton y Malcolm se encontraban unos metros por delante de ellos, demasiado concentrados en llegar hasta la iglesia como para escuchar lo que estaban siseando Lore y Gabe. Mucho mejor así, ya que Lore no estaba segura de que ellos fueran a apoyarla. Su plan era simplemente seguir a los Presque Mort como si fuese una sombra y esperar que no se percataran de su presencia hasta que fuera demasiado tarde.

—Y yo no soy la única que puede acabar muerta —susurró, casi a punto de ponerse a gritar hacia la espalda de Gabe. Los capas sangrientas corrían por los pasillos. En la lejanía, Lore escuchó los gritos de sorpresa de los cortesanos, sorprendidos por aquel revuelo—. Puede que los Presque Mort no seáis capaces de canalizarlo todo.

Las verdaderas fugas (no las pequeñas volutas de Mortem que a veces se colaban hacia el jardín de piedra cuando dejaban el pozo abierto, sino oleadas de poder que procedían del interior de las catacumbas) eran muy poco habituales. Solo se habían registrado tres fugas de Mortem en la historia, a excepción de los primeros años tras la Caída de los Dioses, cuando la magia fluía desde la tumba de la Diosa Enterrada como si hubiesen dejado unas compuertas abiertas. Todas ellas se habían cobrado muchísimas víctimas. Todas ellas se habían extendido más allá de los límites de Dellaire, antes de llegar a desvanecerse, y los Presque Mort no habían sido capaces de canalizarlo todo de forma segura hacia flores y árboles de piedra.

Gabe la ignoró. Delante de ellos apareció la puerta que conducía al jardín delantero y a la mayor parte de la iglesia y del santuario sur, toda de color dorado y con piedras granate, iluminada bajo la luz de la tarde. Los capas sangrientas se encontraban flanqueándola, listos para cerrarla y echar la llave en cuanto los Presque Mort abandonaran el edificio.

—No quiero que acabes herido —dijo Lore, con un tono de voz bajo y áspero, sin aliento—. ¿De acuerdo, Gabe? No quiero que acabes herido, así que déjame ir y ayudarte porque, de lo contrario, eso es lo que va a pasar.

Gabe se detuvo y se dio la vuelta. Se quedó mirándola con aquel ojo azul centelleante.

—De acuerdo —le respondió, para luego seguir su camino hacia la puerta abierta. Lore lo siguió corriendo y la puerta se cerró a su espalda justo cuando su pie abandonó el umbral. No volvería a abrirse

hasta que la fuga de Mortem estuviese controlada.

O bien Anton la encerraba en la iglesia, o bien permitía que los acompañara. Ella no creía que el sacerdote fuera a rechazar otro par de manos que podían canalizar el Mortem.

Resultó que no se equivocaba, ya que mientras todos corrían hacia la puerta de la iglesia al otro lado del jardín, Anton miró detrás de él y se quedó contemplándola fijamente.

—¿Qué…?

—Sabe que no cuenta con suficientes canalizadores como para afrontar una fuga de un tamaño significativo —le dijo Lore, pasando por su lado y cruzando la segunda puerta interior que Malcolm mantenía abierta—. Yo también voy.

El altísimo sacerdote no intentó discutírselo. La observó mientras avanzaba, con el lado de su rostro cubierto de cicatrices oculto entre las sombras y los ojos oscuros brillantes.

—Sí —murmuró pasado un momento—. Creo que podría ser un buen plan.

Lore no le prestó atención. Adelantó a Malcolm y se introdujo en la fría oscuridad de la iglesia. Allí dentro olía a madera pulida y a incienso, un aroma que le recordaba a Gabe.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —murmuró Malcolm, dándole alcance y poniéndose a su lado. Anton los adelantó a los dos y los condujo a través de las puertas dobles del santuario sur por un pasillo de piedra gris hacia lo que parecía ser el claustro—. Decir que no es agradable es quedarse corto.

Lore asintió, ignorando con firmeza el miedo que le atenazaba el estómago.

—Me necesitáis.

—Eso no te lo discuto —respondió Malcolm.

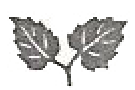
Anton los llevó con paso enérgico a través de pasillos tan laberínticos como los que había en la ciudadela, hasta acabar deteniéndose ante una sala amplia y sin puerta atestada de más personas con cicatrices: los Presque Mort. Serían aproximadamente una docena, todos en distintos estados de desnudez, cambiándose las túnicas blancas, parecidas a las de Anton, por camisas oscuras y ceñidas y unos arneses de cuero. En estos últimos llevaban dagas, pero solo dos, por si acaso tuvieran que defenderse contra algún elemento humano en lugar de contra uno mágico. Los Presque Mort iban armados, aunque hacer uso de esas armas no fuera su propósito. En las palmas de las manos de todos ellos se distinguían los tatuajes de unas velas.

Todas las miradas de la estancia estaban puestas en Lore. Algunos

la observaban con curiosidad y otros con una evidente desconfianza. Ella alzó la barbilla y les devolvió la mirada.

Anton agitó una mano mientras descendía por unas cortas escaleras.

—Otra canalizadora de Mortem —dijo sin darle importancia, como si no mereciera la pena prestarle atención—. Necesitamos toda la ayuda posible.



No salieron corriendo hasta el distrito sudeste, fueron a caballo. Un escuadrón de corceles negros galopaba por las calles adoquinadas, doblando las esquinas tan rápido que Lore temía quedarse sin cabeza. Todos corrían a apartarse de su camino. Las noticias de la fuga de Mortem, por suerte, se habían extendido por toda la ciudad a un ritmo mucho más rápido que el de la propia magia. La mayoría de los civiles no eran capaces de ver el Mortem y aquello hacía cundir todavía más el pánico. Cuanto más se acercaban al distrito en cuestión, más vacías estaban las calles. Todos los que habían podido hacerlo habían huido a la otra punta de la ciudad.

Lore pegó el pecho contra la espalda de Gabe y se sujetó a su cintura con todas sus fuerzas. Nunca se había sentido demasiado cómoda montando a caballo. Prefería mil veces ir a pie o en carro.

Pero no se podía negar que aquel método era más rápido. Llegaron al distrito en tan solo media hora.

Y hasta en el aire se percibía que algo iba mal.

Gabe desmontó del caballo y luego extendió los brazos para agarrar a Lore por la cintura y bajarla detrás de él. Ella estuvo a punto de tropezarse. El suelo parecía casi inestable, una fina membrana sobre algo podrido, lista para romperse en cualquier momento. Un hedor agrio y fétido impregnó el aire y provocó que le diera un vuelco el estómago.

—¿Sientes eso? —Lore tenía la voz tan temblorosa como las piernas—. ¿Lo hueles?

—¿El qué? —Gabe entornó el ojo mientras le entregaba las riendas del caballo a un clérigo que estaba a la espera. No era ninguno de los Presque Mort, simplemente un acólito que parecía querer estar en cualquier otro sitio que no fuera aquel—. Yo no huelo nada.

El rostro de Gabe se veía borroso. Su contorno no estaba claramente definido, como si en cualquier momento fuese a transformarse en otra cosa. Tenía las manos tatuadas ligeramente extendidas, como si creyera que tal vez tuviera que sujetar a Lore para

evitar que se cayera.

—Nada. —Probablemente era cosa de los nervios. La chica sacudió la cabeza y echó a caminar detrás de Anton.

Mientras avanzaba se dio cuenta de que nada más parecía estar borroso y se concentró en mantener el paso firme. Solo Gabe tenía ese aspecto fluctuante atrapado en un estado insólito.

Era solo cosa de los nervios.

El distrito sudeste era la zona de Dellaire que más cerca se encontraba de la campiña, el lugar al que los granjeros acudían a vender sus cosechas. Las tierras de cultivo eran visibles más allá de las casas que bordeaban la plaza, con colinas verdes ondulantes salpicadas de pequeños graneros y animales de ganado a lo lejos. Era el distrito menos poblado de la ciudad, pero en aquel momento se encontraba completamente yermo. Todos los que vivían allí o bien habían huido hacia los distritos más al oeste o se habían encerrado a cal y canto en sus casas.

El único sonido en las calles vacías era el de las botas de los Presque Mort que seguían a Anton en dirección a la fuga. El altísimo sacerdote también se había cambiado, sustituyendo la túnica blanca de su cargo por el atuendo oscuro y el arnés de cuero que llevaban el resto de los Presque Mort. Sin embargo, aquella ropa resultaba extraña en él, como si fuera alguien que jugara a disfrazarse. Aún llevaba puesto su enorme colgante del corazón del Dios Sangrante, reluciendo en tonos dorados y granates bajo la luz del atardecer.

Lore sintió la fuga incluso antes de llegar a verla. Se le retorcieron las entrañas y estuvo a punto de tropezarse con sus propios pies a medida que se intensificaba aquel hedor agrio en el aire. Consiguió mantener el equilibrio y no caerse, aunque la mirada mordaz que le lanzó Gabe le indicó que él se había dado cuenta.

La percepción de la muerte se concentró alrededor de Lore, como si fuera humo que buscara una grieta por la que colarse. Intentó pensar en bosques, en árboles y en cielos azules. Aquello mantenía esa horrible sensación a raya, aunque a duras penas.

Delante de ellos, Anton se detuvo.

—Ahí.

La fuga procedía de una tienda abandonada, similar al edificio en ruinas del puerto donde Lore se había encontrado al renacido hacía casi una semana, cuando había resucitado a Caballo y se había metido en todo aquel lío. La oscuridad emergía desde la puerta abierta y desnivelada, deslizándose por las escaleras y saliendo hasta la calle. De algún modo, era algo que parecía, al mismo tiempo, tanto humo como agua: era cohesionado y fluido, pero también insustancial y

arremolinado, lo que hacía que fuese complicado concentrarse en ello. Unos pequeños huesos se encontraban esparcidos por aquel extraño río negro, junto con ratones y otras criaturas diminutas que el Mortem había devorado.

A Lore le dio un vuelco el estómago.

Los Presque Mort hacían un trabajo admirable a la hora de ocultar el miedo que sentían, pero era palpable en sus posturas nerviosas y en lo mucho que abrían los ojos. Ninguno de ellos había visto antes una fuga como aquella.

Malcolm fue el primero en dar un paso hacia delante, colocándose al lado de Anton. Inhaló hondo y extendió las manos, con los tatuajes de las velas en sus palmas de cara a aquel río de Mortem.

—Canaliza todo lo que puedas primero hacia la roca, pero no demasiado o esta se romperá. Si después de eso todavía queda algo de Mortem, envíalo hacia allí. —Malcolm señaló con la cabeza hacia el centro de la plaza, donde había un jardín plantado en medio de los adoquines, con unos árboles frondosos que le daban sombra y plagado de flores de verano—. Una vez que hayamos cubierto todo eso, apuntaremos a la campiña. No lo canalices hacia los caballos a no ser que sea absolutamente necesario.

Lore miró detrás de ella, donde el clérigo más joven y aterrorizado se encontraba al lado de los apacibles caballos. ¿Por qué siempre todo tenía que ver con aquellos animales?

El resto de los Presque Mort se colocaron en formación, en tres filas al lado izquierdo de la fuga. Gabe se posicionó al lado de Malcolm y Anton, y Lore le siguió. Los cuatro formaban la primera línea, mientras que el resto de los monjes se situaron detrás. Todos alzaron las palmas hacia aquel charco rezumante de magia de la muerte, con las manos tatuadas con los símbolos de la luz del Dios Sangrante.

Y aquello resultó prácticamente inútil.

La chica tardó un momento en darse cuenta de que los Presque Mort ya estaban canalizando. Diminutas hebras de Mortem se separaron de la corriente como si fueran humo, disipándose en el aire. Pero no conseguían adquirir la suficiente solidez como para conectarse a ninguna persona o convertirse en unos hilos lo bastante largos para que Lore pudiese manejarlos. La gran masa no se encogía en absoluto, a pesar de que cada persona detrás de ella tenía los dedos necróticos y pálidos y los ojos opacos. Uno de los monjes se tambaleó, quedándose sin aire por un momento, pero eso no marcó ninguna diferencia. Ninguno de ellos era capaz de canalizar aquel volumen de Mortem.

Las cosas parecían ir mal, aunque Lore no era capaz de entender

por qué. Los huesos que se acumulaban sobre los adoquines le hicieron pensar en trampas para ratones, en pisar un mecanismo mortal activado por un resorte sin tener ni idea de que te aguardaba un final.

Anton era el único que no dirigía las manos hacia la masa, no tenía en absoluto la vista puesta en el río de Mortem. El único ojo oscuro por el que veía estaba fijo en Lore, entrecerrado e indescifrable. La contemplaba mientras la muerte fluía delante de ellos.

La observó durante un momento más. Luego, se giró hacia la fuga y alzó las manos.

La diferencia que causó su intervención fue abismal. El Mortem se elevó del río oscuro, fusionándose con el aire. Aquello se asemejaba a los hilos que ella misma era capaz de sacar de la muerte, pero en lugar de dirigirse directamente hacia las manos de Anton, se entrelazaron en el aire, formando un nudo intrincado. Lore nunca había visto nada parecido. Sin duda, unir el Mortem de aquella forma dificultaría la labor de canalizarlo hacia las plantas o las piedras…

—Lore.

Alguien dijo su nombre en un resuello moribundo. Ella giró la cabeza para mirar a Gabriel. El Presque Mort la contemplaba con el ojo totalmente blanco, carente de color cuando antes había sido azul. Enseñaba los dientes, tenía las mejillas hundidas y la piel pegada al cráneo.

—Dijiste que querías ayudar —dijo casi sin voz—, así que ayuda.

El olor del aire seguía siendo agrio. Lore aún sentía los pies inestables. Anton continuaba entretejiendo el Mortem en una maraña insondable, dándole una forma que ella no lograba comprender. Pero Gabe tenía razón, y por las ridículas volutas de Mortem que se desprendían de la fuga, era evidente que los Presque Mort no iban a ser capaces de canalizar todo aquello ellos solos.

Así que Lore alzó las manos y cerró los ojos. Contuvo la respiración y dejó que el mundo se volviera blanco y negro, atrayendo la muerte hacia su interior.

Pasó a verlo todo de color grisáceo, pero esta vez había algo distinto. Podía ver el nudo que Anton había hecho, palpitando en el aire por encima de la fuga. La chica intentó sortearlo mientras tomaba y enrollaba los hilos de muerte en sus manos, pero no tenía suficiente experiencia para hacer aquello, no había aprendido a hacerlo con delicadeza.

Mientras tiraba del Mortem hacia sí, el nudo de Anton se deshizo y los hilos negros se liberaron en el aire estancado.

Lore esperaba que el sacerdote le gritara, que hiciera algo para

detenerla, que intentara tomar aquella magia y volviera a unirla en un nudo. Pero el altísimo sacerdote se limitó a echarse a un lado, volviéndose hacia ella con aquel halo de luz blanca a su alrededor.

Lore intentó detenerse, pero para entonces su instinto era demasiado fuerte y se encontraba atrapada en esa corriente como si fuera arena en la marea. Los hilos de Mortem que Anton había alterado fluían hacia sus manos, atravesándole la piel y llegándole al corazón.

Aquella sensación era distinta, de algún modo, más fuerte, deslizándose por sus venas como un torrente. Y no salía hacia el exterior.

Presa del pánico, Lore plantó los pies y flexionó los dedos de las manos, intentando resistir la embestida.

Ahí fue cuando comenzaron los gritos.

Su cuerpo no la obedecía cuando intentaba cerrar las manos. Estaba congelado como el cadáver que, sin duda, daba la impresión de ser. Todo en su interior estaba frío. Una profunda sensación de entumecimiento le recorría los dedos extendidos y le llegaba hasta la columna vertebral. Su corazón se detuvo, como si un puño gigante se hubiera cerrado a su alrededor.

Y los gritos seguían. Unos gritos que, de algún modo, procedían de ella.

Pero costaba mucho escucharlos por encima de la voz que hablaba en su cabeza.

«Esto no es algo de lo que puedas escapar. ¿No te has dado cuenta a estas alturas?».

Retumbó en cada uno de sus huesos, balanceándose sobre cada nervio congelado. Aquella voz era desconocida y familiar al mismo tiempo. Su sonido era extraño, como dos gargantas entrelazadas que hablaban como si fueran una, armonizadas.

Una de las voces sonaba como la de Lore.

«Cada día se hace más fuerte. Crece en tu interior como podredumbre a medida que te acercas a tu ascensión». La voz parecía aceite vertido sobre los surcos de su cerebro, resbalando sobre cada superficie vacía. Le recordaba a la voz que, aquel día en la plaza, le había dicho que usara su poder con Caballo, aunque ahora era más fuerte, más firme. «No puedes huir de lo que eres, hija de la oscuridad. La muerte es lo único que siempre te encontrará. Eres su heredera. La semilla del apocalipsis, la personificación del fin de los tiempo. Eres el incendio que necesita el bosque para poder crecer, la destrucción que trae consigo el renacimiento».

Lore sintió la muerte presionándole los pulmones y el corazón.

Cada uno de sus órganos vivos y vitales se estaba transformando en algo marchito y seco. No había sido capaz de canalizar el Mortem hacia el exterior, solo hacia su interior. No la estaba matando, aquello sería demasiado sencillo, pero sí que estaba haciéndole algo.

La estaba cambiando. Estaba cogiendo su poder y ahondando en él, haciendo que creciera tanto como para succionarla. La estaba vaciando para poder volver a llenarla con algo inmenso, algo oscuro.

No podía abrir los ojos, como si tuviera los párpados cosidos. Apretó los dientes, sacando una fuerza que no sabía que tenía. Con un rugido, obligó al Mortem a abandonar su interior, haciendo que le recorriera las venas de tal forma que parecía que le fueran a estallar; haciendo que le recorriera los huesos de tal forma que parecía que fueran a partírsele a causa de la presión.

La roca bajo sus pies ya se había vuelto demasiado quebradiza, pero ella podía sentir la vida que estaba su alrededor del mismo modo que podía sentir la muerte: ambas fuerzas invertidas, distintas corrientes procedentes de una misma fuente. Sintió los cuerpos agitados de los caballos aterrados, los latidos temerosos de los otros Presque Mort. La vida de aquel jardín, plácida e irreflexiva, aún verde y floreciente. Y más allá, las tierras de cultivo.

Había demasiado Mortem como para poder dirigirlo con delicadeza. Así que Lore lo dejó ir en ambas direcciones, canalizando la muerte hacia las raíces vivas, tanto las que estaban cerca como la que quedaban lejos. La muerte en sus venas la abandonaba para darle paso a la vida.

«La Ley de los Contrarios», pensó, distraída. La muerte y la vida fortaleciéndose la una a la otra, ambas fuerzas entrelazadas.

El Spiritum abandonó cada flor y hoja del jardín. No era reemplazado por la muerte, sino por un estado de suspensión, congelándose en el tiempo. El Mortem se entretejía en el aura de cada resquicio de vida, visible o invisible, envolviendo a pequeños bichos, larvas o pulgones que no se observaban a simple vista. A continuación, penetró aún más, atravesando los adoquines del camino, convirtiendo en piedra las pequeñas briznas de hierba que intentaban encontrar grietas por las que salir hacia el sol, a las lombrices que aguardaban la lluvia y los bulbos que florecían en otoño y que todavía no habían salido a la superficie. Luego, se adentró en las tierras de cultivo: el trigo se transformaba en finas lanzas de roca, las raíces se convertían en estatuas intrincadas bajo tierra. Lore logró no hacer uso del ganado, pero por muy poco. Los mugidos de pánico de los animales eran tan escandalosos que se escuchaban desde lejos. Un profundo contrapunto a los gritos humanos.

Todo pasó a convertirse en piedra, sus vidas quedaron congeladas mientras la chica actuaba de pasarela, dejando que el Mortem fluyera a través de ella como agua en la rueda de un molino. Gabe le había advertido que canalizar de aquella forma requería ser cauteloso, pero lo que Lore había hecho era caótico.

No se había percatado de que sus propios gritos se habían sumado a los del resto hasta que desapareció toda la magia.

«Quieren tu poder», dijo la voz débilmente, desvaneciéndose junto con el Mortem a medida que el cuerpo de Lore se abría camino poco a poco hacia la vida, reduciéndose hasta no ser más que un leve susurro. «Te obligarán a que seas más fuerte y luego te destruirán. Te reducirán a nada más que un vientre para una magia que ellos no pueden crear. Pero solo si los dejas. Incluso una vez que asciendas, debes recordar que eres dueña de ti misma».

Lore abrió los ojos.

La fuga había desaparecido. Aquello era bueno, pero no se había marchado sin causar estragos. Uno de los Presque Mort, un hombre cuyo nombre ella no conocía, se encontraba tirado en el suelo, mirándose el pie. O lo que había sido su pie. Ahora solo quedaba hueso. La carne se le había corroído. No le quedaba músculo y ni siquiera los huesos tenían la forma que deberían tener, eran tan solo una pila de desechos. Brillaban en un viscoso tono marfil bajo la luz del sol. El monje se quedó contemplándose aquella zona y gritó, gritó y no paró de gritar.

Lore se dio la vuelta, intentando comprobar si había más bajas, pero, al parecer, aquel hombre había sido el único afectado por la fuga de Mortem. Estaba tan preocupada buscando más extremidades huesudas que, al principio, no se dio cuenta de cómo la estaban mirando el resto de los Presque Mort.

Sorprendidos. Horrorizados. Asqueados.

Anton se encontraba delante de la formación, con el rostro aún pálido. El nudo de Mortem que había creado había desaparecido. Contemplaba a Lore como alguien miraría a un animal que no identificaba, con curiosidad y cautela, tanteando qué podía hacerle.

Junto a Lore, Gabe se había quedado muy quieto, con el ojo azul muy abierto y contemplando al Presque Mort herido. No se había apartado del lado de la chica, pero cuando esta fue a tocarle, desesperada por aferrarse a cualquier cosa, Gabe se encogió.

A ella se le contrajeron los dedos de la mano de forma involuntaria, igual que hacía una araña con sus patas al morir.

—¿Esto lo he hecho yo? —Lo preguntó en voz baja y frágil, casi infantil. Inmediatamente, quiso tragarse esas palabras, pero necesitaba

obtener una respuesta.

Gabe no le proporcionó ninguna.

El Mort que estaba en el suelo había dejado de gritar y aquello era, en cierto modo, peor. Se limitó a contemplar el lugar en el que antes había estado su pie y que, en ese momento, era tan solo un revoltijo de huesos hechos trizas.

Lore sintió las piernas inestables. Ahora lo veía todo borroso, no solo a Gabe. Pese a que le habían puesto fin a la fuga, el hedor agrio del Mortem seguía presente en el aire, y la muchacha se ahogaba en él con cada bocanada que tomaba.

—¿Lo he hecho yo, Gabe? —volvió a preguntar, pero esta vez arrastrando las palabras. Se desmayó antes de escuchar al Presque Mort intentar darle una respuesta.

Capítulo Veinticinco

El cuerpo siempre lo sabe.

–Proverbio erocano

Sentía la mente espesa, la boca amarga y las extremidades pesadas. No estaba ni despierta ni totalmente dormida, sino en un estado intermedio en el que el aire tenía un sabor rancio y mineral, en el que nada era blando.

Lore sabía que estaba soñando o algo parecido, pero eso no evitó que sintiera una punzada de terror en las entrañas cuando vio la tumba. Parecía más grande de lo que la recordaba, un bloque de obsidiana que refulgía en un tono tan oscuro como la noche. Se cernía sobre ella como si fuera un pedazo de la misma tierra, listo para enterrarla debajo de él, para aplastarla en su interior y hacer que formara parte de lo que fuera que aguardaba en su interior.

La chica se movía con aquella pesada lentitud de los sueños, flotando de tal modo que no necesitaba ni los brazos ni las piernas; se había convertido en una masa de pensamiento y de materia ingrávida. Intentó apartarse de la tumba de Nyxara, creyendo que se estaba arrastrando hacia atrás como un cangrejo. Sin embargo, no sentía las piedrecillas clavándosele en las palmas de las manos ni el roce del tejido de su ropa contra el suelo. Aunque no importaba lo mucho que avanzara, la tumba seguía estando siempre a la misma distancia de ella, como si el bloque fuera un perro y Lore su correa. Como si estuviera encadenada a la tumba y a la diosa enterrada en su interior.

Lore salió a la superficie, aunque solo por un momento, sacando la boca de esas aguas oscuras el tiempo suficiente como para poder respirar.

—Está viva. —Se trataba de una voz que conocía en el fondo de su ser, una que, inexplicablemente la llevaba a pensar en fuego, en incienso, en rabia contenida y en árboles ardiendo—. Está viva, pero no se despierta.

—Lo hará. —Aquella otra voz no la conocía, no como a la primera.

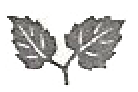
Era baja y apagada, y hablaba desde lejos, mientras que la primera la había escuchado con gran claridad—. Dale tiempo.

—Han pasado tres días…

—Ya has visto lo que ha hecho. —Aquel tono no era en absoluto acusatorio, pero aun así las palabras estaban cargadas de doble significado—. Después de hacer algo así, recuperarse lleva su tiempo.

Por parte de la otra voz, la que conocía, no hubo nada más que silencio.

Lore se hundió de nuevo.



El tiempo siguió corriendo. Lore no sabía cuánto había pasado. Se encontraba suspendida en una oscuridad impenetrable y no veía ni sentía nada.

Y luego, arena. Océano. Sol y un cielo azul.

Al menos sabía que aquello era un sueño.

Como de costumbre, la misma figura se encontraba sentada a su lado. Lore giró la cabeza hacia ella, preguntándose si esta vez sería capaz de verla con claridad. Por un breve instante, la reconoció levemente. Aquel efluvio humeante se estaba solidificando, adquiriendo una forma que ella debería conocer. Pero entonces, desapareció, volviendo de nuevo a ser tan solo sombras.

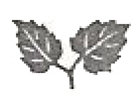
Sintió que algo le daba un tirón en el pecho. Aquello no le gustó, así que se cruzó de brazos, intentando cubrirse el corazón. El tirón dolía, parecía que quisiera arrancarle el órgano del pecho. Pero Lore se aferró a él, ya que se trataba de algo que era completamente suyo.

El humo no se elevó hacia el cielo. Este era claro y de un azul brillante.

La figura pareció sorprendida. Al menos, tanto como podía estarlo algo esencialmente incorpóreo.

—Curioso —murmuró aquella voz vacía, carente de emoción o textura—. Parece que el aumento de poder conlleva un aumento del control. Pero tenemos tiempo. Volveremos a intentarlo.

Lore no estaba escuchando. Volvía a ir a la deriva.



Salió a la superficie. Sintió un resplandor contra los ojos, insoportablemente brillante después de tanta oscuridad. Tuvo la vaga impresión de estar en una habitación que debería haberle resultado

familiar. Sintió sus extremidades pesadas e inertes pero presentes. Aquello era lo más cerca que había estado de la vida en lo que le parecían siglos.

Y todo era gracias a la persona que estaba con ella. A la persona cuya mano la agarraba del brazo, emitiendo un calor digno del sol. La oscuridad y la muerte que habían anidado en el interior de Lore huyeron de él, repelidas. La enorme caverna que ella tenía en el centro del cuerpo, un recipiente vacío esperando a llenarse con algo, parecía hundirse sobre sí misma y entretejerse hasta cerrarse.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —Lore también conocía aquella voz procedente de la persona que la estaba tocando. Calidez y vida, miel amarga. Hizo que se retorciera por dentro con una mezcla de amor, odio, miedo y esperanza.

—Casi una semana. —Era la primera voz que había reconocido, la que ardía y crepitaba—. Anton dice que es normal, pero…

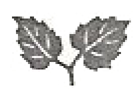
—A la mierda Anton. —El agarre sobre su brazo se volvió más fuerte. Lore deseaba poder decirle que le hacía daño, pero no podía mover la boca—. Deberías haberme dejado pasar la primera vez que vine en lugar de acudir al sacerdote a quejarte de mí como un niño caprichoso.

—Porque tú no eres nada caprichoso, ¿verdad? —Brasas y ascuas humeantes.

Y se hizo el silencio. Lore deseó poder abrir los ojos y ver si iban a matarse el uno al otro. Aquello parecía ser algo que ya había estado a punto de suceder en otras ocasiones.

—Te he dejado pasar ahora —dijo al fin la voz ardiente—. Aunque no es que puedas hacer nada para ayudarla.

Pero sí que la estaba ayudando. De algún modo, con la mano apoyada sobre su brazo estaba logrando expulsar la oscuridad y la muerte, repeliendo ambas fuerzas de una forma que parecía maravillosa y horrible a la vez. Pero Lore no podía decirles nada porque aún no era capaz de abrir la boca, porque aquel momento de lucidez estaba terminándose, porque volvía a ir a la deriva.



La palabra «mal» no llegaba a describir del todo el modo en el que se sintió Lore al despertarse.

La boca le sabía a rayos, como si se hubiera bebido un vaso de agua de alcantarilla. Los dedos le dolían como si los hubiera mantenido flexionados durante horas. Cuando se miró las manos, las tenía cerradas en puños con fuerza, así que quizá se debiera a aquello.

No llevaba así horas, sino días.

Y todo ese malestar tan solo era la antesala a los recuerdos del Presque Mort cuyo pie se había visto reducido a huesos, con todo el tejido vivo que lo envolvía engullido por el Mortem descarriado.

Lore se concentró en relajar los puños, levantando dedo a dedo, doblándolos y estirándolos. Era doloroso, lo suficiente como para que desde su interior surgiera un sonido animal que, sin embargo, no dejó salir.

Las voces que había oído habían sido las de Gabe y Bastian. La chica no había sido capaz de recordar sus nombres mientras se había encontrado flotando, prácticamente separada de su cuerpo y su mente, pero ellos dos habían estado allí. Ahora su habitación estaba vacía. Cuencos con sobras de caldo que no recordaba haberse tomado se encontraban acumulados sobre su tocador, y un vaso de agua medio vacío se hallaba sobre la mesita de noche. Lore lo tomó y se lo bebió. El sabor que tenía en la boca mejoró levemente.

Mientras se obligaba a salir de la cama, tropezando con sus propias piernas entumecidas y sujetándose al poste de la cama para estabilizarse, recordó de forma vívida el gesto que había puesto Gabe antes de que ella se desmayara. Había parecido horrorizado. Horrorizado con ella, con lo que había hecho.

Pero Gabe había estado en aquella habitación. A pesar de lo que Lore había hecho, él se había presentado allí.

¿Y qué había hecho Lore? Para eso no existía una respuesta clara, aunque por la expresión de los otros Presque Mort, que había sido una mezcla de miedo y repugnancia, todo apuntaba a que había sido culpa suya. Pero si el otro hombre se había metido de algún modo en la trayectoria del Mortem, si se había visto enredado en los hilos que habían unido a Lore con la fuga, ella no podría haber hecho nada para evitarlo. Esa parte no había sido culpa suya, y le daba igual que los Presque Mort pensaran lo contrario.

Pero si Gabe pensaba lo mismo…

Sentía como si una lanza le atravesara las entrañas.

Su mente no dejaba de conjurar la última imagen que tenía de Anton, cuando este la había contemplado con una sosegada curiosidad. Anton, quien le había dado forma al Mortem de un modo que Lore no había visto nunca, antes de que los dedos inexpertos de ella pudieran canalizarlo a través de sus venas. ¿Le había hecho el sacerdote algo al Mortem? ¿A ella?

Eso era lo que Lore quería creer, pero sentía que era una simple excusa. Y sabía que Gabe pensaría lo mismo.

La quemazón en su pecho no era del todo producto de la tristeza, y

tampoco de la rabia. Se debía más bien a la vergüenza, aunque no quisiera admitirlo. Pero, al menos, eso era algo en lo que concentrarse mientras se dirigía cojeando hasta la puerta de su habitación. Era otra cosa en la que pensar que no fuera la voz que había escuchado cuando todo aquel Mortem le había fluido a través de las manos, directo al corazón.

«Te obligarán a que seas más fuerte y luego te destruirán».

Lore sacudió la cabeza y abrió la puerta.

Alguien se encontraba sentado en el sofá polvoriento, con el fuego demasiado avivado en la chimenea delante de él. No se trataba de Gabe.

Era Bastian.

Lore se quedó plantada en el umbral de la puerta, en silencio y confundida, mientras el Príncipe Solar echaba un vistazo sobre su hombro, con aquella mirada de un tono castaño dorado reflejando las llamas. Se puso en pie, se estiró despreocupadamente y el dobladillo de su camisa blanca impoluta se le subió, revelando el abdomen aún amoratado a causa del combate.

—Buenos días —le dijo a la chica—. O mejor dicho, buenas noches. Te has perdido la cena por estar dormida, algo que supongo que no es ninguna sorpresa, ya que llevas una semana entera durmiendo. Te he traído algo de comer.

Su voz despertó algo en Lore, como si la conexión que siempre había sentido en su presencia fuese aún más profunda, introduciéndose en sus músculos y llegándole hasta el tuétano. Una imagen le pasó por la mente: rosas y rayos de sol en un jardín en la cima de una montaña. Pero desapareció enseguida.

Sobre la pequeña mesa detrás del sofá se encontraba una bandeja cubierta con una reluciente campana de plata, de la que emanaba un delicioso aroma que Lore no logró identificar. Retiró la campana y casi no le dio tiempo de asimilar qué plato tenía delante de ella antes de meterse un bocado entero en la boca. Era algún tipo de ave asada acompañada de verduras.

—Pavo real —dijo Bastian con un grandilocuente gesto de la mano, acomodándose en el brazo del sofá para observarla comer—. Yo lo detesto, pero parece que tú no.

—Ahora mismo me comería lo que fuera —respondió con la boca llena.

—Si no acabaras de vivir una experiencia bastante traumática, ahora estaría haciendo un chiste de mal gusto al respecto. Pero, tal y como están las cosas, lo dejaré correr. Espero que valores mi autocontrol.

Sí que había sido una experiencia bastante traumática. De repente, el pavo real asado le supo a cenizas. Lore masticó y tragó lo que le quedaba aún en la boca y luego soltó el tenedor, cruzándose de brazos y contemplando un aro de cebolla quemado en lugar de a Bastian.

—¿Te ha contado Gabe lo que sucedió?

—Pues claro que no —se mofó Bastian—. Fue Malcolm quien me lo contó, y solo porque me encontraba en el santuario sur cuando ellos te llevaron allí. —Se detuvo—. Gabe no me dejaba venir a verte, pero cuando se lo comenté a Anton, este le insistió.

Que el príncipe hubiera estado dispuesto a acudir a su tío con aquella petición hizo que Lore parpadease.

—¿Por qué?

—¿Por qué Gabe no me dejaba entrar o por qué quería venir a verte? —Sin embargo, su rostro dejó entrever que sabía perfectamente a qué se refería. Bastian se cruzó de brazos y clavó la mirada en un punto fijo de la alfombra mientras pensaba en su respuesta—. ¿Me creerías si te digo que es porque me importas?

Aquello se quedó suspendido en el aire, una línea trazada con firmeza que Lore no sabía cómo cruzar. Decidió ir a lo seguro.

—Supongo que tiene sentido. Me has obligado a trabajar para ti amenazándome con las islas Calcinadas, así que es normal que quieras proteger tu inversión.

—Sabes que no es por eso.

Lore se negó a seguir con aquello en ese momento; estaba dolorida y temblando tras haberse pasado una semana en la cama.

—Entonces, ¿no me enviarás a las islas Calcinadas si le digo a tu padre o a tu tío que estás al corriente de su plan?

Bastian guardó silencio, y eso fue respuesta suficiente. La muchacha tuvo la familiar y esperada sensación de que así debían ser las cosas. Al príncipe le importaba, aunque no lo suficiente como para dejarla libre.

Lore asintió como si él le hubiera dicho algo en voz alta.

—No quiero que te hagan daño —murmuró Bastian, eludiendo darle una verdadera respuesta—. Piensa lo que quieras de mí, pero no quiero que acabes herida. Y no solo porque estés trabajando para mí, sino porque se trata de ti.

—No nos conocemos desde hace tanto —dijo al fin Lore, casi en un susurro.

El príncipe resopló.

—Ya, es verdad. Pero parece como si ese fuera el caso, Lore.

Ella no se lo podía discutir, pero no era una conversación que quisiera mantener o que supiera cómo abordar. Una copa de vino

aguado se encontraba al lado de la bandeja. Lore la tomó y le dio un sorbo antes de volver a hablar, cambiando de tema:

—¿Y qué hacías en el santuario sur?

Bastian permitió que la conversación tomara el rumbo que ella quería, como si él también estuviera deseando dejar a un lado las preguntas sobre afectos y certezas.

—Algunas de las personas a las que me gusta besar viven en el claustro.

—Por el Dios Sangrante.

—No se trata de él. —Pero aquella jocosidad no tardó en desaparecer del rostro del príncipe. Este cruzó los brazos sobre el pecho—. Estaba allí porque intenté seguiros hasta la fuga —confesó, tras un momento de silencio—. No logré salir antes de que cerraran las puertas de la iglesia.

—¿Para qué querías venir? No podrías haber hecho nada.

Bastian levantó la mirada del suelo, con un rizo oscuro cayéndole sobre la frente y rozándole la mejilla.

—Para mantenerte vigilada. —Resopló—. Y también a Remaut. A ninguno de los dos se os da muy bien cuidar de vosotros mismos.

La chica no tenía energía como para enfurecerse por aquello. Se limitó a suspirar y a comer otro bocado del pavo real asado que le había llevado Bastian.

—¿Te ha contado Malcolm lo que sucedió exactamente? —le preguntó después de haber tragado—. ¿Lo del otro Presque Mort? Yo estaba allí… Fue culpa mía. Bueno, no lo sé…

—No fue culpa tuya. —Lore nunca le había escuchado hablar con tanta fiereza, a excepción de aquella noche en el callejón, lo que hizo que levantara la mirada de lo que le quedaba de cena. Bastian seguía sentado sobre el brazo del sofá, en una postura indiferente, aunque transmitía cierta tensión que contradecía su actitud despreocupada—. Hiciste lo que pudiste.

«No puedes huir de lo que eres».

Ella se planteó contarle lo de la voz. Pero, en cuanto aquel pensamiento cruzó su mente, lo desechó. Su instinto le decía que era mejor guardárselo para sí misma. Estaba en su derecho de tener algunos secretos.

Se produjo un momento de quietud, en el que Lore se quedó mirando a su comida y el Príncipe Solar la contempló a ella. Luego Bastian soltó un suspiro.

—Me lo ha contado —le dijo—. Pero antes de que te lo cuente yo a ti, debes saber que el Presque Mort cuyo pie acabó… herido se está recuperando sin problema y que la Iglesia le pagará una prótesis.

Cuidarán bien de él.

Lore asintió, aturdida.

—Al parecer —continuó Bastian—, cuando comenzaste a canalizar el Mortem, este se… elevó. Como si fuese una ola. Ignoró al resto de los Presque Mort y se dirigió solo a ti.

Como si la hubiera estado esperando. O como si alguien lo hubiera dirigido hacia ella.

—¿Todo? —preguntó Lore—. ¿O solo el Mortem al que Anton le dio forma?

Bastian arqueó una ceja.

—Nadie me ha mencionado nada de Anton.

Quizás Lore se lo había imaginado, tanto el nudo como la voz. Tal vez el Mortem que había fluido a través de ella le había hecho ver y oír cosas que no existían.

—En fin, el Mort, que se llama Jean, sé aproximó a ti, aparentemente para ayudar. —Bastian se encogió de hombros—. Pero se acercó demasiado. El Mortem comenzó a extenderse por el suelo y le atrapó el pie. Malcolm lo sacó de allí antes de que pudiera devorarlo más. Y entonces, dejaron que te encargaras tú sola.

La habían intentado ayudar. Un hombre que no la conocía en absoluto había dado un paso al frente por ella y había perdido una extremidad como consecuencia.

—La verdad es que es increíble que estés en pie —continuó el príncipe, esta vez con una voz más suave—. Llevas una semana inconsciente. Más de una vez nos hemos preguntado si te llegarías a despertar.

Ella también se lo había preguntado mientras había estado flotando en aquel limbo, atrapada entre el sueño y los recuerdos. Le dio otro bocado de forma automática a la comida.

—Gabe también se está recuperando. —Bastian se apartó un rizo de los ojos—. Por si estabas preocupada.

Una oleada de pánico le recorrió el estómago.

—¿Recuperándose?

—Extendió el brazo para poder agarrarte y perdió la punta del dedo. —Se le torció la boca en una sonrisa maliciosa, pero su mirada expresaba casi… resignación—. Tampoco es que la usara mucho, no sé si me explico. Al menos no con esos votos que ha jurado.

Gabe había intentado agarrarla. Aquello no compensaba el hecho de que no estuviera allí, pero ya era algo.

Se quedaron allí plantados. El único sonido que había era el animado crepitar del fuego. Pasó un momento y entonces Bastian se puso en pie, sacudiéndose el polvo de la parte trasera de sus

pantalones oscuros y frunciendo el ceño en dirección al desorden de ropa y sábanas que Gabe había dejado en el suelo.

—Nadie ha podido entrar a limpiar aquí desde que estás convaleciente, pero enviaré a una criada. Al parecer Remaut es incapaz de mantener sus cosas recogidas.

Ver aquellas mantas fue un alivio para Lore. Otra pequeña prueba de que le importaba a Gabriel, incluso después de que este hubiera presenciado lo que había hecho.

—Gracias, Bastian —murmuró.

—No hay de qué. —El príncipe se dirigió hacia la puerta—. Deberías descansar. Visto lo visto, no harías mal volviendo a la cama. Quedan unas ocho horas para que se haga de día.

Lore asintió con desgana, pero no se levantó para volver a su dormitorio. Bastian ya estaba casi en la puerta cuando ella consiguió hablar de nuevo:

—¿Crees que Gabe volverá?

Sus sábanas estaban en el suelo, pero la chica necesitaba que se lo confirmaran. Necesitaba que alguien le dijera que Gabe seguiría escogiéndola a ella, alguien que supiera qué era Lore.

Alguien que supiera qué era y, aun así, siguiera preocupándose por ella.

Bastian detuvo la mano en el aire un momento antes de posarla sobre la madera de la puerta.

—Claro que volverá. Tú estás aquí.

Luego, salió al pasillo.

Lore le dio un par de bocados más al pavo real antes de tumbarse en el sofá. La tapicería aún conservaba el calor de Bastian. Se preguntó cuánto tiempo habría estado allí antes de que ella se despertara. Costaba imaginarse al príncipe sentado sin hacer nada durante tanto rato, pero la calidez que desprendía el cojín que tenía bajo la mejilla era prueba de que se había quedado bastante tiempo.

Cerró los ojos y dejó escapar un suspiro. Sin embargo, la imagen que la esperaba detrás de sus párpados era el rostro de Gabe, pálido y aterrorizado, mirándola como si fuera alguna clase de monstruo. Así que abrió los ojos y pasó a contemplar el fuego mientras volvía a darle vueltas a lo poco que recordaba de lo que había soñado.

De lo único que se acordaba con claridad era de las voces. La de Gabe y la de Bastian. Sus voces y el hecho de que la presencia del príncipe, su caricia, había repelido al potente Mortem que la mantenía bajo su yugo, trayendo vida a la muerte. Aquello le recordó a lo sucedido en el callejón, cuando no había sido capaz de conjurar su magia mientras Bastian se hallara cerca.

¿Tendría algo que ver con que fuera un Arceneaux, el elegido de Apollius? Por lo que se sabía, nadie del linaje de los Arceneaux había podido hacer uso del Spiritum, pero quizá el planteamiento no fuera el correcto. Tal vez el Spiritum fuera tan voluble y misterioso como el Mortem y blandirlo fuera un arte sutil.

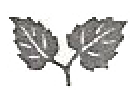
Le haría aquellas preguntas a Gabe, cuando este volviera a aparecer.

La deliciosa cena que Bastian le había llevado le había sentado pesada en el estómago. Lore calentó los dedos, que aún seguía teniendo ligeramente entumecidos a causa de todo el Mortem que había canalizado, estirándolos y encogiéndolos una y otra vez. Comprobó sus barreras mentales por si acaso volvía a dormirse y cerró los ojos de nuevo el tiempo suficiente como para visualizar el bosque, las ramas entrelazadas y el cielo azul. Esa era otra cosa más que le recordaba a Gabe y a la enmarañada red que habían tejido entre ellos: anhelo, amistad, desconfianza y lealtades divididas.

Tampoco es que Lore pudiera culpar a Gabe de sus lealtades divididas. No después de haber escuchado esa voz.

«No puedes huir de lo que eres».

—Pues espera y verás —gruñó ella con fiereza hacia el resplandor de las llamas de aquella sombría habitación, a pesar de que los párpados cada vez le pesaban más.



La despertó el chirrido de la puerta.

Lore se sentó enseguida, con el instinto de supervivencia agitándole el pecho, el pelo enredado y el camisón retorcido de manera incómoda.

Pero esa incomodidad dejó de importarle en cuanto vio a Gabe de pie en el umbral. Tenía una venda alrededor de la punta del dedo índice, que era más corto de lo que debería.

Gabe la miró a ella. Lore lo miró a él. Ninguno de los dos supo qué decir.

Al final, aquel silencio pesado hizo que Lore apartara la mirada de su ojo azul para fijarla en lo que llevaba en la mano.

Se trataba de una bolsa de tela que guardaba algo. Vagamente, se percató de que procedía de uno de los boticarios de la zona.

El Mort siguió su mirada y levantó la bolsa.

—Medicina —dijo con un hilo de voz casi ronca, como si no hubiera esperado tener que hablar y le hubiera sorprendido escuchar salir por su boca aquellas palabras—. Para tus manos.

Lore se levantó y cruzó la estancia. Tomó la bolsa sin tocarle la piel a Gabe. En el interior había un pequeño frasco de pomada. Un fuerte olor a medicina se colaba a través del tapón de corcho. Reconoció el aroma. Clavo y canela, ingredientes calmantes.

—Nos lo aplicamos cuando tenemos que canalizar —prosiguió Gabe, con la voz ya menos ronca. Se enderezó, y a ella le dio la sensación de que estaba colocándose una máscara—. Escuece de pelotas, pero te ayuda a recuperar más rápido la sensibilidad en los dedos.

—De pelotas, ¿eh? —Lore alzó la mirada y le dedicó una leve sonrisa. Sin embargo, mantener el contacto visual le parecía muy complicado, así que se centró en las pequeñas pecas que le cubrían la nariz—. Llevas dos semanas libre del férreo control de Anton y ya estás soltando tacos como si se te fuera la vida en ello.

La mención de Anton hizo que Gabe se estremeciera, aunque solo un poco. Se limitó a encogerse de hombros.

—La culpa la tienes tú.

Lo dijo sin más, pero esas palabras podían significar muchas cosas distintas, eran la base de un castillo de naipes. Ambos parecieron darse cuenta de ello al mismo tiempo y, aunque ninguno de los dos se movió, de pronto tuvieron la sensación de que el espacio que los separaba era aún mayor.

—Gracias —respondió Lore, metiéndose la bolsa con el frasco debajo del brazo. Al estar alejada del fuego, había empezado a sentir algo de frío. Sin embargo, no fue consciente de lo congelada que estaba hasta ese momento. Se le puso la piel tan de gallina que resultaba incluso doloroso, como si aquella reacción estuviera compensando el tiempo perdido. Mientras temblaba, la chica se encaminó hacia su dormitorio—. Creo que me voy a la cama. Sé que llevo una semana durmiendo, pero no ha sido un sueño reparador.

—¿Quién ha estado aquí?

Ella enarcó las cejas mientras volvía a dirigir la mirada hacia Gabe. El Presque Mort tenía el ojo fijo en la bandeja con el pavo real a medio comer. El tic nervioso que tenía en los dedos, los cuales cerraba en un puño para luego volver a abrirlos y dejarlos rígidos, le indicaba a Lore que él ya conocía la respuesta.

—Bastian —respondió, y se negó a parecer arrepentida—. Estaba aquí cuando me desperté.

No tenía la intención de que sonara como una reprimenda, pero por el modo en que Gabe giró el rostro hacia el fuego, era evidente que él se lo había tomado como tal. Casi dio un respingo.

Las llamas anaranjadas iluminaban sus facciones, haciendo que las

sombras sobre ellas fuesen más marcadas. Aquella imagen despertó algo parecido a un recuerdo en la mente aún cansada de Lore. Ella desechó el pensamiento.

—¿Crees que Malcolm nos dejará acceder a la biblioteca de la iglesia? —le preguntó a Gabe.

—Si tenemos un buen motivo, sí. ¿Lo tenemos?

Lore se mordió la cara interna de la mejilla, intentando pensar en cómo expresar lo que quería decirle.

—Sabes que la presencia de Bastian hace que nos cueste canalizar el Mortem —dijo al fin—. Como aquella noche en el cuadrilátero y luego, más tarde, en las criptas. Tú también lo sentiste. Pero cuando estuve… inconsciente, también pude sentir cuando él entró en el dormitorio. Sentí de nuevo su presencia.

El rostro del Presque Mort no expresaba ninguna emoción por debajo del parche del ojo, pero los hombros se le tensaron.

Lore se encogió.

—Me ayudó. —Eran unas palabras muy imprecisas para expresar algo tan extraño—. Y creo que puede que tenga algo que ver con el Spiritum, con el linaje de los Arceneaux.

—Yo no me precipitaría a sacar conclusiones —se apresuró a añadir Gabe—. Comprendo que lo de las criptas fuera extraño… y, en cierto modo, alarmante… Pero aunque los tratados digan que Apollius les otorgó ese don, hay quienes discuten la interpretación literal…

—Por eso quiero ir a echar un vistazo a lo que hay en la biblioteca —le interrumpió ella—. Para comprobar si hay más información. Y no solo sobre el Spiritum y el linaje de los Arceneaux, sino sobre todo esto. —Señaló con la mano a su alrededor, haciendo referencia a Bastian, a ellos, a las aldeas y a la fuga de Mortem después de tanto tiempo sin sufrir ninguna—. De algún modo, todo está conectado. Tal vez haya algo en la biblioteca de la iglesia que pueda ayudarnos a encontrarle algún sentido.

Tras un momento de quietud, Gabe asintió, de forma sucinta y profesional.

—Mañana se lo pediremos a Malcolm. —Por fin, fijó su único ojo en Lore—. ¿Has compartido tus sospechas con Bastian?

Mantuvo el tono de voz neutro. No obstante, había algo oscuro detrás de aquella pregunta. Bastian podía tenerlos a su merced debido la amenaza que había proferido de enviarlos a las islas Calcinadas, una amenaza que Lore sabía que no era un farol, pero Gabe ya le era leal a una persona, y esa persona no era el Príncipe Solar. Su lealtad nunca sería para él.

—No. —La chica negó con la cabeza—. No se lo he contado.

Gabe relajó los hombros, aliviado, y asintió.

Por un momento, se quedaron allí plantados. Podrían haber llenado el espacio que se interponía entre ellos con muchísimas cosas. Pero Lore se dio la vuelta y prefirió dejarlo estar.

Una vez en su dormitorio, y tras haber cerrado la puerta, dejó la pomada sobre su tocador antes de ponerse un camisón de lana que había encontrado en el fondo del armario. Todavía temblando, sacó también una bata gruesa y se envolvió con ella. Sentía cómo el frío de la muerte le calaba los huesos, como si ver a Gabe hubiera hecho que, de algún modo, su cuerpo recordara.

Con los dedos entumecidos, intentó quitarle el tapón de corcho al frasco de pomada y echarse la medicina sobre las palmas de las manos. Gabe tenía razón, aquello escocía de pelotas. Maldijo por lo bajo mientras se frotaba las manos, extendiéndose el ungüento entre los dedos y por las muñecas. Llegado un momento, el escozor dio paso a una cierta calidez. Lore cruzó los brazos, haciéndose todo lo pequeña que pudo mientras se metía debajo de las mantas.

No obstante, no lograba dormirse. Estaba agotada, pero tenía tanto frío que el descanso se escapaba de su alcance.

Levantarse no fue algo que hiciera deliberadamente. Tampoco lo fue arrastrarse hasta la puerta y abrirla. Ni mirar hacia el leve resplandor de la chimenea encendida, hacia Gabe acurrucado junto a la puerta. Este estaba con el pecho desnudo, iluminado por la luz de las brasas, y contemplando el techo con un ojo azul y con el otro herido y cubierto con un parche de cuero.

El Presque Mort se giró hacia ella mientras Lore recorría lentamente la alfombra polvorienta, con los brazos aún cruzados y todavía arrebujada en la bata como si se encontrara en medio de una ventisca en lugar de en los aposentos de un cortesano. Gabe observó cómo se le acercaba sin decir ni una palabra.

—Tengo mucho frío —murmuró Lore.

El monje siguió sin decir nada cuando cogió la manta con la que estaba tapado y la mantuvo en alto, a modo de invitación.

La muchacha se tendió al lado de Gabe. Este dejó caer la manta por encima de ella y se giró de modo que su espalda quedara contra la puerta y su pecho pegado a la columna vertebral de Lore. Emanaba un calor que fue introduciéndose lentamente en ella, poniéndole fin a su entumecimiento y sirviendo como recordatorio de lo que era la vida para un cuerpo que había experimentado tanta muerte.

Gabe posó el brazo sobre la cintura de Lore, acercándola hacia él. La venda que tenía alrededor de la punta del dedo que le faltaba resaltaba sobre aquella manta oscura. Su respiración revolvió el pelo

de la chica. Entonces, ella cerró los ojos, se durmió profundamente y, por suerte, sin soñar nada.

Capítulo Veintiséis

No debe sobreestimarse la relevancia de los fenómenos naturales en las fluctuaciones de poder divino. Apollius era el dios del sol y Nyxara, la diosa de la luna. Su unión resultó ser volátil y significó la destrucción del mundo tal y como lo conocíamos antes de la Caída de los Dioses. Sin embargo, cuando sus símbolos se fusionan en el cielo, esto puede traducirse en un momento de gran poder para aquellos que saben cómo aprovecharlo. Un eclipse conlleva un cambio, el de la propia naturaleza de la magia. Es un momento en el que los contrarios pueden acabar unidos.

–Solenne Bacque, profesora de Teología Cosmológica en la Universidad de Ularha en Kadmar (antes de la conquista kiryteana)


—Ay.

La voz de Gabriel, que sonó más cerca de su oído de lo que debería, hizo que Lore se despertara con un sobresalto. Abrió los ojos de golpe, examinado su entorno desde un extraño ángulo: de lado y desde abajo. Cada músculo de su cuerpo parecía estar a punto de sufrir un calambre y tenía algo pegado a la espalda que le causaba incomodidad.

Se trataba de Gabe, que estaba apartándose de la puerta. El Presque Mort yacía a su lado con el pecho desnudo. Había dormido con él la noche anterior, en busca de calor y sin pararse a pensar en la situación en la que se encontrarían por la mañana.

Lore se levantó, arrastrando consigo la manta y echándosela sobre los hombros. Se había acostado con muchas personas, en ambos sentidos de la palabra, y además, no era especialmente pudorosa. Pero que se tratase de Gabe, tan piadoso y devoto como era, hizo que se le enrojecieran en exceso las mejillas y que una vulnerabilidad incómoda se apoderase de su pecho.

El rubor que se extendía por las mejillas de Gabe era muestra de

que él también estaba viviendo su propio momento vulnerable e incómodo. Lore vio la determinación en su expresión cuando este decidió no mencionar lo sucedido la noche anterior. Y ella le estaba absurdamente agradecida por ello.

Gabe se llevó la mano a la espalda y cogió lo que fuera que habían metido por debajo de la puerta. Lore se preguntó cuánto tiempo llevaría despierto, si se había quedado simplemente allí tumbado, rodeándola con el brazo mientras ella dormía.

Lo que habían empujado por debajo de la puerta resultó ser otro sobre. De nuevo, la palabra Remaut aparecía escrita en una letra elegante en la parte delantera. Un sello cubría el cierre del sobre, hecho con cera de color morado oscuro con el símbolo del corazón del Dios Sangrante. El sello de los Arceneaux.

—¿Exigen nuestra presencia? —preguntó Lore mientras Gabe se sentaba y abría el sobre.

Recorrió el papel con su único ojo y luego se lo entregó a Lore.

—No exactamente.

Se trataba de una invitación a una cena y a un baile para celebrar el próximo eclipse. El baile era un evento multitudinario, pero a la cena de gala que tenía lugar después solo estaban invitados unos pocos afortunados. Gabe y ella se encontraban entre los selectos invitados.

Lore vio la fecha que indicaba aquella hoja. El solsticio de verano. No había caído en la cuenta de que quedaba tan poco para su cumpleaños. Un eclipse solar el día de su cumpleaños y un baile para celebrarlo.

A Lore le temblaron los dedos de las manos, lo que le hizo agitar la hoja. Tenía que ser una coincidencia. Anton le había dicho que organizarían una consagración para ella, pero un baile no era una consagración…

—¿Lore? —Gabe alzó la mirada hacia ella desde donde se encontraba sentado en el suelo, con el rostro retorcido a causa de la preocupación. Una barba incipiente le cubría la mandíbula. Lore la había sentido la noche anterior, áspera contra su pelo—. ¿Te encuentras bien?

Lore se obligó a sonreír. Agitó la invitación en el aire sin entusiasmo.

—Es el día de mi cumpleaños. Mi vigésimocuarto cumpleaños.

Gabe enarcó una ceja.

—Aunque no pone nada sobre ninguna consagración. Con suerte, podré librarme de una ceremonia embarazosa. Supongo que no habrá ningún modo de escaquearse de la cena.

—No si August nos ha invitado con un propósito. —Con un gruñido, Gabe se puso en pie, estirando la espalda. Lore apartó la mirada—. Sería demasiado obvio que no acudiéramos.

Ella volvió a asentir, mordisqueándose el labio. Fue a dejar la invitación sobre la mesa junto al resto, al lado de las sobras de la cena de la noche anterior. Tendría que buscar a alguien que recogiera aquello antes de que acabara siendo demasiado desagradable. Allí encontró otro sobre, uno en el que tan solo ponía LORE, y no su apellido falso.

Era la invitación de Alie a tomar el té. Durante el partido de croquet, le había dicho que se trataba de una invitación permanente, ya que algunas amigas y ella se reunían cada sexto día.

—¿Qué día es?

—El séptimo —respondió Gabe, mientras se encaminaba hacia la puerta de su dormitorio sin usar para buscar algo que ponerse.

Así que Lore se había perdido la cita para tomar el té. Seguramente debería intentar acudir a la siguiente. Resultaría raro que no fuera al menos una vez. Además, tal vez descubriera algo interesante.

Y aunque no fuera así, podría estar bien fingir tener amigas durante un par de horas.

Lore se cambió rápidamente. Volvió a optar por el vestido que le resultaba más fácil de ponerse ella sola. Este era de un dorado intenso, con una falda fluida hecha de capas de gasa que ondeaban alrededor de sus piernas. Las mangas también eran de gasa, largas y fruncidas en los puños. Una parte de ella quería rebuscar más en el armario y dar con los vestidos de invierno que seguro que la esperaban allí, ya que aún estaba helada.

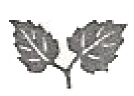
Se le pasó por la mente pedirle a Gabe que volviera a abrazarla, pero agitó la cabeza para hacer desaparecer aquella idea con ese gesto tan físico.

Cuando abandonó el dormitorio, Gabe ya estaba vestido y subiéndose malhumorado las voluminosas mangas hasta el codo, con la intención de que así fueran más manejables. Le dedicó a Lore una mirada llena de ironía.

—Supongo que querrás ir directamente a la biblioteca de la iglesia.

Ella hizo un gesto grandilocuente.

—Te sigo, Mort.



Tras considerarlo un momento, Lore depositó la bandeja de la cena que Bastian le había llevado debajo del candelabro con el corazón del

Dios Sangrante que había al otro lado del pasillo. El príncipe le había dicho que mandaría a una criada. Con suerte, a aquella persona no le importaría recoger también eso.

Frunció el ceño hacia sus platos sucios. Había logrado con éxito evitar pensar en el Príncipe Solar durante al menos una hora, mientras Gabe y ella se habían estado vistiendo. Pero ahora tenía que volver a poner el marcador a cero. Se sentía extraña al pensar en Bastian cuando todavía tenía reciente la presión del pecho de Gabe contra su espalda.

Ninguno de ellos tenía tiempo para estúpidos jueguecitos románticos. Si hubieran estado en otra situación, Lore se habría acostado con ambos y se habría quitado esa espina de encima para poder concentrarse en asuntos más importantes, como encontrar un montón de cadáveres, averiguar por qué August y Anton los habían escondido y descubrir por qué habían muerto.

Pero uno de aquellos dos hombres era el Príncipe Solar y el otro, un monje célibe, por lo que las circunstancias eran un poco más complicadas.

Uno de ellos había ahuyentado el Mortem del interior de Lore con tan solo el roce de su mano, así que las circunstancias eran extremadamente más complicadas.

Cuando Gabe dirigió su mirada penetrante hacia ella y luego hacia los platos, Lore se encogió de hombros.

—Bastian dijo que no tardaría en enviar a alguien. No quedó nada impresionado con tus dotes de limpieza.

Gabe puso el ojo en blanco y luego alzó una mano para rascarse el parche. Se había quitado la venda de la punta del dedo y Lore se sintió aliviada al ver que el daño que había sufrido no era para tanto. Parte del apéndice había desaparecido sin más, como si alguien se lo hubiera amputado justo por debajo del nacimiento de la uña. Aún se veían unos puntos oscuros en la piel, pero parecía que se estaba curando sin problema.

Gabe siguió la mirada de Lore, pero no hizo ningún comentario. Al parecer, ninguno de los dos iba a mencionar su herida ni cómo se la había hecho. Lore estaba conforme con ello.

Tomaron la escalera trasera sin necesidad de ponerse de acuerdo antes. Ambos querían evitar encontrarse con alguien que pudiera preguntarles qué estaban haciendo. Sobre todo con Bastian.

A pesar de la conexión que Lore sentía con él, a pesar de que ella le importara al príncipe, no quería que Bastian conociese sus sospechas con respecto al Spiritum. Aquella información tenía algo que parecía hacerla volátil, como si pudiera inclinar una balanza

perfectamente equilibrada.

No se encontraron a nadie en las estrechas escaleras, y tan solo había dos capas sangrientas en las puertas dobles de la zona sur que conducían a la ciudadela. Los guardias los dejaron pasar sin decir nada, con gestos de aburrimiento. Eso hizo que Lore recordara a los guardias que la habían visto entrar allí dos semanas antes, con un vestido prestado y flanqueada por los Presque Mort. También le hizo recordar que Gabe le había dicho que los habían enviado a las islas Calcinadas.

—¿La biblioteca de la iglesia está en el ala sur? —preguntó cuando salieron al jardín—. No me lo habría imaginado. Creí que estaría cerca del santuario norte.

Gabe se encogió de hombros.

—Los nobles no están muy interesados en un montón de viejos manuscritos y Compendium.

—Pero son extremadamente valiosos, ¿no? Parece el tipo de cosa que la Iglesia querría mantener alejada del populacho.

—Malcolm recibe muchas más peticiones para consultar los manuscritos de los plebeyos que de los nobles.

Lore estuvo a punto de pisarse la falda del vestido debido a la sorpresa.

—¿Y eso está permitido?

—La verdad es que no estoy seguro de cuál es el protocolo —respondió Gabe—. Pero desde que ascendieron a Malcolm a bibliotecario jefe, este ha intentado asegurarse de que todo aquel que quiera consultar un manuscrito tenga la oportunidad. Al menos, todos los manuscritos que no necesiten una autorización especial. Nadie puede entrar allí como si nada y pedir echarles un vistazo a las profecías si no cuenta con el permiso de Anton.

Lore pensó en el altísimo sacerdote, en su rostro lleno de cicatrices y en cómo se las había hecho. Frunció el ceño.

—Malcolm me contó una vez una historia —prosiguió Gabe, pensativo—. De cuando él era un niño, antes de sufrir el accidente que le dejó el brazo lleno de cicatrices y que le llevó a unirse a los Presque Mort. Sentía fascinación por los libros, pero su familia tan solo tenía un par de ellos y él había oído que en la iglesia había muchos más. Así que abordó a un miembro del clero y le pidió ver los libros. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que aquello tal vez no fuese posible. Pensaba que los libros eran para todo el mundo.

—¿Y el clérigo pensaba lo mismo?

—Por suerte, sí. Se llevó a Malcolm a la biblioteca y el bibliotecario jefe de aquel entonces le dejó mirar cualquier libro que

quisiese. —Gabe hablaba en voz baja y contemplativa—. Más adelante, cuando Malcolm adquirió la habilidad de canalizar el Mortem y se unió a los Mort, insistió en poder trabajar en la biblioteca. Al final, acabó tomándole el relevo al otro clérigo.

—Parece que le gusta estar ocupado.

Gabe soltó una breve carcajada.

Lore le miró por el rabillo del ojo mientras recorrían en silencio los jardines, con los muros de la iglesia cerniéndose delante de ellos y bloqueando la tenue luz de la mañana. El monje mantenía los labios apretados, contemplativo. Lore se preguntaba si hablar sobre la vida de su amigo antes de que este se uniese a los Presque Mort le habría hecho pensar en la suya, en la del chico que había tenido un padre, un hogar y dos ojos.

La puerta de la iglesia se abrió sin hacer ningún ruido y ambos se adentraron hacia la calma y la oscuridad de su interior. Gabe fue en dirección contraria a la que habían tomado el día de la fuga de Mortem. Las vigas altas y pulidas de madera reflejaban la luz que procedía de las vidrieras de las ventanas.

Seis vidrieras como aquellas se encontraban alineadas en el pasillo que estaban recorriendo. La primera mostraba a Apollius, en tonos blancos y dorados, con el cabello ondeándole alrededor de los hombros y con sangre en las manos. La segunda mostraba a Hestraon, el dios del fuego, quien aparecía representado sobre una forja y envuelto por una llama anaranjada. Luego estaba Lereal, que controlaba el aire, con el rostro vuelto hacia las ráfagas de viento iridiscente grabadas en el cristal que tenía sobre la cabeza. Después aparecía Caeliar, la diosa del mar, con los brazos extendidos hacia una resplandeciente ola azul, seguida de Braxtos, el dios de la tierra, a quien le brotaban flores de las manos. Al final del pasillo se hallaba una ventana hecha tan solo con paneles de cristal oscuro en tonos azules intensos, morados y negros relucientes.

Lore frunció el ceño mientras pasaban por allí, con la luz salpicándole en la falda.

—Qué raro que contéis con representaciones de los otros dioses. Creía que Apollius era el único y verdadero dios al que teníais permitido venerar.

—Una representación no es veneración —dijo Gabe con calma. Fijó el ojo en la ventana oscura y luego lo apartó.

El pasillo terminaba en una corta escalera de madera. Gabe la subió con premura y se dirigió hacia una puerta abovedada que quedaba a la derecha, donde llamó con los nudillos.

Lore ascendió por las escaleras mucho más despacio. El paseo

desde la ciudadela la había dejado sin aliento. Aquella semana en cama no le estaba haciendo ningún favor.

La puerta se abrió con un chirrido. Malcolm asomó la cabeza con curiosidad.

—¿Gabe? No esperaba verte aquí.

—Tenemos algunas preguntas —intervino Lore, intentando no parecer tan fatigada como estaba.

—Preguntas que seguramente incluirán muchas teorías religiosas y otras actividades técnicamente consideradas herejía —rezongó Gabe.

El bibliotecario jefe sonrió con picardía.

—En ese caso, amigos, estáis en el lugar adecuado.

Abrió más la puerta y los invitó a entrar.

La biblioteca de la iglesia rivalizaba con la que se encontraba dentro de la ciudadela en lo que se refería al volumen de libros con los que contaba. También era igual de hermosa, aunque de un modo distinto. Mientras que la biblioteca de la ciudadela era luminosa y espaciosa, la de la iglesia era austera, toda hecha de madera reluciente y oscura e iluminada con el brillo dorado de las lámparas de gas. La estancia tenía al menos cuatro pisos de altura, aunque a las plantas altas se accedía a través de una escalera corredera en lugar de una incrustada en la estructura. Unas mesas largas ocupaban toda la sala, y en el centro de cada una de ellas se encontraba una vitrina alargada y abovedada con pequeñas bisagras colocadas en puntos equidistantes. Unos cuantos libros de aspecto antiguo se hallaban bajo el cristal, donde podían ser leídos pero no tocados. Una pequeña puerta situada entre las estanterías se abría hacia lo que parecía ser una sala de lectura, con otra mesa cubierta por un cristal. Las estanterías en aquella habitación estaban plagadas de libros mucho más finos, con portadas grabadas con letras doradas demasiado ornamentadas como para que Lore pudiera discernir el título desde lejos. Unas pequeñas plantas en macetas habían sido colocadas a lo largo de las estanterías, con zarcillos verdes reptando sobre las repisas. No había ninguna ventana que les proporcionase luz del sol, así que Lore no sabía cómo era posible que estas crecieran, pero parecían estar completamente sanas.

—Entonces, ¿teorías religiosas? —Malcolm se dirigió hacia uno de los libros que se encontraba abierto bajo el cristal de una de aquellas mesas largas. Se puso un par de guantes claros antes de meter las manos allí con cautela para cerrar el libro y cogerlo con el mismo cuidado con el que un padre cogería a un hijo—. Es un tema bastante amplio. Si pudierais concretar.

—Información sobre el Spiritum —dijo Gabe—. Principalmente,

teorías sobre cómo se manifiesta.

—No hay problema. —Malcolm abrió una serie de cajones que se encontraban en la pared del fondo y con cautela guardó el libro que tenía entre las manos en su interior antes de volver a cerrarlo sin hacer ningún ruido—. Es lo mismo que ha estado investigando Anton.

Capítulo Veintisiete

Las respuestas no significan nada sin las preguntas adecuadas.

–Proverbio kiryteo

Pasaron aquella semana sumidos en una sencilla rutina. Gabe y Lore se despertaban, desayunaban y acudían a la biblioteca de la iglesia. Luego, pasaban horas estudiando detenidamente viejos manuscritos y copias encuadernadas de notas del periodo inmediatamente posterior a la Caída de los Dioses, Compendium traducidos del erocano y el kiryteo, e incluso del myroshano, de antes de que Myrosh fuese ocupado por el Imperio kiryteo y se prohibiese hablar su lengua. Las menciones sobre el Spiritum (cuando las encontraban) eran breves. Aun así, acudían allí cada día, buscando en esos libros que Malcolm ya le había proporcionado a Anton, intentando encontrar algo que le diera sentido a todo aquello: a lo de Bastian, a los cuerpos de las aldeas y a lo que August y Anton estaban planeando.

Durante su investigación también se toparon con temas más oscuros. Por ejemplo, textos sobre extraños logros que se habían conseguido después de canalizar un poder elemental procedente de los dioses menores. Una persona había hecho que un barco navegase más rápido al emplear el poder de Caeliar. Otra había logrado hacer que lo sucedido en un sueño sucediera en la vida real gracias al poder de Lereal. Tenía sentido que Anton hubiera investigado esas cosas si sospechaba que los vestigios de magia elemental habían sido los responsables de aquellas muertes repentinas. Pero no había nada en esos libros que se asemejara a lo sucedido en las aldeas.

Durante seis días, Malcolm los dejó trabajar en relativo silencio, intentando reducir al máximo sus miradas curiosas. Para cuando comenzó a hacer preguntas por fin, Lore se sentía impresionada de lo mucho que había aguantado.

—¿Sabéis? —dijo Malcolm despacio—. Podríais limitaros a

preguntarle a Anton qué ha descubierto.

Lore se quedó inmóvil. Al otro lado de la biblioteca, encorvado sobre un libro, Gabe reaccionó igual.

Los dos sabían que, en algún momento, tendrían que ser sinceros con Malcolm o pensar en una mentira plausible. El primer día, Gabe había estado charlando con su compañero de los Presque Mort mientras Lore examinaba los libros, y le había dicho que ambos preferían que el altísimo sacerdote no estuviera al corriente de aquel proyecto. Entonces, ella se había puesto tensa, pero tras un breve momento de silencio, Malcolm había accedido. Gabe y él eran viejos amigos y, por lo que Lore tenía entendido, el bibliotecario no le era tan fiel a Anton como lo era Gabe. Si su compañero le pedía que fuese discreto, Malcolm sabía que era por un buen motivo.

Pero en ese instante, Gabe no se movió, así que Lore tuvo que tomar una decisión sobre la marcha. Se levantó de uno de los bancos y estiró la espalda, fingiendo indiferencia.

—¿Qué habías dicho que estaba investigando Anton exactamente?

—No me dio detalles —confesó Malcolm, tomando otro libro de la estantería y ojeándolo por encima. Les había entregado a Lore y a Gabe un par de guantes como los que él siempre se ponía, pero ninguno de los dos tenía permitido tocar los libros más peculiares ni siquiera con ellos puestos—. Quería que le consiguiera todo el material que contara con una mención a las aplicaciones prácticas del Spiritum. Di por sentado que se estaba planteando su posible uso para combatir el problema del Mortem, pero han pasado un par de meses desde entonces y no ha vuelto a abordar el asunto, así que «ayudar» no parece ser su objetivo.

La voz de Malcolm era algo quebradiza. Lore le lanzó una mirada a Gabe, pero el Presque Mort estaba contemplando a su amigo con los labios apretados y una línea marcada entre las cejas.

Malcolm no se percató de ello, ya que tenía toda la atención puesta en los libros. Con mucha cautela, abrió uno que acababa de coger por una página determinada y lo colocó bajo el cristal que quedaba justo frente a Gabe. Luego, quitándose los guantes para no mancharlos, tomó de una esquina una pequeña regadera y comenzó a atender delicadamente a las incongruentes plantas que crecían sobre las estanterías.

—Todas las referencias que se hacen a que Apollius le otorgó al linaje de los Arceneaux la capacidad de canalizar el Spiritum parecen ser una metáfora sobre su decisión de haberlos escogido como gobernantes de Auverraine. Ningún Arceneaux ha sido capaz de canalizar el Spiritum. Este se encuentra a nuestro alrededor, al igual

que el Mortem, pero no es algo que se pueda asir.

—El Mortem tampoco lo era hasta que murió Nyxara —comentó Lore.

Malcolm señaló hacia ella.

—Exacto. —Era evidente que el Presque Mort no tenía muchas oportunidades para debatir teorías sobre la magia. Parecía casi emocionado ante la perspectiva. Dejó a un lado su comportamiento arisco de antes mientras terminaba de cuidar sus plantas y volvía a ponerse los guantes—. Así que si creéis en la teoría de que Apollius no ha muerto y que solo está aguardando en el reino luminoso, eso explicaría por qué nadie puede emplear el Spiritum. Porque no existe ningún cuerpo del que este emane.

—¿Si creemos en la teoría? —Incrédulo, Gabe levantó la vista del libro que había estado leyendo a través del cristal.

—Dijiste que vuestra investigación sería considerada herejía. —Malcolm se encogió de hombros y volvió a quitarse los guantes—. Tan solo os sigo el juego. —Extendió una mano primero y la otra después, indicando que ambas cosas eran sucesivas—. Quien cuente con ese poder tiene que morir o, para no ofender tus sensibilidades religiosas, digamos que tiene que experimentar un cambio de estado para que otra persona pueda usarlo.

Incluso con aquella concesión, Gabe no parecía muy contento con el rumbo que estaba tomando la conversación. Frunció el ceño con tanta intensidad que se le movió el parche del ojo. El Presque Mort volvió a fijar la vista en el libro.

—Aunque —dijo Malcolm, dirigiéndose a Lore—, en teoría se podría extraer el Spiritum de una cosa viva, al igual que hacemos con el Mortem de una roca o de la madera. Pero las cosas vivas se aferran con fiereza a la vida. No ceden con tanta facilidad.

Lore deambuló hasta una de las estanterías de libros que Malcolm le permitía tocar, donde se encontraban copias encuadernadas de apuntes de clases de la universidad en Grantere, una pequeña ciudad más al norte.

—Imagino que extraer el Spiritum de algo vivo acabaría matándolo.

—Sí, sería lo lógico —dijo Gabe en un tono seco.

Lore lo ignoró.

—Y habría que extraerlo de algo grande, como una persona, un gran animal o un montón de flores, para conseguir el Spiritum suficiente como para que pudiera verse algún efecto. —Lore no tenía ni idea de lo que alguien podría intentar hacer con el Spiritum, pero tampoco es que el Mortem fuera exactamente útil.

—Si seguimos la teoría de que funciona de manera similar al Mortem, entonces sí. —Malcolm se apoyó contra la mesa, con los brazos cruzados—. Pero ten en cuenta una cosa: ningún ser humano ha sido capaz de canalizar el Spiritum, así que no sabemos a ciencia cierta que funcione del mismo modo. Todo esto son conjeturas.

—Entonces, ¿para qué iban a mencionar nada? —Lore echó a un lado las notas de apuntes y, en su lugar, tomó uno de los ejemplares corrientes del Libro de la Ley Divina. Pasó las páginas hasta llegar al pasaje que se había aprendido de memoria—. El Libro de la Ley Divina, tratado doscientos catorce. «Lego mi poder, el Spiritum, la magia de la vida, a mi elegido».

Malcolm sonrió.

Lore le lanzó una mirada por encima del borde del libro.

—Seguro que tienes alguna enrevesada explicación académica sobre este pasaje, ¿a que sí?

—Enrevesada no, tan solo se trata de una controversia sobre su traducción. —Su sonrisa se ensanchó—. Dime una cosa, ¿con «mi elegido» hace referencia a una única persona o a cada uno de los reyes que ocupe el trono en cada generación?

Lore abrió la boca para responder y luego la cerró con un chasquido. Miró hacia Gabe. Él parecía tan confundido como ella por esa aparentemente sencilla pregunta.

—Puede ser cualquiera de las dos cosas, según el contexto. Y ahí radica el problema. —Malcolm se dirigió hacia la estantería y sacó otro ejemplar del Libro de la Ley Divina. Aquel estaba redactado en rouscano. Lo abrió por la misma página y señaló el tratado doscientos catorce—. Supongo que no sabréis leer rouscano, pero ellos tienden a marcar de forma clara si se hace referencia al singular o al plural, sin que haya lugar a equívocos. Este ejemplar fue traducido justo después de que Apollius desapareciera. El traductor obtendría los pasajes transcritos directamente por el mismísimo Gerard Arceneaux. —Señaló la palabra en cuestión sobre el texto—. Y este escribió claramente que se trataba de un único elegido en todo el linaje.

Gabe se levantó del banco y se acercó para echarle un vistazo a la traducción rouscana.

—¿Ese tipo de aclaración solo se hace en la traducción rouscana?

—Todos los idiomas que cuentan con distintas formas de marcar el singular y el plural de forma que su significado sea más preciso, optaron por expresarlo claramente en singular alrededor del año dieciséis después de la Caída de los Dioses, unos quince años después de la desaparición de Apollius. Eso fue justo a mitad del reinado de Gerard Arceneaux. —Malcolm había tomado carrerilla, sacando de las

estanterías otros ejemplares del Libro de la Ley Divina y abriéndolos por el tratado doscientos catorce, mientras los esparcía por toda la mesa—. Y fue entonces cuando se modificaron todas las traducciones para que hicieran referencia a cada uno de los reyes que ocuparan el trono.

—Es pecado alterar las palabras de Apollius. —Gabe se inclinó y apoyó las manos sobre la mesa, observando los libros como si pudiera hacer que le confesaran algo.

—Parece que Apollius debería haber sido algo más cauteloso a la hora de escoger sus palabras —murmuró Lore.

Gabe se irguió.

—Mmm.

—Así que se refería tan solo a un elegido —dijo Lore—. Entonces, no todos los miembros de la familia Arceneaux tienen la habilidad de canalizar el Spiritum, sino tan solo uno de ellos.

Malcolm asintió.

—Es la misma conclusión a la que llegó Anton.

La mera mención del altísimo sacerdote hizo que el ambiente se tensara.

El bibliotecario se quedó contemplándolos un momento, con aquella mirada oscura brillando con curiosidad. Cuando habló, lo hizo con calma y con aspecto de haber tomado una decisión.

—¿Queréis ver el último libro que hemos adquirido? Tuve que hacer que nos lo enviaran desde Grantere, después de que August le pidiera expresamente a Anton que lo encontrara.

—Malcolm… —comenzó Gabe, pero el otro hombre alzó una mano enguantada.

—Las cosas pintan muy mal desde hace tiempo, Gabe. —Había desaparecido aquella actitud entusiasmada y burlona que había adoptado mientras hablaba sobre las traducciones. Ahora su voz desprendía resignación. Tristeza. Como alguien que por fin aceptaba la existencia de algo que hacía mucho que sospechaba pero que había intentado ignorar—. Es evidente que Anton y August están ocultando cosas. Y Anton te ha atrapado en la ciudadela pese a saber que es el último lugar en el que querrías estar. Entre eso y la investigación que está llevando a cabo, no solo sobre el Spiritum, sino sobre el Mortem y cómo puede manipularse, no estoy del todo convencido de que él sea el líder al que quiero seguir.

Gabe guardó un silencio sepulcral. Todos los allí presentes habían estado tanteando los límites de lo que se consideraba herejía, pero las palabras de Malcolm eran las que más se habían acercado a ello.

—No es que tampoco quiera seguiros a vosotros dos en la

disparatada misión en la que os habéis embarcado —dijo Malcolm con ironía—, pero tengo… una corazonada, supongo. Algo está cambiando y quiero formar parte de ese cambio.

Ni Lore ni Gabe supieron qué contestar a aquello. Pero pasado un momento, Gabe extendió un brazo y le dio una palmadita al otro Presque Mort en la espalda. Y entonces, guardó silencio, con aspecto preocupado, casi temeroso.

Malcolm le devolvió el gesto y luego regresó al armario en el que guardaba los volúmenes más peculiares.

—Dejad que busque ese libro. Puede que nos arroje algo de luz.

Al lado de Lore, Gabe se cruzó de brazos, con el semblante demudado y pensativo. Lore tamborileaba con los dedos sobre la superficie de la mesa.

—¿Has dicho que Anton también está investigando sobre el Mortem? ¿Sobre qué exactamente?

—Sobre cosas turbias —dijo Malcolm en voz baja—. Informes sobre nigromantes, de los primeros años después de la Caída de los Dioses. Al parecer, la habilidad de resucitar a los muertos no tenía que ver con la cantidad de Mortem que eran capaces de canalizar, sino con cómo manipulaban el Mortem que sí canalizaban. Otros trabajaban por parejas: uno resucitaba al muerto y el otro lo controlaba por medio de un complicado ritual canalizador.

Lore frunció el ceño y retorció uno de los lazos que tenía en la manga. Aquel día llevaba un vestido nuevo, un modelito azul pálido, con un tejido corto y abullonado que le cubría los hombros y con las cintas que le recogían la manga cayéndole por la parte posterior de los brazos. Estas le hacían cosquillas.

Malcolm frunció el ceño, abriendo y cerrando un cajón detrás de otro.

—Maldita sea —murmuró entre dientes—. Trata sobre transustanciación, así que sin duda debí meterlo en este cajón, no en el de arriba…

—¿Por algún casual estás buscando *Teorías de la práctica física de la transustanciación* de Etienne D'Arcy? —preguntó Bastian—. Porque lo tengo justo aquí.

Lore giró la cabeza tan rápido que le crujió el cuello.

El Príncipe Solar de Auverraine se encontraba de pie junto a la puerta de la biblioteca, con un hombro apoyado contra el marco. Sostenía un gran libro encuadernado entre las manos y pasaba las páginas distraídamente hacia delante y hacia atrás, sin tener en cuenta lo antiguo y valioso que era. Alzó la comisura de los labios en una media sonrisa inocente, pero la mirada le relucía oscura bajo aquella

luz tenue.

Malcolm fue el primero en recobrar la compostura. Ver que manejaban un libro de aquel modo hacía que se olvidara de todo lo demás.

—¡Cuidado! —Corrió hacia Bastian y le quitó el libro de las manos, con demasiada delicadeza como para considerar que se lo había arrebatado, aunque le había faltado poco—. Esto tiene al menos doscientos años.

—Eso explica el olor. —Bastian renunció al libro sin protestar, metiéndose las manos en los bolsillos y encaminándose como si nada hacia la mesa en la que estaban sentados Gabe y Lore. Lore lo miró igual que un ratón miraría a un gato, pero el Presque Mort se limitó a ponerse tenso, tan rígido como el cristal que tenían frente a ellos.

—Lo normal sería que estuviera disgustado porque no me habéis invitado a esto —dijo Bastian, al que aparentemente no le preocupaba que Malcolm estuviera presente—. Pero, tal y como están las cosas, he tenido que llevar a cabo mi propia investigación. De ahí el libro.

—¿Cómo te has colado aquí para llevártelo? —El subidón que había sentido Malcolm después de haber salvado al libro de las manos frívolas del príncipe comenzaba a desvanecerse. No parecía estar nervioso, pero se le contrajo el rostro—. La puerta siempre está cerrada…

—Dejando a un lado el hecho de que puedo conseguir cualquier llave que desee —le interrumpió Bastian—, no he sido yo el que ha sacado ese libro de la biblioteca. Lo encontré en el estudio de mi padre. —Ladeó la cabeza hacia Malcolm—. Y si crees que yo no estaba siendo cuidadoso con él, tendrías que haber visto cómo lo manipulaba mi padre. Lo había dejado abierto y con una copa de vino sobre él para no perder la página por la que iba.

—Por el Dios Sangrante. —Malcolm se apresuró a darle la vuelta al libro entre sus manos para inspeccionar el lomo.

Bastian se giró hacia Gabe y Lore, desplazando la mirada entre ambos.

—Bueno —murmuró—, ¿alguno de los dos sabe por qué mi padre estaba estudiando transustanciación? Dudo de que hasta sea capaz de deletrear la palabra, así que doy por sentado que fue Anton quien le dio ese libro. Eso significaría que seguramente tenga algo que ver con las aldeas y con lo de intentar inculparme.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto aquí? —Lore habló bajo y señaló con la barbilla hacia Malcolm, que en aquel preciso instante estaba ensimismado examinando los daños que hubiera podido sufrir el libro.

—Ah, ya. —Bastian se enderezó y se giró hacia el bibliotecario—. Odio tener que hacer esto, Malcolm, pero no me queda otra. Gabe y Lore ahora trabajan para mí porque mi padre y mi tío parecen querer culparme de las muertes en las aldeas y acusarme de ser un espía kiryteano. Enhorabuena, ahora estás metido en el ajo. Como digas una sola palabra de esto, los tres acabaréis en el primer barco que parta hacia las islas Calcinadas.

Malcolm se quedó de piedra, con el libro entre las manos en un ángulo extraño. Parpadeó.

—Pues —dijo pasado un momento— gracias por contármelo.

—No hay de qué. —Bastian volvió a apoyar las manos sobre la mesa, inclinándose sobre el cristal—. Volvamos a mi pregunta.

—No tenemos ni idea —dijo Gabe entre dientes—. Llevamos una semana viniendo aquí, investigando sobre el Spiritum porque…

Lore dirigió la mirada hacia él, rápida y llena de pánico.

—Porque pensamos que tendría algo que ver con lo sucedido en las aldeas —prosiguió Gabe como si nada—. Ni siquiera habíamos mencionado el tema de la transustanciación, sea lo que sea eso, hasta justo antes de que aparecieras tú.

—Ha sido idea mía. —Malcolm se acercó a ellos, sosteniendo el libro con cuidado con las manos enguantadas. Echó un vistazo a las manos desnudas de Bastian, hizo una mueca y se sacó otro par de guantes del bolsillo para lanzárselos al príncipe—. Mi biblioteca, mis normas. Ponte unos malditos guantes.

Bastian arqueó una ceja y obedeció.

—Explicaos, por favor —dijo mientras metía un dedo tras otro en aquellos guantes de algodón demasiado pequeños.

En la mirada de Malcolm apareció un leve atisbo de duda antes de que suspirara, levantara el cristal y sacara el libro que había debajo para abrirlo por una determinada página.

—Estábamos hablando sobre algunas de las primeras traducciones del Compendium, sobre los versos que hablan de la canalización del Spiritum por parte del linaje de los Arceneaux, detallando que solo existe un único elegido. Como si tan solo uno de entre todos los Arceneaux fuese capaz de hacerlo.

—Eso explicaría por qué ninguno de nosotros ha podido hacerlo —dijo Bastian—. Pero no explica qué tiene que ver la transustanciación con todo esto. O qué es realmente. —Le dio un golpecito al cristal que cubría el libro—. Esto no fue escrito para que lo entendiera una persona no versada en el tema.

—La transustanciación es, básicamente, que una cosa sustituya a otra. —Malcolm se inclinó hacia delante, echándole un vistazo al libro

—. O, como dice D'Arcy, «que lo espiritual se imponga a lo físico hasta llegar a un punto en el que lo físico sufre un cambio».

—¿Qué tiene eso que ver con el Spiritum? —Lore imitó la postura de Malcolm, inclinándose sobre el cristal y entornando la mirada hacia las diminutas palabras sobre la página. Todas parecían contar con más sílabas de las que deberían, y aquella letra con tantas florituras parecía formar unos garabatos a los que ella no les encontraba sentido.

—Basándonos únicamente en su definición, no tiene nada que ver —respondió Malcolm—. Y desde el punto de vista científico, nadie le da mucha credibilidad a esa idea. No se debe interpretar de forma literal. Pero Anton quería desesperadamente que encontrara este libro y, ya que todo lo que ha estado investigando está relacionado con el Spiritum, doy por hecho que ha encontrado una conexión entre ambas cosas.

Gabe frunció el ceño, arrugando la ceja sobre el parche del ojo. Cada vez que mencionaban el nombre del altísimo sacerdote, parecía ponerse nervioso.

—Así que, de momento, lo que sabemos es —siguió Lore, levantando los dedos, uno a uno, para enumerar su argumento— que solo un Arceneaux es capaz de canalizar el Spiritum, aunque no tenemos ni idea de quién. Y que Anton está estudiando un montón de ciencia barata que dice que puedes transformar la forma física de algo si… ¿qué? ¿Si crees en ello con fervor?

—Es un buen resumen —admitió Malcolm.

Todos guardaron silencio. Entonces, Bastian se irguió, cruzándose de brazos.

—Yo sí que le veo mucho sentido.

Lore también se cruzó de brazos, como si estuviera retándolo.

—¿Y eso?

—Solo un único Arceneaux puede controlar el Spiritum. El poder de la vida. Mi padre está buscando el modo de convertirse en ese Arceneaux. —Bastian se encogió de hombros—. El último intento desesperado de un hombre moribundo para intentar salvarse.

Todos miraron hacia el Príncipe Solar. Este les devolvió la mirada.

Gabe fue el único que consiguió hablar.

—¿Quieres decir que…?

—Ah, sí. Se me había olvidado contároslo. —Bastian se apartó el pelo del rostro—. August se está muriendo.

Capítulo Veintiocho

Recordad lo siguiente: ningún dios desaparece jamás. Simplemente cambia de estado.

–El Libro de la Ley Divina, tratado 713[2]

Silencio, uno tan absoluto que a Lore le dio la sensación de que le zumbaban los oídos. August se estaba muriendo. Aquello explicaba el veneno que ingería y el deseo de deshacerse de Bastian para poder nombrar a otro heredero si aquello no funcionaba. Aunque no explicaba qué estaba sucediendo en las aldeas, al menos no de forma directa, pero Lore no podía evitar sentir que todo aquello estaba conectado.

—Espera. —Gabe levantó una mano como si estuviera pidiendo que guardaran aún más silencio, aunque ninguno de ellos había dicho nada durante varios minutos—. ¿Cuánto tiempo lleva enfermo? ¿Y por qué no nos lo has contado antes?

—La verdad es que me he enterado hoy. —Bastian apoyó la cadera contra la mesa y le dedicó a Gabe una mirada hastiada—. Últimamente lo he visto bebiendo de esa petaca más de la cuenta y por el olor sabía que no se trataba solo de alcohol. Cuando Alie nos contó la situación en la que se encuentra Cecelia, se me ocurrió ir a preguntarles a los médicos de August. Tras un suculento soborno al ayudante del médico, este no tuvo problema en compartir conmigo sus informes. Los he recibido hace dos horas, después de que los recopilaran todos a la perfección para que disfrutara de su lectura. —Apoyó un codo sobre el cristal. Malcolm emitió un grito ahogado y Bastian, lanzándole una mirada casi arrepentida al bibliotecario, volvió a apartarse de allí—. Me he colado en el estudio de August para ver si podía encontrar cualquier cosa relacionada con las aldeas, pero lo único que he hallado ha sido ese libro sobre transustanciación.

El hecho de que el príncipe hubiera ido a investigar, que él también sintiera que todo aquello estaba conectado, solo sirvió para convencer más a Lore de aquella idea. Esta se mordió la cara interna

de la mejilla, considerando bien su próxima pregunta. No había ningún modo de formularla sin que sonara a traición y, aunque ninguno de los presentes tenía ninguna prueba al respecto, se puso nerviosa al decirlo en voz alta.

—Bastian, ¿crees… que es posible que, de algún modo, August sea el responsable de las muertes en las aldeas?

Nadie emitió ningún ruido de sorpresa ni arqueó las cejas. Todos habían llegado a la misma terrible conclusión.

—Creo que está involucrado —respondió Bastian—. Pero eso no explica cómo ha podido hacerlo. Es demasiado conveniente para él que todo esto comience a suceder justo cuando cae enfermo y quiere elegir a otro heredero. Pero no se me ocurre ninguna teoría plausible sobre cómo ha conseguido matar a tanta gente desde tan lejos y sin dejar ningún rastro. Tampoco se me ocurre qué es lo que gana con todo esto. Debe haber un modo más sencillo de incriminar a alguien.

Malcolm se acercó al cristal para darle un golpecito con delicadeza.

—Quizá esto tenga algo que ver con eso. Tal vez esté empleando la transustanciación para… No sé, ¿para traspasarle su enfermedad a otras personas?

—Creía que habías dicho que eso no funcionaba —dijo Lore.

El bibliotecario levantó las manos en el aire.

—No lo sé. Todo esto es pura teoría. El Mortem y el Spiritum son poderes de los dioses. No fueron concebidos para el uso humano. Por ese motivo, todos los dioses tuvieron que abandonar sus formas humanas, convertirse en algo distinto. Es muy posible, incluso probable, que haya aspectos de ambos poderes para los que no tenemos contexto, que seamos incapaces de comprender.

—Tenemos que contárselo a Anton.

Gabe habló con un hilo de voz, pero lo que dijo atravesó la estancia como si hubiera lanzado un cuchillo. Este miró hacia el frente, justo hacia el cristal y el libro que se encontraba debajo.

—No podemos hacerlo, Gabe. —Lore intentó hablar con calma, pero no pudo evitar que su tono reflejase mínimamente la irritación que sentía—. Para empezar, Anton fue el que le dio ese libro.

—Eso no quiere decir que esté involucrado. —El Presque Mort se levantó de la mesa, mirándola desde arriba con el ceño fruncido—. Podría estar intentando averiguar lo que está haciendo August o solucionarlo de algún modo.

—Pero no podemos arriesgarnos…

—¿Y para qué iba a traerte hasta aquí si no quisiera descubrir lo que está pasando? ¿Si no quisiera ponerle fin? Piénsalo, Lore. ¿Por

qué Anton… o, ya que estamos, August, iba a traer a una nigromante para que le preguntara a los cadáveres cómo han muerto si ya lo saben? ¿Si están metidos en esta puñetera movida?

—Esa lengua, excelencia —dijo Bastian en voz baja.

El único ojo de Gabe ardió presa de la rabia, pasando a posarse en el príncipe para luego volver a Lore.

—No tiene sentido —dijo al fin Gabe—. La respuesta más simple suele ser la correcta y esa es que Kirytea está detrás de esto. Está intentando iniciar una guerra para poder adueñarse también de Auverraine.

—Para ti todo tiene que ver con Kirytea. —Bastian tamborileó con los dedos sobre el cristal—. Tal vez no seas la persona más imparcial para evaluar esta situación, Remaut.

El Presque Mort tenía las manos cerradas en puños. Dio un paso hacia la mesa.

—Gabe —le advirtió Malcolm.

Oír su nombre de labios de su viejo amigo fue suficiente para que Gabe relajara su postura, aunque fuera solo un poco. Apartó la mirada de Bastian y, fatigado, se pasó una mano por el rostro.

—No he resucitado a ningún otro cadáver aparte del que Anton y August escogieron —dijo Lore con calma—. Y no querían que estuviera presente cuando comenzaran a hacerle preguntas. Puede que el objetivo de aquello no fuesen las preguntas, sino la resurrección en sí misma. Puede que estén manipulando de algún modo el proceso, aunque se me escapa cómo. —Alzó una mano en dirección al libro que estaba debajo del cristal—. Pero parece ser que hay muchas cosas que desconocemos.

—Entonces, la solución es dar con un cadáver que no hayan escogido ellos. —Bastian dirigió la vista al suelo, con la boca ladeada en un gesto pensativo—. Uno de esos que tienen escondidos en algún sitio.

—Exacto. —Lore le lanzó una mirada rápida a Gabe, que permanecía callado y al acecho—. Así que, básicamente, estamos igual que al principio.

—Parece que con la ventaja añadida de un rey que se muere lentamente —añadió Malcolm. Tras soltar un suspiro, se sentó alrededor de la mesa—. Todo apunta a que ya estoy metido en esto y, como no deseo pasar una larga temporada en las islas, intentaré ser de utilidad y leerme este condenado libro. —Arqueó una ceja en dirección a Gabe—. Tú compara los distintos Compendium que hay en aquella mesa. Te mantendrá ocupado y tal vez encuentres algo nuevo. Yo he estado examinándolos hasta que se me ha cansado la vista.

—¿Y qué hago yo? —preguntó Bastian con entusiasmo.

—No me atrevería a darle órdenes a un príncipe.

—Venga ya, Malcolm, ¿estás enfadado porque te he amenazado con las islas Calcinadas? Lo entiendo, pero tengo las manos atadas. Y disculpa mi mala elección de palabras.

Malcolm fijó sus ojos negros en el techo, como si estuviera suplicándole a Apollius que le diera un respiro.

—Puedes revisar las notas, a ver si encuentras algo.

Cada uno se centró en la tarea que le habían encomendado en silencio y concentrado. A Lore no le habían asignado nada y tampoco es que quisiera que lo hicieran, así que se acercó a Gabe, tomando asiento a su lado en otra de las mesas largas.

—Lo siento —se disculpó, ya que no sabía qué otra cosa decirle.

—¿Por qué? —Gabe no la miró. Tenía el ojo fijo en la página protegida por el cristal, pero no estaba leyendo, tan solo contemplándola.

—No lo sé. —Lore suspiró y entrelazó las manos sobre la mesa, apoyando la cabeza en ellas—. Tenías razón en lo de que August y Anton no me habrían traído aquí para descubrir la verdad si ya la conocieran. Y no se me ocurre otro motivo por el que podrían querer tenerme en la ciudadela. Como ha dicho Bastian, hay formas más sencillas de incriminar a alguien. Esto podría ser una gran conspiración o tan solo una serie de malentendidos. Pero necesitamos averiguarlo.

Gabe guardó silencio un momento y luego dijo:

—Hay otra posibilidad.

—¿Cuál?

—Puede que te hayan traído hasta aquí para que averigües qué ha sucedido en las aldeas. —Cambió de postura sobre el banco—. Tal vez Anton esté planeando algo para salvarnos a todos… Salvarnos de Kirytea. Salvar a las aldeas. Incluso salvar a Bastian de August. Y puede que tú formes parte de su plan.

—Eso parece demasiado rebuscado.

Gabe se encogió de hombros, incómodo.

—Solo quiero… —Se quedó callado y suspiró—. Solo quiero que esto termine de una forma en la que pueda vivir conmigo mismo.

Y que Anton fuera un villano no era algo con lo que Gabe pudiera vivir.

Lore no sabía qué decir, así que guardó silencio, mantuvo la cabeza apoyada sobre los brazos, dejándose arrullar por el sonido del paso de las páginas y por la luz tenue de la biblioteca. Y así, se le fueron cerrando lentamente los ojos.

Arena blanca. Océano cristalino. Cielo azul.

Como ya era habitual, pudo sentir a la misma figura inmaterial a su lado. Pero esta vez le transmitía algo más sólido, como si hubiera logrado acercarse más, aunque la distancia entre ambas pareciera ser la misma.

Lore giró la mirada hacia ella, y ese movimiento le llevó más esfuerzo del que debería. Pero, pese a haber existido un breve momento de corporalidad, cuando la figura tomó una forma que Lore casi pudo reconocer, desapareció casi al instante.

—Bueno —murmuró la voz sin textura, deslizándose a través de su sueño—. Volvamos a intentarlo, ahora que tienes algo de tiempo.

Lore sintió un tirón en el pecho. En esta ocasión fue más doloroso, como si una mano se le hubiera colado entre las costillas y le tirara del corazón como si fuese una fruta en un árbol. Un grito sordo abandonó su boca mientras del pecho le salía humo, que ascendía hacia el cielo, retorciéndose sobre aquel fondo azul.

—Lore.

Algo la agarraba del hombro. Una mano que se lo estaba agitando.

—Lore.

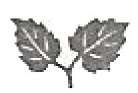
Con gran esfuerzo, abrió los ojos.

Gabe le fruncía el ceño desde el banco en el que estaba sentado, pero la mano que tenía sobre el hombro era la de Bastian. Este le dio unos golpecitos en la frente y luego se irguió, mirando el reloj de la pared de forma exagerada.

—Si nos damos prisa, igual llegamos a tiempo.

¿Llegar a tiempo? Lore pensó en qué día era, intentando averiguar de qué estaba hablando…

—Mierda. —Se levantó de golpe de la mesa y se pasó una mano sobre el cabello revuelto—. He quedado para tomar el té.



Bastian la escoltó. Lore podía sentir la mirada penetrante de Gabe en la nuca, pero este no intentó inventarse ninguna excusa para poder acompañarlos. Malcolm y él siguieron estudiando los Compendium y los textos académicos para ver si daban con alguna información útil. Gabe le dijo a Lore que intentaría estar en sus aposentos para cuando acabara de tomar el té con Alie.

—Tienes un primo de lo más considerado —le dijo Bastian mientras abandonaban la biblioteca.

Ella le dio un ligero codazo en las costillas, fingiendo que se había pisado el bajo del vestido para que pareciera un accidente. Por la

forma en la que el príncipe curvó la boca hacia arriba, quedó claro que no se había tragado su numerito.

Bastian llevaba el libro de transustanciación debajo del brazo, muy pegado al cuerpo para no llamar la atención. Cuando entraron en la ciudadela, el príncipe retiró el brazo del agarre de Lore y depositó un pedazo de papel en la mano de la chica.

—Un mapa para llegar a mis aposentos.

—No es que sea el momento más oportuno para una proposición así, pero alabo tu esfuerzo.

—Vaya mente más sucia, Lore. —Bastian le hizo cosquillas por debajo de la barbilla—. La reunión de Alie para tomar el té es hoy en mis aposentos. Los suyos los están limpiando a fondo. Tengo que devolver este libro a su sitio antes de que mi padre se dé cuenta de que no está. Te veo allí luego. —El príncipe emprendió su camino pasillo abajo. Nada en su postura indicaba que llevara contrabando bajo el brazo. En otra vida, Bastian Arceneaux hubiera sido un buen traficante de veneno.

Lore examinó el mapa y comenzó a caminar en la que creía que era la dirección correcta, hacia el torreón noroeste. Bastian había dibujado una cara que guiñaba un ojo sobre lo que suponía que serían sus aposentos. Tras recorrer un pasillo atestado de estatuas de mármol y otro lleno de ventanas, llegó a una escalera larga y majestuosa, con una alfombra de un opulento color carmesí.

—Mucho más bonita que la del torreón sudeste —murmuró Lore mientras subía por las escaleras—. Y sin estatuas espeluznantes.

Pese a que era más bonito, la construcción del torreón era del mismo estilo, con escaleras que terminaban en pequeños descansillos que conducían a pasillos residenciales mucho más largos. Según el mapa de Bastian, sus aposentos se encontraban arriba del todo, a unos diez pisos de altura.

Mientras que los pasillos que conducían a los aposentos de Gabe y Lore se mantenían casi en penumbra, allí todo era brillante y estaba limpio. Los pasillos eran más amplios y estaban iluminados tanto por lámparas de gas como por la luz natural que se colaba por las ventanas cristalinas. Unos tapices tejidos de un modo exquisito se encontraban colgados junto a pinturas al óleo en colores vivos. Era evidente que estaban pintadas con mucho más esmero que los cuadros cutres que colgaban en su torreón. Al final, tener que subir tantos pisos no le costó tanto como esperaba. Era casi como estar en un museo.

Casi en el tercer descansillo, Lore se enganchó el pie con el bajo de su falda color lavanda, de modo que subió a trompicones los últimos

escalones antes de lograr desengancharse.

—Me cago en el muro de la ciudadela —siseó.

Pero aquel tropiezo fue cosa del destino, porque provocó que levantara la vista del mapa de Bastian y viera a la figura que se encontraba en el descansillo delante de ella.

Era fácil reconocer a Severin Bellegarde. Su cabello oscuro resplandecía, perfectamente peinado. Su ropa se ceñía con elegancia a su cuerpo alto y delgado, envuelto en colores apagados. Recorría el pasillo en dirección contraria a las escaleras, con las manos en la espalda, como si los tapices junto a los que estaba pasando fueran prisioneros sacados de sus celdas para ser inspeccionados. Se detenía delante de cada uno de ellos para echarles un vistazo con los ojos entrecerrados, examinándolos como si estuviera leyendo el tejido antes de seguir adelante. En una de las manos que se había llevado a la espalda, sujetaba un pequeño trozo de papel doblado.

Lore recordó que, la noche en la que Gabe y ella se lo habían encontrado en las escaleras, también había llevado encima un papel similar. Cuando el Presque Mort y ella se habían dirigido a toda prisa hacia las criptas.

Sin embargo, Lore no tenía tiempo de darle vueltas a aquello. Se irguió y dobló hacia el siguiente tramo de escaleras, esperando que Bellegarde no la viera.

—Eldelore Remaut.

No tuvo suerte.

Lore transformó su expresión en un gesto de agradable indiferencia y se giró para dedicarle una torpe reverencia mientras le devolvía el saludo del mismo modo.

—Severin Bellegarde.

El hombre se había detenido delante de un tapiz que quedaba junto a las escaleras. Al parecer, había cambiado de dirección cuando Lore le había dado la espalda. Entre sus cejas apareció una arruga, pero no dijo nada. No obstante, se apartó ligeramente del tapiz, que se movió cuando lo rozó con el hombro. Se quedó contemplando a Lore con una expresión que esta no era capaz de discernir si era de reproche o reflexiva.

Estaba lista para darse la vuelta y seguir con su camino si aquel caballero no le decía nada más, pero Severin acabó preguntándole:

—¿Acudiréis Gabriel y tú al baile el día del eclipse solar?

Ella frunció el ceño. Bellegarde no parecía el tipo de hombre que se preocupaba por los compromisos sociales de los demás.

—Supongo que sí —respondió Lore, conteniendo un temblor involuntario. El baile era el día de su cumpleaños, su vigésimo cuarto

cumpleaños. El día en el que sería consagrada si hubiera sido criada por personas que creyeran en aquellas cosas.

El escalofrío involuntario pasó a convertirse en un nudo en su garganta. Pensar en Val y Mari aún le dolía.

Los ojos verdes de Bellegarde estaban fijos en ella.

—Es un gran honor estar entre los elegidos.

Aquella palabra hizo a Lore pensar en el Compendium, en todo lo que Malcolm, Gabe, ella, y ahora Bastian, habían estado estudiando en la biblioteca de la iglesia. Irguió la espalda tras ser presa de un gran recelo.

—Sí, parece que a la cena después del baile solo han sido invitados unos pocos, ¿no es así? Gabe y yo tenemos pensado hacer todo lo posible para poder acudir.

—¿Hacer todo lo posible? —Severin arqueó una ceja castaña—. ¿Qué podría ser más importante que acudir a un evento al que os ha invitado el propio Rey Sagrado, en una ocasión tan propicia espiritualmente?

Lore intentó sonreír, pero fue consciente de que parecía más una mueca.

—Por supuesto, no hay nada más importante que eso —murmuró, y un pavor enfermizo y sin forma comenzó a apoderarse de sus entrañas—. Allí estaremos.

—Bien. —Bellegarde asintió una única vez con firmeza—. Estoy seguro de que será un gran momento de reflexión para todos. Eso es algo que todos necesitaremos con el inminente avance de Kirytea y con el aumento del número de muertos en las aldeas de las afueras.

La sonrisa falsa y cordial desapareció del rostro de Lore.

—¿Qué quiere decir?

—¿No te has enterado? —El rostro del hombre era como una máscara, tan imposible de interpretar como un grabado que hubiera sido lijado—. Han atacado otra aldea esta tarde. Hace un par de horas.

Otra aldea.

Lore no solo había fracasado a la hora de averiguar lo que estaba pasando, sino que, mientras había estado perdiendo el tiempo dando vueltas en círculos, otra aldea entera había perecido.

—¿Y cómo lo han descubierto tan rápido? —Tenía la sensación de que su voz procedía de un cuerpo distinto al suyo.

A Bellegarde se le contrajo un músculo en la mejilla, como si se le hubiera escapado algo que no pretendía haber dicho.

—La Iglesia y la Corona tienen informantes por todo Auverraine —dijo, aunque eso no respondía en absoluto a la pregunta.

Lore creyó que iba a desplomarse, pero fijó la mirada en el suelo

antes de que se le nublara. Pensó en el niño de la cripta, situado entre las manos de Apollius que parecían sangrar a causa de las piedras granates.

—Lamento mucho oír eso —susurró.

—Sin duda es una tragedia. —Bellegarde la contempló con atención, aunque su gesto no revelaba nada—. Y eso nos da más motivos para celebrar juntos el eclipse. Un momento idóneo para nuevos comienzos.

Lore se sentía demasiado paralizada como para asentir.

—¿Severin?

Era August, que recorría el pasillo en dirección a ellos. El rey parecía tener un aspecto completamente normal, con el cabello canoso y un atuendo en un tono rojo intenso. Lo único que revelaba su rango era la banda dorada que llevaba sobre la frente. Se interpuso entre Lore y Bellegarde con elegancia, pero de un modo con el que claramente pretendía ponerle fin a aquella conversación. Y, aunque su sonrisa era radiante, no lograba cubrir el recelo que transmitía con la mirada.

—¿Qué andabais discutiendo los dos con tanto fervor?

—Hablábamos sobre el eclipse. —El tono de voz de Bellegarde era frío—. Me estaba asegurando de que Eldelore y Gabriel fueran a acudir.

Si la extraña obsesión de aquel hombre con el calendario social de Lore sorprendió al rey, este no lo demostró. En cambio, pareció casi aliviado.

—Una noticia excelente. Estaremos encantados de contar con vosotros.

Lore consiguió dedicarle un asentimiento con la cabeza.

—Seguro que acaba siendo una velada magnífica —dijo August—. Y sin duda, Gabriel disfrutará de un eclipse en el que no tenga que estar ocupado con las labores de la Iglesia. Por lo general, los Presque Mort pasan todos los eclipses rezando. Pero, por esta vez, mi hermano hará una excepción. —Le dio una palmadita a Bellegarde en el hombro, una despedida concisa—. Vamos, Severin. Dejemos que la señorita cumpla con sus responsabilidades sociales. Va vestida para acudir a una fiesta.

Bellegarde arrugó el rostro, pero asintió. Ambos se quedaron contemplando a Lore.

Esta tardó un momento en darse cuenta de que esperaban que fuera ella la primera en emprender la marcha. Tras dedicarles otra reverencia torpe, comenzó a alejarse. Justo antes de perderlos de vista al doblar hacia las escaleras, se asomó para observar de nuevo a

Bellegarde y a August. Habían comenzado a bajar las escaleras juntos, hablando entre susurros. Lore se percató de que las manos de Bellegarde estaban vacías y de que el papel que había llevado antes había desaparecido.

Se agazapó en el descansillo, intentando que no la vieran.

—Todo está saliendo a pedir de boca —murmuró Bellegarde—. El siguiente grupo está listo para ser procesado esta noche.

—¿Y los vínculos? —August sonaba impaciente.

—Parecen estar funcionando.

—Pero no lo sabremos hasta que lo pruebe.

Se impuso un breve silencio.

—Correcto, majestad —respondió Bellegarde.

Y entonces, todo volvió a ser silencioso, a excepción del sonido que hacían las botas contra la alfombra mullida de la escalera.

Cuando desapareció la amenaza, Lore contó hasta cincuenta y luego se movió haciendo el menor ruido posible. Se puso en pie y volvió a asomarse por las escaleras que bajaban.

El pasillo estaba vacío. Lore no perdió ni un momento. Corrió de inmediato hacia el tapiz junto al que había visto merodear a Bellegarde, el que estaba justo antes de las escaleras.

No parecía distinto a los demás que se encontraban alineados en aquel pasillo suntuoso. Un hilo blanco daba forma a un unicornio a dos patas, con las pezuñas en el aire y rodeado de caballeros con yelmos plateados y flores silvestres amorfas en colores pastel. Lore frunció el ceño al verlo, recorriendo con la mirada el patrón que formaban los hilos hasta que comenzó a ver borroso.

Bellegarde había estado buscando algo en los tapices. Lore sabía identificar muy bien cómo se comportaban las personas cuando no querían parecer sospechosas. Aquel andar excesivamente despreocupado, el rápido movimiento de los ojos. Severin Bellegarde cumplía todos los requisitos.

Y había llegado a tener un papel en la mano. Uno que ya no tenía cuando se había marchado con August. O bien se había deshecho de él o se lo había guardado en el bolsillo. ¿Tal vez hubiera estado buscando un lugar en el que esconderlo? ¿Un sitio en el que dejarlo?

Echando un rápido vistazo arriba y abajo del pasillo para asegurarse de que seguía estando sola, Lore metió la mano por detrás del tapiz, entre el tejido y la pared. Al principio, no notó nada más que la madera lisa, pero en cuanto recorrió con los dedos la zona donde se unían los hilos, se topó con algo afilado.

Era un alfiler que mantenía sujeto un pequeño trozo de papel. Lore hubiera apostado lo que fuera a que se trataba del mismo que había

tenido Bellegarde en la mano.

Solo se pinchó una vez con el alfiler mientras con mucha cautela tiraba del papel sujeto con la punta afilada, dejando el pulgar en aquel punto exacto para poder ponerlo después en el mismo sitio donde lo había encontrado. Mantener la mano debajo del grueso tejido requería que se agachara en una postura incómoda junto a la pared, así que abrió la nota y la leyó lo más rápido posible.

Pero en ella no había escrita ninguna palabra, tan solo un número.

«75».

Lore frunció el ceño un momento antes de apresurarse a volver a dejar la nota detrás del tapiz, pinchándose otra vez el dedo y maldiciendo por lo bajo. Ya llegaba increíblemente tarde y, al parecer, le quedaban por subir un sinfín de escalones para llegar a los aposentos de Bastian.

Tras asegurarse de que la nota pareciera intacta, retomó el ascenso por las escaleras, esforzándose todo lo posible por no echar a correr. Se le estaba formando una ampolla en el arco del pie debido a lo finos que eran sus zapatos, y eso le provocaba un malestar que le impedía concentrarse mientras le daba vueltas a lo que había encontrado.

«75».

¿Setenta y cinco qué? Quizá, al fin y al cabo, no fuera nada importante. Tal vez Bellegarde había estado catalogando los tapices. Lore no sabía cuántos habría exactamente en aquel pasillo, pero setenta y cinco no parecía ser una cifra descabellada. Tal vez hubiera querido asegurarse de que el torreón en el que vivía durante esa temporada tuviera más tapices que cualquier otro. Aquello parecía algo completamente corriente para un cortesano de la ciudadela.

Aunque Lore no estaba muy convencida de esa teoría. Bellegarde se había comportado de un modo extraño cuando la había visto. Se había parado delante de aquel tapiz como si hubiera estado intentando ocultarlo y, sin embargo, había logrado todo lo contrario, llamando su atención hacia él.

Lore se llevó el dedo a la boca, chupándose la diminuta gota de sangre que le había hecho el alfiler. Esperaba que la nota tuviera algún significado, si no, se habría pinchado solo para descubrir cuántos tapices horteras tenía August colgados en aquel pasillo.

«Vaya estratega estás hecha», le había dicho Gabe. Por todos los dioses muertos y moribundos.

Las indicaciones de Bastian siguieron conduciéndola escaleras arriba hasta que llegó al final de un pasillo más amplio que cualquiera de los otros por los que había pasado. Lore volvió a echarle un vistazo a aquel rudimentario mapa, con unas palabras escritas en una letra

sorprendentemente bonita bajo el dibujo mal hecho de la cara que guiñaba un ojo: ENTRE LAS PALMERAS.

Aquella indicación era innecesaria. Tan solo había una puerta al final del largo y ancho pasillo, pintada de blanco con un patrón de soles dorados que se repetía en círculos y dos palmeras frondosas a cada lado. Los sonidos de unas risas salían del interior.

—Allá vamos. —Lore recorrió el pasillo, levantando la mano para llamar a la puerta.

Una criada abrió la puerta antes de que pudiera hacerlo. Esta tuvo la consideración de no dedicarle a Lore la mirada de arriba abajo que seguramente se merecía. Estaba sin aliento y cojeando debido a la ampolla que tan rápido le había salido. En cambio, la criada se limitó a inclinar la cabeza, echándose a un lado para dejarla entrar en la habitación más hermosa que Lore había visto en su vida.

Su simplicidad era asombrosa. Las paredes eran de mármol pálido, con delicadas vetas de oro y sin ningún tipo de obra de arte colgada en ellas para así poder resaltar su sencilla belleza. Las baldosas del suelo eran de tonos rosados y tenues, cubriendo todo aquel espacio con un montón de remolinos y figuras arabescas desorientadoras. Era como estar sobre una nube. En el centro de la estancia, una fuente de piedra lanzaba chorros de agua hacia la cúpula de cristal que ocupaba todo el techo, inquietantemente similar a la que cubría las criptas. En las paredes, unas ventanas arqueadas se encontraban prácticamente bloqueadas por la verde profusión de plantas. Más allá del vestíbulo abierto, una escalera conducía a lo que Lore daba por hecho que serían más habitaciones. Se trataba de una mansión por derecho propio en la parte más alta de la ciudadela.

Podría haberse pasado horas allí con la boca abierta si no hubiera sido porque Alienor la llamó.

—¡Lore!

Alie, con una sonrisa radiante y un vestido amarillo pálido que hacía brillar su piel cobriza, corrió a su lado para agarrarla del brazo.

—¡Me alegro tanto de que hayas podido venir! —Hizo un gesto con la mano para señalar toda la habitación—. ¿No es precioso? Normalmente Bastian tiene esto hecho una leonera, pero al parecer limpiaron a fondo sus aposentos antes que los nuestros.

—Son muy bonitos. —Era fácil imaginarse a Bastian en aquel lugar, bajo el brillo de la luz que se colaba por esas ventanas y rodeado por una vegetación exuberante en muy buen estado. Alie también parecía estar como en casa. Ambos tenían una resplandeciente cualidad interior que hacía que encajaran en cualquier sitio con buena luz y ventilación, con un lujo comedido.

Lore se imaginó lo mucho que desentonaba ella allí.

—Es ridículamente hermoso, al igual que su propietario. —Alie arqueó una ceja pálida—. Al menos ha dejado a los pavos reales en el jardín durante esta tarde. Detesto a esos bichos. Hacen mucho ruido. No entiendo cómo puede dormir con ellos aquí.

—No creo que Bastian duerma mucho aquí —dijo otra voz. En un rincón, completamente rodeado por un cristal resplandeciente y plagado de helechos color esmeralda en su interior, una mujer con el cabello azabache y los ojos del mismo tono le dio un sorbo a una delicada taza de té, cuyo brillo pálido iba a juego con su piel oscura y dorada—. Estas estancias son solo para fiestas y desenfrenos.

—Tendrá que dormir en algún momento —dijo la cortesana que se encontraba a su lado. Esta tenía el cabello dorado, completamente lacio y suelto alrededor de su rostro pálido, y los labios carnosos—. Lucien me ha contado que su cama es casi del mismo tamaño que toda esta habitación.

—Y Lucien lo sabe de primera mano. —La otra mujer esbozó una sonrisa pícara y alzó su taza de té a modo de saludo.

—Por favor, hablemos de cualquier otra cosa que no sean las conquistas de Bastian —dijo Alie mientras acercaba a Lore hacia el resto—. Parece de mala educación hacerlo mientras estamos en sus aposentos. Es como debatir sobre la calidad de la ternera con el carnicero delante.

—Lucien también conoce de primera mano la calidad de la ternera —dijo la morena, y eso provocó que las demás prorrumpieran en carcajadas, incluida Alie, quien le dio un manotazo juguetón a aquella mujer. Esta última dejó su taza de té para tomar la mano de Alie en el aire y darle un beso exagerado.

Lore consiguió sonreír, aunque los nervios hacían que tuviera la sensación de que se le cerraba la garganta. Esas mujeres se comportaban como viejas amigas, como personas que habían crecido juntas, igual que unos viejos árboles crecen alrededor de los postes de una valla. Las risas parecían afables, y las miradas curiosas que las otras dos le dedicaron no eran de ningún modo maliciosas. Sin embargo, si por algo se caracterizaban aquellos grupos era por su reticencia a acoger a recién llegados.

El té no emitía ni el más mínimo olor a belladona. Eso ya era algo.

La delicada porcelana rozaba unos labios igual de delicados, con unas delicadas pastas tomadas por unas manos delicadas. Lore se sintió como un elefante en una chatarrería.

—Escuchad todas —dijo Alie, todavía agarrando con fuerza a Lore por el brazo, como si pudiera sentir las ganas que tenía de salir

corriendo—. Esta es Eldelore Remaut, la prima de Gabriel. Aunque estoy segura de que eso ya lo sabíais.

—Es un placer conocerte al fin, Eldelore. Yo soy Danielle. —La cortesana con el cabello dorado le dedicó una sonrisa resplandeciente. Su vestido era de un tono verde claro y de un corte similar al de Lore, aunque las cintas que colgaban de las mangas de Danielle le envolvían los antebrazos y estaban anudadas en forma de lazo para evitar que se balancearan de un lado a otro.

Ah…, de modo que así era como se llevaban aquellas cintas. No se dejaban colgando de forma que te hicieran sentir como si tuvieras hormigas reptándote por toda la piel. Lore sintió el repentino impulso de arreglarse las mangas, pero dejó quietas las manos y se limitó a asentir, devolviéndole a Danielle la sonrisa.

—Yo soy Brigitte —comentó la morena que le había besado la mano a Alie. Su vestido era distinto, de color melocotón con mangas ajustadas que le llegaban hasta el codo y terminaban en un volante de encaje. Lore la recordaba vagamente del baile de máscaras de su primera noche allí. Entonces, Brigitte había ido disfrazada de sirena, con el pelo teñido de un verde brillante. Incluso en aquel momento seguía teniendo aspecto de sirena, con parte del cabello recogido en una corona oscura alrededor de la cabeza y el resto suelto, cayéndole por la espalda.

—Es un placer conoceros —dijo Lore, tomando uno de los otros asientos libres alrededor de la mesa de hierro forjado—. Gracias por dejar que me cuele en vuestra fiesta.

—No te estás colando en ningún sitio. —Brigitte tomó un *macaron* del montón que se encontraba en el centro de la mesa—. Estamos encantadas de tener la oportunidad de hablar contigo. Gabriel y tú habéis estado en boca de toda la ciudadela durante casi un mes.

El hormigueo que sentía Lore a causa de los nervios pasó de recorrerle la nuca a cubrirle toda la columna vertebral. Se obligó a sonreír.

—Bueno… —dijo, y no estaba segura de cómo seguir, así que lo dejó allí.

—Bri y Dani son mis mejores amigas —comentó Alienor, tomando por fin asiento y extendiendo el brazo hacia un plato de pastas—. Nos conocemos desde niñas. Bri y yo íbamos a clases de piano juntas y el padre de Dani es socio de lord Bellegarde. —Aparentemente, a nadie le pareció extraño que Alie se refiriera a su padre por su título nobiliario.

Dani se removió en su asiento. Lore se preguntó si la relación de esta con su padre sería tan evidentemente fría como la de Alie con el

suyo.

—No quería abrumarte con una gran fiesta —prosiguió Alie, escogiendo algo del plato cubierto de azúcar glas y pinchándolo con un diminuto tenedor—. Aunque como tu primer acontecimiento social aquí fue una de las fiestas de Bastian, cualquier cosa te parecerá pequeña ahora.

Lore se rio educadamente, intentando aplacar las ganas que tenía de llenarse la boca de pastas, una detrás de otra, por culpa de la ansiedad.

—Sin duda, aquella fiesta fue muy instructiva.

La sonrisa de Danielle era genuina, además de ostensiblemente curiosa.

—Apenas te hemos visto desde tu dramática entrada en el baile de máscaras de Bastian y tu presentación en la misa de plegarias del primero. —Su tono seguía siendo amistoso, pero algo mordaz se reflejó en su mirada. Se trataba de curiosidad, sin el menor rastro de recelo.

—He estado enferma —dijo Lore, buscando el modo de explicar su larga ausencia sin tener que detallar que había canalizado demasiado Mortem y luego se había embarcado en la búsqueda de pruebas de traición en la biblioteca de la iglesia. En un arrebato de inspiración, señaló hacia su barriga—. Calambres.

—Ah. —Brigitte asintió con complicidad. Le acercó una taza de té por encima de la mesa. Olía a algo tan resplandeciente y delicado como todo lo que había en aquella habitación—. Esto debería ayudarte. Yo también sufro unos dolores terribles cuando me toca, al igual que mi hermano. Es horrible.

La solidaridad que emanaba de su voz casi hizo que Lore se sintiera culpable por mentir. Aunque no era del todo mentira. Tal vez en aquel momento no estuviera sangrando, pero, cuando lo hacía, sentía como si alguien le estuviera pateando sin cesar los órganos reproductores. Le dio un sorbo al té que le había ofrecido. Era increíblemente sabroso.

—En un par de días estaré completamente recuperada. Para entonces, espero poder ponerme al día con el montón de invitaciones que he recibido y aceptar ese entrenamiento de croquet que le prometí a Alie.

—Estoy segura de que te habrán invitado a todo. No es habitual que recibamos a nuevos cortesanos. —Danielle cogió un chocolate y se lo llevó a la boca, hablando mientras saboreaba el caramelo—. La mayoría comenzamos a visitar la ciudadela durante los veranos cuando somos niños. Nos conocemos todos desde hace siglos.

—Eso he oído. —Lore comenzó a atar cabos en su cabeza, recordando la historia que Gabriel y ella se habían inventado sobre sus orígenes. Una casa de campo en… Mierda. Gabriel le había dicho qué nombre debía decir y ella lo había olvidado por completo. También debía comentar que había sufrido una enfermedad infantil que la había mantenido confinada…

Pero las preguntas, cuando se las hicieron, no tuvieron nada que ver con ella.

—Bueno —dijo Danielle, inclinándose hacia delante, desplazando la mirada con picardía entre Lore y Alie—, ¿para qué ha vuelto realmente Gabriel a la corte? ¿Es cierto que solo ha venido para escoltarte?

Lore estuvo a punto de ahogarse con el té. Danielle seguía con ese peculiar brillo en la mirada, casi como si aquello fuese una prueba.

—Dani. —Parecía que Alienor no sabía si echarse a reír o gritar, sumida en una especie de tensión nerviosa producida por querer y no querer al mismo tiempo que aquella conversación tuviera lugar—. No tenemos por qué hablar de Gabriel. No es necesario desenterrar el pasado. —Aunque el rubor de Alie era del color de la mermelada de cereza que cubría el dulce que se estaba comiendo Lore, su mirada desprendía aún un brillo esperanzador. Lore supo identificarlo. Se trataba de una antorcha que mantenía encendida desde hacía tiempo. Y eso la llevó a pensar en el pecho desnudo de Gabe y en la sensación que le había causado tenerlo pegado a la espalda, dándole calor, hacía tan solo una semana. Por el Dios Sangrante, no podían ser más simples las cosas, ¿verdad?

—Pobre Bastian. —Brigitte meneó la cabeza, con el gesto solemne, como si aquellas palabras fueran una broma—. Se ha tomado tantas molestias para dejar que Alie pueda usar sus aposentos y todo lo demás, solo para que esta acabe preguntando por Gabriel.

—Sabes que entre Bastian y yo no hay nada —dijo Alie—. Es como un hermano para mí.

—La verdad es que es una lástima —replicó Brigitte—. A ver, no creo que ser una reina Arceneaux fuese muy divertido, pero sí que hay que admitir que Bastian es exageradamente guapo.

—Sí, exageradamente guapo —coincidió Dani—, pero sería un esposo terrible si lo que buscas es a una persona leal. Bastian mete en su enorme cama a una persona nueva tres veces por semana.

—A mí me parece que podría ser divertido —dijo Brigitte, sonriendo con picardía—. Lo que menos apetece es tener que ser reina. —Tomó otro *macaron*—. No le digáis a mi padre que he dicho eso. Está prácticamente decidido a intentar comprometernos antes de

que termine la temporada.

En aquel instante, fue el rostro de Lore el que adoptó el mismo color que el de Alienor.

—Por los dioses, compromisos. —Dani se masajeó las sienes, como si la mera idea le diese dolor de cabeza—. No quiero pensar en ello.

La voz de Dani transmitía un verdadero agotamiento. Alie y Brigitte compartieron una mirada rápida y compasiva.

—¿Tu familia no ha entrado en razón, Dani? —preguntó Alie con vacilación—. ¿Sobre lo tuyo con Luc?

—Por supuesto que no. —Dani se reclinó hacia atrás con un suspiro, cruzándose de brazos y contemplando su té. Dirigió la mirada hacia Lore y luego la apartó—. Es un plebeyo. Da igual que sea el hijo de un respetado constructor naval. A mi familia solo le importa el linaje.

—¿Y Hugo no ha intercedido por ti?

—No —dijo Dani con tristeza—. Hice lo que hablamos… Le pedí a Hugo que me llevara una noche a una de las peleas de Luc y fingí que no le conocía. Luc ganó el combate, por supuesto, y Hugo un montón de dinero con su apuesta. Luc también ganó dinero. Pero cuando saqué el tema de que igual quería casarme con un plebeyo acomodado… la cosa no salió bien. —Torció los labios—. Según las palabras de mi querido hermano, eso sería tirar el dinero.

Lore guardó silencio. Se preguntó si Luc sería alguien a quien reconocería si lo viera.

—Pero estamos ideando un nuevo plan —dijo Dani con un hilo de voz, esperanzada—. Luc y yo. Amelia es la mayor, es la hija que debe casarse para escalar posiciones en la sociedad.

—Tal vez ella tenga posibilidades con Bastian —dijo Brigitte.

Dani puso los ojos en blanco.

—Hablas igual que ella. Está convencida de que sería una excelente reina, pero mis padres quieren ir a lo seguro. Están en negociaciones con el vizconde Demonde. Amelia no está nada contenta.

—Por los dioses, no me extraña. —Bri frunció el ceño—. Si yo tuviera la mira puesta en Bastian Arceneaux y en cambio acabara con el viejo de Demonde, estaría furiosa.

Lore sentía que su sonrisa se volvía endeble.

—Es mayor, pero el linaje de los Demonde es antiguo. Y es escandalosamente rico. Además, es mucho más fácil acordar un matrimonio con él que con el heredero de los Arceneaux. Si Amelia logra un emparejamiento de tanto prestigio, entonces mi matrimonio podría basarse únicamente en el dinero. —Dani se encogió de

hombros—. Luc es el heredero de una modesta fortuna y, además, gana más dinero por su cuenta.

De nuevo, volvió a fijar la mirada en Lore, pero la apartó tan rápido que esta pensó que se lo había imaginado.

—¿Él también construye barcos? —preguntó Alie.

—No exactamente —respondió Dani—. Al parecer, una nueva compañía ha estado contratando a hombres en los muelles para llevar a cabo trabajos de carga. Tienen que llevar mercancía de un lugar a otro y cosas así. Pagan increíblemente bien y, por lo general, solo conlleva una o dos noches de trabajo. —Le dio un sorbo a su té con expresión contemplativa—. Tengo entendido que no es del todo legal, pero si les están pagando tan bien a sus trabajadores, seguro que su presupuesto para sobornos también es bastante sustancioso. Tampoco es que nadie vaya a atreverse a arrestar a Luc una vez descubran quién es su padre.

Tras enterarse por Cecelia de dónde sacaban los cortesanos su veneno y lo flexibles que eran las normas cuando se aplicaban a una persona con dinero, Lore tenía la certeza de que aquello último era cierto.

—¿Y qué mercancía transportan?

—No lo sé —dijo Dani—. Y la verdad es que me da igual. Da mucho dinero, el suficiente como para que Luc pueda comprar una casa adosada en uno de los mejores distritos y pagar mi dote incluso antes de que muera su padre y le legue el negocio.

Lore sintió un nudo en el estómago. Había algo en todo aquello que no le cuadraba. Como si esa conversación fuese una continuación de la que había estado manteniendo toda aquella semana en la biblioteca de la iglesia.

—En fin, dejemos este tema. —Danielle agitó una mano, poniéndole fin a la charla sobre compromisos matrimoniales—. Si no me equivoco, estábamos hablando del guapísimo duque Remaut y de su presencia en la corte, ¿no?

—Por las heridas de Apollius —murmuró Alie, enterrando el rostro entre las manos.

Lore le dio otro sorbo a su té, tan rápido que se quemó el paladar. Las miradas de Brigitte y Danielle pasaron a centrarse en ella. Era evidente que esperaban que dijera algo.

—Ha venido tan solo para escoltarme —dijo al fin—. Mis padres querían que un familiar me hiciera compañía durante la temporada y Gabriel era la única opción. A él no le entusiasmaba mucho la idea.

Alie hizo un ruidito por detrás de sus manos.

—Es decir —añadió enseguida Lore—, hay cosas que sí deseaba ver

de nuevo. —Se giró hacia Alie—. Sé que estaba emocionado por volver a verte.

Técnicamente era mentira, Gabe no le había dicho nada parecido, pero, por algún motivo, a Lore le dio la sensación de que en el fondo aquella era la verdad.

—¿En serio? —Alie se apartó las manos del rostro con un suspiro —. Porque siento que lo he estropeado todo. Ha sido toda una sorpresa volver a verle. Ver… que ha crecido tanto.

El pecho desnudo de Gabe a la luz del fuego, la sombra del parche del ojo, que parecía aún más oscura en contraste con el otro ojo azul clavado en Lore. Esta bebió más de ese té demasiado caliente. Sí, Gabe estaba crecidito.

Los recuerdos más recientes eran menos agradables. El Presque Mort con la mandíbula apretada mientras leía otro libro aparentemente inútil; el modo en el que se había retraído en los últimos días, siempre preocupado por algo que no quería contarle a Lore.

—A él también lo pilló por sorpresa —dijo esta—. Creo que le ha resultado… complicado.

—Seguramente le ha resultado más complicado que a cualquier otra persona. —Dani sacudió la cabeza en señal de comprensión—. Al principio, algunos de nosotros creímos que había vuelto a la corte de manera definitiva. Pero parece que se aferra a esos votos.

Las mejillas de Alie se enrojecieron aún más.

—Formar parte de los Presque Mort es un compromiso de por vida. Una vez que adquieres la habilidad de canalizar el Mortem, no puedes echarte atrás.

—Pero sí que podría, ¿no? Dejar de canalizar el Mortem, dejar de ser un Presque Mort. Sé que, técnicamente, no permiten ese tipo de cosas, pero él es un duque. —Brigitte miró emocionada hacia Alienor —. Podría conseguir que el altísimo sacerdote le eximiera de ello…

—No. —Alie negó con la cabeza de manera firme y definitiva—. No.

Y eso bastó para que sus amigas lo dejaran estar, para que asintieran como si aquella palabra tuviera mucho más significado del que una simple sílaba debería tener.

Brigitte le dio un sorbo a su té e hizo una mueca.

—Me pregunto si Bastian tendrá algo de vino escondido por aquí.

—Es Bastian, claro que tiene. —Danielle se puso en pie, ofreciéndole una mano a Brigitte—. Vamos a buscarlo.

—Registrar las habitaciones del Príncipe Solar quizá sea pasarse — dijo Brigitte, arqueando una ceja.

—No si le decimos que era para Alie y Eldelore. —Danielle les guiñó un ojo de forma exagerada, a lo que Alie respondió poniendo los ojos en blanco.

—Cierto. —Brigitte tomó la mano que le ofrecía Danielle—. ¿Blanco o tinto, señoritas?

—Cualquiera de los dos, mientras sea espumoso —respondió Alie.

Brigitte le dedicó una reverencia exagerada, y Dani y ella se alejaron, riéndose entre sí por alguna cosa.

—Te pido disculpas —murmuró Alie cuando las otras dos mujeres estuvieron lo bastante alejadas como para oírlas—. No sé ya cómo decirles que no hay nada entre Gabriel y yo.

—¿Es por lo que hizo su padre? —Lore no logró que su tono de voz pareciera neutral. El corazón le dio un vuelco al ser consciente del modo en el que todos en aquel lugar estaban tan dispuestos a condenar a Gabriel por los pecados de su padre.

Alie negó con la cabeza, para luego dejó escapar una risa afligida y nada digna de una dama.

—Bueno, eso es solo una parte —dijo—. Pero la verdad es que creo que quizás podríamos haber pasado eso por alto. Lo que imposibilitó nuestro matrimonio es que se uniera a los Presque Mort.

Gabe le había dicho a Lore algo parecido.

—Entonces, ¿a tu padre nunca le ha gustado mucho la Iglesia? —Lore intentó parecer indiferente, hablando desde detrás del borde de su taza de porcelana. Recordó lo que Gabe le había dicho cuando le había hecho la misma pregunta a él. Todo giraba en torno a una complicada maraña de religión y política, del convencimiento de que todo debería concentrarse en un mismo órgano de gobierno.

—Creo que a mi padre le desagrada casi todo. —Alie tomó otra pasta, partió el borde y dejó ambos pedazos en el plato sin comerse ninguno.

—Parece que sus creencias han hecho mella en vuestra relación —comentó Lore—. Me refiero a la tuya con tu padre.

—¿Qué relación? —preguntó Alie sombríamente. Tomó la pasta que había dejado en el plato y la partió en pedazos todavía más pequeños que tampoco se comió—. La verdad es que lo único que hacemos en casa es cruzarnos de vez en cuando por los pasillos. Cuando estamos en la corte no pasa ni eso. Mi madre murió hace mucho y soy hija única.

—Parece una vida muy solitaria. —Lore conocía bien la soledad. Cubría todo aquello que hacía, como una tela de araña que no podía verse pero de la que era imposible librarse. La tenía pegada a ella.

—Sí —murmuró Alie—. Sí que lo es.

—¿Ya os habéis acabado las pastas?

Se trataba de una voz profunda y familiar. Lore se dio la vuelta para encontrarse con la sonrisa apacible de Bastian. Había apoyado las manos en el respaldo de la silla de Lore, inclinándose hacia ella y cubriendo con su sombra su taza de té.

La tensión que la chica había sentido en los hombros disminuyó un poco. Seguramente la tarea de devolver el libro al estudio de su padre había sido completada sin problema. Una parte de ella había estado preocupada por si pillaban al príncipe y todo se venía abajo.

Bastian le dedicó un guiño rápido y tranquilizador, como si pudiera interpretar su gesto y saber qué era lo que estaba pensando.

—Hay más de donde han salido estas —le dijo el príncipe a Alie, manteniendo la mirada fija en Lore—. Por si mis caramelitos no han tenido suficientes dulces.

Alie gruñó.

—Por favor, déjate de frasecitas.

—Espera un momento, a ver si se me ocurre otra que rime con «frasecita».

—Preferiría la muerte. —Alie sonrió y sus ojos verdes resplandecieron—. Además, creo que ya nos has consentido bastante.

—Jamás. —Bastian tomó una de las sillas, le dio la vuelta y se sentó a horcajadas, apoyando la barbilla sobre los brazos cruzados y mirando a Alie a través del flequillo oscuro, fingiendo estar perdidamente enamorado de ella—. ¿Hay algo más que pueda hacer para demostrarte mi amor eterno por ti, Alienor Bellegarde? ¿Te gustaría que la próxima vez los chocolates tuvieran forma de cisne? ¿Que unos criados con el pecho desnudo te metieran uvas en la boca?

Alie arqueó una ceja con gesto de burla.

—¿Y tú serías el criado con el pecho desnudo?

—Por supuesto. —Este deslizó su mirada socarrona hacia Lore, con un parpadeo casi imperceptible—. Aunque seguramente también podría conseguir que se apuntara Remaut.

La sonrisa juguetona de Alie desapareció por un instante y se le enrojecieron las mejillas.

—Lo cierto es que Bri y Dani están saqueando tus habitaciones en busca de vino.

—No se me ocurre ningún rincón en el que no haya escondido algo de vino, pero si quieres asegurarte de que lo encuentran, yo que tú iría y les diría que miren detrás del espejo que hay al lado de la cama en el piso de arriba.

—Cómo no iba a estar allí. —Alie se levantó, sacudiendo un dedo entre Bastian y Lore—. Vosotros dos, comportaos.

—Nunca —respondió Bastian. Observó a Alie hasta que esta desapareció de su vista. Entonces, se giró hacia Lore y su actitud juguetona desapareció—. Ha vuelto a suceder.

La aldea. Lore asintió.

—Lo sé. Me he encontrado con Bellegarde de camino aquí.

Bastian hizo una mueca.

—Mis condolencias.

—Parecía que estuviera buscando algo —comentó Lore—. O más bien, buscando un sitio en el que esconder algo. Llevaba un trozo de papel en la mano. Cuando se ha marchado, he mirado detrás de uno de los tapices y he encontrado el papel allí, enganchado a la parte trasera. Pero tan solo ponía «setenta y cinco», así que no sé si se trata de una nota o de otra cosa.

Bastian palideció.

—Tenía que ser una nota.

—¿Por qué?

—Porque ese es el número de personas que murieron en la última aldea —declaró Bastian—. Setenta y cinco exactamente.

Capítulo Veintinueve

Es necesaria más de una nube para formar una tormenta.
—Proverbio kiryteano

—Pero eso… —A Lore le daba vueltas la cabeza mientras intentaba asimilar aquella información—. Si se trata del número de cadáveres…

—Significa que Bellegarde está metido en el ajo —terminó Bastian por ella, en voz baja y sombría.

—También nos hemos encontrado con August en el pasillo. —Los pensamientos de Lore tomaban mil direcciones distintas, seleccionando algunos pedazos e intentando encajarlos—. El rey no ha mirado el tapiz en el que Bellegarde había escondido la nota, pero seguían hablando cuando me he marchado. Decían algo sobre unos grupos que estaban siendo procesados, sobre vínculos…

La voz alegre de Danielle la interrumpió.

—¡Bastian! Hemos encontrado el vino. No es espumoso, pero supongo que nos servirá.

—Bueno, es que no sabía que lo querríais espumoso. —El Príncipe Solar transformó su expresión de seria a jovial en un instante. Hasta su postura cambió, pasando de una tensión rígida a suavizarse en líneas relajadas mientras se acomodaba en la silla puesta del revés—. Esa botella se encuentra en la habitación de invitados de la segunda planta.

—Esta nos servirá. —Dani agitó la botella en el aire. Frunció levemente el ceño cuando miró a Lore—. ¿Te encuentras bien, Lore? Estás pálida.

—Es solo el estómago —respondió esta, tomando su té, que ya se había enfriado, y dándole un largo sorbo.

—Haré que te envíen un poco de ese té a tus aposentos —dijo Brigitte, señalando con la cabeza hacia la taza mientras enrollaba el bajo de su falda en el corcho de la botella de vino y le pegaba un tirón. El tapón salió con un chasquido y Alie dio un aplauso apagado.

Brigitte hizo una reverencia y sirvió el vino en las tazas que ya estaban vacías—. Es lo único que me funciona a mí para aliviar los calambres.

—Gracias —murmuró Lore. Mentirle a Brigitte le hacía sentirse fatal. Pagarle a alguien su amabilidad con falsedad siempre tenía aquel efecto en ella.

Bastian se levantó para que las cuatro mujeres pudieran estar sentadas.

—Iré a apoyarme de forma seductora en aquella pared. Y si alguna de vosotras se siente repentinamente inspirada para pintarme, ni siquiera le cobraré por hacer de modelo.

Alie y el resto bebieron vino y siguieron chismorreando distraídamente.

Lore le dio un sorbo a su vino y pensó en cómo diantres iba a ser capaz de descubrir el lugar en el que August, Anton y ahora Bellegarde escondían más de setenta y cinco cadáveres.

—Espero volver a ver a Luc de nuevo la semana que viene —dijo Danielle. Desplazó la mirada de su taza de té a Lore—. Está de viaje de negocios con su padre durante un par de días.

Luc. Los muelles. Lore frunció el ceño, cayendo en la cuenta de algo.

—¿Has dicho que alguien está contratando a gente en los muelles para transportar mercancía?

Por segunda vez, todas las miradas curiosas se dirigieron hacia Lore, sin estar seguras de a dónde quería ir a parar con esa pregunta. Ella esbozó una sonrisa forzada, esperando que las demás creyesen que su rareza se debía a su ineptitud social por haberse criado aislada en la campiña.

—Es que… Bueno…, me interesa mucho el mundo de los transportes —balbuceó—. Cómo… funciona toda esa industria. ¿Qué están transportando? ¿Y cómo?

«Bien hecho, Lore. Ahora no solo pensarán que eres una inadaptada social, sino que también tienes los intereses más aburridos de toda la historia de la humanidad».

Una expresión indescifrable cruzó el rostro de Dani.

—Como os he dicho antes, no sé qué es lo que están transportando. Solo sé que les están pagando mucho por ello.

—Os digo que tiene que tratarse de veneno. —Brigitte se acomodó en la silla, sujetando su copa de vino por el fino tallo—. ¿Por qué otra cosa iba a pagar alguien tanto dinero para moverlo de un lugar a otro?

Dani agitó una mano con gesto desdeñoso.

—Luc dice que es demasiado pesado para tratarse de plantas. Y

que necesitan al menos tres hombres para empujar las carretas hasta el punto de entrega. Ese es el único detalle que me ha dado. —Dani sonrió—. Es todo muy clandestino.

El veneno podía llegar a ser muy pesado si se contaba con grandes cantidades, pero Lore creía que Luc probablemente estaría en lo cierto. Los traficantes de veneno eran un gremio muy reservado, poco dispuestos a contratar ayuda al azar en los muelles.

—¿Y te dijo dónde era el punto de entrega?

Detrás de mí, Bastian se inclinó contra la pared con un pie apoyado también en esta y los brazos cruzados. Su expresión no reflejaba nada, pero su mirada, afilada y calculadora, estaba fija en Lore. Sabía bien lo que ella estaba pensando.

Dani negó con la cabeza.

—Todos han jurado guardar en secreto las localizaciones. Y, al parecer, quienquiera que los haya obligado a hacer esa promesa da el suficiente miedo como para que a ninguno de ellos se les ocurra cabrearlo.

Lore miró hacia Bastian, preguntándose si aquello tenía más sentido para él que para ella. Pero el Príncipe Solar continuó impasible.

—Interesante —concluyó Lore, a media voz, y le dio otro largo sorbo a su copa de vino.

La conversación volvió a girar en torno a asuntos más triviales durante un par de minutos más hasta que por fin Brigitte se levantó y se excusó, argumentando que tenía que reunirse con sus padres para cenar. Danielle la siguió, explicándoles que quería echarse una siesta antes de una fiesta a la que iba a acudir aquella noche.

—Ha sido un placer conocerte —le dijo a Lore mientras se ponía en pie—. Tendrás una invitación mía entre el montón que recibes. La próxima vez seré yo la anfitriona, Bastian, a no ser que quieras que ocupemos tus aposentos todas las semanas.

—Acoger a un grupo de mujeres hermosas no es ninguna molestia —le respondió Bastian, besando la mano que le extendía Dani—. Si la próxima vez invitáis todavía a más personas hermosas, estaré realmente en el paraíso.

Brigitte sonrió y puso los ojos en blanco.

—Te enviaré el té —le aseguró a Lore mientras abandonaba la estancia junto con Danielle.

—Yo también debo irme. —Alie se levantó de la mesa y le sonrió a Lore—. Gracias de verdad por venir. Sé que estar en la ciudadela puede llegar a ser abrumador, pero se vuelve más fácil cuando tienes amigas. —Arqueó una ceja en dirección a Bastian—. ¿Puedo dejarla a

tu cuidado o necesitas una carabina?

—Es probable que siempre necesite una carabina, pero no temas. —Bastian tiró a Lore de la mano y luego la agarró por el codo—. Llevaré a lady Remaut de vuelta a sus aposentos y me aseguraré de que su mascota Presque Mort esté ya allí, así tendremos toda la vigilancia que podamos necesitar.

Alie se ruborizó un poco tras la mención de Gabe, pero Bastian no hizo ningún comentario al respecto. Los tres abandonaron los aposentos palaciegos del príncipe y se encaminaron escaleras abajo. Alie le dio un apretón a Lore en la mano antes de doblar por un pasillo justo debajo de la planta de Bastian, aparentemente en dirección a sus propios aposentos.

Lore esperó a que descendieran un par de pisos más antes de decir nada, hablando en voz muy baja.

—Creo que la gente a la que están contratando en los muelles es para que trasladen los cadáveres.

—Obviamente. —Un cortesano subía por aquellas escaleras. Lore se tensó, pero Bastian no, dedicándole a este una vaga sonrisa y esperando a que desapareciera de su vista antes de seguir hablando—. Tenemos que volver allí. A poder ser, esta noche.

—¿Esta noche? Pero si fue hace tan solo dos semanas cuando…

—Aunque me conmueve tu preocupación, estaré bien. —Bastian la miró, y su sonrisa desprendió tanta calidez que Lore casi fue capaz de pasar por alto la frialdad que transmitían sus ojos—. Creo que asusté a aquellos rufianes con los que nos encontramos la otra vez lo suficiente como para que nos dejen en paz.

—Quienquiera que esté contratando a esos trabajadores en los muelles, al parecer, asusta lo suficiente como para hacerles guardar silencio. —No era necesario que Lore estableciera el paralelismo. La persona que estaba haciendo aquellas contrataciones debía de ser alguien con un poder considerable como para intimidar a todo un grupo de transportistas.

Quizá se tratase de alguien tan poderoso como otro Arceneaux.

Bastian apretó la mandíbula, haciendo que resaltara la oscura barba incipiente que tenía en la barbilla.

—Es algo que ya se me ha pasado por la cabeza —murmuró.

Que escondiera los cadáveres no significaba necesariamente que August tuviera algo que ver con sus muertes. Pero si a aquello le sumaban su insistencia para implicar a Kirytea, a Bastian y, de paso, despejar el camino para elegir a otro heredero, nada de aquello pintaba bien.

Sobre todo ahora que sabían que August estaba enfermo, que

estaba desesperado por encontrar un modo de burlar a la muerte, ya fuera por medio del veneno o manipulando el Spiritum.

¿Y cómo encajaba Anton en todo aquello? Era evidente que estaba buscando algún modo para que August pudiera curarse a sí mismo con el Spiritum. Y su hermano y él habían trabajado juntos para llevar a Lore a la corte, por lo que ambos debían estar involucrados en la manipulación de los cadáveres. Pero ¿significaba aquello que eran cómplices de los asesinatos en las aldeas o tan solo estaban mintiendo sobre lo que había pasado después de aquel suceso?

Fuera como fuese, al igual que no podían confiar en August, tampoco podían hacerlo en Anton.

Aunque Lore sabía que Gabe no pensaría lo mismo.

Bastian se mantuvo callado mientras la conducía hasta el vestíbulo principal, más allá de las enormes puertas que salían de la ciudadela, adentrándose en los pasillos más cochambrosos del torreón sudeste hacia los aposentos de Gabe y Lore. Esta se alegraba de ello. Los dos estaban muy sumidos en sus pensamientos y el silencio entre ambos era cómodo, probablemente más de lo que debería haberlo sido.

—A medianoche —dijo Bastian cuando se acercaron a la puerta, tocando con los nudillos delicadamente sobre la madera—. En el mismo lugar de la última vez. Ponte algo que no llame la atención.

La puerta se abrió de golpe. Gabe estaba despeinado, como si hubiera estado intentando dormir algo. Las horas que habían pasado en la biblioteca habían sido cada vez más largas a medida que avanzaba la semana y ninguno de ellos había podido descansar en condiciones.

—¡Gabriel! —Bastian sonrió, cogiendo a Lore por los hombros y empujándola hacia delante—. Te veo esta noche. Lore te pondrá al día.

Y sin más, se marchó, dejándolos a los dos contemplándose el uno al otro.

El silencio era demasiado tenso como para mantenerlo mucho más tiempo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Lore en voz baja.

Gabe se frotó el parche del ojo, dándole la espalda. La camisa se le había arrugado mientras dormía, y el monje hizo todo lo posible por alisársela, aunque ya no tenía solución.

—Solo estoy cansado. Creo que la última noche en la que dormí bien fue en la que te desvelaste, después de la fuga de Mortem.

En cuanto esas palabras salieron de su boca, Gabe se quedó inmóvil y Lore tardó un momento en darse cuenta de por qué.

La noche en la que se había desvelado era la misma en la que

había acudido a su lado, a dormir junto a él en el suelo. Había sentido tanto frío que había ido en busca de calor, en busca de algo a lo que aferrarse.

Nunca antes habían sacado el tema. Habían dejado que fuera desvaneciéndose en medio de todo aquel caos, difuminando aquel recuerdo hasta llegar prácticamente a desaparecer de sus pensamientos. Pero ahora Gabe había sacado el tema, había vuelto a ponerlo en la palestra.

Podían hablar de ello en aquel mismo momento o podían continuar fingiendo que nunca había pasado.

Gabe abrió la boca y Lore no estuvo segura de qué decisión iba a tomar o qué quería ella que hiciera.

Así que se decantó por no dejarle hablar:

—Alguien está contratando a gente en los muelles para transportar mercancías —dijo, pasando por su lado y adentrándose en la estancia—. Esta noche iremos allí para ver si podemos averiguar de qué mercancía se trata y quién los está contratando.

—¿«Iremos»? —Gabe se giró hacia ella, cerrando la puerta. Echó el pestillo con un sonido contundente y definitivo—. Así que Bastian también viene.

—Sí, Gabe, Bastian viene.

—No creo que sea prudente.

—No me vengas otra vez con esas. —Lore se frotó los ojos. La falta de sueño le estaba pasando factura, y hacía que le pesara la cabeza y que perdiera rápido la paciencia—. ¿Por qué le odias tanto?

Gabe guardó silencio durante tanto tiempo que Lore pensó que iba a ignorar por completo la pregunta. El Presque Mort seguía al lado de la puerta, inmóvil, con la cabeza estirada para contemplar el fuego ya casi extinguido en la chimenea.

—No le odio —murmuró al fin.

A ella se le ocurrieron varias réplicas mordaces, pero permaneció en silencio. Sabía que lo que fuera que hubiera sucedido entre el Presque Mort y el Príncipe Solar no era tan simple como el odio. Se hundió en el sofá y esperó a que Gabe continuara con su argumento.

—Bastian es descuidado —dijo el Mort—. Siempre lo ha sido, desde que éramos niños. Descuidado con su poder, con su autoridad. —Hizo una pausa, dejando de mover aquella barbilla cubierta por una barba pelirroja incipiente—. Descuidado con las personas.

Esa última frase la pronunció de un modo tan frío que hizo que Lore bajara la vista hasta sus propias manos, pese a que Gabriel seguía sin mirarla.

Pasó un minuto, y entonces el joven suspiró.

—Aquel día no tenía que estar en Balgia. Se suponía que tenía que estar aquí.

Aquel día. El día en el que su padre había entregado su ducado a Jax y al Imperio kiryteo. El día en el que su padre había muerto y Jax le había arrancado un ojo a Gabriel.

—Bastian y yo nos peleamos. Fue por alguna estupidez. Creo que él hizo trampas jugando a las cartas. Pero me puse furioso, como tan solo un niño de diez años puede ponerse. Nos peleamos y le pegué una paliza. —Esbozó una sonrisa burlona—. No fue nada peor de lo que solíamos hacernos el uno al otro, pero, por algún motivo, aquella fue la única vez que Bastian fue a chivarse a su padre. Ivanna había muerto el año anterior. Creo que a Bastian no le quedaba ya otra forma de intentar llamar la atención de August. Ese fue su último recurso. —Gabe se encogió de hombros—. No consiguió la atención de su padre, pero sí que me enviaran de vuelta a Balgia durante el resto de la temporada, junto con todos los acompañantes que debían actuar como mis padres adoptivos. La semana después de mi llegada fue cuando mi padre se entregó a Jax. —Alzó una mano y se frotó el parche—. Mi presencia allí no bastó para cambiar sus planes.

Lore se retorció la falda con las manos.

—Gabe… Lo…

Pero él la interrumpió, como si temiera escuchar algo que pudiera acercarse a la lástima.

—No soy tan idiota como para pensar que lo que sucedió fue culpa de Bastian. Éramos unos niños. Pero sí que admitiré que siento celos de él. —Soltó una risa lastimera—. Siento celos de que sus acciones nunca parezcan tener consecuencias, cuando yo tengo que cargar con las consecuencias de lo que ha hecho una familia entera. Siento celos porque haría falta un milagro para que él acabe completamente solo y sin nada, cuando a mí me lo arrebataron todo en un abrir y cerrar de ojos.

Lore había presenciado todo eso que Gabe estaba enumerando, aunque lo veía de un modo distinto. La despreocupación de Bastian era fingida, una fachada levantada para que nadie supiese cuánto le importaba todo. Aún recordaba lo rápido que había cambiado su actitud aquella noche en el callejón, cómo sus aires de grandeza habían desaparecido como si se hubiera quitado una capa de encima. Tenía tantas capas, tan bien confeccionadas, de esa fingida indiferencia… Bastian se metía bastante bien en su papel, pero a Lore no la engañaba. Aunque las debilidades que ella le había detectado eran tan solo finas grietas en una armadura que había estado forjando para sí mismo a lo largo de los años.

Bastian le recordaba a ella misma. A cómo había llegado a ser Lore, la Hermana de la Noche, y luego Lore, la traficante de veneno, para acabar siendo Lore, la espía. Y cada persona en la que se convertía acababa siendo una armadura distinta que había tenido que llevar. Cuando se paraba a pensar en lo que quedaría de ella al desprenderse de todo artificio, veía una página en blanco. Como si todas esas cosas que conformaban su persona solo fueran las cortinas de una casa vacía.

Y aunque Bastian nunca había tenido que huir, aunque había nacido en aquella jaula en lugar de haber estado cambiando de prisión una y otra vez, Lore creía que sentiría lo mismo que ella. Que todas esas identidades tan detalladamente confeccionadas tal vez escondieran un vacío similar al suyo.

El príncipe se había enfrentado a la ira de Gabe, según la percepción de Lore, con elegancia, no dejando que la rabia apenas contenida del otro hombre hiciera mella en él. Pero tal vez no fuera elegancia. Quizá Bastian se aferrara tanto a aquel recuerdo como Gabe, y tal vez se sintiera merecedor de esa rabia.

Sin embargo, Lore no sabía cómo expresar nada de aquello. Al menos, no de un modo en el que Gabe pudiera comprenderlo. Mientras que Bastian se enfrentaba a su jaula, Gabe se aferraba a la suya, dejando que sus barrotes le dieran forma y encerrándose entre unas barreras que le eran conocidas. Y, aunque las barreras le estuvieran haciendo daño, Lore seguía envidiándolo, aunque fuera un poquito. Existía cierto consuelo en saber exactamente cómo iban a acabar decepcionándote.

Gabe interpretó que su silencio significaba que lo estaba juzgando.

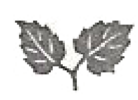
—Sé que no es justo por mi parte —dijo, casi en un tono acusatorio, como si pudiera invalidar la sentencia que Lore supuestamente le había puesto—. Antes le culpaba a él. Ahora, no sé. Al menos, no le culpo del mismo modo. Pero esos celos siguen ahí.

—Lo comprendo —le confesó Lore. Y era cierto.

Eso fue todo. Permanecieron sentados en silencio. El único sonido era el crepitar del fuego en la chimenea.

Al fin, Gabe suspiró, rascándose el parche del ojo y enderezando los hombros.

—Muy bien —dijo con determinación—. ¿Qué plan descabellado es el que vamos a seguir ahora?



No había luna, solo unas estrellas que brillaban tenuemente y los

jardines tan oscuros como la boca de un lobo. Lore avanzó sigilosamente detrás de Gabriel, manteniéndose lo bastante pegada a su espalda como para poder sentir el calor que este emanaba a través de su camisa. Aquello, cuando menos, servía para distraerla.

—Esto no me gusta —dijo Gabe por tercera vez en diez minutos. Probablemente lo hubiera dicho ya unas quince veces en total. Había comenzado con esa letanía cuando Lore le había contado el plan, justo en aquel momento de vulnerabilidad que se había producido después de haber estado hablando de Bastian. Desde entonces, había seguido repitiendo aquello de manera intermitente. Si Lore no hubiese insistido tanto en que, al menos, los dos intentasen dormir un poco antes de que cayera la noche, probablemente ya habría oído esa retahíla unas treinta veces.

—Tomo nota —murmuró ella a su espalda—. Otra vez.

Gabe resopló, y su aliento fue visible contra el aire frío.

—No es seguro. Esto podría no tener nada que ver con lo de las aldeas. Puede que nos estemos metiendo en alguna disputa entre traficantes de veneno sin ningún motivo.

—Pero eso no lo sabemos y esta es la única pista que tenemos. —Lore fijó la mirada en la espalda de Gabe—. Ya te lo he dicho antes.

No recibió ninguna réplica más que un gruñido en voz baja. Avanzaron por el jardín, sin poder evitar el repiqueteo de sus botas contra los adoquines; luego se deslizaron entre los árboles del bosque artificial. Cuando salieron de este, se encontraron a Bastian solo en la alcantarilla. Iba vestido de negro, igual que ellos, y estaba apoyado contra la piedra mientras fumaba, con el pelo oscuro recogido y una de sus botas apoyada contra el muro. Apagó el cigarrillo antes de tirarlo a la alcantarilla. Aún no había llovido y la hierba estaba seca. Lo último que necesitaban era que provocara un incendio. Bastian se apartó del muro cuando los vio aproximarse, indicándoles que se acercaran a las sombras. No habló hasta que estuvieron cobijados bajo los muros de piedra y el estruendo del agua sucia.

El príncipe les hizo entrega de los mismos antifaces negros que se habían puesto en la otra ocasión. Se metió con un chapoteo en la alcantarilla mientras se ataba el suyo alrededor de los ojos.

—La parte principal del plan es pasar desapercibidos. Solo vamos en calidad de espectadores. A ver si podemos detectar si alguna persona habla con otra, si están reclutando. Pero, si todo esto falla, comenzaremos a preguntar por ahí, como si quisiéramos saber qué hacer para que nos contratasen.

—¿Y qué pasa con esos hombres que nos vieron hace un par de noches? —preguntó Lore—. Si han ido por ahí diciendo quién eres y

tú comienzas a actuar como si quisieras trabajar trasladando una mercancía misteriosa, quienesquiera que estén haciendo las contrataciones sabrán inmediatamente que los han pillado.

—Por eso no seré yo quien haga las preguntas. —Bastian miró sobre su hombro—. Las harás tú.

Al lado de Lore, Gabe se irguió.

—No puedo… —balbuceó Lore, dando pasos inseguros hasta que afianzó su postura en una parte poco profunda—. Hay gente allí que puede que me conozca…

—Y eso nos beneficia. —Bastian continuó avanzando, agitando una mano como si las protestas de Lore fueran tan solo ruido de fondo—. Si te preguntan por qué estás buscando un nuevo trabajo, puedes decirles que algo salió mal con el equipo para el que traficabas. Cambias de trabajo a menudo, ¿no? Así es como una espía puede hacer lo suyo.

Lore apretó los labios y no siguió protestando.

Chapotearon pisando el agua hasta llegar al final del túnel, a la plataforma de piedra resbaladiza que sobresalía del muro y a la rejilla de hierro de la alcantarilla, que había sido sustituida desde la última vez que habían tomado aquella ruta. Bastian escaló la pared y aflojó los tornillos. Después, le ofreció una mano a Lore.

Esta se la tomó y, en cuanto los dedos de Bastian se cerraron en torno a sus brazos, Gabe la agarró por la cintura. Los dos la impulsaron hacia arriba. Encontrarse atrapada entre ambos cuerpos hizo que le ardiesen las mejillas.

Lore atravesó con dificultad la alcantarilla abierta y salió hacia la calle, sin darse la vuelta mientras escuchaba a Gabe y a Bastian abrirse camino detrás de ella. Bastian gruñó. Gabe emitió un sonido que parecía un resoplido contenido. Cuando ambos aparecieron en su campo visual, el príncipe se estaba sacudiendo los dedos como si alguien se los hubiera pisado.

Recorrieron en silencio la calle prácticamente desierta, con el brillo anaranjado de las luces del puerto y los sonidos distantes de los gritos indicándoles que se aproximaban al cuadrilátero de boxeo.

—Mantened los ojos bien abiertos —les dijo Bastian antes de que se vieran rodeados por la muchedumbre.

Aquella noche había mucha más gente que la otra vez, muchos más cuerpos apelotonados alrededor de los fardos de heno. Todos parecían tener la intención de acercarse aún más. La noche en la que Bastian había peleado con Michal, el cuadrilátero había parecido un lugar más que idóneo para tener una reunión, con los espectadores formando grupos al acecho en los extremos, hablando y riéndose sin apenas

prestar atención. Aquella noche no era igual, ya que todos estaban interesados en el combate y las miradas eran intensas.

Cuando la muchedumbre se echó a un lado, Lore pudo ver el motivo.

Dos figuras femeninas se peleaban con saña en el centro del cuadrilátero de heno, con el pelo recogido en trenzas pegadas a la cabeza y los pechos firmemente vendados. Una de ellas tenía el pelo teñido de sangre, dejándoselo prácticamente rosa, y la otra se limpiaba un labio partido con el dorso de una mano envuelta en lino.

—¡Noche de pesos ligeros! —bramó un hombre, claramente casi borracho, que pilló mirando a Lore—. ¿Te apetece entrar en la refriega? Tienes demasiadas curvas como para ser un peso ligero, pero podríamos encontrarte a alguien de tu tamaño para que sea un combate justo.

—Estoy bien, gracias. —Lore reculó hasta que chocó contra otra forma que emitía calor: Bastian. Era capaz de reconocer aquella mano que se había apoyado en su hombro.

El borracho se encogió de hombros y volvió de nuevo la mirada hacia el cuadrilátero. La boxeadora rubia se lanzó hacia la que estaba herida, curvando el puño en el aire hasta acertarle a la otra en un riñón. La otra boxeadora cayó sobre los adoquines cubiertos de heno.

Lore se giró hacia Bastian.

—¿Sabías que hoy era la noche de los pesos ligeros?

—La verdad es que ni siquiera sabía que eso existía. —Bastian sonrió por detrás del antifaz, estirando el cuello para poder ver por encima de la multitud—. Qué maravilla.

Lore maldijo por lo bajo y se alejó del cuadrilátero para analizar la masa de gente que se había congregado allí para contemplar el espectáculo. Costaba mucho más hacerse una idea de cómo era el público con tanta gente junta, pero la mayoría estaban tan concentrados en el combate que no debería ser complicado divisar a alguien escabullándose para mantener una conversación clandestina. Gabe tomó asiento a unos metros de Bastian y Lore, de cara al combate, pero con el ojo azul desplazándose de un lado a otro detrás de su antifaz.

La boxeadora con el labio partido fintó hacia un lado. La rubia se tropezó tras lanzar un puñetazo al aire.

—Ahí —dijo Bastian.

No señaló con el dedo, pero inclinó la barbilla hacia las sombras que había en el extremo más alejado del cuadrilátero, un lugar que quedaba entre las farolas de la calle donde la oscuridad era más profunda. Allí estaban reunidas tres figuras, algo apartadas del

combate. El tipo cuyo rostro Lore alcanzaba a ver parecía estar escuchando atentamente lo que quiera que estuvieran diciéndole. La figura que hablaba estaba de espaldas a ella.

Bastian y Gabe intercambiaron una mirada. El Mort asintió y entonces comenzó a avanzar hacia aquel grupo, abriéndose camino entre la multitud como si fuese un tiburón atravesando un banco de peces.

—Vamos. —Bastian tomó a Lore del brazo y tiró de ella—. No creo que nuestra mascota monje necesite refuerzos, pero deberíamos mantenernos juntos, por si acaso.

Se oyó un rugido procedente del cuadrilátero. Cuando Lore echó la vista hacia atrás, la boxeadora rubia estaba en el suelo.

El grupo en las sombras se dispersó antes de que Gabe pudiera llegar hasta ellos. La figura que había estado hablando desapareció entre la muchedumbre sin que Lore pudiera echarle un buen vistazo.

Gabe se acercó a uno de los hombres que se había limitado a escuchar y entabló con él una conversación informal. Bastian y Lore se detuvieron a unos metros de distancia. Por lo que esta pudo escuchar, parecía que Gabe le estaba hablando sobre el tiempo en alta mar.

—Por el Dios Sangrante —murmuró la chica, y Bastian resopló.

Gabe y aquel hombre intercambiaron un par de palabras más sin relevancia sobre los vientos del noroeste hasta que el Presque Mort señaló con la cabeza hacia la dirección por la que se había marchado la persona que había estado hablando antes.

—No sabrás de alguna oportunidad de trabajo por aquí, ¿verdad? Estoy buscando sacarme un dinero extra. —Hizo una pausa—. Lo ideal sería algo que tan solo me llevara una noche.

—Está siendo demasiado evidente —susurró Bastian. Lore le dio un codazo en las costillas.

El hombre con el que estaba hablando Gabe (tan bajito y menudo que, si no hubiera sido por la barba incipiente en su mandíbula, Lore habría creído que todavía no tenía ni voz de adulto) miró hacia su compañero y se frotó el cuello. Allí tenía una gran colección de moratones, recientes y de un morado intenso.

—Puede que sí —dijo despacio—. Pero no soy yo el que debe compartir los detalles contigo.

Gabe apretó la mandíbula y el hombre menudo dio un paso atrás, abriendo mucho los ojos en señal de alarma. Lore no lo culpaba. Gabe no parecía ser el tipo de persona a la que uno querría cabrear.

—¿Y cómo puedo encontrar a alguien que esté dispuesto a darme los detalles? —preguntó Gabe.

El compañero de aquel hombre, más grande que él pero también

con aspecto de ser joven, soltó una carcajada.

—Perdiendo —le dijo, señalando con una mano hacia el cuadrilátero.

Lore miró hacia atrás. La boxeadora rubia volvía a estar en pie, pero la sangre le chorreaba sin parar de un corte que tenía a lo largo de la frente, metiéndosele en los ojos.

—¿Perdiendo? —La confusión de Gabe se reflejó en su ceño fruncido, arrugando al mismo tiempo el antifaz negro.

—Perdiendo un combate —balbuceó el hombre menudo, volviendo a frotarse unos recientes moratones—. Solo abordan a las personas que pierden una pelea.

—¿Por qué?

—Y yo qué mierda sé —replicó con brusquedad—. Supongo que será porque para participar en un combate hay que pagar, y los que acabamos de perder dinero somos los que menos preguntas hacemos.

Otro bramido de la multitud. La boxeadora rubia estaba en el suelo, aquella vez de forma definitiva. Un hombre enorme con una enmarañada barba oscura saltó por encima de los fardos de heno, riéndose, y levantó el brazo de la otra boxeadora por encima de la cabeza de esta. Aquella tenía un ojo morado, pero una sonrisa triunfal.

Gabe miró hacia Lore y Bastian, y luego suspiró.

—¿Con quién tengo que hablar para entrar en el cuadrilátero?

—Tú no puedes entrar. —El hombre lleno de moratones miró a Gabe de arriba abajo y luego negó con la cabeza—. Al menos, no esta noche. Es la noche de los pesos ligeros.

Entonces, tres ojos se fijaron en Lore: el único que tenía Gabe y los dos que tenía Bastian, con un interrogante en todos ellos.

—Mierda —murmuró Lore.

Capítulo Treinta

El pasado siempre tendrá la última palabra.

–Proverbio erocano

Después de diez minutos y de que Bastian entregara un montón de oro, Lore, el Presque Mort y el Príncipe Solar se colocaron justo en el borde exterior del cuadrilátero de heno, esperando a que llegara la contrincante de la chica.

—Sé que el objetivo de esto es perder —dijo Bastian mientras le envolvía los nudillos con lino blanco—. Pero al menos intenta darles un espectáculo. Dudo que ninguno de los presentes vaya a acercarse a ti con un encargo para mover mercancía si te tumban con el primer puñetazo.

—Haré lo que pueda. —Lore estaba demasiado nerviosa como para responderle con ingenio.

A su lado, Gabe estaba ceñudo, con la mandíbula apretada lo suficiente como para hacer que se le erizara la incipiente barba pelirroja.

—Esto no me gusta.

—No es que a mí me apasione. —Lore dio varios saltitos. La energía nerviosa que sentía la obligaba a moverse—. Sorprendentemente, no se me dan demasiado bien las peleas a puñetazos.

Bastian paró de envolverle los nudillos y arqueó una ceja.

—¿Eras traficante de veneno y no se te daban bien las peleas a puñetazos? ¿Qué es lo que sabías hacer entonces?

Lore le enseñó los dientes.

—Salir corriendo.

—Pelearse a golpes no requiere mucha destreza —le dijo Gabe—. El instinto de supervivencia se apodera de tu ser. Y eso a ti te sobra.

—Bueno, es debatible —murmuró Bastian. Gabe y Lore fingieron no haberle oído.

Pasó un momento y entonces Gabe suspiró, como si por fin se

resignara a aceptar lo que estaba a punto de suceder.

—Apunta hacia las rodillas.

—Ah, sí. —Bastian le hizo un nudo en el lino sobre las manos—. Las rodillas son los ojos de las piernas.

Ambos se quedaron mirando al príncipe. Entonces, Gabe se encogió de hombros.

—La verdad es que es un buen consejo.

—Los dos sois de gran ayuda, sí. —Lore calentó los dedos, estirándolos y contrayéndolos, intentando contener la ansiedad que hacía que le cosquilleara toda la columna vertebral.

En el otro extremo del cuadrilátero, la multitud se separó. Una chica con el cabello cobrizo recogido en trenzas y cara de haber olido leche en mal estado saltó por encima de los fardos de heno y se plantó en el lado opuesto, con la cadera ladeada y los brazos cruzados. Era entre dos y cinco centímetros más baja que Lore, pero ambas tenían una constitución similar, redonda y musculosa.

—Bueno, está muy mal preparada —murmuró Bastian—. Ni siquiera se ha envuelto los nudillos.

—No creo que le haga falta. —Lore echó un vistazo hacia las manos de la otra chica. Las tenía plagadas de moratones y con las articulaciones inflamadas, señal de que era una boxeadora experimentada.

Lore cerró las manos en puños. Sentía cómo le latían, como si fueran una extensión de su corazón.

El árbitro barbudo se colocó en el centro del cuadrilátero.

—¡Última oportunidad para hacer sus apuestas!

—Si descubren que he perdido a propósito, nos perseguirán por toda la ciudad con las horcas en alto —dijo Lore.

—Entonces, será mejor que parezca que no has perdido a propósito —replicó Gabe.

El hombre barbudo chasqueó los dedos y Lore avanzó hacia delante. Las últimas palabras de ánimo de Gabe y Bastian quedaron amortiguadas por el zumbido que sentía en los oídos.

Su contrincante también se acercó, dedicándole a Lore una mirada de arriba abajo que culminó con una sonrisa burlona.

Aquello hizo que a Lore le cabreara tener que perder.

—Se cierran las apuestas —anunció el árbitro—. ¡Señoritas, veamos cuál de las dos manda primero a la otra a su infierno personal!

Los abucheos y los silbidos resonaron por toda la calle del puerto. Lore se detuvo, aguardando a la señal oficial que les indicara que podían empezar.

Supo que habían empezado cuando sintió un puñetazo en la tripa.

La pelirroja extendió el pie mientras Lore seguía doblada sobre su estómago, pero esta lo vio antes y se apartó de su trayectoria. Su contrincante, imperturbable de un modo que llegaba a ser inquietante, le dio a Lore con la palma de la mano abierta en la oreja y esta cayó de rodillas mientras le pitaban los oídos.

—¡Al menos dale una vez! —gritó Bastian desde fuera.

—Eso intento —dijo Lore entre dientes. Levantó la mirada y vio cómo la otra chica recorría, despacio y acechante, el cuadrilátero con una sonrisa feroz en el rostro. La multitud vitoreaba, animándola a que se tomara su tiempo con una rival que evidentemente era más débil. Lore respiró hondo a medida que la otra chica se acercaba, dejando que su estómago se expandiera y desterrando el dolor de su cabeza. Movió su cuerpo dolorido, poniendo el trasero en el suelo, las piernas dobladas delante de ella y las manos a la espalda. Aquella postura tan precaria daba la impresión de que Lore intentaba levantarse sin éxito, algo que solo sirvió para ensanchar aún más la sonrisa de la pelirroja.

Al fin, su oponente se acercó lo suficiente como para que pudiera tocarla, aunque Lore no arremetió aún contra ella. La pelirroja ladeó la cabeza y la miró desde arriba, igual que alguien miraría a una niña malcriada.

—Te daría la oportunidad de rendirte, pero me viene bien la práctica. —Cerró el puño y lo echó hacia atrás.

Lore, que se encontraba sentada, estaba a la altura del estómago de la otra chica. Perfecto.

En cuestión de un segundo, levantó una pierna, impulsándose desde atrás sobre las manos y echando un vistazo rápido para asegurarse de que apuntaba bien. Le dio una patada a su contrincante en la rodilla e hizo que cayera hacia atrás con un grito ronco de dolor.

—Los ojos de las piernas —murmuró Lore, y se levantó del suelo.

La multitud vitoreaba. Sus lealtades eran tan cambiantes como el tiempo. Bastian gritaba para animarla, pero Gabe parecía preocupado. Quería que se rindiera. Lore podía verlo en su mirada. Pero no creía que su rival fuera a darle la oportunidad, sobre todo ahora.

Solo le quedaba perder a lo grande. Lore se encogió, preparándose para ello.

—Me las pagarás por eso. —La otra chica se sacudió la pierna, sin apenas cojear, aunque la agonía se le reflejaba en el rictus de la boca mientras avanzaba hacia delante.

—Sí, supongo que sí —suspiró Lore.

—¡Dispersaos!

Los gritos procedían de las calles que daban hacia la ciudad,

acompañados de los sonidos de botas sobres los adoquines.

El vitoreo de la multitud se transformó en gritos de sorpresa.

—¡Capas sangrientas! ¡Corred!

El cuadrilátero de heno acabó desierto. Tanto los espectadores como las boxeadoras que esperaban su turno se dieron media vuelta y salieron por patas, desapareciendo por los callejones mientras un grupo de capas sangrientas ocupaba la calle, con las bayonetas refulgiendo bajo la luz anaranjada de las farolas. Aquello hacía que parecieran flechas en llamas.

La chica contra la que Lore había estado peleando se dio la vuelta para huir con la pierna dolorida. No le dedicó ni un segundo vistazo a Lore. La venganza no era una gran prioridad cuando tenías que intentar escapar de las islas Calcinadas.

Lore sintió una mano sobre el brazo, tirando de ella hacia delante. Era Gabe.

—Vamos. Esto ha sido una mala idea.

Los dos corrieron por las calles junto con el resto del gentío. Los sonidos de las detenciones y algún que otro disparo a sus espaldas solo servían para que corrieran aún más, hasta que Bastian salió de la estrecha entrada de un callejón.

—¡Por aquí!

Gabe no aminoró el paso mientras se metía por allí, conduciéndolos a ambos bajo el relativamente seguro amparo de la oscuridad. Lore se apoyó contra la pared, con los brazos cruzados sobre el estómago. Aún le dolía la zona donde le habían pegado el puñetazo y aquella repentina carrera no había ayudado.

—Tenemos que volver a la ciudadela antes de que esto se descontrole. —Bastian se encontraba parado justo en la entrada del callejón. Una sombra le cubría el rostro mientras se asomaba hacia la calle. Un grupo de capas sangrientas pasó corriendo y el príncipe se pegó a la pared, ocultándose en la oscuridad—. Volveremos mañana.

—Desde luego que no. —Gabriel se irguió en el centro de aquel callejón húmedo y oscuro, hablando con un tono duro y una expresión aún más severa—. Este plan ha sido una tontería desde el principio.

Bastian miró de nuevo sobre su hombro. Las luz de las farolas incidía sobre el brillo de sus dientes. Lore recordó la última vez que había estado con el Príncipe Solar en un callejón, cómo este había pasado tan rápido de ser un miembro de la realeza holgazán a alguien perspicaz y cabreado.

—¿Tienes un plan mejor? —le preguntó Bastian, emulando el tono de voz cortante de Gabriel.

—Debe haber uno mejor —replicó el aludido—. Podemos hablar

con…

—Eso no va a funcionar —dijo Lore con calma—. Sabes que no lo hará, Gabe. El único modo de descubrir quién está contratando a esa gente es averiguándolo por nuestra cuenta. —Señaló hacia la entrada del callejón—. La redada de esta noche es prueba de ello. No vamos desencaminados, y alguien sabía que íbamos a estar hoy aquí.

Gabe se giró hacia Lore, con aquel ojo azul centelleando a través de su antifaz.

—No sabes lo peligroso que es seguir haciendo esto. Seguir viniendo hasta aquí…

—Soy de aquí. —De algún modo, Lore consiguió enderezarse a pesar del dolor que sentía en el estómago y le miró fijamente—. ¿No te has planteado que igual estás llevando demasiado lejos tu papel de protector?

No había tenido la intención de decir eso. No sabía qué forma tomarían su rabia/su miedo y su irritación hasta que las palabras salieron de su boca. Los tres se quedaron inmóviles, contemplándose los unos a los otros, conscientes de que estaban abriendo una puerta hacia algo mucho más grande de lo que podían afrontar en ese momento.

Gabe dio un paso hacia delante, con el ojo azul reluciente.

—¿Prefieres que te tire a los leones una y otra vez solo para conseguir mi objetivo? —No miró a Bastian, pero no hizo falta. Su acusación había tomado la forma de una flecha y era evidente cuál era su diana.

La mirada del príncipe cayó como una losa sobre los hombros de Lore. Él sabía lo que era ella, de dónde procedía, que podía sobrevivir a unos cuantos leones. Sabía que si estuviera hecha de cristal, habría acabado hecha pedazos hacía ya mucho tiempo.

Gabe no conocía todos aquellos detalles de los que Bastian sí estaba al corriente.

Tal vez fuera hora de solucionar aquello.

Lore inhaló hondo.

—Gabe, hay algo que…

Pero fue interrumpida por una figura que salió de entre las sombras y la golpeó por detrás.

Sintió que el estómago, que ya de por sí le dolía, le ardía mientras se golpeaba el cráneo contra el sucio muro. Por encima del fuerte pitido que sentía en los oídos, pudo escuchar gritar a Gabe, el sonido de puños contra la carne y un gruñido que solo podía pertenecer a Bastian.

El golpe había hecho que se le nublara la vista, pero Lore abrió los

ojos como pudo.

—No has aprendido la lección, ¿eh? —Aquella voz le resultaba familiar. Ya la había escuchado antes. Pero ahora era algo pastosa, como si tuviera la garganta irritada—. Da igual que seas un príncipe Y da igual que tú seas una dama. Necesito más dinero y sé que vosotros tenéis, capullos.

Poco a poco, Lore consiguió volver a enfocar la mirada y logró discernir la figura que le tapaba la luz procedente de la farola. Tenía mucho peor aspecto que la otra vez. Su enorme cuerpo parecía encorvado, como si careciera de la fuerza suficiente para mantenerse erguido, y unas líneas grises de piedra se entrecruzaban por donde deberían estar sus venas. Aun así, lo reconoció. Se trataba de Milo, el matón que había intentado extorsionar a Bastian para sacarle más dinero del que debía la última vez que habían estado en el cuadrilátero.

Gabe se había desplomado contra los ladrillos sucios, consciente pero mareado, con una mancha violeta extendiéndosele por la sien. El mango de la daga de Bastian atravesaba el hombro de Milo, pero este no parecía sentirlo en absoluto. Tenía tanta piedra en las venas que era un milagro que la cuchilla hubiese podido atravesarle la piel. Aquel hombre había consumido tanto veneno que había acabado medio convertido en un renacido.

Bastian se desplomó en el centro del callejón, con los brazos cruzados sobre el estómago. Milo también le había asestado un navajazo a él. La camisa del príncipe acabó empapada de sangre, que bajo la tenue luz parecía ser de un tono negro como la noche, y resbalaba repiqueteando débilmente contra el suelo cubierto de basura.

Milo se cambió el cuchillo sangriento de mano.

—Me da igual quién seas —murmuró con aquella voz pétrea y rasposa. En los labios se le fue formando lentamente una sonrisa de lunático, y en sus ojos, desenfocados y vidriosos, podía verse la euforia del subidón del veneno—. Esta vez vas a morir.

El tiempo se ralentizó. Algo comenzó a tomar forma en la mente de Lore, una idea completa, un instinto que sabía perfectamente cómo seguir.

—Apártate —le dijo a Bastian, y de algún modo su voz sonó firme a pesar del dolor de estómago y el zumbido en su cabeza.

Fuera cual fuese aquella profunda certeza por la que Lore se estaba dejando llevar, parecía que Bastian también la sentía. El príncipe se presionó con más fuerza la mano en el vientre y se fue trastabillando por el callejón en dirección contraria, lo más lejos posible de Lore y

Milo, mucho más rápido de lo que debería haber sido posible con aquella herida en el estómago.

Milo empezó a seguirlo, pero Lore fue más rápida que él. Con Bastian ya lo suficientemente alejado, le era más sencillo atraer al Mortem. Llegó a ella con facilidad, fluyendo desde los muros de piedra, desde la basura apilada en los rincones y desde el frío acero de la daga, que incluso en aquel momento estaba cortando el aire en su dirección.

El Mortem era más fuerte que nunca, una oleada que debería haber abrumado sus sentidos. Sin embargo, Lore aceptó aquel poder y lo blandió sin esfuerzo.

Extendiendo las manos hacia delante, su visión se volvió grisácea mientras contenía la respiración y pasaba a aquel plano de la existencia donde la muerte era visible, donde era un arma. Lore canalizó el Mortem a través de su cuerpo. Este le ennegreció las venas y le dejó los ojos opacos, mientras que el corazón se le paró en el pecho durante un latido.

Casi sin pensar, Lore tomó toda esa muerte y la impulsó en dirección a Milo.

Para ella, manejar la muerte era como respirar, como una parte intrínseca de su ser que tan solo había estado esperando a ser liberada. Lore ya había hecho aquello otras veces sin pensar. La habilidad con la que había nacido hacía que una cosa tan minuciosa pareciera fácil. Pero, en aquel instante, estaba poniendo todos sus sentidos y deleitándose en lo que era capaz de hacer.

Hiló el Mortem como si se tratara de una hebra, envolviendo al hombre con ella y formando una especie de mortaja. Aquello era lo mismo que les había sucedido a las rosas del jardín, que simplemente se encontraban recubiertas de piedra, yertas. Actuó lo justo para dejarlo inmóvil, para detenerlo, porque no le quedaba otra opción.

«¿Ves con qué facilidad te adaptas a ello, hija de la noche?».

La voz era débil, pero Lore la oyó lo suficientemente bien como para perder la concentración. Sacudió la cabeza y abrió los ojos.

Milo era de piedra. La punta de su cuchillo refulgía a unos centímetros de la garganta de Lore. Esta esperaba que la expresión del hombre se hubiera quedado congelada en un gruñido, pero, en cambio, se había quedado con la boca abierta en un gesto de terror.

—Has… —Gabe se quedó boquiabierto, saliendo de su aturdimiento y cerrando y abriendo las manos en el aire mientras se impulsaba para ponerse en pie—. No deberías haber…

—¿Y qué otra cosa pretendías que hiciera, Remaut? —Bastian se aproximaba a ellos desde el fondo del callejón. Tenía la camisa

manchada de sangre, pero ya no se agarraba el estómago ni caminaba como si estuviese herido—. ¿Bailar con él?

Gabe no respondió. Se apoyó contra la pared y se quedó contemplando fijamente la estatua en la que Lore había convertido a un ser humano vivo.

Milo. Había sido una persona con un nombre y un trabajo, aunque ese trabajo consistiera en la extorsión por medio de apuestas en combates ilegales. Era una persona a la que Lore había convertido en piedra. ¿Seguiría de algún modo consciente allí debajo? ¿Sentiría dolor?

Lore sacudió la cabeza. No quería saberlo.

No miró hacia Gabe. Sabía perfectamente que, en aquel momento, su expresión sería mucho peor que la que había puesto el día de la fuga de Mortem y no podría soportarla, no podría enfrentarse a ella, no cuando quedaba tanto por hacer.

—¿Y tu estómago? —le preguntó Lore a Bastian, su temblorosa voz apenas un susurro.

El príncipe bajó la mirada hacia aquella zona, como si lo hubiera olvidado, y frunció el ceño al verse la camisa ensangrentada.

—Estoy bien —respondió—. Debe haber sido solo un rasguño.

Había sido algo más que eso. Al menos, eso es lo que creía Lore. Pero al levantarse la camisa, la piel de Bastian estaba intacta, con tan solo una mancha de sangre seca.

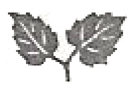
Lore sintió una mano en el hombro. Era el Príncipe Solar, que la estaba apartando con delicadeza del cuchillo extendido en la mano de piedra de Milo. Desplazó los dedos hasta la nuca de Lore y luego hasta su pelo. Con el pulgar le acarició la mejilla antes de soltarla y apartarse.

—Bueno —dijo, tras asentir con decisión—. Bien. No podemos dejarlo aquí y doy por sentado que no estás lista para volver a cambiarle de estado.

—Si es que tal cosa es posible. —Gabe habló en un tono bajo y ronco—. Si es que podemos volver a cambiarlo.

—Sea como sea, tenemos que moverlo de aquí. —En el otro extremo del callejón, había una carreta desvencijada apoyada contra la pared. Bastian se acercó hasta allí y la tomó por una de sus manijas. La carreta se movió, aunque con un chirrido terrible—. Pero no tengo ni idea de a dónde.

—Yo sí —dijo Lore. Sentía los labios entumecidos—. Sé a dónde podemos llevarlo.



Se produjo un momento de ligero pánico cuando Bastian y Gabe debatieron sobre cómo meter al hombre de piedra en la carreta y si esta aguantaría siquiera el peso, por muy decrépito que Milo hubiese estado. Este no era menudo ni siendo de carne y hueso. Sin embargo, al final, la estatua hecha de Mortem resultó más fácil de mover de lo que parecía.

Gabe y Bastian la levantaron juntos a la de tres y el hombre cayó sobre la carreta. Habían acolchado el fondo de esta con basura que Lore había recogido del callejón. Bastian retrocedió con los ojos muy abiertos.

—Ha sido mucho más fácil de lo que esperaba.

—No es piedra maciza —dijo Gabe. Y entonces, con una sacudida de cabeza, añadió—: Me refiero al hombre.

No era piedra maciza, se trataba de una persona viva envuelta en una mortaja de muerte. Lore sintió ganas de vomitar. Gabe ni la miró.

El Presque Mort cubrió a la figura de piedra con más basura y luego Bastian y él tiraron de la carreta mientras Lore se acercaba con sigilo a la entrada del callejón, mirando hacia ambos lados.

—Despejado —murmuró—, pero tenemos que darnos prisa.

—Sí, imagino que esto no será fácil de explicar. —Bastian arrastraba la parte delantera de la carreta a la zaga de Lore. Gabe se había quedado atrás, manteniéndola estable. Lore se preguntó si el Presque Mort habría elegido ocupar aquella posición porque era la que más lejos quedaba de ella.

Despacio, Lore salió del callejón, con Bastian, Gabe y su misterioso cargamento detrás. La chica recordaba bien la ruta, tomaba las curvas y los atajos sin tener que pensarlo mucho. Durante diez años, el equipo de Val había trabajado desde el mismo almacén, y Lore recordaba cómo llegar hasta allí, aunque una parte de ella hubiera deseado poder olvidarlo.

No había querido involucrarlas. Incluso a aquellas alturas, cuando era evidente que tal vez las respuestas se encontraran en su pasado como traficante de veneno y no en su presente como falsa noble, Lore no había querido acudir a Val y a Mari. Quería que permanecieran lo más alejadas posible de todo aquello, tanto para mantenerlas a salvo como porque la idea de volver a verlas era como hurgar en la herida que tenía en el pecho, como si estuviera presionándose un hematoma.

Pero, en ese momento, no tenía otra opción.

La niebla cubría la calle, ganando densidad a medida que se

acercaban al puerto. La luna llena se reflejaba sobre el agua oscura, visible desde la distancia como si se tratase de una extensión brillante igual que el cielo sobre sus cabezas.

Mirar hacia la luna hizo que Lore pensara en el próximo eclipse, en el baile de su vigésimo cuarto cumpleaños.

El almacén era un edificio alto y oscuro, sin nada que lo diferenciara del resto de los edificios altos y oscuros que lo rodeaban. Que pareciera abandonado era algo intencionado. El tejado estaba hundido por el centro. Los canalones estaban llenos de excrementos secos de gaviota. Las marcas de agua cubrían los ásperos paneles de madera de las paredes exteriores.

La mayoría de los otros edificios sí que estaban vacíos. Aquello era un verdadero paraíso para los renacidos que buscaban un lugar en el que dormir la mona después de consumir su última dosis o un lugar tranquilo para al fin poder morir después de haberse hecho de cemento por dentro al intentar alargar sus vidas. Val nunca echaba a nadie de los almacenes vacíos, pero, de vez en cuando, enviaba a gente en busca de cadáveres. Sobre todo en los meses más cálidos, cuando la poca carne que les quedaba en el cuerpo comenzaba a oler. Quemaban los cadáveres que se encontraran, sin molestarse en intentar averiguar si tenían algún familiar con el que pudieran contactar. Si alguien se arrastraba hasta los almacenes vacíos del puerto para morir, seguramente no tendría a nadie que fuera a buscarle y tampoco se preocuparía demasiado por alcanzar el reino luminoso. No es que aquello les importara a muchos por allí.

—¿Adónde vamos exactamente? —Bastian no parecía estar cansado. Cuando Lore se fijó en él, vio que tenía los músculos de los hombros tensos contra el tejido de su camisa, que se había quedado rígida a causa de la sangre. Aquello solo hacía resaltar aún más sus brazos fibrosos y su pecho bien definido.

Lore apartó la mirada.

—A una guarida de traficantes de veneno. —Era una pérdida de tiempo andarse por las ramas.

—Ah, estupendo —dijo Bastian—. Nunca he estado en una.

Detrás de él, Gabe seguía guardando silencio.

Las calles alrededor del almacén estaban vacías, algo que era habitual. Val escalonaba los horarios de su equipo para que no fueran vistos todos a la vez cerca de su cuartel general y así no llamasen la atención. Ahora debía seguir haciéndolo solo por costumbre. Val ya contaba con sus permisos, su negocio había sido oficialmente autorizado por la Iglesia y la Corona. Entregar a Lore a Anton le había comprado aquella legitimidad.

Las farolas quedaban ya muy lejos y, en aquel instante, la única iluminación era la que les proporcionaban la luna llena y las estrellas desperdigadas. Eso hacía que el edificio se cerniera sobre ellos como un cadalso.

Lore se detuvo ante la puerta, con los nervios revolviéndole el estómago. Pero tenía que esconder al hombre convertido en piedra hasta que averiguara cómo volver a cambiar su forma, y aquel era el único lugar que se le había ocurrido para hacerlo.

Así que llamó a la puerta. Con los nudillos marcó un patrón conocido, grabado en su mente desde que tenía trece años. Dos golpes seguidos y concisos, y luego dos más con una pausa de cuatro segundos entre ambos, culminado con un repiqueteo seguido de los nudillos contra la puerta.

Esta se abrió de inmediato.

—Por todos los dioses muertos y moribundos, ¿por qué has tarda…? —A Mari le tembló aquella voz de contralto cuando su esbelta figura se asomó a la puerta. Abrió los ojos como platos—. ¿Lore?

A su pesar, a Lore le tembló el labio.

—Hola, Mari.

Capítulo Treinta y uno

> Los lazos familiares son sagrados, pero no siempre están unidos por la sangre.
>
> —Proverbio myroshano

El interior del almacén contradecía el aspecto destartalado de su exterior. Los suelos estaban perfectamente barridos, los techos eran altos y habían sido fabricados con varias capas de madera y hojalata para que el deliberado mal estado del tejado no afectara al interior. Unos catres se encontraban alineados contra las paredes, algunos hechos y otros no. La mayoría del equipo no vivía ahí, y Val y Mari tenían un pequeño apartamento encima de su despacho, pero mantenían las camas allí por si acaso alguien necesitaba un lugar en el que quedarse. A la derecha se hallaba abierta la puerta del despacho, desde donde salía una luz dorada hacia la oscuridad, procedente de una lámpara de gas que se encontraba en el borde de un escritorio. Aquella lámpara era la posesión más preciada de Mari. Había sido un regalo de Val por su aniversario, cuando Mari se había negado a seguir llevando la contabilidad a la luz de las velas.

Unas cuantas cajas estaban apiladas entre las sombras, al fondo de aquel espacio, prueba de que iban a realizar una entrega en los próximos días. Val no guardaba allí el veneno a no ser que no le quedara otra opción.

Mari estaba plantada delante de la puerta del despacho, con los brazos cruzados y mirando fijamente a Gabe, a Bastian y a la carreta detrás de ellos con una expresión indescifrable mientras Lore le narraba su historia. Esta se ciñó a la verdad la mayor parte del tiempo, aunque no le contó a Mari para qué habían acudido a los muelles, pese a querer hacerlo. Encontrarse con una de sus madres había provocado que el dolor por la traición de Val se desvaneciera. Lore se sintió de nuevo como una niña, deseosa de contárselo todo a una de sus madres adoptivas y dejar que esta lo solucionara.

También evitó mencionar las identidades de Gabe y Bastian.

Decirle a Mari que el Príncipe Solar de Auverraine y un Presque Mort estaban en su almacén sin duda haría que esta cayera redonda al suelo.

Cuando Lore acabó por fin su relato, Mari asintió lentamente, sopesando la historia con los labios apretados formando una fina línea.

—Así que… —comenzó, con esa mirada oscura recelosa—, quieres que escondamos aquí a una persona muerta…

—No está muerto. —Fue la primera vez que Gabe habló desde que se habían marchado del callejón, y Lore se sobresaltó casi tanto como Mari. A su lado, Bastian permaneció callado, con los brazos cruzados y pensativo. Ambos seguían con los antifaces puestos, aunque Lore se había quitado el suyo. Aquello tenía el desconcertante efecto de hacerlos parecer casi la misma persona si se los miraba de reojo.

—Vale, pues a una persona no muerta —rectificó Mari— en nuestro almacén hasta que puedas averiguar cómo solucionarlo.

—No será por mucho tiempo —declaró Lore. Su voz tenía casi el mismo tono adulador que cuando era una niña y suplicaba para conseguir algo que quería—. De hecho, voy a intentarlo dentro de un par de minutos.

Sintió la mirada de Gabe fijarse repentinamente en su nuca, haciendo que se le pusiera la carne de gallina. La chica se enfureció. Parecía que dejar a Milo en aquel estado era malo, pero intentar arreglarlo también. Nunca iba a lograr complacer a Gabe, no importaba lo que hiciese. Y a Lore le habría gustado que aquello le diese igual.

—Tan solo necesitábamos un lugar al que traerle —terminó en voz baja—. No podíamos dejarlo en el callejón.

—No, supongo que no. —Mari suspiró, llevándose la mano al pañuelo de seda que le recogía los largos mechones retorcidos de la cabellera para apretarse más el nudo, haciendo que las cuentas de color azul en los extremos tintineasen entre ellas. Debían de haber llegado justo antes de que Mari se fuera a la cama—. Muy bien. Puede quedarse.

—Con suerte, no será por mucho tiempo. —Lore se dio la vuelta y miró hacia el hombre de piedra sobre la carreta. La basura que estaba apilada encima de él se había movido, dejando al descubierto el rostro aterrado de Milo.

Mari le echó un vistazo a la carreta y arqueó una ceja en dirección a Lore.

—Dame un segundo y lo arreglaré —le dijo esta—. Solo necesito… Tan solo necesito un poco de privacidad.

Privacidad y un lugar en el que se sintiera cómoda. Lore no había sido consciente de lo tensa que estaba hasta que aquella sensación poco a poco se fue disipando. A pesar de todo, el almacén seguía siendo para ella un hogar y, por todos los dioses, lo había echado muchísimo de menos. Estar en aquel lugar le llenó un hueco en el pecho que ella no sabía ni que existía.

—Y la tendrás. —Mari echó un vistazo hacia la puerta—. Val no tardará en llegar.

Aquel hueco volvió a vaciarse. Lore se mordió el labio.

—¿Supondrá eso algún problema?

—No creo, la verdad. —Mari la miró a los ojos y algo se suavizó en su expresión. Las líneas que tenía alrededor de la boca transmitían tristeza y resignación—. Estaba entre la espada y la pared, Lore. El altísimo sacerdote no le dio otra opción. O te entregaba a ti o ejecutaba a todo el equipo.

Detrás de Lore, Gabe se irguió.

—¿Ejecutar? —repitió Lore con calma. Val le había dicho que había tenido que elegir entre ella y el equipo, pero Lore había pensado que se refería a que los encarcelarían, a que les pondrían una multa o que tal vez los enviarían a las islas Calcinadas…

—Nos hubiera matado a todos —susurró Mari. Se mordió la comisura del labio—. Te quería a ti, ratoncita. Desesperadamente.

Lore recordó aquel primer día después de lo de Caballo, cuando Anton le había dicho que la Iglesia llevaba vigilándola desde que tenía trece años, desde que había resucitado a Cedric de entre los muertos. La habían observado, vigilado de cerca, dejado que viviera una vida que ella creía libre hasta que al final se había tensado la cuerda.

Habían esperado hasta que se había hecho mayor. Hasta que su poder sobre el Mortem había madurado, crecido. Y así era. El hombre de piedra en la carreta era prueba de ello. Hacía unas semanas, Lore no habría sido capaz de hacer nada parecido, como si su estancia en la ciudadela hubiera fortalecido, de algún modo, su habilidad.

Su estancia en la ciudadela y el lento avance hacia su vigésimo cuarto cumpleaños.

Por instinto, Lore fijó la mirada en Bastian, buscando apoyo por parte del Príncipe Solar. No se había dado cuenta de que Gabe se había apartado de ellos. Estaba lo suficientemente alejado como para no escucharlos hablar, hasta que se acercó a Bastian por detrás, caminando como un animal enjaulado. El Presque Mort volvió a mirar atrás una vez más. Desplazó su mirada entre el príncipe y ella antes de volver a apartarla.

Entonces, llamaron a la puerta. El mismo patrón que Lore había

empleado. Mari fue a abrir.

Al otro lado se encontraba Val.

—Lo siento, cariño, estaba… —Val se quedó en silencio, con la boca abierta, pero sin emitir ni una palabra más, con los ojos muy abiertos mientras miraba a Lore.

—Ratoncita —dijo, y luego corrió hacia ella.

Lore no sabía qué esperar. Junto a la pared, Bastian parecía estar listo por si se producía una pelea, con los hombros relajados y los puños apretados.

Pero Val envolvió con los brazos a Lore y la abrazó con fuerza.

De todos los abrazos que habían compartido, aquel fue el más largo. Aunque solo había sucedido tres veces antes, todos convertidos en preciados recuerdos para Lore, así que tal vez no tuviera muchos con los que compararlos. Mari era la más dulce, la madre a la que acudía para que la consolara. Aun así, tras aquel primer momento de sorpresa, que hizo que se quedara inmóvil, Lore le devolvió el abrazo, apretándola igual de fuerte y olvidando su rabia al percibir el familiar aroma del pelo de Val y el familiar roce áspero de su camisa contra su mejilla.

—Ay, ratoncita. —La voz de Val sonaba ahogada y ronca—. Me alegro tanto de que estés bien.

Lore no respondió. Bajó el mentón, enterró la cara en el hombro de Val y esperó que la otra mujer no sintiera aquella calidez salada mojándole la camisa de trabajo.

Sin embargo, no se permitió llorar a gusto. Esa era una compuerta que no podía abrir todavía. No tenía tiempo.

Pudo mantener mejor la compostura una vez que se separaron. Las lágrimas se le habían secado y la barbilla no le temblaba.

—Entiendo por qué lo hiciste —le dijo a Val en voz baja—. Sé que lleva vigilándome desde… desde lo de Cedric. Y Mari me ha dicho que os amenazó con ejecutar a todo el equipo.

La mirada de Val transmitía agotamiento. Esta asintió y se pasó una mano por el pañuelo que le sujetaba el cabello claro.

—También nos lo vendió como si fuera a ser algo bueno para ti. Vivir en la Ciudadela, donde a los de tu… condición se los comprendía mejor. Hizo que sonara como si fueran a enseñarte a usar tu poder.

Lore se movió incómoda en el sitio. Le dolía escuchar que Anton había usado la promesa de enseñarle a usar su poder para conseguir que la mujer accediera. Hizo que se preguntara cuántas veces había querido ayudarla Val y no había sabido cómo.

A la traficante de veneno le temblaron los brazos musculosos mientras posaba las manos sobre los hombros de Lore.

—Si hubiera sabido que estaban siguiéndote, te habría protegido —murmuró—. Espero que puedas creerme.

—Te creo —murmuró Lore en respuesta. Y era cierto—. Siento haberte metido en todo esto, Val.

—No. —Su madre la sacudió levemente, con impaciencia—. Esto no es culpa tuya. Nada de esto lo es. Tan solo me alegro de que estés aquí y de que estés bien.

—No está tan bien —intervino Mari—, si tenemos en cuenta al hombre de piedra en la carreta y todo eso.

Val abrió los ojos como platos.

—¿Cómo dices?

—Es una larga historia. —Lore suspiró.

—No hace falta que me la cuentes. —Val por fin se había fijado en Gabe y Bastian. La canosa traficante de veneno los miró a ambos con cautela, apartando una mano del hombro de Lore y llevándosela a la funda de cuero que tenía en la cadera. Val siempre llevaba encima una pistola—. Me interesan mas los hombres que no son de piedra y que están ahora mismo en mi almacén.

Lore abrió la boca, intentando pensar en una tapadera para los dos, pero no tendría que haberse molestado. Como no podía ser de otro modo, Bastian se le adelantó.

—Soy Blaise —mintió el príncipe, haciendo una reverencia—. Y mi malhumorado amigo es Jean-Baptiste.

Gabe apretó la mandíbula al escuchar aquel nombre falso tan pomposo que Bastian le había dado. Fue casi un alivio ver la irritación en el rostro del Presque Mort, algo distinto al frío distanciamiento y a la ira latente.

—¿Y de qué conocéis vosotros dos a Lore?

Bastian no flaqueó en absoluto bajo la mirada perspicaz de Val.

—La hemos estado ayudando en la ciudadela —dijo, acercándose todo lo posible a la verdad sin llegar a revelarla. Luego, con una sonrisa burlona, añadió—: Los forasteros tenemos que permanecer juntos, milady.

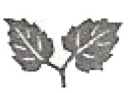
—No me llames «milady». —Val desplazó la mirada de Bastian a Lore, con expresión calculadora—. Si Lore confía en vosotros, yo también. Pero algo que se obtiene tan rápido, también puede perderse con facilidad. Y si se os ocurre pasaros lo más mínimo de la raya, acabaré con vosotros.

—Ni se nos ocurriría —replicó Bastian—. Queremos permanecer de una pieza.

Val asintió levemente en su dirección, aparentemente aplacada.

—Bueno —continuó esta, cruzándose de brazos—. ¿Qué tenéis

pensado hacer con el tipo de piedra?



La ausencia total de un plan acabó del siguiente modo: Bastian, más encantador que nunca, parloteó sin parar mientras Gabe y él bajaban al hombre de piedra, curiosamente ligero, de la carreta y lo apoyaban contra la pared. Lore captó fragmentos de una conversación sobre barcos, de preguntas a Mari y a Val sobre si frecuentaban el cuadrilátero (algo que negaron en rotundo) y comentarios sobre el modo tan brillante en el que habían logrado camuflarse en aquel almacén. Pero la chica solo escuchaba a medias. Toda su concentración estaba puesta en Milo, en el ser humano que había envuelto en muerte, y en cómo deshacer todo aquello.

Si es que era posible deshacerlo.

—¿Recordará algo? —le preguntó a Gabe por lo bajo—. ¿Cuándo… deje de ser de piedra?

El Presque Mort le respondió en voz baja y fría, como el viento que sopla sobre el mar.

—Las pocas veces que ha pasado esto antes —dijo, con un tono deliberado que indicaba que desaprobaba enormemente todo aquello —, la víctima no recordaba lo sucedido en las últimas horas previas a sufrir el ataque. Seguramente no recuerde ni siquiera haberse encontrado con nosotros.

«Víctima». «Ataque». Había escogido aquellas palabras deliberadamente. Lore hundió los hombros.

Gabe abrió y cerró los puños varias veces, con una expresión indescifrable en aquel ojo azul.

—Bueno, ¿cómo quieres hacer esto?

Lore esperaba que él tuviera alguna idea de cómo hacerlo, pero eso era soñar demasiado. Tragó saliva y estiró las manos una y otra vez, preparándose para sentir el hormigueo.

—Supongo que haré lo mismo que hice cuando solucioné lo del cadáver en la cripta —declaró al fin—. Solo intentaré… revertirlo.

Gabe asintió, con un contundente movimiento de barbilla.

—Te ayudaré.

Pese a todo, aquello no sonaba como un ofrecimiento. Parecía más una orden. Como si no confiara lo suficiente en que ella pudiera hacerlo sola. Y aunque Lore tampoco confiaba demasiado en sí misma, eso era como echar sal en la herida.

Bastian se percató de la tensión entre ellos dos, tan densa que era prácticamente visible, y condujo a Val y a Mari de vuelta al despacho

mientras seguía hablando. Val parecía irritada y Mari, desconcertada. Aun así, ambas parecían entender que aquello era algo que debían hacer sin espectadores, y dejaron que Bastian las alejara de allí.

Mejor. Lore no quería que lo presenciaran.

Desterrando los recuerdos de su infancia y de sus madres adoptivas, Lore se giró hacia Milo y sus aterrados ojos de piedra.

—Muy bien —murmuró—. Vamos allá.

Con vacilación, extendió las manos. Sintió cómo el aire se desplazada a su lado mientras Gabe hacía lo mismo. Una inhalación procedente de dos pares de pulmones, retenida en el interior, los transportó a un plano de la realidad en el que el Mortem y el Spiritum eran tangibles.

Los sentidos de Lore se vieron inundados de inmediato por la muerte. Aquello no era como lo que había sucedido con Caballo, una expansión natural del Mortem mientras el cuerpo moría, un halo de oscuridad que se expandía. La entropía que rodeaba a Milo era casi tan espesa como el alquitrán, un montón de nada convertido en algo casi sólido a causa de esa masa enorme. La contradicción que eso suponía desestabilizó mentalmente a Lore.

Esta apretó los dientes. Para hacer aquello no tenía que pensar. Las dos veces que lo había hecho antes se había dejado guiar por su instinto. Tan solo consistía en seguir su intuición.

Mantuvo los ojos abiertos, con su visión volviéndose grisácea y viéndolo todo en tonos blancos y negros que mostraban con grandes contrastes la vida y la muerte. El hombre que tenía delante de ella era todo negro, con un halo de ardiente oscuridad delineando su contorno. De los dedos de Lore salían unos hilos negros, delgados filamentos que parecían telas de araña y que la conectaban con el Mortem que había canalizado en aquel cuerpo, esa envoltura que ella misma había tejido.

Pero del centro de todo aquello salía una luz incolora, un núcleo de vida intacto. El hombre podía ser salvado.

Para convertir materia viva en piedra, Lore había tejido la muerte en sus células, como si fuera un capullo alrededor de una mariposa. Podía sentir los lugares en los que la muerte aguardaba, entrelazada delicadamente con la vida y separada por una membrana finísima. Las dos caras de una moneda, incapaces de existir la una sin la otra. Si se fortalecía a una de aquellas fuerzas, se fortalecía a ambas.

Lore recordó la Ley de los Contrarios.

—¿Puedes ver dónde comienza el Mortem? —Miró hacia Gabe. Este tenía su único ojo opaco, las venas llenas de alquitrán y las extremidades necróticas. La piel de sus labios se había encogido,

dejando más a la vista sus dientes y haciendo que pareciera que estaba gruñendo.

Era monstruoso, igual que ella.

—Sí que puedo —respondió, en voz baja y de forma pragmática.

—Pues entonces, desenmarañémoslo. Despacio.

Se trataba de un trabajo laborioso, delicado. Con las manos aún extendidas, Lore retorció un dedo y el filamento oscuro que tenía allí enganchado tembló. Lentamente, giró el dedo como si estuviese enrollando el hilo en una bobina. El Mortem comenzó a desprenderse del asesino y a volver a Lore. Esta sintió que los pulmones se le vaciaban y que el corazón se le detenía mientras lo canalizaba a través de sí, y luego redirigía los hilos hacia el suelo de piedra, introduciendo de nuevo la muerte en materia ya muerta. El suelo de aquel lugar era lo bastante grueso como para absorberlo sin acabar volviéndose muy quebradizo.

A su lado, Gabe hizo lo mismo que ella, en silencio y con muchos menos hilos. Juntos, desenvolvieron la muerte de aquel hombre que tenían delante de ellos, desenmarañando el Mortem para liberar aquel núcleo de luz que aún quedaba en su interior.

Durante todo el rato, Lore estuvo esperando a oír aquella voz incorpórea, los murmullos que sonaban, al mismo tiempo, igual y completamente distintos a ella. Pero no sucedió nada parecido.

Aquello debería haberla tranquilizado, pero no lo hizo.

Cuando desapareció toda la muerte y la luz en el centro de Milo irradió lentamente hacia fuera para cubrir todo su ser, Lore bajó las manos y jadeó por la falta de aire. El corazón le latía mucho más lento, siendo más doloroso de lo habitual. Un golpe seco le sacudió el tórax. Lore hizo una mueca, presionándose el pecho con los dedos que aún tenía necróticos. Poco a poco, su visión monótona volvió a asimilar otros colores y fue entonces cuando comprobó lo que habían hecho.

Milo volvía a tener un aspecto normal. Incluso parecía notablemente más sano que antes. La piel le brillaba en un tono rosado. Las venas, que antes habían estado plagadas de carbón sólido, ahora habían pasado a contener un humo gris, que en algunas zonas llegaba a ser azul. Tenía las extremidades flácidas y la daga se le cayó de la mano con un débil tintineo.

En algún momento, se le habían cerrado los ojos. También la boca. Parecía como si estuviera dormido.

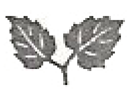
Gabe se aproximó a él, se lamió un dedo y lo sostuvo debajo de la nariz del hombre inmóvil.

—Respira.

El alivio provocó que a Lore le temblaran las rodillas.

—¿Así que lo hemos arreglado?

El monje se dio la vuelta sin mirarla a los ojos y se encaminó hacia el despacho. Bastian agitaba los brazos, creando sombras bajo el brillo de la lámpara, mientras contaba alguna historia. La risa cantarina de Mari se filtraba por debajo de la puerta. Gabe no le respondió.



No parecía que Milo fuera a despertarse, ni siquiera cuando Gabe y Bastian lo levantaron cogiéndole por los brazos y las piernas y lo sacaron del almacén. Mari había sugerido dejarlo en uno de los catres que tenían allí, pero Val se había negado.

—Es adicto al veneno, y aquí hay más que de sobra para robar —replicó, y comentó que había un almacén al final del callejón al que la gente solía acudir para dormir la mona después de haber bebido en exceso—. Si recuerda algo, con suerte creerá que ha sido una alucinación. Es evidente que no sería la primera vez que le pasa.

Refunfuñando, Gabe y Bastian llevaron a rastras el peso muerto de aquel hombre por los adoquines, con sus respiraciones creando vaho en el aire. El ruido de sus botas sobre el suelo de la calle y los resoplidos a causa del esfuerzo armonizaban con el agradable sonido de la marea y las campanas lejanas en la proa de los barcos.

Val les condujo por unas estrechas callejuelas hasta que llegaron a un almacén oscuro. Les abrió la puerta con cautela. Esta chirrió, pero si aquel sonido había despertado a alguien en el interior, nadie protestó. Bastian y Gabe dejaron a Milo en el suelo y luego se marcharon de allí con premura y sin hacer ruido. Milo no se movió lo más mínimo.

—Sois de lo más sigilosos —comentó Val cuando todos hubieron salido de allí—. ¿Os habéis planteado alguna vez ser traficantes de veneno?

Gabe parecía horrorizado, pero Bastian se encogió de hombros.

—La verdad es que no, pero nunca digas nunca. Aunque por ahora mi agenda no me lo permitiría.

—Es una lástima. —Mari sacudió la cabeza—. Últimamente nuestro equipo no deja de menguar.

—¿Por las detenciones? —preguntó Lore en voz baja. Tal vez la operación de Val fuese ahora legal, pero los capas sangrientas solían detener a cualquiera cuyo aspecto no les gustase.

—Ojalá fuera tan simple. —Mari soltó una carcajada, y el vaho que dejó escapar se arremolinó en el aire como si se tratara de humo—.

Los más leales siguen con nosotras. Todos los que ya conoces, ratoncita, no te preocupes. Pero no dejan de quitarnos a los nuevos. —Volvió a apretarse el nudo del pañuelo que llevaba en la cabeza, torciendo los labios con ironía—. Supongo que ganar lo suficiente en una noche como para pagar el alquiler durante un año es una oportunidad que no puede dejarse pasar.

Bastian, Gabe y Lore asimilaron aquellas palabras al mismo tiempo. El príncipe abrió mucho los ojos. El Presque Mort apretó los labios. Y, por su parte, Lore notó cómo se le aceleraba el pulso, sintiéndolo latir en las muñecas.

—¿Sabéis algo sobre esos traslados de mercancía?

—«Mercancía» —dijo Val en un tono burlón—. Es contrabando. Debe serlo. Nadie paga tal cantidad de dinero para mover algo legal.

—Ah sí, es completamente ilegal. —Mari resopló—. A Phillip se le escaparon algunos detalles cuando vino a decirnos que nos dejaba. Cuando se dio cuenta, se comportó como si hubiera firmado su propia sentencia de muerte. Antes de que se fuera, me pasé una hora prometiéndole de todas las formas posibles que no se lo contaría a nadie.

—¿Tienes información sobre adonde están moviendo la mercancía? —Gabe parecía estar llevando a cabo un interrogatorio. Lore frunció el ceño en su dirección. El Presque Mort la ignoró—. ¿O sabes algo sobre quién está realizando las contrataciones?

Val le dedicó una mirada gélida.

—Si no me equivoco, Mari acaba de decir que le prometió a un amigo no decir nada.

A Lore se le erizó la piel de los hombros. Lo último que necesitaba era que Gabe provocara a Val. Sin duda, aquella sería una pelea que el Presque Mort acabaría perdiendo.

Al parecer, Bastian había pensado lo mismo.

—Por supuesto, no querríamos que nadie rompiese una promesa —intervino con una sonrisa—. Os pido perdón por la impertinencia de mi amigo.

Si las miradas matasen, la que Gabe le lanzó a Bastian lo habría fulminado.

Mari se cruzó de brazos, mordiéndose el labio con expresión pensativa.

—Pero es una información que necesitáis, ¿verdad? —le preguntó a Lore en voz baja—. Para lo que sea que te están obligando a hacer en la ciudadela. Lo que significa que esto va más allá de transportar contrabando.

—Sí —dijo Lore. Nunca había sido capaz de mentirle a Mari. Su

madre adoptiva era capaz de intuir las cosas, incluso aquellas que intentaba ocultarle.

Sus madres se miraron la una a la otra.

—¿Puedes contarnos algo más, Lore? —le preguntó Mari con calma.

Lore quería hacerlo. Quería contárselo todo: lo de los cadáveres, las mentiras, los misterios esotéricos que sabía que debían tener algún significado y la sombra de una posible guerra que se cernía sobre todo aquello. Pero esa información podía ser una sentencia de muerte.

Ellos podían ponerle fin. Bastian, ella y Gabe, si este último seguía trabajando con ellos después de todo lo sucedido. No hacía falta asustar a Val y a Mari. No tenía por qué involucrarlas en todo aquello más de lo necesario. Al menos no hasta que no quedara otra opción.

—No —murmuró Lore—. Lo siento, pero no.

A su lado, a Bastian se le tensó una mano, levantándola levemente en el aire, como si fuera a posarla sobre el brazo de Lore. Pero no lo hizo.

—No pasa nada, ratoncita —dijo Val—. Lo entendemos.

Mari asintió, con una decidida sacudida del mentón.

—No sé demasiado —dijo esta—, pero lo poco que se le escapó a Phillip fue más que suficiente para que estuviera a punto de mearse encima. Así que necesito que me prometas que vas a ir con cuidado. Que los tres iréis con cuidado.

—Por supuesto —murmuró Bastian. Gabe asintió. Lore hizo lo mismo.

—Lo único que sé —dijo Mari con un suspiro— es que, sea lo que sea lo que están trasportando, lo están llevando a las catacumbas. A la zona más profunda de las catacumbas. Justo debajo de la ciudadela.

Capítulo Treinta y dos

Cualquier tipo de amor puede doler,
pero un triángulo como un cuchillo es.
—Letra de una canción de taberna

—Mañana por la noche. —Bastian dejó atrás su fingida indiferencia. Se plantó con las manos sobre el respaldo del sofá de Lore y Gabe, con el cabello cayéndole sobre la frente y ensombreciéndole el rostro—. Tiene que ser mañana por la noche. No podemos posponerlo más. Si lo hacemos, podrían acabar con otra aldea.

—¿Y los guardias no sospecharán? —Lore removió las brasas de la chimenea con el brillante atizador plateado y luego sopló débilmente para hacer que prendieran. Aún sentía la piel de gallina tras haber canalizado el Mortem, un frío que le calaba hasta los huesos—. Una cosa es escabullirnos a la ciudad y otra muy distinta es colarnos en el supuesto jardín secreto de los Presque Mort, donde hay una supuesta entrada secreta a las catacumbas.

La mano de Gabe, que estaba colgando cerca del rostro de Lore mientras tenía el codo contrario apoyado en la repisa de la chimenea, se cerró en un puño. No había dicho ni una palabra durante todo el camino de vuelta a la ciudadela y a sus aposentos, desde que Mari les había contado lo de las catacumbas. Lore le miró de reojo. Tenía el parche del ojo apuntando en su dirección, y con el gesto de su boca no expresaba nada.

—No si va con nosotros un Presque Mort. —Lore sí que era capaz de interpretar la expresión del Príncipe Solar. Transmitía rabia y la expectativa de una pelea—. Y tampoco pasará nada si vamos con cuidado. La verdadera pregunta aquí es cómo encontraremos los cuerpos una vez que estemos en las catacumbas. «Debajo de la ciudadela» no limita mucho la búsqueda, que digamos.

Lore miró al príncipe, mordiéndose la cara interna de la mejilla y esperando que este pudiera leer la respuesta que intentaba transmitirle

con la mirada. En el callejón, había estado a punto de contarle a Gabe la verdad sobre quién era, pero eso había sido antes de haber transformado a Milo en piedra, antes de que el Presque Mort comenzara a mirarla como si fuera el pecado encarnado. En aquel instante, no quería contarle la verdad. No quería contársela nunca.

Bastian la miró a los ojos. Lo comprendió todo. Inclinó la barbilla haciéndole una señal a Lore.

—Aunque seguro que encontramos el camino.

—¿Cómo pretendéis hacerlo? —Gabe no miró a ninguno de los dos. Seguía de cara al fuego que Lore había reavivado. Había dejado de abrir y cerrar la mano en un puño. Sus nudillos creaban unas sombras afiladas sobre el suelo—. Las catacumbas son gigantescas.

—Encontraré un mapa —afirmó Bastian, como si fuera lo más fácil del mundo—. Tiene que haber alguno por aquí.

Lore esperaba que Gabe le echara en cara aquella estúpida respuesta, pero, en cambio, el Presque Mort apretó los dientes igual que los puños.

—¿Y qué pasa una vez que hayamos dado con los cadáveres? —preguntó hacia las llamas—. ¿Entonces qué? ¿Qué haremos con ellos?

—Entonces —dijo Lore en voz baja—, les preguntaré cómo han muerto. Otra vez.

Gabe torció la boca. No era necesario que dijera qué era lo que le incomodaba. Todos recordaban lo sucedido con el primer cadáver al que Lore había resucitado, aquel que le había dicho que buscara al resto. «La noche fue la que me mató».

Lore cambió de postura, llevándose las rodillas al pecho a modo de escudo.

—Ahora sé cómo arreglarlo —murmuró, una respuesta para eso que Gabe no se atrevía a decir—. Por si… accidentalmente el cadáver vuelve a quedarse despierto.

Gabe se encogió. La chica fingió no darse cuenta. Un silencio gélido se impuso en la estancia, con la desconfianza materializándose a su alrededor.

Aquello era doloroso, pero una parte de Lore se preguntaba cómo había tardado tanto en suceder. Gabe nunca iba a confiar en ella. Puede que compartieran aquella monstruosidad, pero no del mismo modo, y la del Presque Mort era considerada una especie de honor.

La de ella era tan solo una maldición.

—Ahora que sacáis el tema —dijo Bastian—, es probable que también debamos dejar descansar a Claude de una vez por todas. Cuando hayamos acabado con todo esto, claro. Podemos darle sepultura. Hablaré con los floristas.

La mirada de Lore se posó en la de Bastian. Este le dedicó una pequeña sonrisa compungida. Intentaba derretir aquel hielo, pero ni siquiera el sol de Bastian podía deshelar la parte más cruda del invierno.

El silencio se impuso durante un par de minutos más. Era esa clase de silencio que convertía a alguien en cautivo, temiendo lo que pudiera suceder después, pero incapaz de escapar de él. Al fin, Gabe se irguió, mirando primero a Bastian y luego a Lore.

—Todo esto gira en torno al supuesto de que Mari no estuviera mintiendo.

Su tono lo dejaba claro: estaba provocando una pelea y le daba igual.

Lore podría haberlo evitado. Podría haber dejado correr aquellas palabras, no permitir que se convirtieran en el catalizador que Gabe quería que fueran. Pero se le había agotado la paciencia.

Poco a poco, se puso en pie, con la columna erguida y la cabeza inclinada hacia arriba para poder ponerse a la altura de Gabe y mirarle a los ojos.

—¿Estás llamando mentirosa a Mari?

—No tengo ningún motivo para creer lo contrario —declaró Gabe. La provocación había desaparecido de su tono de voz. Solo había hablado de ese modo antes para golpear el pedernal. Ahora que había encendido una llama, se mantuvo inexpresivo, como si estuviera por encima de todo aquello—. Es una traficante de veneno.

—Igual que yo —gruñó Lore.

Gabe ladeó la cabeza.

—Y ya hemos visto lo leal que le has sido a la Corona que te ha rescatado de una vida delictiva.

Ella lo abofeteó.

El sonido retumbó por toda la estancia, como si hubiese sido un disparo, igual de estremecedor. A Gabe se le giró la cabeza hacia un lado, y la marca de los dedos de Lore adoptó un color rojo en su mejilla. Pero el Presque Mort guardó silencio, volviendo la cabeza hacia ella en cuanto la inercia se lo permitió.

Detrás del sofá, Bastian no intervino. Dejó la mirada, entornada y calculadora, fija en Lore.

—Podría tratarse de una trampa. —Gabe seguía empleando esa voz baja e inexpresiva, incluso con el rostro ardiéndole y enrojecido a causa del impacto—. Tus viejas amigas podrían estar intentando atraerte hacia las catacumbas.

—¿Por qué iban a hacer eso? —Gabe no sabía lo que había allí abajo. Quién había allí abajo. Si había alguien que quisiese que Lore

regresase a las catacumbas, esas no serían ni Val ni Mari—. Cuentan con documentos firmados por August. Ahora son legales. ¿Eso no te hace cambiar de opinión? ¿No te hacer pensar que son más leales?

—No —respondió Gabe—. Simplemente que es más fácil comprarlas.

—Y tú sabes muy bien de lo que hablas, ¿verdad, duque Remaut?

El ojo de Gabe resplandeció, como si una brasa en su interior por fin hubiera prendido.

Bastian habló, con la voz tranquila pero firme.

—Creo que esto va más allá del deseo de proteger a nuestra nigromante en ciernes, ¿no es así, Gabriel?

Gabe dirigió la mirada hacia Bastian para seguidamente apartarla. Hubiera parecido un gesto desdeñoso si no hubiera sido por la furia que se le reflejaba con claridad en el rostro.

—La Iglesia prohíbe la entrada a las catacumbas sin una autorización expresa —prosiguió Bastian—, algo que dudo que vayan a darnos. Lo entiendo, amigo. Crees que ya cuentas con demasiados pecados a tus espaldas y no quieres añadir otro más a tu colección. —Algo parecido al desprecio tiñó su tono desenfadado—. ¿Qué diría Anton al respecto?

Gabe apretó la mandíbula, pero no dijo nada.

—Iremos Lore y yo —declaró el príncipe, dando la conversación por terminada—. Conozco el camino hasta el jardín de piedra. Ambos somos lo bastante listos como para llegar hasta allí sin que nos pillen. Averiguaremos qué está sucediendo y lo que queda de tu honor permanecerá intacto. Sé lo mucho que lo valoras.

Gabe guardaba silencio. Estaba tan inmóvil como el hombre al que Lore había convertido en piedra. Miraba hacia el fuego como si este pudiera decirle algo mientras Bastian se enderezaba y se disponía a marcharse.

—Mañana por la noche —dijo el príncipe por encima del hombro en dirección a Lore mientras abría la puerta—. Nos vemos aquí.

Y se marchó, adentrándose en las sombras del pasillo. El candelabro con el corazón del Dios Sangrante que se encontraba en la pared de enfrente se había apagado por completo, y la cera de la vela se derramaba sobre los brazos dorados como si fuese un hueso derritiéndose.

Cuando Bastian se hubo marchado, Gabe miró a Lore. Tan solo se limitó a contemplarla. No habló ni se movió. Su rostro era inexpresivo, carente de cualquier emoción, aunque aquellas brasas aún ardían en su ojo.

Él la había visto canalizando el Mortem, había presenciado cómo

resucitaba a los muertos. Aquellas cosas se las había podido perdonar, las había podido dejar atrás. Seguía considerándola una persona a pesar de ello. Pero convertir a un ser humano en piedra, dejarlo en un estado entre la vida y la muerte, era la gota que colmaba un vaso que ya estaba hasta arriba.

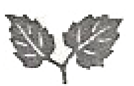
Gabe creía en la vida después de la muerte. Creía en los infiernos infinitos y en el reino luminoso. Cuando habían hablado de ello en el jardín había sido en abstracto, un ejercicio intelectual. Pero el monje creía que Lore había enviado a Milo a su recompensa eterna, solo para sacarlo a rastras de allí. Y eso la convertía en el tipo de monstruo que él mismo había jurado no ser.

Lore tragó saliva. Le escocían los ojos, y aquello la mortificaba. Tragarse la rabia solo hacía que la visión se le emborronara aún más. Malditos sentimientos. Maldito corazón que seguía anhelando que Gabe la considerase buena, cuando eso nunca había sido siquiera una opción.

—¿En serio? —Habló con un hilo de voz ronca—. ¿Vas a quedarte ahí sin decir nada? ¿Vas a dejar las cosas así?

Gabe permaneció en la misma postura. No dijo nada. Dejó las cosas así.

Lore corrió hacia su habitación y cerró la puerta de un portazo detrás de ella.



Le costó quedarse dormida, pero, cuando lo consiguió, la oscuridad se apoderó de ella. Por suerte, no soñó con nada. Tan solo descansó mucho y bien.

Aun así, cuando la puerta de su dormitorio se abrió, se despertó de inmediato.

Se sentó; su sueño se había interrumpido, roto con tanta facilidad como un tablón quebradizo. Para cuando levantó la cabeza de la almohada, ya estaba completamente despierta. Alguien se encontraba de pie en el umbral de la puerta, una silueta iluminada por la luz de la chimenea, alta, de hombros anchos y con el pelo corto.

Era Gabe.

No habló. Ella tampoco. El Presque Mort ni siquiera se movió, pero Lore bajó despacio las piernas de la cama y plantó los pies en el suelo, dirigiéndose hacia él hasta que no quedó casi espacio entre el pecho de ambos. Gabe era cálido. El calor irradiaba de él como si procediera de un fuego, atrayendo al frío de Lore.

Aquello no parecía real. Al menos no en mitad de la noche, cuando

no había luz y los pensamientos se volvían confusos a esas horas irreales hechas para dormir. Aquello no parecía real y, por ese motivo, ambos levantaron las manos casi al mismo tiempo. Las de Lore se posaron sobre el pecho desnudo de Gabe. Las de Gabe, sobre la nuca de Lore, con los dedos recorriéndole el enmarañado cabello castaño claro.

Sin palabras, sin ningún sonido más que el de sus respiraciones. Entonces, Gabe se inclinó hacia delante y Lore levantó la barbilla hacia él, uniendo sus bocas cálidas y anhelantes.

Gabe no besaba con la intención de seducir. Besaba como si estuviera hambriento, un hambre procedente de unos votos poco apropiados, de la rabia y del deseo. Lore podía sentir los dientes de él contra sus labios, su lengua deslizándose contra la de ella con insistencia…; y el gemido que bulló en la garganta del Presque Mort no fue fingido. El calor se agolpaba entre las piernas de Lore. Abrió la boca, deseándolo aún más, saboreando la intensidad casi animal de Gabe.

Él la empujó hacia el interior de la habitación. Lore sintió el alféizar de la ventaba clavándosele en la parte baja de la espalda, un dolor agudo que Gabe alivió al alzarla para sentarla encima de este. Lore envolvió las piernas en torno a su cintura. Él la besó con la boca abierta a lo largo del cuello.

—Por el Dios Sangrante —maldijo Gabe contra la clavícula de Lore, en un tono ronco y áspero—. Por todos los dioses muertos y moribundos.

La chica podía sentirle presionándose contra su centro, y aquello la hizo jadear mientras el Mort le bajaba el camisón por un hombro, besándole la piel desnuda y rodeándole un pecho con la mano. Le acarició el pezón con el pulgar hasta que se le endureció. Trazó círculos lentamente con el dedo alrededor de él y Lore volvió a jadear, pegándose más a Gabe. Dejó de pensar con claridad para dejarse llevar por aquel confuso deseo y por un fuego que arrasaba con todo lo demás.

Cuando la boca de Gabe volvió a encontrarse con la de Lore, esta llevó las manos hacia el cinturón del Presque Mort.

Gabe se quedó inmóvil, con una mano sobre el pecho de ella y la otra enredada en su cabello. Apartó los labios de los de Lore y luego las manos, llevándolas a sus caderas, que aún seguían apoyadas sobre el alféizar.

Cuando se alejó, el frío volvió a apoderarse de Lore. El cristal se presionaba contra su espalda, enfriándola.

Gabe apoyó la frente contra la de ella. Ninguno de los dos dijo

nada, tan solo se quedaron sentados de aquel modo durante un momento, con la respiración acompasada y con la certeza de que, lo que fuera que había estado a punto de suceder, se había terminado.

Y entonces, Gabe se marchó, desapareciendo entre las sombras. La puerta del dormitorio de Lore seguía abierta, y el cuerpo del Presque Mort bloqueó brevemente aquella franja de luz antes de volver a cerrarla.

Lore se apoyó contra la ventana y dejó que el frío le calara hasta los huesos.

Capítulo Treinta y tres

Sostén con firmeza las riendas de tu cuerpo, ya que este puede llevarte a la ruina.

—El Libro de la Ley Mortal, tratado 67

A la mañana siguiente, Lore se despertó tarde, dolorida y cansada, con los ojos pegados a causa del sueño. La noche anterior le había parecido una ensoñación, y tal vez hubiera conseguido convencerse a sí misma de que lo había sido, si no fuera por el leve moratón que tenía en el hombro. Aquella era la zona en la que Gabe había perdido el control, aquel tono violeta era prueba del pecado que había estado a punto de cometer.

Lore frunció el ceño al vérselo y se levantó el camisón. Al final, el control de Gabe se había impuesto. Y por muy frustrante que hubiera sido en aquel momento, parte de ella se alegraba de que así hubiera sido. La luz del día que entraba por las ventanas alejaba aquellas vanas fantasías, haciendo que todo fuera descarnado, real y simple.

Las cosas ya eran lo suficientemente complicadas sin necesidad de todo aquello.

Sentía que la vergüenza se apoderaba de ella como si fuese un nudo retorcido en el estómago, pero mantuvo la cabeza alta mientras abría la puerta. Gabe se comportaría como si nada hubiese pasado. Y ella dejaría que lo hiciera. Así era más sencillo.

Pero cuando llegó a la sala de estar, esta se encontraba vacía. La cama que solía hacerse Gabe había sido ordenada cuidadosamente, con las mantas dobladas y depositadas en una esquina del sofá.

Se había ido antes de que ella se levantase. Bien. Simple y fácil.

Por todos los dioses muertos y moribundos, era demasiado fácil.

Una bandeja con el desayuno refulgía sobre la mesa que había detrás del sofá. Había una nota debajo de la campana de la bandeja, con unas palabras concisas escritas en una letra elegante que ya conocía:

Lo de anoche me dejó hambriento. Supongo que a ti te habrá pasado lo mismo. Descansa,

Bastian

Seguramente el príncipe no había sido quien les había llevado el desayuno, así que habría escrito la nota con aquel doble sentido por si la leía alguien que no debía. Lore torció los labios. A aquellas alturas, toda la ciudadela creía que se estaba acostando con el Príncipe Solar, así que, ya que estaba, podía usarlo en su beneficio.

Sobre todo si esa noche iban a acudir ellos dos solos al jardín de piedra. Un encuentro amoroso sería una buena excusa por si alguien los veía.

Pensar en amantes y en el jardín de piedra la hizo acordarse, como era natural, de Gabe. Lore levantó la tapa de la bandeja con un ruido metálico y descubrió las frutas y pastas que había debajo, negándose firmemente a seguir pensando en él; a pensar en la noche anterior y en lo que habían estado a punto de hacer. En lo que podría significar aquello.

«Nada», se dijo a sí misma, metiéndose un pedazo de tarta de cerezas en la boca. «No significa nada en absoluto».

Cuando la bandeja estuvo casi vacía, se sirvió una taza de café para bajar la comida y se sentó en el sofá soltando un suspiro. «Descansa», ponía en la nota de Bastian, y ella interpretó que detrás de aquel mensaje secreto había querido decir «quédate en tu habitación». Probablemente fuese una buena idea. Si se mantenía alejada de los cortesanos, había muy pocas posibilidades de que Bellegarde o cualquier otra persona relacionada con los cadáveres de las catacumbas pudiera interrogarla.

Esa noche resucitaría a uno de aquellos cuerpos. El vello de la nuca se le erizó de tan solo pensarlo.

Al menos ahora sabía qué debía esperar. Aquella boca abierta e inmóvil, los susurros. Solo esperaba que esta vez el cadáver les dijese algo útil.

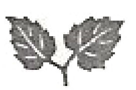
Lore dejó caer la cabeza sobre sus manos con un gruñido de frustración.

Estaba atrapada en su habitación, y allí no había nada que hacer. No había nada más que esos libros de poesía erótica que había sacado de la deslumbrante biblioteca. Explorar los pasillos acompañada de Gabe y reírse juntos a causa de lo ridícula que era la ciudadela parecían cosas que habían pasado hacía siglos.

Tras otro largo suspiro, bastante teatral, como si alguien pudiera oírla, Lore se levantó y fue a por los libros que descansaban sobre su

mesita de noche. Luego, se los llevó al diminuto estudio que se encontraba a la derecha. Se sentó en la única silla que quedaba delante del escritorio, dejó una pierna sobre el brazo de esta y abrió el libro por una página al azar. El poema parecía tratar sobre un sacerdote que quebrantaba sus votos para recibir los favores de una amante con mucha delantera.

—Qué ironía —balbuceó.



Cuando su estómago comenzó a rugir con la suficiente insistencia como para que resultara evidente que las pastas del desayuno no lograrían saciarlo, Lore acabó desobedeciendo al Príncipe Solar. Se vistió, abandonó sus aposentos, casi pegando un portazo al salir, y comenzó a bajar las escaleras hacia el vestíbulo principal.

Como en otras ocasiones, la larga mesa estaba hasta arriba de manjares. Una fuente de vino burbujeaba en el centro, rodeada de verduras, pan y carne, además del pavo real asado que tanto odiaba Bastian. Lore se sirvió un generoso plato y sintió que comía tanto por rencor como por hambre.

—¡Lore!

Era Alie. Aquel día llevaba un vestido de un naranja claro, a juego con las horquillas enjoyadas que le recogían los rizos claros de su cabello. Parecía una mariposa, algo destinado a estar en el aire y alzar el vuelo.

Lore dejó que la abrazara. Se trataba de un contacto afectivo que no requería nada de ella, pero que hacía que se le formara un mortificante nudo en la garganta. Lore tragó saliva.

Alie mantuvo las manos sobre los hombros de Lore mientras caminaban, con una ceja arqueada.

—Por favor, dime que has sido invitada al baile del eclipse y a la cena de después. De lo contrario, será tremendamente aburrido. Al menos, eso creo. No es que haya ido nunca a ninguno. —Soltó una risita—. Mi padre siempre ha insistido en que, durante los eclipses, acudamos a las vigilias en el santuario que duran toda la noche. Esta es la primera vez que nos deja hacer algo más animado.

Hubiera sido de mala educación que Lore se hubiese metido un trozo de pan en la boca para evitar tener que responder. Aun así, se lo planteó por un momento.

—Sí que hemos sido invitados —respondió al fin.

No cayó en la cuenta de su error hasta que la mirada de Alie se iluminó. Al hablar en plural se había referido a Gabe y a ella. Gabe,

por quien Alie aún suspiraba. Gabe, que había acudido a la habitación de Lore y la había besado con anhelo antes de desaparecer.

A Lore le costó mucho mantener la sonrisa.

—Gracias a todos los dioses. —Alie la soltó. Se giró para coger una manzana y la limpio contra su vestido antes de darle un bocado—. Si tuviera que pasar toda la noche con el rey y con mi padre, me volvería loca de atar.

—¿Y esas son las únicas personas que van a asistir? —Lore agarraba con fuerza el plato, perdiendo de pronto las ganas de comer pavo real—. ¿Solo August y tu familia?

Si aquel era el caso, acabaría con cualquier posibilidad de que fuera una coincidencia.

Alie se tomó un momento para tragar. No estaba dispuesta a hablar con la boca llena de manzana. Modales de la corte.

—No exactamente —dijo, después de darle un sorbo al vino para bajar la comida—. Hay un par de personas más invitadas al baile. En cuanto a la cena, Anton acudirá, desde luego. Y unos cuantos más. Pero, al parecer, va a ser una velada muy íntima. Muy exclusiva. —Se acercó un poco más a Lore, no quería que nadie más la escuchara—. A Bri no la han invitado a la cena, aunque a Dani y a su familia sí. Tampoco es que Bri vaya a quejarse. Se celebra una gran fiesta en la propiedad de Fabian Beauchamp a las afueras de la ciudad, así que irá hasta allí en carruaje una vez que el baile haya terminado. —La nostalgia que transmitía su voz dejaba claro que preferiría ir a aquella fiesta antes que a la de August. Lore no podía culparla.

—Pero lo pasaremos bien si Gabe, Bastian, tú y yo estamos allí. —La sonrisa de Alie fue un poco más amplia al pronunciar el nombre de Gabe—. Bastian es capaz de animar hasta los actos más aburridos de la corte. Él se asegurará de que no sea una velada soporífera. —Le dio otro sorbo al vino y se apartó un poco—. Tengo que ir a clase de piano, pero envíame una nota cuando tengas una tarde libre. Aún tenemos que jugar la revancha de croquet, ¡espero que hayas estado practicando!

Y entonces, se marchó, deslizándose entre los cortesanos con sus mejores galas vespertinas y dejando a Lore con un plato lleno de comida que ya no quería, pero que no soportaba desperdiciar. Con un suspiro, enfiló hacia sus aposentos.

Fuera lo que fuese aquel baile del eclipse, Lore estaba segura de que aburrido no sería.

Caminaba con presteza por los escalones alfombrados de vuelta a su torreón, con la cabeza gacha, así que no vio a August hasta que el Rey Sagrado carraspeó.

Lore se quedó de piedra, con las manos ocupadas con el plato y las verduras que había sobre él. Sintió que el pánico se le extendía por el pecho. Bajó la cabeza y dobló las rodillas en una intrincada reverencia, ocultando su rostro en caso de que su expresión la delatara.

—Majestad.

Su aspecto era… terrible. Bajo los ojos tenía unas profundas sombras, la piel pálida y casi pegajosa, como si estuviera febril. Llevaba los hombros ligeramente encorvados, como si estuviera cansado, pero aquello no hizo que su presencia fuera menos imponente. Lore seguía sintiendo que tenía que erguirse todo lo posible mientras el rey entornaba la mirada.

August no perdió el tiempo con cortesías.

—¿Has estado pasando tiempo con mi hijo?

El rey torció la boca al pronunciar la palabra «hijo», como si fuera algo desagradable.

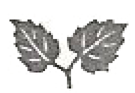
—Por supuesto, majestad. —Lore asintió, con las cejas arqueadas—. Seguimos sus órdenes al pie de la letra.

Si tenía en cuenta que las órdenes nunca habían sido muy específicas, Lore ni siquiera estaba mintiéndole.

—Bien. —El rey buscó con torpeza algo que llevaba en la cintura, sacando al fin aquella petaca del interior de su jubón y dándole un buen sorbo—. Pronto se solucionará todo. Ese crío recibirá al fin lo que se merece.

Y sin más, el Rey Sagrado pasó junto a ella, con el aliento apestando a belladona. No se despidió.

Lore se quedó contemplándole un momento antes de subir pesadamente los escalones hacia sus aposentos.



Se sentó junto a la ventana y aguardó a que el cielo se oscureciera. Había un manchurrón a lo largo del cristal, uno que no había estado allí el día anterior. Podría haberlo hecho un tejido empapado en sudor o el roce de una mano. Lore lo limpió mientras el tictac del reloj de la pared seguía avanzando, acercándose cada vez más a la medianoche.

Gabe seguía sin aparecer. Ella había dejado de prestar atención por si le oía avanzar por los pasillos. Se preguntaba si habría vuelto al claustro, a aquellos muros que lo mantenían a salvo de sí mismo y de todas las cosas que deseaba pero que, a causa de su educación, consideraba pecaminosas. Sin duda, Anton se lo habría permitido una vez que Gabe le hubiera confesado que había estado a punto de

romper sus votos por una nigromante traficante de veneno.

El dolor que aquello le causó en las tripas era tan afilado como la punta de una bayoneta. Intentó razonar la situación para acabar con la desazón. Ella misma había hecho exactamente eso en otras ocasiones: provocar a alguien para al final decidir dejarle con las ganas. No tenía por qué significar nada.

Y aun así…

Meneó la cabeza como si así pudiera expulsar de allí a Gabe y cerró los ojos. Hubiera sido mejor pasar aquellas horas preparándose para lo que sucedería a medianoche, en lugar de preocuparse por un monje que aparentemente había decidido que ella no merecía la pena como para poner en peligro su salvación.

En su lugar, Lore se concentró en su bosque, en el muro que había construido alrededor de su mente para mantener alejada la percepción de la muerte. Se concentró en aquellos troncos uniformes, en sus ramas entrelazadas y en la sutil columna de humo que se elevaba más allá de los árboles, de un tono negro contra el cielo azul y densa, como si algo no parara nunca de arder.

La manecilla del reloj dio las doce. En cuando alcanzó su cénit, llamaron a la puerta.

Lore se puso en pie. Intentó no pensar en lo que la aguardaba debajo del jardín de piedra, donde las catacumbas exudaban oscuridad.

Bastian se hallaba en el pasillo, completamente vestido de negro. El candelabro del corazón del Dios Sangrante estaba lleno de velas sobre la pared que quedaba a su espalda, bañándolo en una luz infernal y ocultando la expresión de su rostro.

Lo que sí podía verle Lore eran los ojos, con un brillo oscuro y ni rastro de su habitual expresión juguetona en ellos. Esta noche el príncipe era todo seriedad.

—¿Lista para hablar con los muertos?

—Tan lista como puedo estarlo. —Lore salió hacia el pasillo y cerró la puerta de sus aposentos sin hacer ruido.

Más allá del brillo del candelabro, el pasillo estaba sumido en la sombras.

—¿Entiendo que Gabriel ha decidido no acompañarnos? —Bastian se puso a la altura de Lore.

—No. —Lore miró pasillo abajo. Prefería la oscuridad antes que tener que hablar de Gabe—. No lo he visto desde anoche.

—Mmm. —Bastian no hizo más preguntas.

El príncipe se adelantó a Lore antes de llegar a un desvío del pasillo, agitando la mano delante de ella para indicarle el camino.

Aquella noche, tomar la misma ruta de la otra vez, recorriendo el recinto trasero y atravesando el alcantarillado hasta Dellaire, hubiera sido demasiado obvio.

Lore recordó cuando se había encontrado antes con August, bebiendo veneno y con aspecto de ser un cadáver. «El crío al fin recibirá lo que se merece».

Esta ya se había hecho una idea de que August odiaba a Bastian. Pero llegar a verlo, aquel odio manifiesto y no un desprecio oculto tras una falsa preocupación, hizo que la lástima se le aferrara a la garganta. Una lástima que sabía que Bastian no querría. Aun así, no logró deshacerse de ella. A Lore le había sentado muy mal que Val la hubiese entregado a Anton. No podía ni imaginarse cómo podía vivir alguien con la certeza de que su verdadero padre quería liquidarlo.

—¿Te encuentras bien? —murmuró hacia la espalda de Bastian mientras recorrían un pasillo que Lore no reconocía. Unos tapices gruesos cubrían las paredes, amortiguando su voz. Soles y estrellas esculpidas giraban sobre el techo en un recubrimiento de oro tridimensional.

Bastian echó un vistazo por encima del hombro, con una ceja enarcada.

—Sí, escabullirme por los pasillos no es algo que me genere demasiada preocupación.

—Me refiero a… —Lore agitó una mano y apretó los labios—. A… todo lo demás.

Tal vez Bastian no quisiera su lástima, pero Lore deseaba poder darle algo. Un lugar en el que ser vulnerable, si era eso lo que él quería. Para ella la ternura no era algo que le saliera de forma natural, pero estaba dispuesta a intentarlo.

Un brillo en su mirada le indicó a Lore que Bastian la había entendido a pesar de su torpeza al expresarse. El príncipe se encogió de hombros y se dio la vuelta.

—Pues —comenzó a decir con decisión— lo llevo como puedo. —Sacó algo reluciente de su bolsillo. Una petaca. Se la llevó rápidamente a los labios y luego se la ofreció a Lore sin mirarla.

Ella la aceptó. La olisqueó antes para asegurarse de que no percibía el olor a veneno y luego le dio un trago. Era *whisky*, lo suficientemente fuerte como para estar a punto de hacerla toser.

—Menudo método para afrontar las cosas.

—Es el mejor que se me ocurre. —Bastian volvió a tomar su petaca. El pasillo se ramificó. El príncipe tomó el camino de la izquierda, cubierto de mármol—. Pégate a la pared. Hay un gran estanque en el centro, justo al final de este pasillo.

—¿Quién pensó que eso era una buena idea?

—Algún ancestro mío con mucho dinero y muy poco gusto. Así que, en realidad, podría haber sido cualquiera de ellos.

El pasillo en cuestión terminó y se abrió hacia un atrio plagado de plantas de floración nocturna que se encontraban bajo una cúpula de cristal. Aquel lugar era hermoso, y Bastian aminoró la marcha. Lore no puso objeciones. No tenía ninguna prisa.

Reconoció algunas de las flores: eléboro, del color de la sangre seca; datura, que trepaba por un enrejado de madera para abrirse en unas flores retorcidas hacia la luna. Se trataba de venenos que conocía; venenos que podían hacer que alguien de fuera de la ciudadela acabara detenido solo por plantarlos, pero que en aquel lugar eran un mero elemento decorativo.

—Mi padre es un mal hombre.

Lore se apartó del eléboro. Bastian no la miraba. Se encontraba con las manos metidas en los bolsillos y la cabeza inclinada hacia la luna, como si él mismo fuera algún tipo de veneno de floración nocturna.

—Eso hace que sea más fácil —dijo en voz baja—. Así es más fácil afrontar que me quiera muerto. Incluso puede que eso signifique que yo sí soy bueno. —Resopló, cerrando los ojos mientras levantaba aún más la cabeza—. La Ley de los Contrarios, ¿no? Si un mal hombre me quiere muerto, eso significa que yo soy bueno, técnicamente hablando.

No parecía una conversación que precisara de otro participante. Lore se limitó a contemplarle mientras olía aquel dulce veneno y recorría las líneas de su rostro con la mirada. Antes, Bastian ya le había llegado a parecer demasiado atractivo, pero, bajo la luz de la luna, veía que poseía ese tipo de belleza que partía corazones por la mitad.

El aire alrededor del joven parecía casi brillar, como si fuese polvo de oro en la oscuridad. Era cierto que la luz de la luna lo hacía aún más hermoso, pero del mismo modo en el que la oscuridad resalta una llama. El príncipe no parecía encajar allí. Bastian Arceneaux era la antítesis de la noche.

—Mi madre tampoco era buena —murmuró Lore.

Bastian desplazó la mirada hacia ella, una sutil invitación a que siguiera hablando, pero luego volvió el rostro hacia el cielo.

—Después de que naciera… Después de que las Hermanas de la Noche descubrieran qué era capaz de hacer, mi madre se mantuvo distante. No recuerdo que alguna vez me acariciara con afecto. —Ese nudo contundente que había dejado el abrazo de Alie en su garganta había vuelto. Lore tragó saliva de nuevo y se frotó el cuello, como si

pudiera deshacerse de él con aquel gesto—. Para entonces, ella ya estaba completamente comprometida con las Hermanas, con su misión, con evitar que la Diosa Enterrada volviese a levantarse.

«Vete», le había dicho su madre, empujando a Lore hacia la cegadora luz del día mientras la palma de esta seguía ardiéndole después de que se la hubieran marcado. Como un ave que echa a su polluelo del nido. Quizás, al fin y al cabo, no estuviera tan comprometida con la causa. Solo lo necesario.

—Yo tenía algo… —En aquel mismo instante, a Lore se le quebró al voz y se detuvo hasta que logró recomponerse—. Algo en mí no estaba bien. Algo en mi interior iba en contra de todo aquello a lo que mi madre había dedicado su vida.

No fue consciente de que estaba mirándose la mano con la cicatriz en forma de luna hasta que Bastian se la cubrió con la suya. El príncipe se le había aproximado, en completo silencio, y había cerrado los dedos alrededor de los de Lore. Esta podía sentir las líneas de la cicatriz del Príncipe Solar contra la suya, las rugosidades ya cicatrizadas de un medio sol.

—Lo entiendo —murmuró ella, mirando hacia sus manos unidas—. Las personas somos distintas, y solo porque estés emparentado con alguien no significa que seáis buenos el uno para el otro. Pero mi madre era todo lo que tenía y me miraba como si fuera un monstruo. —Cerró los ojos por un instante e inhaló hondo. Después, miró a Bastian—. Pero ni siquiera ella quería verme muerta. Me salvó. Me llevó hasta la entrada de las catacumbas cuando el resto de las Hermanas querían enviarme a la tumba de la Diosa Enterrada.

Bastian alzó una de las comisuras de la boca, formando una sonrisa temblorosa.

—Eso ya es algo.

Se quedaron plantados en el atrio durante un par de minutos, con las manos entrelazadas y sus cicatrices unidas. Por el rabillo del ojo, Lore pudo ver cómo algo que parecía niebla los envolvía, un baile de oscuridad y oro, un brillo convertido en humo. Tal vez fuera producto de las lágrimas que se le habían acumulado en los ojos y que no dejaba salir. Cuando intentó enfocar la mirada sobre aquel extraño resplandor, este desapareció.

—Bueno —dijo al fin Bastian—, aún no estamos muertos. —Le soltó la mano y comenzó a avanzar hacia delante, hacia la puerta del atrio.

Sin decir ni una palabra, Lore lo siguió.

Tras dejar atrás el atrio, Bastian la condujo por unas escaleras estrechas. Después de eso, los pasillos fueron pareciéndole más

familiares. Habían acortado camino para llegar a la planta principal, dirigiéndose hacia la parte delantera de la ciudadela en lugar de la trasera. Lore escuchó a los cortesanos, sus risitas, sus susurros y los gemidos de los amantes, pero no vio a nadie.

Hasta que un capa sangrienta apareció al final del pasillo.

Bastian fue rápido. Tomó a Lore por el brazo y tiró de ella hacia un nicho en la pared que enmarcaba a una ventana. No había ninguna cortina que pudiesen correr para ocultarse ni tampoco ningún otro nicho parecido cerca.

—Mierda —siseó Lore—. Mierda, mierda, mierda.

—Cierra esa boca de traficante. —Bastian tenía la espalda pegada contra el arco del nicho. Miró a su alrededor, calculando la distancia entre ellos y el guardia. Volvió a fijar la mirada, oscura y seria, en Lore—. Haremos que pase de largo, pero tienes que seguirme el juego.

—Vale, tú dirás.

—Bésame.

Lore abrió los ojos como platos. Los pasos del guardia sonaban cada vez más cerca.

—Anda, venga ya —murmuró Bastian, poniendo los ojos en blanco mientras la agarraba del brazo, la atraía hacia él y pegaba sus labios contra los de ella.

Lore emitió un rédito desde el fondo de la garganta antes de ser consciente de que Bastian, en realidad, no estaba besándola. Sí, tenían las bocas pegadas, pero el príncipe no se movió, no intentó profundizar aquel beso tan ligero y técnico. Apoyó una mano sobre la cadera de ella y con la otra le sujetó una muñeca, que todavía estaba el aire, en el lugar exacto donde él se la había cogido.

Lentamente, Lore posó una mano sobre el hombro de Bastian, cayendo en la cuenta de cuál era el plan, de lo que él estaba haciendo. Dos cortesanos en pleno encuentro amoroso en el pasillo a medianoche era algo habitual, nada que levantara sospechas. El guardia pasaría de largo.

Bastian puso la cabeza en un ángulo determinado para poder ocultar el rostro de ambos. Sus rizos oscuros le acariciaron la mejilla a Lore. El príncipe separó los labios de ella, aunque seguían lo bastante cerca como para rozárselos al hablar.

—Cómo se nota que eres traficante de veneno —dijo Bastian en voz baja—. Improvisando sobre la marcha.

El aliento le olía a hojas de menta. Cada una de sus exhalaciones era inhalada por Lore. El príncipe era demasiado abrumador, estaba demasiado cerca, ineludible, y el maldito guardia estaba caminando excesivamente despacio.

Se acercó a ellos el sonido de unas botas. Este pasó de largo. Ni siquiera se detuvo un segundo. Lore y Bastian esperaron en el nicho, el uno pegado al otro, respirando el mismo aire hasta que Lore se sintió mareada. Sus rostros estaban demasiado cerca como para que pudiera ver con completa claridad la expresión del príncipe, pero lo que sí discernía era la comisura de los labios elevada en una sonrisa, prácticamente salvaje.

Cuando los pasos dejaron de resonar por el pasillo, Bastian se apartó, recostando la cabeza contra la pared. Dejó las manos aún sobre las caderas de Lore.

—¿Estás lista?

Lore asintió. Dio un paso hacia atrás y dejó que Bastian la condujera de vuelta a las sombras, sin que ninguno de los dos dijera nada.

Sin embargo, Lore se paró a pensar en aquel beso fingido y en cómo, llegado un momento, había sentido que el control del príncipe flaqueaba, como si Bastian la hubiera besado de verdad si hubiera creído que ella iba a permitírselo.

Y Lore no estaba segura de si le habría dejado o no.

Al fin, apareció una puerta estrecha y anodina entre dos naves, precedida por dos pequeñas estatuas del Dios Sangrante, con un agujero en el pecho y las manos plagadas de piedras granates. Bastian giró el pomo de hierro forjado. Este se movió sin emitir ningún sonido y la puerta se abrió deslizándose hacia el aire de la noche.

—Tú primero.

Lore salió y pisó la hierba suave. A su derecha, los muros del jardín de piedra sobresalían del cuidado césped. Unos toscos bloques de oscuridad bajo la luz de la luna. No había nadie por los alrededores. El único sonido era el del viento soplando por entre las flores de piedra, rozando los bordes de los pétalos de granito.

Se acercaron a la cancela. Bastian forcejeó con el cerrojo durante un instante antes de lograr abrirlo con las manos. Luego, le indicó a Lore con la cabeza que podía pasar.

La primera vez que Gabe la había llevado allí, aquel jardín le había parecido extraño pero hermoso. Sin embargo, bajo la luz de la luna adquiría una belleza inquietante. Las rosas de piedra proyectaban sombras contundentes sobre los adoquines, la oscuridad acababa con el color haciendo que todo pareciera gris, incluso aquellas plantas que aún no se habían visto transformadas por la cuidadosa manipulación del Mortem.

Y más allá de todo aquello, en el centro del jardín, el pozo, frío y oscuro, que conducía a las catacumbas.

Bastian se acercó a él con cautela. La tapa circular descansaba encima, con la estatua de Apollius encima. El príncipe agarró la estatua, tiró de ella e hizo una mueca.

—Pesa muchísimo.

—Lo han hecho así a propósito —dijo una voz familiar desde la cancela.

Lore se dio la vuelta.

Era Gabe.

Al verlo, Lore se quedó inmóvil, pero Bastian apenas reaccionó. Se enderezó de un modo elegante.

—Gabriel —le saludó en un tono familiar—. Y yo aquí pensando que habías decidido ponerte en nuestra contra. ¿Qué te ha hecho cambiar de parecer?

Bocas, manos y tanteos en la oscuridad. Lore se ruborizó.

Gabe no la miró. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y el cuero negro de su parche parecía absorber la luz, haciendo que aquella parte de su rostro pareciera un vacío.

—Lo que me ha hecho cambiar de parecer —comenzó a decir— es la certeza de que si yo no estuviera aquí, de algún modo, acabarías cagándola sin remedio.

—Mira cómo habla ahora el Mort. —Bastian estiró el cuello y se sacudió los hombros—. Dentro de poco haremos que renuncie a sus votos.

Lore agradeció que todo estuviese oscuro. Con el calor que emanaba de sus mejillas, podría haber encendido una vela.

Bastian inclinó la cabeza hacia el pozo.

—Bueno, ¿vas a ayudar entonces? —Volvió a acercarse a la estatua para empujarla. Al parecer, era mucho más pesada de lo que parecía. La movió milímetro a milímetro por la plataforma de madera hacia la pared del pozo.

Con un estruendoso suspiro, Gabe se aproximó, rozando a Lore con el hombro a su paso. La chica no se movió. Sin duda, se trataba de una provocación. Al menos, el modo en el que había fijado la mirada en ella indicaba que para Gabe lo era.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó Lore.

—Estaba reflexionando. —El Mort tenía la línea de la barbilla tensa, y esta lanzaba una profunda sombra sobre su cuello.

—¿Y has llegado a alguna conclusión interesante?

Por fin Gabe clavó la mirada en ella. Se giró de tal forma que su único ojo azul la recorrió como si fuera un faro en una costa rocosa, peligroso y seguro al mismo tiempo.

—He llegado a la conclusión de que no puedo dejar que hagas esto

sola.

—Bastian está conmigo. —Aquello era la verdad y un arma, acompañada del recuerdo de la proximidad que habían compartido en el nicho—. En ningún momento iba a hacer esto yo sola, Gabriel. Simplemente iba a hacerlo sin tu ayuda.

A Gabe se le tensó un músculo de la mandíbula.

—Sobre lo que deberías haber estado reflexionando —continuó— es sobre lo que vas a hacer cuando al fin te demostremos que Anton es un mentiroso. —Y tras decir aquello, Lore se dio la vuelta y fue a ayudar a Bastian a mover la estatua.

Pasado un momento, Gabe la siguió.

Capítulo Treinta y cuatro

Tras estudiar a los nigromantes capturados que trabajaban por parejas, descubrimos que el más poderoso era el que canalizaba el Mortem, mientras que el más débil era el que lo encauzaba. De esta forma, podían resucitar a más muertos empleando menos energía al vincularse los dos. Algunos nigromantes también eran capaces de darle forma al Mortem puro antes de canalizarlo a través de sus cuerpos, provocando efectos como el aumento de la fuerza o la resistencia una vez que ese Mortem manipulado había sido absorbido. Teóricamente, esta práctica podría ser aprovechada con fines militares, pero hay muy pocas personas capaces de hacer esto, así que no es factible seguir ahondando en la investigación de esta posibilidad.

—Notas de Thierry LeMan, investigador que trabajaba en las islas Calcinadas alrededor del año 10 d. C. D.

Al trabajar los tres juntos, mover la estatua fue bastante sencillo. Gabe era el que daba las indicaciones. La escultura se encontraba sobre una vía, prácticamente invisible contra las vetas de madera en la oscuridad. Poco a poco, la desplazaron hacia delante hasta que quedó encajada en una muesca tallada en lo alto del muro del pozo.

—Ahora que lo pienso —dijo Bastian, llevándose las manos a las caderas y frunciendo el ceño hacia la figura del dios—, mover la estatua hacia la muesca era lo más obvio.

—Empezamos bien —murmuró Gabe.

Lore se había quedado sin aliento, de modo que le resultaba imposible decir nada. Aunque solo hubieran tenido que deslizarla por aquella vía, la maldita estatua pesaba muchísimo.

Bastian movió la tapa de madera que cubría la boca del pozo, ya liberada del peso del dios de piedra. El interior estaba completamente oscuro. Se trataba de una oscuridad tan densa que casi parecía líquida.

El frío emanaba de las profundidades del pozo y los tres dieron un leve e instintivo paso hacia atrás.

—¿Tienes la llave? —La voz de Gabe era grave y sombría, aún teñida de sospecha. Arqueó una ceja en dirección a Bastian, que parecía completamente confundido.

—¿Una llave para qué?

—Para las cámaras —dijo Gabe—. Las cámaras en el interior de las catacumbas. No las dejan abiertas sin más.

—Pues… —Bastian se echó el pelo hacia atrás—. Mierda.

—Yo puedo meternos.

Lore no miró a ninguno de los dos. Se quedó contemplando el inmenso pozo de oscuridad, una entrada a las partes más profundas de la tierra, donde se suponía que no debían entrar los vivos.

—Yo puedo meternos —repitió.

Gabe arrugó la frente.

—¿Cómo?

Detrás de él, Bastian guardó silencio.

Lore tragó saliva para aliviar la sequedad de la garganta.

—Puedo meternos en cualquier cámara que encontremos. Confiad en mí.

Lore estaba segura de aquello con la misma certeza con la que conocía la forma de las catacumbas, su nombre o los bordes en forma de medialuna de la cicatriz que tenía en la palma de la mano. No había ninguna parte de aquel mundo bajo tierra que permaneciese cerrada para ella.

La confusión de Gabe se vio reflejada en su rostro, iluminado por la luz plateada de la luna. Habían intentado confiar el uno en el otro, pero nunca lo habían logrado del todo. Eran como dos aves carroñeras que daban vueltas alrededor de un cuerpo que moría lentamente.

—Lore era traficante de veneno —dijo Bastian, sumido en la oscuridad, justo debajo del tejado sobre la boca del pozo. Tenía los brazos cruzados y hablaba en voz baja—. Sabe forzar una cerradura.

Gabe se había dado cuenta de que había algo más detrás de todo aquello, pero también sabía que Lore no iba a compartirlo. Esta pudo interpretarlo en el gesto que adoptó con la boca, duro e inflexible, ocultando lo mejor posible el dolor que le causaba.

Gabriel Remaut había vivido toda su vida sufriendo heridas superficiales, y Lore seguía infligiéndole más.

Pero el Presque Mort dejó correr el asunto y asintió.

—Muy bien.

Bastian no había dejado de mirar a Lore. Pareció percibir el momento en el que ella se sintió más preparada, tras reprimir esa

culpa que le atenazaba las entrañas. Con una leve inclinación de cabeza, el Príncipe Solar se metió en el pozo.

—Vale, Lore y yo bajaremos ahí a buscarlos. No sé cuánto tardaremos en encontrar los cadáveres, pero me imagino que volveremos antes del amanecer. Remaut, tú quédate aquí y…

—Desde luego que no —respondió el aludido casi con un gruñido—. ¿Crees que voy a dejar que bajes ahí tú solo con ella?

—Creo que no te queda otra —respondió Bastian en un tono sosegado y cortés, lo que hacía que pareciera más un ataque—. Alguien tiene que hacer guardia y tiene más sentido que ese seas tú.

—¿Por qué tengo la sensación de que tenías todo esto planeado?

—Te aseguro que no es así, Mort, ya que ninguno de los dos sabíamos que ibas a presentarte aquí hasta hace cinco minutos. Has dejado a Lore todo el día sola.

—Estoy seguro de que tú no.

Por el Dios Sangrante y su corazón perdido, aquellos dos iban a volver loca a Lore.

—Bastian tiene razón, alguien debe quedarse a hacer guardia. —Lo dijo de un modo rápido y firme. Fuera cual fuese la dirección que estaba tomando la disputa entre Gabe y Bastian, Lore quería que lo dejaran estar—. Y la gente cuestionará mucho menos tu presencia aquí que la del príncipe, Gabe.

La luz se reflejaba sobre el tejado de oro de la ciudadela, haciendo refulgir el ojo de Gabe. Este la contempló por un momento y luego se frotó el parche.

—Párate a pensarlo, Lore —murmuró el Presque Mort—. Si tengo que hacer guardia, pues que así sea, pero la verdad es que me sentiría mejor si bajaras tú sola ahí en lugar de acompañada por él.

—Te marchaste. —Esas palabras les hicieron recordar todo aquello que no podía expresarse en voz alta: la habitación oscura, dos cuerpos juntos que encajaban a la perfección antes de que decidieran separarlos—. Sé que prefieres que esté sola, Gabriel, pero yo no quiero estarlo.

El Presque Mort retrocedió, alejándose de ella. El brillo de la luz de la luna dejó de reflejarse en su ojo y una sombra cayó sobre él como si fuera una capa.

Bastian saltó hacia la boca del pozo y, una vez allí, se agachó para echar un vistazo hacia la oscuridad. Con un clic, encendió su mechero de nácar que tenía agarrado con el puño. La diminuta llama no era de mucha ayuda, pero sí que iluminaba una escalera corta y estrecha que bajaba en espiral por un lateral del pozo.

—¿Alguna idea sobre cuánto hay que bajar para llegar al fondo?

—El pozo tiene unos nueve metros de profundidad. —Gabe habló sin transmitir ninguna emoción en la voz. Era tan plana como el mar en calma.

—Excelente. —Con cuidado, Bastian bajó el primer escalón—. Nos vemos al amanecer.

Lore podía sentir la mirada de Gabe fija en su nuca, analizándola, consciente de que había algo que ella no le había contado.

Algo que nunca le contaría. Incluso si su silencio, su reticencia a preguntárselo, hacía que, contradictoriamente, Lore sintiera que tal vez debía hacerlo.

La cabeza de Bastian desapareció poco a poco a medida que bajaba por las escaleras. La chica se subió al borde del pozo.

—Lore.

Esta se giró a medias. Gabe estaba de pie, con los brazos cruzados, varios centímetros por debajo de ella debido a la posición de Lore.

—No quería marcharme —dijo al fin—. Anoche. No quería parar.

Lore retorció los dedos, como si fuera a extenderlos hacia él, pero los cerró con fuerza.

—¿Y entonces por qué lo hiciste?

Gabe apartó la mirada.

—Porque estar contigo… no parecía ser lo correcto. Parecía peligroso. Algo de lo que debía alejarme mientras tuviera fuerzas para hacerlo. —Se mordió la comisura del labio con los dientes, como si no estuviese seguro de cómo expresar aquello—. Sentí que era un error, pero uno que ya había cometido antes. Uno que sabía que acabaría mal.

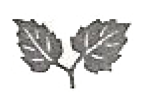
Estaba intentando decirle algo allí mismo, algo que se acercaba mucho a lo que ella había sentido desde que lo conocía: aquella conexión instantánea, el modo en el que sentía que los conocía a Bastian y a él a un nivel tan profundo que no podía explicar. Pero, de todo eso, tan solo una palabra se le quedó grabada en la mente e hizo que Lore retrocediera.

—«Un error» —repitió ella en voz baja.

Gabe se encogió, como si no se hubiera dado cuenta de cómo sonaba aquello hasta que lo había oído de su boca.

—Lore, no quiero decir que…

—Has dejado muy claro lo que quieres decir. —Lore apoyó un pie en el primer escalón y comenzó a bajar, con el sonido del suspiro de Gabe a sus espaldas.



Todos los rincones de las catacumbas parecían iguales. Las paredes eran de piedra y secas como huesos viejos. Se estrechaban y expandían sin ton ni son ni aparente motivo, como si alguien las hubiese diseñado siguiendo el ritmo de la respiración de unos pulmones enfermos. El suelo estaba sucio, cubierto por pedazos de roca. Aquel aroma, a vacío y a ozono, hacía que a Lore le picara la nariz.

Podía sentir el Mortem igual que si fuera una extremidad fantasma. La muerte se hallaba en todas aquellas piedras y en los huesos de los renacidos que se habían arrastrado hasta allí para morir. Personas que no tenían a nadie que se preocupase por ellos lo suficiente como para incinerar sus cadáveres

Le sorprendió poder percibir tanto Mortem con Bastian tan cerca de ella. Pero cualquier efecto amortiguador que hubiese tenido el príncipe sobre su habilidad parecía haber disminuido en los últimos días hasta prácticamente dejar de ser un problema. Por el contrario, su presencia casi parecía aclarar sus sentidos, hacer que el Mortem fuera más punzante, como si Bastian fuera la piedra que afilaba su cuchillo.

Inexplicablemente, aquello le hizo pensar en su cumpleaños. En la consagración. En la oscuridad de la luna cubriendo el sol. Miró hacia Bastian. Allí, por el rabillo del ojo, detectó un resplandor dorado que desaparecía de su vista en cuanto intentaba concentrarse en él.

Lore sacudió la cabeza.

Un montón de madera vieja apilada de cualquier manera, tallos secos de plantas y unas cuerdas los esperaban al final de las estrechas escaleras. Bastian unió todos aquellos materiales para formar una antorcha y la sostuvo sobre su mechero de nácar para prenderle fuego. Se la pasó a Lore sin decir nada.

Ella tomó la antorcha improvisada. Sintió cómo el pánico le burbujeaba justo debajo del esternón, como si fuera aceite en una sartén demasiado caliente, saltando hasta quemarla. Ahora que se encontraba allí, en la oscuridad, cada uno de sus sentidos le gritaba que se fuera por donde había venido, que subiera aquellas escaleras hacia el cielo abierto y el aire puro…

—Lore. —Sintió unas manos sobre los hombros, calidez y el aroma a vino—. Respira.

Eso hizo. Despacio. Inhaló y exhaló, manteniendo la mirada fija en los ojos del color del *whisky* de Bastian, que tan cerca se encontraban de ella.

Cuando sintió que había retomado el control, dio un paso atrás. Bastian la soltó.

El príncipe asintió, recogiendo más materiales para hacer otra

antorcha para él.

—Entonces, ¿qué camino tomamos?

Lore cerró los ojos y dejó que se desplegara su mapa interior de las catacumbas. Era como una red que caía sobre la parte interna de sus párpados, una oscura tela de araña laberíntica. Había un punto en el mapa que palpitaba. Un montón de Mortem concentrado en un único lugar. Allí debía ser donde se encontraban los cadáveres. Cerca de aquel punto, había dos destellos de luz blanca: Bastian y ella. Así que lo único que debía hacer era encontrar un camino entre todas aquellas líneas irregulares que los condujera hasta allí.

Contemplar su mapa era como ver un laberinto desde arriba, bajando la mirada hacia un pozo de hilos enredados o venas expuestas. Mucho más abajo, Lore detectó otro montón de luces blancas que eran apenas un destello. Ya quedaban muy pocas de ellas. Y luego, otro punto nudoso y palpitante de Mortem concentrado.

Las Hermanas de la Noche. El cadáver de Nyxara. Allí, en aquella extraña catedral subterránea al fondo de las catacumbas, al lado de la tumba de obsidiana. Lore podía verla ahora que la había localizado con la mente. Podía verla con tanta claridad como si ella misma estuviera bajo aquellas estalactitas cristalinas, las paredes salpicadas de minerales que formaban constelaciones, el resplandor de la losa de la tumba, una oscuridad mucho más profunda que la que había en el resto de las catacumbas…

Pero no había bajado allí para eso. Lore dejó la tumba atrás, volviendo a centrar su visión mental y buscando un camino que los llevara a Bastian y ella hasta los cadáveres.

—Por aquí. —Comenzó a avanzar. Detrás de ella, Bastian se apresuró a encender su propia antorcha y la siguió.

No tardaron mucho en toparse con el primer montón de huesos, viejos y secos, envueltos en un andrajoso manto de un color indeterminado. Bastian frunció el ceño, apartando con el pie lo que parecía ser un fémur.

—Repugnante —murmuró—. Creo que ya he tenido suficientes cadáveres por hoy y ni siquiera hemos encontrado aún dónde esconden a la mayoría.

—Pues imagínate cómo me siento yo —replicó Lore.

Ambos se sumieron en el silencio. Cuando Lore miró hacia atrás, vio que Bastian tenía la frente arrugada, con las llamas de su antorcha proyectando una sombra trémula sobre su rostro.

—No se lo has contado a Gabe, ¿verdad? Lo de que te criaste aquí abajo.

—¿Acaso importa? —La pregunta sonó más brusca de lo que Lore

había pretendido.

—No. Es asunto tuyo. Tú decides a quién se lo quieres contar. —Bastian se encogió de hombros, pero no logró disimular aquella mirada penetrante, que era como una pala que ahondaba en la tierra en busca de las respuestas que se encontraban allí enterradas—. Me parece curioso, eso es todo. Ya que es evidente que suspiráis el uno por el otro.

—Yo no suspiro por Gabriel Remaut.

—Bueno, pues sin duda él sí que lo hace por ti.

—No. —Lore soltó una carcajada concisa y estridente—. No lo hace.

—Pues entonces me ha engañado.

—Engañarte a ti no es complicado.

Ahora fue Bastian quien soltó una carcajada estridente.

—Puede que no lo sea para ti. —Se produjo una pausa y luego, añadió en un tono más suave—: ¿Por qué me lo contaste a mí entonces?

—Porque me habías amenazado con enviarme a las islas Calcinadas si no lo hacía. —El camino que quedaba delante de ellos se bifurcaba, dividiéndose en pasillos desiguales. Lore se detuvo e inhaló. Se decantó por seguir por la izquierda.

—No fue solo por eso —dijo Bastian, detrás de ella. Su voz había adquirido un matiz que Lore no le había escuchado antes. Transmitía duda—. Confías en mí, Lore. A pesar de todo, aunque no te guste, confías en mí.

—No me has dejado otra alternativa. —Pero aquello no sonó como una acusación.

—Yo tampoco siento que me haya quedado otra alternativa. —El tono de duda de Bastian se endureció—. No dejo de intentar averiguar por qué quise saber más sobre tu infancia, sobre quién eras. Por qué necesitaba saberlo. Sí, claro, para protegerme de August, pero esto iba más allá. Fue como si… algo me empujara a hacerlo. Como si ya hubiera pasado antes, fuera a volver a pasar y, quisiera o no, yo formara parte de todo esto.

Aquellas no eran las mismas palabras que Gabe había pronunciado junto al pozo, pero el mensaje venía a ser el mismo. Todos tenían la sensación de que, a su alrededor, las piezas comenzaban a encajar en su sitio, de que estaban siendo movidos por unas fuerzas mucho más grandes que ellos mismos, incluso más grandes que los reyes y las guerras. Bastian, Gabe y ella eran cometas que no podían evitar colisionar.

Lore se dio la vuelta. A Bastian le brillaban los ojos con rabia e

incertidumbre.

—Te conozco —le dijo el príncipe, como si fuera una sentencia—. Y tú me conoces. ¿Por qué, Lore? ¿Por qué parece que te conozco desde siempre?

En cualquier otro contexto, aquello habría podido parecer romántico. Pero en ese instante, era una mezcla de dolor y confusión, otra cosa más que resultaba incuantificable. Lore lo contempló fijamente sin decir nada.

—Dime que no es cosa mía. —Sabía que el Príncipe Solar no era de los que suplicaban, que esto sería probablemente lo más cerca que había estado de hacerlo. Y esa idea la destrozó por dentro, abrió una herida que ya había sanado y que no dejaba de reabrirse una y otra vez—. Lore, dime que no estoy solo en esto.

¿Y no era aquello lo que Lore había querido? ¿No estar sola?

Se quedó contemplando a Bastian a través de la oscuridad, más allá de la antorcha, las rocas y los huesos.

—No es cosa tuya. —Su voz sonó ronca. Lore tragó saliva—. No es cosa tuya, Bastian. Yo también siento lo mismo.

Entonces, se dio la vuelta y retomó la marcha. Detrás de ella, Bastian dejó escapar un suspiro entrecortado y la siguió.

Capítulo Treinta y cinco

Nada es nuevo.

–El Libro de la Ley Mortal, tratado 135

Lore supo que la primera cámara a la que llegaron no era la que estaban buscando. El mapa de su cabeza le indicaba que pasara de largo, que siguiera adentrándose más en la oscuridad.

Pero Bastian se detuvo, alzando la antorcha titilante hacia la puerta de madera astillada.

—¿No deberíamos comprobar esta?

—No es esa —declaró Lore, siguiendo hacia delante. A tanta profundidad bajo tierra hacía frío y había comenzado a sentir que se le entumecían las puntas de los dedos de las manos—. Y tenemos que seguir avanzando si queremos estar de vuelta para el amanecer.

—¿Cómo lo sabes? —Bastian le echó otro vistazo a la puerta antes de seguirla—. No creo que seamos capaces de saber cuándo va a salir el sol estando aquí abajo. Por el Dios Sangrante, no creo ni que nos enteráramos si el mundo se acabase.

Estaba exagerando, pero Lore levantó los hombros hasta casi las orejas.

—Lo sé y punto. —Su intuición era como una chispa en el interior de su pecho, una antorcha que le llevaba por el buen camino. Parte de ella se sentía más como en casa en las catacumbas que en ningún otro sitio.

Lo único que siempre había querido era encontrar un lugar en el que encajara que no estuviera en la oscuridad. Pero las sombras y la muerte eran las únicas cosas que la acogían con los brazos abiertos.

—No me has dicho cómo funciona exactamente este sistema tuyo de navegación. —Bastian aceleró el paso para ponerse a su altura, ajustando su zancada para seguirle el ritmo—. Supongo que tendrá algo que ver con que hayas nacido aquí.

Lore se encogió de hombros, analizando la oscuridad que había delante de ella en lugar de al Príncipe Solar, que estaba a su lado.

—Supongo que sí.

—Entonces, serás la única que conozca las catacumbas de este modo, porque eres la única que ha nacido en ellas.

—No, no soy la única.

Bastian enarcó una ceja.

La chica suspiró y se frotó los ojos. Había sido buena idea que fuera Bastian el que bajara allí con ella. A Lore no le quedaba energía para seguir guardando secretos.

—Otras Hermanas de la Noche tuvieron bebés —dijo—. A más de una embarazada soltera se le ha ocurrido que esconderse en las catacumbas es preferible a tener que lidiar con sus familias en la superficie.

—Eso no dice mucho a favor de esas familias.

—O de la sociedad en general. Se necesita más de una persona para tener un bebé, pero la responsabilidad recae siempre en quien carga con la prueba de ello en su cuerpo.

—Es cierto. —Bastian hundió la barbilla, coincidiendo con ella—. Pero supongo que no todos los niños que nacen aquí son capaces de manipular el Mortem.

—No. —Lore se rio sin ganas—. Supongo que yo fui de las afortunadas.

El príncipe resopló y luego inclinó la cabeza hacia la mano en la que Lore tenía la cicatriz de la medialuna, que colgaba a su costado; con la otra sostenía la antorcha.

—¿Todos los hijos de las Hermanas de la Noche acaban marcados?

Lore cerró la mano en un puño.

—No, solo los elegidos para adentrarse en la tumba durante el eclipse y comprobar si el cuerpo de Nyxara se ha movido.

La mirada de Bastian se ensombreció al oír la palabra «eclipse», mientras vinculaba todo aquello al baile que el rey había organizado. Las similitudes daban que pensar.

Recorrieron un par de pasos más en silencio. Luego, Bastian tragó saliva.

—No deberías acudir al baile el día del eclipse, Lore.

—Tengo que hacerlo. Si no, será obvio que estamos…

—No, no tienes por qué hacerlo —dijo aquello último entre dientes, con contundencia y precisión—. No tienes por qué hacer lo que August y Anton te digan. A Remaut y a mí se nos ocurrirá alguna excusa si es necesario. Finge estar enferma, enciérrate en tu habitación y, por todos los infiernos, huye por las alcantarillas y busca una taberna en la que emborracharte hasta caer redonda, pero no creo que debas acudir al baile.

Lore se detuvo.

—¿Es que sabes algo?

—Pues claro que no sé nada. —Bastian parecía airado—. Pero no me da buena espina y, cuando se trata de ti, con eso me basta.

—¿Por qué te importa tanto protegerme? —Lore plantó los pies sobre la tierra seca y el polvo de los huesos, enfrentándose a él como si fuese una caballería lista para el ataque—. ¿Por qué me importa tanto a mí protegerte a ti?

—No lo sé. —Volvían a darle vueltas a lo que habían estado hablando antes, a esa sensación de que se conocían, de que unos hilos que ellos no se habían atado tiraban de ellos—. No lo sé.

La joven suspiró y luego apartó la mirada.

—Muy bien. Intentaré escaquearme del baile del eclipse. —Pero incluso mientras se lo estaba prometiendo, sintió que las palabras se le atragantaban en la garganta y que aquello era mentira. Sus pensamientos volvieron a Gabe, a cómo se tomaría que, de repente, decidiese desafiar por completo a Anton. Por el momento, El Presque Mort había aceptado hacer todo aquello solo por la amenaza de las islas Calcinadas. Concretamente, por la amenaza que le habían hecho a Lore, ya que debido a sus conexiones y a su título, probablemente él acabaría librándose. Pero después de lo sucedido la noche anterior, Lore no quería poner a prueba hasta dónde llegaría Gabe por ella, si al final cruzaría esa línea.

Bastian asintió.

—Gracias.

—Tú tampoco deberías asistir —dijo Lore, apartando a Gabe de su mente—. Por lo de que tu padre intenta deshacerse de ti y todo eso.

—Me llevaré mi propia comida —respondió él—. Y no beberé ni ingeriré nada en el baile, así descartaré que pueda echarme uno de sus venenos. Si fuera de los que participan en ese tipo de actividades, mi padre lo tendría mucho más fácil, pero es algo que siempre me ha desagradado. —Levantó una de las comisuras de los labios, mostrando unos dientes que brillaban bajo la luz de su antorcha—. Y si intenta matarme de un modo menos sutil, ¿quién podrá culparme si acabo devolviéndole el favor?

A Lore comenzaron a dolerle las sienes a causa de la inquietud.

—Entonces, esperemos que el rey se comporte.

La expresión en la mirada de Bastian indicaba que parte de él no esperaba nada de aquello. Parte de él esperaba que se derramara sangre.

Más adelante, las catacumbas volvían a bifurcarse, dos únicos caminos que no dejaban otra opción que no fuera ir hacia la izquierda

o la derecha. El recorrido que Lore había seguido en su cabeza le indicaba que fuera hacia la derecha. Sin embargo, en cuanto tomó aquella dirección, la luz de su antorcha titiló sobre algo que se encontraba en la pared. Eran palabras.

Lore se detuvo y frunció el ceño.

Bastian apareció a su lado, con la luz de su antorcha iluminando más las palabras. Aquellas letras eran irregulares, muy marcadas en algunas zonas y prácticamente invisibles en otras.

—Parece un galimatías —comentó el príncipe—. Puede que un renacido se sintiera elocuente justo antes de morir.

—No creo que ningún renacido se adentre tanto. —Había pasado media hora desde la última vez que se habían encontrado con restos de cadáveres. Lore mantuvo su antorcha cerca de la pared.

Entrecerró los ojos, intentando descifrar la inscripción en voz alta. Al menos, estaba escrita en auverraní.

—«La divinidad nunca se destruye, tan solo se repite» —murmuró.

—Sigo apostando a que se trata de un galimatías. —Pero la voz de Bastian transmitía cierta desazón, lo que indicaba que aquellas palabras le parecían tan graves como a Lore—. Fuera o no un renacido, ¿cómo es posible que alguien haya conseguido escribir en una pared de piedra?

Algo pálido se hallaba medio escondido entre la tierra. Lore lo empujó con el pie. Se trataba de un hueso con la punta afilada. La superficie estaba picada y desgastada, como si llevara allí mucho tiempo.

—Puede que tengas razón con lo del renacido.

Bastian arrugó la nariz.

—Qué bien. —Giró la cabeza hacia los túneles que se bifurcaban delante de ellos—. ¿Por dónde?

Lore señaló hacia el de la derecha y prosiguió la marcha, un poco más rápido que antes. Le dio una patada al hueso y lo mandó hacia la oscuridad.

Siguieron con paso ligero y con las antorchas crepitando.

Lore creía que habían pasado poco más de dos horas desde que habían bajado por el pozo. Aún les quedaba bastante tiempo antes del amanecer, pero Gabe estaría preocupado, caminando de un lado a otro. No le cabía ninguna duda. Caminado y pegándose tirones en el parche del ojo.

—¿Crees que él estará bien? —La pregunta abandonó sus labios sin que ella fuese ni siquiera consciente de que hablaba en voz alta.

—¿Remaut? —A su lado, Bastian se enderezó, pero su voz permaneció inalterable—. Seguro que está bien. Puede que esté

aprovechando la oportunidad para dormir un poco. Últimamente tiene aspecto de no descansar bien.

—Duerme delante de la puerta de nuestros aposentos —dijo Lore—. Para custodiarla.

—Siempre le han gustado las muestras exageradas de caballerosidad.

—Tal vez tú puedas aprender algo de él.

Guardaron silencio, y entonces el príncipe añadió:

—¿Te gustaría que lo hiciera, Lore?

Aquella podría haber sido una pregunta seductora, que podría haber hecho sin problema en su habitual tono frívolo. Pero no lo fue. Era sincera, y Lore no respondió.

Su mapa mental la guio haciéndole doblar muchas esquinas, con las antorchas parpadeando sobre la piedra húmeda. En su mente, las luces blancas que los representaban a Bastian y a ella se acercaban cada vez más al núcleo del Mortem, hasta que los dos acabaron justo encima. Habían llegado a su destino.

El cual, aparentemente, era una pared sólida.

—Maldita sea. —Lore golpeó la piedra con la mano—. ¡Joder!

—Debe haber una puerta en algún sitio. —Bastian agitó su antorcha, lanzando una luz temblorosa en todas direcciones—. ¿Tal vez un pestillo oculto o algo así?

—No lo hay. —El pasillo era estrecho. Si Lore se inclinaba hacia atrás, podía tocar la pared con la espalda. Se deslizó hacia el suelo apoyándose en el muro y se llevó la palma de la mano a la frente—. Aquí no hay nada.

—Tiene que haberlo. Nos has traído hasta…

—Me he equivocado de camino, Bastian. —Lore dejó caer la mano y le lanzó una mirada tan afilada como una daga—. Me he equivocado. Puede que estamos equivocados con todo este maldito asunto. Quizá debamos dejarlo estar.

—«Dejarlo estar» —repitió él con voz fría. Se quedó contemplándola desde arriba. La luz de la antorcha le hacía parecer tan regio y distante como una estatua de Apollius—. ¿Dejar que mi padre y mi tío sigan recolectando cadáveres con a saber qué propósito y que acaben provocando una guerra?

Lore no apartó la mirada de la suya, pero tampoco respondió. Estaba cansada. Cansada de intentar solucionar algo que no comprendía del todo. Cansada de que tiraran de ella desde distintas direcciones, usándola desde todos los ángulos posibles. Quizá alguno de aquellos ángulos estuviese justificado, pero aun así le dolía.

Bastian maldijo, colocando su antorcha entre una pequeña pila de

rocas para mantenerla erguida. Entonces, despacio comenzó a recorrer con las manos la pared. Seguía buscando aquel pestillo escondido.

Lore lo contempló por un momento, incapaz de ponerse en pie. Luego, con un suspiro, se levantó e hizo lo mismo que él.

Bastian la miró de reojo, pero no dijo nada. Un hombre listo.

Tal y como esperaba Lore, no había ningún pestillo oculto. Pero en cuanto pasó la mano por una zona de aquella pared de piedra rugosa, su palma… se detuvo.

Frunció el ceño. Podía apartar la mano si lo intentaba, pero su piel parecía sentirse atraída por aquel punto, que era más liso que el resto de la piedra. También más frío. Al principio, pensó que ese era el motivo de que su mano se hubiera detenido allí, simplemente por la textura. Pero, a medida que presionaba más la palma contra la piedra, sintió algo parecido a una vibración. Un remolino formado por el viento invernal. Sangre que se coagulaba lentamente.

Mortem. Era el Mortem llamándola. Se encontraba acumulado y anudado allí.

—Creo que ya lo he averiguado —murmuró Lore.

Bastian dejó de desplazar las manos por la pared, con el pelo oscuro cubierto de polvo. Dio un paso atrás, con las palmas abiertas delante de él como en señal de rendición.

—¿Qué tenemos que hacer?

—Se trata de una cerradura —le dijo ella, presionando todavía la piedra con la mano—. Pero no funciona con una llave. Es un mecanismo que debe ser abierto con magia, no con algo tangible.

—Por desgracia, la magia es cosa tuya. —Bastian tragó saliva, entornando la mirada hacia la pared—. ¿Es seguro?

—Desde luego que no.

—Pues nada. —Bastian se colocó detrás de ella, como si así pudiera ofrecerle algún tipo de apoyo—. Yo te cubro. Intenta no morir.

Lore cerró los ojos y alzó la barbilla, tanteando con sus sentidos el interior de la pared que tenía delante mientras dejaba caer su barrera mental, el bosque que siempre le recordaría a Gabe. Intentó reunir el Mortem que se encontraba en las piedras que había a su alrededor, pero como este ya había sido manipulado para introducirlo en el interior de aquella puerta oculta, le costaba volver a extraerlo.

Inhaló hondo y contuvo el aire hasta que comenzó a ver chispas detrás de los ojos. Cuando los abrió, lo vio todo en una escala de grises. La pared que tenía ante sí era una retorcida maraña oscura, y la mano que tenía apoyada en ella refulgía tenuemente en un tono gris típico de un canalizador activo. Había más Mortem acechando en la

pared que quedaba detrás de ella y en la tierra. Lore lo extrajo de allí y unos finos hilos de oscuridad se enredaron entre sus dedos. Lo canalizó a través de ella misma, con una rapidez producto de la práctica. Luego, con cuidado, lo introdujo en la pared.

El Mortem allí había sido transformado en una especie de caja rompecabezas, con un nudo en el centro y otras hebras que formaban la silueta de una puerta. Para abrirla, Lore tenía que resolverlo.

Aquello debía ser obra de Anton. Le recordaba mucho a lo que había hecho durante la fuga, retorciendo los hilos de Mortem hasta formar un intrincado nudo, trabajando de un modo que ella no había presenciado antes. Pero fuera lo que fuese lo que el altísimo sacerdote había hecho durante la fuga, había sido algo demasiado simple en comparación con esto. Lore no tenía ni idea de que el Mortem pudiese emplearse de aquel modo, retorciéndolo y dándole forma, en lugar de introducirlo con premura en el interior de un canalizador para luego pasarlo a la materia muerta. Había sido transformado en una herramienta. Poder canalizarlo y moldearlo al mismo tiempo habría requerido una profunda concentración.

Pero ¿acaso Anton había canalizado algo durante la fuga? Ahora que lo pensaba, no estaba segura. El altísimo sacerdote le había dado forma al Mortem, pero no recordaba haberle visto los ojos opacos o los dedos necróticos que indicaran que el poder de la muerte estaba recorriéndole el cuerpo.

¿Se habría limitado a darle forma al Mortem puro? ¿Habría hecho una maraña con él y luego se lo habría pasado a Lore para que esta fuese quien lo canalizara en su interior? Aquel tipo de cosas habían llegado a ponerse en práctica, pero había sido hace siglos.

No tenía tiempo de seguir dándole vueltas a aquello. Lore inspiró mientras tanteaba el rompecabezas. Las hebras de Mortem que estaba canalizando rozaban las del altísimo sacerdote, como unos delgados dedos sobre las cuerdas de un violín.

El objetivo de aquel rompecabezas era evidente: desenredar el nudo de su centro, lo que desharía la caja y el contorno de la puerta, facilitándole a Lore que introdujera allí sus propios hilos y la abriera. Desenredarlo probablemente podría llevarle siglos. Debía realizar una serie de pequeños movimientos, uno detrás de otro, y ejecutarlos de la forma adecuada y en el orden correcto.

Se le escapó uno de los hilos. El esfuerzo al tratar de atravesar la piedra con ellos hizo que uno se le torciera. Algo en el interior de aquel rompecabezas encajó en su sitio.

El nudo retorcido se aflojó.

Por un momento, Lore se quedó quieta sin ser capaz de creerse que

hubiera resuelto aquel complejo rompecabezas por accidente. Pero entonces, con un último empujón, envió todo el Mortem que había creado hacia delante.

Se produjo un crujido. La pared que tenía enfrente se abrió.

Lore dio un paso atrás, desprendiéndose de los hilos de Mortem mientras jadeaba en busca de aire, el color regresaba a su visión y la sangre le recorría de nuevo los dedos. De la puerta, ahora abierta, emanaba frío. La oscuridad al otro lado era espesa como el alquitrán. Lore tomó su antorcha con las manos temblorosas. Ni siquiera la luz de la llama iluminaba más allá de medio metro hacia el interior de la cámara.

—Yo iré primero. —Bastian sacudió los hombros y tensó la mandíbula. Atravesó la puerta antes de que ella pudiera detenerlo.

Se produjo un aullido, breve y sobresaltado. Lore se acercó al umbral de la cámara, dejando atrás su temor, y estuvo a punto de chocarse contra la espalda de Bastian.

—Era broma. —El príncipe rio entre dientes.

Lore le dio un manotazo entre los omóplatos.

—Que te jodan.

—Creía que ya habíamos hablado sobre lo de pedirlo educadamente.

Bajo aquella actitud bromista, tenían los nervios tan a flor de piel que ningún chiste podía lograr ocultarlos. La densa oscuridad se cernía sobre ellos, pero Lore también percibió una sensación de espacio que no había sentido en los túneles, una cierta inmensidad.

De algún modo, eso era peor.

—¿Qué es esto? —Bastian se echó a un lado, dando más pasos de los que Lore había anticipado. A ella le costó seguirle el ritmo. El príncipe acabó llegando hasta una pared. Acarició la piedra, tirando de algo que parecía una enredadera sin hojas. Se trataba de una mecha.

—No enciendas eso —le advirtió Lore justo en el mismo momento en el que Bastian apuntaba con su antorcha hacia el extremo de la mecha.

La llama recorrió el cordel, pero, en lugar de conducir hacia un montón de explosivos, la mecha dirigió el fuego hacia otra antorcha que se encontraba sobre la pared. Y luego hacia otra, y otra más. La luz recorrió toda la estancia hasta que la caverna acabó iluminada por completo por unas llamas anaranjadas y titilantes.

Aquel lugar era enorme. Tres veces más grande que la sala del trono. Unos pedestales de piedra estaban dispuestos a la misma distancia unos de otros, recordándole a Lore a los sombríos hierros

que cruzaban el suelo que se encontraba a unos metros de altura sobre sus cabezas.

Y sobre cada pedestal había un cadáver.

Todos eran de distintos tamaños y géneros. Sin embargo, una vez muertos, todos parecían iguales. Estaban cubiertos por un tejido oscuro. Parecía que simplemente estuvieran dormidos, siempre y cuando no se acercaran lo suficiente para poder vislumbrar su palidez y la textura cerosa de su piel.

Y todos ellos parecían tener prácticamente la misma edad. No había niños ni ancianos. Aquellos cuerpos habrían estado en la flor de la vida si no hubieran estado muertos.

Bastian fue el primero en moverse. Lo hizo con vacilación y todavía con la antorcha encendida en la mano, aunque realmente ya no la necesitaban.

—¿Dónde está el resto?

No había niños. Ni ancianos. Lore sintió un escalofrío en la nuca, algún tipo de temor informe que no sabía cómo interpretar.

—Tal vez estén en otra cámara, ¿no? ¿Separados?

—Supongo. —Bastian juntó las cejas—. Pero ¿por qué?

Despacio, Lore se acercó a la losa que le quedaba más cerca. Había una mujer corpulenta, quizá un par de años mayor que ella. Su cabello era pelirrojo y tenía el rostro liso y sin arrugas. Y ni rastro de putrefacción.

El último ataque había tenido lugar hacía dos días. Dos días, con setenta y cinco víctimas. Sin embargo, allí había más de setenta y cinto cadáveres, así que debían de tratarse de los cuerpos de las cuatro aldeas que habían sido atacadas.

Pero ¿por qué iban a separarlos por edades? ¿Y cómo habían logrado conservarlos tan bien?

—Lore. —Bastian habló en voz baja, como si temiera perturbar a los muertos—. Sus palmas.

A uno de los cadáveres le colgaba la mano por fuera del pedestal. Lore no quiso tocarlo. En su lugar, se agachó y retorció el cuello hacia arriba para poder verlo.

Al cadáver le habían grabado un eclipse en la carne. Un sol por la parte superior de la mano, con su curvatura justo debajo de los dedos y los rayos extendiéndose donde estos empezaban. Y una luna creciente hacia arriba, completando el arco del sol.

—No lo entiendo —murmuró Lore, enderezándose y cerrando en un puño su propia mano marcada—. ¿Qué significa esto?

—Solo hay un modo de averiguarlo —respondió Bastian.

Lore posó con delicadeza los dedos sobre el pedestal que tenía

delante. Cerró los ojos, buscó la muerte que se escondía en lo más profundo del interior de aquel cuerpo y tiró de ella hacia fuera con delicadeza.

Inhaló y contuvo el aire, que sabía a vacío y a frío. Las puntas de sus dedos se enfriaron y palidecieron mientras los hilos de oscuridad comenzaban a salir del cadáver y a introducirse en ella, haciendo que su mundo volviera a perder el color.

Algo parecía no ir bien. Lore podía ver su propio cuerpo, una luz blanca y gris, además de una masa oscura en su centro. A su lado, Bastian era una luz tan brillante que prácticamente vibraba. Pero justo sobre el corazón de cada uno de los cadáveres, se encontraba un nudo de oscuridad, enmarañado con fuerza, del color que adquiría el cielo cuando no había ni luna ni estrellas. Aquello le recordó a la fuga, a la puerta. De nuevo, era cosa de Anton.

¿Qué era lo que había hecho el altísimo sacerdote?

A Lore se le ralentizó cada vez más el latido del corazón.

Sentía las extremidades pesadas. Había absorbido todo el Mortem que había podido. Dio un golpe seco con las palmas de las manos sobre el pedestal, canalizando la muerte hacia la roca y sintiendo cómo esta se volvía porosa y quebradiza.

La sangre en las venas le fluía de forma lenta. Sus pulmones no podían inhalar el suficiente aire como para seguir funcionando. Lore había asimilado más muerte de la que debía en aquel breve momento en el que había estado canalizando. Era… mucho más espesa de lo que debería, más densa.

Le temblaron las rodillas y Bastian corrió a su lado, rodeándola por los hombros con un brazo cálido para sujetarla y mantenerla estable.

—¿Qué os ha pasado? —le murmuró Lore al muerto, con un hilo de voz agudo—. ¿Quién os ha hecho esto y por qué?

Pero el cadáver frente a ella permaneció inmóvil y en silencio.

—No lo entiendo. —Bastian entornó la mirada—. ¿Qué ha…?

El príncipe se vio interrumpido por un crujido a medida que cada uno de los cadáveres de la caverna se sentaban sobre los pedestales. Cada uno de ellos giró la cabeza para contemplar a Bastian y a Lore con la mirada muerta y vacía.

La chica lo comprendió todo de golpe. Cuando había extraído la muerte de uno de ellos, de algún modo, la había extraído de todos. Aquellos retorcidos nudos de oscuridad que había visto flotando sobre sus corazones debían conectarlos de alguna forma.

Bastian se puso delante de ella como por instinto. Se llevó una mano al costado, a la daga que tenía escondida entre sus ropajes oscuros. Lore no sabía qué pretendía hacer con ella. No es que pudiera

volver a matarlos.

Pero ninguno de los muertos avanzó para atacarlos. En su lugar, al unísono, abrieron la boca mucho más de lo que debería haber sido posible para una mandíbula humana.

—Se han despertado. —Aquella voz procedía del primer cadáver, el que estaba más cerca de ellos. Los labios azulados no se movieron, como había pasado con el niño de la cripta—. Se han despertado, al igual que sus nuevos huéspedes. —Las palabras se convirtieron en un cántico, sonoro y en bucle—. Se han despertado. Se han despertado, al igual que sus nuevos huéspedes.

Lore sintió tanto frío como si ella misma fuera un cadáver y se quedó tan inmóvil como una muerta.

—Se han despertado. —Los cuerpos que se hallaban próximos al de aquella mujer se sumaron al cántico—. Se han despertado, al igual que sus nuevos huéspedes.

El cántico se extendió como la pólvora, hasta que llegó a cada uno de los cadáveres de la caverna. Todos hablaban a distintas velocidades, retomaban el cántico a distintos tiempos, una sinfonía de voces que llenaba el vasto espacio de la caverna y que caía sobre Lore como una oleada.

Entonces, dejaron de repetir aquellas palabras y los muertos comenzaron a gritar.

Capítulo Treinta y seis

Los perros heridos siempre vuelven con sus amos.
–Proverbio kiryteano

Por todos los dioses, el estruendo era terrible. Una cacofonía chirriante que retumbaba por aquella cámara excesivamente amplia, rebotando contra las paredes de piedra y provocando una discordancia que le perforaba los oídos a Lore. Se apartó a trompicones de aquel pedestal en el que se hallaba el cadáver gritando, se tropezó con una piedra suelta y cayó de culo al suelo, tapándose los oídos con las manos y con los dientes apretados.

Unos finos hilos de Mortem seguían enrollados en sus dedos, colgados entre ella y la piedra, como si fueran restos de la tela de una araña, con un tacto increíblemente frío al rozarle el rostro. Se trataba de una anomalía, algo que nunca había visto. Una vez que se dejaba de canalizar, los hilos debían desaparecer. Pero ese lugar, tan profundamente enterrado bajo tierra y tan inundado de muerte, tenía algo que parecía hacer que el Mortem persistiera.

A su lado, Bastian se arrodilló en el suelo, presionándose con tanta fuerza los oídos con las palmas de las manos que podría acabar dejándose un moratón. Ninguno de los dos intentó llegar a la puerta. La situación los sobrepasaba. Lo único que ambos pudieron hacer fue concentrarse en permanecer juntos en medio de aquel espantoso ruido.

Al menos hasta que los cadáveres comenzaron a moverse.

Al principio lo hicieron con brusquedad, mientras las extremidades muertas se despertaban, aunque en todo momento parecieron estar sincronizados, como si lo hubieran ensayado. Levantaban el brazo derecho y flexionaban los dedos. Luego, la pierna izquierda, dejándola caer a un lado del pedestal. Y todo ello mientras seguían gritando, con las bocas aún abiertas.

—Mierda —jadeó Lore, y se levantó a duras penas del suelo—. Mierda, esto no debería ser posible. Mierda…

Bastian tenía los ojos cerrados. No veía nada y seguía acuclillado. Lore lo agarró por el hombro y tiró de él hacia la puerta. Entonces, el príncipe abrió mucho los ojos, maldiciendo de forma inaudible por culpa del estruendo de los gritos de los cadáveres.

Por suerte, la puerta seguía abierta. Lore arrastró a Bastian fuera de allí justo cuando los cuerpos en la cámara se pusieron en pie. Cada rostro muerto se giró hacia ellos al mismo tiempo, con los ojos negros y las bocas convertidas en fauces, oscuras y más abiertas de lo que debería haber sido posible.

Despacio, comenzaron a avanzar hacia ellos.

—¡Cierra la puerta! —gritó Bastian, dejando atrás cualquier intento de ser discreto. Todo aquel griterío debía de oírse desde kilómetros de distancia.

—¡No sé cómo hacerlo! —Lore lanzó las manos hacia la piedra, pero los hilos de Mortem la rozaron con indiferencia, era inútil—. La magia… se está aferrando. No lo entiendo…

Por todos los dioses, había tantas cosas que no comprendía. Ese poder había estado en su interior durante casi veinticuatro años y aún le resultaba un misterio, algo desconocido una maldición con tantas caras como un diamante.

Bastian no debería haber sido capaz de ver los hilos de Mortem sobre los dedos de Lore, ya que no podía canalizar, pero, de algún modo, sí que los veía. La forma en la que abría los ojos y la boca lo decía todo.

Otro misterio más.

Bastian corrió hacia delante y apartó las manos de Lore de la puerta. Unos destellos de oro flotaron en el aire alrededor de los dedos del príncipe. Eran demasiados como para que fueran producto de su imaginación. Eran demasiado tangibles como para que fueran una alucinación. Lore podía verlos con claridad, envolviendo las palmas de las manos del joven, saliendo de él del mismo modo que el Mortem salía de ella.

El Príncipe Solar reunió todas las hebras de muerte en su puño envuelto en oro y tiró de ellas.

El Mortem cedió, saliendo de Lore como si fuera un hilo que se escabullía por el ojo de una aguja. Esta jadeó y su visión resplandeció. Parecía que la vida emanaba allí donde Bastian la había tocado, otorgándole color a su piel y acelerándole el pulso, con cada uno de sus nervios vivo y causándole un hormigueo. El Mortem se alejó de Bastian, pero Lore podía seguir sintiéndolo, podía volver a atraparlo si quería.

En el ambiente también había otra cosa, una sensación de

dualidad: como si estuviera sosteniendo, al mismo tiempo, una cuerda hecha de sombras y otra de luz; como si Lore fuera dos cosas distintas dentro de una misma forma. Tuvo un momento de lucidez, percibió la respuesta a una pregunta que no había sabido hacer…

Los cadáveres de la cámara se desplomaron. Los gritos se detuvieron, dejando tras de sí un silencio sepulcral.

Lore y Bastian se quedaron en el umbral de la puerta, cogidos de las manos y con la respiración agitada. El príncipe inclinó la frente y la apoyó sobre la de ella. Lore le dejó. Lentamente, comenzó a desvanecerse esa sensación embriagadora que se había apoderado de ella cuando el Príncipe Solar le había arrancado las hebras. Le había transmitido vida, resplandeciente y palpitante; algo que repelía la magia que Lore manipulaba. Y con ello, había descubierto algo que encajaba en su lugar, pero tan solo momentáneamente. La respuesta y la pregunta se estaban desvaneciendo.

Lore retiró sus manos de entre las de Bastian.

—¿Cómo has…? —Sentía la garganta como si se hubiera tragado un montón de gravilla. Se la aclaró y volvió a intentarlo—. ¿Cómo has hecho eso, Bastian?

El príncipe se miró las manos. El resplandor en el aire a su alrededor se había atenuado, pero solo un poco, y volvió a adquirir intensidad cuando levantó una mano en dirección a Lore. Esta se encogió, actuando por instinto, y entonces, Bastian volvió a dejarla caer.

—No lo sé. —Meneó la cabeza—. Debe ser una consecuencia de estar en las catacumbas…

No quedaba mucho para el amanecer. Lore lo sabía, lo sentía con certeza en los huesos, al igual que percibía todo lo que se encontraba allí abajo. Tenían que ponerse en marcha. No había tiempo para aquello.

—¿Y tú qué? —le preguntó Bastian, aún con un hilo de voz a causa de los nervios—. ¿Alguna vez te había pasado eso con el Mortem?

—¿Que se aferre a mí de ese modo o que un montón de cadáveres comiencen a perseguirme? —La risa afligida que soltó sonó temblorosa—. No, ninguna de las dos cosas.

—Han sido muy maleducados al no responder a tus preguntas antes de ponerse a gritar —dijo Bastian—. ¿Qué era lo que balbuceaban? ¿Algo sobre un despertar?

—«Se han despertado». Es prácticamente lo mismo que me dijo el primero que resucité. —Lore frunció el ceño—. No estaría mal que supiésemos a quiénes se refieren.

—¿Quieres decir que tiene algún significado?

—Los muertos no mienten. Nos han dado una respuesta a la pregunta que les he hecho, aunque no sea muy clara. —Lore se frotó la frente, manchándosela de polvo y cenizas de la antorcha—. Pero no tenemos ni idea de qué mierda significa.

Bastian se giró para analizar la puerta. Los candelabros en el interior de la cámara seguían encendidos, iluminando la maraña de cadáveres tirados por todo el suelo. Ninguno de los dos se movió para apagar las llamas. La luz, cada vez más intensa, reveló algo que las antorchas no habían podido iluminar: una X sobre la puerta de piedra, apenas visible contra aquel tono gris granulado.

—¿Crees que quienquiera que hiciera esto también será el autor del encantador mensaje que hemos encontrado antes en los túneles?

—Podría ser, pero lo dudo. —Lore recorrió con los dedos la X y luego los levantó. Los tenía manchados de negro. Era carbón—. Esta marca está hecha para que sea temporal, para borrarla con facilidad.

—Así que, con suerte, no la han hecho con un hueso.

—Pero cerraron la puerta con Mortem. Emplearon una técnica para manipular el Mortem que solo he visto una vez antes. —Lore se limpió el carbón de la mano contra el muslo—. En la fuga de hace unos días.

—Anton. —Bastian apretó la mandíbula y se cruzó de brazos mientras contemplaba la puerta.

—Anton —le confirmó la chica.

Toda aquella expedición había tenido como objetivo demostrar que Anton era un mentiroso. Pero ahora que lo habían logrado, que habían encontrado pruebas irrefutables, Lore sentía un gran peso sobre los hombros. Y la mirada vacía y perdida del príncipe le indicaba que él también lo sentía.

«Mi padre es un mal hombre», le había dicho en el atrio, rodeados por la luz de la luna y las flores venenosas. Aquello debía doler, el ser consciente de que todo tu linaje estaba corrompido.

Bastian suspiró y miró a Lore.

—Entonces, ¿mi tío y mi padre están matando a sus propios ciudadanos para provocar una guerra?

—Eso parece. —Lore se asomó al interior de la cámara sin atravesar el umbral y tomó una de las antorchas que había en la pared para sustituirla por la que se le había caído al suelo—. Pero no entiendo el motivo. Tenemos a Kirytea a nuestras puertas. La guerra es prácticamente inevitable. ¿Para qué querrían agravar la situación?

—Esto les dará algún tipo de ventaja que no conocemos. —Bastian caminaba al lado de ella, con el ceño fruncido y el pelo cayéndole sobre la frente—. Algo con lo que consigan que la guerra sea rentable, en lugar de tan solo una pérdida de recursos.

—De todas formas, no es que esa falta de recursos vaya a sentirse en la ciudadela.

Bastian inclinó la cabeza en señal de acuerdo.

Recorrieron el camino de vuelta al pozo en silencio. Lore los guio siguiendo el mapa de su cabeza, volviendo sobre sus pasos a través del laberinto de túneles. Cuando pasaron por delante de las palabras grabadas sobre la pared, se permitió volver a mirarlas una sola vez más.

La divinidad nunca se destruye.

Más adelante, refulgía un débil rayo de luz, demasiado brillante como para tratarse de la luna. Los había pillado el amanecer, y la fuerza de su resplandor, después de haberse pasado horas en las catacumbas, hizo que a Lore le doliese la cabeza.

Bastian se detuvo al pie de las escaleras, frunciendo el ceño hacia el intenso rayo de sol.

—Gabe lo ha dejado abierto —murmuró—. Aunque muy poco.

—Estará ahí arriba para levantar la tapa.

—Cuánta fe tienes en nuestro monje. —Bastian comenzó a subir las escaleras, con los músculos de los hombros moviéndose debajo de la camisa polvorienta mientras mantenía el equilibrio con una mano apoyada sobre la pared—. Es demasiado voluble. No me sorprendería que haya puesto pies en polvorosa en cuanto los dos hemos bajado.

—Deberías tener algo más de confianza en él —dijo Lore hacia la espalda ancha del Príncipe Solar. Al darse cuenta de que lo estaba mirando fijamente, apartó la vista y la centró en sus propios pies mientras subía con cautela aquellas estrechas escaleras—. Al final se ha presentado, ¿no?

Casi como en respuesta, la tapa del pozo se abrió y dejó pasar una luz penetrante. Aún no era del todo de día, pero el amanecer había avanzado bastante como para que Lore tuviera que apartar la mirada a causa del brillo.

Cuando volvió a mirar hacia arriba, Bastian ya había salido y el agujero que quedaba encima de ella no mostraba nada más que un cielo teñido de rosa. Puso los ojos en blanco. Cómo no, el príncipe había salido sin más del pozo en cuanto había resultado evidente que Lore tenía razón. Gabe y él probablemente estarían dedicándose improperios el uno al otro en aquel mismo instante.

Pero cuando la chica llegó a lo alto de las escaleras, vio que Bastian se encontraba de rodillas entre dos Presque Mort, con la cabeza echada hacia atrás y la punta de una bayoneta clavándosele en la piel de la garganta. Detrás de él se hallaba Malcolm, con la expresión pensativa, pero con la mandíbula tensa en señal de

determinación.

Delante del pozo estaba Anton, con su colgante del corazón del Dios Sangrante resplandeciendo bajo la luz tenue.

Y al lado de Anton, se encontraba Gabe.

Bastian se rio, emitiendo un sonido terrible y apesadumbrado, mostrando todos los dientes.

—¿Qué es lo que decías sobre confiar en él, Lore?

Pero ella no habló. Sabía bien cuándo la habían pillado.

Se produjo una pausa. El único sonido era el de la túnica de Anton rozando contra sus piernas a causa de la brisa de la mañana. Entonces, Gabe se acercó al pozo, ofreciéndole una mano a Lore para ayudarla a salir.

Ella no la aceptó. No lo miró. Bajó hacia los adoquines sola, pese a lo mucho que le temblaban las piernas.

Anton agitó una mano.

—Llevadlos a la iglesia. Nuestros camaradas nos están esperando.

—¿Vuestros camaradas? —le espetó Bastian. Los Presque Mort lo levantaron del suelo. Lore reconoció vagamente a los dos guardias que lo sujetaban del día de la fuga de Mortem. Estos parecían estar disfrutando demasiado mientras zarandeaban al Príncipe Solar. No le quitaron la punta de la bayoneta de la garganta, pero Bastian tampoco dejó de enseñar los dientes—. Qué forma tan curiosa de llamar al resto de los traidores.

Al lado de Lore, Gabe se encogió. Bastian se percató de ello y desvió su mirada abrasadora hacia él, con la boca retorcida en un horrible gesto de ira y traición.

—Supongo que es verdad lo que dicen, ¿no, Remaut? Cuando alguien te muestra su verdadera naturaleza, es mejor creerlos. Me había planteado darte el beneficio de la duda. El tonto soy yo.

Gabe no estaba lo bastante cerca como para tocarle, pero el aire a su alrededor parecía vibrar debido a la fuerza que empleaba para mantenerse quieto en el sitio. Cerró un puño y lo dejó caer a un costado, con los nudillos blancos.

—Tiene razón.

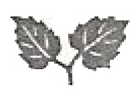
Todas las miradas se posaron en Lore. Esta tenía la vista puesta al frente, sin fijarla sobre ninguno de ellos, manteniéndola sobre la línea del sol que se veía en el horizonte y que emergía por encima del muro del jardín.

—Parece que la traición es algo que dominas, duque Remaut.

Con aquellas palabras, Lore consiguió hacerle daño. Esa había sido su intención. Aun así, la sutil caída de hombros de Gabe y el modo en el que giró el rostro para que lo único que ella pudiera ver fuera aquel

infernal parche hicieron que se le formara un nudo en su interior.

—Me temo que es algo más complicado de lo que mi sobrino y tú creéis. —Anton le echó un vistazo a Lore. El sol naciente detrás de él hacía que el lado de su rostro cubierto de cicatrices pareciera un amasijo de sombras—. Los asuntos de traiciones y mentiras suelen serlo. Pero no adelantemos acontecimientos. —Se dio la vuelta con brusquedad, encaminándose hacia la puerta que se encontraba en el muro del jardín y que conducía de vuelta a la iglesia—. Vamos, tenemos mucho de lo que hablar.



Los Presque Mort dejaron a Lore y a Bastian en una gran antecámara, vacía a excepción de una mesa larga, un montón de sillas y, colgado de la pared, un simple tapiz de Apollius con las manos sobre el pecho sangrante. Le recordaba a la habitación en la que la habían metido después de haber resucitado por accidente a Caballo.

Esta vez, sus ataduras eran algo más intrincadas. Al igual que las de Bastian. En lugar de cuerdas, tenían las manos esposadas, y las esposas estaban a su vez enganchadas a unas gruesas anillas de hierro en el suelo. Aquello recordaba a las barras de hierro que cruzaban el suelo de la ciudadela.

Lore supuso que en la Iglesia nadie necesitaba aquel particular recordatorio sobre su propósito divino. Ya había recordatorios de ello en todas partes.

Fue Malcolm quien le puso las esposas alrededor de las muñecas.

—¿Por qué? —le preguntó Lore mientras lo hacía, sin molestarse en hablar en voz baja—. Creía que querías que las cosas cambiasen, Malcolm. Creía que estabas de nuestra parte.

No pretendía sonar tan dolida.

El bibliotecario jefe tardó un momento en responderle. Cuando lo hizo, fue acompañado de un suspiro.

—Ya os lo explicará Anton —dijo—. Gabe acudió a él y luego ambos acudieron a mí. Lo que me dijeron me hizo entender que teníamos que trabajar juntos.

Lore frunció el ceño. A su lado, otro Presque Mort estaba poniéndole las esposas a Bastian, pero el Príncipe Solar guardaba silencio mientras miraba al suelo.

Pasó una hora y siguieron en silencio. En el tiempo que llevaban allí, Lore había observado que ambos sobrellevaban la traición de un modo distinto. Ella con gesto gélido, sin rastro de emoción en el rostro. Por el contrario, Bastian alternaba entre dos estados de ánimo:

a veces daba la impresión de estar a punto de intentar arrancar aquella anilla de hierro con sus propias manos, y al rato parecía alguien que acababa de perder un amigo.

Lore suponía que, en cierto modo, así era. Lo que compartían Gabe, Bastian y ella no era realmente una amistad. Era algo mucho más profundo y también menos complicado, un nudo primigenio que ninguno de ellos era capaz de desatar. La traición de Gabe dolía, pero, de algún modo, también parecía inevitable.

—Lo siento, Lore —murmuró el príncipe.

Lore arrugó el ceño.

—¿Por qué ibas a sentirlo?

—Si tan mal me ha sentado que Gabe me traicione a mí —dijo, mirándose las manos encadenadas—, no me puedo imaginar lo que será para ti, con lo mucho que te importa.

—A mí Gabe no me importa… de ningún modo. —Pronunció aquello de forma entrecortada, sin darles a sus palabras la contundencia suficiente como para hacerlas verdad o mentira. Simplemente se quedaron suspendidas en el aire.

Se abrió la puerta y ambos levantaron la mirada.

Tal y como esperaban, eran Anton y Gabe, y Malcolm los acompañaba. El bibliotecario le dedicó una mirada rápida y furtiva a Lore, con cierta aprensión en el gesto.

Luego se echó a un lado, revelando a otra persona detrás de ellos.

Severin Bellegarde.

—Vaya —dijo Bastian, y se reclinó hacia atrás sobre la silla, haciendo que las cadenas tintineasen—, parece que todas nuestras teorías eran acertadas. Pero ¿qué sacas tú de la guerra, Severin? ¿Dinero? Ya tienes más casas que familiares y tu estilo al vestir deja claro que te dan igual las modas…

—Nadie quiere ir a la guerra, Bastian. —Anton se había cambiado la túnica y se había puesto el atuendo ceñido y oscuro que había llevado el día de la fuga, a juego con los de Gabe y Malcolm. Se sentó al final de la mesa y cruzó los brazos, pareciendo de repente un hombre mucho más joven a pesar de su cabello canoso—. De hecho, eso es precisamente lo que intentamos evitar.

«Intentamos». Al parecer, con aquello se refería a Bellegarde y a él.

Bastian desplazó la mirada hacia Lore. Los dos se dieron cuenta de lo mismo a la vez: que habían cerrado la puerta de la cámara, lo que significaba que no esperaban a nadie más.

Y August no estaba presente.

Bellegarde observó cómo aquella idea se les reflejaba en el semblante y una leve sonrisa apareció en su hosco rostro.

—La única persona que está intentando desencadenar una guerra es August —dijo—. Y nosotros no estamos de acuerdo con él.

—Mi hermano cree que estamos en el mismo bando, pero no es así. No desde hace mucho tiempo. —Anton cambió de postura delante de la mesa y apoyó los codos sobre las rodillas, mirando hacia Bastian—. Lo siento, sobrino.

—¿Por qué? —Bastian había borrado cualquier rastro de emoción de su gesto, volviendo a ponerse su máscara de príncipe despreocupado. Levantó la barbilla y el cabello oscuro le cayó por la espalda—. Ya es un poco tarde para arrepentirse, ¿no crees?

—Lo siento —dijo Anton despacio, ignorándole— porque la enfermedad y los celos han convertido a tu padre en un mal hombre. Siento que tú te hayas llevado la peor parte. —Hizo una pausa—. Siento que quiera verte muerto, cuando precisamente tú no te mereces su ira.

A Bastian se le retorció uno de los músculos de la mandíbula. Se le tensaron las manos esposadas, lo justo como para que las cadenas tintinearan entre sí, y una expresión afligida cruzó su rostro. Su padre se estaba muriendo. Su padre quería verlo muerto. Ambas cosas cayeron sobre él como una losa.

Aquel momento, entre tierno e inquietante, terminó cuando Anton se giró en dirección a Lore.

—¿Qué pasó cuando intentaste resucitar al cadáver de la cámara?

Lore abrió la boca para mentir por instinto, para afirmar que no sabía nada sobre ninguna cámara o cadáver. Pero eso ya no serviría de nada. Se hundió en su silla, haciendo ruido con las cadenas.

Cerca de la puerta Gabe se encogió casi de forma imperceptible. Lore pensó en él aquel primer día, aflojándole las ataduras, intentando que estuviera lo más cómoda posible…, y apartó aquel recuerdo de su mente con violencia.

—Sabemos que bajasteis allí abajo para eso —dijo Anton, cansado, interpretando su silencio como reticencia—. Y por eso no os detuvimos. Por eso dejamos la nota, por eso Danielle tenía instrucciones de contarte lo de los muelles… Su familia también es consciente del tipo de amenaza en la que se ha convertido August y son leales a la Iglesia antes que a la Corona, a los dioses antes que a los humanos. Necesitamos saber qué sucedió, Lore.

La nota que Bellegarde había escondido, la presencia de Dani en la reunión de Alie. A Lore le habían estado marcando el camino, como si se tratara de un niño agarrado de la mano de su padre. Los habían conducido hasta allí sin problema.

Detrás de Anton, Gabe cerró el ojo y bajó la barbilla. ¿Había estado

él al corriente? ¿Había formado parte del plan de Anton desde el principio?

El resto de los presentes miraron hacia Lore, los Presque Mort, Bellegarde e incluso Bastian, con distintos niveles de confusión y expectación. Ella se encogió sobre sí misma, consciente de pronto de que había vuelto a fracasar.

—No funcionó. No dijeron nada nuevo.

—Nada nuevo —repitió Anton—. Así que sucedió lo mismo de la otra vez.

Lore asintió.

Anton y Bellegarde compartieron una mirada rápida, tanto que Lore pensó que se la había imaginado.

—¿Qué más sucedió, Lore?

—Antes tuvimos que sortear la cerradura que usted puso —dijo con petulancia. Si el altísimo sacerdote iba a hablarle como si fuera una niña, ella interpretaría aquel maldito papel.

Una leve sonrisa se formó en la fina boca del sacerdote.

—Sí, eso fue toda una hazaña. Se necesita mucha práctica para moldear el Mortem de ese modo. Práctica e investigación. —Señaló levemente con la cabeza hacia Malcolm—. Es una suerte que contemos con conocimientos tan valiosos en la biblioteca.

Malcolm formó una fina línea con los labios apretados y no dijo nada.

—¿Y después de eso? —preguntó Anton.

—Resucité a uno de los cadáveres. —Lore no mencionó las marcas en la mano del cuerpo—. Pero se levantaron todos a la vez. Cada uno de los que se encontraban en la cámara.

—¿Se levantaron? —preguntó Bellegarde con entusiasmo. Detrás de él, un leve gesto de repulsa cruzó el rostro de Malcolm antes de que este pudiera volver a poner una expresión neutral—. ¿Pudieron ponerse en pie?

Lore asintió, aunque ver al noble tan entusiasmado por el hecho de que un montón de cadáveres se moviesen hizo que torciera la boca con el mismo gesto de disgusto que había puesto Malcolm.

—Todos se movieron a la vez. Se levantaron de las losas en las que se encontraban y comenzaron a avanzar hacia nosotros.

—Mientras gritaban —añadió Bastian—. No te olvides de los gritos.

Pero lo de los gritos no parecía importarle tanto a Bellegarde. Este se giró hacia Anton sin apenas contener la emoción.

—Eso significa que la vinculación funciona. Lo único que hace falta es…

Anton alzó una mano y el noble guardó silencio de inmediato.

—¿Qué vinculación? —soltó Lore—. ¿De qué está hablando?

El altísimo sacerdote suspiró.

—Hemos vinculado los cadáveres —respondió con calma—. Yo mismo formé el nudo ayer, pero Gabriel y Malcolm canalizaron el Mortem, pusimos en práctica todos esos años de estudio de las propiedades de la magia.

Lore clavó la mirada en Gabe. Su instinto se impuso al deseo que tenía de no mirarle. Una sensación de traición renovada provocó que sintiera un vacío en el estómago. Gabe tenía los hombros encorvados y la cabeza ladeada de tal forma que la chica no podía ver su expresión.

Anton se percató de ello con un brillo calculador en la mirada.

—Conectamos a los cadáveres entre sí —prosiguió—. Así, lo que le sucediera a uno les sucedería a los otros, una vez que el Mortem en su interior fuera extraído de nuevo. Verás, era todo un experimento para comprobar si al despertar a uno se podían despertar todos. —Señaló hacia Lore—. Pero para lograrlo, debía resucitarlos un poderoso nigromante. El más poderoso que pudiéramos encontrar, y solo después de que se perfeccionase su poder, tanto por acercarse a la edad de su consagración como por encontrarse cerca del Spiritum. —Entonces, pasó a señalar a Bastian—. Necesitábamos que los dos estuvierais juntos para que vuestros poderes se potenciaran el uno al otro. Es la Ley de los Contrarios puesta en acción.

—Yo no puedo manipular el puñetero Spiritum —siseó Bastian—. Ninguno de nosotros puede. Es un cuento de hadas.

—Apollius otorga su don a su elegido —dijo Anton con calma—. Y ese eres tú, Bastian. —Levantó los dedos y se los llevó a la parte de su rostro que estaba llena de cicatrices. Lore se percató de que su mano también estaba plagada de ellas. Parecían recientes. Aún estaban enrojecidas e inflamadas—. Me lo ha dicho el propio dios —continuó Anton—. Me ha comunicado que tú eres el Arceneaux al que le ha concedido su poder. Me ha dicho que Gabriel Remaut y una joven de las catacumbas debían permanecer unidos después de tu consagración y que eso allanaría el camino para el regreso de Apollius.

—¿Qué?

La voz de Gabe era aguda y sosegada. Tenía el ojo azul muy dilatado. Abrió la boca para luego volver a cerrarla.

—Esto lleva años gestándose —murmuró Anton—. Resonando a través del tiempo. Apollius descendiendo para comulgar con nosotros. Un príncipe Arceneaux, un hijo traicionado, y la hija de una Hermana de la Noche, nacida con la capacidad de canalizar el Mortem. —Anton extendió las manos y sonrió ligeramente con el lado de la boca con el

que podía hacer tal cosa—. Esta ha sido la ocasión en la que alguien ha percibido con más claridad la voz del dios desde que lo hiciera el propio Gerard Arceneaux.

El rostro de Gabe se tensó y palideció a causa de la sorpresa. Sacudió la cabeza levemente, como si así pudiera hacer que las palabras de Anton se reorganizaran de otro modo, de uno que tuviera sentido.

Era evidente que a lo que estaba dándole vueltas era a lo referente a Lore. La prueba de que ella era impía.

—La hija de una Hermana de la Noche… —Gabe se giró hacia Lore, con la sorpresa transformándose en horror—. ¿De qué está hablando?

Lore no sabía qué decir. De pronto, vio con claridad todos los motivos por los que no se lo había contado: aquella expresión de disgusto, el modo en el que dio un paso atrás, corto y por instinto, alejándose de ella, aunque ya se encontraban a varios metros de distancia. Anton acababa de confesarles que los habían estado utilizando todo ese tiempo para cumplir una visión que no había compartido del todo con ellos. Pero la parte que Gabe se había tomado peor era que Lore fuese una Hermana de la Noche, que esta manejase la muerte con sus manos desde su nacimiento.

Bastian se percató de aquello. Entornó la mirada y curvó la boca en un gesto cruel.

—¿Entiendes ahora por qué no te lo contó, Remaut?

Gabe tragó saliva.

—¿Se lo habías contado a Bastian?

Lore aún no era capaz de hablar. El Príncipe Solar lo hizo por ella.

—Sí —dijo, echándose hacia atrás en su silla, provocando que las patas de esta chirriaran y las cadenas chocaran entre ellas—. A Bastian sí se lo ha contado.

Malcolm, Bellegarde y Anton no dijeron nada, dejaron que el silencio cayera a su alrededor como si se tratara de una mortaja alrededor de un cuerpo. El rostro de Anton estaba inexpresivo. Acababa de asestarle un duro golpe a Gabe y no le importaba una mierda. Acababa de hacer volar por los aires todo aquello que creían saber los unos sobre los otros, sobre ellos mismos, y ni la más mínima emoción cruzó su rostro.

Visiones y profecías, golpes de estado y guerras. Pero todas aquellas cosas no significaban nada para Lore más que la muerte que estas traían consigo. No había sido consciente hasta aquel instante de que la justicia por la que, aparentemente, no estaba luchando fuera algo que anhelara con tanta ansia.

—Entonces, ¿los matasteis vosotros? —preguntó Lore. Todos esos cuerpos, ese niño… Todos asesinados por un experimento, para averiguar qué podía hacerse con la terrible magia que escapaba del cuerpo de una diosa enterrada y una chica que había sido maldecida con ella. Para la ciudadela y la Iglesia, todos ellos eran prescindibles, y Lore detestaba aquello más que cualquier otra cosa que hubiese odiado a lo largo de su vida—. ¿Masacrasteis todas esas aldeas?

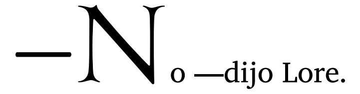
—No —respondió Anton, casi afligido—. No, Lore. Esas muertes no son mi responsabilidad.

Después de todo aquello, seguían sin saber nada. Después de todo, seguían sin conocer las respuestas.

—Pero lo que está masacrándolos no es nada en comparación con lo que August planea hacer con ellos —prosiguió Anton—. Tiene pensado usarlos como un ejército. Uno que no pueda ser vencido. —Miró a Lore—. Pero se trata de un ejército que ahora controlas tú, Lore. Por eso te condujimos hasta las catacumbas anoche, antes del baile del eclipse. Para que pudieras tomar el control del ejército de los muertos antes de que pudiera hacerlo August.

Capítulo Treinta y siete

El amor frustrado es la medicina más amarga.
–Proverbio caldieniano


—No —dijo Lore.

Incluso Gabe, que seguía impactado por la revelación sobre el pasado de Lore y la visión de Anton, pareció sentirse casi orgulloso de ella por eso. Casi.

—¿No? —respondió Anton con calma.

—No lo haré. No los resucitaré. —Lore desplazó la mirada entre Anton, Bellegarde y Malcolm, buscando alguna señal de que aquello funcionaría, de que su negativa fuera a servir para algo—. No los resucitaré. No los controlaré. No haré nada ni por August ni por usted.

Anton suspiró.

—Querida —murmuró—, me temo que ya es demasiado tarde para eso.

El sol ascendente de la mañana se colaba por la ventana y le calentaba la nuca a Lore, provocándole una quemadura similar a la de la cicatriz con forma de luna que tenía en la palma de la mano.

—¿Qué quiere decir?

El altísimo sacerdote volvió a soltar un suspiro, como si aquello le afligiese. Arqueó una ceja, igual que un profesor que estuviese intentando enseñarle algo a un alumno particularmente lento.

Pero Lore ya estaba harta de sus rodeos. Quería una jodida respuesta.

—¿Qué quiere decir? Maldita sea, dígame qué…

—Lore —dijo Gabe con voz ronca. Aun así, logró que ella guardara silencio.

Bastian levantó la cabeza, lanzándole una mirada tan afilada como un puñal al Presque Mort.

Gabe no le prestó ni la más mínima atención. Solo tenía ojos para Lore.

—¿Recuerdas lo que sucedió con Caballo? ¿Por qué tuvimos que ir

a comprobar el cadáver en las criptas la noche en la que Bastian nos encontró?

La chica arrugó la frente, sin tener claro qué esperar del repentino giro que había tomado la conversación.

—Claro —respondió despacio—. Lo resucité y luego…

Caballo permaneció despierto. Lore lo había resucitado y este había permanecido despierto, igual que el cadáver del niño en la cripta.

Anton había dicho que los cadáveres de las aldeas estaban vinculados entre sí. Lo que le sucedía a uno, les sucedía a todos.

Lore intentó levantarse de la silla, pero el peso de las esposas de hierro le tiraba dolorosamente de los hombros.

—Puedo arreglarlo. Ya lo he hecho antes.

—Esta vez no puedes —dijo Anton suavemente—. Son cientos de cuerpos. Lore…, incluso para ti, canalizar tanto Mortem es prácticamente imposible.

—¡Tiene que dejarme intentarlo! —No quería echarse a llorar allí, no delante de ellos, pero estaba muy enfadada y se sentía abrumada. Contener las lágrimas siempre le había resultado más difícil cuando se sentía así, sobrepasada al pensar en las catacumbas bajo sus pies, plagadas de cadáveres que gritaban, de cadáveres que habían sido personas normales y corrientes…

—Así que nos condujiste hasta allí abajo para eso. —Bastian habló con calma y frialdad, por encima del ataque de pánico de Lore, y fijó la mirada en Gabe—. Por eso regresaste y nos ayudaste, para que Lore resucitase a los muertos y que no hubiera ninguna forma de deshacerlo.

Gabe no dijo nada. No hacía falta. La expresión en su rostro era prueba más que suficiente de que la acusación era cierta.

Bastian se reclinó hacia atrás, tan relajado como si la silla y las cadenas fuesen en realidad un trono de oro.

—¿Por qué tenemos que creer que no estáis trabajando con mi padre? Y más después de que nos hayáis hecho poner en marcha a su ejército de muertos.

—Porque August no controla al ejército —le explicó Anton—. Y si tenemos éxito, nunca lo hará.

—De todas formas, August nunca podría controlarlo —intervino Lore—. No puede canalizar el Mortem.

—Todavía —murmuró Anton.

En la lejanía, las campanas comenzaron a repicar. Las primeras plegarias. En alguna parte, las oraciones del amanecer estaban comenzando.

Gabe se había quedado tan quieto como una estatua junto a la puerta, con el rostro pétreo, sin revelar nada. Lore cerró los ojos y giró la cabeza. No quería mirarlo, pero no dejaba de desplazar la vista hacia él, sintiéndose constantemente atraída hacia su gravedad.

—¿Y qué es lo que os ha llevado a tomar la decisión de que no podéis permitir que suceda eso? —preguntó Bastian—. Mi padre lleva años siendo un tirano. Ha expoliado a su país, ha dejado que los nobles… que vosotros os hagáis cada vez más ricos, mientras que todo el que vive al otro lado de los muros de la ciudadela ha acabado siendo más pobre cada año. ¿Es que solo os preocupa cuando empieza a hablar de una guerra? ¿Cuando se trata de algo que pueda afectaros?

—A August no le importa Apollius. —La expresión de Bellegarde no era exactamente de desprecio, pero se le acercaba mucho—. Va a intentar cambiar su papel en la historia. Va a ocupar un lugar que no le corresponde, intentando así evitar su propio destino. La visión del altísimo sacerdote fue clara. August no puede entrar en guerra con Kirytea. Lo echaría todo a perder.

Aquello no era realmente una respuesta, pero les aportaba nueva información. No se trataba de proteger a Auverraine. Giraba en torno al poder y a emplear la religión para procurarlo.

El desprecio de Bastian fue mucho más obvio que el de Bellegarde.

—Nada de esto cambia el hecho de que no poseo magia. No soy el elegido.

—Se aferra a ti como si fueses un imán. —La voz de Anton transmitía cierta veneración. Miró hacia su sobrino con una expresión tranquila, como si verle calmara todo el dolor de su corazón—. Lo creas o no, Bastian, eres el elegido al que hemos estado esperando. La persona a la que Apollius ha bendecido. Siento no haberme dado cuenta antes.

Bastian se retorció sobre la silla, como si estuviera intentando apartarse de su tío aunque las cadenas no se lo permitieran.

A Lore le dolía la cabeza. Pensó en la noche anterior, cuando ambos se habían encontrado en el atrio plagado de flores venenosas, en el halo dorado que le había envuelto las manos al príncipe.

Bastian miró hacia ella, como si estuviera rememorando el mismo recuerdo. Soltó un suspiro tembloroso y luego tensó la mandíbula.

—¿Quién está al corriente de esto?

—Todos los que creen en los tratados.

—Ya sabes a lo que me refiero, anciano. —La voz de Bastian estaba teñida de rabia, de una rabia que rozaba la violencia.

Anton se dio cuenta y contempló a su sobrino pensativamente.

—Solo tu padre y los que estamos en esta habitación. —Su

expresión tranquila se ensombreció—. Es otro de los motivos por los que August te quiere ver muerto. Cree que puede convertirse en el elegido de Apollius una vez que te quite de en medio.

—Transustanciación —murmuró Malcolm en voz baja—. Que lo espiritual se imponga a lo físico.

El altísimo sacerdote asintió.

—Y cuando cuente con el Spiritum, podrá arrebatarle el poder a Lore y canalizar ambas fuerzas. Blandir la vida y la muerte como si tuviera una espada en cada mano.

—No se pueden tener ambos. —Lore negó con la cabeza—. El Mortem y el Spiritum se cancelan el uno al otro.

—Al contrario —respondió Anton—. Uno refuerza la presencia del otro. Solo pueden emplearse de manera simultánea en determinadas circunstancias. —El ojo con el que veía se desplazó entre Bastian y Lore, con gesto impenetrable—. Pero puede hacerse. Durante un eclipse, por ejemplo.

En las catacumbas, Bastian le había hecho prometer a Lore que no acudiría al baile del eclipse, y todo por una corazonada. Ellos tres, Bastian, Gabe y Lore, sabían cosas que no deberían saber, llegaban a unas conclusiones para las que no tenían explicación.

—Así que ha sido cosa suya desde el principio. —A Lore se le nubló la visión. La anilla de hierro que sostenía sus cadenas le pareció una mancha gris en el suelo—. Me ha estado vigilando desde que abandoné las catacumbas. Organizó la redada para que me delatara. Me trajo hasta aquí y fue dejando pistas que acabaran llevándome a resucitar a un ejército, todo para que se cumpla esa visión que tuvo. Dejando que August también participara en el plan hasta que el rey decidió que prefería una guerra.

Anton asintió, con calma e imperturbable.

Todos ellos estaban más que acostumbrados a que los usaran.

—¿Y tú? —Las lágrimas terminaron de emborronarle la visión. Lore miró a Gabe, aunque lo único que vio fue una sombra alta y un manchurrón pelirrojo—. Eso de quedarte a mi lado, de estar… De ser mi amigo. —Se detuvo antes de que se le escapara otra cosa, algo más subido de tono—. ¿Fue todo una farsa?

—Gabriel iba tan a ciegas como vosotros —dijo Anton—. Cuando vino a verme ayer y me contó vuestro plan, esperaba que yo os detuviera. Se mostró muy reacio a dejaros vagar por las catacumbas.

Lore bajó la vista y se concentró con todas sus fuerzas en el suelo que tenía bajo los pies.

—Entonces fue cuando le conté lo que necesitábamos que sucediera, en lo que habíamos estado trabajando. Nuestra nigromante

tenía que resucitar a los muertos y los poderes de mi sobrino debían ser potenciados por los tuyos para que así pudiera ocupar el lugar que le pertenece por derecho. Por desgracia, aún tenemos el problema del eclipse. De tu consagración, Lore.

—¿Mi consagración?

—Tu poder sobre el Mortem alcanzará su cénit en tu vigésimo cuarto cumpleaños, algo que casualmente coincide con el eclipse. —Anton se cruzó de brazos—. August planea mataros a ambos y arrebatarte tu poder durante el baile.

—Pero ¿cómo va a hacer eso? —Lore dirigió su pregunta hacia el suelo. Le pesaba demasiado la cabeza como para poder levantarla—. ¿Robar nuestro poder?

El lado del rostro cubierto de cicatrices del altísimo sacerdote transmitía algo que casi parecía lástima.

—Os matará en el momento en el que se produzca el eclipse total, cuando la luna cubra por completo al sol. Cuando los poderes de la vida y la muerte puedan ser blandidos a la vez. —Un brillo apareció en el ojo con el que veía—. Cuando los huéspedes designados hayan sido revelados.

—No —dijeron Bastian y Gabe al mismo tiempo, con sus voces armonizadas reverberando contra las paredes de mármol. Lore levantó la cabeza y los dos hombres se miraron el uno al otro con un odio visceral. Todos aquellos complicados sentimientos al fin se materializaron en algo tan afilado como una cuchilla.

—No matará a Lore. —Gabe apartó la mirada de la de Bastian y pasó a fijarla en Anton—. Dijiste que…

—Calma, hijo. —Anton pronunció aquellas palabras tranquilizadoras de forma abrupta. Gabe se encogió—. Lore estará completamente a salvo.

—Parece que la mejor forma de proceder es esconderla hasta que termine el eclipse. —Gabe dio un paso al frente, alzando la barbilla con determinación. Anticipaba que sucedería otra cosa que lo haría encogerse, así que quería evitar que volviera a pasarle. No mencionó nada sobre la seguridad de Bastian—. La mantendremos aquí o la enviaremos con sus madres.

Mari y Val. Al llamarlas «sus madres», incluso ahora que conocía sus verdaderos orígenes, Lore sintió como si, de algún modo, la estuviese perdonando.

Pero Anton negó con la cabeza antes de que Gabe terminara de hablar.

—No funcionará. Tenemos que seguir actuando como si no tuviéramos ni idea de lo que August está tramando. Así evitaremos

levantar sospechas.

—Así que tenemos que acudir a ese maldito baile como si nada hubiera pasado —dijo Bastian, mirando a Lore— y confiar en que evitarás que mi padre nos mate y dé comienzo a una guerra.

Sus palabras estaban plagadas de escepticismo.

—Bastian —murmuró Anton—, no tienes ni idea de todas las cosas que he evitado que haga tu padre, de todas las cosas de las que te he protegido.

Aquello bastó para que el príncipe apartara la mirada de Lore. El Príncipe Solar parecía, por primera vez desde que ella lo conocía, completamente perdido.

—Muy bien. —Anton se giró hacia Gabe, dando el asunto por zanjado—. El baile es dentro de dos días. Os sugiero a todos que descanséis todo lo posible, ya que esa será una noche larga. Lore, permanece en tus aposentos. Gabriel te acompañará y montará guardia.

Lo que quería decir era que la mantendría prisionera. Gabe se aseguraría de que no escapara. Lore deseaba tener la energía suficiente como para intentar huir de todas formas, pero no la tenía. Los últimos días la habían dejado completamente exhausta.

—Bastian —dijo Anton, dándose la vuelta—, creo que es mejor que tú te quedes aquí.

El príncipe dejó escapar una carcajada áspera.

—Ya veo. —Se reclinó hacia atrás en la silla y sacudió las muñecas para que tintineasen las cadenas—. ¿Así que ahora soy un prisionero?

—Más bien un invitado —dijo Anton.

Bastian no respondió, pero su mirada transmitió una promesa fría y violenta.

—Te mantendré a salvo, sobrino —murmuró Anton, casi con veneración—. Todo será revelado en su debido momento.

Lore no sabía qué significaba aquello. Parecía que Bastian tampoco. La chica dejó que Gabe le quitara las cadenas y la condujera en silencio hacia la puerta.

Cuando miró hacia atrás, a través de la ventana que quedaba a espaldas de Bastian, pudo ver que ya era completamente de día. Aquella luz proyectaba sombras sobre las facciones del príncipe, haciendo que su contorno refulgiera en un tono dorado. Parecía que lo iluminaba como si fueran rayos alrededor del sol, como si tuviese una aureola.

Capítulo Treinta y ocho

> En ocasiones, puedes ver cómo el amor se aproxima Y cuando este toma un camino distinto, debes estar agradecido.
>
> –Fragmento del trabajo de Marya Addou, poetisa malfouriana

Hicieron en silencio el paseo de vuelta a sus aposentos. Gabe permaneció detrás de Lore, como una sombra con un solo ojo que seguía sus pasos y se aseguraba de que iba a donde tenía que ir. Ella ya no llevaba puestas las cadenas, pero era la primera vez que de verdad se había sentido prisionera en la ciudadela.

Sus aposentos se encontraban cerrados. Lore ya tenía la llave medio metida en el cerrojo antes de que Gabe se plantara a su lado.

—No funcionará. —Habló en voz baja—. Anton ha ordenado que se cambie la cerradura.

Lore miró hacia él y no dijo nada. No tenía nada que decirle.

Gabe tragó saliva. Abrió la puerta con una llave que sacó de su bolsillo y se echó a un lado para dejarla pasar a ella primero.

Los aposentos le transmitían una sensación extraña. Ahora le parecían ajenos y poco apropiados, cuando antes habían sido lo más acogedor que había podido encontrar allí. Aquella sensación se acrecentaba al saber que Anton había cambiado la cerradura poco después de que ella se marchara de allí la noche anterior. Por los infiernos infinitos, seguramente habría tenido a alguien apostado en los pasillos, esperando a que Lore se marchara para poder ponerse manos a la obra.

Porque Gabe se lo había contado. Se lo había contado todo.

Lore sentía las muñecas en carne viva. El hierro se las había irritado. Se las frotó una y otra vez, intentando deshacerse de esa sensación en la piel, intentando detener el picor…

Y entonces, sintió una ligera presión. Gabe puso los dedos donde antes habían estado los de ella.

—Lore, vas a hacerte daño…

Era cierto lo que les había dicho a Gabe y a Bastian sobre que no se le daban bien las peleas cuerpo a cuerpo, pero se dejó llevar por el instinto. Apartó de un tirón la muñeca del agarre de Gabe y le pegó con la palma de la mano contraria, dándole en el hombro y empujándolo hacia atrás, con lo que le hizo perder el equilibrio.

—No me toques —gruñó Lore—. No me toques, joder.

Gabe se quedó contemplándola, con aquel ojo azul muy abierto. Tenía la mandíbula tensa bajo la pelirroja barba incipiente que le cubría la barbilla.

—Intentaba mantenerte a salvo.

—¿Acudiendo precisamente a la persona que sabíamos que nos estaba mintiendo?

—¡Está de nuestra parte! Lo has escuchado todo igual que yo. ¡Sabes que Anton está trabajando en contra de August!

—Pero eso tú no lo sabías. —Lore se volvió a llevar los dedos a la muñeca para seguir rascándose—. No tenías ni idea de en lo que estaba metido Anton y ha sido pura suerte que no hayas provocado que nos maten a los tres.

—¡Era eso o ver cómo acababas dirigiéndote a una muerte segura en esas malditas catacumbas! —Gabe se pasó las manos por su pelo corto y se dio la vuelta—. Quería que Anton evitara que bajaras allí. Que ambos bajarais allí. Eso me parecía mucho más urgente que los jueguecitos políticos…

—¡Esto va más allá de un jueguecito político! Si hubiésemos estado en lo cierto, si Anton y August hubieran estado en el mismo bando, Bastian podría haber…

—Disculpa —la interrumpió Gabe, casi con un gruñido—, se me olvidaba que siempre hay que pensar primero en Bastian.

—Ahórratelo —siseó Lore—. Ambos sabemos lo que ha pasado aquí. Te agobiaste al pensar que, quizá, por una vez, estabas equivocado en algo. Te asustaste.

Gabe abrió y cerró las manos en puños. Sus instintos también se estaban apoderando de él, y le decían que defendiera al hombre que le había cuidado cuando su padre había muerto.

—Da igual en qué bando se encuentre Anton —dijo—. Sé que, sea cual sea, siempre será el correcto.

Lore soltó una carcajada aguda y dura.

—Por los dioses, Gabe, eres como un perro apaleado que vuelve a por el mismo maldito palo. Anton se hizo cargo de ti porque tuvo una alucinación en la que un dios desaparecido le dijo que lo hiciera. No te quiere. Nunca te ha querido. No es tu padre, por mucho que la

Iglesia quiera que lo llames así.

El Presque Mort dio un paso hacia ella y, muy a su pesar, Lore recordó la otra noche en su dormitorio, la boca de Gabe contra su cuello, sus manos recorriéndola. Se preguntó si, en ese momento, volvería a besarla de aquel modo. Eso parecía ser lo único que estaban destinados a hacer juntos, el único modo en el que podían comunicarse cuando todo lo demás acababa amontonándose y formando escarpadas montañas que eran incapaces de encalar.

—Quería mantenerte a salvo. —Las palabras vibraron a través de él, graves y oscuras, pero el monje se detuvo a unos pasos de ella y se mantuvo allí, sin permitir que su cuerpo se acercara ni un centímetro más al de Lore—. Y si para ello Bastian tenía que acabar herido, que así fuera.

Lore enseñó los dientes.

—Estoy harta de ser la cuerda en el tira y afloja que tenéis Bastian y tú.

—Sobre todo porque ya has escogido al ganador, ¿verdad? —Gabe se rio igual que se había reído ella antes: sin ganas—. Lo escogiste en el mismo momento en el que le hablaste de tus orígenes.

Conque se trataba de aquello.

—No sabías nada de eso hasta hace una hora —dijo Lore—. No lo uses como excusa.

—¿Desde cuándo? —gruñó Gabe—. ¿Desde cuándo lo sabe? Te lo pregunté aquel primer día. Te pregunté cómo habías adquirido la habilidad de canalizar el Mortem y me mentiste. ¿Alguna vez le has mentido a él, o acaso se merecía la verdad desde el principio?

Gabe permaneció erguido y con la cabeza más alta que nunca, pero tenía los hombros ligeramente hundidos. El Presque Mort se había esforzado tanto en no mostrar en el rostro el dolor que sentía que este se había acabado reflejando en otros lugares.

—Se lo conté la noche en la que nos llevó al cuadrilátero —respondió Lore—. La primera vez que fuimos.

Gabe cerró su único ojo y luego volvió a abrirlo.

—Lo sabe desde hace mucho, ¿eh?

Ella no añadió nada más.

Gabe asintió y retorció los labios, formando una sonrisa amarga.

—Así que los dos os habéis estado riendo de mí a mis espaldas durante bastante tiempo.

—No ha sido así, Gabe. El único motivo por el que se lo conté fue porque me amenazó con…

—Puede que tú no te estuvieras riendo de mí, pero, sin duda, él sí. Y puede que te amenazara, Lore, pero ambos sabemos que de todas

formas habrías acabado contándoselo. Confiabas lo suficiente en él como para seguirle hasta las malditas catacumbas. —Meneó la cabeza mientras soltaba una carcajada seca—. Otra cosa en la que me ha vencido. Otra cosa en la que me supera.

—Por el Dios Sangrante, ¡no todo gira en torno a ti y a tu culpa! —Lore negó con la cabeza—. ¿Quieres saber por qué no te conté de dónde vengo? Porque sabía cómo reaccionarías. Sabía que pensarías que soy una especie de monstruo.

—No me conoces en absoluto —dijo Gabe, y era cierto. Bastian, el Presque Mort y ella estaban unidos de algún modo, pero aquello no significaba que se conocieran realmente, no a un nivel profundo. Su extraña conexión no hacía más que resaltar ese aspecto, en lugar de restarle importancia.

—No, no te conozco —respondió Lore, cansada—. Y puede que sea mejor que siga siendo así.

Tampoco es que ella pudiera hacer nada al respecto. Tampoco es que pudiera evitar sentir que las paredes se cerraban a su alrededor, atrapándolos a los tres en su centro.

Gabe no reflejó ninguna emoción en el rostro: ni dolor ni rabia. Se había deshecho de todo aquello, dejando un vacío a su paso.

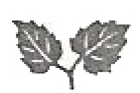
—Descansa —le dijo en un tono neutro y frío—. Estaré aquí fuera. —La rodeó y abrió la puerta.

Lore se giró para seguirle con la mirada.

—¿Y cuándo podré salir?

—El baile del eclipse será dentro de dos noches, a las ocho —respondió Gabe—. Así que unos diez minutos antes del evento.

Y tras aquello, cerró la puerta y echó la llave desde fuera.



Lore no pretendía quedarse dormida.

Casi parecía ser algo que se escapaba a su control. Un momento, se encontraba sentada en el pequeño estudio, acurrucada en la silla, y al siguiente, se hallaba ante un vasto océano azul, con arena blanca bajo sus pies y la marea subiendo lentamente hasta rozarle los tobillos desnudos.

—Vaya —dijo, y entonces se dio cuenta de que era la primera vez que había podido hablar en uno de aquellos sueños. Parecía ser relevante.

La figura que estaba a su lado parecía pensar lo mismo. Lore no giró la cabeza para mirarla, pero sintió cómo esta se enderezaba, como si se hubiera vuelto más corpórea.

—Tu momento se acerca —le dijo una voz suave y sin textura, que no parecía proceder de ninguna garganta—. Y no sé qué tendrá de distinto el proceso, así que será mejor que aprovechemos este momento todo lo posible.

La voz parecía estar intentando convencerse a sí misma.

Lore sintió un tirón en el corazón, como si intentaran sacárselo a través de las costillas. La corriente de humo negro salía de su interior e inundaba el cielo.

Le costó girar la cabeza hacia un lado, pero lo hizo.

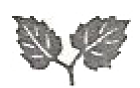
La figura también se giró hacia ella. Se trataba de Cedric. El rostro, perfecto e inmaculado, sobre el cuerpo hecho trizas. Al esbozar una amplia sonrisa, dejó al descubierto los dientes manchados de sangre.

Pero entonces, la figura cambió. Pasó a ser el niño de la cripta, con la boca abierta y desencajada. Se convirtió en un borrón momentáneo, y quien le devolvió la mirada fue el rostro de su madre.

Tenía el pelo largo, lacio y claro, y los ojos eran del mismo color castaño brillante que los de Lore. Con una dulce sonrisa que esta nunca le había visto esbozar, se inclinó hacia delante, apoyando una mano en la mejilla de su hija.

—Ella nunca deja de intentarlo —murmuró su madre mientras le acariciaba la piel con el pulgar. Sin embargo, su voz no parecía ser la correcta. Era extrañamente plana. Se trataba de la misma que había oído antes, despojada de toda humanidad—. Ella no entiende que él no pueda permitirles regresar. —El facsímil de su madre suspiró, alisándole el cabello a Lore—. No es culpa tuya. Al menos, esta vez podremos hacer uso de sus dones. Todo acabará pronto.

Aquel tirón que sentía Lore en el pecho se volvió insoportable, como si su cuerpo estuviera intentando volverse completamente del revés. Gritó mientras el humo ascendía con delicadeza hacia el cielo.



—Mierda.

Lore se sentó, apartándose el pelo sudado y enmarañado de los ojos. El cuello le ardía de dolor. Se había quedado dormida con este apoyado sobre el brazo de la silla. Volvió a maldecir, se frotó allí donde le dolía y se dirigió a trompicones hacia la sala de estar, mirando el reloj con los ojos entrecerrados.

Después de haber pasado un día entero aislada, la oscuridad al otro lado de la ventana le indicaba que era la madrugada de su cumpleaños.

Esa noche se produciría el eclipse.

En la mesa detrás del sofá había comida. Cosas sencillas: manzanas, pan, queso… Cosas que podían dejarse ahí fuera sin que se estropeasen.

Lo interpretó como un un mensaje. Nadie entraría por aquella puerta hasta que estuvieran listos para escoltarla hasta el baile del eclipse.

Escoltarla hasta su consagración o hasta cualquier otro ritual que August hubiera montado para robarle su magia. Un ritual que supuestamente Anton iba a detener. Lore tenía que confiar en que lo haría. De lo contrario, Bastian y ella acabarían muertos.

Era casi cómico lo rápido que Lore había aceptado que Bastian poseía magia, que había nacido para canalizar la vida del mismo modo que ella había nacido para canalizar la muerte. Que ella era su oscuro reflejo. En las catacumbas, con los muertos avanzando despacio hacia la puerta y los hilos de Mortem enredados entre sus dedos, Lore había podido sentir el momento preciso en el que Bastian había arrancado aquellas hebras que se aferraban a ella. Había sentido una oleada de vida, mucha sangre corriéndole por las venas, demasiado aire en los pulmones. En aquel momento, el príncipe había blandido tanto la vida como la muerte y había sostenido ambos poderes entre sus manos.

Lore había sido su pararrayos, aquella oscuridad que había hecho que la luz de Bastian fuera más brillante después de su consagración. Y ahora, se acercaba la de ella. Había llegado a sentir cómo su poder se volvía más fuerte a medida que pasaba más tiempo con Bastian, a medida que se acercaba a su vigésimo cuarto cumpleaños. Un momento que, para otros, era una celebración sagrada.

Sin embargo, para ella, podía acabar en un asesinato.

No podía ser de otro modo. Lore tomó un trozo de queso y se tiró sobre el sofá.

Una lágrima le resbaló por la sien y le mojó el pelo. No se había dado cuenta de que se le había escapado hasta que le entró en la oreja, cálida, húmeda y bastante irritante.

—Que te den, Gabe —le murmuró al vacío, esperando que este siguiera al otro lado de la puerta y que la hubiera oído. Una parte de ella quería intentar abrirla, ver si seguía allí. Comprobar qué haría si intentaba marcharse. ¿La ataría? ¿La dejaría inconsciente? ¿La besaría?

Todas aquellas opciones parecían factibles.

Pensar en Gabe hizo que Bastian volviera a ocupar su mente. Dónde se encontraría, si Anton estaría siendo cruel con él. No creía que ese fuera el caso. Por la extraña conversación que habían

mantenido mientras habían estado encadenados, parecía que Anton hubiera estado intentando mantener a Bastian a salvo desde hacía mucho tiempo. Lore no podía sacarse de la cabeza aquella voz que había empleado el sacerdote, casi reverencial. Aun así, haber dejado al príncipe allí a merced de su tío la ponía nerviosa.

Ninguno de ellos estaba a salvo en aquel lugar. Ninguno de ellos podría marcharse.

Su mente vagaba a la deriva, pero Lore no se permitió volver a dormirse. La luz que se colaba a través de la ventana brilló durante la mañana y se intensificó durante el mediodía hasta que comenzó a atenuarse lentamente, adquiriendo el tono dorado de una tarde de verano.

Comió un poco más, sobre todo para intentar calmar su estómago revuelto. Abrió una botella de vino del aparador que había bajo la ventana y, por un breve instante, recordó la primera noche en la que Gabe y ella habían saqueado aquel mueble. Luego sacudió la cabeza con vigor, como si ese recuerdo fuese una mosca de la que pudiera librarse con aquel gesto.

Se bebió media botella y se dejó llevar por esa placentera calidez mientras pasaba otra hora más y la luz al otro lado de la ventana se atenuaba. Aún no había llovido y la sequedad en el aire otorgaba a la luz del sol una cualidad quebradiza, como si fuera un cristal recién pulido.

Cuando el reloj dio las siete y media, se abrió la puerta. Era Gabe. Contempló el cabello enmarañado y el rostro enrojecido de Lore sin hacer ningún comentario sobre ninguna de las dos cosas. Entre las manos sostenía una bolsa llena de ropa que, extendiendo los brazos, le ofreció a la chica.

—Vístete. —Parecía que no hubiese hablado en voz alta durante días, como si las últimas palabras que hubiera pronunciado hubieran sido las que le había dicho a ella enfadado—. En veinte minutos nos vamos.

—Todo un hombre de palabra.

A Gabe se le contrajo la mandíbula. Soltó la bolsa y retrocedió hasta la puerta, cerrándola con llave al salir.

Despacio, y sintiendo aún algunos de los efectos secundarios del vino, Lore se dirigió hacia donde Gabe le había dejado la bolsa y sacó de allí un vestido. No pesaba nada. La falda estaba hecha con paneles negros de encaje transparente e iba con un sencillo corpiño negro, con un escote bajo en el pecho y en la espalda, y los brazos al descubierto. No contaba con apliques ni bordados. Tan solo encaje y seda negra.

—Que comience el espectáculo —murmuró Lore.

Capítulo Treinta y nueve

Contener tanto oscuridad como luz, contener todo aquello de lo que está hecho el mundo, debería ser una carga que recayera en un único dios. Todos los poderes se acumularán en mis manos y entonces el mundo sabrá que ha llegado la hora de mi regreso,

–El Libro de la Ley Divina, tratado 856 (cita; palabras exactas dichas por Apollius a Gerard Arceneaux)

Veinte minutos después, y cuando tan solo quedaban diez para que dieran las ocho, Gabe abrió de nuevo la puerta, justo cuando Lore se estaba pasando un peine por el cabello.

—Dame un segundo —le pidió, recogiéndoselo en una trenza despeinada y enrollándosela alrededor de la cabeza. En el interior de la bolsa que le había traído el Presque Mort también había un montón de horquillas color azabache. Lore se las enganchó a la trenza para mantenerla en su sitio, y consiguió clavárselas en el cuero cabelludo tan solo una vez.

Gabe no dijo nada ni tampoco relajó su postura. Aquellos hombros, firmes y rectos, ocupaban casi todo el ancho de la puerta. Había logrado que estos dejaran de transmitir la congoja que antes había provocado que los tuviera hundidos. Emitió un sonido ronco. Estaba carraspeando.

—Estás…

Lore estaba guapísima, y lo sabía. El vestido le sentaba como un guante, como si hubiera sido confeccionado para ella. La falta de accesorios o joyería no era un problema. Reprimió las ganas de dar una vuelta sobre sí misma para exhibir su atuendo. Ya lo había hecho un par de veces antes de que Gabe abriese la puerta, pero por muy satisfactorio que hubiese resultado aquel vuelo de faldas, de algún modo parecía de mal gusto, y más cuando estaba a punto de enfrentarse a un inminente ritual funesto. Decidió ignorar a Gabe,

miró su reflejo en el espejo sucio y se encaminó hacia la puerta.

—Acabemos con esto.

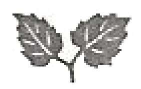
Pero Gabe no se movió. Seguía bloqueando la puerta, examinándola con una expresión que parecía encontrarse entre la determinación y el dolor. Lore lo miró a los ojos, intentando mantener su propia expresión neutral.

—Te mantendré a salvo —murmuró Gabe—. Puedes contar con ello.

—Contigo no puedo contar para nada —respondió ella con calma, sin que le temblara la voz. No iba a permitir que Gabe la hiciera vacilar. Entonces, señaló con la cabeza hacia la puerta—. Vamos a llegar tarde.

El monje permaneció un momento más allí plantado, intentando decir algo pero sin ser capaz de encontrar las palabras. Al fin, se dio la vuelta y le ofreció el codo, igual que había hecho cuando acababan de llegar a la corte e iban disfrazados de dedaleras, camino al baile de máscaras de Bastian, sin tener ni idea de qué les aguardaba.

Ambos se encaminaron hacia el pasillo en completo silencio.



De un modo sombrío e irónico, el baile del eclipse se celebraba en el mismo atrio por el que Bastian y Lore habían pasado de camino a las catacumbas. Una mesa larga se encontraba en un extremo de la estancia acristalada, prácticamente cubierta por completo de hojas de flores venenosas. Sin embargo, las plantas se encontraban lo bastante alejadas para así no contaminar la fuente de vino que burbujeaba en el centro de la mesa. Unas sillas plateadas estaban dispuestas al lado de las cristaleras relucientes, agrupadas para facilitar la difusión de chismorreos. Una banda de cuerda se encontraba en un rincón, tocando una canción animada para los bailarines que no paraban de dar vueltas en el centro de la pista. Había muchos más invitados de los que Lore había esperado. Los suficientes como para hacer que aquel enorme atrio pareciera atestado.

Divisó a Cecelia en un rincón, aunque, para aquella fiesta en particular, la joven no parecía haber consumido ni una gota de té envenenado. A su lado estaba Dani, acompañada de otra mujer rubia que debía ser su hermana. Amelia, recordó Lore. Cuando esta entró en la estancia, la mujer rubia miró en su dirección, pero luego desvió la vista rápidamente. Sin embargo, Dani no dejó de observarla, ni siquiera cuando Lore le sostuvo la mirada.

Aquello le dolía más de lo que debería, saber que Dani había

estado trabajando para Anton desde el principio, que todos sus ofrecimientos de compañía tenían un motivo oculto. Era injusto que fuese precisamente Lore la que la juzgase por ello, teniendo en cuenta su trayectoria, pero no logró deshacerse de aquella expresión dolida mientras apartaba la mirada de Dani. Por un breve instante, se preguntó si Alie también estaría metida en el ajo, si todos aquellos ofrecimientos de amistad habrían tenido como objetivo acabar traicionándola, asentando la relación en unos cimientos mucho más inestables de lo que Lore creía.

Se obligó a dejar de pensar en ello. No tenía ni el tiempo ni la energía para abordarlo en aquel momento.

El trono de August no ayudaba a que la sala pareciera menos abarrotada. No era el gigantesco trono que tenía en el piso de abajo, sino uno móvil que se encontraba sobre una plataforma de madera en el extremo frontal del atrio, forjado con filamentos entretejidos de oro y plata. En lo alto del trono, un sol y una luna revoloteaban el uno sobre el otro, sujetos por hebras de metales preciosos, tan finas que eran prácticamente invisibles.

El Rey Sagrado parecía extrañamente estoico para encontrarse en una fiesta. Estoico e incluso con peor aspecto que la última vez que ella lo había visto. Tenía el rostro demacrado, los ojos hundidos en unos huecos oscuros y la piel debajo de ellos amoratada. El rey observó cómo Gabe escoltaba a Lore al interior, pero no los saludó de ningún modo. Estaba sumido en sus pensamientos.

Parecía ser el único jugador principal que se encontraba allí de momento. No había ningún Presque Mort ni estaban presentes Anton o Bellegarde, aunque Alie se encontraba entre los que bailaban en la pista. Daba la sensación de que estaban en una fiesta cualquiera, y aquella normalidad hizo que el temor de Lore abandonara su estómago y pasara lentamente a anidar en su pecho.

Buscó a Bastian, con la esperanza de que estuviera allí a pesar de que sus captores no habían llegado todavía. No lo vio.

Los nervios le crisparon una mano. Gabe tensó el codo bajo su agarre, sirviéndole de soporte.

—Eres un buen carcelero —murmuró Lore entre dientes.

Algo en el interior de Gabe se derrumbó. Aunque solo por un segundo, su fechada se tambaleó.

—Lore, por favor…

—¡Por fin!

En la pista, Alie se separó de su pareja de baile, Brigitte, que saludó levemente con la mano a Lore antes de dirigirse hacia la mesa de los vinos. Alie estuvo a punto de chocarse contra ellos y les dedicó

una amplia sonrisa.

—¡Me preguntaba cuándo apareceríais! ¡El baile ya casi ha terminado!

Aunque las revelaciones de Anton lo habían estropeado todo, tener a Alie tan cerca seguía aportándole cierto alivio.

—Pero ¿no empezaba a las ocho? —preguntó Lore.

—A las ocho empieza la cena —la corrigió Alie—. O un poco después, supongo. Creo que la idea es que coincida con el momento en el que se produzca el eclipse total.

El recordatorio de aquella totalidad, de lo que August tenía pensado hacer cuando la luna cubriera al sol y sumiera al mundo en la oscuridad, hizo que el temor que Lore sentía en el estómago pasara de ser una espiral lenta a un nudo bien apretado.

Alie se abanicó con la mano, secándose la brillante capa de sudor que tenía en su frente.

—El motivo por el que August insiste tanto en que su selecto y reducido grupo de invitados coma en la oscuridad lo desconozco.

Un grupo selecto y reducido. Se trataría de las personas que August creía que estaban de su parte. Esas que, o bien no intervendrían en el ritual, o bien, como Bellegarde, ya habían planeado traicionar a su rey y detener todo aquello.

Lore no estaba segura de cuál de las dos facciones la inquietaba más.

La banda volvió a la carga, esta vez a un ritmo más lento. Un vals.

—El último baile de la noche. —Alie tragó saliva y luego levantó con firmeza la barbilla para mirar a Gabe, que había guardado silencio desde que la joven se había acercado a ellos—. ¿Bailas conmigo, Gabe?

El Presque Mort se encogió. Lore lo sintió, ya que seguía teniendo la mano atrapada en el pliegue de su codo.

—Me temo que…

—Le encantaría —dijo alguien detrás de ellos, una voz grave y conocida.

Era Bastian, gracias a los dioses.

El Príncipe Solar no tenía mal aspecto. Tan solo contaba con algunos signos de cansancio alrededor de sus ojos castaños. Su atuendo era oscuro y sin adornos, a juego con el vestido de Lore. El único accesorio que llevaba era una sencilla corona de oro sobre la cabeza, carente de piedras granates. Esbozaba una sonrisa, pero debajo de ella tenía el rostro pálido. Aquella sonrisa pasó a ser afilada mientras le daba una palmadita a Gabe en el hombro, demasiado fuerte como para que fuera amistosa.

—El duque Remaut no es de los que hace esperar a las damas.

Algo oscuro atravesó el rostro de Gabe, pero el monje asintió.

—Me encantaría, Alie.

Sonó genuino. Lore pensó que, a pesar de todo, probablemente lo fuera.

El Presque Mort estiró el codo y liberó la mano de Lore. Bastian se la tomó casi de inmediato, cerrando aquellos dedos encallecidos alrededor de los suyos como si fuera una puerta cerrándose ante una noche fría.

Alie tiró de Gabe hacia la pista de baile. Este miró sobre su hombro, con las cejas arqueadas sobre su único ojo azul y el parche.

—Tened cuidado —murmuró.

Ni Bastian ni Lore le respondieron. Gabe se mezcló con la multitud siguiendo a Alie.

Sonó la música y Bastian se plantó frente a Lore para bailar, guiándola sin esfuerzo, igual que había hecho la noche del baile de máscaras. La sonrisa había desaparecido de su rostro en cuanto no había tenido que seguir manteniéndola por el bien de Alie.

—Tenemos que huir.

Aquello era algo que Lore ya se esperaba. Lo que no se había esperado era la sensación que sintió en el estómago, ese vértigo que le provocaba la idea de huir de allí. Marcharse sería tan inútil como intentar abarcar todo el océano con las manos. No era solo inútil físicamente, sino también espiritualmente, ya que había algo que la anclaba a aquel lugar.

—No podemos —murmuró—. Por mucho que no quiera confiar en él, Anton es nuestra única…

—No lo entiendes, Lore. —Había un toque desesperado en el tono de Bastian, algo que le indicaba que él también se sentía inevitablemente atraído hacia esa noche y que estaba intentando resistirse con todas sus fuerzas—. Ha vuelto a pasar. En otra aldea.

Lo único que evitó que Lore se pisara el bajo del vestido y se tropezara fue la mano de Bastian sobre su cintura. A la chica se le helaron los dedos.

—¿Cuándo?

—Anoche. —Bastian se mantuvo pegado a ella, hablándole al oído. Cualquiera que los estuviera observando tendría la sensación de que ambos estaban a punto de escabullirse hacia un rincón apartado, pero sus rostros eran dos máscaras de terror—. Un par de Presque Mort han ido a recoger los cadáveres. Anton ha puesto a Malcolm al mando.

Otra aldea. Lore recordó su incómodo sueño, aquellas pesadillas de las que solo podía recordar fragmentos.

Sacudió la cabeza, intentando desterrar de su mente esas especulaciones.

—Entonces, ¿dónde está Anton?

—No lo sé. —Bastian le dio una vuelta—. Supongo que se estará preparando para intentar detener a August. Da igual. No voy a dejar que mi tío sea lo único que se interponga entre tú y la muerte. Puedo conseguirte dinero. Comida. Subirte a un barco…

—No puedo salir de Dellaire. El Mortem no me lo permitirá.

—Maldita sea —siseó Bastian entre dientes, agarrándola de la cintura con más fuerza, tanta que estuvo a punto de hacerle daño—. Maldita sea. Vale. Puedo encontrarte algún sitio donde esconderte en la ciudad…

—Bastian. —Lore negó con la cabeza de nuevo, rozándole el cuello al príncipe con la nariz. No tenían por qué estar tan pegados, pero aquello les aportaba consuelo y ninguno de los dos se apartó—. Acabarían encontrándome. Lo sabes.

El camino de Lore terminaba allí, en la ciudadela. O bien muerta a causa del ritual de August o encerrada en una jaula dorada, convertida en una herramienta para ayudar a controlar a un rey loco y moribundo. La muchacha era consciente de ello. Gabe también. Bastian, a su manera, también. De entre ellos tres, este último era el más predispuesto a intentar cambiar lo inevitable, a pensar que podía cambiar el mundo a su antojo. Pero incluso Bastian debía darse cuenta de que esta vez era inútil. Lore estaba atrapada.

Pero que ella estuviese atrapada no significaba que todos tuvieran que estarlo.

—Yo no puedo irme —repitió Lore, en un murmullo contra la oreja de Bastian—, pero tú sí que puedes.

Por primera vez, el príncipe se tropezó mientras bailaban. El resto de los cortesanos daban vueltas a su alrededor como si Lore y el Príncipe Solar fueran rocas en medio del arroyo. Pero ambos permanecieron inmóviles, ella con las manos sobre los hombros de Bastian. Él con una mano en la cintura de Lore y con la mirada fija en ella.

—Y dejarte atrás. —Dijo aquello de forma brusca, no del todo enfadado, pero a punto de estarlo—. Dejarte a ti aquí.

—Anton ha dicho que detendrá el ritual. —Una endeble defensa, pero era todo lo que se le ocurría.

—Pongamos que lo hace. ¿Y luego qué? —La gente comenzaba a contemplarlos fijamente. Bastian tiró de Lore para que siguieran bailando, con la tensa línea de su mandíbula en contraste con lo fluido que era su movimiento—. Yo me marcho, ¿y tú permaneces prisionera

en la ciudadela? ¿Rezando para que August no intente volver a matarte y que Anton no encuentre la forma de usarte como si fueras un arma? Esos dos nunca alcanzarán ningún tipo de acuerdo pacífico y tú siempre estarás metida en medio.

—Como te habrás dado cuenta, todo eso tiene que ver conmigo, no contigo.

—Maldita sea, Lore. ¿Es que no lo entiendes? —Le dio una vuelta con más fuerza de la necesaria, rodeándole la cintura con un brazo y tirando de ella hacia sí—. Ya te lo dije en las catacumbas. De algún modo, estamos juntos en esto. Tú, yo y también Remaut, pese a que detesto que sea así. No puedo abandonarte aquí sin más, aunque quisiera hacerlo. Aunque así lograra salvarme el pellejo.

—¿«Aunque»? —Lore dejó que una carcajada le subiera por la garganta, pero cuando esta se liberó, pareció más el comienzo de un sollozo—. Si me dejas atrás, salvarás tu pellejo sin lugar a dudas.

—Y aun así… —El baile terminó. Ambos se quedaron parados e inmóviles, aún agarrados el uno al otro—. No te librarás de mí. Pase lo que pase.

«Pase lo que pase».

Lore alzó la mirada. El sol estaba cada vez más bajo en el cielo.

Se produjo un movimiento en la parte delantera del atrio, detrás del trono de August. Severin Bellegarde entró a través de una pequeña puerta, vestido de un modo tan sobrio como de costumbre. Se echó a un lado, sin querer llamar la atención, y esperó con las manos unidas a la espalda junto a unas macetas de flores venenosas.

August se colocó delante de su trono, como si la entrada de Bellegarde hubiera sido una especie de señal. Alzó las manos, conjurando la imagen de un gobernante benevolente.

—Gracias por haber venido —dijo con un tono que claramente los invitaba a marcharse—. Mañana será el día en el que arranque el comienzo de una nueva era triunfal para Auverraine. Puedo sentirlo. —Sonrió—. Incluso la oscuridad puede blandirse para hacer más fuerte a la luz.

La multitud allí reunida le dedicó un aplauso cortés. Entonces, los cortesanos se despidieron, abandonando el atrio con un luminoso desfile. Un par de ellos lanzaron miradas curiosas por encima del hombro, echándoles un vistazo a aquellos que se quedaban en la sala, pero no parecía que ninguno creyera que sucedía algo raro. Lore reprimió las ganas que tenía de gritarles, de comprobar si alguien se daría la vuelta y la ayudaría; de comprobar si alguien se percataría de que algo malo estaba pasando e intentaría detenerlo. Pero ninguno de ellos lo haría. El Rey Sagrado había hablado y su palabra era ley.

Una vez que se hubieron marchado, solo quedaron en la sala unas veinte personas. Lore identificó a Bellegarde, a Alie y a un par de Presque Mort, que debían de haber aparecido mientras ella discutía con Bastian. No obstante, no estaban todos. Algunos habían sido enviados junto con Malcolm a inspeccionar la aldea que había sido masacrada el día anterior. La chica no podía evitar preguntarse qué requisitos tenía Anton en cuenta a la hora de decidir quién se quedaba y quién se marchaba.

Dani y Amelia se encontraban cerca de la fuente de vino con un par de personas que Lore supuso que serían parientes suyos. Cualquier gesto amistoso que Dani hubiera exhibido durante el té de Alie había desaparecido. Su expresión en aquel momento era calculadora. Había interpretado su papel de un modo admirable, consiguiendo que Lore completase el siguiente paso del extraño plan de Anton.

¿Dónde estaba Anton?

August se encontraba delante de su trono plateado y dorado, con las manos aún en alto y unos rubíes refulgiendo sobre sus dedos. El silencio cayó sobre la estancia. Lore deseaba encogerse hasta hacerse un ovillo. Ninguno de los cortesanos allí presentes, cómplices del Rey Sagrado o del altísimo sacerdote, la miraba, pero sí que estaban pendientes de ella. Aquello le dio dolor de cabeza e hizo que se le revolviera el estómago. Se trataba de una sensación muy parecida a la que sentía después de haber canalizado demasiado Mortem.

Percibió una presencia a su espalda. Era Gabe. Este no la tocó, pero tenía la mano sobre su daga. Bastian seguía rodeándola por la cadera con el brazo. Los tres se mantuvieron juntos, unidos sin remedio una vez más.

August entornó la mirada en su dirección, pero solo por un momento. Luego, con la cabeza alta, en lugar de a sus fieles, miró hacia el cielo que había al otro lado de la ventana.

—Si estáis aquí —declaró—, es porque sabéis en qué tesitura nos encontramos. Sí, estamos al borde de la violencia, pero por un motivo y con un objetivo: una guerra que estamos seguros de que ganaremos. Por la gloria de Auverraine. Por la gloria de Apollius, el Dios Sangrante. Para preparar su regreso y crear un mundo nuevo que resurja de las cenizas del antiguo.

—Por su regreso. —Las voces se alzaron por toda la estancia, por entre las dispersas flores venenosas—. Que regrese por obra de la sangre y el fuego, y que sus heridas sanen.

Aquello recordaba a las oraciones de las primeras plegarias, aunque más siniestras.

Al lado de su padre, Alie enarcó una ceja y la confusión se apoderó

de su expresión ligeramente divertida. Al menos ella no estaba implicada. Al menos Lore contaba con una amiga.

El brazo de Bastian seguía rodeándole la cintura con fuerza. Contaba con dos amigos.

Y aunque Gabe los había delatado ante Anton, aún seguía a su lado. Puede que Lore contara con más personas de su parte de las que creía.

Eso supuso un débil consuelo mientras miraba al rey que quería matarla. Aunque el hombre que se suponía que iba a detenerlo seguía sin aparecer.

August prosiguió:

—Un eclipse es un momento de gran poder, cuando la luz y la oscuridad se fusionan. Cuando en el mundo se abre un portal para el cambio y las cosas pueden tomar nuevos rumbos. —Aquellos ojos oscuros refulgieron al fijarse en su hijo—. Desde la desaparición de Apollius, el mundo sufre un desequilibrio. Las cosas no siempre salen como deberían. Y cuando eso sucede, recae en nosotros la responsabilidad de cambiarlas.

—¿Dónde demonios está Anton? —siseó Bastian entre dientes, dirigiendo pregunta hacia Gabe, que estaba detrás de él—. No es el mejor momento para llegar tarde.

—Estará al caer. —Pero Gabe parecía tan asustado como Bastian. Lore tenía las manos empapadas en un sudor frío.

Al otro lado del atrio, los ojos verdes de Alie se desplazaron entre August y su progenitor, que tan embelesado estaba, y luego se fijaron en Lore, intentando encajar las piezas de un rompecabezas improbable. La joven arrugó la frente con gesto preocupado. Y entonces, pareció tomar una decisión.

Se movió ligeramente hacia delante, como si tuviera la intención de unirse a Lore, a Bastian y a Gabe en el centro de la estancia, pero Bellegarde extendió una mano y la cerró con fuerza alrededor de su muñeca; la piel pálida del hombre destacó contra la piel oscura de su hija. Alie estaba demasiado lejos como para que pudieran escucharla, pero Lore vio que de su boca escapaba un leve sonido de dolor.

Gabe también se percató. Se irguió, con todas las líneas de su cuerpo tensándose en dirección a Alie, que estaba atrapada en medio de todo aquello.

August los ignoró a todos. En su rostro pálido apareció una sonrisa perturbada, con la cabeza aún levantada hacia los cielos.

—En manos de un dios, un maleficio puede convertirse en una bendición. En manos de un dios, uno único y verdadero, la oscuridad y la luz pueden acabar unidas. Todos los poderes pueden unificarse y

acabar contenidos dentro de único cuerpo divino. Un único dios, un único monarca. Un único imperio que se extienda por todo el mundo, que sane todos sus males y lo ponga todo en su sitio.

A medida que el rey hablaba, más Presque Mort habían ido entrando a la sala, con sus ropajes negros y sus cuerpos cubiertos de cicatrices dispersándose por entre las flores venenosas. No dijeron nada, tan solo se alinearon en los extremos del atrio, con los mismos rostros inexpresivos que unos soldados que habían sido enviados al frente de batalla. Al altísimo sacerdote aún no se lo veía por ninguna parte.

Al fin, August bajó la cabeza, mirando de frente a la pequeña congregación en lugar de al cielo. Su expresión transmitía una profunda paz, una profunda satisfacción, la de alguien que veía cómo su plan llegaba a buen puerto después de años de minuciosa planificación. El rey asintió sutilmente con la cabeza.

Los Presque Mort se movieron, rápidos y silenciosos. Bastian fue el primero en darse cuenta, girándose con los dientes apretados y con el cuchillo que había llevado escondido en la bota de pronto en la mano, refulgiendo de un modo perverso. Gabe tardó un poco más en reaccionar. La confusión se abrió paso a través de su rostro. Pero cuando uno de los Presque Mort lo sujetó por el hombro, él se dio la vuelta y cogió su daga, aunque sin desenfundarla todavía.

Lore no contaba con ninguna arma, pero cuando los Presque Mort la agarraron, forcejeó para intentar zafarse, lanzándoles patadas y clavándoles las uñas. Era inútil, pero aun así lo intentó.

Anton los había abandonado. No se había presentado para detener el ritual.

Tal vez nunca hubiera tenido intención de hacerlo. Quizás solo hubiera estado fingiendo y aquello hubiera sido una argucia para controlarlos, para evitar que huyeran. Como una suave caricia en el cuello de un conejo antes de partírselo.

Lore vio de soslayo el rostro de Gabe. Este no había sido del todo capaz de apuntar con la daga a uno de sus compañeros. Más allá de aquella expresión rabiosa, parecía perdido, pillado por sorpresa.

En el otro extremo de la estancia, Bellegarde agarraba a Alie de la mano, con bastante fuerza como para dejarle marca. La joven, que era mucho más menuda, no tenía la más mínima posibilidad de librarse de su agarre, pero aun así siguió tirando hacia delante, con el pánico reflejado en el rostro.

—¡Gabe!

Oír su nombre de boca de Alie hizo que Gabe saliera de su estupor. Emitiendo un angustioso sonido, por fin desenvainó su cuchillo y

atacó a uno de los Presque Mort. En un instante los tuvo a todos encima, arrollándole y haciéndole retroceder. Él soltó un grito ahogado con el que parecía tener la intención de pronunciar el nombre de Alie, pero no logró que se materializase. Se oyó un escalofriante crujido cuando un puño chocó contra la sien de Gabe, haciendo que se desplomara en el suelo.

Alguien tiró a Lore de la trenza, haciéndole perder las horquillas y haciéndola caer de espaldas. Ella gruñó, pero los brazos de aquel Presque Mort la envolvieron, inmovilizándola. Hicieron falta dos guardias más para hacer lo mismo con Bastian. El Príncipe Solar se revolvió; sus imprecaciones reverberaban por el atrio, que lentamente se sumía en las sombras. Uno de los monjes sacó una daga y con la punta afilada le hizo un arañazo a Bastian en la ceja, haciéndole sangrar y sorprendiéndolo lo suficiente como para conseguir que se quedara quieto, con los brazos retorcidos a su espalda.

La sombra de la luna se acercaba cada vez más al sol que descendía.

El Presque Mort que sujetaba a Lore la empujó hacia el trono de August. El Rey Sagrado permanecía inmóvil y distante, con las manos a la espalda. Otro Presque Mort, el que había acabado herido en la fuga de Mortem y que ya caminaba de forma casi normal gracias a un pie protésico, se acercó a la plataforma y le entregó al rey una daga, fundida en plata y recubierta de oro. Hacía juego con su trono, una unión perfecta entre noche y día, sol y luna.

—Siempre estuvo destinado a ser así —dijo el rey en voz baja para que solo Lore y Bastian pudieran oírle—. El Mortem y el Spiritum, unidos y blandidos por la misma persona. La era de los múltiples dioses ha terminado, ahora solo hay lugar para uno.

—¿Y has decidido que ese debes ser tú? —La voz de Lore era dura, ronca a causa del modo en el que el Presque Mort le tiraba del pelo, con el cuello estirado hacia delante como si fuera una ofrenda. Tuvo que retorcerse para poder mirar a August, que jugueteaba con su hermoso cuchillo.

—Apollius ha decidido que debe ser alguien de nuestra familia. —August se encogió de hombros—. Se equivocó al decantarse por una persona en particular, pero eso tiene fácil solución. Cuando seamos uno, cuando yo me convierta en su reencarnación, su huésped, lo comprenderá.

Los Presque Mort tiraron de Bastian y lo subieron a la plataforma mientras el príncipe escupía y maldecía, retorciéndose bajo su agarre como si fuera un gato. Al agitar los puños había conseguido golpearlos más de una vez. Al Mort que lo sujetaba por los brazos le había dejado

un ojo morado y al otro, que le agarraba por el pelo y le echaba la cabeza hacia atrás igual que a Lore, le estaba apareciendo un hematoma en la mejilla. Bastian entrecerró los ojos para poder ver a través de la sangre que le chorreaba desde la herida de la cabeza, con el pecho agitado y los dientes apretados.

August suspiró mientras observaba a su hijo. Siempre interpretando el papel de padre decepcionado.

En respuesta, Bastian soltó una carcajada breve y mordaz.

—Qué apropiado —gruñó—. Siempre has tenido que hacer las cosas de la forma más ostentosa posible.

El rey meneó la cabeza. Una sombra de pesar le cruzó el rostro, tan veloz y brillante como un cometa al pasar. Lo genuina que era hacía que fuera aún más terrible.

—No puedes ser tú —murmuró—. Da igual lo que diga la visión de Anton.

—¿Es porque no soy lo bastante devoto? —No había ningún modo de escapar. Aun así, Bastian forcejeaba contra el Mort que lo retenía, con los músculos contraídos—. ¿Podría serlo si hubiera asesinado a mi propio pueblo y hubiera utilizado sus cadáveres para crear un ejército?

—Yo no los he asesinado, Bastian. —El pesar en el rostro de August se transformó en frialdad—. Es el único pecado que no puedes achacarme.

Entonces, el rey fijó la vista en Lore, de manera lenta y deliberada.

A ella se le cerró la garganta. La mente también, tras caer en la cuenta de algo imposible. El Mortem no era capaz de hacer algo como aquello. El Mortem no podía matar a toda una aldea entera y dejar los cuerpos completamente intactos. Un canalizador cualquiera no podría hacer tal cosa.

Pero aquello no había sido cosa de un canalizador cualquiera.

—Muy bien. —August alzó el cuchillo mientras la estancia se sumía cada vez más en la oscuridad, acercándose al eclipse total—. Comencemos.

Lore esperaba que el cuchillo acabase clavado en la garganta expuesta de Bastian. Por el modo en el que este intentó zafarse era evidente que él pensaba lo mismo. Pero el Presque Mort que sujetaba al Príncipe Solar no le echó la cabeza más hacia atrás para dejarle el cuello más despejado. En cambio, el otro monje y él forcejearon con Bastian para sacarle un brazo de la espalda y extenderlo hacia delante, con la palma abierta hacia su padre.

Las cicatrices que formaban aquel medio sol resplandecían en un tono rojizo a causa de la luz tenue.

El Presque Mort que sujetaba a Lore hizo lo mismo. Le retorció el brazo para sacárselo de la espalda y le extendió la mano que las Hermanas de la Noche le habían marcado con una luna en un día como aquel hacía once años. Lore intentó cerrarla en un puño, pero el monje la obligó a dejar los dedos extendidos, estando casi a punto de rompérselos.

Todo fue muy rápido. August le marcó primero la mano a Bastian, de forma rápida y brutal. La sangre que corría por la palma de la mano de su hijo goteó contra el suelo, mezclándose con la que aún le salía de la herida de la cabeza. Después, llegó el turno de Lore. Esta apretó los dientes para contener el grito que quiso soltar cuando la punta de la daga se le clavó en la carne, cortando a través de las líneas de la vida y sumándose a la vieja cicatriz.

Se trataba de un medio sol, formando un arco que salía desde su medialuna. Lore supo, sin necesidad de mirarlo, que la palma de la mano de Bastian tendría ahora lo mismo que la suya: una luna grabada debajo de su sol, las cicatrices que cada uno había tenido, unidas en un mismo símbolo. La vida y la muerte, la luz y la oscuridad.

A través de la ventana del atrio que quedaba encima de sus cabezas, el cielo se sumió en un eclipse total. Dos cuerpos celestes que replicaban momentáneamente la forma de sus nuevas cicatrices, antes de que la luna cubriera al sol.

August soltó el cuchillo ensangrentado y tomó las manos heridas de ambos para unirlas delante de él. Palma contra palma, herida contra herida.

Lore sintió como si un rayo le hubiera caído encima. El poder surgió del punto en el que su mano había tocado la de Bastian, recorriendo cada una de sus extremidades. Aquello era una amplificación de lo que había sentido cuando el príncipe la había separado de los hilos de Mortem en las catacumbas. Vida, un flujo de sangre, un torrente de aire puro que entraba en sus pulmones asfixiados.

Y Bastian sintió lo contrario. Lore pudo verlo y también sentirlo. Aquella conexión que había percibido desde el principio se puso de manifiesto, como si fuera un puente tendido entre ambos. El frío y la quietud, el vacío, entrando en el interior del príncipe como si fuera una tormenta de muerte. Fuerzas contrarias que se unían, fortaleciéndose la una a la otra.

August abrió la boca. Emitió un sonido agudo y demencial que no era ni una risa ni un llanto, sino algo mucho más animal. En la oscuridad del eclipse, los ángulos de su rostro eran tan marcados como

los de una calavera.

El rey soltó las manos de Lore y Bastian. Ambos se desplomaron en el suelo, esforzándose por mantenerse conscientes. Lore sentía que tiraban de su cuerpo en distintas direcciones, como si fueran a partirla por la mitad. Oscuridad y luz, vida y muerte, cosas que no deberían ocupar el mismo espacio pero que se encontraban en aquel mismo momento en su interior.

—Ya es suficiente.

Anton. Por fin.

El altísimo sacerdote se hallaba en el extremo contrario del atrio, vestido con su túnica blanca y luciendo su colgante reluciente, que se balanceaba a medida que él se dirigía lentamente hacia el centro de la estancia.

August contempló, impasible, cómo se acercaba su hermano, jugueteando mientras con el cuchillo. Una mancha de sangre le cayó sobre el jubón.

—Por fin te has dignado a aparecer —le dijo, ocultando su recelo tras un tono de voz altivo—. Ha llegado tu turno. Sus poderes ya están vinculados, pero solo un sacerdote de Apollius puede dar el golpe de gracia y redirigir la magia hacia el huésped adecuado. —La curva de su sonrisa resplandecía de un modo tan despiadado como su cuchillo—. Sé que has estado deseando que llegue este momento. El momento en el que necesitamos más tu poder que el mío.

Anton le dedicó a su hermano una sonrisa amable, casi de lástima.

—Y yo sé que no puedo anteponer tus deseos terrenales a los de Apollius.

Todos los cortesanos a los que August había invitado, esos que él creía que estaban de su parte, permanecieron inmóviles y sin levantar un solo dedo mientras eran testigos de cómo el altísimo sacerdote se aproximaba lentamente hacia rey. Los Presque Mort que sujetaban a Lore y a Bastian dieron un paso atrás cuando Anton se acercó, bajando a ambos rehenes de la plataforma del trono y dejándolos en el suelo. A Lore le fallaron las rodillas, así que tuvieron que arrastrarla. Bastian pisó un charco de su propia sangre, dejando las huellas de sus botas marcadas por todo el suelo. Detrás de ellos, Gabe seguía inconsciente, despatarrado contra la pared como si fuera un saco de huesos.

—Pero si él no es digno. —Había que reconocer que August no parecía asustado. Su voz continuó siendo alta y clara, pese a que su mirada enferma parecía recelosa—. Ya hemos hablado de esto, Anton. El chico no puede ser el elegido. Debe tratarse de algún error. No está listo y nos queda poco tiempo.

Anton subió las escaleras para plantarse delante de su hermano.

—Pero lo estará —declaró—. Puede estarlo con la preparación adecuada, bajo el liderazgo que necesita.

—Pero no puede ostentar ese poder. —Incluso en aquel momento, cuando las cosas claramente se le estaban torciendo, August parecía más fuerte que nunca, con la promesa de la magia vigorizando su cuerpo enfermo. Permaneció erguido, con la cabeza inclinada hacia arriba, contemplando el cielo oscurecido por el eclipse como si pudiera ver al mismo Apollius allí—. Sería demasiado para él.

El rey y el altísimo sacerdote eran de la misma altura, dos reflejos casi idénticos cuyas únicas diferencias eran sus atuendos y las cicatrices que cubrían la mitad del rostro de Anton. Así que cuando el sacerdote se quedó mirando fijamente al rey, sus miradas estuvieron perfectamente alineadas.

—Entonces, tendrá que ser otra persona la que le guíe, la que le muestre el camino.

—Yo puedo representar ese liderazgo. —Por un momento, una sonrisa socarrona apareció en el rostro de August. Tenía la sensación de que contaba con una oportunidad, con un modo de darle la vuelta a aquello a su favor—. Soy su padre.

—Pero nunca te has comportado como tal —sentenció Anton.

Cuando el sacerdote le hundió a August un cuchillo en el costado, casi no tuvo ni que levantar la mano para hacerlo.

Capítulo Cuarenta

Contemplad mi retorno.

—Libro de la Ley Divina, tratado 896 (cita; palabras exactas dichas por Apollius a Gerard Arceneaux)

Lore no sabía qué otra cosa había esperado. Anton había dicho que detendría a August para evitar que completase el ritual y, sin duda, matándolo conseguía su propósito. Consideró aquel hecho con cierto desapego, mientras la muerte y la vida seguían corriendo por sus venas en una mezcla embriagadora que provocaba que se le nublara la vista por la alternancia de verlo todo en color y luego en una escala de grises, una y otra vez.

Bastian tenía los ojos como platos y el rostro pálido. Tenía la boca abierta, pero no emitía ningún sonido. Llegado un momento, le habían obligado a ponerse de rodillas y ahora se encontraba sobre su propia sangre, como si suplicara ante un altar.

Nadie más podía ver aún qué era lo que había sucedido. La postura que habían adoptado los hermanos Arceneaux bloqueaba la vista a cualquiera que se encontrara detrás de ellos. Anton soltó el cuchillo. Al caer, el arma rozó el tejido blanco de su túnica, que acabó teñido de un color carmesí. La cuchilla acabó entre los pliegues de esta, a sus pies, quedando oculta. El sacerdote agarró a su hermano gemelo por los hombros, sosteniéndolo erguido para estar cara a cara con él, aunque al rey le fallaran las rodillas.

Un líquido rosado salió a borbotones de entre los labios de August. Este emitió un sonido ahogado y jadeante.

De soslayo, Lore pudo ver cómo Bastian se estremecía.

—Nunca lo has comprendido —le dijo Anton, en un tono de voz bajo y tranquilizador, el mismo que usaría para hablarle a un caballo asustado—. Apollius no comete errores. Nunca. En absoluto.

—Tienes razón. Estaba equivocado. —August hablaba de forma entrecortada. Aquellas palabras salían a trompicones de su boca

entumecida. Un último intento desesperado para intentar salvarse—. No tenía ni idea de lo sagrado que…

—No querías saberlo —gruñó Anton—. No querías entenderlo porque lo único que ansiabas era hacerte con el poder. Se nos presentó una profecía y tú hiciste oídos sordos. —Sacudió a su hermano, provocando que a este se le escaparan una gotas de sangre de la boca que salpicaron al altísimo sacerdote—. Este es el precio de la traición.

—No —dijo August en voz baja, empleando las últimas fuerzas que le quedaban para hablar—. Es el precio de los celos. ¿Quién está cometiendo pecado ahora, hermano?

El rostro salpicado de sangre de Anton permaneció impasible. Con un rápido movimiento, soltó a su hermano gemelo y dio un paso hacia atrás. El Rey Sagrado se desplomó en el suelo.

August seguía tratando de respirar inútilmente mientras Anton se dirigía hacia los presentes. Ninguno de los cortesanos allí reunidos parecía sorprendido. Habían sido puestos sobre aviso. Todo aquel en el que August había confiado alguna vez ahora era leal a Anton. Al final, la Iglesia se había impuesto a la Corona.

El único rostro horrorizado era el de Alie, a quien Bellegarde seguía sujetando. La joven se cubría la boca con una mano. Alie, y también Bastian. El príncipe parecía estar a punto de derrumbarse en cualquier momento, todavía arrodillado sobre su propia sangre. La cabeza le había dejado de sangrar, y se le había formado una costra del color del óxido en ese lado del rostro. Aquel llamativo color hacía que el blanco de sus ojos abiertos destacara aún más.

Anton levantó las manos, adoptando la misma postura en la que había estado August.

—Fieles —entonó—, todos sabíamos que August no era el adecuado para liderarnos mientras nos adentramos en una nueva…

Un grito lo interrumpió. Lore no se había dado cuenta de que era ella quien gritaba hasta que sintió la mandíbula tirante.

El dolor se le extendió por el abdomen, al rojo vivo y en llamas. El Presque Mort que la sujetaba la soltó, sobresaltado. Ella cayó de rodillas.

El cuchillo. El cuchillo de August, plateado y dorado, le sobresalía de un costado.

Detrás de Anton, la forma ensangrentada del rey se estiraba hacia delante, con la mano con la que había lanzado el cuchillo extendida. Dio un golpe sordo con la palma sobre la tarima y esbozó una sonrisa con la que enseñó sus dientes manchados de sangre.

—Nunca será él —dijo, arrastrando las palabras cargadas de sangre y bilis, de todos los fluidos que liberaba un cuerpo moribundo cuando

por fin se inclinaba la balanza hacia un lado—. No si la mato a ella.

El color había desaparecido de la visión de Lore; todo era blanco, negro o gris. Su propio cuerpo se convirtió en un caos de resplandores blancos y negros, con el Mortem y el Spiritum enredados entre sí, procedentes tanto del ritual que August había puesto en marcha como de la herida que ella tenía en la tripa.

A lo lejos, pudo escuchar a alguien llamándola por su nombre. Era Bastian.

Pero Anton no pareció inmutarse. Levantó la mirada hacia el cielo, suspirando como si fuera un padre con un hijo revoltoso, y luego se giró hacia el rey caído.

—Matar a alguien de una herida en el estómago requiere tiempo —le dijo—. Algo de lo que estoy empezando a arrepentirme.

Anton, que se había calzado unas pesadas botas, levantó un pie y lo dejó caer sobre la cabeza de August. La luz blanca que rodeaba al rey comenzó a disiparse como si fuera brisa, mientras que una nube oscura ocupaba su lugar.

La materia gris del cerebro del rey cubría la suela de la bota de Anton cuando este la levantó del desastre que era ahora el cráneo de August.

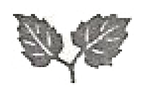
Lore vomitó el vino. Creó un charco pegajoso sobre su regazo, que se entremezcló con la sangre de su estómago.

Se oyeron más gritos, pero ella los percibía como si estuviera bajo el agua. No podía pensar con claridad. Lo único que existía era el dolor, y todo lo demás se estaba desvaneciendo.

La voz de Bastian se abrió paso a través de todo aquel estrépito. Lore era capaz de reconocer su timbre, aunque no sus palabras. Con Gabe le sucedió lo mismo. Oía sus clamores silenciosos, sus gruñidos, el choque del acero y el sonido amortiguado de unos puños contra la piel. El Presque Mort debía haberse despertado. Eso era bueno. Tal vez ellos dos lograran sobrevivir. Dos de tres no estaba nada mal.

—Llevadla a los jardines —dijo Anton en la distancia. La chica sintió unas manos que la cogían por debajo de las rodillas y alrededor de los hombros, levantándola como si fuera una noble que acabara de desvanecerse—. Ella nos está esperando allí.

Y entonces, a Lore se le cerraron los ojos.



Una superficie dura. El frío atravesándole los ropajes destrozados, provocando que le dolieran la herida en su costado y la mano cortada. El viento se colaba por entre las piedras, curvándose alrededor de las

hojas convertidas en roca y los pétalos de granito.

Lore se obligó a abrir los ojos.

El jardín de piedra. Unas antorchas iluminaban el pozo, sustituyendo a la luz que el eclipse les había arrebatado. Lore seguía teniendo la mirada borrosa. El dolor y la pérdida de sangre provocaban que le costara concentrarse, pero pudo ver a Anton allí de pie antes de que abrieran la boca del pozo, de que desplazaran cuidadosamente a un lado la estatua de Apollius que la mantenía cerrada. Otras formas silenciosas se encontraban alrededor del sacerdote: los Presque Mort, todos los que no habían sido enviados a la aldea para lidiar con los nuevos cadáveres.

Nuevos cadáveres, justo después de que ella hubiese tenido aquel sueño…

Había otra figura cerca de Anton, de pie al otro lado del pozo. Esbelta, vestida de negro y con una gran mata de pelo claro.

Anton se giró antes de que Lore pudiera comprender qué estaba viendo. Una pequeña bendición.

—Ah, Lore.

Al escuchar su nombre, los dos Presque Mort se acercaron con cautela a ella para ayudarla a levantarse. La sangre le había dejado empapado un costado del vestido. Sentía la cabeza tan pesada como las rosas de piedra que bordeaban el camino.

—Lo has hecho muy bien —dijo el altísimo sacerdote mientras Lore se dirigía a trompicones hacia él—. De verdad, Lore, deberías estar orgullosa de ti misma. De poder formar parte de esto, de que Apollius se refiera a ti por tu nombre. ¡Y en más de una ocasión! Escuché hablar de ti por primera vez en la visión que me procuró mis cicatrices. Pero Apollius me habló más veces desde entonces. Me dijo que aprendiera el arte de caminar en sueños para extraer tu poder y crear nuestro ejército de no muertos.

El sacerdote hablaba demasiado rápido, con demasiada emoción, como si hubiera estado aguardando aquella oportunidad para desvelar todos sus secretos.

—Cierra el pico —le dijo Lore, pero sus palabras no fueron más que un graznido y Anton no la escuchó.

—Que Gabe te enseñara a proteger tu mente fue un ligero contratiempo —prosiguió el altísimo sacerdote—. Haberle enseñado ese truco ha terminado saliéndome muy caro. —Con la mano que tenía intacta se frotó la otra, aquella que contaba con nuevas cicatrices de quemadura.

En la mano sin cicatrices sostenía una diadema de oro con piedras granates incrustadas. La corona de August, esa tan sencilla que había

llevado puesta cuando su hermano le había acuchillado. Lore se preguntó por qué Anton no se la había puesto todavía.

—Pero todo ha salido como debía —continuó el altísimo sacerdote —. Cuando al fin mueras, cuando te dé el golpe de gracia… Y siento tener que hacerte pasar por ese desagradable momento, pero es necesario… Entonces, tus poderes pasarán a Bastian. Él ostentará la magia de la vida y de la muerte, el Spiritum y el Mortem. Y así dará comienzo a todo.

Pero Lore apenas le escuchaba. Las palabras resbalaban sobre ella como si fueran aceite. Y todo porque al fin había logrado discernir a la persona que estaba al otro lado del pozo.

Tenía el cabello lacio y dorado. Unas facciones pálidas y delicadas. Un cuerpo largo y esbelto, muy diferente al de Lore. Pero aquellos brillantes ojos castaños eran los mismos que los suyos.

Una Hermana de la Noche. La misma que le había hecho la cicatriz en forma de luna y que luego había decidido que era mejor salvarla, enviarla a la superficie en lugar de dejar que se adentrase en aquella tumba de obsidiana donde su mente se habría vaciado, la mirada se le habría quedado opaca y habría perdido una parte vital de su ser.

La mujer sonrió, y en su sonrisa se vio reflejado un verdadero pesar.

—Hola, hija.

Capítulo Cuarenta y uno

Los finales requieren su tiempo.

—Proverbio kiryteano

Lore nunca había sabido cuál era el verdadero nombre de su madre. Las Hermanas nunca los usaban. Para cuando ella nació, su madre ya llevaba meses viviendo con lo que quedaba de la Guardia Enterrada y se había integrado completamente entre sus filas, aunque el resto de ellas seguían mirándola con recelo.

Lore conocía el motivo. Le habían contado aquella historia. Después de llegar allí, su madre se había acercado a la tumba de Nyxara, al igual que hacían todas las Hermanas, y la oscuridad la había llamado. La oscuridad había acariciado su vientre, donde aún se encontraba Lore, que no conocía el mundo ni el papel que ella tendría en él.

Por eso, las Hermanas no se habían sorprendido la primera vez que Lore había canalizado el Mortem por accidente, tirando de una hebra que había encontrado en la tumba de la Diosa Enterrada e introduciéndola en una roca de las que formaban su catedral bajo tierra, estando a punto de provocar un derrumbe. Aquello había sido algo que habían estado esperando.

Los recuerdos fugaces que Lore tenía de sus primeros años de vida eran pocos, ya que había hecho todo lo posible por olvidarlos, pero estaban cargados de miradas de soslayo, iluminadas por la peculiar fosforescencia de los cristales de las paredes, y de murmullos pronunciados por detrás de las manos con las que se cubrían la boca.

En el momento del eclipse, su madre se había acercado a ella con el hierro del símbolo de la medialuna emitiendo un brillo anaranjado. Y eso tampoco había sido una sorpresa. Su madre había llorado mientras le quemaba a Lore la palma de la mano, señal de que esta sería la próxima en entrar a la tumba. La chica recordaba que aquel había sido un momento de celebración para el resto de las Hermanas, recordaba cómo habían felicitado a su madre por haber sido tan

fuerte, por haber hecho al fin lo correcto.

Pero aquella noche, mientras Lore dormía, sintió un golpecito contra su costado y vio a su madre con una mirada aterrorizada. Esta la condujo a través de los túneles hasta ascender allí donde la luz del último día antes del eclipse ya estaba iluminando el cielo.

—Corre —le había susurrado la mujer.

Y eso hizo Lore.

Corrió y corrió, aunque parecía haber acabado haciéndolo en círculo, porque allí estaba ahora, en el mismo lugar, contemplando el rostro de su madre y viendo en su semblante algo parecido al terror, algo parecido a un profundo pesar.

—Te he echado de menos. —Por todos los dioses, la sinceridad que emanaba la voz de su madre lo empeoró todo. La Hermana de la Noche permaneció al otro lado del pozo, pero tenía las manos extendidas, como si pudiera llegar hasta Lore y abrazarla—. Has crecido tanto. Estás tan hermosa… —Suspiró con un nudo en la garganta—. Ojalá pudiera ser todo distinto. Creí que tal vez cabía la posibilidad de que ella cambiara de parecer, de que tú no acabaras siendo una de las elegidas… —Cerró los ojos, con una lágrima cristalina resbalándole por la mejilla y reflejando la luz de las antorchas—. Pero la diosa es inflexible. Debería haberte enviado antes a la tumba, dejar que su poder te consumiera, que se extinguiera por sí mismo antes de que llegaras a alcanzar la edad de tu ascensión. Ahora la muerte es la única solución.

Lore se revolvió e intentó zafarse del agarre del Presque Mort, a pesar de lo mucho que le dolía el costado. Pero esas duras palabras por fin habían logrado disipar aquella niebla de su mente.

—No —dijo Lore, y sonó como si tuviera la boca llena de algodón —. No, no, no, no, no quiero…

—No podemos dejar que vuelva a suceder, mi amor —murmuró su madre—. La Bruja de la Noche también fue una de las elegidas de Nyxara. También estaba destinada a convertirse en la reencarnación de la diosa. Y habría asolado el mundo. Lo siento mucho. Tienes que morir. Lo siento tantísimo.

—Pero deberás esperar. —La voz de Anton sonaba distinta. Aquel fino velo de sentido común había desaparecido. Era extraño escucharle sin ese filtro y ser consciente de que aquello era lo que había estado aguardando debajo—. El trato era que recuperaríais a vuestra huésped después de que añadiéramos seis aldeas a nuestro ejército, y que sería yo quien le diera el golpe de gracia. Ya están preparados los documentos para convertir de nuevo a la Guardia Enterrada en parte de la Iglesia, pero puedo anularlo todo si en algún

momento no se cumplen con las condiciones.

—Desde luego —murmuró la Hermana de la Noche—. Un trato es un trato.

—Exacto. Ahora entiendo por qué las Hermanas te nombraron sacerdotisa de la noche. —La mirada de Anton adquirió un brillo enfermizo—. Espero que le hagas más justicia a tu cargo que la última.

La madre de Lore, la sacerdotisa de la noche, se limitó a inclinar la cabeza.

Tres madres, dos traiciones. Y todo por un bien mayor que a Lore no le importaba lo más mínimo. Tan solo quería vivir. El bien mayor podía irse a la mierda.

—Por favor, no dejes que me mate. —Lore sabía que sonaba patético. Ella era patética, sin fuerzas, sujeta por dos Presque Mort, desangrándose e incapaz de hacer algo para detenerlo—. No he hecho nada. Yo no he escogido esto, por favor…

—Ay, cariño. —La sacerdotisa de la noche levantó una mano y luego volvió a dejarla caer, dando a entender que, si hubieran estado más cerca, le habría acariciado la mejilla—. Es lo único que podemos hacer. El mundo no sobrevivirá contigo en él.

—Un trato es un trato —repitió Anton, girándose hacia Lore—. Ahora, ajustemos cuentas y así podremos seguir cada uno nuestro camino.

La sacerdotisa de la noche apretó los labios con disgusto. Agitó una mano.

—Entonces, toma lo que se te debe.

—Agradezco tu cooperación —dijo Anton, aunque en su voz se detectaba cierto tono burlón—. Agradezco que comprendas que, esta vez, solo hay cabida para un único dios.

—Sin duda, no hay cabida para que vuelva a haber seis —respondió con calma la sacerdotisa—. A los dioses no les gusta compartir su poder.

—Ese es el problema de las ascensiones —coincidió Anton—. Cuando los humanos se convierten en dioses, su naturaleza continúa siendo la misma. —El altísimo sacerdote enseñó los dientes, adoptando un gesto triunfal mientras se aproximaba a Lore con una mano alzada.

Esta sintió el mismo tirón que en sus sueños. Pero sin contar con la seguridad de hallarse dormida, aquello resultaba angustioso. El corazón se le ralentizó, volviéndose un simple pedazo de carne, y sintió que tiraban de él despacio desde entre sus costillas. Hilos oscuros de Mortem salían de su pecho, emanando de allí, poco a poco, como si fuera sangre que salía de un millón de diminutas heridas.

El sacerdote lunático formó un nudo con la muerte pura en el aire, enredando todos esos hilos entre sí.

—Apollius —murmuró, mirando hacia el cielo como si pudiera encontrar allí a su dios. Una lágrima de éxtasis le rodó por la mejilla —. Contempla lo que hago por ti. Cómo manipulo el poder de tu traicionera esposa y lo transformo en tu honor.

Siguió extrayendo poder del interior de Lore, entretejiéndolo entre sus dedos, mientras le hablaba al cielo vacío. Este se aglutinó sobre sus cabezas, formando un nudo retorcido e intrincado, que latía como si fuera un órgano mientras tomaba forma. Unos zarcillos salían de aquella masa central, curvándose hacia el cielo cubierto por el eclipse, extendiéndose hacia fuera como si estuvieran buscando algo.

Como si buscaran otra aldea, más personas a las que matar, más cadáveres para el ejército de no muertos de Anton. Estaba usando a Lore para aquello. Canalizaba el Mortem a través de su cuerpo tocado por la diosa. Había sido creada para hacer cosas que ningún otro canalizador podía hacer.

—Nos has enviado tu señal —murmuró Anton hacia el cielo—. Tu promesa de que nos aguarda un nuevo mundo, uno al que tú le darás forma para tus fieles. Recuerda, Dios Sangrante, cómo te he ayudado a iniciar todo esto, en este preciso instante en el que dos poderes contrarios pueden ser ostentados al mismo tiempo.

Poderes contrarios.

A pesar de la lenta pérdida de sangre, del hielo en sus dedos y del frío que traía consigo la muerte, Lore podía sentir el Spiritum, el paso de aquel cometa, que era la vida, anidado en su ser desde el momento en el que a Bastian y a ella les habían marcado las manos para luego unírselas cuando el eclipse alcanzaba su cénit.

Ahora Lore contaba con ambas cosas. Mortem y Spiritum, vida y muerte. Ambas fuerzas vivían en su interior y podía canalizar cualquiera de las dos.

No había tiempo para darle más vueltas. Extendió la mano y tiró.

La luz fluyó desde el interior de Anton, como una oleada que iluminaba todo el jardín mientras se dirigía hacia los dedos de Lore, que la estaban aguardando. Estaba extrayendo aquella luz del halo que rodeaba el cuerpo vivo del sacerdote. El Spiritum que extrajo no era uniforme, como un hilo o algo flexible para ser manipulado. Era como un rayo, una energía crepitante. El rugido de Lore se unió al de Anton mientras ella lo atraía hacia sí para introducirlo en su interior, con las venas rebosantes y ardientes y el corazón latiendo con tanta fuerza como para dañarle los pulmones.

Sintió un dolor insoportable en el costado, un ardor que se

expandía. Sin tener que mirar hacia allí, Lore sabía que se estaba curando. El poder de la vida la estaba recorriendo de arriba abajo y lo estaba sanando todo.

Pero ella no era capaz de contenerlo. Era demasiado abundante, demasiado brillante. Renunció a su control soltando un grito. Aquel rayo crepitante abandonó sus manos y rebotó por todo el jardín hasta acabar cayendo sobre la forma arrodillada de Anton. El anciano resollaba, con las manos en el corazón y los labios contraídos, enseñando los dientes.

—Pequeña bruja de la muerte —gruñó Anton—. ¿Crees que sabes lo que haces?

—Creo —jadeó Lore, obligándose a ponerse en pie— que no voy a dejar que mates a nadie más con mi poder.

—Eso es lo que no entiendes, Lore —le dijo su madre, esbelta, triste y envuelta en la luz de las llamas—. No es tuyo. Ese poder le pertenece a ella. Y cuanto más vivas, más poderosa serás, más acabarás pareciéndote a ella.

—No podemos vivir otra Caída de los Dioses. —Anton se puso en pie lentamente, con el verdadero aspecto de un anciano frágil. Excepto por la mirada. Esta le brillaba con un toque de locura, con un fervor que hizo recular a la chica. Tenía el cuchillo con el que había apuñalado a August en la mano—. No podemos dejar que suceda de nuevo.

—¿Y por eso matas a la gente? —Incluso curada, Lore seguía sintiendo una fuerte jaqueca. Se presionó el puño contra la cabeza—. Estás confundido, Anton. No habrá otra Caída de los Dioses ¡porque no hay más dioses!

—Sí que hay uno, y vas a cederle tu poder —replicó Anton, escupiendo saliva por la comisura de su boca con cicatrices—. El mundo se postrará a los pies del misericordioso reinado de Apollius, a través de su sagrado…

Un grito atravesó la noche, interrumpiendo lo que fuera que iba a decir Anton. Las antorchas cayeron, rodando por los adoquines. Otra de ellas voló por los aires. Las flores que seguían vivas y que crecían encima de sus versiones de piedra estaban secas y quebradizas tras un verano sin lluvia, y de pronto se vieron envueltas en llamas, rodeando el pozo con lenguas de fuego.

Y Bastian se abrió paso entre ellas.

Su elegante camisa estaba desgarrada, cubierta de sangre seca procedente del corte que se había hecho en la ceja. Los dientes, que enseñaba con un gruñido, le brillaban bajo aquella luz titilante.

En el rostro de Anton apareció una sonrisa perturbada y beatífica,

una que hizo que a Lore se le retorciera el estómago de forma incómoda. El sacerdote había mantenido oculta toda aquella… adoración, devoción. Se había mantenido alejado de Bastian incluso cuando había estado intentando protegerle de August. Pero ahora que todo se acercaba a su fin, miraba a su sobrino con el mismo brillo en los ojos que cuando había elevado la mirada hacia el cielo mientras rezaba.

—¡Bastian, hijo mío! —le llamó el altísimo sacerdote—. Siento que hayas acabado herido. Les dije que no debían hacerte daño, pero cuando las cosas se vuelven tan caóticas…

—Tus monjes están mucho más heridos que yo ahora mismo. —Bastian sostenía una espada corta que debía haberle arrebatado a alguien. La giró sobre sí misma para que el filo ensangrentado refulgiera a la luz del fuego.

Los Presque Mort que se encontraban desperdigados por el jardín parecían inquietos. Se llevaron las manos a los arneses que llevaban alrededor del pecho. Miraron hacia su sacerdote esperando instrucciones, listos para emplear la violencia si fuera necesario.

—Me alegro de que estés aquí —prosiguió Anton, ajeno al tono grave y peligroso que había empleado Bastian—. Las cosas se han torcido un poco con la chica. Pero ahora que has llegado tú, podemos seguir adelante. Tal vez puedas convencerla de que sea razonable.

Bastian, con el pánico claramente reflejado en el rostro, desplazó la mirada hacia Lore.

—¿Estás herida?

—Está bien —le dijo Anton con desdén, agitando una mano—. Mejor que bien. Ha canalizado el Spiritum y lo ha empleado para curarse a sí misma. —Una carcajada seca retumbó por encima de las rosas de piedra y el crepitar del fuego—. Si su magia ha alcanzado ese nivel, ¡imagínate la tuya!

Al otro lado del pozo, la sacerdotisa de la noche estaba tan inmóvil como si fuera una figura tallada. Su expresión vaciló bajo la luz de las crecientes llamas, pero no miró a Bastian con miedo. Era algo más parecido a la resignación, como si su aparición en aquel lugar supusiese un cambio radical, desviando el rumbo de su plan. La mujer fijó la mirada en Lore. Su rostro no transmitía ni un ápice de lástima.

Despacio, fue acercándose más, lo suficiente para que sus susurros fueran audibles.

—Él te importa —murmuró su madre—, ¿no es así?

Lore no respondió.

—Si te importa —siguió, con aquellos ojos castaños resplandecientes a causa de las lágrimas—, si te importa alguien en

este mundo, dejarás que todo esto siga su curso. Por favor, no lo pongas más difícil, Lore. No entiendes el infierno que podrías desatar sobre el mundo.

—Siento no haberte contado nada antes. —Anton avanzó hacia Bastian igual que se acercaría a un altar, olvidando por completo la presencia de Lore y de la sacerdotisa de la noche. Bastian seguía allí plantado. El fuego le iluminaba y le hacía parecer hecho de oro en lugar de carne y hueso—. Había tantas cosas que no comprendía hasta hace poco… —continuó Anton—. Sé que le tienes cariño a esa chica, y lo lamento. Pero debes comprender que es una debilidad, un eco del pasado que no podemos permitir que siga adelante por el bien de todos. Debes superarlo, prepárate para sacrificar tus viejos sentimientos y recrear el mundo a la imagen de Apollius. —Una lágrima le cayó desde la comisura del ojo hasta la mejilla—. En tu…

—No sacrificarás a nadie.

Gabe.

Este apareció por detrás del altísimo sacerdote, rodeado por las llamas y con la daga en la mano. Estaba presionando la cuchilla contra la garganta de Anton. La mano no le tembló mientras tomaba la muñeca del sacerdote y se la retorcía para que soltara el cuchillo que aún seguía manchado con la sangre de August. Gabe tenía peor aspecto que Bastian. Había perdido el parche del ojo y tenía moratones en prácticamente todas las zonas de piel descubierta.

—Ah, Gabriel. —Anton suspiró—. Tus lealtades están constantemente cambiando. Supongo que debería haberlo visto venir. —Curvó la boca en una mueca—. Creo que una parte de ti lo sabe. En lo que podrías convertirte si permitimos que esto siga adelante. En una abominación. En un pecado que se repite.

Gabe tragó saliva mientras le clavaba la daga lo suficiente a Anton como para arrugarle la piel.

—Guarda silencio —le respondió el Presque Mort, con la sombra de algo que se había roto detrás de aquellas palabras—. Por favor, padre, guarda silencio.

—No soy tu padre, chico —siseó Anton.

Gabe se encogió. Cerró su único ojo azul y luego volvió a abrirlo.

—Lore. —La joven sintió la mano de su madre fría sobre la suya—. Lore, por favor, antes de que no haya marcha atrás.

El cielo comenzaba a aclararse lentamente. La luna se alejaba del sol.

El nudo de Mortem al que Anton le había estado dando forma seguía rotando en el aire, una masa de muerte y oscuridad en espera. La aniquilación, aguardando a conocer su objetivo.

La mirada brillante de Anton se desplazó hacia Lore y la sacerdotisa de la noche.

—Todavía me debéis una aldea —dijo, casi irritado, como si no tuviera un cuchillo contra la garganta.

Lore extendió los brazos, con la mirada fija en la del altísimo sacerdote, y volvió a invocar al Mortem.

Sintió lo mismo de siempre: las extremidades entumecidas, la mirada grisácea, la sacudida del corazón en el pecho. Pero, a medida que deshacía el nudo de Mortem y se lo introducía en su interior, se dio cuenta de qué era lo que había cambiado, de qué hacía que aquello fuese distinto.

Esta muerte era suya, extraída de sus propios huesos, de la carne que le daba forma. Su poder residía en Lore. No estaba tan solo canalizándola, la estaba absorbiendo. Se enredaba entre sus vértebras, se enroscaba en sus venas.

Acabó deshaciendo el nudo en cuestión de segundos. Unos hilos retorcidos se introducían en los dedos de Lore y se asentaban junto a la corriente de luz del Spiritum. Podía sentir y emplear ambos poderes.

«Cuanto más poderosa seas, más acabarás pareciéndote a ella».

Su madre la soltó tras dejar escapar un sonido entre un suspiro y un sollozo.

—Esto es lo que vi en los reflejos de la tumba —susurró casi para ella misma, con la voz quebrada—. Es lo que soñó la diosa. Pero creí que podía evitarlo. Creí que elegirías al mundo antes que a ti misma.

—Soy demasiado egoísta para hacer eso —susurró Lore.

Los Presque Mort no hicieron nada mientras aquel nudo de poder que había creado cuidadosamente su líder comenzaba a desenmarañarse. Lo contemplaron todo con cautela. Daba la sensación de que todos estaban mirando a Bastian, y no a Anton, como si su lealtad fuera para con el Príncipe Solar.

—Zorra —espetó Anton—. De un modo u otro, Apollius prevalecerá. Tú solo…

—Silencio. —Pero a Gabe le temblaba la voz. Miró a su alrededor, hacia el resto de los Presque Mort. La pasividad de sus compañeros parecía inquietarle casi tanto como a Lore. Gabe fijó su ojo bueno en el príncipe, mientras que la cuenca vacía del otro era un pozo de sombras. Es un viejo loco, Bastian. —Su tono era suplicante—. Despójale de su título y no podrá hacerle daño a nadie.

Bastian no le respondió. En su lugar, se giró hacia Lore y la madre de esta, extendiendo la mano.

—Si la tocas —dijo con calma, con aquellos ojos oscuros puestos

en la sacerdotisa de la noche—, iré a las catacumbas y yo mismo os sacaré a todas a rastras de allí.

—Lore —dijo la sacerdotisa de la noche, en un último intento desesperado—. Por favor.

Lore miró a su madre y, entonces, caminó hacia delante y se posicionó al lado de Bastian. Por el camino, le dio una patada a la daga de Anton, lanzándola lejos y dejando que se deslizara hacia el fuego.

La sacerdotisa de la noche dejó escapar un suspiro tembloroso.

Lore apartó la mirada de su madre y la centró en los Presque Mort a su alrededor, rodeados por las llamas.

—¿Por qué no hacen nada? ¿A qué están esperando?

—No lo sé —respondió Bastian—. Y me da igual. —Dio un paso adelante hacia su tío.

Gabe tiró del altísimo sacerdote hacia atrás, alejándolo del príncipe que se acercaba.

—Bastian. —Unas emociones contrarias cruzaron el semblante del sacerdote. Miedo, pesar y rabia—. Ya hemos hablado de esto.

—Tú has hablado de esto. —Bastian estaba haciendo algo extraño con las manos. Las abrió y cerró varias veces, curvando los dedos como si estuviera intentando agarrar una cuerda invisible. La luz dorada comenzó a refulgir en el espacio que había a su alrededor.

—No sabe lo que dice —intervino Gabe, dando otro paso hacia atrás. Anton estaba inerte, con la mirada puesta en el cielo como si estuviera rezando—. Es tan solo un hombre. Quítale su título, dáselo a otra persona, pero ¡no lo mates!

—Soy el puñetero Rey Sagrado. —Bastian no lo dijo gritando. Apenas fue más que un susurro. Aun así, sus palabras reverberaron contra el crepitar del fuego y, cuando alzó la cabeza, las llamas parecieron formar una corona alrededor de ella—. Mataré a quien me dé la gana.

—Entonces no eres mejor que nadie —gruñó Gabe. El fuego crecía a sus espaldas, como si su rabia lo estuviera avivando—. No eres mejor que él ni tampoco mejor que tu padre.

Por detrás del hombro de Gabe, Lore podía seguir viendo la silueta de su madre, refulgiendo contra las llamas.

—Escuchad —murmuró Lore, interponiéndose entre Gabe y Bastian—, todo lo que ha pasado esta noche ha sido violencia innecesaria, no tenemos por qué…

—No es innecesaria —murmuró Anton—. A no ser que consideres que detener el apocalipsis sea innecesario. El poder de Lore seguirá creciendo, Bastian. Sobre todo ahora que también puede canalizar el

Spiritum. Infectará su mente. Nyxara infectará su mente. Mata a la chica ahora o tendrás que presenciar cómo te lo suplica ella misma más adelante, cuando el mundo se derrumbe a su alrededor mientras Apollius lo hace suyo. —Anton dejó escapar una risa leve y sibilante entre dientes, con la mirada puesta de nuevo en el cielo—. El ciclo ha comenzado y todos vosotros os encontráis atrapados en él, forzados a sentir un cariño que ya ha sido vuestra ruina antes y que volverá a serlo.

Lore sintió cómo se le tensaban los hombros, imitando la postura de Bastian. La punta del cuchillo de Gabe vaciló.

—Es lo que indica la profecía, pero ninguno quiso creerlo —dijo Anton con voz áspera—. Nadie más que yo. ¡Escúchame, Apollius! ¡Escucha cómo los advierto sobre el futuro que está por venir, sobre lo que sucederá cuando los nuevos dioses despierten e intenten alearse contra tu voluntad!

Gabe se tambaleó, intentando inmovilizar al anciano que había sido una especie de padre para él, el único tipo de padre que él podría tener. Desplazó la mirada hacia Bastian, suplicante.

El Príncipe Solar… No, ahora el Rey Sagrado, los contempló, implacable. Seguía flexionando las manos una y otra vez, produciendo más luz dorada.

—Nos darás otra solución, viejo —murmuró Bastian—. No me obligues a sacártela por la fuerza.

Gabe apartó la mirada, pero su daga no se movió.

—Sí que hay otra solución. —Lore dio un paso adelante, temblorosa. La herida se le había curado, pero seguía escociéndole. El pelo se le había soltado y alrededor del rostro le caían mechones de cabello castaño claro, que parecían más oscuros a causa de la sangre —. Ya he aprendido antes a proteger mi mente del Mortem. Gabe me enseñó. Esto no puede ser muy distinto. Puedo evitar percibir mi poder, evitar que siga creciendo. Me mantendré…

Dejó de hablar, sin tener claro cómo terminar su frase. No estaba segura de que hiciera falta hacerlo. La idea había quedado clara.

Anton volvió a reírse.

—Siempre estás dispuesta a hacer lo que sea para salvar el pellejo.

—Tú no me conoces —le dijo Lore.

Con su único ojo entrecerrado y brillando con la misma intensidad que la luz del cuchillo de Gabe, el sacerdote añadió:

—¿Estás segura?

—¿Qué necesitas para hacerlo? —Algo cambió en el modo de comportarse de Bastian, en su porte. Ya no quedaba ni rastro de aquel príncipe lánguido. Se había metido completamente en el papel de un

rey. Se trataba de otra de las facetas que le había mostrado a Lore aquella noche en el callejón. La misma noche en la que ella le había contado su historia. Era un rey que siempre había estado aguardando su turno. Un rey despiadado.

Lore miró hacia Gabe. Este se esforzaba por que sus emociones no se le reflejaran en el rostro, pero estaba fracasando en el intento. El dolor se asentaba en los surcos que se le formaban en la frente y en la tensa curvatura de su boca, a través de la que enseñaba los dientes. Pero allí también había esperanza. Una esperanza que cobró vida cuando sus miradas se encontraron, la de poder salvar aún a ese miserable hombre al que tanto apreciaba, al hombre que solo había pretendido utilizarle.

—Yo puedo enseñarla —dijo Gabe—. Enseñarla a proteger su mente de un modo más complejo. Nos aseguraremos de que nunca más suceda algo parecido a lo de las aldeas.

De pronto, Lore fue consciente de que Gabe ya había hecho aquello en una ocasión. La noche en la que ella lo había despertado. El monje había hecho que se sentara con él y se concentrara, mitigando la oscuridad hasta que Lore había caído en un pacífico sueño, sin esas extrañas pesadillas. Aquella noche no había vuelto a sentir la presencia de la muerte.

Pero Anton negó con la cabeza, indiferente a la daga que seguía teniendo presionada contra el cuello. Gabe intentó no moverla, pero no fue lo bastante rápido y una delgada línea carmesí apareció la piel del anciano.

—Eso no durará —dijo con un hilo de voz—. Vuestros papeles se han fijado. Dejar vivir a la chica es abrirle la puerta a la perdición del mundo, pero, sobre todo, a la vuestra.

—Ahórranos tus chorradas religiosas —siseó Bastian.

El altísimo sacerdote volvió a soltar una risotada ahogada.

—Ay, sobrino, eso es lo único que no te puedo ahorrar. Pero ya lo aprenderás.

—Lore.

La sacerdotisa de la noche habló en voz baja, pero, aun así, sus palabras reverberaron. No había emoción alguna en su rostro, aunque, por momentos, algo parecido a la resignación le asomaba a la comisura de los labios, al brillo de los ojos.

—Las cosas han avanzado más de lo que creíamos —dijo con calma —. Ahora me doy cuenta. No puedo obligarte a que escojas la muerte.

—Pues claro que no —gruñó Bastian, plantándose delante de Lore.

—Fui demasiado débil en el pasado —prosiguió la sacerdotisa, ignorando a Bastian—. Y por eso, te pido perdón.

—¿Me pides perdón por dejarme vivir? —Lore habló con la voz entrecortada—. ¿Por haberme salvado?

Su madre bajó la barbilla, con el pelo largo y claro cubriéndole casi por completo el rostro.

—Pero ahora debes ser fuerte —continuó, como si Lore no hubiera dicho nada—. Puedes tomar la decisión correcta.

—Le estás pidiendo que muera, ¿y crees que eres tú la que hace lo correcto? —Gabe soltó aquello de forma abrupta.

Pero la sacerdotisa de la noche no le respondió. Miraba únicamente a Lore, solo a su hija.

—Todo dependerá de lo que decidas —murmuró—. Eres la semilla del apocalipsis.

Y era cierto. Lore aún no sabía cómo aquello era posible ni entendía lo que ello conllevaba. Pero sentía que era la verdad.

Pero también era cierto lo que le había dicho a su madre. Era egoísta. Si tenía que elegir entre ella y el mundo entero, iba a elegirse a sí misma.

La sacerdotisa de la noche suspiró. Asintió, conociendo la respuesta de Lore aunque esta no la dijera en voz alta. Entonces con un movimiento rápido, las llamas titilantes sufrieron unas extrañas sacudidas, y la sacerdotisa escaló el borde del pozo y descendió por las escaleras de caracol hacia la oscuridad.

Bastian dio un paso adelante, como si fuera a seguirla y a buscar algún tipo de venganza, pero Lore apoyó una mano contra su pecho.

—No —murmuró, y no tuvo que añadir nada más—. No.

Él la escuchó.

—Habéis escogido vuestro camino. Los tres —murmuró Anton—. Qué será de nosotros cuando suceda todo lo demás.

Bastian miró a Gabe. Hizo un movimiento brusco con la mano.

—El viejo vivirá, Gabe.

El Presque Mort relajó los hombros, aliviado, apartando al fin la daga del cuello de Anton. Dio un paso hacia atrás, dejando que el altísimo sacerdote se mantuviera en pie por sí mismo.

Bastian movió la mano, retorciéndola en un grácil movimiento que parecía casi imposible de ejecutar. Unas espirales doradas surcaron el aire, arremolinándose alrededor de sus dedos, como si fueran rayos procedentes del mismísimo sol.

Entonces, Bastian lanzó todo aquel montón de oro contra Anton.

Los filamentos se introdujeron en el suelo que quedaba alrededor del altísimo sacerdote, y entonces erupcionaron. Unas vides verdes y gruesas florecieron rápidamente, atravesando la piedra y plagadas de espinas, con unas rosas rojas como la sangre abriéndose en sus

extremos, idénticas a las que estaban ardiendo cerca del sendero. Se enredaron alrededor de las piernas y el vientre del sacerdote. Se le metieron en la boca antes de que este pudiera siquiera gritar. Perdió un ojo y por la cuenca vacía apareció algo verde y luego rojo, una rosa que se abría en aquel hueco con cicatrices. Los pétalos le rozaban la ceja destrozada por las llamas.

Todo acabó en un instante. Anton Arceneaux acabó recubierto de rosas y sangre, otra estatua más en el jardín. Y Bastian había hecho aquello sin ninguna dificultad, como si fuese algo natural para él.

Gabe dejó escapar un ruido ronco y trastabilló hacia atrás.

—Has dicho que no le matarías. —Le tembló la voz al final de la frase—. ¡Has dicho que no lo harías!

—He dicho que viviría. —Bastian se acercó a lo que quedaba de su tío y le arrancó la corona ensangrentada de la mano. El sacerdote la había tenido en su poder todo aquel tiempo—. Y sigue vivo.

A Anton le subía y le bajaba levemente el pecho. Emitía un mínimo silbido. Bastian estaba en lo cierto. Entre todas aquellas rosas, seguía vivo.

Por todos los dioses, aquello era peor.

Gabe desplazó la mirada del sacerdote a su rey, con la sorpresa transformándose en un odio ardiente y corrosivo.

—No eres mejor que ellos —repitió, un eco de lo que había dicho antes. Las llamas de las rosas que ardían en el jardín parecían inclinarse en dirección a él, como si se sintieran atraídas por su rabia—. ¿Así es como van a ser las cosas entonces? ¿Serás tú el tirano con magia, peor aún de lo que podría haber sido August?

Bastian no respondió. En su lugar, se colocó la corona sobre la cabeza. Esta le cubría el corte ensangrentado que tenía en la frente.

—Larga vida al Rey Sagrado.

Epílogo

La silla de Lore era incómoda.

No era solo la silla. Estar allí era incómodo, en lo alto de la tarima de la sala del trono, sentada al lado de Bastian. La silla era de plata, y la habían sacado de uno de los innumerables trasteros que se encontraban en la ciudadela cuando Bastian había estado registrándolos en busca de cosas para vender, donar o fundir. Era una forma aleatoria de intentar ayudar a aquellos que vivían al otro lado de los muros, pero ya era algo. Era complicado liquidar de golpe siglos de riqueza acumulada.

Pero el príncipe había cogido esa silla para colocarla en la tarima del trono. Para ella. Para que pudiera sentarse al lado del rey en igualdad de condiciones.

Casi como si fuera una reina.

Algunos ya la llamaban así. Había oído que susurraban cosas como la reina venenosa, la reina de la cicuta o la reina de la muerte. Al parecer, a la corte le encantaba poner apodos.

Lore no quería estar allí. No quería toda aquella visibilidad, aquella vulnerabilidad. Pero, para entonces, la historia de lo que era, de lo que August y Anton habían intentado hacer, se había extendido por toda la ciudadela y más allá de esta. Había perdido su anonimato. La seguridad que Bastian le ofrecía era lo único que le quedaba.

Sobre todo cuando las noticias de su poder traspasaron las fronteras de Auverraine. Cuando llegaron a Kirytea.

Era tan solo media mañana, pero ya habían tenido que encargarse de un sinfín de asuntos. Habían tenido que escuchar peticiones e indultar a prisioneros, todos ellos cortesanos que habían estado presentes en el baile del eclipse.

La audiencia que se había quedado grabada en la memoria de Lore fue la de Dani. Toda su familia acabó siendo enviada a las islas Calcinadas, a excepción de Amelia, su hermana mayor, que se había casado a toda prisa una semana antes con lord Demonde, a quien poco le importaba el escándalo en el que se había visto sumida la familia de

su nueva esposa. Dani permaneció todo el tiempo mirando a Lore, incluso mientras le colocaban las esposas alrededor de las muñecas.

Bastian mantenía a Lore a su lado porque permanecer juntos era más seguro para ellos, aunque la chica habría preferido que él le hubiera permitido esconderse detrás del trono o algo parecido.

En aquel instante, sobre el suelo de mármol ante ellos se encontraban Mari y Val, dedicándoles una reverencia, y esta última con su nuevo contrato en la mano. Todos los indultos tenían que volver a ser revisados por el nuevo rey. El negocio privado de Val y Mari había sido uno cuya renovación Bastian había considerado prioritaria. Había hecho que el acuerdo fuese más tentador, poniéndolas tanto a ellas como a su equipo en la nómina de la ciudadela. Según le había dicho a Lore, su siguiente paso era legalizar el consumo de veneno para los enfermos terminales, para aquellos que necesitaran alargar un poco más sus vidas con el fin de asegurarse de que sus familias estaban bien cuidadas, o simplemente para mitigar el dolor. Tampoco le temblaba el pulso al firmar indultos para los traficantes de veneno que habían sido detenidos sin ningún otro antecedente.

Todo iba bien en Dellaire. Aun así, los ojos oscuros de Mari transmitieron aprensión cuando se fijaron en Lore. La preocupación estaba presente en las arrugas de alrededor de sus labios carnosos.

Una vez que dieron por concluidas sus negociaciones, Val y ella no dijeron nada al abandonar la sala del trono. Pero ambas miraron hacia atrás, hacia Lore, una vez más antes de cerrar la puerta.

Lore deseaba desesperadamente poder ir tras ellas.

—El último. —Bastian cambió de postura sobre el trono y levantó una mano para reajustarse la corona de rayos de sol. Le sentaba bien, mejor de lo que nunca le había sentado a August—. Cuando acabemos, podemos ir a comer algo y no tendremos que volver a esta maldita sala durante un par de días.

—¿De quién se trata? —preguntó Lore. No le había echado un vistazo a la lista de indultos de aquel día. Había estado demasiado cansada.

Dormir le asustaba. Dormía lo mínimo posible.

Bastian le dedico una mirada indescifrable.

—Es…

La puerta se abrió antes de que pudiera responderle.

Era Gabe.

El antiguo duque Remaut no estaba encadenado. Se había pasado las últimas dos semanas desde la muerte de August encarcelado en la iglesia, encerrado en un claustro. Realmente le habían hecho un favor,

manteniéndolo alejado de las mazmorras. Lore había pedido que así fuera, pero no había sido necesario suplicar. Bastian había estado de acuerdo con ella nada más mencionarlo, como si tampoco hubiera querido meter a Gabe en aquel lugar.

Aun así, el Presque Mort estaba demacrado. Delgado, cubierto de moratones. Había encontrado otro parche para su ojo después de haber perdido el anterior, pero no le encajaba bien y parecía tener todo el ojo hundido.

Lore sintió que el pecho le daba un vuelco.

No sabía de qué habían acusado formalmente a Gabe. Había mucho entre lo que escoger. Traición, cómplice de asesinato. Todo tipo de crímenes que podían acabar llevando a una persona a las islas Calcinadas o al cadalso.

Por los infiernos infinitos, era evidente que Bastian no iba a hacer eso. Lore protestaría si hacía falta.

Pero no quería tener que llegar a eso.

Gabe se detuvo en mitad de la sala. Inhaló hondo y entonces levantó la mirada.

Si le sorprendió ver allí a Lore, no dejó que se notara. La examinó con su ojo azul para luego apartarlo rápidamente, sin rastro de emoción.

—Gabriel Remaut —declaró Bastian, en el mismo tono que empleaba con cada acusado—. ¿Sabes por qué estás aquí?

—Sáltate esta parte. —Gabe tenía la voz ronca—. ¿Podemos saltarnos esta jodida parte, majestad?

Su voz irradiaba desdén. Lore se mordió el labio.

Sin embargo, Bastian asintió.

—Sí que podemos. —Se reclinó sobre su trono, con las rodillas bien extendidas, ocupando todo el espacio posible. Incluso el trono le quedaba mejor a él que a su padre—. Gabriel Remaut, ¿juras lealtad a la Corona del Rey Sagrado y a la Iglesia de Auverraine, para liderarla con una inquebrantable devoción y piedad mientras aguardamos el regreso de Apollius?

Lo dijo tan rápido, tan despreocupadamente, que tanto Lore como Gabe tardaron un momento en asimilar sus palabras. Gabe abrió mucho el ojo.

—Pero…

—Limítate a aceptar, Remaut. —Bastian tamborileó con los dedos sobre su rodilla—. Ya sabes de qué va esto. Ya has oído la proclamación antes.

Lore por fin entendió aquella declaración, su significado. Se quedó con la boca abierta.

Gabe se enderezó y asintió.

—Lo juro.

—Entonces te declaro altísimo sacerdote.

Y se hizo el silencio. Ni Lore ni Gabe supieron cómo reaccionar ni qué decir. En cuestión de segundos, el Presque Mort había pasado de ser un prisionero a convertirse en el segundo hombre más poderoso del país.

Y Bastian simplemente parecía aburrido.

—Bueno —dijo el Rey Sagrado, chasqueando los dedos con desdén—, ahora fuera de mi vista. Mi bruja de la muerte y yo tenemos mucho de que hablar.

Agradecimientos

Este libro (como todos mis otros libros) no existiría sin el increíble trabajo de mi agente, Whitney Ross. Brindo por muchas más historias en el futuro, con suerte cada vez más disparatadas.

Le estoy eternamente agradecida a mi editora, Brit Hvide, cuyos consejos son siempre valiosísimos y quien me obliga a clarificar las cosas. (Gracias, es algo que necesito). Me encanta hacer libros contigo y estoy deseando que lleguen muchos más.

Todo el equipo de Orbit es maravilloso y no me puedo creer la gran suerte que tengo de trabajar con ellos.

A mi Pod…, no estaría aquí si no fuera por ti.

A todos mis maravillosos amigos que ya han estado antes en todos mis agradecimientos y que continuarán estando ahí: Sarah, Liz, Nicole, Ashley, Chelsea, Jensie, Steph, Leah. Os quiero muchísimo.

Y a Caleb…, eres un sueño y me alegro de que seas mío. Me quedo contigo.



HANNAH WHITTEN nació en Alabama, aunque creció en Tennessee. Reside en una antigua granja en Tennessee junto a su familia.

Whitten fue una ávida lectora desde bien niña, afición que poco a poco fue inclinándose también hacia la escritura. A los 18 años comenzó a estudiar enfermería, pero pronto se dio cuenta de que ese no era el camino que quería seguir y se decantó por volcarse en su sueño de ser escritora.

Notas

[1] De las primeras traducciones del Compendium. Los Compendium modernos habían eliminado los tratados del 690 al 821. Dichos tratados solo podían ser encontrados en los Compendium redactados inmediatamente después de haber sido dictados por Apollius (en el año 1 d. C. D.). < <

[2] Tratado eliminado del Compendium después de que Margot D'Laney, segunda sacerdotisa de la noche de la Guardia Enterrada, intentara abrir la tumba de Nyxara en el año 200 d. C. D. < <